



91858



Sewell ataca la extendida idea de que el movimiento obrero del siglo XIX es fruto de la revolución industrial y, por tanto, analizable al margen de las creencias e iniciativas del artesanado preindustrial. En esta obra reconstruye el mundo de los trabajadores franceses desde las corporaciones del Antiguo Régimen, pasando por las revoluciones de 1789 y 1830, hasta los experimentos socialistas de 1848. Superando los límites de una mera historia de huelgas y organizaciones políticas de la clase trabajadora, refleja la experiencia diaria de los artesanos en sus talleres, asociaciones y luchas y sitúa su historia en un marco político, económico y social más amplio.

William H. Sewell, jr. es Catedrático de Ciencias Políticas e Historia en la Universidad de Chicago.

Historia



9788430602247

337

Trabajo y revolución en Francia

331.0944
SEW

William H.



William H. Sewell, Jr.

Trabajo y revolución en Francia

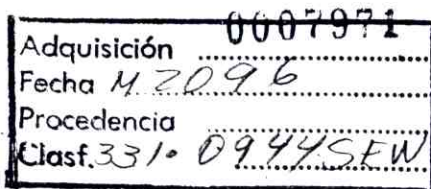
*El lenguaje del movimiento obrero
desde el Antiguo Régimen
hasta 1848*



Taurus Humanidades



BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH



TAURUS EDICIONES
© 1992, Enrique Gavilán
© 1992, Santillana, S. A.
Elfo, 32. 28027 Madrid
ISBN: 84-306-0224-0
Depósito Legal: M. 2.513-1992
Printed in Spain

Diseño de cubierta: Zimmermann Asociados, S. L.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Prólogo	11
1. INTRODUCCIÓN: LA HISTORIA SOCIAL Y EL LENGUAJE DEL MOVIMIENTO OBRERO.....	15
La paradoja del lenguaje corporativo, 18.—«La nueva historia social y el problema de la ideología», 21.—Historia y antropología cultural, 29.—Ámbito del libro, 34.	
2. LAS ARTES MECÁNICAS Y EL ESTILO CORPORATIVO.	37
Las ciudades en una sociedad agraria, 37.—Las artes mecánicas, 41.—Las corporaciones, 50.—Comunidad moral, 59.—Tipos de corporaciones, 66.	
3. LAS HERMANDADES DE OFICIALES.....	69
La <i>compagnie des griffarins</i> , 72.— <i>Compagnonnage</i> , 72.—Los oficiales y el lenguaje corporativo, 88.	
4. LA ABOLICIÓN DEL PRIVILEGIO	97
Las artes mecánicas y la Ilustración, 100.—Las corporaciones atacadas y defendidas, 109.—1789: El asalto al privilegio, 117.—La abolición de las corporaciones, 127.	
5. DE <i>GENS DE MÉTIER</i> A <i>SANS-CULOTTES</i>	137
Corporaciones revolucionarias, 138.—El ascenso de los <i>sans-culottes</i> , 147.—Trabajo y propiedad en la ideología <i>sans-culotte</i> , 158.	
6. UNA REVOLUCIÓN DE LA PROPIEDAD	165
La propiedad bajo el Antiguo Régimen, 166.—La propiedad en la Ilustración, 173.—La propiedad en la legislación revolucionaria, 189.—La propiedad y las artes mecánicas, 196.	

7.	LA SOCIEDAD INDUSTRIAL	203
	El desarrollo industrial francés, 207.—¿El artesano en decadencia?, 219.	
8.	CORPORACIONES OBRERAS	229
	Formas institucionales, 230.—Variedades de corporaciones obreras, 240.—Temas persistentes-relaciones alteradas, 251.—El lenguaje corporativo, 261.	
9.	LA REVOLUCIÓN DE JULIO Y LA EMERGENCIA DE LA CONCIENCIA DE CLASE	271
	La Revolución de Julio, 272.—El lenguaje de la asociación, 280.—El movimiento obrero, 286.—«La hermandad de proletarios», 297.	
10.	PARADOJAS DEL TRABAJO	303
	Louis Villermé y el problema de la desmoralización, 308.—Louis Blanc y la organización del movimiento obrero, 309.—Charles Poncy y la poesía del trabajo, 325.	
11.	LA REVOLUCIÓN DE 1848	335
	La revolución de febrero, 337.—La Comisión Luxembourg, 345.—Las corporaciones republicanas, 350.—Hacia la guerra de clases, 363.—Después de junio, 371.	
12.	CONCLUSIÓN: LA DIALÉCTICA DE LA REVOLUCIÓN.....	377
	Una lógica dialéctica, 377.—Conciencia de clase, 382.	
	BIBLIOGRAFÍA	387
	ÍNDICE DE MATERIAS	401
	ÍNDICE DE AUTORES	413

A Ellen

Prólogo

*I would like to restore to men of the past, and especially
the poor of the past, the gift of theory.*

Eric J. Hobsbawm

Empecé este libro con la intención de escribir un breve artículo sobre la ideología de los obreros franceses durante la Revolución de 1848. El artículo había de explorar una paradoja intrigante pero poco advertida: el discurso de los obreros revolucionarios en 1848 estaba trufado de una terminología aparentemente arcaica procedente del sistema de gremio o corporación del Antiguo Régimen. Al analizar ese uso de la terminología corporativa, pretendía demostrar que la nueva visión socialista que los obreros desarrollaban en 1848 se fundaba en un sentido muy antiguo de comunidad sectorial. Rápidamente descubrí que el asunto era más rico y mucho más complejo de lo que había imaginado, y cuando hube terminado un borrador de mi artículo era dos veces más largo de lo que había planeado. Más alarmante todavía, cuando presenté el borrador a amigos y colegas, su opinión fue unánime: había que cortarlo y simplificarlo o ampliarlo en un libro. Intenté la primera alternativa, pero después de dos meses de trabajo encontré que el ensayo era más largo y complejo que nunca. El análisis y la explicación del uso por los obreros del lenguaje corporativo en 1848 parecía llevarme en todas las direcciones: a las instituciones corporativas del Antiguo Régimen, a la relación histórica entre formas corporativas y revolucionarias de lenguaje y organización, al proceso de trabajo en los talleres artesanales, a los medios empleados por los obreros en sus luchas con los empresarios, a los cambios en las relaciones de propiedad, al impacto de las Revoluciones de 1789 y 1840, etcétera. Finalmente decidí que el tema era demasiado complicado para tratarse en un artículo y demasiado importante para abandonarse. El resultado es un libro que intenta volver a contar y explicar cómo los obreros franceses comprendieron su mundo y actuaron en él desde

las comunidades corporativas del Antiguo Régimen a los experimentos socialistas de 1848.

A no ser por un *fellowship* quinquenal de la *School of Social Science* del *Institute for Advanced Study* en Princeton, Nueva Jersey, este libro no se hubiera escrito. Sólo la perspectiva de una amplia liberación de las ocupaciones normales de la vida académica me convenció, durante mi primer año en el *Institute*, que podía permitirme dejar a un lado otros trabajos para escribir mi proyectado ensayo sobre la ideología de los obreros. Con ese mismo sentido de libertad empecé a ampliarlo en un libro. Cuando advertí que sería un libro muy difícil de escribir estaba demasiado comprometido para retroceder. Iniciado como una breve desviación de mi principal línea de trabajo, este libro me ha supuesto casi toda la estancia en el *Institute*. No puedo imaginar un lugar más apropiado para haberlo escrito. La libertad y tranquilidad del *Institute* me han permitido otorgarle toda mi atención, y la corriente de estímulos de la comunidad de investigadores que se renovaba anualmente me ha mantenido en contacto con el mejor pensamiento de la ciencia social contemporánea. En la atmósfera notablemente interdisciplinar de la *School of Social Science* he tenido el privilegio de intercambiar ideas con antropólogos, especialistas en ciencia política, filósofos, sociólogos y economistas —sin mencionar a los colegas historiadores— y creo que mi libro y yo hemos ganado con esos encuentros. Deseo expresar, por tanto, mi honda gratitud a Carl Kaysen, director del *Institute* cuando llegué, a Harry Woolf, su sucesor, y a los dos profesores permanentes en la *School of Social Science*, Clifford Geertz y Albert Hirschman, cuya permanente generosidad y estímulo hicieron posible este libro.

He aprovechado las ideas y sugerencias de muchos colegas. Partes del libro se han analizado en seminarios del *Institute for Advanced Study* y en el *Davis Center for Historical Studies* en la universidad de Princeton. He recibido también valiosas observaciones sobre diversas partes del manuscrito de Ronald Aminzade, John Bossy, Natalie Davis, Sanford Ellwitt, Herbert Gintis, Stephen Gudeman, Stephen Holmes, Renato Rosaldo, Michelle Rosaldo, Quentin Skinner, Michael Stürmer y Michel Vovelle. Cynthia Truant no sólo me aportó críticas a varios capítulos sino que me hizo partícipe de su investigación inédita sobre el *compagnonnage*. Keith Baker, Robert Bezucha, Ronald Inden, William Reddy, Joan Scott y Allan Sharlin han leído el manuscrito entero. Sus sugerencias me han ayudado a clarificar muchos puntos oscuros de mi argumentación y a evitar errores de hecho y jui-

cio. La parte del león de la mecanografía la ha realizado Peggy Clarke con rara inteligencia, eficacia y buen ánimo.

Mi mujer, Ellen, me convenció para escribir este libro, y ha vivido conmigo desde entonces. Ha leído y comentado todo el manuscrito dos veces y algunas partes varias veces; hemos tratado casi todos los puntos en discusiones a todas las horas del día y de la noche; me ha ofrecido su comprensión, su entusiasmo, sus conocimientos y su fino sentido crítico. Por todo ello, gracias. Este libro le está dedicado.

W. H. S.

1. Introducción: La historia social y el lenguaje
del movimiento obrero

En los últimos veinte años se ha observado un enorme desarrollo de la investigación sobre la historia de la clase obrera. Emprendidas desde perspectivas diversas y dirigidas a aspectos muy diferentes de la vida de la clase obrera, estas investigaciones han generado de manera inevitable resultados divergentes y controversias entre especialistas. Sin embargo, hay un acuerdo casi universal sobre un punto: los artesanos cualificados, y no los obreros de las nuevas industrias fabriles, dominaron el movimiento obrero en las primeras décadas de la industrialización. En Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, en huelgas, movimientos políticos y estallidos de violencia colectiva, se encuentran una y otra vez los mismos oficios habituales: carpinteros, sastres, panaderos, ebanistas, zapateros, albañiles, impre-sores, cerrajeros, etc. El movimiento obrero del siglo XIX nació en el taller artesanal, no en la oscura fábrica satánica¹.

¹ Para Francia, vid. Moss, Barnard H., *The Origins of the French Labor Movement: The Socialism of Skilled Workers, 1830-1914*, Berkeley y Los Ángeles, 1976; Duveau, Georges, 1848, París, 1965; Gossez, Rémi, *Les Ouvriers de Paris*, libro 1, *L'Organisation, 1848-1951*, vol. 24, *Bibliothèque de la Révolution de 1848*, La Roche-sur-Yon, 1967; Faure, Alain, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier à Paris», en *Le Mouvement social* 88 (julio-septiembre de 1974), págs. 51-92; Rougerie, Jacques, «Composition d'une population insurgée: l'exemple de la Commune», en *Le Mouvement social*, 48 (julio-septiembre de 1964), págs. 31-48, y *Procès des Communards*, París, 1964; Tilly, Charles, y Lees, Lynn, «Le Peuple de juin 1848», en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 29 (septiembre-octubre de 1974), págs. 1061-91; Bezucha, Robert, J., *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974; Lequin, Yves, *Les Ouvriers de la région lyonnaise (1848-1914)*, 2 vols., Lyon, 1977; Aguet, J. P., *Les Grèves sous la monarchie de juillet (1830-1847): Contribution à l'étude du mouvement ouvrier français*, Ginebra, 1954; Stearns, Peter N., «Patterns of Industrial Strike Activity in France during the July Monarchy», en *American Historical Review*, 70 (enero de 1965), págs. 371-94; Shorter, Edward, y Tilly, Charles, *Strikes in France, 1830-1968*, Lon-

Este hecho tiene importantes consecuencias para la historia del movimiento obrero. Sobre todo, indica que la investigación no puede limitarse al período posterior a la revolución industrial. Si el movimiento obrero *hubiera sido* un producto específico de la fábrica, podría ser defendible ignorar el período anterior a la existencia de las fábricas. Pero puesto que lo iniciaron los artesanos, trabajadores de oficios con largas y ricas historias, ignorar el período preindustrial sólo puede tener efectos perniciosos. Es verdad que los artesanos estaban sujetos a nuevas tensiones y amenazas por el desarrollo del capitalismo industrial. Pero inevitablemente sus respuestas estuvieron conformadas por los valores, las tradiciones y las experiencias organizativas anteriores a la moderna era industrial. El descubrimiento de que los artesanos crearon el movimiento obrero del siglo XIX hace imposible eludir el problema de la continuidad con las formas y experiencias preindustriales.

La necesidad de abordar el problema es muy notable en Francia, donde las especiales discontinuidades provocadas por la Revolución Francesa hacen parecer todavía más remoto el pasado preindustrial. En las cuestiones relativas a los trabajadores, como en casi todas las demás, la Revolución Francesa marcó una ruptura fundamental. El sistema gremial —o, como se denomina habitualmente en Francia, el sistema corporativo— había sido el modo de organización dominante de la industria francesa desde la Edad Media. Los gremios, o corporaciones, fueron desmantelados durante la Revolución, y los asuntos de los oficios se abandonaron desde entonces al libre juego del mercado. La mayoría de los historiadores franceses han dado por supuesto que las corporaciones de oficio fueron barridas en la Revolución, y que las organizaciones de trabajadores del siglo XIX se crearon como respuesta a la nueva economía industrial —para la que la Revolución Francesa había creado las condiciones previas. Los historiadores del movimiento obrero se han mostrado sensibles a las anticipaciones de la primera parte del siglo XIX de la conciencia de clase de los movi-

dres, 1974; Johnson, Christopher, *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851*, Ithaca, Nueva York, 1974; Scott, Joan Wallach, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974. El papel dirigente de los artesanos en Inglaterra puede verse en Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963 (versión española: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977). Para Estados Unidos, vid. Gutman, Herbert, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, 1976. Para Alemania, vid. Hamerow, S., *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany 1815-1871*, Princeton, Nueva Jersey, 1958, y Stadelmann, R., «Soziale Ursachen der Revolution von 1848», en Wehler, H. U. (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Berlín, 1970.

mientos de la segunda mitad del XIX o de comienzos del XX pero generalmente han ignorado lo que parecía recordar al Antiguo Régimen². Esta tendencia se ha visto reforzada por la organización de la profesión histórica en Francia, que ha hecho del Antiguo Régimen, la Revolución, y el siglo XIX dominios de especialistas diferentes. Sólo el entrometido —por ejemplo, Maurice Agulhon³— ha emprendido estudios que atraviesan la época revolucionaria, y hasta ahora nadie lo ha hecho en la historia del movimiento obrero⁴.

Este libro sigue el rastro de las organizaciones y las ideologías de los obreros franceses desde el Antiguo Régimen hasta la Revolución de 1848. Pretende demostrar que los temas y sentimientos que se originaron en el sistema corporativo prerrevolucionario siguieron siendo claves en la conciencia y la experiencia de los trabajadores y durante todos los cambios de esa era notablemente turbulenta. A pesar de tres grandes revoluciones (1789, 1830, 1848), diez cambios de constitución y el inicio de la revolución industrial, hubo importantes continuidades en el modo en que los trabajadores franceses percibían y actuaban sobre el mundo. Sería insuficiente, sin embargo, observar simplemente que los trabajadores mantuvieron sentimientos corporativos hasta 1848. Pues el *significado* de las expresiones o las instituciones corporativas se vio alterado de forma inevitable por los cambios en la sociedad que los rodeaba. Esta historia, en consecuencia, concede tan estrecha atención a lo que divide como a lo que une al oficial subordinado de las corporaciones prerrevolucionarias, al *sans-culotte* de 1793, y al obrero socialista de 1848. Pretende abarcar los elementos de coherencia y los cortes revolucionarios en la práctica social en evolución de los trabajadores.

² Vid. v. gr., Dolléans, Edouard, *Histoire du mouvement ouvrier*, (3 vols.), París, 1936-53; Dolléans, Edouard y Dehove, Gérard, *Histoire du travail en France: mouvement ouvrier et législation sociale*, 2 vols., París, 1953-5; Lefranc, Georges, *Histoire du mouvement ouvrier en France des origines à nos jours*, París, 1947; Louis, Paul, *Histoire du mouvement syndical en France*, 2 vols., París, 1947; Weill, Georges, *Histoire du mouvement social en France, 1852-1902*, París, 1904.

³ Los estudios de Agulhon de la sociabilidad popular y la vida política en Var desde el Antiguo Régimen hasta 1851 están publicados en cuatro volúmenes: *Pénitents et Franks-Maçons de l'ancienne Provence*, París, 1968, *La Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution*, París, 1970, *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique: Toulon de 1815 à 1851*, París y La Haya, 1970, y *La République au village*, París, 1970.

⁴ Lo fructífero de estudiar el período desde fines del siglo XVIII al siglo XIX lo ha demostrado brillantemente para la historia obrera inglesa Thompson, *Making of the English Working Class*.

Empecé mi investigación sobre los obreros franceses del siglo XIX con un estudio sobre la clase obrera marselesa. Al leer el discurso público de los obreros y en torno a ellos, me llamó la atención repetidas veces el uso de términos corporativos tan carentes de ambigüedad como *corporation*, *corps*, *état*, *corps d'état*, y *corps de métier*. De hecho esa terminología corporativa dominó sobre todo entre los republicanos de izquierda y los socialistas durante la revolución de 1848, el último sitio donde cabría encontrar simpatías hacia el Antiguo Régimen. Nada en mi formación me había preparado para este florecimiento aparentemente paradójico del lenguaje del Antiguo Régimen en medio de una revolución radical; aunque a veces los historiadores habían reproducido esos términos en citas de fuentes contemporáneas, nunca habían hecho comentarios sobre su uso o su significado. Mi hipótesis inicial era que términos como «*corporation*» y «*corps d'état*» eran vestigios, que no conservaban ya sus antiguos mensajes y constituían una abreviatura conveniente para designar al colectivo de trabajadores de un oficio determinado. Pero a medida que mi investigación avanzaba, me convencí de que los términos tenían una resonancia más profunda y que la continuidad con las nociones corporativas del Antiguo Régimen era mucho mayor de lo que se había supuesto. Había muchas razones para mi convicción creciente: el hecho de que en los tres primeros cuartos del siglo XIX, las organizaciones obreras se centraran casi exclusivamente en los mismos oficios urbanos organizados como corporaciones bajo el Antiguo Régimen, las chocantes similitudes en propósito, forma y función entre las sociedades de ayuda mutua formadas por los sindicatos en el siglo XIX y las cofradías religiosas que habían formado los oficios bajo el Antiguo Régimen, la vitalidad permanente de las asociaciones de trabajadores de carácter manifiestamente corporativo, denominadas *compagnonnages*, la elaborada y aparentemente arcaica estructura de algunas de las organizaciones obreras de mayor éxito en el siglo XIX, la tendencia de las más poderosas de las organizaciones laborales —en Marsella, al menos— a excluir a los intrusos y a pasar el oficio de padre a hijo de la misma forma que los oficios habían pasado de padre a hijo en las corporaciones del Antiguo Régimen⁵. Había, me parecía, algo claramente corpo-

⁵ Pueden encontrarse testimonios de estas afirmaciones en Sewell Jr., William H., «The Structure of the Working Class of Marseille in the Middle of The Nineteenth Century», tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1971; «La Classe ouvrière de Marseille sous la Seconde République: structure sociale et comportement politique», en

rativo en el mundo de la clase trabajadora de la Francia del siglo XIX que casaba con el continuo uso de términos corporativos en el lenguaje de los trabajadores. Pero lo que esos términos significaban realmente en el siglo XIX, y lo que suponían para la experiencia y la conciencia de los trabajadores de mediados del siglo XIX, continuaba siendo oscuro. La oscuridad, además, tenía pocas oportunidades de clarificarse con los datos a mi disposición. Para establecer lo que la terminología corporativa significaba para los trabajadores, necesitaba un corpus mucho mayor de escritos producidos por y/o dirigidos a los trabajadores del que existía en las librerías y archivos de Marsella.

El estudio de Rémi Gossez sobre los trabajadores parisienses aportaba la documentación de la que yo carecí en mi estudio sobre Marsella⁶. Basado en una vida de rigurosa investigación, el libro de Gossez está lleno de citas de documentos escritos por y para los trabajadores. Cuando leí el libro por primera vez pocos años después de su publicación en 1967, confirmé mi creencia de que los conceptos corporativos eran esenciales en la experiencia de la clase obrera en la revolución de 1848. Sin embargo, Gossez no resolvía el problema del significado del lenguaje corporativo de los obreros. Su larga inmersión en el mundo mental de los obreros parisienses le permitió presentar ese mundo con el detalle más vivo, pero también le privaba del sentido de la distancia tan esencial para formular una interpretación crítica. Su libro no resolvía la paradoja de una revolución radical realizada en términos corporativos. Sin embargo, proporcionaba un corpus de datos lo bastante rico y abundante para atacar la posible paradoja.

Mi plan original había sido yuxtaponer una breve descripción del sistema corporativo del Antiguo Régimen con una explicación de la ideología y práctica de los trabajadores en 1848, destacando la continua vitalidad y la importancia de los temas corporativos y demostrando hasta qué punto el socialismo de 1848 estaba en deuda con el viejo colectivismo y el fuerte sentido de la solidaridad de los oficios corporativos. El problema era que había tantas diferencias como continuidades —diferencias inmediatamente perceptibles en ritos, frases y prácticas, y diferencias un poco más sutiles de significado—. Pronto resultó claro que el contenido corporativo de la ideología de los traba-

Le Mouvement social, 76 (julio-septiembre de 1971), págs. 27-65, y «Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseille», en *Past and Present*, 65 (noviembre de 1974), págs. 75-109. Vid. una descripción fascinante de una asociación absolutamente corporativa en Nguyen, Victor, «Les Portefaix marseillais: Crise et déclin, survivance», en *Provence historique*, 12, 1962, págs. 363-97.

⁶ Gossez, *Les Ouvriers*.

jadores en 1848 no había pasado intacta desde el Antiguo Régimen, sino que se había modificado con los grandes cambios históricos de los años intermedios. De ahí que lo que empezó como una demostración de lo que estaba todavía vivo del Antiguo Régimen en la clase obrera de 1848 se convirtiera en una historia de cómo el lenguaje y las prácticas corporativas llegaron a significar algo muy diferente en 1848 de lo que habían significado antes de 1789. Para escribir esa historia, tenía que considerar una amplia serie de transformaciones que afectaban al significado de las nociones corporativas: cambios en el sistema legal, en la vida económica, en las constituciones políticas, en las relaciones de propiedad, en las ideas morales y religiosas, en las concepciones del trabajo, etc. Esa historia del lenguaje corporativo se ha convertido así en una historia general del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848 —aunque una historia general de un tipo peculiar—. En lugar de pasar directamente del Antiguo Régimen a la revolución de 1848, la mayor parte del libro trata ahora de las transformaciones históricas que tuvieron lugar entre 1789 y la década de 1840. Aunque los temas tratados van de las concepciones metafísicas contemporáneas del trabajo hasta los detalles de la organización de la producción en los talleres del siglo XIX, el libro se centra todavía en el problema de las corporaciones, y el análisis se concibe en la perspectiva de la revolución de 1848. Las explicaciones sobre el Antiguo Régimen, la Revolución Francesa y los cambios sociales y políticos de la primera mitad del siglo XIX están concebidas para que tengan entidad por sí mismas; se han escrito, sin embargo, desde la perspectiva de 1848, una perspectiva que me ha llevado seguramente a dejar de ver o a minusvalorar cosas que los especialistas en esos períodos considerarían más importantes, pero me ha permitido también ver cosas que otros historiadores han dejado escapar.

Este libro es lo que los franceses denominan un *essai de synthèse* —«ensayo de síntesis»—. Es un intento de presentar conjuntamente los hallazgos de un gran número de estudios más especializados, a la luz de una nueva interpretación. Aunque ocasionalmente he recurrido a mi propia investigación de archivo en Marsella, el libro se ha escrito fundamentalmente a partir de fuentes disponibles en Estados Unidos. He intentado basar mi argumentación en la mejor investigación existente, reciente y no tan reciente, pero mi objetivo no es resumir y valorar esa investigación. Es, más bien, utilizarla —frecuentemente de forma muy distinta a la intención del autor— para formular una nueva interpretación de un amplio campo de investigación histórica, sugerir relaciones hasta ahora no advertidas, y situar los hallazgos concretos

en una trama más amplia —al menos diferente. Como los especialistas advertirán, he evitado generalmente las venerables controversias que dominan la historiografía del Antiguo Régimen y la Revolución, prefiriendo, en su lugar, desarrollar mi propia línea de argumentación⁷. Como el explorador de Marc Bloch, que debe hacer «un rápido estudio del horizonte antes de sumergirse en la maleza desde la que ya no es posible una visión más amplia»⁸, trato de esbozar un nuevo mapa que indicará relaciones entre regiones ya exploradas y sugerirá enfoques útiles todavía no explorados. De esa forma, aunque este libro no pretende ser «definitivo» en el sentido usual del término, pretende precisamente ser definitivo en un sentido más literal: dar una *definición* precisa de un conjunto de problemas y procesos que hasta ahora no se percibían o se percibían sólo de manera confusa; *definir* una perspectiva teórica, un conjunto de cuestiones y una línea de interpretación que dará sentido a hallazgos anteriormente desconectados y, al hacerlo, ayudar a dar forma a la investigación futura.

«LA NUEVA HISTORIA SOCIAL» Y EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGÍA

Este libro está escrito desde una perspectiva teórica concreta, perspectiva que, en buena parte, he tenido que construir por mí mismo —aunque con materiales apropiados de forma desvergonzada de fuentes tales como «la nueva historia social», la historia intelectual, la antropología cultural y algunas nuevas corrientes del marxismo. Una breve descripción de esa perspectiva y de cómo llegué a ella, debería ayudar al lector a saber por qué este libro está escrito como lo está.

Como la mayoría de los historiadores del movimiento obrero for-

⁷ Dos ejemplos recientes muy destacados son las controversias en torno a si la Francia del Antiguo Régimen era una sociedad de clase o una sociedad de órdenes, y si la Revolución Francesa fue una «revolución burguesa». Vid. excelentes resúmenes y comentarios sobre esos debates en Salmon, J. H. M., «Venality of Office and Popular Sedition in Seventeenth-Century France: A Review of a Controversy», en *Past and Present*, 37 (julio de 1967), págs. 21-43, y Lucas, Colin, «Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution», en *Past and Present*, 60 (agosto de 1973), págs. 84-126.

⁸ La cita procede de la traducción inglesa, *French Rural History: An Essay on its Basic Characteristics*, Berkeley y Los Ángeles, 1970, pág. XXIII. El título original francés es *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo, 1931. Se publicó en París en 1952, y un segundo volumen, *Supplément établi d'après les travaux de l'auteur (1931-1944)*, Dauvergne, Robert (ed.), apareció en 1956 (versión española: *La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978). El libro de Bloch sigue siendo modelo de *essai de synthèse*.

mado en los sesenta, empecé como practicante de lo que se llamó «nueva historia social» o «historia desde abajo». Inspirados en el espíritu democrático de la época, «los nuevos historiadores sociales» deseaban escribir sobre las masas de obreros ordinarios que habían quedado fuera de la historia tradicional —es decir, la historia política e institucional— del movimiento obrero. En parte, ello significaba simplemente acudir a viejas fuentes archivísticas con nuevas preguntas —inspirados, quizá, por los ejemplos de Soboul, Rudé, Cobb o Thompson⁹—. Pero con frecuencia significaba también utilizar nuevas fuentes y, sobre todo, fuentes que podían analizarse cuantitativamente. Incluso los hombres más oscuros e incapaces de expresión, empezamos a advertir, entraban en contacto con el aparato del estado en algún punto de sus vidas: cuando los contaba el encargado del censo, cuando nacían, se casaban, y morían, cuando pagaban los impuestos y cuando entraban en conflicto con la ley. Agrupando y analizando los documentos de esos encuentros, podíamos reconstruir las experiencias sociales de grupos completos de la población que habían escapado hasta entonces de la red del historiador. Podíamos esperar escribir, al final, historias del movimiento obrero que hablasen tanto de las experiencias de los hombres y mujeres ordinarios como de las declaraciones de los dirigentes y de las luchas de facciones de los partidos socialistas.

Utilizar esas fuentes cuantitativas exigía cambios esenciales en la dirección de la investigación. En América, al menos, supuso la apropiación de métodos de las ciencias sociales, sobre todo de la sociología. Junto a los nuevos métodos aparecieron toda una serie de nuevas preguntas y perspectivas teóricas¹⁰. Uno de sus resultados fue una enorme expansión de los asuntos tratados por los historiadores del movimiento obrero. Antes de 1960 nuestro conocimiento se había restringido casi exclusivamente a tres cuestiones: la historia institucional del

movimiento obrero, el desarrollo intelectual de la ideología socialista y los salarios, en descenso, en estancamiento o en ascenso —considerados como índice de los padecimientos y la explotación de los trabajadores—. A estas cuestiones, los nuevos historiadores del movimiento obrero, más conscientes sociológicamente, añadieron la urbanización, la movilización política, la demografía, el acceso al trabajo, el comportamiento electoral, la movilidad social, la estructura de la familia, los modelos de migraciones, parentesco, residencia, la estructura fina de la experiencia del trabajo, etc.¹¹. En consecuencia, nuestro conocimiento de la población trabajadora en el pasado es ahora incomparablemente más completo, más sutil y más exacto que en 1960.

Pero esa gran expansión de nuestros conocimientos no se ha logrado sin costes. Una de las condiciones para llevar a cabo el nuevo estilo de investigación ha sido una reducción en la escala de la población estudiada. Mientras la investigación se centraba en los partidos de la clase obrera o en los movimientos sindicales, el estudio de los trabajadores a escala nacional seguía siendo factible. Pero una vez que los historiadores se decidieron a tratar por entero a las poblaciones obreras —mediante una laboriosa investigación en las anotaciones del censo, los documentos fiscales, etc.— la investigación tenía que limitarse a una sola población o a una sola región. Incluso con la ayuda de los ordenadores, el volumen total de datos habría sido abrumador. De esta forma, la adopción de nuevas técnicas de investigación significó también redefinir el objeto de estudio. Más que la historia institucional de un movimiento nacional o internacional, la historia del movimiento obrero se ha convertido cada vez más en la historia

⁹ Soboul, Albert, *Les sans-culottes parisiens en l'an II: Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire, 2 juin 1793-9 thermidor an II*, París, 1958. Rudé, George, *The Crowd in the French Revolution*, Londres, 1959; Cobb, Richard, *Les Armées révolutionnaires: Instrument de la Terreur dans les départements*, 2 vols., París, 1961-3; Thompson, *Making of the English Working Class*.

¹⁰ Dos ejemplos sumamente influyentes del uso de métodos y cuestiones sociológicas en la investigación histórica fueron Thernstrom, Stephan, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1964; Tilly, Charles, *The Vendée*, Cambridge, Massachusetts, 1964. La influencia de las grandes historias cuantitativas de la escuela de *Annales* se dejó sentir también a mediados de los sesenta. Especialmente importantes fueron Goubert, Pierre, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730, contribution à l'histoire social de la France du xvi^e siècle*, París, 1960, y Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Les Paysans de Longuedoc*, París, 1966.

¹¹ Algunos ejemplos representativos son Jones, Gareth Stedman, *Outcast London: A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Oxford, 1971; Anderson, Michael, *Family Structure in Nineteenth-Century Lancashire*, Cambridge, 1971; Foster, John, *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*, Nueva York, 1975; Levine, David, *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Nueva York, 1977; Thernstrom, Stephan, *Poverty and Progress and The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970*, Cambridge, Massachusetts, 1973; Gutman, Work, *Culture and Society, 1880-1970*, Cambridge, Massachusetts, 1973; Katz, Michael B., *The People of Hamilton, Canada West: family and Class in a Mid-Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1975; Dawley, Alan, *Class and Community: the Industrial Revolution in Lynn*, Cambridge, Massachusetts, 1976; Walkowitz, Daniel, J., *Worker City, Company Town: Iron and Cotton Worker Protest in Troy and Cohoes, New York, 1855-84*, Urbana, Ill., 1978; Trempe, Rolande, *Les Mineurs de Carmaux, 1848-1914*, 2 vols., París, 1971; Agulhon, *Une ville ouvrière*, Perrot, Michelle, *Les Ouvriers en grève: France, 1871-1890*, 2 vols., París, 1974; Scott, *Glassworkers of Carmaux*, Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise*, Tilly, Louise A., y Scott, Joan W., *Women, Work and the Family*, Nueva York, 1978.

de una serie de comunidades locales de la clase obrera. Estos estudios de comunidades locales son mucho más ricos y complejos que las viejas historias institucionales; en sus mejores ejemplos se acercan al incitante, pero en definitiva irrealizable, ideal francés de la *histoire totale*. Pero su mayor riqueza y complejidad sólo podía alcanzarse limitando su ámbito geográfico.

Esta limitación en el ámbito no podía considerarse una pérdida cuando se trataba de cuestiones de demografía y estructura social, porque los hallazgos de los historiadores sociales llenaban un vacío que habían dejado los investigadores anteriores. Pero en cuestiones políticas e ideológicas, la superioridad de las nuevas formas era mucho menos segura¹². Política e ideología eran, sin duda, parte de la experiencia total de la comunidad que pretendíamos estudiar. En realidad, era habitual que los nuevos historiadores sociales del movimiento obrero se centraran en alguna lucha política importante —una revolución, un levantamiento o una huelga— en la que la clase obrera local lograra una nueva conciencia de sí o la transformara. Aunque nuestros métodos y nuestro marco de investigación fueran diferentes de los de los antiguos historiadores institucionales del movimiento obrero, continuábamos con las mismas cuestiones esenciales: la aparición y el desarrollo de la conciencia de clase. Sin embargo, nuestra ambición era comprender esas transformaciones de conciencia como experiencias vitales de comunidades complejas de obreros, más que como acontecimientos puramente doctrinales o institucionales desarrollados en un vago contexto de padecimientos y explotación. Una vez más, el nuevo estilo histórico puede jactarse de logros reales. Los mejores estudios locales han conseguido realizar conexiones mucho más firmes y complejas entre los acontecimientos políticos o ideológicos y los procesos económicos y sociales. Pero no resulta en absoluto claro que hayan explicado adecuadamente —ni siquiera que hayan captado adecuadamente— las transformaciones ideológicas que esos acontecimientos encarnaban y provocaban.

El problema puede ilustrarse con mi propio estudio de los obreros de Marsella. La revolución de 1848 marcó un punto de inflexión fundamental en la historia de los obreros de Marsella. Célebres por su pasividad y conservadurismo, los obreros de Marsella se hicieron re-

¹² Elizabeth Fox-Genovese y Eugene D. Genovese han sostenido, en un artículo reciente y acremente polémico, que la historia social contemporánea en general se caracteriza por su incapacidad para tratar adecuadamente las luchas políticas. Tiendo a estar de acuerdo con esa afirmación, aunque no estoy nada seguro de que ellos aprueben mis intentos de remediar el problema. «The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective», en *Journal of Social History*, 10 (invierno de 1976), págs. 205-220.

volucionarios en 1848 y desde entonces se han mantenido a la izquierda. Empecé mi investigación, fundamentalmente cuantitativa, sobre la clase obrera, con la intención de ilustrar la gran transformación de la conciencia de los trabajadores. Mis esperanzas no resultaron completamente defraudadas. Pude demostrar que los oficios cualificados y no cualificados que se reclutaban fundamentalmente en la comunidad artesanal nativa de Marsella siguieron siendo políticamente apáticos o conservadores, mientras los oficios cualificados que reclutaban sus miembros de una amplia área geográfica —nacional, propiamente— eran más receptivos a la política revolucionaria nacional. Podía explicar los diferentes índices de participación en el movimiento revolucionario con precisión inesperada; sin embargo, resultaba completamente incapaz de explicar por qué había aparecido un movimiento de ese tipo o por qué adoptó la forma que adoptó. En Marsella, al menos, la revolución de 1848 y la ideología del socialismo democrático aparecieron de forma repentina e inesperada desde el exterior. Como otros historiadores locales, podía explicar la recepción de una nueva ideología, pero la explicación de su forma y contenido parecía estar más allá de mis capacidades como historiador social¹³.

Evidentemente una parte del problema consiste en que el proceso de evolución ideológica trascendía a las comunidades locales. Para explicar el contenido de la ideología de los obreros de Marsella en 1848, por ejemplo, tendríamos que considerar el desarrollo intelectual de la teoría socialista en la década de 1840 y la agitación revolucionaria de los obreros parisienses en la primavera de 1848, porque esas fueron las principales fuentes de las ideas adoptadas por los obreros de Marsella. Aunque algunos aspectos de la estructura económica, demográfica y social pueden estudiarse de forma más provechosa a nivel local, una historia de la ideología de los trabajadores difícilmente puede evitar la adopción de una perspectiva nacional. En Francia, irónicamente, esto significa que una comunidad local —París— debe examinarse con especial atención. La extrema centralización de la

¹³ Sobre mis esfuerzos, *vid.* las obras citadas en la nota 5. Entre los historiadores sociales locales con problemas similares están Scott, *Glassworkers of Carmaux*; Agulhon, *Une ville ouvrière*, y Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise*, vol. 2. Una excepción parcial es Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*. Lyon, a comienzos de la década de 1830, era el principal centro de las luchas obreras en Francia y en consecuencia usurpó parte del papel habitual de París en el desarrollo de las nuevas ideologías. Sin embargo, la exposición de Bezucha sobre la ideología de los obreros lioneses queda también limitada por la perspectiva puramente local del estudio; la importancia de lo que ocurrió en Lyon podía haber resultado mucho más clara si hubiera considerado la relación entre la ideología de los obreros de Lyon y la ideología similar pero no idéntica que se desarrolló entre los obreros parisienses en los mismos años.

vida política francesa suponía que los acontecimientos que tenían lugar en París eran por definición acontecimientos nacionales. Las acciones de los obreros parisienses, en especial en los grandes levantamientos revolucionarios de 1789-94, 1830-34 y 1848-51, son cruciales para la comprensión de la evolución ideológica nacional.

Pero la perspectiva estrictamente local de la mayor parte de las historias sociales es sólo una parte del problema. Entre los métodos de investigación de la nueva historia social existe una incapacidad para enfrentarse con la experiencia ideológica de los trabajadores. Al apropiarse de métodos y teorías de la sociología, los historiadores han tendido a recoger la influyente tesis de los sociólogos de que la cuantificación produce un conocimiento «fuerte» o «científico», mientras otros tipos de datos son «blandos» o «impresionistas». Pocos historiadores han llegado a adoptar la práctica sociológica común de definir los problemas de investigación de forma que puedan tratarse sólo mediante métodos cuantitativos —en parte porque no tenemos la posibilidad de plantear cuestionarios a los muertos. Pero los historiadores sociales se han visto conducidos con frecuencia a destacar los aspectos de la experiencia social que podían describirse cuantitativa o sistemáticamente por encima de cuestiones al parecer tan inefables como la conciencia, las actitudes, las corrientes de opinión, los sentimientos y similares. Entre los historiadores del movimiento obrero este prejuicio sociológico se ha visto reforzado a veces por la distinción marxista entre la «base» material y la «superestructura» ideológica, que asigna también una mayor solidez a los fenómenos económicos y sociales que a los «mentales», y a veces por una sospecha populista de que el estudio de las ideas es en sí mismo «elitista», mientras el estudio de las condiciones económicas y sociales es en sí mismo democrático. De aquí que se haya solido menospreciar los aspectos mentales o ideológicos de la experiencia social de la clase obrera en favor de las estructuras económicas y sociales, dejando a los historiadores sociales mal equipados para tratar con las ideologías cuando éstas aparecen en su localidad.

El ámbito en donde los historiadores sociales habrían de buscar ayuda e inspiración debería ser obviamente la historia intelectual. Hay trabajos útiles e importantes sobre la historia del pensamiento socialista que se refieren al problema de la ideología de los trabajadores en la Francia del siglo XIX¹⁴. Pero en un examen más atento, tienen sólo

una utilidad limitada. Esas obras exploran las ideas de determinados teóricos o analizan la transmisión y transformación de las ideas de un teórico a otro. Pero no consiguen entrar en la cuestión de la conciencia de los obreros. Las historias intelectuales de la ideología pueden decirnos mucho sobre las ideas expresadas formalmente, que estaban a disposición de los obreros, pero guardan silencio sobre las propias ideas de los obreros, que con frecuencia eran muy distintas a las de los teóricos. Tampoco son muy útiles la mayoría de los métodos de los historiadores intelectuales. Aquí el problema principal es la primacía analítica del autor en la historia intelectual. Los historiadores de las ideas están formados para ver el pensamiento como emanado de las mentes de los autores y refieren así continuamente las ideas a los autores y a sus biografías. Ese método es muy útil para tratar textos completos y admirados que pueden adecuarse al corpus de autores conocidos. Pero fracasa cuando se enfrenta a movimientos de pensamiento colectivo del tipo que caracteriza las transformaciones de la conciencia de los trabajadores. Al tratar de comprender la agitación obrera que siguió a las revoluciones de 1830 ó 1848, por ejemplo, las ideas que perseguimos se expresaron de forma parcial y fragmentaria, redactadas al calor de la acción, con frecuencia por personas desconocidas o por grupos de personas, y sólo se dispone de ellas en formas completamente heterogéneas —manifiestos, documentos o debates en mítines, iniciativas de manifestantes, artículos de periódico, eslóganes, discursos, carteles, publicaciones satíricas, estatutos de asociaciones, panfletos, etc. En esas situaciones la coherencia del pensamiento radica no en los textos concretos o en la «obra» de autores concretos, sino en la totalidad del discurso ideológico constituido por un gran número de afirmaciones, gestos, imágenes y actos individualmente fragmentarios e incompletos. El problema clave llega a ser, no la deli-

York, 1969 (versión española: *Orígenes del socialismo*, Barcelona, Anagrama, 1970); Manuel, Frank E., *The Prophets of Paris: Turgot, Condorcet, Saint-Simon, Fourier and Comte*, Cambridge, Massachusetts, 1962, y *The New Moral World of Henri de Saint-Simon*, Cambridge, Massachusetts, 1956; Bouglé, C., *Socialismes français*, París, 1932; Charléty, Sébastien, *Histoire du Saint-Simonisme*, París, 1931; Bourgin, Hubert, *Fourrier*, París, 1905; Dommanget, Maurice, *Babeuf et la conjuration des Égaux*, París, 1922 (versión española: *Babeuf y la conjuración de los iguales*, Madrid, Tecnos, 1972); Victor Considérant, *sa vie et son oeuvre*, París, 1929, y *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957; Spitzer, Alan B., *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957; Dolléans, Edouard, *Proudhon*, París, 1941; Loubère, Leo A., *Louis Blanc: His Life and His Contribution to the Rise of French Jacobin Socialism*, Evanston, Ill., 1961; Peuch, J. L., *La Vie et l'oeuvre de Flora Tristan*, París, 1925; Cuvillier, Armand, *Hommes et idéologies de 1840*, París, 1956, y P.-J.-B. Buchez et les origines du socialisme chrétien, París, 1948.

¹⁴ Cole, G. D. H., *A History of Socialist Thought*, vol. I, *The Forerunners, 1789-1850*, Londres, 1955 (versión española: *Historia del pensamiento socialista*, vol. I, *Los precursores*, México, FCE, 1957); Lichtheim, George, *The Origins of Socialism*, Nueva

mitación del pensamiento de una serie de autores, sino la reconstrucción del discurso a partir de fuentes fragmentarias¹⁵. Al reconstruir esos discursos, las técnicas del historiador intelectual son, sin duda, indispensables. Pero es notable que los estudios más interesantes del discurso ideológico colectivo y semianónimo los hayan realizado no historiadores de las ideas, sino los historiadores sociales y políticos marxistas Albert Soboul, Christopher Hill y E. P. Thompson¹⁶.

Es bastante difícil reconstruir el discurso de los trabajadores, incluso en períodos de explosiones revolucionarios —como las de 1793-4, los primeros años de la década de 1830, o 1848— cuando las restricciones habituales a la expresión política de la clase obrera se quebraban y las luchas revolucionarias creaban interminables ocasiones para la oratoria, la polémica, los manifiestos y las manifestaciones. Los problemas se multiplican considerablemente en períodos «normales» de represión y tranquilidad política. En momentos de intensa discusión ideológica, la conciencia de los trabajadores resulta al menos accesible —aunque resulte un trabajo difícil extraerla de los documentos disponibles—. ¿Pero qué ocurre con los períodos en que la discusión ideológica cesa o se hace clandestina? ¿Nos vemos rechazados de nuevo a un análisis puramente económico y social de la clase obrera? ¿Debe limitarse nuestro conocimiento de la vida mental de los trabajadores a los raros y privilegiados momentos en que el discurso de los trabajadores fluye en un espacio público que normalmente se les niega?

No necesariamente, sin duda, pero debe proseguirse con métodos muy diferentes de los de la historia social convencional o de la historia convencional de las ideas. En los últimos años, historiadores insatisfechos con las tendencias económicas, estructural-social y cuantificativa de la «nueva historia social» se han vuelto cada vez más hacia la antropología cultural como fuente de inspiración¹⁷. Los historiadores

¹⁵ En uno de sus ensayos más provocativos, Michel Foucault sugiere que el estudio de «autores» y sus «obras» debería abandonarse en todo caso en favor del estudio del «discurso». Lo que Foucault defiende para el estudio del pensamiento en general es inevitable en el estudio de ciertos momentos del desarrollo ideológico. Foucault, Michel, «What Is an Author?», en *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, Ithaca, Nueva York, 1977, págs. 113-38.

¹⁶ Soboul, *Les sans-culottes*; Hill, Christopher, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution*, Nueva York, 1972 (versión española: *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo xvii*, Madrid, Siglo XXI, 1983), y Thompson, *Making of the English working Class*.

¹⁷ Ejemplos particularmente destacados son Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Nueva York, 1971; Davis, Natalie Zemon, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, California, 1975, y Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Montaillou:*

res sociales han advertido cierta afinidad entre los temas de los antropólogos y los suyos. Los métodos etnográficos se desarrollaron originalmente en el estudio de poblaciones sin escritura, y el concepto antropológico de «cultura» como patrón de símbolos y creencias asumidos colectivamente se adapta a las exigencias del historiador social mucho mejor que el concepto de «ideas» moldeadas biográficamente que son el material propio de la historia de las ideas. Además, el empleo de los antropólogos de una amplia serie de materiales y costumbres para establecer los patrones culturales —no sólo las afirmaciones explícitas sobre las creencias de la gente, sino los ritos, la iconografía, los modelos espaciales de las aldeas, los tabúes alimenticios, las prácticas agrícolas y de caza, los mitos, las reglas de parentesco, la división sexual del trabajo, los encantamientos, las formas de tratamiento, los sistemas de clasificación, las propiedades semánticas y gramaticales del lenguaje, etc.— muestra nuevas vías para investigar el universo mental de los hombres y mujeres ordinarios del pasado.

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA CULTURAL

La mayoría de los intentos de aplicar los puntos de vista y los métodos antropológicos a la historia han tratado temas tan típicamente antropológicos como la religión popular, la magia, la brujería, los ritos y las fiestas —de la misma forma que la «nueva historia social» ha tratado temas sociológicos clásicos como la movilidad social, la ecología urbana, la demografía y la estructura socio-profesional—. Esos nuevos estudios de inspiración antropológica nos han dado acceso a nuevas zonas de experiencia antes vedadas a la investigación histórica. Pero el entusiasmo por las *materias de índole antropológica* no debe llevarnos a olvidar el mensaje más fuerte y profundo de la antropología cultural: no sólo que pueden analizarse ciertos tipos de actividades para descubrir las creencias y los prejuicios, sino que la totalidad de la vida social, desde prácticas tan simbólicamente elaboradas como las celebraciones religiosas a actividades tan aparentemente prosaicas como el construir casas o cosechar cereales, está conformada culturalmente. Las «ideas» o las «creencias» no se limitan a ciertas clases de actividades o a ciertas clases de personas. Se entrete-

village occitan de 1294 à 1324, París, 1975 (versión española: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981).

jen en el mismo tejido de la gente ordinaria; «toda experiencia», como indica Clifford Geertz, «es experiencia construida»¹⁸.

El problema es entonces comprender cómo la gente construía sus experiencias en el pasado. Aquí los historiadores se encuentran en desventaja, porque no pueden emplear el método de los etnógrafos de vivir entre la gente que estudian, participar en sus actividades cotidianas y preguntarles continuamente para explicar qué hacen y por qué. Si el conocimiento de las culturas por los antropólogos fuera, como se supone a veces, cuestión de meterse en la piel de la gente que estudian, de internalizar su cultura mediante una especie de proceso osmótico, los historiadores que desearan imitar a los antropólogos estarían en serias dificultades. Pero, como ha indicado recientemente Clifford Geertz, los etnógrafos nunca logran realmente una unidad de percepción con sus informantes; más bien aprenden lo que los informantes «perciben "con", o "por medio de", o "a través de"». El etnógrafo consigue comprender una cultura ajena «mediante la busca y análisis de las formas simbólicas —palabras, imágenes, instituciones, comportamientos— en función de las cuales, en cada lugar, la gente se representa realmente a sí misma y a los otros»¹⁹. Aunque obviamente no podemos esperar experimentar lo que experimentaban los obreros del siglo XIX o pensar sus pensamientos como ellos los pensaron, podemos, con un poco de ingenio, buscar en los documentos conservados las formas simbólicas a través de las que experimentaban su mundo. Esto significa en parte reconstruir el significado de las palabras, las metáforas y las convenciones retóricas que utilizaban al hablar y pensar sobre sus experiencias. Pero puesto que la comunicación no se limita al habla y la escritura, debemos buscar también las formas inteligentes de otras muchas actividades, acontecimientos e instituciones: las prácticas de las organizaciones de artesanos, los ritos y ceremonias, la forma de las manifestaciones políticas, las regulaciones legales o los detalles de la organización de la producción. Si po-

demostramos descubrir el contenido simbólico y la coherencia conceptual de todos los tipos de experiencia de la clase obrera, entonces la adopción por los trabajadores de ideologías políticas explícitas no aparecerá ya como una repentina intrusión de «ideas» procedentes del exterior, sino como la introducción o elaboración de otra trama simbólica en vidas que —como las nuestras— estaban ya animadas por cuestiones y problemas conceptuales. Este enfoque nos permitirá ver la conciencia de clase no como la imposición de las ideas de los teóricos burgueses sobre una clase obrera intelectualmente inerte, sino como un logro conceptual colectivo de miles de trabajadores que lo desarrollaron o descubrieron como un modo más satisfactorio de construir su experiencia inevitablemente construida.

Esta búsqueda continua del significado de la acción obrera supone cierto enfoque de la vida económica de los obreros. Los historiadores del movimiento obrero normalmente han visto en el desarrollo económico un sustrato material básico o anterior a la conciencia ideológica. La perspectiva adoptada aquí niega la prioridad ontológica de los hechos económicos. Aunque las fuerzas y cambios económicos deben conservar un papel central en la historia del movimiento obrero, deben tratarse como un continuo con los demás aspectos de la experiencia obrera. Los procesos de producción y cambio, como todos los otros procesos sociales, están sometidos a límites conceptuales y definiciones simbólicas, y sus resultados deben valorarse según patrones culturalmente determinados. Tratar las experiencias económicas de esa forma no es negar su importancia. Muy al contrario, es captarlas como *experiencias*, construidas por quienes las vivieron, portadoras de significados que es necesario recuperar. De aquí que me haya esforzado en tratar desde una perspectiva única fenómenos que habitualmente se consideran esencialmente diferentes en especie y que requieren, por tanto, distintos métodos de análisis; tratar un opúsculo filosófico de Diderot, el discurso político de los *sans-culottes*, o de los miembros de la Asamblea Nacional, los estatutos de las sociedades de ayuda mutua, la terminología corporativa de los obreros del siglo XIX, los ritos de las hermandades de oficiales, el origen de los albañiles, la organización de la producción en los talleres de sombrereros, los pagos por pieza que determinaban los salarios de los artesanos, todo ello como declaraciones con significado, como un conjunto de textos interrelacionados que exigen atenta lectura y exégesis cuidadosa. Sólo así, estoy convencido, podemos esperar comprender a los obreros como agentes activos, pensantes que, en palabras de E. P. Thompson, «contribuyeron, con su esfuerzo consciente, a hacer la his-

¹⁸ Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973, pág. 405 (versión española: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990). Aquí adopto conscientemente la visión de una escuela antropológica determinada, que no es aceptada en absoluto por todos los antropólogos. Ejemplos importantes de esta visión general, además de las obras de Geertz, son Sahlins, Marshall, *Culture and Practical Reason*, Chicago, 1978; Schneider, M., *American Kinship: A Cultural Account*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1968, y Turner, Victor W., *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*, Ithaca, Nueva York, 1967 (versión española: *La selva de símbolos*, Madrid, Siglo XXI, 1980).

¹⁹ Geertz, Clifford, «On the Nature of Anthropological Understanding», en *American Scientist*, 63 (enero-febrero de 1975), pág. 48.

toria»²⁰. Este libro, en otras palabras, trata del «lenguaje obrero» en el más amplio sentido —no sólo sobre las manifestaciones de los obreros o sobre el discurso teórico sobre el movimiento obrero, sino sobre toda la serie de disposiciones institucionales, gestos rituales, prácticas de trabajo, métodos de lucha, costumbres y acciones que dieron al mundo de los obreros una forma comprensible.

La antropología cultural propone una estructura unificada para el análisis de toda la serie de experiencias de los trabajadores. Sin embargo, nos guía mucho menos en el análisis de los modos en que esas experiencias cambiaron a lo largo del tiempo. Por razones que tienen mucho que ver con sus propios orígenes históricos, la etnografía ha estado hasta hace poco muy escasamente interesada en los procesos de cambio o las luchas políticas y sociales que con tanta frecuencia actúan como motores del cambio. El método etnográfico se desarrolló como un medio de registrar y de esa forma preservar las culturas indígenas de las poblaciones sometidas a la dominación occidental en los siglos XIX y XX. Los etnógrafos deseaban demostrar la coherencia última de los modos exóticos de vida y por ello su valor como expresiones auténticas de lo que debe ser lo humano. Pero para describir las culturas exóticas como todos integrados y en funcionamiento sin asperezas, el etnógrafo abstraía sus características de la secuencia temporal real en la que se encontraban cada vez más erosionadas por las influencias occidentales y las presentaba sincrónicamente, de forma intemporal, como habrían sido si no hubiera existido intervención occidental. Esa busca de la coherencia de las culturas exóticas, junto con el hecho de que la dominación política occidental limitó drásticamente las posibilidades de vida política indígena, condujo también a los etnógrafos a descuidar los problemas de los conflictos sociales y políticos o a interpretar el conflicto como favorecedor en última instancia de la estabilidad de la sociedad²¹. Abolir del análisis conflicto y cambio fue un paso esencial en el desarrollo de la interpretación «holística» que sigue siendo la contribución más característica de la antropología a las ciencias humanas.

Cualquiera que pueda ser su adecuación para sociedades homogéneas y de tamaño relativamente pequeño (cuestión discutible), este enfoque estático es claramente inadecuado para sociedades complejas como las europeas o las «sociedades estado» de Asia, África y América²². En realidad, un enfoque «holístico» de esas sociedades exige

²⁰ *Making of the English Working Class*, pág. 12.

²¹ *Vid. v. gr.*, Gluckman, Max, *Rituals of Rebellion in South-east Africa*, Manchester, 1954.

²² Algunos intentos de escribir etnografías más sensibles históricamente son Geertz.

atención al conflicto y al cambio²³. No puede tratarse a los artesanos franceses como habitantes de las islas Trobriand, como una sociedad aislada, estática, muy armónica y totalmente coherente. Los artesanos formaban parte de una sociedad compleja escindida por toda clase de conflictos y contradicciones —entre clases u órdenes, entre regiones diferentes, entre dinastías rivales y facciones políticas, entre ideologías opuestas, etc.—. Además, la sociedad francesa cambió fundamentalmente como resultado de esos conflictos. La cultura de los artesanos debe verse como parte del complejo cultural de Francia en su conjunto, como algo definido en relación a la cultura de otros grupos, que participaba y reaccionaba frente a las luchas sociales, políticas e ideológicas más amplias que se arracimaban en el estado francés. Las experiencias de los artesanos no pueden comprenderse al margen de la historia de los conflictos políticos y las relaciones de dominación que esos conflictos representaban, desafiaban o reforzaban. Durante todo el período que cubre este libro, los obreros fueron un grupo subordinado —sometido no sólo a las normas y decretos del estado, sino a la autoridad, o al menos al poder, de sus patronos—. Las relaciones de los obreros con el estado y con los patronos rara vez fueron armoniosas; incluso en los momentos más pacíficos eran tensas y vigilantes, y en ocasiones podían ser hostiles o violentas. Pero al mismo tiempo, los trabajadores compartían el lenguaje político, religioso y social del momento y no podían evitar el verse influidos por los ideales proclamados por el régimen político existente. Incluso cuando se oponían a sus patronos o al estado, su oposición se expresaba necesariamente en términos que sus oponentes podían comprender; las batallas más enconadas testimonian el compromiso de los obreros en

Clifford, *The Social History of an Indonesian Town*, Cambridge, Massachusetts, 1965; Christian, Jr., William A., *Person and God in a Spanish Valley*, Nueva York, 1972; Cole, John W. y Wolf, Eric R., *The Hidden Frontier: Ecology and Ethnicity in an Alpine Valley*, Nueva York, 1974; Schneider, Jane, y Schneider, Peter, *Culture and Political Economy in Western Sicily*, Nueva York, 1976; Boon, James A., *The Anthropological Romance of Bali, 1597-1972*, Cambridge, 1977; Gudeman, Stephen, *The Demise of a Rural Economy: From Subsistence to Capitalism in a Latin American Village*, Londres, 1978; Rosaldo, Jr., Renato I., *Ilongot Headhunting, 1883-1974: A Study in History and Society*, Stanford, California, 1979. Dos obras de historiadores muy similares sobre etnografías históricas son Feerman, Steven, *The Shambaa Kingdom: A History*, Madison, Wisconsin, 1974, e Inden, Ronald B., *Marriage and Rank in Bengali Culture: A History of Caste and Clan in Middle Period Bengal*, Berkeley, California, 1976.

²³ Aquí mis ideas se han visto muy influidas por Thompson, E. P., «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle Without Class?», en *Social History*, 3 (mayo de 1978), págs. 133-165, e Inden, Ronald B., «Cultural-Symbolic Constitutions in Ancient India», trabajo presentado en el Social Science Seminar en el Institute for Advanced Study, 1978.

una trama de discurso común, aunque discutida²⁴. Se deduce, por tanto, que una historia de las acciones y la conciencia de los obreros debe retroceder y avanzar constantemente entre las experiencias particulares de los obreros y las pautas cambiantes de la sociedad en general —la forma del estado, las principales batallas políticas, la naturaleza de las relaciones entre los diversos órdenes o clases, las ideas que informaban el discurso público, etc. Aunque el núcleo de este libro es una exposición sobre las cambiantes ideologías y organizaciones de los obreros urbanos especializados, se aleja considerablemente cuando tales incursiones son necesarias para situar las acciones de los obreros en un contexto apropiado. Los lectores no deberían sorprenderse, por tanto, de encontrar análisis sobre las ideas de Turgot y el abate Sieyès o sobre los principios constitucionales de la Revolución Francesa junto a análisis de prácticas de asociaciones de oficiales o sobre la naturaleza de los conflictos industriales.

Finalmente, aunque la conciencia y las acciones de los trabajadores deban entenderse siempre en el contexto de una sociedad cambiante más amplia, debemos estar también atentos a lo que es propio de su versión del mundo controvertido que habitaban. Sus ideas, ideales y juicios nunca fueron una simple recapitulación de nivel inferior de los valores sancionados por el estado y las clases dominantes, ni fueron tampoco una simple negación de esos valores. En todas sus organizaciones e ideologías sucesivas hubo cierta continuidad de sustancia y tono —un firme colectivismo moral, una afirmación de su propia capacidad para mantener el orden y buscar el bien común, una insistencia en el valor y la identidad propia de los diversos oficios y un orgullo de su trabajo como contribución al bien común—. Es este ethos artesano, difícil de seguir pero permanente, no menos que las transformaciones que sufrió en un siglo de luchas, lo que espero captar en este libro.

ÁMBITO DEL LIBRO

Este libro comienza con dos capítulos sobre las corporaciones de oficio del Antiguo Régimen. Ambos capítulos se desarrollan de forma

²⁴ Este hecho lo han destacado recientemente Alain Faure y Jacques Rancière en *La Parole ouvrière, 1830-1851*, París, 1976. En sus introducciones a los textos escritos por autores de la clase obrera, indican que el discurso de los obreros se elaboró en sistemática oposición lingüística al discurso dominante de la burguesía; «La lengua de los trabajadores» era «una lucha por la apropiación de las palabras» (pág. 18) en la que las «palabras de arriba eran una tras otra desafiadas y reapropiadas» (págs. 16-17).

analítica más que cronológica y cubren el amplio período de mediados del siglo XVI a los comienzos de la Revolución Francesa. El capítulo 2 trata la posición de las organizaciones corporativas en el orden social y político del Antiguo Régimen y examina después las corporaciones de maestros —como instituciones locales, organizaciones sociales y cuerpos morales y religiosos—. Mientras el capítulo 2 trata las corporaciones de maestros artesanos oficialmente establecidas, legalmente reconocidas, el capítulo 3 investiga las hermandades corporativas clandestinas que mantuvieron los oficiales. Las corporaciones legales de maestros y las corporaciones ilegales de oficiales, sosten-dré, compartían una visión común y una jerga común a pesar de todas sus diferencias.

Los capítulos 4, 5 y 6 tratan de la Revolución Francesa, que destruyó las corporaciones de maestros legalmente reconocidas y transformó el orden social y político del que formaban parte. El capítulo 4 investiga el ataque de la Ilustración a las corporaciones y la destrucción sistemática por la Revolución de todo el orden corporativo de la monarquía. El capítulo 5 examina el papel de los artesanos en la Revolución, desde sus intentos de adaptar sus corporaciones al nuevo orden político hasta su participación en un movimiento *sans-culotte* dedicado a destruir todos los vestigios de lealtad a los cuerpos intermedios entre el individuo y el estado. El capítulo 6, finalmente, examina la transformación de la propiedad en la Revolución, una transformación que preparó el escenario para el desarrollo de una clase muy distinta de organización corporativa entre los trabajadores del siglo XIX.

Los capítulos restantes cubren el período de comienzos del siglo XIX a la revolución de 1848. El capítulo 7 trata el desarrollo de la economía francesa en la primera mitad del siglo XIX. Muestra cómo el modelo francés de crecimiento económico multiplicó el número de artesanos especializados y amenazó su status y su bienestar. El capítulo 8 contempla en detalle la naturaleza y actividades de las corporaciones que los trabajadores formaron para defender sus niveles en el siglo XIX y trata brevemente su vocabulario corporativo. Mientras los capítulos 7 y 8 tratan las condiciones económicas de los obreros y las organizaciones que formaron en respuesta a sus condiciones, los capítulos 9, 10 y 11 trazan el desarrollo de una voz política propia de la clase obrera. El capítulo 9 considera la amplia agitación laboral que siguió a la revolución de 1830, en la cual los obreros combinaron sus nociones corporativas de solidaridad gremial con nociones revolucionarias de soberanía popular para crear una nueva ideología obrera re-

volucionaria. El capítulo 10 examina el explosivo discurso sobre la clase obrera que se desarrolló en respuesta a los levantamientos de comienzos de la década de 1830, y el capítulo 11 trata de la revolución de 1848, en la que los socialistas de la clase obrera intentaron transformar todo el orden social y político en una comunidad igualitaria de trabajadores organizados corporativamente. El capítulo 12, finalmente, intenta responder a dos cuestiones finales: ¿hubo una lógica subyacente por la que el socialismo y la conciencia de clase se desarrollaron en Francia? ¿Y qué forma tenía el conflicto de clase y la conciencia de clase que habían surgido en 1848?

2. Las artes mecánicas y el estilo corporativo

Las corporaciones de oficio eran un rasgo general de las ciudades francesas del Antiguo Régimen. Dado el particularismo de la cultura del Antiguo Régimen, las corporaciones diferían inevitablemente de una ciudad a otra: los oficios agrupados en una sola corporación en una ciudad serían rivales en otra; los privilegios y exenciones de las corporaciones no eran nunca exactamente iguales; los ritos y ceremonias variaban en aspectos menores o esenciales, e incluso las formas legales por las que el estado establecía la corporación y sus privilegios podían ser diferentes en diferentes ciudades. Sin embargo, a través de todas las variaciones, no sólo de una ciudad a otra sino también a lo largo del tiempo, las corporaciones de oficio francesas del siglo XVI al XVIII tuvieron algunas características esenciales en común. El propósito de este capítulo es presentar esas características esenciales e indicar su relación con el orden social y político del Antiguo Régimen.

LAS CIUDADES EN UNA SOCIEDAD AGRARIA

Las corporaciones de oficio del Antiguo Régimen eran un fenómeno estrictamente urbano, y es importante recordar que ocupaban un nicho más bien pequeño y peculiar en la sociedad abrumadoramente agraria del Antiguo Régimen. Según Pierre Goubert, al menos el 85 por 100 de la población del reino de Francia vivía en el campo a fines del siglo XVII o comienzos del XVIII, y la mayoría vivía de la agricultura¹. Es cierto que las ciudades francesas crecieron de forma sustan-

¹ Goubert, Pierre, *The Ancien Régime, French Society 1600-1750*, Nueva York, Londres, pág. 53 (versión española: *El Antiguo Régimen*, Madrid, Siglo XXI, 1976); La-

cial durante los siglos XVII y XVIII; además, hubo una aceleración sostenida del desarrollo industrial, iniciada hacia 1750. Pero debido a que ese desarrollo de la industria tuvo lugar en buena parte en áreas rurales —en especial el de la producción textil—, no es en absoluto cierto que la población urbana del reino creciera más rápidamente que la rural, de forma que el porcentaje que vivía en ciudades no era probablemente muy diferente en vísperas de la Revolución Francesa que a comienzos del siglo XVII². Incluso en 1789, el número de ciudades verdaderamente grandes era muy reducido. París, que constituía de por sí un grupo, tenía aproximadamente medio millón de habitantes en vísperas de la Revolución Francesa. Además de París, sólo Lyon y quizá Marsella alcanzaban 100.000 habitantes, con Burdeos, Ruán, Lille, Estrasburgo y Nantes completando el grupo de poblaciones por encima de 50.000 habitantes. Unas diez ciudades más tenían entre 25.000 y 50.000 habitantes, y quizá una docena más tenía entre 10.000 y 25.000 habitantes³. Algunas de las ciudades restantes no eran mucho mayores que pueblos superpoblados, aunque muchas tenían sus orgullosas murallas y sus antiguos privilegios.

En una sociedad tan marcadamente agraria, la actividad económica y la vida social de la mayoría de las ciudades estaba íntimamente ligada al campo circundante. Incluso en algunas de las ciudades grandes una proporción importante de la población podía dedicarse directamente a la agricultura, y las huertas y vaquerías no eran raras dentro de los muros de la ciudad. Además, la mayor parte de la riqueza de las ciudades provenía de la agricultura. Las ciudades proporcionaban mercados y servicios jurídicos y administrativos al campo circundante —a precio considerable— y la gente de la ciudad poseía y extraía beneficios de amplios sectores del territorio agrícola del reino. Las fortunas de muchos habitantes urbanos comprendían casi exclusivamente posesiones agrícolas, e incluso los comerciantes preferían tener parte de su riqueza en tierra, en parte por razones de status y en parte por su seguridad como inversión. Así, en la mayoría de las ciudades, las actividades comerciales e industriales coexistían junto a una intensa dedicación a la economía rural. Las fluctuaciones

de la economía agrícola dominaban también el ritmo de la producción urbana: como ha demostrado Ernest Labrousse, las más serias depresiones comerciales e industriales en el Antiguo Régimen —y hasta mediados del siglo XIX— fueron resultado de malas cosechas⁴. No sólo la economía urbana era más reducida que la economía agraria en proporción a la producción económica nacional y al número de personas que ocupaba; sus mismos ritmos de prosperidad y depresión estaban dominados por fluctuaciones en el volumen de la cosecha anual.

Tampoco la producción industrial era exclusivamente urbana. Casi todos los pueblos tenían un pequeño número de artesanos —panaderos, zapateros, guarnicioneros, carreteros, herreros, etc.— que atendían las necesidades de los agricultores locales. Mucho más importantes que estos artesanos de aldea era otro tipo muy diferente de productores industriales rurales: los miles de personas del campo en comarcas textiles dispersas, desde Flandes a Languedoc y de Alsacia a la Vendée, que trabajaban en la producción de paño que se vendía en el mercado nacional y mundial⁵. A diferencia de los herreros o guarnicioneros aldeanos que generalmente eran más prósperos que la mayoría de los cultivadores, los tejedores rurales solían ser los más pobres de entre los pobres. Lo típico es que fueran poseedores de minúsculas parcelas agrícolas, que combinaban el tejido con el cultivo de su insuficiente pedazo de tierra —generalmente complementado con trabajo a jornal en otros campos— para arañar un escaso sustento. Estos tejedores rurales dependían completamente de empresarios urbanos, que les proporcionaban el material y después transportaban el paño a los talleres de la ciudad para las operaciones de acabado antes de colocarlo en el mercado. Ya difundido en el siglo XVII en el campo del entorno de centros tradicionales de la industria de lino o lana,

brousse, Ernest; Léon, Pierre; Goubert, Pierre; Bouvier, Jean; Carrière, Charles, y Harbin, Paul, *Histoire économique et sociale de la France*, vol. 2, *Des derniers temps de l'âge seigneurial aux préludes de l'âge industriel (1660-1789)*, París, 1970, pág. 85.

² Labrousse y otros, *Histoire économique et sociale de la France*, 2, pág. 74; vid. Marczewski, J., «The Take-off and French Experience», en Roston, W. W. (ed.), *The Economics of Take-off into Sustained Growth*, Nueva York, 1963, págs. 119-138.

³ Reinhard, Marcel, «La Population des villes: sa mesure sous la Révolution et l'Empire», en *Population*, 9 (1954), págs. 279-88.

⁴ Las malas cosechas provocaron altos precios del grano, y dada la importancia extraordinaria del pan en la dieta y el presupuesto de la mayoría de la población, los altos precios del grano conducían necesariamente a una caída en la demanda de bienes manufacturados de todas clases, y así a paro elevado, contracción del crédito, quiebras y descenso general de la actividad. Sólo cuando los precios del grano volvían a caer, la demanda acumulada de bienes manufacturados podía experimentar una recuperación en los sectores comercial e industrial de la economía. Labrousse, Ernest, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, 2 vols., París, 1932, y *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944. Labrousse y otros, *Histoire économique et sociale de la France*, 2, págs. 529-66.

⁵ El estudio clásico sobre los obreros textiles rurales es Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*. Vid. también Mendels, Franklin F., «Protoindustrialization: The First Phase of the Process of Industrialization», en *Journal of Economic History*, 32 (1972), páginas 241-61, y *Aux origines de la révolution industrielle: Industrie rurale et fabriques*, número especial de la *Revue du Nord*, 61 (enero-marzo de 1979).

como Lille, Reims, Ruán, Beauvais y Amiens, esta misma pauta fue adoptada y se desarrolló rápidamente en la industria del algodón en el XVIII. Prácticamente ningún productor industrial rural —ni los campesinos tejedores de los distritos textiles ni los herreros, zapateros o panaderos aldeanos más independientes, que se encontraban en todas las regiones del país— tenía organizaciones corporativas de ninguna clase. En realidad, los empresarios textiles habían recurrido originalmente a la producción rural fundamentalmente para evitar las regulaciones técnicas minuciosas, los salarios elevados y las incesantes molestias laborales de las corporaciones textiles urbanas.

La mayoría de las ciudades eran entonces pequeñas islas en la sociedad predominantemente rural y agrícola del Antiguo Régimen. Su economía dependía profundamente de la producción agrícola, e incluso muchos de los bienes manufacturados vendidos en los mercados urbanos se fabricaban en el campo. Sin embargo, jurídicamente, las ciudades eran notablemente diferentes del campo circundante. Aunque el contraste entre ciudad y campo no era ya un contraste entre hombres libres y siervos —como a comienzos de la Edad Media y todavía entonces en Europa oriental—, la ciudad y el campo diferían mucho más en los siglos XVII y XVIII que en el período iniciado con la Revolución Francesa. Las ciudades tuvieron su origen en la Edad Media, cuando los reyes o los condes otorgaron privilegios con todo un conjunto de prerrogativas y libertades que distinguían a los habitantes de la ciudad de los habitantes del campo circundante: libertad personal, inmunidad de la jurisdicción señorial local, derecho a levantar murallas, exención de determinadas tasas y peajes y derecho a tener gobiernos, leyes y tribunales propios. Aunque la autonomía de las ciudades se redujo considerablemente por el creciente poder del monarca, las ciudades francesas poseyeron fueros y privilegios hasta el mismo fin del Antiguo Régimen. Tenían todavía sistemas diferentes de tribunales y gobierno local, murallas que las separaban físicamente del campo, y sus costumbres, estilo de vida y jerarquías sociales se distinguían todavía notablemente de los del mundo rural. A pesar de su profunda dependencia de la agricultura y la sociedad rural, las ciudades francesas mantuvieron su propia personalidad social, cultural y jurídica autónoma hasta que la Revolución Francesa disolvió sus privilegios en el status común de la ciudadanía nacional. Fue en esas comunidades sociales urbanas, bien delimitadas, autónomas, donde el sistema corporativo del Antiguo Régimen enraizó y floreció.

Un rasgo distintivo de la sociedad urbana del Antiguo Régimen fue su pronunciado grado de diversidad interna. Aunque es verdad

que sólo las ciudades más importantes tenían nobles opulentos o grandes comerciantes y financieros, todas tenían una jerarquía social notablemente compleja y grandes contrastes de riqueza y pobreza. Cada ciudad tenía sus oficiales judiciales y administrativos, ricos plebeyos que vivían de sus inversiones (*bourgeois*, como fueron denominados en el siglo XVIII), abogados, notarios, médicos, comerciantes, farmacéuticos, posaderos, tenderos y comerciantes de todas clases. Todas las ciudades tenían una desconcertante variedad de artesanos: joyeros, fabricantes de pelucas y encuadernadores, cuyos clientes eran los ricos locales; panaderos, carniceros, sastres, costureras, toneleros, zapateros, barberos y carreteros, para las necesidades de la vida diaria; albañiles, carpinteros, cristaleros, yeseros, ebanistas, aserradores y techadores, para dar vivienda a la población; y quizá trabajadores de alguna industria local que produjera para el mercado regional, nacional o internacional —pongamos tejedores, fabricantes de medias, sombrereros, alfareros, cuchilleros, fabricantes de cintas o impresores—. En una sociedad que englobaba grandes extremos de riqueza y pobreza, había siempre enjambres de sirvientes para atender a los ricos —criados, niñeras, cocineros, cocheros, lacayos, mozos de cuadra, mayordomos y ayudas de cámara—. Había también muchedumbres de portadores y carreteros —portereros, carteros, mozos de carga, albañiles, trabajadores portuarios, aguadores o simples trabajadores eventuales, llamados de forma diversa y expresiva *journaliers* (trabajadores de jornada), *gagne-deniers* (ganadores de dineros), *manoeuvres* (literalmente trabajadores manuales), *gens de bras* (literalmente «hombres de brazos») u *hommes de peine* (literalmente, «hombre de pena o castigo»)—. Muchos de ellos eran transeúntes solteros que encontraban trabajo donde podían y después acudían a otro trabajo o a otra ciudad o quizá derivaban al trabajo eventual en el campo. Finalmente, en las ciudades francesas del Antiguo Régimen había siempre muchos que no trabajaban o que se ganaban a duras penas una existencia precaria en los márgenes de la economía urbana: mendigos, vagabundos, músicos callejeros, prostitutas, rateros y una pródiga variedad de vendedores ambulantes y buhoneros.

LAS ARTES MECÁNICAS

Entre esas actividades urbanas, sólo una parte se organizaba en corporaciones. De éstas, el grupo más numeroso eran los oficios artesanales. Con raras excepciones, los practicaban en pequeños talleres

artesanos muy cualificados que habían sufrido un largo período de aprendizaje. Normalmente había muy poca división del trabajo entre los oficiales; se contaba con que cada uno pudiera realizar todas las operaciones necesarias para poner un suelo o construir una escalera o fabricar un par de zapatos, una silla, un traje, una hornada de pasteles, un barril o una olla de cocina. Los trabajadores estaban supervisados por un maestro, que generalmente trabajaba junto a sus empleados y debía ser particularmente hábil en su oficio. Pero el maestro era también un empresario y un vendedor. Asistido generalmente por su mujer, trataba con los clientes, recibía los pedidos, mantenía los libros, invertía en herramientas, materias primas y productos de almacén y pagaba los salarios a los trabajadores. Algunos de esos oficios exigían inversiones considerables en herramientas, tinajas, hornos, crisoles, forjas y similares. Pero con raras excepciones, las herramientas se manejaban a mano, con energía muscular. La empresa típica de los oficios artesanos era pequeña, con unos dos o tres trabajadores por maestro, pero la gama era enorme —desde maestros que trabajaban solos o con un solo aprendiz a empresarios a gran escala, como el maestro ebanista parisiense en la *section de la Grange Batelière* que tenía setenta y un trabajadores en 1791— en un oficio en que la mayoría de los maestros tenían menos de diez⁶. En la mayoría de las ciudades casi todas las actividades industriales o manufactureras estaban organizadas en corporaciones. Pero el mundo de los oficios corporativos no quedaba limitado a lo que podríamos denominar industria o manufactura; incluía asimismo a la mayoría de las actividades comerciales. Entre las actividades comerciales, sólo los financieros, los banqueros, los intermediarios y los opulentos comerciantes al por mayor de las grandes ciudades —denominados *négociants* en lugar de *merchants*— quedaban fuera del sector corporativo⁷. Había corporaciones de boticarios, merceros y posaderos, de vendedores de madera, vino, grano, libros, especias, paño, ganado, pescado y paja —en suma, comerciantes y tenderos de todo tipo—. Habitualmente los miembros de esas corporaciones comerciales sólo se dedicaban a un género de comercio al detalle, aunque algunos, como los miembros de

⁶ Braesch, F., «Essai de statistique de la population ouvrière de Paris vers 1791», en *La Révolution française*, 63 (1912-13), págs. 289-321.

⁷ Así, aunque los *négociants* de Ruán deliberaban como un cuerpo y habían redactado su propio *cahier de doléances* (cuaderno de quejas) ante los Estados Generales de 1789, estaban clasificados por las autoridades municipales como un «cuerpo asimilado a los cuerpos o colegios judiciales» —es decir, a los funcionarios del gobierno, abogados, médicos, notarios y arquitectos— más que a las más humildes «comunidades de artes y oficios». Bouloiseau, Marc, *Cahiers de doléances du tiers état du bailliage de Rouen pour les Etats Généraux de 1789*, 2 vols., París, 1957, vol. 1, pág. 60.

los célebres *six-corps* de París (pañeros, especieros, merceros, peleteros, calceteros y orfebres), se dedicaban a actividades mercantiles a gran escala, a larga distancia y sumamente lucrativas. Todos esos sectores comerciales se agrupaban con las actividades industriales en un sector corporativo o estrato de la sociedad urbana común designado colectivamente como *arts et métiers* (artes y oficios), cuyos miembros eran conocidos como *gens de métier* (gentes de oficio)⁸.

Estas actividades comerciales e industriales organizadas de forma corporativa ocupaban una posición intermedia en la jerarquía social urbana. Por encima del mundo de las *gens de métier* —además de los *négociants*, eclesiásticos, nobles, cargos reales o municipales y grandes financieros— estaban las profesiones liberales —médicos, abogados, hombres de letras, notarios, profesores— cuya actividad se consideraba intelectual y no manual. Por debajo de las *gens de métier* estaban los estratos inferiores de la población urbana: criados, trabajadores no cualificados y pobres sin reputación. Los criados carecían de capacidad jurídica para formar corporaciones. Se consideraban miembros de la familia a la que servían, bajo la autoridad paterna del cabecera de familia, y carecían, por tanto, de una situación jurídica o social independiente. Puesto que carecían de personalidad pública, no podían formar corporaciones que les representaran legalmente en la esfera pública. Las corporaciones ocasionales que aparecieron entre transportistas y carreteros se formaron casi siempre entre grupos cuyas actividades eran esenciales para el mantenimiento de la salud pública —como los que transportaban agua— o entre los trabajadores portuarios, cuya honradez y disciplina se consideraban esenciales para el mantenimiento del orden público en los muelles saturados y caóticos de las ciudades portuarias del Antiguo Régimen, por parte de las autoridades municipales y reales. Sin embargo, la gran masa de los *journaliers*, *gagne-deniers*, *gens de bras*, *manoeuvres* u *hommes de peine* quedaban al margen del orden corporativo —y de la estabilidad en el trabajo, del sentido de comunidad y la posición legal y social que suponían las corporaciones⁹. Y lo que era cierto de esos trabajadores eventuales lo era todavía más de mendigos, prostitutas, vaga-

⁸ Las listas de *corps de métiers* de París entre los siglos XIV y XVIII pueden encontrarse en Franklin, Alfred, *Dictionnaire historique des arts, métiers et professions exercés dans Paris depuis le treizième siècle*, París, 1906, págs. 63-5, 211-13, 291-6, 520-2. Para Ruán, vid. Ouin-Lacroix, Ch., *Histoire des anciennes corporations d'arts et métiers et des confréries religieuses de la capitale de la Normandie*, Ruán, 1850. Sobre Beauvais, vid. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*, págs. 302-4. Sobre los «*six corps*», vid. Franklin, págs. 645-7.

⁹ Kaplan, Steven, «Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1815», en *Revue historique*, 261 (enero-marzo de 1979), págs. 20-1.

bundos y pequeños delincuentes, que formaban el escalón inferior de la jerarquía social urbana¹⁰.

En ciertos aspectos, esa jerarquía social urbana resulta muy común desde el punto de vista del siglo XX o de mediados del XIX. Entonces y ahora, los ricos ociosos y las profesiones liberales estaban en lo alto, los obreros no cualificados y los delincuentes abajo, y otras actividades estaban en una posición intermedia. Pero el modo en que las actividades se agrupaban dentro de ese orden tan similar era a veces llamativamente diferente. Lo más sorprendente es que bajo el Antiguo Régimen los oficios industriales —zapateros, carpinteros, etc.— se agrupaban con las actividades comerciales y se diferenciaban drásticamente de los obreros no cualificados. A mediados del siglo XIX —u hoy— los obreros industriales cualificados se agruparían con los trabajadores manuales no cualificados y se diferenciarían drásticamente del mundo del comercio. Este llamativo cambio en la clasificación social da fe de los enormes cambios —industrialización, burocratización, avance del capitalismo— que ha experimentado la actividad comercial e industrial en los dos siglos pasados desde el final del Antiguo Régimen. Pero al mismo tiempo representa un cambio fundamental en las categorías conceptuales a través de las cuales la gente percibe, comprende y actúa en el mundo social.

¿Por qué se agrupaban oficios tan diversos como zapateros pobres y mercaderes opulentos en el grupo social de *gens de métier*? ¿En qué consistía su unidad como grupo? En primer lugar, hay que recordar que los oficios dedicados a la producción industrial se dedicaban también al comercio —en el lenguaje de la época eran al tiempo *mestiers et marchandises*¹¹—. El maestro zapatero no sólo hacía zapatos, sino que también los vendía; el maestro carpintero era tanto contratista como constructor. Todas las *gens de métier* se dedicaban a transacciones comerciales de algún tipo. Segundo, en el vocabulario social del Antiguo Régimen, las actividades comerciales, así como las manufacturadas, se consideraban una forma de trabajo manual y, por tanto, inferiores. Eran «artes mecánicas» opuestas a las «artes liberales», inte-

¹⁰ Constituye una manifestación de la influencia de las formas corporativas de organización el que incluso estos grupos «marginales» formaran a veces cuerpos corporativos secretos con rangos, regulaciones y disciplina interna. Un ejemplo es el «reino» de los mendigos de París en los siglos XV y XVI. Vid. Paultre, Christian, *De la répression de la mendicité et du vagabondage en France sous l'ancien régime*, París, 1906 (reed., Ginebra, 1975), págs. 42-54, y Chartier, Roger, «La "Monarchie d'argot" entre le mythe et l'histoire», en Vincent, Bernard (Ed.), *Les Marginaux et les exclus dans l'histoire*, Cahiers Jussieu, 5, Université Paris 7, París, 1979, págs. 275-311.

¹¹ Loyseau, Charles, *Traité des ordres et simples dignités*, en *Les Oeuvres*, París, 1666, pág. 80. El *Traité* se publicó originalmente en 1610.

lectuales o cultas. En principio, un noble podía sufrir *dérogance* (privación de la nobleza) por convertirse en comerciante o por hacer el aprendizaje con un zapatero. Finalmente, aunque las actividades de las *gens de métier* fueran manuales o mecánicas, eran también artes —es decir, exigían el ejercicio de disciplina e inteligencia—. Era esta calidad lo que las distinguía de las ocupaciones de las *gens de bras*. *Gens de bras* y *gens de métier* se dedicaban al trabajo manual, pero sólo el trabajo de las *gens de métier* era elevado al nivel del arte por la aplicación de la inteligencia. Según esos criterios, las *gens de métier* se comprendían como una sola categoría social. Para expresarlo de manera más formal, las *gens de métier* podían definirse como la intersección del dominio del esfuerzo manual o trabajo con el dominio del arte o inteligencia, una intersección claramente resumida en la expresión «artes mecánicas», que designa las actividades que exigen simultáneamente esfuerzo corporal y ejercicio de la inteligencia.

Comprender la posición de las corporaciones de oficio en el orden social del Antiguo Régimen requiere una estrecha atención a las concepciones de trabajo y arte en la cultura del Antiguo Régimen. En 1848, tanto en el discurso de los obreros revolucionarios como en la cultura francesa en general, la palabra *travail* (trabajo) tenía fuertes connotaciones de productividad e incluso de creatividad. Pero bajo el Antiguo Régimen, esas connotaciones creativas del trabajo estaban ausentes. En su lugar, trabajo tenía las tradicionales connotaciones cristianas de sufrimiento, carga y penitencia. *Travail* se definía en el diccionario de la *Académie française* de 1694 como «esfuerzo, sufrimiento, fatiga que supone hacer algo», y *travailler* se definía «realizar una tarea, un trabajo penoso, soportar cierta fatiga del cuerpo o el espíritu»¹². *Travail*, en suma, no era la obra (*oeuvre, ouvrage*) que se crea, sino el esfuerzo exigido para crearla. La maldición de Adán era trabajar con el sudor de su frente por el pan de cada día, y la de Eva parir hijos con dolor. El destino de Adán tenía así un paralelismo preciso con el de Eva: mantener la especie humana mediante un esfuerzo penoso, exhaustivo e irreflexivo del cuerpo, mediante un ejercicio puramente animal. En el esquema cristiano, el trabajo era un rasgo de vileza, la prueba y el castigo del pecado original del hombre. No era una actividad ennoblecedora, sino una marca de la naturaleza caída del hombre y de su abyecta humildad ante Dios¹³.

¹² *Le Dictionnaire de l'Académie française*, 2 vols., París, 1694, 2, págs. 591-2.

¹³ También podía invertirse la posición del trabajo, de forma típicamente cristiana. Puesto que trabajo significaba humildad, y la humildad era un signo de sumisión a Dios, el trabajo podía, en circunstancias especiales, ser un signo de la condición más alta, en lugar de la más baja. Así, la exigencia de trabajo manual se insertaba originalmente en

En contraste, el arte era enaltecedor y ennoblecedor. Si la exigencia del trabajo significaba la vinculación del hombre a la naturaleza animal, el arte significaba el poder de la inteligencia o del espíritu para elevar al hombre por encima de la naturaleza. Los animales, después de todo, podían dedicarse al trabajo, pero sólo los humanos podían practicar las artes. En la Francia del Antiguo Régimen, el término «arte» se refería a una serie muy amplia de actividades humanas y se utilizaba de forma más habitual que hoy en el discurso cotidiano —no sólo para la poesía o la arquitectura o la pintura, sino para las artes mecánicas, las artes de gobierno, las artes militares, etc.—. En palabras de *Le Grand Vocabulaire françois* de 1762-74, «arte se dice de todo aquello que es efecto de la habilidad y la industria del hombre». Esta concepción del arte difiere considerablemente de la noción romántica del siglo XIX del arte como expresión del genio creativo, no atado a las convenciones de la vida ordinaria. Muy al contrario, el arte no era una cuestión de originalidad, inspiración y genio, sino de reglas, orden y disciplina. Para citar *Le Grand Vocabulaire françois* de nuevo, el arte se definía como un «método de ejecutar una cosa de acuerdo con ciertas reglas»¹⁴. Incluso aunque se mencionara a las *beaux arts* como «hijas del genio»¹⁵, se consideraban sometidas a reglas estrictas —de proporción, medida, armonía, rima, metro, etc.—. En este esquema el arte era una actividad dadora de reglas o legislativa; el arte y sus reglas eran el medio de crear y mantener el orden en la vida humana en general, de someter nuestras pasiones sin regla a la razón y dirigir las a fines ordenados y útiles de diversas clases. Había así reglas de guerra, gobierno, jurisprudencia, retórica, teología, filosofía, medicina, pintura, poesía, drama, música, tejido de tapices, compra y venta de vino, carpintería, zapatería, ebanistería, platería y otros cientos de artes. Eran esas artes y sus reglas dadoras de orden las que elevaban al hombre por encima de la condición de un semi-animal inteligente que se ganaba la vida de forma irreflexiva en una tierra ingrata y llenaba su superficie con su progenie.

Estas concepciones de arte y trabajo explican no sólo la posición de las artes mecánicas en la jerarquía global del Antiguo Régimen, sino también la jerarquía de los distintos oficios dentro de las artes mecánicas. Los estamentos privilegiados —el clero y la nobleza— estaban exentos por entero del vil trabajo manual, que quedaba relegado

la rutina diaria de los benedictinos. Sin embargo, resulta elocuente que ese requisito de jara de respetarse pronto en la práctica.

¹⁴ *Le Grand Vocabulaire françois*, 30 vols., París, 1762-74 (2.^a ed.), 3, pág. 115, artículo «Art».

¹⁵ *Ibid.*

al Tercer Estado. Dentro del Tercer Estado, las artes liberales —definidas como las artes «cuyas producciones corresponden más a la mente (*esprit*) que a la mano»— se clasificaban por encima de las artes mecánicas —definidas como las que corresponden «más a la mano que a la mente»¹⁶—. El mismo principio de clasificación se emplea también dentro de la categoría de artes mecánicas. Como expone el jurista Loyseau a comienzos del siglo XVII en su *Traité des ordres et simples dignitez*:

Los oficios que son industria y comercio (*mestiers et marchandises*) unidos... son honorables y los que los ejercen no se cuentan entre las personas viles... Por el contrario, hay oficios que se apoyan más en el esfuerzo del cuerpo que en el tráfico del comercio o en la sutileza de la mente, y éstos son los más viles¹⁷.

Las mismas ideas se encuentran en la *Encyclopédie*, como los siguientes artículos demuestran.

Artiste. Nombre dado a los trabajadores que sobresalen en las artes mecánicas que implican inteligencia.

Artisan. Nombre por el que se designa a los trabajadores que se dedican a las artes mecánicas que implican menos inteligencia. Se dice de un buen zapatero, que es un buen *artisan*, y de un hábil relojero, que es un gran *artiste*¹⁸.

Es particularmente elocuente que el mismo principio de clasificación lo emplearan Loyseau, cuyo tratado era una de las más célebres justificaciones de una sociedad de órdenes y privilegios, y la *Encyclopédie*, el arma más importante de los *Philosophes* en su ataque a los privilegios. La idea de que el honor procedía del arte y no del trabajo era un tópico de la cultura del Antiguo Régimen; la compartían pensadores de todas las ideologías. En realidad, ese supuesto era comparado no sólo por las clases altas educadas, sino también por los trabajadores manuales. Los relatos míticos mediante los cuales las asociaciones clandestinas de oficiales conocidas como *compagnonnages* explicaban sus orígenes —mitos procedentes probablemente del siglo XVIII— acentuaban la superior habilidad o el arte de sus fundadores como un factor que les situaba originalmente al margen de los trabajadores ordinarios. Este énfasis en el arte como fuente de honor

¹⁶ *Ibid.*, artículos «*Arts liberaux*» y «*Arts mécaniques*».

¹⁷ *Traité des ordres*, pág. 80.

¹⁸ *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, 17 vols., París, 1751-65, 1, pág. 745, artículos «*Artiste*» y «*Artisan*».

encontraba también expresión en el preciso aprendizaje técnico, coronado por la producción de una obra maestra (*chef d'oeuvre*), que el *compagnonnage* requería de sus miembros. Se esperaba que los trabajadores aceptados en un *compagnonnage* manifestaran su elevado rango a través de la perfección de su arte¹⁹. Por lo tanto, a juzgar por los mitos y costumbres del *compagnonnage*, incluso los trabajadores manuales que se situaban cerca de la base de la jerarquía de Loyseau basaban sus derechos no en el honor del trabajo, sino en la posesión de un arte superior.

La importancia de la dicotomía arte/trabajo, o mente/mano, se pone de manifiesto con mayor claridad en la forma en que se concebía y cómo se escribía sobre el trabajo no especializado. Una vez más, Loyseau lo afirmaba rotundamente: «Y con mayor razón los que no realizan ni oficios ni comercio y se ganan la vida con el trabajo de sus manos... son los más viles del *menu peuple* (pueblo menudo). Pues no hay trabajo peor que carecer de trabajo»²⁰. Aquellos cuya actividad era considerada sólo trabajo, no redimidos por una dosis de arte o inteligencia, estaban en el fondo de la jerarquía social —eran «los más viles del *menu peuple*» y, por tanto, los más viles de los viles—. Pero la afirmación de Loyseau va más allá. El mero ejercicio del trabajo estaba por debajo del más bajo de los oficios posibles —no era en absoluto un oficio—. Esta misma idea se expresaba también en otra frase común: se decía habitualmente que las *gens de bras* eran gentes *sans état*. *État*, en el Antiguo Régimen, tenía múltiples significados. Significaba rango, situación o status; suponía estabilidad de condición y regularidad, y significaba también oficio o profesión²¹. Así, la persona «*Sans état*» carecía de oficio o profesión, status o condición y también de estabilidad o regularidad. Todo ello supone que el trabajo era no sólo intrínsecamente degradante; el trabajo solo, sin arte que le marcara las reglas, sin estar informado por la razón, era una nulidad social y moral. Las *gens de bras* eran incapaces de disciplina interna y eran mantenidas a raya sólo mediante la autoridad externa y la fuerza del hambre y la necesidad.

¹⁹ El mejor trabajo reciente sobre el *compagnonnage* es Truant, Cynthia, «Compagnonnage: Symbolic Action and the Defense of Workers' Rights in France, 1700-1848», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1978. Vid. también Coornaert, Émile, *Les Compagnonnages en France du moyen âge à nos jours*, París, 1966, y Martin Saint-Léon, Étienne, *Le Compagnonnage*, París, 1901.

²⁰ *Traité des ordres*, pág. 80.

²¹ En la misma época, las autoridades veían las corporaciones como un medio de mantener el orden en un segmento de la población que de otra forma hubiera resultado de difícil disciplina. Vid. Kaplan, «La Police du monde du travail», págs. 26-7.

De esta forma, la frontera que separaba a las *gens de métier* organizadas de forma corporativa de las *gens de bras* no corporativas era fundamental: era una frontera entre orden y desorden. No es sorprendente que las *gens de bras* no estuvieran organizadas en corporaciones. Si su trabajo carecía de toda regla y regularidad, ¿cómo podía estar gobernado por las detalladas regulaciones técnicas de una corporación? Y si esos hombres eran *sans état*, ¿cómo podían formar una corporación con privilegios oficialmente reconocidos, un cuerpo que, a pesar de todo lo bajo que estuviera en el esquema global de las cosas, tenía un lugar firmemente establecido en el estado? Sólo el arte, gobernado por reglas, con sus cualidades ordenadas, hacía posible las corporaciones²². En este sentido, es expresivo que las artes liberales, a pesar de ser claramente superiores a las artes mecánicas en rango y honor, estuvieran organizadas de forma análoga. Como ha señalado François Olivier-Martin, las universidades, las academias, las profesiones judicial y médica y los cargos reales tenían organizaciones jurídicamente similares a los *corps d'arts et métiers* —con sus privilegios, sus ordenanzas internas y su posición reconocida dentro del estado²³—. En la Edad Media, las similitudes entre universidades y corporaciones de oficio quedaban marcadas claramente en el lenguaje: unas y otras no sólo estaban encabezadas por «maestros», sino que en las artes manuales a los aprendices se les llamaba con frecuencia *escolans* y a los oficiales, *bacheliers*. Todavía en el siglo XVI un decreto real que prohibía los banquetes escandalosos incluía en la misma frase «todos los banquetes de doctorado y de otros grados de cualquier facultad, o de maestría de ciencias, artes y oficios»²⁴. Aunque probablemente las diferencias entre las profesiones liberales y las de las gentes de oficio aumentaran en los siglos XVII y XVIII, se mantuvieron importantes similitudes jurídicas hasta el fin del Antiguo Régimen. Sobre esa cuestión, la analogía podía llevarse mucho más arriba en la escala social. La nobleza, el clero, las órdenes de caballería e incluso las órdenes monásticas y mendicantes eran cuerpos semiautónomos legalmente reconocidos, privilegiados, regulados internamente, organizados de forma análoga a las corporaciones de oficio. En cierto sentido, entonces, los *corps d'arts et métiers* estaban en la

²² Vid. un análisis más detallado de «*état*» en Sewell, Jr., William, «État, Corps and Ordre: Some Notes on the Social Vocabulary of the French Old Regime», en Wehler, Hans-Ulrich (coord.), *Sozialgeschichte Heute, Festschrift für Hans Rosenberg zum 70. Geburtstag*, Göttingen, 1974, págs. 52-4.

²³ *L'Organisation corporative de la France d'ancien régime*, París, 1938.

²⁴ Coornaert, Émile, *Les Corporations en France avant 1789*, París, 1941, páginas 83, 121.

parte baja de una jerarquía de grupos organizados corporativamente, grupos cuyas funciones se hacían cada vez más honorables y espirituales y eran de rango más elevado, desde las viles operaciones físicas, de la más manual de las artes mecánicas a la devoción a Dios de monjes y frailes. Las *gens de métier* pueden haber estado abajo, manchadas por su trabajo manual, pero su posesión de un arte las elevaba por encima de los simples agricultores y los trabajadores no especializados y las hacía capaces de autogobierno ordenado y dignas de privilegios y derechos oficialmente reconocidos.

LAS CORPORACIONES

Ésta era la posición de las corporaciones de oficio en la jerarquía social del Antiguo Régimen. ¿Pero cuál era la naturaleza de esas corporaciones como instituciones —sus reglas, privilegios, costumbres, derechos y obligaciones—? ¿Cómo operaban realmente en la práctica en las ciudades francesas de los siglos XVII y XVIII? Dado el estado de la bibliografía histórica sobre las corporaciones, no es fácil responder a esas preguntas como se desearía. Las corporaciones de oficio fueron un eje esencial de los estudios históricos en Francia entre fines del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, y hay excelentes estudios generales de Étienne Martin Saint-Léon, Henri Hauser, François Olivier-Martin y Émile Coornaert, procedentes de ese período²⁵. Pero desde los experimentos corporativos de Vichy, el asunto ha adquirido mala fama entre los historiadores franceses y no ha habido un estudio general de importancia sobre las corporaciones desde la publicación del trabajo de Coornaert en 1941. Ello resulta particularmente desafortunado porque significa que las corporaciones no se han visto sometidas al tipo de estudio riguroso y exhaustivo que la escuela francesa de *Annales* ha dedicado a temas históricos que van de la demografía y la estructura social rural a las actitudes hacia la muerte y el honor²⁶. Sin

²⁵ Martin Saint-Léon, Étienne, *Histoire des corporations de métiers, depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791*, París, 1909; Hauser, Henri, *Ouvriers du temps passé (xv^e-xvii^e siècles)*, París, 1899; Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, y Coornaert, *Les Corporations en France*. Vid. también la obra más antigua de Levasseur, E., *Histoire des classes ouvrières en France depuis la conquête de Jules César jusqu'à la Révolution*, 2 vols., París, 1859, reed. como *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789*, 2 vols., París, 1900.

²⁶ La escuela de *Annales* se refiere a los historiadores que han publicado de forma regular en la revista francesa *Annales d'histoire économique et sociale*, fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, y su sucesora de postguerra, *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Obras que representan el ámbito de la escuela: Goubert, *Beauvais et*

embargo, hay varios estudios recientes excelentes sobre las ciudades de los siglos XVII y XVIII, de historiadores de la escuela de *Annales*, que contienen valiosa información nueva que corrige o amplía algunas conclusiones de estudios anteriores²⁷. En ausencia de un estudio de síntesis y puesta al día sobre las corporaciones, el esbozo que sigue debe ser inevitablemente un tanto especulativo e inseguro en ocasiones. Pero confío que la base de mis interpretaciones resulte aceptable —o al menos no parezca descabellada— para los especialistas en el tema.

Según la doctrina jurídica de los siglos XVII y XVIII, el acto que creaba una corporación de oficio era la ratificación de sus estatutos por *lettres patentes* del rey²⁸. Esto convertía el oficio en lo que se denominaba *métier juré* (oficio jurado) o *jurande*, denominado así porque a sus miembros se les exigía un juramento (*jurer*) de lealtad al entrar en la maestría. La naturaleza e importancia de ese acto de ratificación puede ilustrarse con el examen de un caso concreto. En 1585 los vinateros y taberneros parisienses se vieron envueltos en una disputa con los vinicultores, que protestaban contra la práctica de vinateros y taberneros de convertir el vino agrio en vinagre, con lo cual competían con ellos en la fabricación y venta de sus productos. Los vinateros y taberneros se encontraban en desventaja en la disputa porque los vinicultores estaban organizados como *métier juré* y ellos no. Por tanto, ofrecieron al rey Enrique III una *finance modérée*, pidiéndole que «les estableciera como cuerpo y comunidad (*en corps et communauté*)». El rey respondió ratificando sus estatutos en una *lettre patente*. Por medio de ese acto, establecía «*en perpétuité ledit état... en état juré pour y avoir corps, confrérie et communauté*» (en perpetuidad dicho estado... como estado jurado para tener así cuerpo, confradía y comunidad)²⁹.

En este caso quedan ilustradas diversas características destacadas de los *métiers jurés*. Primero, resulta claro que los vinateros y taber-

le Beauvaisis; Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc*; Vovelle, Michel, *Piété baroque et déchristianisation: Les Attitudes devant la mort au xviii^e siècle d'après les clauses des testaments*, París, 1973; Castan, Yves, *Honnête relations sociales en Languedoc (1715-80)*, París, 1974.

²⁷ Particularmente útiles son Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*; Deyon, Pierre, *Amiens, capitale provinciale: Étude sur la société urbaine au xvii^e siècle*, París, La Haya, 1967; Perrot, Jean-Claude, *Genèse d'une ville moderne: Caen au xviii^e siècle* (2 vols.), París, 1975, y Garden, Maurice, *Lyon et les lyonnais*. Vid. también Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*, cap. 3. Un excelente artículo reciente que toca el problema de las corporaciones es Kaplan, «La Police du monde du travail».

²⁸ Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, págs. 205-10.

²⁹ *Ibid.*, pág. 206.

neros pensaban que dispondrían de una base legal más firme para continuar su pleito con los vinicultores si estaban organizados también «*en corps et communauté*», como *métier juré*. Cuando un oficio era erigido en *corps et communauté* (recibía el estatuto de cuerpo y comunidad), todos los que lo practicaban quedaban unidos en una sola unidad reconocida con una posición firme y legalmente segura en el estado. En la jurisprudencia del Antiguo Régimen, un *corps* o *communauté* legalmente constituido se consideraba una persona singular, un súbdito del rey, legitimado para presentar demandas o protestas ante el soberano, entablar pleitos y tener propiedades, como cualquier otro súbdito. Como expone Domat, jurista del siglo XVII: «Las comunidades legítimamente establecidas reemplazan a las personas... Se consideran un todo único. Y las comunidades actúan como cualquier persona ejerce sus derechos, trata sus asuntos y actúa en la justicia»³⁰. De esta forma los vinateros y taberneros, enredados en la batalla con los vinicultores, fortalecieron considerablemente su posición jurídica cuando se convirtieron en *métier juré*. Al convertir a vinateros y taberneros en una persona imaginaria, el rey les otorgaba plenos poderes legales como súbdito real reconocido y, de esa forma, un estatuto legal igual al de los vinicultores.

Según el jurista Lebreton, el rey establecía *métiers jurés* para perfeccionar las artes mecánicas y aumentar el bien público: «Los príncipes tienen reservado en particular el poder de establecerles como cuerpo, de darles estatutos y otorgarles inmunidades y privilegios, para estimular a los artesanos a perfeccionarse en su arte y a servir al público fielmente»³¹. Se animaba a los artesanos a actuar de forma virtuosa con la concesión de inmunidades y privilegios. «El privilegio» significa «la facultad otorgada a una persona particular o a una comunidad, de hacer algo, o de disfrutar de alguna ventaja con exclusión de otras»³². Literalmente, los *privilèges* eran «derechos privados», es decir, derechos que se aplicaban exclusivamente a una sola persona, bien una persona colectiva imaginaria, bien un individuo. Las comunidades de oficio no eran más que uno de los muchos tipos de cuerpos privilegiados del reino de Francia. Universidades, academias, tribunales de justicia, ciudades, compañías privilegiadas, provincias, nobleza, clero —toda la vasta y heterogénea multitud de cuerpos y comunidades reconocidos que constituían el reino de Francia tenía sus propios privilegios particulares. La concesión de privilegios a cual-

³⁰ Citado en Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 207.

³¹ Citado en Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 207.

³² *Le Grand Vocabulaire français*.

quiera de esos cuerpos suponía automáticamente la concesión de inmunidades: hasta el punto de que si una persona particular o colectiva estaba gobernada por un derecho privado, la persona recibía necesariamente inmunidad respecto al derecho común.

Los privilegios de una comunidad de oficio se expresaban en sus estatutos, ratificados por el rey. Esos estatutos variaron considerablemente de un oficio a otro, de un siglo a otro y de una ciudad a otra. Era algo lógico, dado que cada comunidad era una persona legal diferente. Pero puesto que eran *clases* de personas diferentes, había también rasgos recurrentes en los estatutos de todos los oficios próximos. Prácticamente todos los estatutos otorgaban a los miembros de la comunidad el derecho exclusivo a dedicarse al ejercicio de su oficio dentro de cierto distrito, generalmente una ciudad. Así los estatutos de los trabajadores de peltre y plomo (*étameurs-plombiers*) de Ruán, que se remontan a 1544, empiezan: «Artículo I. Nadie, del oficio que sea, puede abrir en la ciudad o los suburbios de Ruán un taller, ni fabricar y vender ninguna obra del oficio de peltre y plomo, si no es un maestro jurado de dicho oficio»³³. Con infinitas variaciones en la expresión, en los estatutos de los *métiers jurés* se encuentra una afirmación de ese tipo, de un extremo a otro del reino.

Este privilegio exclusivo era el derecho más importante y lucrativo de la comunidad de oficio y era defendido celosamente, incluso con agresividad. Las disputas entre oficios limítrofes fueron omnipresentes en las ciudades francesas del Antiguo Régimen y constituyeron una fuente de interminables pleitos. El gran estudio de Jean-Claude Perrot sobre Caen en el siglo XVIII describe los oficios de esa ciudad en un estado de guerra continua: curtidores contra zurradores, zurradores contra zapateros, fabricantes de sillas contra fabricantes de arneses, sastres contra ropavejeros, especieros contra boticarios, cerrajeros contra herreros, herreros contra cuchilleros, etc. El resultado de esas disputas era crucial para la supervivencia de la comunidad y los perdedores podían ser absorbidos pura y simplemente por los ganadores, como los doce oficios diferentes, desde los cuchilleros a los tapiceros, que fueron anexionados por los merceros de Caen entre 1700 y 1762³⁴. Esta feroz guerra entre oficios tampoco quedó limitada a Caen. Trabajos recientes sobre Amiens y Beauvais en el siglo XII y Lyon en el XVIII han encontrado justamente el mismo fenómeno y parece que los conflictos entre oficios fueron característicos de todas las

³³ Ouin-Lacroix, *Anciennes corporations*, págs. 642.

³⁴ Perrot, *Genèse d'une ville moderne*, I, págs. 327-35.

ciudades de Francia³⁵. En realidad, las afirmaciones estatutarias de los derechos de las comunidades de oficio se leen a veces como tratados de paz concluidos después de hostilidades abiertas. Así el artículo 38 de los estatutos de los orfebres de Ruán, de 1739, afirma:

Ningún maestro joyero u otros maestros que no sean orfebres puede vender ningún trabajo de orfebrería, ni comprar ninguno, excepto para su propio uso privado, con la excepción de los merceros, que pueden continuar vendiendo bandejas procedentes de Alemania u otros países, puesto que las han marcado en el registro de los orfebres³⁶.

Otros, a la vista del peligro de intrusiones hostiles, establecen el campo de su monopolio con un detalle increíblemente exhaustivo. Así los estatutos de los cuchilleros, grabadores y doradores de hierro y acero de Ruán, de 1734, enumeran más de 113 elementos diferentes que tienen privilegio exclusivo de manufacturar y vender³⁷.

Esta guerra generalizada entre oficios fue una de las características más destacadas del grupo social de las artes mecánicas o *gens de métier* en los siglos XVII y XVIII. A diferencia de la clase obrera en el XIX, que se consideraba como una unidad de todos los trabajadores manuales unidos por vínculos de solidaridad, las *gens de métier* no constituían una unidad solidaria. Puesto que todos practicaban las artes mecánicas, las *gens de métier* eran un grupo social fácilmente definible. Pero en marcado contraste con el lenguaje social del siglo XIX, que se desarrolló en torno al concepto de trabajo, lenguaje que destacaba la similitud entre los obreros que trabajaban en distintos oficios, el lenguaje del arte del Antiguo Régimen destacaba sus diferencias. Cada arte tenía sus propias cualidades y sus propias reglas que lo distinguían de cualquier otro. Así, cada *métier* constituía una comunidad concreta dedicada a la perfección de un arte concreto, y esas comunidades de artesanos carecían de vínculos que las unieran entre sí. Al fomentar sus propios intereses y proteger y ampliar sus privilegios, esas comunidades se veían inevitablemente envueltas en conflictos con las comunidades vecinas cuyo ámbito de competencia artística se solapaba en la práctica con el suyo. Aunque las *gens de métier* formaban una única categoría social en el Antiguo Régimen, era una categoría constantemente hendida por celos y sospechas mutuas.

³⁵ Deyon, *Amiens, capitale provinciale*, pág. 203; Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*, pág. 307; Garden, *Lyon et les lyonnais*, pág. 312.

³⁶ Ouin-Lacroix, *Anciennes corporations*, pág. 705.

³⁷ *Ibid.*, págs. 608-9.

Dentro del ámbito privilegiado definido por sus estatutos, cada comunidad de oficio era responsable de garantizar la honestidad de sus miembros y la calidad de las mercancías que producían. Con ese fin, cada comunidad tenía cargos elegidos entre sus miembros. Esos cargos se denominaban *jurés*, *syndics*, *gardes*, *principals*, *prieurs*, *maieurs*, *consuls* o *bailles* —los títulos variaron ampliamente de un siglo a otro, de una a otra región, y de un oficio a otro. Además de encargarse de la vigilancia general del oficio, resolvían las disputas entre maestros o entre maestros y trabajadores, representaban al oficio en sus relaciones con las autoridades locales o reales, tomaban la iniciativa de los pleitos y atendían, en general, los negocios de la comunidad. Los *jurés* se designaban generalmente por elección pero a veces eran seleccionados por cooptación o designación real y en unos pocos casos se elegían mediante sorteo³⁸. Todo el cuerpo de maestros se reunía habitualmente al menos una vez al año para supervisar el trabajo de los *jurés* y para analizar y emprender acciones sobre los asuntos comunes de la colectividad³⁹.

La obligación más destacada de los *jurés* era garantizar la calidad y la honestidad del trabajo del oficio. Se exigía a los *jurés* realizar visitas sin anunciar, a veces un número determinado de veces al año, al taller de cada maestro del oficio. Allí tenían que inspeccionar el trabajo realizado y los objetos que se ofrecían a la venta. Si una obra era defectuosa, se multaba al maestro, o a veces al oficial que había producido el objeto defectuoso; con frecuencia se añadía que, como en palabras de los estatutos de los cuchilleros de Ruán, «todo producto defectuoso se romperá y se hará pedazos» en el lugar por parte de los *jurés*⁴⁰. Los patrones que habían de aplicar los *jurés* en esos viajes de inspección variaban de un oficio a otro, pero incluían de forma regular restricciones sobre los tipos y la calidad de las materias primas, el tipo de herramientas y la forma de los objetos que se producían. A veces esos patrones estaban estrictamente definidos. Así, los cuchilleros de Ruán no podían poner decoraciones de oro o plata en los mangos de los cuchillos si se fabricaban de hueso, y los trabajadores del plomo no podían utilizar clavos en la fabricación de canalones excepto en determinadas condiciones⁴¹. Se exigía casi siempre que cada maestro estampara sus obras con su marca particular, y si se encontraban obras sin marca el maestro debía ser multado. Pero además de to-

³⁸ Coornaert, *Les Corporations en France*, págs. 213-217.

³⁹ *Ibid.*, págs. 217-20.

⁴⁰ Ouin-Lacroix, *Anciennes corporations*, pág. 610.

⁴¹ *Ibid.*, págs. 609, 644.

das esas regulaciones específicas, la obra debía ser «*bon et loyal*» —«buena y leal»—, o fabricada de forma exacta y honesta. En otras palabras, los *jurés* disponían de cierta autonomía para juzgar si la obra de un taller determinado tenía una calidad suficientemente elevada, incluso si reunía las medidas básicas perfiladas en los estatutos.

En esta cuidadosa vigilancia de la producción por parte de los *jurés* de la colectividad, puede verse con detalle cómo el *métier juré* estimulaba a los artesanos «a perfeccionarse en su oficio y servir fielmente al público». Puesto que el mismo arte era cuestión de reglas, era lógico que el arte pudiera perfeccionarse mediante el establecimiento de regulaciones detalladas en los estatutos de la comunidad de oficio, regulaciones que habían de administrar los *jurés*, ellos mismos expertos practicantes de ese arte. Esa misma preocupación por la perfección del arte se encontraba también en otro tipo de regulación que aparecía en todos los estatutos: las regulaciones para la enseñanza de los aprendices. Generalmente cada maestro de la comunidad quedaba limitado a un solo aprendiz, que serviría normalmente en esa condición por un plazo que variaba de tres a seis años o más. El aprendiz, generalmente un joven de entre trece y veinte años, vivía en la casa del maestro y había de obedecerle como *père de famille* (padre de familia) a lo largo de la duración del contrato. Durante ese período de iniciación por el maestro en todos los secretos del arte el aprendiz sólo recibía un salario nominal. Al final de su tiempo de servicio, el aprendiz debía haber aprendido su oficio completamente. Era entonces habitual servir durante al menos dos o tres años en el grado intermedio de oficial (*compagnon*) antes de convertirse en maestro. Debido al gran número de oficiales que carecían del capital y las relaciones para alcanzar la maestría, este período podía durar muchos años y algunos estaban destinados a seguir como oficiales de por vida⁴².

Para convertirse en maestro, se exigía al candidato que hubiera completado satisfactoriamente su aprendizaje. Habitualmente se le exigía también superar un examen de su arte, fabricando una obra maestra que fuera juzgada aceptable por los *jurés*. Además, el candidato había de disponer de capital suficiente para abrir un taller y tenía que pagar también una importante cuota de entrada a la comunidad. Satisfechas esas exigencias, realizaba un juramento solemne de fidelidad a la comunidad y a sus reglas (por el que se convertía en *maître juré* o «maestro jurado») y quedaba admitido a todos los derechos y privilegios de la corporación. Las cuotas de entrada se reducían en general

⁴² Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 275.

de forma drástica para los hijos de maestros, y en algunas ocasiones a éstos se les eximía del aprendizaje formal. Había una especie de supuesto hereditario en las corporaciones desde los tiempos más antiguos, y en los siglos XV, XVI y XVII las exigencias y cuotas de entrada para los candidatos que no estaban emparentados con un maestro tendían a ser cada vez más fuertes⁴³. La mayoría de los historiadores del sistema corporativo han concluido que el acceso a la maestría se restringió con el tiempo, basándose cada vez más en los vínculos de parentesco. Sin embargo, los datos de los estudios más recientes y rigurosos son diferentes, en particular los relativos a la proporción de maestros hijos de maestros⁴⁴. Pero les fue siempre mucho más fácil obtener maestrías a los hijos de maestros que a quienes carecían de ese vínculo.

Los maestros formaban el núcleo de la comunidad corporativa. Aunque los estatutos se aplicaban a maestros, oficiales y aprendices por igual, técnicamente la comunidad estaba constituida solamente por los maestros, como se hace patente en una de las denominaciones habituales de las corporaciones, *maîtrises*. Debido a que oficiales y aprendices estaban legalmente incluidos en la familia del maestro, carecían formalmente de personalidad jurídica independiente. Como indica Émile Coornaert, los juristas que escribían sobre el derecho de las corporaciones no trataban las relaciones entre maestros y trabajadores; oficiales y aprendices estaban bajo «la autoridad doméstica de los maestros», como indica un edicto de 1776, y por tanto fuera del alcance del derecho público⁴⁵. Con raras excepciones, sólo los maestros prestaban un juramento de fidelidad, que Coornaert caracteriza correctamente como «acto esencial de las relaciones sociales de esa época»⁴⁶. Además, y una vez más con raras excepciones, sólo los maestros tenían derecho a participar en asambleas y otros actos públicos de la comunidad y generalmente sólo ellos tenían derecho a recibir *charités* de la cofradía del oficio que era casi siempre un anexo de la corporación. Esas caridades solían incluir el entierro corporativo, pensiones de viudedad y ayuda en caso de enfermedad o desastre. Como miembros de la familia del maestro, oficiales y aprendices de-

⁴³ *Ibid.*, págs. 194-200.

⁴⁴ Amiens en el siglo XVII y Lyon y Caen en el XVIII experimentaron una reducción del acceso a las maestrías. La proporción de nuevos maestros hijos de maestros creció entre comienzos y finales del siglo XVII en Amiens pero disminuyó en Caen en el XVIII. Deyon, *Amiens, capitale provinciale*, págs. 218, 344; Garden, *Lyon et les lyonnais*, pág. 314; Perrot, *Genèse d'une ville moderne*, I, págs. 336-40.

⁴⁵ Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 275.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 64.

bían recibir ayuda del *père de la famille* en momentos de apuro, pero no tenían derecho legal a esa ayuda y estaban sujetos a la buena voluntad del maestro⁴⁷. Como cabía esperar, dado este estilo paternalista, las mujeres solían quedar excluidas de la participación activa en las corporaciones, excepto en el caso de unas pocas corporaciones de los oficios textiles exclusivamente femeninas. Una viuda podía heredar los privilegios de maestría de su marido, pero no cabía que ejerciera esos privilegios por sí misma durante largo tiempo; los asumiría normalmente un hijo, un segundo marido o un oficial que hubiera trabajado en el taller del maestro. Las mujeres ayudaban con mucha frecuencia a sus maridos o padres de diversas maneras, pero su sexo las hacía incapaces —a los ojos de los contemporáneos y de la ley— de ejercer la autoridad paterna implícita en la maestría⁴⁸.

La situación de los oficiales en la comunidad corporativa era también problemática. En el caso de los aprendices, la subordinación filial al maestro era clara y estaba sancionada por un contrato legal y un juramento solemne. Pero la relación entre maestros y oficiales era mucho más ambigua. Un oficial o *compagnon* había de vivir habitualmente con el maestro y comer en su mesa. (La palabra «*compagnon*» derivaba del latín *cum* y *panis*, significa, por tanto, «quien comparte el pan».) Sólo por esa razón, un oficial estaba sometido a la autoridad paterna del maestro. Sin embargo, viviendo incluso con el maestro, la subordinación a su autoridad era menos absoluta que la de los aprendices. Eran mayores que los aprendices, debían ser trabajadores plenamente capacitados y estaban a jornal sin contrato a largo plazo que les vinculara a su maestro. En algunos casos tenían un papel público en la corporación, prestando juramento de fidelidad a los estatutos, con derecho a participar en las asambleas y recibir *charités*, aunque tales casos fueron siempre raros y cada vez más en los siglos XVI y XVII⁴⁹. Durante esos mismos siglos, a medida que se restringió el acceso a la maestría el grado de oficial resultó con frecuencia una condición de por vida más que un estadio intermedio entre aprendizaje y maestría. Como resultado, los oficiales dejaron de vivir con frecuencia con sus maestros y de forma nada frecuente se casaban y se convertían en *pères de familles* ellos mismos.

En esa situación, la relación entre maestros y oficiales no se adaptaba fácilmente a un idioma de subordinación filial y autoridad pa-

terna. En las condiciones de los siglos XVII y XVIII, los oficiales no se encontraban a gusto en el esquema corporativo. Resulta así revelador que los estatutos procedentes de ese período contengan, de forma invariable, múltiples artículos que definen la condición y especifican los derechos y obligaciones de aprendices y maestros, pero rara vez mencionan a los oficiales. Sin ser ya pupilos de los maestros, pero tampoco miembros plenamente adultos de la comunidad corporativa, su condición era sombría y problemática. En esas circunstancias, es perfectamente comprensible que los oficiales empezaran a formar organizaciones propias. Excluidos de las cofradías de los maestros, fundaban con frecuencia cofradías paralelas de oficiales⁵⁰. En algunos oficios, esas organizaciones de oficiales se convirtieron en *compagnonnages*, organizaciones secretas elaboradamente estructuradas, de oficiales jóvenes (*compagnons*) itinerantes con complicados ritos y mitos, un sistema de pensiones en ciudades de todo el reino y complejas regulaciones que garantizaban trabajo, ayuda en momentos de enfermedad y entierro para los muertos⁵¹. *Compagnonnages* y cofradías trataban con el cuerpo de maestros de salarios, contrataciones y condiciones de trabajo, y las disputas laborales se convirtieron en un problema endémico de las corporaciones en el siglo XVIII. Así, al menos durante los dos últimos siglos del Antiguo Régimen, la relación de los *compagnons* con las corporaciones fue ambigua y conflictiva.

COMUNIDAD MORAL

Como entidad legal e institucional, el *métier juré* parece una organización rigurosa, punitiva y jerárquica, impregnada por un espíritu de particularismo extremo e implacable. Las corporaciones francesas del Antiguo Régimen eran perpetuamente suspicaces, constantemente atentas a los ataques externos a sus privilegios y estrechamente vigilantes de sus miembros. Además, los maestros utilizaban su indiscutida supremacía en la corporación para restringir el acceso a la maestría y mantener a los oficiales en una posición de subordinación estricta. Observados a través de sus estatutos, los *métiers jurés* parecen desmentir el epíteto de *communauté* (comunidad) que se les aplicaba universalmente, un epíteto que entonces, como ahora, implicaba unidad, fraternidad y un sentimiento de amor y compasión entre sus miembros. Pero además de la existencia legal e institucional detallada

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 204.

⁴⁸ Vid. un análisis fascinante del problema, Davis, Natalie Zemon, «Les Femmes dans les arts mécaniques à Lyon au XVI^e siècle», en Gutton, Jean-Pierre (coord.), *Mélanges en hommage de Richard Gascon*, Lyon, 1979.

⁴⁹ Coornaert, *Les Corporations en France*, págs. 203-204.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 233.

⁵¹ Vid. nota 17.

en sus estatutos, las corporaciones tenían una existencia moral que complementaba y atenuaba su particularismo riguroso y su regulación estatutaria detallada.

La dimensión moral de las corporaciones puede ejemplificarse volviendo a la *lettre patente* mediante la que Enrique III creó un *métier juré* de los vinateros y taberneros de París en 1585. Se recordará que en esa *lettre* se proclamaba que el rey establecía «*en perpétuité ledit état ... en état juré pour y avoir corps, confrairie et communauté*» (en perpetuidad dicho estado ... como estado jurado para tener cuerpo, cofradía y comunidad)⁵². Se han considerado ya las consecuencias legales del acto del rey. Pero las consecuencias morales de varios términos de la frase deben aclararse mejor. Una *confrairie* (la ortografía moderna es *confrérie*) o cofradía era una asociación laica, constituida bajo patronazgo de la iglesia, para la práctica de alguna devoción. Para un oficio «*avoir ... confrairie*» significaba, por tanto, tener una asociación devota común; y en la práctica cada *métier juré* tenía casi siempre cofradía. Así la frase completa «*avoir corps, confrairie et communauté*» significaba tener una sola personalidad legal reconocida (*corps et communauté*) y tener una asociación devota común (*confrairie*). Pero la frase significaba también algo más. Para un oficio ser *corps*, o cuerpo, suponía también que tenía una voluntad o espíritu común —un *esprit de corps*— y un vínculo profundo indisoluble tal que el perjuicio a cualquier «miembro» afectaba a todos. Ser una *communauté* suponía una comunidad similar de sentimiento y compromiso. Y ser una *confrairie* suponía también tener un vínculo de hermandad y fraternidad. Así, además de su significado legal denotativo, la frase «*avoir corps, confrairie et communauté*» significaba estar unido por vínculos de solidaridad.

Ello no significaba que un aura de abnegación y compañerismo bañara las relaciones dentro del oficio, como algunos admiradores nostálgicos de las corporaciones sostendrían. Había también tensiones y disputas continuas dentro del cuerpo de maestros —maestros ricos contra maestros pobres, maestros de un barrio de la ciudad contra los de otro, etc.—. El término *communauté* no decía otra cosa del tono de las relaciones en un oficio que, fueran cuales fueren sus diferencias, los miembros de una comunidad de oficio pertenecían a la misma comunidad y se debían cierta lealtad entre sí y hacia su arte, frente a otros grupos de la población. Institucionalmente, era en la cofradía del oficio donde el aspecto solidario de las corporaciones se manifestaba de forma más clara. Antes del siglo XVII, no era raro que una sola

⁵² Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 206.

organización corporativa fuera simultáneamente cofradía de devoción e institución para la regulación de industria y comercio en un oficio. Pero después de la Contrarreforma, con su obsesión por las clasificaciones, la cofradía religiosa se convirtió casi siempre en algo organizativamente diferenciado del *métier juré* o *jurande* secular, con regulaciones y cargos diferentes. Sin embargo, esta separación era esencialmente un formalismo legal; todos los miembros de una eran miembros de la otra y la corporación como grupo humano vivo continuó siendo al tiempo unidad económica y de devoción⁵³. La cofradía del oficio era la que repartía las *charités*: los subsidios y la atención médica a los enfermos, las pensiones a aquellos demasiado ancianos para trabajar, el entierro y las pensiones a viudas y huérfanos. Estas *charités* se fundaban en las cuotas y las multas cobradas a los miembros que no realizaban sus obligaciones, cuotas y multas tanto del *métier juré* como de la cofradía⁵⁴. Así, en la cofradía la corporación se mostraba, al menos formalmente, amorosamente compasiva e interesada en la totalidad de la vida de sus miembros, en cuerpo y alma, en la enfermedad y en la salud, durante su vida y después de su muerte⁵⁵.

La actividad religiosa central de la cofradía del oficio era la devoción al patrón, en cuyo honor mantenía una capilla en una iglesia o monasterio local. El gran acontecimiento anual de la cofradía era la celebración de la fiesta del patrón. En esa fiesta cesaba el trabajo en los talleres y todos los miembros del oficio, maestros, oficiales y aprendices, celebraban una misa en honor del patrón, que iba acompañada con frecuencia de procesiones que se dirigían a la iglesia o salían de ella, limosnas a los pobres y un banquete fraternal que seguía a la misa. La fiesta del patrón solía ser la ocasión para designar nuevos *jurés*, admitir a nuevos maestros en la comunidad y renovar el juramento solemne de fidelidad de todos los maestros. La fiesta del patrón es particularmente importante porque incluía a oficiales y aprendices además de los maestros del oficio. Aunque oficiales y aprendices pudieran o no participar en las procesiones y habitualmente no participasen en el banquete de *maîtrise*, se les exigía que acudieran a la misa. Puesto que veneraban al mismo patrón espiritual, estaban unidos en la misma comunidad espiritual y era de esperar que

⁵³ Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 235; Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 93.

⁵⁴ *Ibid.*, por ejemplo, Quin Lacroix, *Anciennes corporations*, págs. 685, 688, 695.

⁵⁵ Como indica Coornaert, *Leur organisation saisit l'homme entier*, pág. 230. Las cofradías de oficio eran sólo un tipo de la amplia variedad de cofradías, unas puramente devocionales, otras dedicadas a numerosas actividades comunitarias. *Vid.* Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*; Quin-Lacroix, *Anciennes corporations*.

compartieran el *esprit de corps* y tuvieran un sentido de unidad, de pertenencia a un solo cuerpo y una visión del mundo común. Cuando los oficiales en los siglos XVI y XVII organizaron sus propias cofradías, se colocaban generalmente bajo el patronazgo del mismo santo que los maestros. Y los *compagnonnages* ilegales exigían a sus miembros celebrar la fiesta del patrón de su oficio. El sentido de pertenencia, aunque frecuentemente discutido, a una comunidad moral es mucho más evidente en la vida religiosa de las corporaciones que en los estatutos del *métier juré*⁵⁶.

Las prácticas de las cofradías de oficio demuestran que las corporaciones eran «*corps et communautés*» en sentido moral tanto como legal, que sus miembros estaban unidos por vínculos espirituales, así como por la sujeción a regulaciones detalladas de sus estatutos. La naturaleza de esos vínculos se pone de manifiesto en el epíteto «oficio jurado» —*métier juré* o, para volver a la *lettre patente* de Enrique III en 1585, «*état juré*»— con el que solía designarse a estos *corps et communautés*. El acto esencial que vinculaba entre sí a los miembros de una corporación era un solemne juramento religioso, un juramento similar en forma a los pronunciados por los sacerdotes en la ordenación, los monjes que recibían las órdenes, el rey en la coronación, los caballeros al entrar en las órdenes de caballería o al jurar fidelidad, o los miembros de las universidades al recibir el doctorado⁵⁷. Ocurría así que el oficio de un artesano se conocía habitualmente como su *profesión*, lo que denotaba una declaración pública solemne o voto. Aunque los juramentos más importantes eran los de los maestros al recibir la maestría, es importante que se requiriera con frecuencia a los aprendices a prestar juramentos cuando empezaban su aprendizaje⁵⁸. Aprender un oficio no era adquirir simplemente las habilidades necesarias para practicar un trabajo de adulto. Era entrar en una comunidad moral de alcance amplio y profundo, una comunidad constituida por hombres que habían prestado solemnes juramentos de lealtad, que eran hijos espirituales del mismo patrón, y que lo venera-

⁵⁶ Coomaert, *Les Corporations en France*, págs. 231-6; Hauser, *Ouvriers du temps passé*, págs. 161-74. Como señala Garden, «En cada oficio, la cofradía ... era el símbolo de unidad. Cuando diversas reglas eran multiplicadoras de restricciones, divisiones, trabas a la libertad de trabajo de todas clases de condiciones para el acceso a la maestría, la cofradía se mantenía en principio como una propiedad común». *Lyon et les lyonnais*, pág. 313.

⁵⁷ Sobre los juramentos de los *métiers jurés*, vid. Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 139, y Coomaert, *Les Corporations en France*, pág. 64. Sobre otras ceremonias de juramento, vid. Loyseau, *Traité des ordres*, págs. 53, 75.

⁵⁸ Vid. v. gr., los estatutos en el apéndice de Ouin-Lacroix, *Anciennes corporations*, págs. 555-749.

ban colectivamente el día de su fiesta. En suma, la corporación no era sólo un conjunto de hombres que participaban de la misma personalidad legal, sino también una fraternidad espiritual juramentada.

La *lettre patente* de Enrique III de 1585 apunta también otra característica de la corporación como comunidad moral. Al ratificar los estatutos de vinateros y taberneros, establecía «*en perpétuité ledit état...*» Esto significa que el *état juré*, una vez creado, había de existir *permanentemente* como «*corps, confrairie et communauté*». Una corporación era una comunidad permanente en dos sentidos. Primero, una vez establecida por la autoridad real, la comunidad con sus derechos y privilegios era reconocida como cuerpo permanente en el estado, y sus estatutos no tenían que ser ratificados de nuevo por los monarcas posteriores. Segundo, quienes entraban en la comunidad seguían siendo miembros para toda su vida —al menos en principio—. El supuesto de que la pertenencia a un oficio era un compromiso vitalicio se señalaba de diversas formas en el lenguaje corporativo. Primero, estaba implícito en el término *état*, que se empleaba tanto en esa *lettre patente* concreta como en el vocabulario social del Antiguo Régimen en general, para designar la profesión de un hombre de oficio. Según el jurista Loyseau, el *état* de alguien era «la dignidad y la cualidad» que era «lo más estable y lo más inseparable de un hombre»⁵⁹. Cuando un artesano entraba en un oficio adquiría, por tanto, un *état* particular, una condición social estable o estado, que compararía con otros que practicaban el mismo oficio y lo distinguía de quienes practicaban otros oficios. La pertenencia de un artesano a su *état* fijaba permanentemente su lugar en el orden social y definía sus derechos, dignidades y obligaciones, exactamente como, en un nivel superior, la pertenencia de una persona a uno de los tres *états* del reino, el *Clergé* (clero), la *Noblesse* (nobleza) y el *Tiers État* (Tercer Estado). Se consideraba así que el oficio de alguien fijaba su posición en la vida.

Esta idea de permanencia se destacaba también en los estatutos de las corporaciones, que solían prohibir la acumulación de dos profesiones⁶⁰. Seguramente era una cuestión práctica, porque no cabía esperar que un hombre que fuera maestro de una corporación se tomara a pecho los asuntos de otra corporación en las asambleas o cuando servía como *juré*. Pero la prohibición tenía también un aspecto moral o espiritual. Al fin y al cabo, el juramento de fidelidad era un juramento religioso que seguía el modelo de los juramentos de

⁵⁹ Loyseau, *Traité des ordres*, pág. 3.

⁶⁰ Coomaert, *Les Corporations en France*, págs. 150, 207, 256.

sacerdotes, monjes y caballeros. Por esa razón, abandonar su profesión o adoptar una nueva profesión que entrara en conflicto con la anterior podía tener un tono moral de apostasía. Era sólo una analogía, sin duda: los hombres podían cambiar y cambiaban de profesión durante su vida. Pero en principio, entrar en una profesión era realizar un compromiso espiritual de por vida y abandonar la profesión era un paso serio.

La persistencia del compromiso con una comunidad de oficio estaba también marcada por la preocupación aparentemente obsesiva de las corporaciones con el entierro de sus miembros. Era rara la cofradía que no proporcionaba entierro a expensas de la corporación y muchas imponían la asistencia de todos los miembros del *corps*⁶¹. Esa obsesión por el entierro resulta comprensible en una sociedad que veía en la vida en la tierra una prueba, una peregrinación y una preparación para la vida eterna. Pero que el paso de esta vida al más allá fuera asunto de las corporaciones —en lugar de la familia o la parroquia— nos dice algo importante sobre las corporaciones y su papel en las vidas de sus miembros. Nada podría expresar con más elocuencia el interés de la corporación por la totalidad de la persona, o la permanencia del compromiso de sus miembros con el oficio, que la posición central del entierro en la vida ceremonial de la corporación. Tomándolo de otro juramento religioso que creaba otro cuerpo moral permanente, el funeral corporativo demostraba y reiteraba a los miembros de la comunidad que estaban vinculados «hasta que la muerte los separase». Tampoco disminuía la importancia del entierro corporativo entre los miembros oscuros de la corporación, los oficiales. En sus cofradías y *compagnonnages*, la celebración del funeral estaba entre las obligaciones más solemnes⁶². Para los oficiales, como para los maestros, vida y muerte se experimentaban dentro de la comunidad espiritual del oficio.

Las corporaciones eran tanto unidades de solidaridad extensa y firme como instituciones jerárquicas, punitivas y fuertemente particularistas en sus privilegios. No había nada paradójico en esa combinación de jerarquía, vigilancia, particularismo y solidaridad respecto a la cultura y la sociedad del Antiguo Régimen. La misma palabra «*corps*», o cuerpo, utilizada para designar una asombrosa variedad de instituciones francesas en los siglos XVII y XVIII, suponía necesariamente todas esas características. Todos los cuerpos estaban compues-

⁶¹ Vid. el artículo «Enterrements», en Franklin, *Dictionnaire historique des arts, métiers et professions*, pág. 306; Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 59; Hauser, *Ouvriers du temps passé*, pág. 164.

⁶² Coornaert, *Les Corporations en France*, pág. 150.

tos de una variedad de órganos y miembros, jerárquicamente dispuestos y colocados bajo las órdenes de la cabeza. Cada cuerpo era distinto de cualquier otro, con su voluntad, sus intereses, su orden interno y su espíritu de cuerpo. Cada cuerpo estaba constituido por una sola sustancia internamente diferenciada pero interconectada, y el daño hecho a cualquier miembro era experimentado por la totalidad. Jerarquía, vigilancia, particularismo y solidaridad caracterizaban el cuerpo más elevado y ejemplar del Antiguo Régimen, la iglesia o cuerpo de Cristo, las órdenes de monjes, monjas y frailes, que realizaban en su forma más perfecta la concepción cristiana de la virtud y caracterizaban también al estado, que a través de la persona del Príncipe mantenía unida, organizaba y daba dirección y propósito a toda la comunidad nacional. En realidad, podría sostenerse que todo el reino francés estaba compuesto de una jerarquía de esas unidades —corporaciones, *seigneuries* y parroquias en el fondo, pasando por ciudades, provincias y los tres estamentos del reino, en un nivel intermedio, hasta la monarquía en lo alto⁶³—. Las corporaciones de oficio eran unidades reconocidas de una sociedad corporativa, y como tales mostraban un celoso afecto a los privilegios particulares que les definían como cuerpo, un sistema cuidadosamente definido de rangos mutuamente interdependientes y jerárquicamente dispuestos, una regulación y vigilancia minuciosas de sus miembros y una extensa solidaridad que les unía como comunidad moral y espiritual.

Las corporaciones, como todos los otros cuerpos que constituían el reino francés, recibían un papel público en el funcionamiento del estado. Las comunidades de oficio recibían amplios poderes públicos, poderes que se extendían mucho más allá de los límites de los privilegios estatutarios. Se responsabilizaba a las corporaciones no sólo de pagar cuotas especiales a la corona sino, con frecuencia, de fijar y recaudar todos los otros impuestos pagados por sus miembros. Hasta el siglo XVII, el servicio en la milicia lo organizaba la corporación. Las corporaciones eran también unidades electorales, una función realizada todavía en las elecciones de los Estados Generales de 1789. Participaban como cuerpo con sus emblemas y banderas en las grandes ceremonias del estado —en la coronación y en las recepciones y tomas de posesión del rey y otros grandes personajes⁶⁴—. En suma, las

⁶³ Para un análisis más detallado de la palabra «*corps*» y de las formas morales y culturales generales del Antiguo Régimen, vid. Sewell, «État, Corps and Ordre». Vid. también Mousnier, Roland, «Les Concepts d'ordres, d'états, de fidélité et de monarchie absolue en France de la fin du XV^e siècle à la fin du XVIII^e siècle», en *Revue historique*, 502 (abril-junio de 1972), págs. 289-312.

⁶⁴ Sobre la milicia, vid. Franklin, *Dictionnaire historique des arts, métiers et pro-*

corporaciones se consideraban —no sólo por parte de sus miembros, sino también de las autoridades gobernantes y la sociedad en general— unidades constitutivas del reino, partes insolubles de su constitución⁶⁵.

TIPOS DE CORPORACIONES

Hasta aquí el análisis de las corporaciones de oficio se ha centrado en los denominados *métiers jurés* o *jurandes* —comunidades establecidas por *lettres patentes* del rey, con estatutos escritos y reconocidos jurídicamente, cuyos maestros prestaban juramento de lealtad al ser admitidos a la maestría—. Este tipo de corporación había dominado en los *arts et métiers* de París desde 1268, cuando Étienne Boileau, preboste real en época de San Luis, publicó su célebre *Livre des métiers*, una recopilación de las regulaciones y prácticas de todas las comunidades de oficio de la ciudad⁶⁶. Pero durante los tres siglos siguientes, los *métiers jurés* quedaron limitados fundamentalmente a las ciudades que entraban dentro del dominio real e incluso allí no fueron generales. Durante el siglo xvi, el *métier juré* fue sólo uno de los muchos tipos de organización de oficio que florecieron en diferentes ciudades francesas —en realidad, de toda Europa—. En algunas regiones, por ejemplo Provenza y algunas zonas de Flandes, las únicas organizaciones de oficio eran las cofradías, aunque estas cofradías se interesaban en la regulación del oficio tanto como en las *charités* y devociones. En otras, por ejemplo, en zonas del Centro y el *Midí*, se encargaba el propio ayuntamiento. Cerca del final del siglo xvi, Enrique III y Enrique IV adoptaron la política de crear *métiers jurés* uniformes en todas las ciudades de Francia, pero esa política —como otros muchos aspectos de la política centralizadora de la monarquía

fessions, el artículo sobre «Bannières, ordonnance dite des», págs. 63-5. Sobre Ruán, vid. Ouin-Lacroix, *Anciennes corporations*, págs. 517-22. Vid. también Coomaert, *Les corporations en France*, págs. 71, 229-30.

⁶⁵ Pierre Deyon hace una observación similar en su análisis de las corporaciones de Amiens en el siglo xvi. «La comunidad de oficio, célula fundamental de la vida urbana, servía como entramado de su defensa profesional y constituía al mismo tiempo un *milieu* cultural y religioso. En una sociedad que ignoraba lo individual y sólo reconocía órdenes, que desconocía la igualdad jurídica y sólo respetaba los privilegios, era la cabaillería del artesano y el símbolo de su participación orgánica en el orden providencial de la sociedad.» *Amiens, capitale provinciale*, pág. 344.

⁶⁶ Boileau, Étienne, *Règlements sur les arts et métiers de Paris régies au xiii^e siècle, et connus sous le nom de livre des métiers d'Étienne Boileau*, introducción y notas de G.-B. Depping, París, 1837.

francesa— sólo se puso en práctica de forma lentísima y desigual. En el siglo xviii el *métier juré* era seguramente la forma dominante de organización de oficio en la mayoría del reino, pero incluso entonces había muchas excepciones. Así los *métiers jurés* tratados en este capítulo fueron un fenómeno notablemente minoritario en los *arts et métiers* de las ciudades francesas hasta algún momento del siglo xvii y nunca llegaron a ser la forma exclusiva de organización durante todo el Antiguo Régimen⁶⁷. Este hecho plantea una pregunta obvia: ¿en qué medida estas generalizaciones sobre las corporaciones se aplican a los oficios que no se organizaban como *métiers jurés*?

Para responder a esta pregunta volvamos al ejemplo de los vinateros y taberneros parisienses en 1585. Se recordará que la *lettre patente* del rey proclamaba el establecimiento de «*ledit état ... en état juré*» (el dicho estado ... como estado jurado). Una vez más la frase es reveladora. El uso por parte del rey de esta construcción concreta supone que los vinateros y taberneros tenían ya un *état* —es decir, una condición y ocupación estable y reconocida— antes de ser convertidos en *état juré*. El acto del rey, en otras palabras, no establecía su existencia como comunidad diferenciada, sino que simplemente les convertía en un tipo particular de comunidad, un *état juré*. En realidad, vinateros y taberneros habían entrado ya, como cuerpo, en una disputa legal con los vinicultores. Además, estaban reconocidos ya por el rey —le habían pagado impuestos (*payé finance*) en el pasado, y podían dirigirse a él colectivamente con la solicitud de que les estableciera como *métier juré*⁶⁸—. De esa forma, incluso en París había todavía en 1585 oficios que nunca se habían constituido en *métiers jurés* pero que estaban reconocidos, no obstante, como unidades por parte del rey, que recaudaban y pagaban sus impuestos y que eran capaces de actuar judicialmente y defender lo que consideraban privilegios tradicionales —en ese caso, el derecho de convertir en vinagre el vino estropeado—. En la sociedad del Antiguo Régimen, se consideraba que todos los oficios que constituían las artes mecánicas eran comunidades distintas, e incluso los oficios que carecían de estatutos registrados y status jurídico oficial de *métiers jurés* actuaban como comunidades y las autoridades las trataban como tales. A pesar de su oscura situación legal, esos oficios eran aceptados por los contemporáneos como comunidades morales y como cuerpos reconocidos en la constitución del estado.

⁶⁷ Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, págs. 92-104. Sobre las cofradías de oficio en Provenza, vid. Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*, cap. 3.

⁶⁸ Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 206.

Si esto era cierto en París en el siglo XVI, donde el *métier juré* había sido la forma normal de organización de los oficios durante tres décadas, lo era mucho más en las ciudades donde la forma tradicional de organización era la cofradía o cierto tipo de comunidad reconocida y regulada por el municipio. Al principio, las reglas de todas las colectividades de oficio eran consuetudinarias más que escritas; sus privilegios y prácticas sólo tenían fuerza de ley como resultado del dominio y uso inmemorial. Así las reglas de las comunidades de oficio que se pusieron por escrito —primero en el *Livre des métiers* de Etienne Boileau y posteriormente en estatutos acompañados de *lettres patentes* reales o en regulaciones municipales— eran simplemente las prácticas consuetudinarias de las colectividades preexistentes, codificadas, regularizadas y verbalizadas en papel o pergamino. Las prácticas corporativas que pueden rastrearse en documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII —elección de *jurés*, regulaciones técnicas, exigencia de obras maestras, reglas sobre el aprendizaje y el acceso a la maestría, monopolios locales y regulaciones de mercado, cobro de multas, devoción a los patronos, distribución de *charités*, funerales corporativos, juramentos —todas ellas habían existido mucho antes de que se escribieran los documentos⁶⁹. Había, sin duda, infinitas variaciones menores según época, lugar y oficio. Pero bien organizadas como *métiers jurés*, como oficios regulados municipalmente, como cofradías o como simples comunidades consuetudinarias, las corporaciones tenían en todas partes las mismas características esenciales. Eran al mismo tiempo cuerpos privilegiados y estructurados jerárquicamente que regulaban la práctica de diferentes artes mecánicas; cuerpos morales y espirituales que expresaban la hermandad fraternal del oficio y cuerpos reconocidos públicamente que formaban parte de la constitución del reino. El *métier juré* era sólo una forma jurídica específica, una jerga subordinada de un lenguaje corporativo mucho más amplio que existía antes de que se establecieran los primeros *métiers jurés*. El *métier juré*, como forma privilegiada de organización de oficio en París, se convirtió inevitablemente en la forma privilegiada en toda Francia a medida que la capital extendía un dominio cada vez más escurpulososo sobre el resto del reino. Pero comunidades de oficio corporativas esencialmente similares, definidas por un conjunto de prácticas similares, habladas y escritas en términos similares y caracterizadas por ceremonias y ritos similares, existieron en los *arts et métiers* de todas las ciudades francesas durante todo el Antiguo Régimen.

⁶⁹ *Ibid.*, págs. 208-9.

3. Las hermandades de oficiales

La flexibilidad del estilo corporativo se pone de manifiesto sobre todo en las hermandades clandestinas formadas por los oficiales en los siglos XVI, XVII y XVIII. Como se señaló anteriormente, la posición de los oficiales en las corporaciones era ambigua y perturbadora. La doctrina jurídica del Antiguo Régimen trataba las relaciones entre oficiales y maestros en términos de autoridad paternal y obediencia filial, pero esas expresiones jurídicas no encajan con la experiencia viva de las *gens de métiers* de los siglos XVII y XVIII, en particular en los oficios que se dedicaban de forma predominante a la manufactura. En oficios esencialmente comerciales —taberneros, vendedores de grano o tenderos de todo tipo— la mano de obra era reducidísima y los maestros rara vez tenían más de un aprendiz u oficial, que habitualmente vivía con el maestro. Pero en los oficios industriales —zapateros, albañiles, toneleros, panaderos, sombrereros, impresores, carpinteros y similares— los maestros solían disponer de más mano de obra; generalmente en esos oficios había muchos más oficiales que maestros. En esas circunstancias, la etapa como oficial era, en el caso típico, muy larga; muchos oficiales no alcanzaban nunca la maestría; los oficiales tendían a pasar de un patrón a otro y de una ciudad a otra según las condiciones del mercado de trabajo; sólo una minoría de oficiales vivía con sus maestros y muchos oficiales mayores se casaban y tenían su propia familia. En suma, los oficiales vivían vidas totalmente independientes y llegaron a desarrollar un sentido de sus intereses como algo distinto, y con frecuencia en conflicto, con los intereses de los maestros. Vistas desde la actualidad, las relaciones entre maestros y oficiales en los oficios manufactureros del Antiguo Régimen se parecen más a relaciones de clase que a relaciones de autoridad paternal y subordinación filial.

Esta sensación queda confirmada por el hecho de que las disputas laborales entre maestros y oficiales fueran endémicas durante el Antiguo Régimen —luchas por el control de la contratación, boicoteos a talleres concretos, incluso luchas de ámbito urbano que afectaban a todo el oficio¹—. Estos conflictos entre maestros y oficiales presentaban características clásicas de la lucha de clases. Enfrentaban a hombres que poseían y controlaban los medios de producción, los maestros, con otros forzados a vender su fuerza de trabajo para vivir, los oficiales. Para librar una lucha en tal desigualdad, los oficiales se unían en hermandades clandestinas fuertemente organizadas que les daban la fuerza colectiva de que carecían como individuos. Por ello, fuera cual fuese la comunidad moral existente en los oficios industriales del Antiguo Régimen, ésta no era ni armoniosa ni pacífica. Pero a pesar de toda la lucha y el antagonismo, resulta chocante que las hermandades de oficiales afirmaran —en sus ritos, actividades diarias y estructuras institucionales— el ideal de comunidad moral de oficio y el orden corporativo general que daba a los maestros su posición superior en el esquema de las cosas. Aunque las hermandades de oficiales entablaron luchas contra los maestros, no se oponían en absoluto a la existencia de corporaciones de maestros. En realidad, las propias hermandades —con los apropiados reajustes y cambios de énfasis y explicaciones— incorporaban los rasgos característicos de las corporaciones de maestros. En este sentido, las hermandades de oficiales eran versiones transformadas de las corporaciones de maestros. Incluso los conflictos del Antiguo Régimen entre oficiales y maestros se desarrollaban enteramente dentro de los límites del estilo corporativo.

Como la mayoría de las hermandades de oficiales del Antiguo Régimen eran ilegales, la información sobre sus actividades está lejos de ser abundante. Según una larga sucesión de decretos y ordenanzas, todas las «*confréries, associations ou congrégations*» (cofradías, asociaciones o congregaciones) eran ilegales a menos que estuvieran expresamente aprobadas por las autoridades reales². Pero a los oficiales no se les otorgaba prácticamente nunca dicho permiso, porque sus asociaciones perjudicaban la disciplina paternal de los maestros y se convertían en rivales de las corporaciones de maestros legalmente constituidas. Debían ser forzosamente ilegales. El hecho de que una y otra vez se repitieran los decretos contra esas asociaciones demuestra que esto no impedía que los oficiales las formaran. Pero debido a que

eran ilegales, no tenían estatutos registrados públicamente y emprendían pocas demandas u otras acciones legales cuyos documentos hubieran podido llegar a los archivos estatales. Como consecuencia, la información procede fundamentalmente de los intentos de represión de las autoridades. Esos documentos son muy desiguales en su cobertura, pero permiten al menos echar un vistazo a numerosas asociaciones de oficiales y en unos pocos casos suministran detalles muy ricos.

Probablemente la forma más habitual de asociación de oficiales, al menos hasta finales del siglo xvii, fueron las cofradías modeladas sobre las de los maestros. Con frecuencia esas cofradías eran aceptadas por el clero local y se les permitía fundar capillas para sus patronos en los conventos o en las parroquias. Pero las autoridades seculares las miraban con recelo y podían disolverlas si se apartaban de las cuestiones de pura devoción. Éste era un problema, porque la cofradía solía ser sólo el aspecto más visible de una comunidad de oficiales más ambiciosa que no se preocupaba sólo de las devociones y las *charités*, sino de regular el oficio y —cuando era preciso— de oponerse a los maestros³. A mediados del siglo xvii destacaba cada vez más una forma más compleja de hermandad de oficiales, el *compagnonnage*. Formado fundamentalmente entre los jóvenes artesanos itinerantes que iban de una ciudad a otra en su *tour de France*, el *compagnonnage* era una federación que incluía numerosos oficios en muchas ciudades. Desarrolló una vida ritual compleja y diferenciada y resistió notablemente los ataques de los maestros, del estado o de las autoridades eclesiásticas. El *compagnonnage* parece haber estado muy envuelto en la amplia agitación laboral del siglo xviii. Fue sin duda la organización de oficiales más amplia y poderosa de su época, aunque nunca suplantó enteramente a las cofradías, y en la práctica muchas veces no se distinguía de ellas⁴.

Debido a que la información sobre las hermandades de oficiales es tan dispersa y desigual, es imposible describir un ejemplo representativo de dichas hermandades en ningún período del Antiguo Régimen y mucho menos realizar una exposición definitiva de las formas en que cambiaron entre los siglos xvi y xviii. En su lugar, se examinarán dos ejemplos particularmente bien documentados: una hermandad de impresores del siglo xvi en Lyon, que ha presentado Natalie

³ Sobre las cofradías, vid. Hauser, *Ouvriers du temps passé*, págs. 169-74, y Kaplan, «La Police du monde du travail», págs. 60-5.

⁴ Sobre los *compagnonnages*, vid. Martin Saint-Léon, *Le Compagnonnage*; Coornaert, *Les compagnonnages*; Martin, *Les Associations ouvrières*; Benoist, Luc, *Le compagnonnage et les métiers*, París, 1966; Hauser, Henri, *Les Compagnonnages d'arts et métiers à Dijon aux xvii^e et xviii^e siècles*, París, 1907, y Truant, «Compagnonnage».

¹ Vid., v. gr., Martin, Germain, *Les Associations ouvrières au xviii^e siècle (1700-1792)*, París, 1900; Hauser, *Ouvriers du temps passé*, y Kaplan, «La Police du monde du travail», págs. 30-54.

² Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 53-60.

Zemon Davis en dos notables artículos⁵, y el *compagnonnage* de los siglos XVII y XVIII mucho más importante y mucho más extendido. En ambos casos las características simbólicas y rituales de estas hermandades de oficiales pueden trazarse con algún detalle, lo que proporciona un cuadro claro de cómo los oficiales adoptaron las formas simbólicas de las corporaciones de maestros y las modificaron para crear sus propias corporaciones —corporaciones que se oponían a las de los maestros.

LA COMPAGNIE DES GRIFFARINS

La hermandad de impresores de Lyon se conocía como la *Compagnie des Griffarins*. El significado del término *Griffarin* es oscuro, aunque parece derivar de *golfarin*, «glotón» en francés antiguo⁶. El título puede traducirse como «Compañía de los glotones». La hermandad tuvo su origen en la segunda y tercera décadas del siglo XVI, cuando se organizaba en parte como cofradía. Pero cuando muchos de los oficiales impresores adoptaron la causa de la religión reformada, la cofradía, católica por definición, desapareció totalmente. Sólo a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, cuando la iglesia contrarreformista había vuelto a establecer una supremacía indiscutida en Lyon, los oficiales impresores volvieron a la cofradía como forma de organización. Sin embargo, durante todo el siglo XVI emplearon otras dos formas de organización, oficialmente reconocidas. Crearon sus propias unidades en la milicia urbana de Lyon y formaron una de las numerosas asociaciones festivas juveniles que representaban obras de teatro, hacían desfiles y *charivaris* —reuniones grotescas presididas de forma característica por el «Seigneur de la Coquille», en la jerga de los impresores el «señor de la errata»⁷. Pero además de estas formas de organización toleradas legalmente, los oficiales impresores formaron también una hermandad secreta. Fue esta hermandad secreta, la

⁵ Davis, Natalie Zemon, «A Trade Union in Sixteenth-Century France», en *Economic History Review*, 2.^a serie, 19 (abril de 1966), págs. 48-69, y «Strikes and Salvation at Lyon», en su *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, 1975, páginas 1-16. Este último artículo apareció originalmente en *Archiv für Reformationsgeschichte*, 56 (1965), págs. 48-64.

⁶ Davis, «A Trade Union», pág. 59.

⁷ *Ibid.*, págs. 56-7. Sobre las asociaciones recreativas o «abadías juveniles», vid. Davis, Natalie Zemon, «The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France», en *Past and Present*, 50 (febrero de 1971), págs. 41-75, reeditado en *Society and Culture in Early Modern France*, págs. 97-123. Vid. también Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*, cap. 2.

Compagnie des Griffarins, la que organizó una huelga salvaje de toda la industria en la imprenta de Lyon en 1539 y una larga sucesión de acciones menores, menos espectaculares, contra los maestros impresores⁸.

Los oficiales eran iniciados en la *Compagnie des Griffarins* cuando terminaban su aprendizaje, o si habían sido aprendices en otra ciudad, cuando llegaban a Lyon para empezar a trabajar en sus imprentas. Un candidato tenía que ser aprobado por el capitán de la compañía y un comité de miembros. Se le asignaban, o elegía él, cuatro «padrinos», que le daban una instrucción previa sobre las reglas de la compañía. La iniciación propiamente dicha tenía lugar en un banquete al que acudían los dirigentes, algunos miembros antiguos, los padrinos y todos los miembros de la compañía que trabajaban en el taller del candidato. Los candidatos tenían que pagar la cuenta del banquete como cuota de entrada. Cuando el banquete había terminado, todo el mundo se retiraba a una habitación trasera, donde los padrinos bautizaban a los iniciados con agua y vino y les daban nuevos nombres —generalmente vulgares— que servían como alias. Seguía una canción, cada estrofa de la cual empezaba «*O domino*», continuaba en forma profana, y cerraba con «*de spiritu sancto*». Los iniciados prestaban entonces una serie de juramentos. Algunos se realizaban con las manos unidas entre las de un dirigente de la compañía, otros con las manos sobre la hoja desnuda de un puñal. Los iniciados juraban sobre el puñal mantener las reglas de la compañía hasta la muerte y se les amenazaba de muerte con el puñal si rompían el juramento. Aprendían entonces el saludo especial y la contraseña de la compañía, mediante la que podían identificar a sus miembros. Finalmente, el iniciado se inclinaba sobre una mesa y se le golpeaba tres veces en las nalgas con el reverso de una espada. Este rito final, denominado *assolia*, cerraba la iniciación⁹.

Esta ceremonia, tan extraña y oscura para el lector moderno, presentaría pocas dificultades de interpretación para un oficial impresor del siglo XVI. Algunos estadios de este proceso de iniciación eran habituales en las prácticas de las corporaciones de maestros. Era costumbre, por ejemplo, que los candidatos a la maestría en los *métiers jurés* tuvieran que pagar una cuota de entrada y un banquete para los maestros asistentes¹⁰. Esos banquetes eran característicos también de la vida ceremonial de otros muchos cuerpos, por ejemplo, las profes-

⁸ Sobre la huelga de 1539, vid. Hauser, *Ouvriers du temps passé*, págs. 176-234.

⁹ Davis, «A Trade Union», págs. 58-60.

¹⁰ Vid. el artículo «Pasado», en Franklin, *Dictionnaire historique des arts, métiers et professions*, págs. 549-50.

siones liberales y las cofradías de todo tipo. Los juramentos, como hemos visto, eran omnipresentes en las corporaciones de maestros. Los juramentos de los maestros al entrar en un *métier juré*, sin embargo, solían ser mucho más sencillos que los de los *Griffarins*. Así los carniceros de París juraban simplemente «observar las ordenanzas, honrar y respetar a los *jurés* y soportar sus inspecciones». Como el juramento de los *Griffarins*, el juramento de los carniceros se prestaba con las manos del iniciado entre las de un dirigente del cuerpo, aunque se repetía después ante un oficial de la policía real¹¹. Los *Griffarins*, como organización secreta, multiplicaban estos juramentos y añadían el juramento sobre un puñal —un medio muy habitual de iniciar a un conspirador en una conspiración—. Este juramento sobre un puñal significaba que serían los *Griffarins* mismos, no la policía, quienes harían cumplir las promesas de los iniciados. Imprimiría también en el iniciado la necesidad de mantener el secreto y las terribles consecuencias de desobedecer el juramento.

Tal como indica el juramento sobre un puñal, los juramentos de los *Griffarins* se modelaban no sólo sobre los de los maestros que entraban en un *métier juré*, sino sobre las omnipresentes e infinitamente diversas prácticas de juramento de una amplia variedad de grupos y cuerpos franceses en el Antiguo Régimen, desde las órdenes religiosas a los oficiales de la corona y las conspiraciones efímeras. Prestar juramento con las manos apretadas entre las de un superior, por ejemplo, formaba parte de la ceremonia clásica mediante la cual un vasallo juraba fidelidad a su señor y se utilizaba en otras muchas ceremonias de juramento. El *assolia*, o golpe de espada, también parece tomado del ceremonial caballeresco. Al ser iniciado en una orden de caballería, el aspirante era hecho caballero mediante los golpes con el canto de una espada sobre ambos hombros. Pero también esta práctica formaba parte de una familia más amplia de gestos simbólicos. Por ejemplo, el iniciado recibía una serie de golpes en la tonsura ceremonial que introducía al laico en el estado clerical, en la ceremonia de ordenación de los sacerdotes, y en las ceremonias que otorgaban los grados en las universidades¹². Según Davis, *assolia* deriva del francés antiguo *assolir*, «liquidar o absolver»¹³. Los golpes con la espada castigaban así al iniciado y lo absolvían de las faltas previas; son, por tanto, paralelos al bautismo, que le limpiaba simbólicamente de sus pecados. El que el *Griffarin* recibiera los golpes en las nalgas, incli-

nado sobre una mesa, en lugar de arrodillado y en los hombros, introducía un elemento paródico en el gesto. Pero dicho elemento paródico no borraba el significado del acto.

El bautismo del iniciado, sin duda, seguía el modelo de la ceremonia cristiana. Como en un bautismo «real», el iniciado tenía padrinos que asumían una responsabilidad especial al asegurar su fidelidad al nuevo estado¹⁴. En el bautismo de los *Griffarins* eran los padrinos mismos quienes bautizaban al iniciado, utilizando no sólo agua, sino también vino. El bautismo de los *Griffarins* seguía también la ceremonia cristiana al darle al iniciado un nuevo nombre. Por otra parte, la práctica de dar un nuevo nombre al iniciado podía verse como modelada sobre otra institución cristiana: el orden religioso. Cuando los monjes, monjas o frailes hacían sus votos, elegían el nombre de un santo por quien sentían una particular afinidad o que ejemplificaba mejor una virtud que deseaban cultivar. La adopción de ese nuevo nombre significaba el paso a un nuevo estado espiritual.

Es importante que el nuevo nombre del *Griffarin*, aunque señalaba también su paso a un nuevo estado, fuera vulgar no piadoso. Esta misma mezcla de forma sagrada y contenido vulgar se encuentra en la canción entonada por los celebrantes inmediatamente después del bautismo. Sobre esa cuestión, el uso de vino en el bautismo podía interpretarse como indicadora de la juerga —aunque dado el significado sacramental del vino, el sentido de ese gesto particular resulta ambiguo—. Pero en general, el uso de gestos religiosos por los *Griffarins* en sus ritos parece bordear la parodia o tal vez incluso la blasfemia. Aunque hay que presumir que esa cualidad de parodia era intencionada, es poco probable que se concibiera como ataque a la religión —aunque pudiera parecérselo a los teólogos contemporáneos. De hecho, los *Griffarins* solían comportarse con mucha seriedad con su religión, se adhirieran a la versión romana o a la reformada del cristianismo¹⁵. Quizá el tono de parodia se buscaba para transmitir precisamente que esos gestos *no* se entendían como actos religiosos y marcar su carácter profano o secular. Quizá se sugería la blasfemia para transmitir al iniciado el carácter especial y secreto de los *Griffarins*. Fueran cuales fuesen las razones de esta mezcla de vulgaridad y simbolismo religioso, el tono de parodia armonizaba con las farsas del «Señor de la errata» y sus súbditos, que no eran, sin duda, más que

¹¹ Olivier-Martin, *L'Organisation corporative*, pág. 139.

¹² Loyseau, *Traité des ordres*, págs. 53, 75.

¹³ Davis, «A Trade Union», pág. 60.

¹⁴ Sobre los padrinos, *vid.* Bossy, John, «Blood and Baptism: Kinship, Community and Christianity in Western Europe from the Fourteenth to the Seventeenth Centuries», en Baker, Derek (coord.), *Sanctity and Secularity: The Church and the World*, vol. 10, *Studies in Church History*, Oxford, 1973, págs. 129-43.

¹⁵ *Vid.* Davis, «Strikes and Salvation», *passim*.

los *Griffarins* con otro disfraz. Además, la parodia estaba también presente en fases de la ceremonia que no tenían conexión aparente con la religión, como el *assolia*. Parodia, juerga e irreverencia parecen haber sido una nota característica de los *Griffarins* en muchas de sus actividades.

A pesar del tono de parodia, la ceremonia de iniciación de los *Griffarins* era un asunto serio. Introducía al iniciado de forma irreversible en una organización activa y vital que exigía lealtad absoluta a sus miembros. Las reglas y ordenanzas de los *Griffarins* abarcaban no sólo sus asuntos internos, sino también «el orden justo de la industria de la imprenta», como expresaba uno de sus juramentos¹⁶. Al igual que las corporaciones de maestros, la *Compagnie des Griffarins* intentaba regular todos los aspectos de su arte. Tenían cargos que, como los *jurés* de las corporaciones de maestros, estaban encargados de vigilar los asuntos de la comunidad. Pero tanto sus regulaciones como los medios de imponerlas eran necesariamente diferentes de los de un *métier juré* privilegiado y reconocido jurídicamente. Entre las principales preocupaciones de los *Griffarins* estaba el mantenimiento de buenos salarios, la prohibición de lo que consideraban prácticas impropias en los talleres, impidiendo que los aprendices realizaran trabajo de oficiales, y —quizá lo más importante— la exclusión de los «*Forfants*», designación de los oficiales que no querían unirse a la compañía. Si un maestro infringía las ordenanzas de los *Griffarins* en cualquiera de estos asuntos, sus oficiales dejaban el trabajo a una señal. Además de estos paros de un solo taller, los *Griffarins* organizaron huelgas de toda la industria en unas pocas ocasiones. Los *Griffarins* también emprendieron frecuentes agresiones a los *Forfants*, tratando de expulsarlos de la ciudad u obligarles a unirse a la compañía. Además de las acciones coercitivas, formaban también comités para negociar pacíficamente tratando de alcanzar acuerdos con los maestros, y en algunas ocasiones llevaron sus disputas con los maestros a los tribunales. Además de esos intentos de regular la industria, los *Griffarins* demostraban también interés por la persona global de sus miembros. Mantenían normas estrictas de honradez en los talleres, y los miembros culpables de hurtos u otros delitos eran expulsados de la compañía, generalmente durante un plazo fijo de varios meses. Los *Griffarins* mantenían también un fondo para proporcionar *charités* a los oficiales enfermos, jubilados o sin trabajo¹⁷. Como la compañía

¹⁶ *Ibid.*, pág. 6.

¹⁷ Davis, «A Trade Union», págs. 61-5; Hauser, *Ouvriers du temps passé*, páginas 177-96.

integraba a protestantes y católicos, no incluía la devoción a un santo patrón, pero los *Griffarins* tenían una fiesta anual en honor de Minerva, «madre de la imprenta y diosa del saber»¹⁸.

Por tanto, los *Griffarins* eran en muchos aspectos la versión de los oficiales de las habituales corporaciones de maestros. Como las corporaciones de maestros, pretendían actuar en nombre del oficio en su conjunto, tratando de imponer sus ordenanzas a maestros y *Forfants* tanto como a los miembros de la compañía. Además, se interesaban en la regulación de todo el arte de imprimir y en el bienestar general, moral y físico, de los impresores, no sólo en las cuestiones de salarios y las condiciones de trabajo. Tenían incluso una patrona —aunque una diosa griega en lugar de un santo cristiano—. Y a pesar de las disputas con los *Forfants* y los maestros, los *Griffarins* aceptaban el principio de un solo cuerpo unido de impresores. En sus juramentos prometían no engañar a ningún maestro u oficial colega —excepto, desde luego, a los *Forfants*, considerados fuera del sistema¹⁹. Una de sus afirmaciones resume de forma óptima la visión de su relación con los maestros: «Debe existir amor mutuo y recíproco entre nosotros. Así, sobre todo las Artes, los Maestros y los Oficiales (de la imprenta) son o debían ser un solo cuerpo unido, como una familia y una fraternidad»²⁰. Difícilmente cabría encontrar una expresión más elocuente de la idea del oficio como comunidad moral.

Si los *Griffarins* fueron representativos, las hermandades de oficiales del siglo XVI debieron ser corporaciones transformadas. Aunque la *Compagnie des Griffarins* no era en absoluto una copia servil de las corporaciones de maestros, incorporaba las mismas formas simbólicas y actuaba sobre un conjunto de supuestos morales similares. Aunque desafiaba el dominio exclusivo de los maestros del oficio, su objetivo era establecer una comunidad de oficio ordenada adecuadamente en la que la autoridad de los maestros estuviera atemperada por el respeto y la caridad hacia los oficiales. Pretendía actualizar la comunidad moral de todos los impresores, no sustituirla por una comunidad más restringida de oficiales impresores o una más amplia de oficiales de todos los oficios en lucha común contra todos los maestros. Es poco probable que la mayoría de las asociaciones de oficiales del siglo XVI tuvieran tan estrictamente organizadas como los *Griffarins* o estuvieran prácticas rituales tan elaboradas o pudieran oponerse de forma tan efectiva a sus maestros. Pero es ciertamente sugerente

¹⁸ Davis, «Strikes and Salvation», pág. 5.

¹⁹ Davis, «A Trade Union», pág. 61.

²⁰ *Ibid.*, pág. 53.

que incluso una organización tan poderosa y compleja como la *Compagnie des Griffarins* no amenazara, sino que más bien afirmara, las formas y supuestos básicos del sistema corporativo.

COMPAGNONNAGE

La asociación de oficiales denominada *compagnonnage* se apartaba mucho más que la de los *Griffarins* del modelo de corporación de oficio francesa, al menos a fines del siglo XVII o comienzos del XVIII. Los *compagnons* —los miembros del *compagnonnage*— no consideraban sus hermandades como algo desarrollado a partir de las corporaciones de maestros. Por el contrario, remontaban sus orígenes a la construcción del templo de Salomón en tiempos bíblicos o, a veces, con mayor modestia, a la construcción de las grandes catedrales en el siglo XIII. Algunos historiadores del *compagnonnage* —por ejemplo, Émile Coornaert— han pretendido rastrear sus orígenes hasta los siglos XIII o XIV²¹. Sin embargo, el uso más antiguo documentado de términos y prácticas propias del *compagnonnage* data de fines del siglo XV y comienzos del XVI en Dijon²². El *compagnonnage* como forma específica de organización de oficiales parece haberse desarrollado fundamentalmente en el curso de los siglos XVI y XVII, a partir de las cofradías y otras asociaciones de oficiales —es decir, en el mismo entorno que dio origen a los *Griffarins*—. Pero si la *Compagnie des Griffarins* puede reconocerse sin dificultad como la versión de los oficiales de una corporación de oficio, el *compagnonnage* de los siglos XVII y XVIII era una corporación de oficio —o una serie de corporaciones de oficio— transformada hasta resultar irreconocible.

El *compagnonnage* floreció sobre todo en oficios en que los oficiales practicaban el *tour de France* —por ejemplo, sombrereros, zapateros, guarnicioneros y cuchilleros en el siglo XVII, y en el XVIII destacaron cada vez más los oficios de la construcción—. Un oficial empezaba su *tour de France* después de completar su aprendizaje y antes de establecerse, casarse, fundar una familia e instalarse quizá como maestro. Durante un período de unos tres a seis o siete años, iría de ciudad en ciudad por toda Francia, para ver algo de mundo y perfeccionarse en el dominio de su arte, aprendiendo las habilidades particulares de diversas localidades. Un oficial de uno de esos oficios

sería iniciado en el *compagnonnage* en una ciudad y podría encontrar comunidades de *compagnons* en cada una de las ciudades donde bajara durante el curso de su *tour*. En cada ciudad los *compagnons* de un oficio dado tendrían un albergue o pensión particular, que llamaban *mère*, «madre», donde vivían —o, en todo caso, comían, acudían en busca de camaradería, y se dedicaban a innumerables ceremonias y actividades del *compagnonnage*—. Muchas de las actividades de los *compagnons* estaban relacionadas con los problemas específicos de la vida itinerante. En la pensión comunal de la *mère*, encontraban un hogar lejos del hogar, una comunidad de «hermanos» y una pareja mayor —llamada, de forma elocuente, *père* y *mère*, padre y madre— que llevaba la pensión y tenía para con ellos una solicitud paternal. Entre los cargos del grupo local de *compagnons* estaba el *rôleur* (que podría traducirse como «encargado del registro»), encargado de encontrar trabajo a los oficiales que llegaban en los talleres locales. Había una ceremonia especial para certificar que el nuevo era un miembro auténtico del *compagnonnage* y, una vez establecido, darle la bienvenida al grupo local. Había otra ceremonia para despedirle y enviarle a su siguiente etapa en el *tour*. Y si no había trabajo para el recién llegado, se le hospedaba en la *mère* durante unos días y se le proporcionaba dinero y alimento hasta la siguiente ciudad²³.

En todos estos aspectos, el *compagnonnage* servía a las necesidades particulares de los oficiales en el *tour de France*. Pero el *compagnonnage* tenía también muchas de las características entonces habituales de las corporaciones más convencionales. Como en las corporaciones de maestros, se recaudaban cuotas y multas que se utilizaban para proporcionar *charités* a sus miembros. En caso de enfermedad, los *compagnons* no sólo proporcionaban una cantidad, sino que prescribían cuidadosamente las visitas al enfermo: se exigía que cada día visitara al enfermo un *compagnon*, por orden de antigüedad en la asociación —a *tour de rôle*, se señalaba—, hasta que el *compagnon* enfermo pudiera volver al trabajo²⁴. Los *compagnons* facilitaban también el entierro, que comprendía un conjunto de ritos específicos y elaborados, puntuados por sus plañidos característicos. Los *compagnons* observaban también de forma estricta la fiesta del patrón tradicional del oficio. Acudían a misa en procesión y se reunían después en un banquete en la *mère* con una asamblea especial en su sala de

²¹ *Les Compagnonnages*, págs. 30-1.

²² Labal, Paul, «Notes sur les compagnons migrants et les sociétés de compagnons à Dijon à la fin du XV^e et au début du XVI^e siècles», en *Annales de Bourgogne*, 22 (1950), págs. 189, 191.

²³ Las prácticas generales y la estructura institucional del *compagnonnage* se tratan en muchas obras, por ejemplo Coornaert, *Les Compagnonnages*, y Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 92-164.

²⁴ Vid., v. gr., el «Livres de règles des jolis compagnons tourneurs», que data de 1731 en Burdeos, reproducido en Coornaert, *Les Compagnonnages*, págs. 368-9.

reunión. Esta reunión del día del patrón solía ser ocasión para iniciar a nuevos miembros y elegir y dar posesión a los nuevos cargos.

Además de todas estas prácticas tomadas de las cofradías de oficio, los *compagnons* se preocupaban de la regulación de la práctica del oficio de una forma que imitaba la de las corporaciones de maestros. Habitualmente tenían tres encargados de la gestión cotidiana de sus asuntos: el *capitaine* o *premier compagnon*, su ayudante, llamado a veces *cotterie*, y el *rôleur*, encargado principalmente de las formalidades de entrada y salida y de la búsqueda de empleo. Tenían también frecuentes asambleas de todos los miembros. Los encargados y las asambleas intervenían no sólo en los problemas internos de la comunidad local de *compagnons*, sino en los asuntos del oficio en general. Si algún maestro no cumplía las normas habituales del oficio o trataba mal a sus oficiales o bajaba los salarios por debajo del nivel aceptado por los *compagnons*, sería *mis à l'index* (puesto en el índice) o *damné* (condenado) —obsérvese la terminología teológica— y los *compagnons* debían abandonar su taller hasta que se arreglara con ellos. En algunas ocasiones las disputas con los maestros llevarían incluso a los *compagnons* a llamar a un paro de todo el oficio. La clave de la capacidad de los *compagnons* para resolver con éxito las disputas de los maestros estaba en su control de la contratación: sin la ayuda de los *compagnons* y su *rôleur*, un maestro puesto en el índice no podría encontrar trabajadores cualificados²⁵. Los métodos de los *compagnons* del control de la contratación tuvieron tanto éxito que llegaron a ser adoptados incluso por oficios en los que no se practicaba el *tour de France*, y el *compagnonnage* parece haber abarcado en la práctica numerosos oficios con mano de obra básicamente sedentaria. Durante las disputas laborales con los *compagnons*, los maestros intentaban a veces crear oficinas de contratación controladas por sus propias corporaciones, pero éstas rara vez consiguieron suplantar el *compagnonnage*²⁶.

El *compagnonnage* tenía también su propio sistema de rangos internos. Los *compagnons* situados más abajo eran los *aspirants*, o candidatos, excluidos de las asambleas y ceremonias de los *compagnons*, que tenían que mostrar deferencia para con los *compagnons* iniciados o «recibidos» (*compagnons reçus*) y someterse a prueba antes de que pudieran ser «recibidos». Además de mostrar suficiente seriedad y fuerza de carácter, el candidato tenía que demostrar su maestría en el arte con una obra maestra, que los cargos de los *compagnons*, como

²⁵ Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 161-2.

²⁶ *Ibid.*

los *jurés* en las corporaciones de maestros, acudían a inspeccionar al taller donde se había hecho²⁷. Sólo entonces el candidato podía ser presentado para su iniciación, o *réception*. Esta distinción entre el aspirante y el *compagnon reçu* era la distinción fundamental entre quienes realmente eran y quienes no eran todavía miembros del *compagnonnage*. Pero al menos en algunos oficios, había un grado superior de *compagnon fini* (*compagnon* «acabado») por encima del simple *compagnon reçu*. A veces los cargos sólo podían escogerse entre los *compagnons finis*. Sin embargo, el principio de rango fundamental en el *compagnonnage*, aparte de la distinción *aspirant/reçu*, era la fecha de recepción de cada *compagnon*, el rango más alto le correspondía al *compagnon* recibido en la fecha más antigua. Esta gradación por antigüedad gobernaba la mayoría de las actividades formales o ceremoniales de los *compagnons*: todo, desde el orden de las procesiones, la entrada en la sala de asambleas, el turno de palabra, los cargos, la visita a los enfermos, hasta el orden para arrojar una paletada de tierra sobre el ataúd en los entierros²⁸.

Sin embargo, en todo lo relativo a la jerarquía formal, el *compagnonnage* tenía un tono mucho más igualitario que las corporaciones de maestros. Como el rango dependía estrictamente de la antigüedad, cada *compagnon* que se mantenía en la organización se aseguraba el ascenso en dignidad con el paso del tiempo. Además, los cargos del *compagnonnage* rotaban de un *compagnon* a otro. El *premier* y su ayudante eran sustituidos en una rotación de entre un trimestre y un año, y podía designarse un nuevo *rôleur* casi cada semana²⁹. Estos oficios se designaban habitualmente por antigüedad o por el voto mayoritario de la asamblea. Finalmente, las asambleas de *compagnons* se celebraban con mucha frecuencia, generalmente cada mes pero con más frecuencia cuando había asuntos especiales. Ello contrasta vivamente con las asambleas de las corporaciones de maestros, que solían reunirse sólo una vez al año. Además, las asambleas de *compagnons* daban a todos sus miembros voz en los asuntos de la comunidad. Se invitaba a cada *compagnon* a exponer su punto de vista y todas las decisiones se tomaban por mayoría³⁰.

El acontecimiento ritual más importante del *compagnonnage* era la iniciación, la *réception*, que convertía a un candidato en miembro de pleno derecho de la asociación. Los relatos de ceremonias de recepción, desde 1645 hasta fines del siglo XIX, difieren en numerosos

²⁷ «Livres de règles», en Coornaert, *Les Compagnonnages*, pág. 373.

²⁸ *Ibid.*, págs. 356-81.

²⁹ Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 149-52.

³⁰ «Livres de règles», en Coornaert, *Les Compagnonnages*, págs. 257-60.

aspectos, pero tienen todos ellos la misma forma esencial, con similitudes enigmáticas con el rito de iniciación de la *Compagnie des Griffarins* del siglo XVI³¹. La recepción solía tener lugar en una habitación oscura, con frecuencia la habitación trasera, el sótano o el ático de la *mère*. El *rôleur* llevaba primero al candidato a la puerta de la habitación, donde se le preguntaba sobre la sinceridad de su deseo de ser recibido y se le advertía sobre los rigores de las pruebas que tendría que soportar en la ceremonia de recepción y la gravedad de los juramentos que iba a pronunciar. Se conducía entonces al candidato a la habitación, con frecuencia con los ojos tapados. En la habitación estaban todos los *compagnons* de su oficio, situados en orden de rango, y una mesa cubierta con un paño blanco sobre el que se había colocado vino, pan, sal y agua —llamados los cuatro alimentos, por los *compagnons*—. El *premier compagnon* interrogaba al aspirante con cierta extensión y solía someterse a castigo físico y humillación de algún tipo —se le desgarraba el vestido, se le golpeaba, se le obligaba a dar vueltas a la habitación una y otra vez sobre sus rodillas, etc.

Tras someterse a estas ordalías, el candidato elegía a uno de los *compagnons* como padrino, y éste lo bautizaba y le daba de beber una mezcla de agua y sal. En ese punto se le daba al iniciado un *nom de compagnon*, un nuevo nombre mediante el que sería conocido a partir de entonces entre los *compagnons*. A diferencia de los nombres dados a los *Griffarins*, el *nom de compagnon* solía ser solemne y no vulgar. Se formaba añadiendo una virtud o un atributo al lugar de nacimiento del *compagnon*. Así, un *compagnon* de Lyon podía convertirse en *Lyonnais de franc-coeur* (lionés de corazón franco) o uno de Burdeos, *Bordelais l'aimable* (bordelés el amable). Se tomaba entonces juramento solemne al iniciado, a veces sobre la Biblia, otras veces sobre pan y vino. En esencia, juraba ser leal al *compagnonnage* y no revelar sus secretos a nadie —como juramento «bajo pecado mortal o condenación de mi alma»—. Una vez realizado el juramento, el iniciado consumía el pan y el vino, terminando así la iniciación propiamente dicha. Pagaba entonces una cuota de entrada, tras lo cual todo el cuerpo de *compagnons* celebraba el acontecimiento con un alegre banquete.

Esta ceremonia de recepción, con sus rasgos habituales de padrinazgo, bautismo, concesión de nuevo nombre, realización de juramen-

³¹ Para un excelente análisis de la recepción, vid. Truant, Cynthia M., «Solidarity and Symbolism among Journeymen Artisans: The Case of Compagnonnage», en *Comparative Studies in Society and History*, 21 (abril de 1979), págs. 217-20, y «Compagnonnage», págs. 116-58. Vid. diversos relatos de ceremonias de recepción en Coornaert, *Les compagnonnages*, págs. 349-93.

tos, pago de cuotas de entrada y banquete —al que los *compagnons* añadían el consumo de pan y vino, gesto tomado evidentemente de la eucaristía— elevaba al candidato a la dignidad de *compagnon reçu* y lo introducía en la comunidad moral permanente del *compagnonnage*. El término clave que designaba esta comunidad era *devoir* (deber). El iniciado juraba lealtad al *devoir* del *compagnonnage* y era también ese *devoir* lo que juraba no revelar nunca. Al jurar mantener el *devoir* el iniciado manifestaba en parte que cumpliría su deber respecto a sus *compagnons*. Pero *devoir* apuntaba también a la totalidad de la institución del *compagnonnage*, con todas sus *mères*, miembros, cargos, reglas, costumbres y toda la parafernalia. Cuando un iniciado adoptaba el *devoir* del *compagnonnage*, adoptaba una comunidad entera con sus reglas, secretos y forma de vida³². Iba a ser miembro durante toda su vida, aunque dejara la militancia activa al terminar el *tour de France*. Este apartamiento de la militancia activa, como todos los otros acontecimientos importantes de la vida de un oficial en el *compagnonnage*, estaba marcado por una ceremonia especial denominada *remerciement* o acción de gracias.

El *compagnonnage*, por tanto, era una comunidad de oficio de oficiales comparable en muchos aspectos a la *Compagnie des Griffarins* de impresores en el siglo XVI. Era una banda jurada de hermanos, cuya pertenencia a la comunidad se otorgaba mediante una complicada ceremonia de bautismo, marcada por nuevos nombres, y realizada en la práctica mediante ritos comunes, actos de caridad mutua y esfuerzos colectivos para regular el oficio. Pero se diferenciaba también de la *Compagnie des Griffarins* en importantes aspectos. Primero, había una marcada diferencia de tono. Los *Griffarins* eran bufonescos y obscenos e introducían un elemento de parodia en sus ritos más serios. En contraste, los *compagnons* debieron ser de una constante seriedad y una rígida virtud. Sus ritos y reuniones tenían un aire de reverente solemnidad y a los *compagnons* se les imponían fuertes multas por hacer chistes o muecas, reírse, hablar fuera de turno, escupir o tirarse pedos en esas ocasiones. Podían sufrir multas por hacer bromas, incluso en circunstancias ordinarias³³. Quizá este tono solemne ayude a explicar la extraordinaria resistencia y longevidad del *compagnonnage*, que no sólo desafió los esfuerzos unidos de la iglesia, el estado y los maestros durante los siglos XVII y XVIII, sino que sobrevivió a la Revolución Francesa, para continuar siendo una de las principales formas de asociación de oficiales hasta la revolución

³² Truant, «Compagnonnage», págs. 69-70.

³³ «Livre de règles», en Coornaert, *Les compagnonnages*, págs. 359, 367, 379.

de 1848, que continúa existiendo hoy en día. En otro plano, este tono virtuoso y solemne parece también coherente con la historia general de la civilización francesa del Antiguo Régimen, en donde el avance de la Contrarreforma convirtió el siglo XVII en una época de gran disciplina y rigor moral en muchas áreas. A este respecto las diferencias entre *Griffarins* y *compagnons* parecen reflejar una diferencia cultural más general entre la Francia del siglo XVI y la de los siglos XVII y XVIII —una versión entre oficiales del contraste entre el siglo de Rabelais y el de Pascal y Racine o el de Rousseau y Robespierre.

Un segundo contraste entre *compagnons* y *Griffarins* es que éstos quedaron esencialmente limitados a Lyon. Parece que tuvieron estrechas relaciones con otra hermandad de oficiales impresores de París, y llegaron incluso a reconocer automáticamente a los miembros de la asociación parisiense cuando iban a trabajar a Lyon³⁴. Pero el *compagnonnage* superaba con mucho a los *Griffarins* en la forja de vínculos entre oficiales de diversas localidades. En primer lugar, el *compagnonnage* abarcaba un número mucho mayor de ciudades. Pero sobre todo, donde los *Griffarins* y la asociación de oficiales de París eran dos cuerpos independientes que habían encontrado conveniente reconocerse y cooperar entre sí, el *compagnonnage* constituía un solo cuerpo unificado con regulaciones y ceremonias, en principio, idénticas en cada ciudad del *tour de France*. Cuando se iniciaba a un oficial en el *compagnonnage*, se unía no a una sociedad local, sino al cuerpo del *compagnonnage* nacional, un cuerpo de cuyos miembros se esperaba como algo evidente que, al ir de una a otra ciudad, llevaran su amistad fraternal y su *devoir* común. Aquí el *compagnonnage* rompía de forma decisiva con las corporaciones de maestros, que eran siempre tenazmente localistas en sus fidelidades.

Y una originalidad aún más notable del *compagnonnage* era que incluyera más de un oficio en una sola organización. Como se ha señalado, el aislamiento mutuo, la suspicacia y una intensa rivalidad entre oficios fueron la norma de las corporaciones de maestros en toda Francia durante el Antiguo Régimen. Pero en el *compagnonnage* incluso los oficiales de oficios próximos y, por tanto, potencialmente rivales —carpinteros y ebanistas, cuchilleros y herreros, guarnicioneros y zapateros— eran miembros de la misma organización. Sin embargo, los vínculos entre oficios no eran ni con mucho tan fuertes en la práctica como los vínculos entre *compagnons* del mismo oficio. Normalmente cada *mère* solía ser la *mère* de un solo oficio, así que no era probable que los *compagnons* de diferentes oficios vivieran juntos.

³⁴ Davis, «A Trade Union», págs. 58-9.

Además, todos los asuntos ordinarios del *compagnonnage* se desarrollaban dentro de las células formadas por las comunidades de un solo oficio. Las asambleas, la elección de cargos, las admisiones y otras ceremonias —condenas y *mises à l'index*, *charités*, entierros, celebraciones del día del patrón— tenían lugar dentro de los límites de la comunidad de oficio. Como consecuencia, las ceremonias de *compagnonnage* tendían a variar considerablemente de un oficio a otro; los carpinteros, por ejemplo, tendían a tener ritos de iniciación particularmente brutales³⁵. Sin embargo, la variación en las ceremonias quedaba encuadrada en límites muy estrictos. Todos los oficios tenían el mismo ciclo de ritos importantes —las ceremonias de admisión, bienvenida y despedida, las asambleas y los días del santo, el funeral especial, la acción de gracias—, algunos elementos simbólicos característicos, como los «cuatro alimentos». A juzgar por las descripciones conservadas, la gama de variaciones de un oficio a otro era sorprendentemente reducida, e incluso las variaciones en el tiempo debieron desarrollarse con mucha lentitud. Las relaciones con los *compagnons* de fuera del oficio carecían generalmente de la familiaridad y la intimidad de las relaciones dentro del oficio; tenían algo de hermandad formal. Las lealtades entre *compagnons* de diversos oficios se reclamaban fundamentalmente en caso de emergencia. Los *compagnons* ajenos al oficio podían proporcionar ayuda durante una huelga prolongada, alojar a un *compagnon* de un oficio diferente cuando su oficio no tenía *mère* en la ciudad, o ayudar a los *compagnons* de otro oficio a establecer una *mère*. O, quizá más importante, los *compagnons* de diferentes oficios se unían en batallas campales contra los miembros de una secta rival de *compagnonnage*. Pues —y este es el rasgo más original en el *compagnonnage*— había tres sectas rivales de *compagnons*.

Se desconocen los orígenes históricos de las tres sectas del *compagnonnage*. Sin embargo, en el siglo XVII los policías de Dijon observaban que había grupos rivales de *compagnons* que se denominaban *dévorants* o *dévoirants* (de *devoir*) y *gavots*, y estos términos continuaron utilizándose para los ritos rivales durante más de dos siglos³⁶. En la segunda mitad del siglo XVIII estos grupos rivales desarrollaron dos mitos diferentes sobre sus orígenes y empezaron a llamarse *Enfants de Maître Jacques* (hijos de maestro Santiago) y *Enfants de Salomon* (hijos de Salomón). La tercera secta, que iba a denominarse *Enfants de Père Soubise* (hijos de padre Soubise), estaba

³⁵ Truant, «Compagnonnage», págs. 144-52.

³⁶ *Ibid.*

compuesta inicialmente sólo por carpinteros y parece haberse escindido de los *Enfants de Maître Jacques* en el siglo XVIII. Las referencias escritas más antiguas de los mitos originales que se han conservado proceden de fines del siglo XVIII, después de que todos esos cismas hubieran tenido lugar. Estos mitos incluían muchos detalles simbólicos y narrativos, que Cynthia Truant ha analizado muy fructíferamente en su estudio del *compagnonnage*; sólo se presentará aquí un perfil aproximado³⁷. Los mitos de todas las sectas empezaban con la construcción del templo de Salomón en la antigua Jerusalén. Los *Enfants de Salomon* pretendían que su *devoir* les fue otorgado por Hiram, el director de la construcción del templo. Posteriormente fue asesinado por trabajadores indignos, pero el *devoir* se conservó y se transmitió a las generaciones posteriores. Los *Enfants de Maître Jacques* pretendían haber recibido su *devoir* de *Maître Jacques*, maestro de los picapedreros que trabajaron en el templo, quien, con sus discípulos, llegó a Francia donde el templo se completó. Allí fue asesinado finalmente por los discípulos de *Père Soubise*, su primer compañero en el templo. Los *Enfants de Père Soubise*, que pretendían que su *devoir* se lo dio el mismo *Père Soubise*, contaban esencialmente el mismo relato pero negaban que *Père Soubise* fuera el autor del asesinato de *Maître Jacques*. Estos mitos estaban claramente influenciados por la francmasonería, floreciente en Francia en el siglo XVIII. Los *compagnons* no sólo remontaban su origen, como los francmasones, al templo de Salomón, sino que la mayor parte de los detalles simbólicos de sus mitos estaban tomados, con modificaciones, de la francmasonería.

Estos mitos proporcionaban una carta de unidad a los miembros de cada secta y una carta de odio entre sectas. Cada secta tenía su propio fundador santo y heroico que se convertía en «padre» espiritual de sus seguidores posteriores. Los miembros de una determinada secta del *compagnonnage*, fuera cual fuese el oficio que practicaran, se unían entre sí como hijos de *Maître Jacques*, de Salomón, o de *Père Soubise*. Pero se separaron también de los miembros de otras sectas, incluso de los oficiales que practicaban el mismo oficio. Los *Enfants de Maître Jacques* y los *Enfants de Père Soubise*, según sus mitos, habían estado enzarzados en mortal combate durante más de dos milenios y medio. Y aunque los *Enfants de Salomon* y los *Enfants de Maître Jacques* no se aludían en sus mitos, cada grupo veía los re-

³⁷ *Ibid.*, págs. 80-115. Vid. también Truant, «Solidarity and Symbolism», páginas 220-4, y Martin Saint-Léon, *Le Compagnonnage*, págs. 2-10. Un conjunto de mitos alternativos remontaba los orígenes del *compagnonnage* a la construcción de las catedrales en la Edad Media.

latos del otro, no como meramente falsos, sino como blasfemos y heréticos. Los mitos de los *compagnons* justificaban así a las sectas rivales en sus odios mutuos ya establecidos y al mismo tiempo exaltaban sus propias reglas y costumbres particulares al darles una historia larga y gloriosa. Las rivalidades entre sectas eran apasionadas y a veces mortales. Los *compagnons* inventaban multitud de canciones insultantes para sus rivales, que se cantaban en todas las ocasiones. Cuando se encontraban *compagnons* de diferentes sectas, organizaban emboscadas, escaramuzas, y en ocasiones batallas campales, y podían producirse heridas serias e incluso muertes. A veces diversas sectas llegaban a controlar diferentes ciudades, y a veces algunas ciudades quedaban repartidas entre diferentes sectas. Pero el odio mutuo, la desconfianza y la amenaza de guerra abierta estaban siempre presentes.

Desde el punto de vista actual —y sobre todo desde el punto de vista de los *compagnons* reformistas, como Agricol Perdiguier en el siglo XIX— la división del *compagnonnage* en sectas rivales resulta paradójica³⁸. Por un lado, el *compagnonnage* cruzaba las profundas grietas que habían separado tradicionalmente a los oficios en las ciudades francesas medievales y modernas y unía a los oficiales de docenas de ciudades y docenas de oficios en una hermandad común. Sin embargo, al mismo tiempo, creaba nuevas grietas que cortaban transversalmente las antiguas, haciendo mortales enemigos a oficiales del mismo oficio y la misma ciudad que pertenecían a diferentes sectas. Al hacer de la comunidad de oficio local la célula básica de su práctica y su vida ceremonial, el *compagnonnage* reconocía y expresaba la idea del oficio como comunidad moral. Sin embargo, al dividirse en sectas mutuamente hostiles, erigía una comunidad moral superior, que abarcaba una multitud de oficios en el mismo cuerpo y tenía el efecto práctico de dividir el cuerpo moral de los oficios individuales. Paradójicamente o no, ésa era la naturaleza del *compagnonnage*, e iba a resultar resistente a todos los intentos de reforma, tanto a los esfuerzos represivos del estado como a las prédicas ilustradas de un Agricol Perdiguier en el siglo XIX. Los cismas que crearon los *compagnons* en los siglos XVII y XVIII y reforzaron en sus mitos y ceremonias resultaron imposibles de curar en el XIX, aunque las condiciones parecían apropiadas para una reconciliación general de todos los trabajadores. Al final, la hermandad de obreros de todos los oficios, que reformistas y socialistas del siglo XIX, como Perdiguier, George Sand y Louis

³⁸ Sobre Perdiguier, vid. Briquet, Jean, *Agricol Perdiguier. Compagnon du tour de France et représentant du peuple 1805-1875*, París, 1955; Perdiguier, Agricol, *Le Livre du compagnonnage*, París, 1839, y *Mémoires d'un compagnon*, Ginebra, 1854-5, reedición, París, 1964.

Blanc pensaban prefigurada en el *compagnonnage*, sólo pudo realizarse más allá de sus tenaces e invencibles lazos.³⁹

LOS OFICIALES Y EL LENGUAJE CORPORATIVO

Ni el *compagnonnage* ni la *Compagnie des Griffarins* pueden entenderse cabalmente desde el siglo XIX, como algo que prefigura los movimientos que surgieron finalmente en los sindicatos y partidos socialistas. Por el contrario, deben verse como nacidos históricamente en el contexto social y cultural definido por las omnipresentes corporaciones tratadas en el capítulo anterior. Los oficiales que crearon estas asociaciones las crearon en oposición a los maestros y sus corporaciones, y ello supone que se diferenciaban de ellas en muchos aspectos. Pero los oficiales participaban también de la concepción de los maestros y de la sociedad, del oficio como comunidad moral y espiritual dedicado a la práctica y perfección de un arte mecánico. No debe sorprender, por tanto, que las formas simbólicas que encarnaban esta concepción en las corporaciones de maestros —regulaciones de talladas, *chefs d'oeuvres*, *charités*, entierros corporativos, juramentos, patronos— sirvieran como modelo para los oficiales al crear sus propias corporaciones rivales. Pero al trabajar a partir de esos modelos convencionales, los oficiales los modificaban y transformaban para crear corporaciones notablemente distintas en su apariencia, estilo y fines, corporaciones que se adaptaban a los propósitos de los oficiales y no a los de los maestros.

Estas modificaciones y transformaciones se desarrollaron al máximo en el *compagnonnage*, pero estaban presentes también en la *Compagnie des Griffarins*. Tomemos, por ejemplo, el establecimiento de vínculos con otras ciudades y otros oficios. Los *Griffarins* tenían estrechas relaciones no sólo con los oficiales impresores de París, sino con otros grupos de oficiales en el mismo Lyon. Los oficiales carniceros y tintoreros ayudaban a los *Griffarins* en sus luchas contra los *Forfants*, y los *Griffarins* hacían lo mismo por carniceros y tintoreros⁴⁰. Donde los privilegios legales de los maestros les vinculaban a su pequeña ciudad y los enfrentaban a los maestros de oficios próxi-

³⁹ Sand, Georges, *Le Compagnon du tour de France*, París, 1841; Perdiguier, Agri-col, *Correspondance inédite avec George Sand et ses amis, lettres choisies et commentées avec une introduction par Jean Briquet*, París, 1966. En su edición de 1848 de *L'Organisation du travail*, París, 1848, Louis Blanc publicó un proyecto para reorganizar el trabajo en Francia que se atribuyó a Perdiguier.

⁴⁰ Davis, «A Trade Union», págs. 63-4.

mos, los oficiales tenían todas las razones para cooperar a través de las fronteras del oficio y el municipio. La maestría y los privilegios que otorgaba sólo eran válidos dentro de los límites geográficos cubiertos por sus estatutos. Debido a que un maestro panadero o cerrajero de Ruán o Amiens o Caen no podía transferir su maestría a otra ciudad, no había razón para que las corporaciones de maestros establecieran vínculos entre ciudades. Sin embargo, entre los oficiales se daba el caso contrario. Era común en la mayoría de los oficios que los oficiales se trasladaran de una ciudad a otra, si no en un *tour de France* organizado, si siguiendo las fluctuaciones locales del mercado de trabajo. Dada esa elevada movilidad, el control efectivo del mercado de trabajo local podía depender de la cooperación entre organizaciones de oficiales de diferentes ciudades. Puede hacerse una observación similar sobre los lazos entre diversos oficios de la misma ciudad. Eran sus privilegios lo que hacía tan desconfiadas a las corporaciones de maestros; sin sus monopolios estatutarios no habrían tenido fronteras que defender con tanto celo de la intrusión de otros oficios. Los oficiales, por otro lado, tenían poco interés en las disputas de límites de los maestros, por el contrario encontraban útil cooperar con otros para castigar a quienes se negaban a unirse a sus organizaciones y ofrecer ayuda mutua en las disputas con los maestros. Dadas esas diferencias entre las situaciones de maestros y oficiales, no es difícil comprender que con el tiempo se desarrollara la estructura multi-oficios y multi-ciudades del *compagnonnage* a partir de organizaciones de oficiales inicialmente desconectadas.

Otra llamativa diferencia entre las organizaciones de maestros y las de oficiales era la tendencia de los oficiales a escindirse en facciones opuestas mutuamente hostiles. El desarrollo de escisiones permanentes, como las que arroja el *compagnonnage*, era imposible en las corporaciones de maestros, porque sólo podía existir una corporación legalmente reconocida en cada oficio. Las corporaciones de maestros podían albergar divisiones y disputas de todo tipo, pero la escisión sólo podía producirse donde había dos oficios o más en una corporación, como cuando los cerrajeros y herreros de Caen, que se habían unido en una sola corporación en 1755, volvieron a escindirse en cuerpos separados en 1779⁴¹. En las organizaciones de oficiales no había esas restricciones legales a la escisión, porque las organizaciones como la *Compagnie des Griffarins* y el *compagnonnage* carecían absolutamente de estatuto legal. No se conoce cómo se produjeron originalmente las escisiones en el *compagnonnage* o la guerra entre

⁴¹ Perrot, *Genèse d'une ville moderne*, I, pág. 332.

Griffarins y *forfants*. En el *compagnonnage* del siglo XIX, las escisiones a veces se desarrollaban a partir del tratamiento humillante o cruel de los candidatos por los *compagnons* establecidos; los candidatos se rebelaron y constituyeron asociaciones disidentes, y en su caso consiguieron establecer realmente una federación disidente entera⁴². Es imposible decir si hechos similares estuvieron en el origen de las anteriores escisiones en el *compagnonnage*. Pero fuera cual fuese la fuente de las escisiones, los complejos simbolismos y ritos que caracterizaron a *Griffarins* y *compagnons* proporcionaban un lenguaje fructífero para elaborar, justificar y acentuar una disputa hasta que se convertía en una grieta permanente e insuperable.

Esta tendencia de las hermandades corporativas a desarrollar escisiones y rivalidades no estaba limitada en absoluto a los oficiales. Era inherente al lenguaje corporativo, que los oficiales compartían no sólo con las corporaciones de maestros, sino con innumerables cuerpos y órdenes en la Francia del Antiguo Régimen —cofradías, órdenes de caballería, profesiones liberales, órdenes religiosas, cuerpos de oficiales y magistrados, etc.—. Todos esos cuerpos tenían características comunes. Tendían a usar un vocabulario común (*compagnie, communauté, corps, frère, frairie, confrérie, état, ordre*, etc.) que marcaba la naturaleza de los vínculos que unían a los miembros, vínculos permanentes de amor y hermandad, no lazos fugaces de interés. Esos vínculos eran de carácter espiritual —se creaban por el intercambio de juramentos solemnes y se renovaban por una devoción común. Este lenguaje de solidaridad corporativo creaba poderosos lazos entre los miembros del grupo —lo que llamamos todavía *esprit de corps*— pero creaba también fronteras marcadas entre grupos. Las disputas entre cuerpos rivales —sobre precedencia o rango, jurisdicciones en conflictos, derechos y privilegios— eran una característica general y aparentemente inevitable de la sociedad corporativa del Antiguo Régimen. La forma que adoptaban esas disputas varió según las funciones específicas, el carácter y las situaciones de los diversos cuerpos. Pero tanto las disputas entre oficios en las corporaciones de maestros como las escisiones dentro de los oficios en las hermandades de oficiales pueden verse como manifestaciones concretas de un espíritu de rivalidad corporativa inherente a la sociedad del Antiguo Régimen⁴³.

El hecho de que el *compagnonnage* —y en un grado menor la *Compagnie des Griffarins*— estableciera vínculos de hermandad entre

diferentes oficios y ciudades, pero creara grietas entre los miembros del oficio de una ciudad, no resulta paradójico cuando se ve en el contexto de la sociedad y la cultura del Antiguo Régimen. La influencia externa de los oficiales sobre otros oficios y otras ciudades no era la paciente conciencia de clase del siglo XIX agrietada de forma cruel e inexplicable por la división del *compagnonnage* en sectas rivales. Que pudiera parecer así en el siglo XIX, incluso a un hombre que amaba el *compagnonnage* tan profundamente y lo comprendía tan exactamente como Agricol Perdiguier, sólo demuestra que Perdiguier era un hombre del siglo XIX y no del XVIII o del XVII. El desarrollo de sectas rivales de *compagnonnage* no era una negación accidental y trágica del principio de hermandad universal del trabajo, sino el resultado de un lenguaje corporativo intrínsecamente fragmentador y exclusivista aplicado al medio específico de los oficiales de las artes mecánicas del Antiguo Régimen. Los oficiales de los siglos XVII y XVIII, y las hermandades que crearon, no apuntaban —ni siquiera buscaban a tientas— al nuevo mundo del siglo XIX. Participaban profundamente de los valores, los presupuestos y las formas culturales generales de la sociedad del Antiguo Régimen, y el *compagnonnage* ilustra perfectamente la profundidad e intensidad de esa participación.

Pero si las hermandades del Antiguo Régimen no pueden verse como prefiguraciones de la conciencia de clase del siglo XIX, su relación con los maestros y sus corporaciones no fue siempre armoniosa. Más bien combinaba elementos de armonía y discordia. Maestros y oficiales aceptaban el principio de que todo el oficio era una comunidad, una comunidad que abarcaba por igual a maestros y oficiales. Como decían los *Griffarins*, maestros y oficiales «son o deben ser un solo cuerpo unido, como una familia y una fraternidad». Tampoco era meramente una cuestión de ideales abstractos. Los *Griffarins* hacían un juramento de no perjudicar a los maestros y podían ser castigados por quebrantarlo. El *compagnonnage* postulaba también una comunidad moral que incluía a maestros y oficiales. Después de todo, muchos de los maestros en los oficios dominados por el *compagnonnage* habían sido activos *compagnons* y estaban todavía obligados por un juramento solemne y vinculante. Como resultado, aceptaban habitualmente el *compagnonnage* y cooperaban con él abiertamente. Según sus reglas, cuando los torneros *compagnons* de Burdeos iban de una *mère* a otra, acudían a los maestros antiguos *compagnons* en busca de ayuda para saldar cuentas con la antigua *mère* y elegir otra nueva⁴⁴. Tampoco resultaba excepcional esta cooperación entre maestros y

⁴² Truant, «Compagnonnage», págs. 299-307.

⁴³ Para un solo ejemplo entre muchos de ese tipo de conflicto, en este caso relativo a las cofradías de penitentes, *vid.* Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*, págs. 112-6.

⁴⁴ «Livre de règles», en Coornaert, *Les Compagnonnages*, pág. 381.

compagnons. Era común que los maestros cooperaran plenamente con el *rôleur* en la colocación de nuevos *compagnons*, y los maestros no podían sino apreciar el buen orden y la habilidad profesional que la estricta disciplina de los *compagnons*, su aprendizaje técnico y las prácticas de caridad mutua creaban en la fuerza de trabajo⁴⁵. Además, maestros y *compagnons* establecían con frecuencia acuerdos explícitos o tácitos sobre los tipos de salarios que habían de obtener en su arte y los mantenían conjuntamente en la práctica. En suma, la comunidad moral de todo el oficio no era sólo un ideal; era también una experiencia de la vida cotidiana.

Pero la relación entre corporaciones de maestros y hermandades de oficiales era también de permanente oposición. Aunque maestros y oficiales pudieran cooperar en la regulación de la comunidad de oficio, sus intereses eran diferentes y con frecuencia entraban en conflicto. Las hermandades de oficiales estaban estructuradas para enfrentarse a los maestros en momentos de ruptura, tanto como para cooperar con ellos en momentos de paz. Incluso cuando las relaciones eran amistosas, ambas partes sabían que contenían un potencial omnipresente de antagonismo. La misma forma de las hermandades de oficiales —su secreto, los lazos entre diferentes ciudades y diferentes oficios— sólo se comprende en el contexto de las continuas tensiones con los maestros por el control del oficio. Maestros y oficiales pueden haber estado de acuerdo en que el oficio era una comunidad moral y pudieron cooperar en la práctica para mantenerla, pero para los oficiales, la cooperación con los maestros era un objetivo difícil que sólo podía conseguirse de los maestros al precio de lucha intermitente y vigilancia incesante.

La forma simbólica de las hermandades de oficiales reflejaba esta relación de unidad y oposición simultáneas. Por un lado, las hermandades estaban modeladas claramente sobre las corporaciones de maestros, tomando sus regulaciones detalladas, su vigilancia sobre la práctica del arte, sus exigencias de obras maestras, su caridad recíproca y los entierros corporativos y sus celebraciones del patrón (o en el caso de los *Griffarins*, la diosa patrona). Al adoptar todas esas prácticas, los oficiales expresaban claramente que sus hermandades, como las corporaciones de los maestros, se formaban con el propósito de regular adecuadamente la comunidad de oficio y el arte que practicaba. Sin embargo, de forma igualmente clara, las hermandades de oficiales

⁴⁵ A juzgar por su redacción, los decretos de las autoridades prohibiendo la contratación laboral por los *compagnons* se dirigían con frecuencia tanto contra los maestros como contra los *compagnons*. Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 157, 174-5.

no eran meras copias de las corporaciones de maestros, pues los oficiales añadieron numerosas prácticas propias —especialmente, ceremonias, símbolos y ritos, nuevos, diferentes, y con frecuencia exóticos, que servían para distinguir notablemente a sus hermandades de las de los maestros—. Las formas simbólicas de las hermandades de oficiales sintetizaban así adecuadamente su situación: unidos a los maestros en una preocupación común por el bienestar de la comunidad de oficio, *compagnons* y *Griffarins*, como miembros de comunidades de oficiales diferentes con sus propios ritos y fines, se oponían también a los maestros sistemáticamente. Al crear sus hermandades, los oficiales partieron del modelo de la corporación de maestros, pero lo modificaron con una serie de adiciones, sustracciones y elaboraciones simbólicas, mediante las cuales formaron un cuerpo todavía reconocible como corporación, pero una corporación que servía y expresaba la personalidad y los intereses propios de los oficiales. El *compagnonnage* y la *Compagnie des Griffarins* eran corporaciones, pero corporaciones transformadas.

Esta maleabilidad del lenguaje corporativo en manos de los oficiales revela algo importante sobre el lenguaje corporativo en general. La corporación de oficio del Antiguo Régimen no era una institución singular e inalterada formada en la Edad Media que atravesara intacta el gran cataclismo de la Revolución Francesa. Era, más bien, un conjunto complejo y flexible de prácticas, ritos y símbolos —y de sentimientos y compromisos creados y formados por estas prácticas, ritos y símbolos— que podían reordenarse, modificarse o transformarse para adaptarse a las exigencias de diversos grupos sociales en diversos momentos. De esa forma, las corporaciones de maestros, inicialmente una colección heterogénea de comunidades de oficio que variaban en su forma de una ciudad a otra y de una región a otra, se transformaron cada vez más en un solo tipo —el *métier juré* al estilo de París— a medida que la burocracia regia unió progresivamente el reino en un estado administrativo centralizado en el curso de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Pero al igual que la burocracia regia podía transformar las corporaciones, lo podían hacer, desde un ángulo completamente distinto, los oficiales. En esos mismos siglos, los oficiales adoptaron el lenguaje corporativo y lo transformaron para crear sus propias hermandades de oficio distintas y opuestas a las corporaciones de maestros, hermandades que tomaron cada vez más la forma de federaciones nacionales de *compagnonnage*. Tampoco fue accidental que la construcción de federaciones nacionales uniformes de hermandades obreras

fuera paralela a la creciente uniformidad de las corporaciones de maestros. Ambas cosas eran manifestaciones de la creciente uniformidad de la vida nacional francesa y el crecimiento de un mercado nacional bajo el esfuerzo centralizador de la administración real. Pero a pesar de una creciente tendencia a la uniformidad, el estilo corporativo de los oficiales continuó siendo sumamente flexible. Esa flexibilidad se manifiesta quizá en su forma más llamativa en la *Compagnie des Griffarins* del siglo XVI, que podía ser —simultánea o sucesivamente— una hermandad secreta, una cofradía, una unidad de la milicia urbana y una asociación festiva. Esa permutabilidad de formas continuó hasta el siglo XVIII. Como se ha observado, el *compagnonnage*, aunque desarrollado por oficiales que hacían el *tour de France*, fue adoptado también con ciertas modificaciones por los oficios con mano de obra esencialmente sedentaria. Además, la distinción entre *compagnonnage* y cofradías era con frecuencia muy borrosa en la práctica. Así, los zapateros *compagnons* de Toulouse, atacados por las autoridades eclesiásticas locales, se reagruparon sencillamente como cofradía y tuvieron sus estatutos aprobados por el arzobispo en 1651. Esto no les apartaba de defender sus intereses como oficiales, y la misma hermandad de zapateros consiguió forzar una fijación de salarios en 1702⁴⁶. Las hermandades de oficiales del Antiguo Régimen eran capaces de asumir numerosas formas diferentes y cambiarlas cuando las exigencias de su situación cambiaban.

Sin embargo, todas las hermandades de oficiales tenían algunos rasgos comunes. Al crear sus hermandades, los oficiales empezaban con el simbolismo tradicional de las corporaciones de maestros y después avanzaban más allá, cogiendo de otras fuentes e inventando símbolos ellos mismos. Pero es llamativo que los tomaran casi exclusivamente de otros cuerpos corporativos —la iglesia, los francmasones o las órdenes religiosas y de caballería— y no de otros dominios, como el discurso científico, los contratos legales, la práctica administrativa o las doctrinas de la Ilustración. A este respecto, los oficiales demostraron un firme apego a la cultura corporativa tradicional del Antiguo Régimen. Aunque el desarrollo del *compagnonnage* puede decirse que demuestra una creciente oposición entre maestros y oficiales en las artes mecánicas del Antiguo Régimen, demuestra también el compromiso permanente de los oficiales con el ideal del oficio como comunidad moral y con el lenguaje corporativo del que las corporaciones de maestros y las hermandades de oficiales eran manifestaciones. Los tres últimos siglos del Antiguo Régimen testimonian importantes

transformaciones en las corporaciones de oficio. Pero fueron mucho menos radicales que las transformaciones que estaban destinadas a ocurrir cuando la Revolución Francesa barriera la estructura corporativa del reino y la sustituyera con una nueva estructura basada en el individualismo, la libertad formal y la propiedad privada.

⁴⁶ Truant, «Compagnonnage», págs. 75-7.

4. La abolición del privilegio

La Revolución Francesa no fue un simple cambio en la forma y el personal de gobierno. Fue una transformación radical de todo el orden social, de la política a la moral privada, del ejército a la educación, de los impuestos al mantenimiento del orden público, de los pesos y medidas al calendario, de la ciencia y la filosofía a la agricultura y las artes mecánicas. A los ojos de sus autores, la Revolución borró una sociedad corrupta, basada en el privilegio, el despotismo y la superstición, y la reemplazó por una sociedad basada en las leyes invariables de la naturaleza y en la sencillez cristalina de la razón, en la que la igualdad ante la ley y la libertad del ciudadano individual habrían de ser al tiempo fundamento y fin de la vida pública. Con toda la violencia de que pudieran discutir su realización, todos los grandes dirigentes revolucionarios, de Sieyès y Mirabeau a Brissot y Condorcet, Danton y Marat, Robespierre y Saint-Just, compartían esa visión de la Revolución como la victoria de la razón y la naturaleza sobre la superstición y el privilegio. La Revolución Francesa fue un intento consciente de dismantelar la estructura social jerárquica del Antiguo Régimen y hacer añicos los supuestos metafísicos de los que dependía. Al llevar a cabo lo que consideraban acto saludable de destrucción, los revolucionarios abolieron las corporaciones de oficio junto con todos los otros cuerpos privilegiados que constituían el estado monárquico tradicional.

La abolición de las corporaciones debe entenderse como parte de la destrucción general del orden social corporativo, no como resultado de procesos internos al mundo de las artes mecánicas. Esto no significa que las corporaciones de oficio no tuvieran problemas internos en las décadas finales del Antiguo Régimen. Muchas de ellas estaban fuertemente endeudadas, debido a los gastos de sus incesantes proce-

sos y las cargas fiscales del estado. Hay también testimonios de que algunas corporaciones encontraban difícil mantener el monopolio efectivo de sus productos. Por ejemplo, los maestros legítimos se preocupaban en ocasiones por la competencia de los *chambrelans* —productores independientes sin autorización que trabajaban clandestinamente en su vivienda¹—. Además, en la industria de la lana y del algodón —que estaban entre las mayores y de crecimiento más rápido— la mayor parte del tejido lo elaboraban en el campo tejedores semi independientes fuera de la autoridad de las corporaciones urbanas². Finalmente, como se ha observado, los oficios corporativos estaban permanentemente divididos por conflictos y disputas —entre oficios, entre maestros y oficiales, y entre grupos de oficiales rivales.

La experiencia de la industria textil indica que, a largo plazo, el desarrollo del capitalismo podía haber resultado incompatible con las corporaciones de oficio. En industrias que producían a gran escala para un mercado nacional o internacional, y en las que eran necesarias grandes inversiones de capital mercantil o industrial, las restricciones impuestas por las corporaciones de base local habrían sido difíciles o imposibles de mantener. Pero a fines del siglo XVIII la penetración del capitalismo en la mayoría de los oficios urbanos era todavía muy modesta. En la abrumadora mayoría de los oficios, la producción tenía una escala limitada y se dirigía fundamentalmente al mercado local; y las corporaciones mantuvieron su fuerza hasta el final del Antiguo Régimen. El hecho de que las corporaciones fueran todavía populares entre las *gens de métier* puede verse en los *cahiers de doléances* (cuadernos de quejas) redactados por las corporaciones de maestros para los Estados Generales en vísperas de la Revolución Francesa. Aunque estos *cahiers* denunciaban toda clase de abusos y reclamaban la abolición de privilegios de muchos entes corporativos, eran unánimes en la exigencia de que se mantuvieran las corporaciones de oficio³. La oposición a las corporaciones de oficio surgió, no en el mundo de las artes y oficios, sino en un sector de la sociedad

¹ Así los tejedores de alfombras de Bourges pedían en su *cahier de doléances* en 1789 «que el cuerpo de *métiers* pueda disfrutar sus privilegios y que puedan ser autorizados a excluir a los *chambrelans*». Gandilhon, Alfred (Ed.), *Cahiers de doléances du baillage de Bourges et des baillages secondaires de Vierzon et d'Henrichemont pour les États Généraux de 1789*, Bourges, 1910, pág. 575.

² Vid. nota 5, cap. 2.

³ Vid., v. gr., Gandilhon, *Cahiers... de Bourges*; Bouloiseau, *Cahiers... de Rouen*; Fournier, Joseph, *Cahiers de doléances de la sénéchaussée de Marseille pour les États Généraux*, Marsella, 1908.

muy diferente —la élite administrativa y literaria constituida por los Filósofos y sus discípulos— y por razones que tienen más que ver con la lógica del pensamiento ilustrado que con los problemas internos de las corporaciones.

La Ilustración fue una potente fuerza en la sociedad francesa de los últimos años del Antiguo Régimen. Aunque los Filósofos eran muy críticos respecto a las costumbres y las instituciones políticas francesas, sus ideas llegaron a influir extraordinariamente en la élite gobernante de la monarquía en las décadas de 1760 y 1770. Muchos funcionarios destacados del gobierno eran partidarios entusiastas de las ideas ilustradas —en parte porque parecían proporcionar un programa administrativo racional para la burocracia real en rápido desarrollo— e iniciaron numerosas reformas inspiradas por los Filósofos. El apogeo de la influencia ilustrada en la administración regia se alcanzó de 1774 a 1776, cuando Turgot, él mismo Filósofo de cierto renombre, sirvió por poco tiempo como *contrôleur général*, primer ministro, del reino. Turgot estableció un programa completo de reformas —incluida una abolición de corta vida de las corporaciones de oficio— pero pronto cayó del poder y sus medidas reformistas fueron abrogadas rápidamente⁴. Sin embargo, en 1776, incluso los enemigos de Turgot hablaban con acento ilustrado; incluso la defensa de instituciones tradicionales se expresaba en términos de apelación a la naturaleza, la razón y la libertad. A fines del Antiguo Régimen, las ideas y la terminología de la Ilustración impregnaban el discurso de todas las facciones y todas las ideas políticas. Y en la Revolución, esas ideas y esos términos suministraron la trama de todo el orden social y político.

El proyecto esencial de la Ilustración era dar una explicación puramente natural del mundo. El pensamiento de la Ilustración se elaboró en oposición a las ideas esencialmente católicas que subyacían al orden social del Antiguo Régimen. En lugar de ver el mundo material como un reino de desorden y pecado sólo domeñado por la disciplina de espíritu y la autoridad, los Filósofos volvían a la naturaleza como fuente de toda verdad y a la razón como único medio de alcanzar el conocimiento. Evitaban la especulación teológica que consideraban fuera del alcance de la razón humana y adoptaban la nueva ciencia natural como modelo intelectual. En la especulación social y política, al igual que en la ciencia natural, los Filósofos rechazaban la autori-

⁴ Sobre Turgot y su ministerio, vid. Dakin, Douglas, *Turgot and the Ancien Régime in France*, Londres, 1939; Faure, Edgar, *La Disgrâce de Turgot*, París, 1961, y Baker, Keith Michael, *Condorcet: From Natural Philosophy to Social Mathematics*, Chicago, 1975, págs. 55-72.

dad y buscaban justificaciones naturales y racionales de las instituciones sociales.

Su ideal científico de sencillez y universalidad era especialmente corrosivo cuando apuntaba al orden social y político del Antiguo Régimen, compuesto como estaba de una multitud de cuerpos diferentes, jerárquicamente privilegiados. El pensamiento político tradicional en el Antiguo Régimen buscaba el origen de las instituciones sociales en la voluntad de Dios y veía la jerarquía terrestre «imitando el ejemplo de la jerarquía celeste», como lo expresaba Loyseau a comienzos del siglo XVII⁵. A este cuadro jerárquico del orden social, justificado por la religión, los Filósofos le contraponían una visión de la sociedad en la que todos los hombres —entendidos como seres puramente naturales— eran esencialmente iguales y cuyo orden derivaba de la naturaleza y no de una jerarquía sancionada por la divinidad. Al desarrollar esa visión, se centraban en las actividades productivas del hombre, en las formas en que los humanos transformaban su entorno natural para ganar su sustento y mejorar sus condiciones de vida. Agricultura, comercio y artes mecánicas, trataban de demostrar los Filósofos, estaban gobernadas por leyes naturales y sólo esas leyes naturales —no la voluntad arbitraria de los monarcas o las sofisticuerías de curas y teólogos— podían poner orden y armonía en la vida social y política.

LAS ARTES MECÁNICAS Y LA ILUSTRACIÓN

La oposición ilustrada a las corporaciones nacía de esa creencia de que el orden debe buscarse en la naturaleza y no en el espíritu y la disciplina jerárquica. El ataque a las corporaciones formaba parte del esfuerzo por elevar las artes mecánicas —y todo trabajo productivo— por encima del desdén en que las tenía la opinión contemporánea y elevar la productividad del trabajo liberándolo de las restricciones arcaicas de un pasado bárbaro. Desde el punto de vista de los Filósofos, las corporaciones eran un insulto a la dignidad humana y una perversión de la naturaleza de las cosas. La idea de que el trabajo debía ser exaltado como fundamento esencial de la felicidad humana y no despreciado como estigma de bajeza y pecado, impregnaba el pensamiento ilustrado. Se expresaba, por ejemplo, en el *Second Treatise of Government* de Locke, en el que se reconocía el trabajo como origen de la propiedad y, por tanto, de la sociedad civil; y en la identificación de Voltaire de comercio y libertad en sus *Cartas filosóficas* así

⁵ Loyseau, *Traité des ordres*, pág. 2.

como en su famosa llamada a «cultivar nuestro huerto» al final de *Candide*. Pero en ninguna parte era más destacado que en las páginas de Diderot en la *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios)⁶. Diderot, que era hijo de un cuchillero, situaba las artes mecánicas en una posición central en la *Encyclopédie* y en el programa general de la Ilustración. El propio Diderot escribió extensamente sobre las artes mecánicas en sus largos artículos «Art» y «Encyclopédie», y compuso numerosos artículos detallados y admirables sobre numerosos oficios y manufacturas. También se encargó de que la *Encyclopédie* tuviera magníficas láminas que ilustraran las materias primas, útiles, máquinas y técnicas de todas las industrias del siglo XVIII⁷. Los escritos de Diderot sobre las artes mecánicas fueron los más profundos e influyentes de todos los de los autores de la Ilustración. Mejor que ningún otro expresa los supuestos filosóficos subyacentes al pensamiento ilustrado sobre las corporaciones y las artes mecánicas.

En opinión de Diderot, no sólo los artesanos, sino toda la sociedad había sufrido la odiosa distinción entre artes mecánicas y artes liberales.

Colocad a un lado de la balanza las ventajas reales de las ciencias más sublimes y las artes más honradas, y en el otro las de las artes mecánicas, y encontraréis que la estimación otorgada a unas y otras no se ha distribuido en una relación justa respecto a esas ventajas, y que hemos alabado mucho más a los hombres dedicados a hacernos creer que éramos felices que a los hombres ocupados en hacernos felices de verdad. ¡Qué extrañas son nuestras opiniones! Pedimos que la gente trabaje útilmente y desdeñamos a los hombres útiles⁸.

Llamaba, por tanto, a quienes practicaban las artes liberales a unírsele en

elevar las artes mecánicas de la degradación en que el prejuicio las había mantenido tanto tiempo... Los artesanos se han creído dignos de desprecio porque los hemos despreciado; enseñémosles a pensar mejor

⁶ 17 vols., París, 1751-65.

⁷ El estudio biográfico de referencia sobre Diderot en inglés es Wilson, Arthur M., *Diderot, Nueva York, 1972*. La parte I se publicó originalmente por separado como *Diderot. The Testing Years*, Nueva York, 1957. Sobre la *Encyclopédie*, vid. Proust, Jacques, *Diderot et l'Encyclopédie*, París, 1963, y *L'Encyclopédie*, París, 1965.

⁸ «Art», en *Encyclopédie*, I, pág. 714.

de sí mismos: es la única manera de conseguir productos más perfectos⁹.

La preocupación de Diderot por las artes mecánicas era en parte utilitaria. Al ensalzar las artes mecánicas y publicar la información más perfecta y actualizada sobre las técnicas de producción en la *Encyclopédie*, el trabajo útil de la sociedad progresaría. Pero Diderot iba más allá de una valoración puramente utilitaria. Las artes mecánicas eran iguales a las artes liberales no sólo porque fueran útiles, sino porque eran también productos sutiles y complejos de la mente humana.

¿En qué sistemas de la física o la metafísica se encuentra más inteligencia, más sabiduría, más coherencia, que en las máquinas para fabricar hilo de oro, las de fabricar medias, y en el oficio de los fabricantes de pasamanería, los de gasa, los pañeros y sederos? ¿Qué demostración de matemáticas es más complicada que el mecanismo de algunos relojes...? ¿Qué podemos imaginar, en el género que queramos, que demuestre más sutileza que el veteado del terciopelo?¹⁰.

En este sentido, es interesante que en su famoso artículo «Art» de la *Encyclopédie* Diderot empleara ejemplos de las artes mecánicas y no de las liberales. En parte, lo hacía porque «las artes liberales se han cantado bastante a sí mismas»¹¹. Pero también porque las artes mecánicas servían mejor como ilustraciones de la concepción general de Diderot de la vida y la creatividad humanas.

Para Diderot, el hombre pertenecía estrictamente al orden natural, y su inteligencia y capacidades se desarrollaban a partir de sus interacciones con la naturaleza. La inteligencia del hombre no era —como en la idea cristiana tradicional— una propiedad de su alma divina, y, por tanto, más perfecta cuando se dirigía a cosas puramente mentales o espirituales que a los productos inferiores del mundo material. Muy al contrario, en opinión de Diderot —y en esta cuestión, de los Filósofos en general— todo conocimiento, por sublime que fuera, en forma o apariencia, sólo podía ser conocimiento de la naturaleza.

El hombre no es sino el ministro o el intérprete de la naturaleza: comprende y actúa sólo hasta el límite de su conocimiento, experimental o reflexivo, de los seres que le rodean¹².

⁹ *Ibid.*, pág. 717.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 714.

¹¹ *Ibid.*, pág. 717.

¹² *Ibid.*, pág. 714.

Es la industria del hombre aplicada a los productos de la naturaleza, para sus necesidades, su lujo, su diversión o su curiosidad, etc., lo que ha dado origen a las Ciencias y a las Artes¹³.

Como Locke había demostrado hacía tiempo, incluso las elevadas reflexiones del filósofo o el teólogo no son sino combinaciones y reflexiones sobre los datos sensibles recogidos del mundo natural. En esta forma de entender el conocimiento, el hecho de que las artes mecánicas estuvieran interesadas en la manipulación de objetos materiales no las hacía en absoluto inferiores a las artes liberales, más abstractas. En realidad, su contacto íntimo y directo con los productos de la naturaleza hacía de las artes mecánicas el ejemplo más expresivo del arte en general, el caso paradigmático en cualquier exposición filosófica convincente sobre las artes.

En todo el artículo de Diderot sobre «Art», aunque se analicen las artes en general, son las artes mecánicas las que reclaman el eje de su atención. Tomemos, por ejemplo, el siguiente pasaje:

La mano desnuda [del hombre], por robusta y flexible que sea, sólo basta para un pequeño número de logros: sólo alcanza grandes cosas con la ayuda de instrumentos y reglas; lo mismo cabe decir del entendimiento. Instrumentos y reglas son como músculos que se añaden a sus brazos y resortes accesorios a los de su mente. El fin de todo arte en general... es imprimir algunas formas determinadas a una base dada por la naturaleza; y esa base es materia, o mente, o algún producto de la naturaleza¹⁴.

Esta es una exposición sobre «La finalidad de las Artes en general». Pero en la construcción del pasaje, Diderot ha dado primacía a las artes mecánicas sobre las artes liberales. Empieza con la mano desnuda del hombre, no con el alma racional; los grandes logros de la mano posibles mediante el arte preceden a los del entendimiento —en realidad, los logros del entendimiento se añaden en esa frase como una especie de manifestación tardía. El mismo orden se sigue en las dos frases siguientes: los músculos se añaden a los brazos antes que los resortes accesorios a la mente; y al especificar la base natural sobre la que se imprimen las formas, la materia se enumera antes que la mente. De aquí que este pasaje, aunque trate ostensiblemente del fin del arte en general, prepare al lector para las dos frases siguientes.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

En las artes mecánicas, a las que otorgo aquí particular atención, puesto que los autores han hablado menos de ellas, la capacidad del hombre para combinar y separar cuerpos naturales es reducida. El hombre puede hacerlo todo o nada, dependiendo de que esa combinación o esa separación sean posibles¹⁵.

En este pasaje Diderot convertía su análisis de las artes en general en un análisis de las artes mecánicas únicamente; y en los dos tercios restantes del artículo, hacía sólo referencias de pasada a las artes liberales. Además, las artes mecánicas quedaban reducidas aquí a su esencia: la combinación y separación de los cuerpos naturales. De esa forma, el análisis de la combinación y separación de los cuerpos naturales se convirtió en el centro del discurso filosófico de Diderot sobre el arte en general.

Para saber si son posibles las separaciones y combinaciones de cuerpos naturales, se deben conocer las propiedades de los diversos cuerpos naturales. Se deduce, por tanto, que un auténtico tratado sobre las artes mecánicas debe empezar con los productos de la naturaleza.

Nuestro autor comenzará por trazar un plan de clasificación según el cual las diversas ramas de la industria se vincularán a las sustancias naturales que transforman. Éste será siempre un plan factible, pues la historia de las artes y oficios no es nada sino la historia de la naturaleza dispuesta para el uso¹⁶.

Este plan no sólo situará las artes conocidas en un orden lógico, conducirá también al descubrimiento de las desconocidas hasta ahora: «Una enumeración exacta de estos productos [de la naturaleza] dará nacimiento a muchas artes ahora desconocidas. Otras muy numerosas nacerán de un examen detallado de diferentes aspectos bajo los que se considera el mismo producto»¹⁷. De ese modo una investigación basada en principios verdaderamente filosóficos conducirá a una proliferación y perfección de las artes mecánicas. Pero desarrollar esa investigación no es una tarea fácil. Su autor debe estar muy versado en historia natural, mecánica, química y física teórica y experimental.

Como naturalista, advertirá de una ojeada las materias empleadas por artistas y artesanos, materias que ellos generalmente pretenden dotadas de todo tipo de cualidades misteriosas.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ «Encyclopédie», en *Encyclopédie*, 5: 647.

¹⁷ «Art», en *Encyclopédie*, 1: 715.

Como químico estará totalmente versado en las propiedades de esas materias y le serán conocidas las razones de múltiples operaciones... Captará toda la naturaleza del proceso, ningún movimiento de la mano se le escapará, pues distinguirá fácilmente un gesto sin sentido de una precaución esencial...

La física le hará maestro de infinito número de fenómenos que continúan siendo fuente de continuo asombro para el simple trabajador.

Con cierto conocimiento de mecánica y geometría llegará sin dificultad a un cálculo verdadero y exacto de fuerzas. Sólo necesitará adquirir conocimiento experimental para moderar el rigor de sus hipótesis matemáticas¹⁸.

Diderot no creía que se requiriera conocimiento científico para practicar las artes mecánicas. Por el contrario, los trabajadores sin instrucción pueden tener un excelente dominio de su arte, aunque doten a las materias que utilizan de cualidades misteriosas o se asombren de fenómenos físicos bien conocidos para el científico. La comprensión de su arte por los trabajadores es empírica y por la costumbre, no filosófica. Así, aunque Diderot deseara elevar las artes mecánicas del desdén en que se las tenía habitualmente, su opinión sobre los artesanos no era en absoluto elevada. Su ambivalencia sobre los trabajadores manuales es clara incluso en su breve artículo «*Métier*» (oficio), que pretendía ser una defensa de los artesanos.

Métier. Se da este nombre a todas las profesiones que requieren el uso de los brazos y que están limitadas a cierto número de operaciones mecánicas que el trabajador repite incesantemente. No sé por qué a esta palabra se le vincula una idea pésima; son los oficios los que nos aportan todas las cosas necesarias para la vida. Quien se tome el trabajo de recorrer los talleres, verá la utilidad unida a las mayores pruebas de sagacidad... Dejo a quienes tienen algún principio de equidad, juzgar si es razón o prejuicio lo que nos hace mirar a hombres tan esenciales de forma tan desdeñosa. El poeta, el filósofo, el orador, el estadista, el guerrero, el héroe estarían completamente desnudos y carecerían de pan, sin ese artesano, objeto de su cruel desprecio¹⁹.

Diderot censura el desdén de sus contemporáneos por los artesanos y presenta los oficios como verdadero fundamento de la civilización, sin el cual las sublimes artes de la poesía, la filosofía, el gobierno y la guerra serían imposibles. Sin embargo, pinta a los mismos

¹⁸ «Encyclopédie», en *Encyclopédie*, 5: 647.

¹⁹ «*Métier*», en *Encyclopédie*, 10: 483.

artesanos que han de admirarse como autómatas humanos, repitiendo de forma incesante un conjunto prescrito de operaciones mecánicas. El artesano es admirable no porque sea inteligente sino porque es útil, y aunque el arte que desarrolla pueda ser sutil y complejo, su comprensión por parte del artesano es meramente por costumbre. Para Diderot, la sabiduría de un arte mecánico estaba encerrada en sus reglas, no en las personas de quienes lo practicaban.

El filósofo era quien podía elevar las artes mecánicas a una perfección superior explicando las verdades implícitas en la práctica artesanal. A pesar de la falta de instrucción de los artesanos y lo inveterado y asistemático de las reglas mediante las que trabajan, si esas reglas eran eficaces tenían que conformarse necesariamente a leyes naturales generales descubribles por la ciencia. La tarea del filósofo es hacer comprensibles para todos las reglas de las artes convirtiendo los gestos convencionales, las reglas empíricas semiverbalizadas y el saber tradicional de los artesanos, en leyes naturales científicamente demostrables —y descartar en el proceso las prácticas sin fundamento científico—. Ese procedimiento difundiría entre el público en general un conocimiento útil hasta entonces privado y secreto. Además, al enunciar la base científica real de las artes mecánicas, conduciría necesariamente a su perfección —al disipar las ideas erróneas de los artesanos, al señalar la forma de procesos y equipos más eficaces, etc.—. Al descubrir y difundir entre el público la verdadera naturaleza y la base racional de las artes mecánicas, Diderot pretendía mejorar la suerte del hombre —extendiendo y perfeccionando sus capacidades e ilustrándole sobre la verdadera naturaleza de las cosas.

El análisis de Diderot de las artes mecánicas era una perfecta expresión del programa global de la Ilustración. Empezaba con el orden inherente de la naturaleza y demostraba que los logros del hombre no eran nada más que el uso de la naturaleza según sus propias leyes. Y se proponía mejorar la vida humana llevando los artefactos e instituciones humanas a una armonía más perfecta con las leyes de la naturaleza —estableciendo racionalmente la base natural a partir de la que empieza la acción humana, exponiendo las ideas y supersticiones erróneas que ocultan las verdades de la naturaleza a la mente del hombre y difundiendo esas verdades entre el público en general por medio de la palabra impresa—. El discurso de Diderot sobre las artes mecánicas iba en paralelo al discurso de la Ilustración sobre la vida humana en general, hasta en sus menores detalles. Por ejemplo, en el análisis sobre los orígenes de las diversas artes, Diderot afirma que cuando los verdaderos orígenes históricos de un arte particular no se

conocen, «se debe recurrir a suposiciones filosóficas, partir de alguna hipótesis probable, de algún acontecimiento anterior y fortuito, y llegar hasta el punto en que el arte ha avanzado»²⁰. Puesto que no se conoce nada sobre el origen real del arte de fabricar papel, un filósofo encargado de escribir su historia debe suponer que una pieza de lino cayó en una vasija de agua y que cuando se vació, mucho más tarde, se había convertido en un sedimento fibroso que finalmente se secó como una tosca pieza de papel primitivo. De forma similar, puede suponer que el vidrio se descubrió por primera vez cuando los ladrillos se quemaron en un horno demasiado caliente. Este método, según Diderot, dará mejores resultados que la verdadera historia, pues

los obstáculos que deben haber superado para perfeccionar [el arte] se presentarán en un orden completamente natural, y la explicación sintética de los pasos sucesivos del arte facilitará su comprensión por las mentes más comunes, y pondrá a los artistas en el camino que deberían seguir para acercarse más a la perfección²¹.

Aquí el discurso de Diderot repite el método de suposición filosófica empleado por los filósofos políticos de la Ilustración, como Locke —y más tarde por el amigo de Diderot, Rousseau—. Estos filósofos, incapaces de conocer los orígenes históricos reales de la sociedad política, empezaron con el estado de la naturaleza y después dedujeron un hecho hipotético —el contrato social— en el que debió tener su origen la sociedad civil, las constituciones y los gobiernos. Y en la filosofía política, como en las artes mecánicas, la «explicación sintética» resultante era más clara y satisfactoria que el relato de los detalles históricos reales.

Diderot, al utilizar el método de suposición filosófica, recurría —consciente o inconscientemente— a un recurso filosófico y retórico bien conocido, una especie de tropo característico de la Ilustración, que daba a su análisis del origen de las artes mecánicas resonancias del discurso general de la Ilustración. Pero lo que es válido para las observaciones de Diderot sobre el origen lo es para todo su análisis de las artes mecánicas. Su explicación adquiría una fascinación y un poder especiales, en su mente y la de sus lectores, porque ejemplificaba y daba validez a toda una forma de pensar —un conjunto de supuestos metafísicos, un método filosófico, una imagen de la naturaleza humana, un conjunto de tareas para el filósofo— que se aplicaba en igual medida a la cosmología, la religión, el derecho penal, la econo-

²⁰ «Art», en *Encyclopédie*, 1: 715.

²¹ *Ibid.*

mía política o la filosofía política, que a las artes mecánicas. El análisis de Diderot de las artes mecánicas representaba en microcosmos la totalidad de la Ilustración. Estaba impregnado de implicaciones radicales no sólo para las artes mecánicas, sino para todo el orden social.

Pero si el análisis de Diderot de las artes mecánicas constituía un desafío radical al orden social tradicional, en sus definiciones formales no difería del discurso convencional sobre las artes. Diderot aceptaba todas las definiciones formales normales en el Antiguo Régimen: el arte era cuestión de reglas, las artes liberales incumbían más a la mente que a la mano, las artes mecánicas más a la mano que a la mente, etc.²² Lo que Diderot alteraba no eran las definiciones formales, sino los supuestos metafísicos dentro de los que se ordenaban las definiciones. Diderot sustituía un mundo compuesto de reinos radicalmente diferentes, de espíritu intrínsecamente ordenado y materia intrínsecamente desordenada, por otro compuesto por un solo reino unificado y ordenado de la naturaleza. Y el hombre, en lugar de un alma espiritual racional unida por un acto expreso de Dios a un grosero cuerpo material, se convertía en un ser natural sensible capaz de combinar, reflejar y actuar sobre los datos ofrecidos a sus sentidos por el mundo natural. El arte se convertía, por tanto, no en la imposición del orden a la materia recalcitrante mediante el esfuerzo disciplinado del alma racional del hombre, sino en el descubrimiento y elaboración por un ser sensible de un orden implícito en las propias sustancias naturales.

La metafísica tradicional del Antiguo Régimen era, desde luego, coherente con la práctica de organizar las artes en cuerpos moral y espiritualmente jerarquizados encargados de la disciplina del arte y sus practicantes. Pero la nueva metafísica de la Ilustración implicaba una forma de organización muy diferente. Como las reglas de las artes mecánicas habían de descubrirse mediante la investigación científica de las sustancias naturales, las artes mecánicas debían organizarse de una forma similar a la de la ciencia. Había que animar a los artesanos a experimentar con nuevas técnicas y nuevos procesos y, por tanto, había que mantenerles libres de restricciones y regulaciones arbitrarias. Además, el conocimiento en las artes mecánicas —sobre procesos técnicos, materias primas, instrumentos, inventos, etc.— debía estar a disposición del público, en lugar de mantenerse como secreto de oficio de las corporaciones o los maestros. De esta forma, aunque Diderot no trataba la cuestión de las corporaciones en su artículo «Art», todo su análisis implicaba que no debían permitirse.

²² *Ibid.*, pág. 714.

Ninguna otra figura del siglo XVIII analizó las artes mecánicas con la profundidad, la visión, la amplitud o el rigor de Diderot. Sus ideas concretas sobre las artes mecánicas, aunque profundamente influyentes en el pensamiento ilustrado, no inspiraron directamente los ataques a las corporaciones. Por el contrario, los ataques de los filósofos a las corporaciones procedieron de otra fuente —los economistas, cuyo principal interés, en Francia, estuvo en la agricultura más que en la industria o las artes mecánicas²³. Pero las ideas de los economistas sobre las artes mecánicas y las corporaciones estaban en el fondo de acuerdo con las de Diderot. Como Diderot, concebían la producción como manipulación de productos de la naturaleza según leyes naturales. Como Diderot, deseaban reformar las instituciones humanas para ponerlas en mejor armonía con las leyes de la naturaleza. Y como Diderot, creían que era necesaria una liberación de la inventiva y la empresa humana de las leyes y las restricciones arbitrarias. La doctrina central de los economistas era que la producción y el intercambio estaban gobernados por leyes naturales y que la riqueza de la nación se optimizaría si todo el mundo fuera libre para producir, comprar y vender lo que deseara a precios determinados solamente por la acción libre del mercado. Los exponentes más celebrados de esas doctrinas en Francia eran los fisiócratas. Los fisiócratas creían que sólo la agricultura era productora de riqueza, y la controversia económica más importante en la que participaron se refería al comercio libre de grano. Pero ideas similares se aplicaban también a la industria y a las artes mecánicas, y las conclusiones eran siempre las mismas: las corporaciones restringían el funcionamiento libre del mercado y, por tanto, debían ser abolidas²⁴.

LAS CORPORACIONES ATACADAS Y DEFENDIDAS

Fueron los fisiócratas quienes lanzaron el desafío más importante a las corporaciones de oficio. Turgot, nombrado *contrôleur général* por Luis XVI en 1774, era un representante destacado de las ideas fisiocráticas y había escrito también varios artículos para la *Encyclopédie* de Diderot. Que hubiera podido elegirse a un hombre así para en-

²³ Sobre los fisiócratas, *vid.* Weulersse, Georges, *Le Mouvement physiocratique en France (de 1756 à 1770)*, 2 vols., París, 1910, y Fox-Genovese, Elizabeth, *The Origins of Physiocracy: Economic Revolution and Social Order in Eighteenth-Century France*, Ithaca, Nueva York, 1976.

²⁴ *Vid.*, v. gr., Clicquot de Blervache, Simon, *Mémoire sur les corps de métiers*, La Haya, 1758.

cabezar el gobierno del rey demuestra cuán en serio se tomaban las ideas de los filósofos en los círculos del poder²⁵. La política de Turgot fue genuinamente radical. Estableció toda una serie de reformas que pretendían quebrar las restricciones a la economía nacional, incluida la libertad de comercio de grano, diversas reformas de impuestos, la abolición de la *corvée* (servicio en trabajo obligatorio para la construcción y mantenimiento de caminos), y supresión de las corporaciones de oficio. Esas reformas fueron adoptadas todas ellas con resistencia —de los enemigos de Turgot en la corte, del *Parlement* de París, tribunal supremo de la monarquía, que protestó al rey en lugar de registrar simplemente los edictos de reforma y, en el caso del edicto que liberaba el comercio del grano, de los campesinos y los habitantes de las ciudades, que organizaron una serie de revueltas del grano cuando los precios subieron por encima del nivel acostumbrado²⁶. En el verano de 1776 el rey había destituido a Turgot, y todos sus proyectos de reforma habían sido revocados. Debido a que atacaban los privilegios de las corporaciones y la nobleza, las reformas de Turgot se veían como ataques a la misma constitución de la monarquía francesa. No podían sostenerse, al menos en el clima político de 1776.

El edicto de Turgot suprimiendo las corporaciones sintetiza claramente los agravios que la opinión ilustrada tenía contra las corporaciones —y al hacerlo, enuncia muchos de los argumentos que se encuentran tras su supresión final en la Revolución Francesa. El objetivo de los edictos de Turgot era asegurar «para el comercio y la industria la libertad total y la plena competencia que deberían disfrutar»²⁷. En el prólogo al edicto, Turgot detalló la multitud de formas en que las corporaciones de oficio negaban esa libertad: restringiendo la práctica de un oficio a aquellos que habían alcanzado la maestría, limitando el acceso a la maestría por medio de largos aprendizajes, obras maestras y cuotas de entrada inalcanzables para todos salvo para los hijos de los maestros, excluyendo los productos fabricados

²⁵ Vid. nota 4.

²⁶ Sobre las revueltas del grano, vid. Rudé, George, «La Taxation populaire de mai 1775 à Paris et dans la région parisienne», en *Annales historiques de la Révolution française*, 143 (abril-junio de 1956), págs. 139-79; «La Taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie et dans le Beauvaisis», en *Annales historiques de la Révolution française*, 165 (julio-septiembre de 1961), págs. 305-26, y *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York, 1964, págs. 19-32 (versión española: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra. 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1975).

²⁷ Isambert, F. A., Jourdan, A. J. L. y Decrusy (coords.), *Recueil général des anciennes lois françaises depuis l'an 420 jusqu'à la Révolution de 1789*, 29 vols., París, 1822-33, 23: 379.

fuera de la ciudad, limitando arbitrariamente las técnicas que debían utilizarse en la fabricación, sometiendo a los maestros a gastos frívolos en ceremonias, banquetes, reuniones y procesos, limitando a los empresarios la elección de trabajadores. Los resultados de esas restricciones a la libertad de comercio e industria eran nefastas: precios más elevados para los consumidores, indigencia para quienes eran privados del derecho natural a vivir de su trabajo, y un retraso en el progreso de las artes en razón de las dificultades colocadas en el camino de los innovadores²⁸.

Por todas esas razones, el edicto declaraba:

Habrà libertad para todas las personas, de cualquier calidad y condición... para abrazar y ejercer en todo nuestro reino... toda especie de comercio y toda profesión de artes y oficios que deseen...; a efecto... extinguimos y suprimimos todos los *corps et communautés* de comerciantes y artesanos, así como *maîtrises* y *jurandes*, abrogamos todos los privilegios, estatutos y regulaciones dados a los dichos cuerpos y comunidades, de forma que ninguno de nuestros súbditos pueda verse turbado en el ejercicio de su comercio o profesión, por causa alguna o por cualquier pretexto²⁹.

La supresión de las corporaciones anunciada en este edicto era completa y radical. No sólo se abolían todos los derechos, privilegios y estatutos de las corporaciones, sino que desde entonces a las personas que ejercían el mismo oficio se les prohibía reunirse o asociarse con cualquier propósito.

Prohibimos también a todos los maestros, oficiales, trabajadores y aprendices de los dichos *corps et communautés*, formar cualquier asociación o asamblea entre ellos, bajo cualquier pretexto; en consecuencia... extinguimos y suprimimos todas las cofradías que pudieran estar establecidas, bien por los maestros de los *corps et communautés* o por los oficiales y trabajadores de las artes y oficios³⁰.

Desde entonces, a cualquier persona que deseara ejercer una determinada profesión se le requería simplemente que declarara su intención a la policía local y firmara un documento indicando su nombre, residencia y la naturaleza de la profesión que deseaba ejercer.

Antes que el edicto pudiera convertirse en ley tenía que presentarse ante el *Parlement* de París para ser registrado. El *Parlement* —el

²⁸ *Ibid.*, págs. 371-6.

²⁹ *Ibid.*, pág. 380.

³⁰ *Ibid.*, pág. 382.

tribunal supremo del reino, compuesto por magistrados de la nobleza— objetó al edicto en los términos más duros y trasladó una protesta hiriente al rey antes de someterse a su voluntad y registrar el edicto como ley válida del reino. La defensa del *Parlement* es interesante por dos razones. Primero, era una afirmación particularmente lógica de la justificación tradicional de las corporaciones, una afirmación que vinculaba firmemente las corporaciones a todo el orden monárquico corporativo. Pero segundo, aunque el *Parlement* contradecía a Turgot casi en cada punto, su defensa del orden tradicional se expresaba en buena medida en la terminología de la Ilustración. El choque entre Turgot y el *Parlement* oponía así un Filósofo radical que deseaba destruir el orden corporativo —pero que actuaba a favor del rey— a unos defensores declarados de la monarquía tradicional que se oponían a la voluntad del rey en un lenguaje adornado con términos ilustrados. Nada podía ejemplificar mejor la compleja crisis política e intelectual de la monarquía francesa en los últimos años del Antiguo Régimen o servir como mejor introducción a los temas centrales de la Revolución.³¹

Un término ilustrado clave que utilizaba el *Parlement* era «libertad». Se estaba de acuerdo con Turgot en que la libertad es «la vida y el primer impulso del comercio»³², pero inmediatamente se desafiaba su definición. La libertad, se protestaba,

no debe entenderse como la libertad ilimitada que no conoce otra ley que el capricho y no admite otras reglas que las que hace ella misma. Esta clase de libertad no es otra cosa que una verdadera independencia que pronto se transformará en libertinaje, abriendo la puerta a todo tipo de abusos. La libertad, fuente de riqueza, se convertiría entonces en fuente de destrucción, causa de desorden, ocasión de fraude y pillaje, y el resultado inevitable sería la aniquilación total de las artes y de los artesanos, de la confianza y el comercio...³³

En un estado bien ordenado, no hay libertad, no puede haber otra libertad que la que existe bajo la autoridad de la ley. Los saludables trabajos que impone no son en absoluto un obstáculo al uso que puede hacerse de ella; son una disposición contra todos los abusos que la independencia trae consigo.³⁴

³¹ Para un excelente análisis de la crisis política e intelectual de la monarquía, *vid.* Baker, Keith Michael, «French Political Thought at the Accession of Louis XVI», en *Journal of Modern History*, 50 (junio de 1978), págs. 279-303.

³² Flammermont, Jules (ed.), *Remonstrances du Parlement de Paris au XVIII^e siècle*, 3 vols., París, 1888-98, 3: 344.

³³ *Ibid.*, págs. 344-5.

³⁴ *Ibid.*, pág. 345.

Era una reafirmación de las concepciones tradicionales del Antiguo Régimen que entendían la libertad no como un derecho abstracto y absoluto, sino como algo dependiente del mantenimiento del orden y sujeto a limitaciones impuestas por la autoridad legítima³⁵. Aunque el *Parlement* se adjudicaba el papel de defensor de la libertad pública, sus argumentos contra Turgot se basaban en una concepción fundamentalmente diferente de la naturaleza de las cosas. El *Parlement* adoptaba la idea cristiana tradicional de que el mundo humano es un escenario de pecado y desorden. Sin la disciplina impuesta por una regulación legal detallada y una continua vigilancia, los seres humanos caerían pronto presa de sus pasiones y la sociedad se vería envuelta en un desorden criminal. Y si esto era cierto de los humanos en general, lo era mucho más de la clase inferior de los seres humanos que se dedicaba a las artes mecánicas, «estos seres nacidos al desorden de las sociedades, cuyas pasiones, menos domeñadas por la educación, se unen a la energía bruta de la naturaleza que adquieren en medio de la licencia de las ciudades»³⁶. La abolición de las corporaciones y sus regulaciones no liberaría, como creía Turgot, un orden natural inherente a la sociedad humana y hasta entonces reprimido por costumbres y leyes equivocadas; por el contrario, liberaría pasiones ingobernadas capaces de destruir todo el orden social.

Lejos de mejorar las artes, el libertinaje desencadenado por el decreto de Turgot provocaría su degradación y causaría así una «subversión total de todas las áreas del comercio»³⁷. Las «molestias, trabas y prohibiciones» denunciadas por Turgot eran de hecho las fuentes de «la gloria, la salud y la inmensidad del comercio francés». Según el *Parlement*,

Nuestras mercancías se han impuesto siempre en los mercados exteriores... Se buscan en toda Europa por su gusto, su belleza, su figura, su solidez, la corrección de su propósito, la perfección de su ejecución, la calidad de las materias primas... Nuestras artes, llevadas al máximo grado de perfección, enriquecen vuestra capital, de la que todo el mundo ha llegado a ser tributario.³⁸

Pero la «libertad indefinida» introducida por el decreto de Turgot «pronto hará desaparecer esa perfección»³⁹.

³⁵ Para una nueva expresión de esta idea, *vid.* Kaplan, Steven, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, 2 vols., La Haya, 1976, 1: 62-3.

³⁶ Flammermont, *Remonstrances*, 3: 310.

³⁷ *Ibid.*, pág. 354.

³⁸ *Ibid.*, pág. 347.

³⁹ *Ibid.*, pág. 348.

Sin un período de aprendizaje, sin un examen previo, sin necesidad de una obra maestra, el artesano sólo estará determinado en su elección por un interés con frecuencia mal orientado o por una presunción que le hará extraviarse en empresas por encima de su capacidad... al engañarse a sí mismo, engañará a otros⁴⁰.

Sin corporaciones para guiarlos y disciplinarlos, los artesanos no sólo dejarán de estar bien formados en sus artes, dejarán también de ser honestos.

Cada fabricante, cada artista, cada trabajador se verá a sí mismo como un ser aislado, que depende sólo de sí para entregarse a todos los vuelos de una imaginación con frecuencia desordenada. Se destruirá toda subordinación, no habrá ya pesos y medidas, la sed de ganancia dominará todos los talleres, y puesto que la honradez no es siempre el camino más seguro a la fortuna, todo el público, nativos y extranjeros por igual, serán los engañados por métodos secretamente preparados para cegarlos y seducirlos⁴¹.

El oro falso se mezclará con la verdad; el paño no tendrá ni el grosor ni la calidad exigida, sin inspectores que verifiquen y vigilantes que examinen⁴².

En otras palabras, la libertad al estilo de Turgot, convertirá a los hombres en seres aislados y les apartará de las comunidades ordenadas que eran las únicas garantías de la verdadera libertad y moralidad. Como resultado de la supresión de las corporaciones, la disciplina en general, técnica y moral, se destruirá, y el comercio y la industria ahora florecientes en Francia serán reducidos a un estado de indigencia.

Pero como las corporaciones formaban parte de la constitución del reino, los desórdenes que esperaban con su supresión se extenderían más allá de las cuestiones de producción e intercambio. Para empezar, las corporaciones eran un medio de vigilancia y control sobre la población urbana; la corporación disciplinaba y observaba a sus miembros y era, por tanto, un auxiliar importante de las autoridades municipales o reales.

En vano se desearía suplir esos vínculos con una nueva policía... Sólo se mantiene una vigilancia fructífera cuando se manda. ¿Qué será de la autoridad de los maestros cuando sus trabajadores, siempre inde-

pendientes, siempre libres de recoger y marcharse, puedan escapar de sus casas?... ¿Quién los seguirá en los detalles de su vida doméstica, quién responderá de ellos ante la policía?⁴³.

Si se despoja de su autoridad a los maestros, los trabajadores sólo estarán sujetos a la disciplina de la policía real o municipal. Pero sería una tarea más allá de la capacidad de la policía tal como está actualmente constituida. Por tanto, reemplazar a las corporaciones supondría un sistema de policía enteramente nuevo que sería al tiempo costoso, severo e ineficaz. En contraste:

¿Qué autoridad podía ser más suave que la de los *jurandes*? Los trabajadores eran inspeccionados por sus maestros, los maestros por los *jurés* que habían elegido; una correspondencia de intereses los unía entre sí, la armonía reinaba en el interior de la comunidad⁴⁴.

El resultado real de la reforma de Turgot no sería la libertad sino un incremento del despotismo.

Las corporaciones eran no sólo la mejor garantía de la verdadera libertad, estaban además de acuerdo con la naturaleza misma.

La existencia de corporaciones se ha buscado en sus orígenes, cuando debía buscarse en la naturaleza. Del primero al último, qué son los Imperios, qué son las familias; los hombres se unen en todas partes para protegerse, siempre gobernados por los superiores o vigilados por los padres. Estas corporaciones corresponden a la calma general con su calma interior. Es una cadena cuyos vínculos están todos unidos a la primera cadena, la autoridad del trono, y es peligroso quebrarla⁴⁵.

En otras palabras, la jerarquía era la condición natural de la vida humana, y sólo reconociendo este orden jerárquico natural podía mantenerse la calma y la armonía. Además, el mantenimiento del orden entre las *gens de métier* no podía separarse del mantenimiento del orden en el conjunto del estado. Todo el reino estaba constituido por corporaciones, y los reinos —es decir, los imperios— eran ellos mismos el tipo más elevado de corporación. Un ataque al principio que informaba *jurandes* y *maîtrises* era, por tanto, un ataque al mismo principio de la monarquía, y la metáfora de la cadena supone que podía romperse por su eslabón más débil.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 315.

⁴¹ *Ibid.*, págs. 356-7.

⁴² *Ibid.*, pág. 312.

⁴³ *Ibid.*, págs. 309-10.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 310.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 309.

Vuestros súbditos, *Sire*, están divididos en muchos cuerpos diferentes de la misma forma que hay diferentes estados en el Reino. El clero, la nobleza, los tribunales soberanos, los tribunales inferiores, los cargos vinculados a esos tribunales, las universidades, las academias, las compañías financieras, las compañías comerciales; en cada parte del estado existen cuerpos que pueden mirarse como eslabones de una gran cadena, cuyo principal eslabón está en manos de Vuestra Majestad como cabeza y administrador soberano de todo lo que constituye el cuerpo de la nación.

La misma idea de destruir esta preciosa cadena debería resultar espantosa. Las comunidades de comerciantes y artesanos forman parte de ese inseparable conjunto que contribuye al buen orden de todo el reino⁴⁶.

Por tanto, lo que estaba en cuestión entre Turgot y el *Parlement* no sólo era cómo organizar mejor las artes mecánicas. La cuestión de las corporaciones de oficio no era sino un aspecto de la cuestión fundamental que les oponía: la propia constitución del estado. Para el *Parlement* el estado estaba compuesto de una jerarquía de cuerpos privilegiados corporativos, y el buen orden del estado exigía que se mantuvieran las corporaciones y sus privilegios. Para Turgot, el estado se componía de ciudadanos libres e independientes, y los privilegios corporativos de cualquier clase eran trabas a su derecho natural a la libertad. La brecha era infranqueable.

En 1776 la cuestión se decidió en favor de las ideas tradicionales. Aunque el *Parlement* no tenía otra elección que registrar los edictos del rey, su oposición, junto con las maquinaciones de los enemigos de Turgot en la corte, acabaron pronto con él. Su sucesor abandonó rápidamente los proyectos de reforma de Turgot, y las corporaciones fueron restablecidas. Las corporaciones restauradas, no obstante, no eran las mismas que las abolidas por el edicto de Turgot. La nueva legislación emitida entre 1776 y 1780 redujo las cuotas de entrada, redujo el número de corporaciones, agrupándolas por profesiones similares, permitió a los maestros acumular más de una profesión si obtenían permiso de las autoridades, simplificó la administración corporativa y limitó los procesos entre corporaciones⁴⁷. Fue así un colectivo de corporaciones reformadas el que redactó los *cahiers de doléances* y participó como cuerpo constituyente en las elecciones a los Estados Generales de 1789. Pero las elecciones a los Estados Generales iban a ser el último acto público de las corporaciones. Como todos los otros

⁴⁶ *Ibid.*, págs. 345-6.

⁴⁷ Martin Saint-Léon, *Histoire des corporations*, págs. 585-99.

cuerpos privilegiados de la monarquía, fueron aniquilados por la revolución que siguió.

1789: EL ASALTO AL PRIVILEGIO

En 1786 el público francés supo que el estado estaba en peligro de quiebra inminente. Esa crisis fiscal provocó una crisis constitucional de primer orden e inmediatamente puso en primer plano la cuestión del privilegio⁴⁸. La quiebra no podía evitarse sin reformas financieras drásticas, y cualquier reforma sensata debía implicar necesariamente una anulación de los privilegios del clero y la nobleza —primer y segundo estados, como se les llamaba— tradicionalmente exentos de pagar impuestos. Bloqueado en sus esfuerzos por restablecer impuestos de forma unilateral a los tres estados por igual, el gobierno real tuvo que convocar finalmente los Estados Generales, los únicos, según la venerable doctrina constitucional, con poder para autorizar nuevos impuestos. Los Estados tenían también derecho a pedir reparación de quejas antes de votar nuevos impuestos. Este recurso a la constitución tradicional marcó una desviación radical de las prácticas recientes de la monarquía francesa. Los Estados no habían sido convocados desde 1614, y en el ínterin la corona había impuesto todo tipo de nuevos impuestos mediante decreto regio —con toda clase de pretextos—. La convocatoria de los Estados suponía que el absolutismo real había alcanzado su límite y la corona tendría que compartir desde entonces el poder en cierta medida con los representantes de la nación.

La relación de los Estados Generales con el pueblo y la corona era insegura y se discutió con calor en 1788 y 1789. El gobierno representativo tenía un importante papel en la teoría política de la Ilustración, y la convocatoria de los Estados se interpretaba en general como un reconocimiento del derecho natural del pueblo a participar en la formación de las leyes. Sin embargo, los Estados Generales tenían su origen en una concepción puramente corporativa de la repre-

⁴⁸ Vid. Egret, Jean, *La Pré-révolution française, 1787-1788*, París, 1962. La exposición clásica de la primera fase de la Revolución Francesa es Lefebvre, Georges, *1789*, París, 1939 (versión española: *1789. Revolución francesa*, Barcelona, Laia, 1973). Vid. también Lefebvre, Georges, *The French Revolution*, 2 vols., Nueva York, 1964-5; Furet, F. y Richet, D., *La Révolution française*, 2 vols., París, 1965; Soboul, Albert, *Précis d'histoire de la Révolution française*, París, 1963 (versión española: *Compendio de historia de la revolución francesa*, Madrid, Tecnos, 1975); Vovelle, Michel, *La chute de la monarchie, 1787-1792*, París, 1972; Sydenham, M. J., *The French Revolution*, Nueva York, 1965.

sentación; se componían de tres asambleas, que representaba cada una a uno de los estados u órdenes del reino, y de acuerdo a procedimientos tradicionales cada orden tenía un número igual de representantes que deliberaban y votaban como tres cuerpos separados. Estas interpretaciones contrapuestas llegaron a un punto decisivo en un debate sobre la composición y los métodos de los Estados. El grupo conservador insistía en una adhesión estricta al precedente, los «patriotas», en el «doble del Tercero» —es decir, dar al Tercer Estado el doble de representantes que a cada uno de los órdenes privilegiados— y el voto por cabeza en lugar de por orden, de modo que el Tercer Estado ampliado no se viera superado en votos de forma automática por el Primer y Segundo Estados. Los patriotas, en otras palabras, deseaban convertir los Estados Generales en una sola asamblea que representara a toda la población del reino —y dar la mayoría de los representantes al Tercer Estado.

La convocatoria de los Estados Generales dio origen a enfebrecidas discusiones políticas y a un diluvio de panfletos de todas clases. Con mucho, el panfleto más influyente fue *¿Qué es el Tercer Estado?* del abate Sieyès⁴⁹. Sieyès era un canónigo de la catedral de Chartres y, por tanto, miembro el Primer Estado. Su panfleto, sin embargo, era un ataque inequívoco al privilegio. Su efecto fue al punto electrizante y formativo. Centró la atención pública en el problema del privilegio, y al mismo tiempo proporcionó a los diputados del Tercer Estado un programa revolucionario concreto, que siguieron casi al pie de la letra en el verano de 1789. *¿Qué es el Tercer Estado?* es no sólo la mejor exposición de la posición política del partido patriota en los primeros meses de la Revolución, sino de los supuestos filosóficos que subyacen a sus acciones políticas. Y aunque no dijera nada sobre el problema de las corporaciones, tanto su exaltación del trabajo útil como su resuelto ataque al privilegio anunciaban las posteriores acciones de la Asamblea Nacional contra las corporaciones.

El panfleto de Sieyès empezaba con tres preguntas y respuestas que resumían su argumentación.

1.^o ¿Qué es el Tercer Estado? *Todo*.

2.^o ¿Qué ha sido hasta ahora en el orden político? *Nada*.

3.^o ¿Qué pide? *Ser algo*⁵⁰.

El Tercer Estado era todo en el sentido de que era «una nación completa», sin necesidad de los dos primeros estados. «¿Qué necesita

⁴⁹ Una excelente edición crítica reciente es Sieyès, Emmanuel, *Qu'est-ce que le Tiers État?*, introducción y notas de Zapperi, Roberto, Ginebra, 1970.

⁵⁰ Sieyès, *Qu'est-ce que le Tiers État?*, pág. 119.

una nación para sobrevivir y prosperar?», pregunta Sieyès. «Trabajos [travaux] privados y servicios públicos». Y ambos son —o deben ser— realizados por el Tercer Estado.

Los trabajos privados pueden comprenderse todos dentro de cuatro clases:

1.^o Puesto que la tierra y el agua suministran las materias básicas de las necesidades humanas, el primer grupo, en orden lógico, incluye a todas las familias relacionadas con el trabajo de la tierra.

2.^o Entre la venta inicial de materias y su consumo o uso, una nueva mano de obra [*main d'oeuvre*], más o menos numerosa, añade a estas materias un segundo valor más o menos compuesto. De esta manera la industria humana consigue mejorar los dones de la naturaleza y el valor de la materia prima puede multiplicarse por dos, por diez o por cien. Tales son los trabajos de la segunda clase.

3.^o Entre la producción y el consumo, como también entre las diversas fases de la producción, intervienen diversos agentes intermedios, tan útiles para los productores como para los consumidores; son los mercaderes y los tenderos... Este tipo de utilidad caracteriza a la tercera clase.

4.^o Junto a esas tres clases de ciudadanos útiles e industriosos que tratan con objetos aptos para consumirse o usarse, la sociedad requiere también un vasto número de trabajos y servicios particulares *directamente* útiles o agradables para la *persona*. Esta cuarta clase va de las profesiones liberales y científicas más distinguidas a los menos estimados de los servicios domésticos⁵¹.

«Tales son», sostiene Sieyès, «los trabajos que soportan la sociedad». Y todos ellos los realizaba el Tercer Estado.

En cuanto a los servicios públicos, que Sieyès dividía en ejército, justicia, iglesia y administración, «diecinueve veinteavas» partes las realizaba también el Tercer Estado. Pero en los servicios públicos «los puestos lucrativos y de honor están cubiertos por miembros del orden privilegiado»⁵². Ello no se debía a que fueran más capaces, sino a que habían conseguido excluir a los miembros del Tercer Estado —«un delito social... un verdadero acto de guerra contra el Tercer Estado»⁵³. Sus consecuencias eran indudablemente perjudiciales. No era sólo injusto para el Tercer Estado, sino que daba lugar a servicios públicos mal realizados.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 121.

⁵² *Ibid.*, pág. 122.

⁵³ *Ibid.*

¿Comprendemos las consecuencias del monopolio? ¿No desanima a quienes excluye, no destruye las habilidades de aquellos a quienes favorece? ¿No sabemos que cualquier trabajo del que se elimina la libre competencia se realiza peor y de forma más cara?⁵⁴

Por tanto, concluye, si no fuera por los órdenes privilegiados,

los puestos superiores se cubrirían infinitamente mejor... Serían el orgullo natural y la recompensa de la capacidad y el servicio reconocidos... Si los privilegiados han conseguido usurpar todos los puestos bien pagados y de honor, ello es una odiosa injusticia para la gran generalidad de los ciudadanos y un acto de traición para el estado⁵⁵.

En resumen, todas las actividades productivas que sostenían la sociedad las realizaba ya el Tercer Estado, y los pocos servicios públicos que no realizaba se ejecutarían infinitamente mejor si lo hiciera. De ello se deduce que el Tercer Estado lo es «todo», «una nación completa».

¿Quién se atrevería a decir que el Tercer Estado no incluye todo lo necesario para la formación de una nación completa? Es como un hombre fuerte y robusto con un brazo todavía encadenado. Si se prescindiera de la clase privilegiada, la nación no sería algo menos, sino algo más de lo que es. Por tanto, ¿qué es el Tercer Estado? Todo, pero un todo trabado y oprimido. ¿Qué sería sin las clases privilegiadas? Todo —pero un todo libre y floreciente—. Nada puede funcionar sin el Tercer Estado, todo funcionaría infinitamente mejor sin los otros estados⁵⁶.

Así, en la misma sección primera de su panfleto, Sieyès alcanzaba una conclusión sumamente radical. Pero no menos interesante que su conclusión radical son las premisas implícitas en que se basaba. En los párrafos iniciales de *¿Qué es el Tercer Estado?* Sieyès presentaba una definición alternativa completa del orden político en el cual los privilegios no tenían sitio. El análisis de Sieyès de las diversas categorías de actividad privada y servicio público manifiestan claramente, sin decir expresamente, que una nación no debía concebirse como una comunidad jerárquica vinculada por la reverencia y sujeción común al rey ni a las leyes del rey ni a la antigua constitución del reino. Por el contrario, la nación estaba constituida por el trabajo útil —público o

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 123.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 124.

privado— y por los ciudadanos que realizaban ese trabajo. Y en esa concepción de la nación como una colección de productores atareados, Sieyès empezaba —como Diderot en su análisis de las artes— con la naturaleza. Para Sieyès, la actividad esencial de la nación era la transformación de sustancias naturales en bienes útiles. Si la nobleza era perjudicial para la nación, se debía a que no tomaba parte de este trabajo cooperativo sobre la naturaleza. Como Sieyès señalaba, la nobleza «es extraña a la nación en razón de su ociosidad»⁵⁷.

Sieyès transmitía esa definición implícita de la nación al elaborar sus cuatro categorías de actividades privadas. Al presentar esa división de los ciudadanos al inicio de su panfleto, Sieyès establecía simultáneamente la producción como actividad central de la nación y sustituía la división tradicional de la nación en tres órdenes dispuestos jerárquicamente por una nueva distinción en cuatro clases funcionalmente distintas, pero iguales. Sieyès utilizaba el término «clases» en lugar de «órdenes» o «estados» para evitar precisamente cualquier connotación de jerarquía. «Clase», en época de Sieyès, era un término totalmente neutro, con connotaciones de desapasionada precisión científica más que de nobleza y bajeza o dominación y subordinación; significaba simplemente «grupo». Sin embargo, la clasificación de Sieyès, como el esquema tradicional de los tres estados, empezaba con la fuente última del orden e iba hacia fuera a las actividades más distantes de esa fuente. El espíritu era la fuente del orden en el esquema tradicional: por tanto, el clero, que se dedicaba a asuntos puramente espirituales, era el Primer Estado; la nobleza, que defendía magnánimamente el reino y servía al rey con su consejo y como magistrados, era el Segundo Estado, y la gente común, que trabajaba con sus manos para obtener una ganancia material, era el Tercer Estado. Al descender por los órdenes, se pasaba de los intereses más espirituales a los más materiales. En el esquema de Sieyès la fuente del orden no era el espíritu sino la naturaleza, y las clases de ciudadanos se disponían hacia fuera, desde los productos de la naturaleza a los servicios personales. Cuando se pasa de la agricultura —la primera clase— a la industria, el comercio y finalmente los servicios, el esquema se aleja progresivamente de la naturaleza: del cultivo directo de los productos de la naturaleza, la transformación de esos productos mediante el trabajo humano, el intercambio de los bienes producidos mediante el trabajo, a los servicios, que no implican productos físicos. Pero las clases de Sieyès, aunque cada vez más alejadas de la fuente primera del orden, no diferían en dignidad. Ello lo explicaba en la última frase

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 125.

del párrafo: la cuarta y última clase «va de las profesiones liberales y científicas más distinguidas a los servicios domésticos menos estimados». Había realmente diferencias en la dignidad de las diversas ocupaciones, pero esas diferencias no se relacionaban con la división de la población en clases funcionales. Además, Sieyès expresaba claramente que todo trabajo útil, distinguido o servil, era una contribución al bienestar de la nación. Sólo la *ociosidad* debía desprenderse.

De esta forma, al inicio mismo del panfleto, Sieyès socavaba tanto el concepto tradicional de nación como la división tradicional de la nación en tres estados. Al presentar su propia división de la nación en cuatro clases funcionalmente distintas, basadas en el tipo de trabajo productivo que realizaban y se ordenaban científicamente de acuerdo con su distancia a los productos brutos de la naturaleza, Sieyès demostraba la falsedad de la división existente de la nación en tres estados y cambiaba la definición de la nación de una comunidad espiritual ordenada jerárquicamente unida en la persona del rey a una colección de productores unidos por su trabajo común sobre la naturaleza.

Sieyès consolidó este cambio radical de los términos del discurso político en su análisis del servicio público, el área de la vida nacional donde los órdenes privilegiados habían pretendido siempre realizar sus servicios característicos a la nación. Según las ideas tradicionales, los niveles superiores del servicio público eran la esfera por excelencia de la nobleza, cuya función especial en vida era servir al rey y proteger al pueblo y cuyo desdén por los bajos intereses materiales la hacía particularmente apropiada para la dirección de las cuestiones públicas. Sieyès atacó esta concepción tradicional pero, una vez más, no mediante un asalto frontal directo. En su lugar, expresaba todo el análisis del servicio público en términos que contradecían la concepción tradicional, sustituyéndola por una nueva. Implícitamente, Sieyès negaba que el servicio público fuera de naturaleza diferente a la actividad productiva privada, empleando términos que normalmente se aplicaban a la producción privada. Reservar los puestos superiores del servicio público a los nobles, nos dice Sieyès, es un caso de monopolio, no diferente en su naturaleza del monopolio en la producción de zapatos o la venta de grano. Puesto que el resultado es siempre el mismo —trabajo malo y precios elevados—, el servicio público no se realizará bien a menos que esté abierto a la libre competencia. Al argumentar que el servicio público debe estar gobernado por las mismas leyes naturales que gobiernan todas las otras formas de actividad pro-

ductiva, Sieyès, en efecto, rebajaba el servicio público de la condición de categoría especial y extraordinaria a un subtipo de su cuarta clase de actividad productiva, los servicios. Y al hacerlo eliminaba el último argumento de los nobles de su utilidad a la nación. En el discurso de Sieyès, su búsqueda de los altos cargos se convertía no en un servicio magnánimo sino en un delito social.

La nobleza era, por tanto, «una carga para la nación» y «sólo» podía «debilitarla y herirla». Pero Sieyès iba más allá en su condena de la nobleza y declaraba que «la nobleza no forma parte de nuestra sociedad»⁵⁸. Esto era, en parte, verdad porque la nobleza no contribuía al trabajo útil de la sociedad. Pero era también verdad en sentido político.

¿Qué es una nación? Un cuerpo de asociados que viven bajo leyes comunes, representados por el mismo cuerpo legislativo, etc.

¿No es evidente que la nobleza posee privilegios y exenciones que se atreve a denominar sus derechos, separados de los derechos del gran cuerpo de ciudadanos? Por esto, no pertenece al orden común, no está sujeta a las leyes comunes. Así, sus derechos privados la convierten en un pueblo aparte de la gran nación⁵⁹.

Aquí Sieyès complementaba su implícita definición original de nación como cuerpo de productores que trabajan juntos la naturaleza con una definición explícita de nación como «cuerpo de asociados que viven bajo leyes comunes». Como el Tercer Estado era al tiempo la comunidad productiva y la comunidad sujeta a leyes comunes, las dos definiciones se correspondían perfectamente. Y para ambas definiciones la nobleza era extraña a la nación. Vivía bajo derechos o leyes (*privilèges*) privados en lugar de vivir bajo las leyes comunes, y eran precisamente estos derechos o privilegios privados los que eximían a la nobleza del trabajo y por ello de trabajar junto a los ciudadanos ordinarios en pro del bien común. Así el carácter extranjero de la nobleza en sentido económico era inseparable de su carácter extranjero en sentido político. Sólo si renunciaban a sus privilegios y aceptaban el derecho común a todos los franceses podían convertirse en ciudadanos útiles y fieles a la nación. Pero puesto que desde largo tiempo habían preferido sus «odiosos privilegios»⁶⁰ a la libertad, una renuncia así sería difícil. «¡Cuán fácil sería progresar sin las clases privilegiadas! ¡Cuán difícil será convertirlos en ciudadanos!»⁶¹. Y has-

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 124.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 126.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 193.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 194.

ta que decidieran renunciar a sus privilegios, el Tercer Estado no tendría otro remedio que mirar a los órdenes privilegiados como extranjeros y enemigos: al insistir en el mantenimiento de sus privilegios, los órdenes privilegiados se hacen «no menos enemigos del orden común de lo que lo son ingleses o franceses en tiempos de guerra»⁶².

Tras redefinir a los órdenes privilegiados como fuera de la ley y enemigos de la nación, Sieyès pasaba a algunas conclusiones prácticas. Según los principios expuestos, el Tercer Estado había sido extremadamente modesto en sus demandas. En lugar de exigir que se le reconociera como la nación entera, había reclamado sólo paridad —es decir, el doble del Tercero y el voto por cabeza en lugar de por orden—. Aunque regañaba al Tercer Estado por la «tímida insuficiencia»⁶³ de esas demandas, argumentaba en favor de ellas, como paso preliminar en la dirección correcta. Aunque respaldaba las reclamaciones del Tercer Estado, continuaba con algunas observaciones en los dos capítulos finales, «Qué debía hacerse» y «Qué queda por hacer». Lo que debía hacerse era no convocar los Estados Generales, sino una «asamblea representativa extraordinaria... sin consideración a la distinción de órdenes sociales»⁶⁴, que legislaría los cambios en la constitución de la nación, una asamblea que, al basarse en principios auténticos, estaría capacitada para tomar decisiones constitucionales vinculantes. Pero puesto que se había convocado ya a los Estados Generales, el Tercer Estado se enfrentaba a un problema diferente. Había de considerar cómo utilizar los Estados Generales sin reconocerles competencia para decidir sobre cuestiones constitucionales —reconocimiento que haría aparecer como legítimas las distinciones entre órdenes. Esto era «lo que queda por hacer», y aquí Sieyès indicaba dos posibles cursos de la acción. Uno sería que el Tercer Estado rechazara constituirse como Tercer Estado de una asamblea ilegítima y que utilizara simplemente sus reuniones como un foro para llamar a la nación a la convocatoria de una asamblea constitucional extraordinaria sin división de órdenes. El otro curso, que Sieyès caracterizaba como más «abrupto»⁶⁵, sería que los diputados del Tercer Estado se reunieran separados del Primer y Segundo Estados, para proclamarse Asamblea Nacional, y procedieran a deliberar y votar sobre los asuntos de toda la nación. Fue este último curso el que adoptaron los diputados del Tercer Estado en el verano de 1789.

No es una exageración decir que *¿Qué es el Tercer Estado?* enun-

⁶² *Ibid.*, pág. 140.

⁶³ *Ibid.*, pág. 144.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 189.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 202.

ció y justificó el programa de la Revolución puesto en marcha por el partido patriota durante el verano de 1789. Se debió en parte a la influencia directa del panfleto y en parte a la influencia personal de Sieyès en la reunión del Tercer Estado, como diputado por París. Al mismo tiempo, cabría argumentar que los acontecimientos siguieron el guión trazado en el panfleto de Sieyès porque éste había comprendido la lógica inherente a la situación con inusual claridad. Pero el panfleto, visto como agente causal o como simple registro de la lógica de los acontecimientos, dibujó la dirección de la primera fase de la Revolución con extraña precisión. Presentaba una visión de la nación como cuerpo de ciudadanos que viven juntos bajo leyes comunes y trabajan juntos para transformar los productos de la naturaleza en bienes útiles. Disolvió la idea de los tres estados como unidades constituyentes de la nación. Y definió a los órdenes privilegiados como enemigos que había que transformar en ciudadanos comunes o expulsarlos de suelo nacional. De esa forma impulsó la Revolución —o quizá registró el impulso de la Revolución— en dirección a un ataque incondicional al privilegio. En primera instancia, significaba un ataque a los privilegios políticos de la nobleza y el clero, a su derecho a constituir órdenes separados en la asamblea representativa de la nación. Pero la lógica del ataque implicaba la destrucción de todos los privilegios, no sólo los de nobleza y clero, sino los de ciudades, provincias, cuerpos de magistrados, compañías privilegiadas y corporaciones de oficio. Pues sólo si se aniquilaban todos los privilegios la nación podría convertirse en un cuerpo de asociados que vivían juntos bajo leyes comunes y trabajaban juntos en armonía productiva en pro del bien común. De esta forma el panfleto de Sieyès, al negar los privilegios políticos de nobleza y clero, desarrollaba la lógica que conducía a la abolición de las corporaciones.

En la noche del 4 de agosto de 1789 se realizó finalmente el programa de Sieyès de aniquilación del privilegio. Para entonces los representantes del Tercer Estado se habían declarado solemnemente Asamblea Nacional y, en unión de algunos de los representantes más avanzados del Primer y Segundo Estados, habían empezado a redactar una nueva constitución para el país. La resistencia del rey a la Asamblea Nacional se quebró con la insurrección de París el 14 de julio —la toma de la Bastilla— y con los levantamientos desencadenados en simpatía por toda Francia. En agosto el principal problema de la Asamblea era restablecer el orden, especialmente en el campo, donde los campesinos se encontraban en revuelta abierta contra sus señores —atacando los *châteaux* locales, quemando los documentos señoria-

les que contenían los registros de sus rentas y obligaciones feudales y negándose a pagar rentas e impuestos⁶⁶. Los acontecimientos de la noche del 4 de agosto, que hicieron caer el telón final sobre el Antiguo Régimen, empezaron como propuesta —de un noble importante— de que los pagos y servicios feudales fueran redimibles por compra, con lo cual se daba validez, pero también se limitaba lo que los campesinos habían conseguido ya por medios violentos.

Sin embargo, esa propuesta fue pronto superada por el conjunto de la Asamblea, cuando desde todas partes se propuso la renuncia al privilegio. Desde el privilegio de los nobles a mantener palomares y conejeras para la caza, la propiedad de los cargos, los diezmos, los tribunales señoriales, los privilegios de ciudades y provincias, la pluralidad de beneficios, a la exención de impuestos del Primer y Segundo Estados, uno tras otro los diversos y abigarrados privilegios del Antiguo Régimen fueron abolidos por el voto de la Asamblea. Ésta decretó también que «Todos los ciudadanos, sin distinción de nacimiento, deben ser admitidos a todos los puestos y honores eclesiásticos, civiles y militares, y ninguna profesión útil supondrá pérdida de honor»⁶⁷. Ahogada en un torrente de emoción generosa, la Asamblea aniquiló los privilegios del Antiguo Régimen entre raptos de entusiasmo y lágrimas de alegría. El logro de la noche del 4 de agosto se expuso de forma más exacta en el artículo que abolía los privilegios de provincias y ciudades:

Siendo más ventajosa para las provincias una constitución nacional que los privilegios que disfrutaban algunas de ellas, cuyo sacrificio resulta necesario para la estrecha unión de todas las regiones del país, se decreta que todos los privilegios especiales... sean abolidos de forma irreversible y queden absorbidos en el derecho común a todos los franceses⁶⁸.

La constitución de Francia no iba a estar compuesta ya de entes corporativos infinitamente diversos y variados —estados, órdenes, comunidades, ciudades, provincias— cada uno con sus propios «privilegios especiales». En la noche del 4 de agosto esos cuerpos y sus privilegios se sacrificaron a la «estrecha unión» de la nación, que se

⁶⁶ El estudio clásico de las revueltas campesinas es Lefebvre, Georges, *La Grande Peur de 1789*, París, 1932.

⁶⁷ Las proclamas decididas en principio el 4 de agosto se debatieron y modificaron en los días inmediatos y se decretaron definitivamente el 11 de agosto. El texto se encuentra en muchos lugares, v. gr., Madival, M. J. y Laurent, M. E. (eds.), *Archives parlementaires de 1787 à 1860*, 1.^a serie (1787-9), 82 vols., París, 1879-1913, 8: 397-8.

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 398.

convirtió, al final, en la nación, tal como la definía Sieyès: un cuerpo de ciudadanos individuales iguales que viven juntos bajo «el derecho común a todos los franceses».

Demolida la estructura constitucional del Antiguo Régimen en la noche del 4 de agosto, la Asamblea Nacional empezó el largo proceso de escribir una nueva constitución basada en los derechos naturales de los ciudadanos individuales y la igualdad ante la ley. El primer paso fue emitir una solemne Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, que aprobó la Asamblea el 26 de agosto tras largos debates. Empezaba declarando que todos los hombres «nacen y permanecen libres e iguales en derechos» y pasaba a enumerar los «derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre», libertad —incluida la libertad de opinión, expresión y prensa—, propiedad, seguridad y resistencia a la opresión. Tras declarar que el «propósito de toda asociación política» era preservar esos derechos, pasaba a esbozar los principios de la nueva constitución. La soberanía quedaba asentada firmemente en la nación, y la ley había de ser la expresión de la voluntad general de la nación. Debía ser la misma para todos, y todos los ciudadanos tenían derecho a participar en su formación, «personalmente o a través de sus representantes». Los ciudadanos deben ser libres para hacer todo lo que no esté prohibido por la ley, y la ley sólo puede prohibir las acciones perjudiciales para la sociedad⁶⁹. La noche del 4 de agosto y la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano dieron fin al Antiguo Régimen e inauguraron el nuevo. Al dar esos pasos, que marcaban una época, la Asamblea Nacional consolidó su dominio sobre los destinos políticos de la nación. Desde luego, había todavía problemas esenciales que enfrentaban al rey y la Asamblea. Pero el año y medio siguiente fue un período de paz social y política relativas, y ello le dio tiempo a la Asamblea para elaborar una nueva constitución. Fue durante la forja de la nueva constitución cuando se abolieron final y definitivamente las corporaciones.

LA ABOLICIÓN DE LAS CORPORACIONES

La cuestión de las corporaciones se había tratado brevemente la noche del 4 de agosto. Un diputado del Beaujolais propuso y obtuvo la aprobación de una moción que estipulaba «la reforma de las leyes relativas a las corporaciones de artes y oficios» que ocasionara su «re-

⁶⁹ El texto de la declaración se encuentra en muchos lugares, v. gr., Lefebvre, *The coming of the French Revolution*.

ducción a condiciones de justicia e interés común»⁷⁰. Esta moción era algo anómala, al reclamar meramente la «reforma» de las corporaciones, mientras todos los demás cuerpos privilegiados quedaban enteramente abolidos, y la reforma de las corporaciones se dejó al decreto definitivo emitido, tras varios días de debates, el 11 de agosto. El porqué de que las corporaciones no figuraran de forma más destacada entre las medidas del 4 al 11 de agosto es algo misterioso aunque resulta fácil saber por qué la Asamblea pudo tener dudas para abolir instituciones cuyo mantenimiento se requería de forma casi universal en los *cahiers de doléances* de las ciudades. En cualquier caso, la Asamblea decidió, en agosto de 1789, diferir la cuestión. Sin embargo, resultaba claro que el mantenimiento de las corporaciones sólo podía ser temporal: la destrucción general del privilegio el 4 de agosto y la proclamación de la libertad como derecho natural en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano sentenciaban los privilegios de las corporaciones no menos que los de nobles, clérigos o provincias.

Durante el período en que se redactó la constitución, la cuestión de las corporaciones se atribuyó a la comisión de contribuciones públicas, encargada de encontrar un nuevo medio de valorar los impuestos que pagaban hasta entonces las corporaciones. El resultado de las deliberaciones de la comisión fue la ley d'Allarde, presentada a la Asamblea y aprobada tras breve consideración en marzo de 1791. D'Allarde, el ponente de la comisión, era discípulo de los fisiócratas y admirador de Turgot. En su presentación a la Asamblea, el establecimiento de un nuevo impuesto se colocaba por delante de la abolición de las corporaciones. La «patente», tal como se denominaba al nuevo impuesto, tenía que ser pagada anualmente por todos los pequeños negociantes y había de fijarse según el valor de la renta del local del negociante. Tras establecer la necesidad del nuevo impuesto de forma un tanto apologética, d'Allarde cambiaba el tono y anunciaba una medida suplementaria, que pensaba resultaría más atractiva para la Asamblea. Puesto que la patente imponería una carga a la industria y al comercio, «vuestra comisión creía que debía vincular la existencia de este impuesto para buena parte de la industria y el comercio, a la supresión de *jurandes* y *maîtrises* que vuestra sabiduría debe llevaros a abolir aunque sólo sea por la razón de que son privilegios exclusivos»⁷¹. La abolición de las corporaciones iniciaría la libertad de comercio, que compensaría con creces la carga impuesta con la

⁷⁰ Madival y Laurent, *Archives parlementaires*, 8: 349.

⁷¹ *Ibid.*, 23: 199.

patente y acarrearía grandes beneficios a productores y consumidores por igual. D'Allarde repasaba rápidamente las quejas contra *jurandes* y *maîtrises*, resumiendo lo esencial del prólogo al decreto de Turgot de 1776, e invocaba explícitamente a éste como autor de su primera abolición: «Por un momento iluminó al rey, y por un momento cesaron estos abusos.» Pero ya que en 1776 «los tiempos no estaban maduros para esas ideas», le había correspondido finalmente a la Asamblea Nacional la tarea de liberar de las corporaciones a la industria y el comercio⁷². De ahí que la ley que establecía la patente incluyera en el artículo 8.º: «A partir del próximo mes de abril, todo ciudadano será libre para dedicarse a cualquier comercio o ejercer cualquier profesión, arte u oficio que desee, tras haber obtenido una patente y pagado su precio, según las tasas establecidas desde ahora»⁷³. Así, el 1 de abril de 1791 las corporaciones dejaron de existir.

La forma en que se abolieron las corporaciones en marzo de 1791 indica hasta qué punto habían llegado las cosas desde el apasionado verano de 1789. No hubo renuncia espectacular a los privilegios de las corporaciones ni hubo ataque espectacular. Por el contrario, la abolición de las corporaciones se había convertido en algo tan poco discutido que se añadió a la ley d'Allarde como una especie de endulzamiento legislativo para contrarrestar el amargo proyecto de nuevos impuestos. Tampoco se dijo una palabra en defensa de las corporaciones en los debates que siguieron. Un legislador denunció el intento de imponer el nuevo impuesto, proponiendo que «si se han de establecer patentes, sea sobre los que no trabajan, sobre los que están ociosos»⁷⁴. Otros cuestionaron o propusieron enmiendas a los artículos que trataban los pormenores de la administración del nuevo impuesto. Pero d'Allarde juzgaba correctamente, la supresión de las corporaciones se deseaba unánimemente. Al final se aceptó la patente con cambios menores y se decretó la abolición de las corporaciones sin divergencias.

No debieron existir protestas públicas de las corporaciones de maestros contra la aprobación de la ley d'Allarde. Es imposible decir si se debió a que los propios maestros se oponían al mantenimiento de los privilegios o a que preveían el desastre. En cualquier caso, se disolvieron pacíficamente. Pero las corporaciones de oficiales no mostraron esa buena disposición. Desde luego, la ley d'Allarde sólo podía abolir las corporaciones que tuvieran existencia legal; no tenía efectos sobre las corporaciones cuya existencia era puramente ilegal. Las hermandades de oficiales —en particular el *compagnonnage* parisiense—

⁷² *Ibid.*

⁷³ *Ibid.*, pág. 202.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 203.

habían estado muy activas en 1790 y 1791. En realidad, cuando las corporaciones de maestros fueron debilitadas y finalmente disueltas y la policía y las autoridades se hicieron menos represivas hacia la efervescencia popular, el *compagnonnage* se encontró en una situación muy favorable. Como consecuencia, hubo diversos intentos de obtener garantías salariales u otras concesiones de los maestros⁷⁵. En mayo de 1791 los *compagnons* carpinteros solicitaron de los maestros carpinteros unirse en la redacción de las ordenanzas que gobernarán su oficio. Cuando los maestros se negaron —y en todo caso en mayo su corporación había dejado de existir— los trabajadores redactaron su propia ordenanza e intentaron imponérsela a los maestros. Esto llevó a los maestros carpinteros a hacer una solicitud a la Asamblea Nacional en junio, advirtiéndole de una «coalición general de 80.000 trabajadores en la capital»⁷⁶. El resultado fue la ley Le Chapelier, que prohibía a los trabajadores formar «coaliciones» bajo pena de multas y cárcel, y completaba la abolición de las corporaciones iniciada con la ley d'Allarde.

Si la abolición de las corporaciones en la ley d'Allarde fue una conclusión inevitable y se trató rutinariamente en la Asamblea, la ley Le Chapelier despertó las emociones más intensas. Es un síntoma de las preocupaciones de la Asamblea que el encargado de elaborarla fuera, no el relativamente oscuro d'Allarde, sino Le Chapelier, uno de los hombres más importantes de la Asamblea Nacional. Miembro de la comisión de la constitución, había presidido la Asamblea en la noche del 4 de agosto y era uno de los autores del famoso juramento del Juego de Pelota del 20 de junio de 1789. Le Chapelier presentó la existencia de la «coalición» de carpinteros como «una infracción de los principios constitucionales que suprimen las corporaciones, una infracción que da origen a un grave peligro para el orden público»⁷⁷. Las iniciativas de los trabajadores, a los ojos de Le Chapelier y a los de la Asamblea, eran intentos de «recrear las corporaciones abolidas»⁷⁸. Incluso las asociaciones formadas con el manifiesto propósito de «obtener ayuda para los trabajadores de la misma profesión que están enfermos o sin trabajo» no deben permitirse porque

tienden a provocar el renacimiento de las corporaciones; exigen reuniones frecuentes de individuos de la misma profesión, el nombra-

⁷⁵ Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 223-41.

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 233.

⁷⁷ Buchez, P. J. B. y Roux, P. C., *Histoire parlementaire de la Révolution française*, 40 vols., París, 1834-38, 10: 193.

⁷⁸ *Ibid.*

miento de síndicos y otros cargos, la constitución de ordenanzas, la exclusión de quienes no se someten a esas ordenanzas. De esa forma renacerán los privilegios, las maestrías, etcétera⁷⁹.

A pesar de las buenas intenciones aparentes que animaban esas asociaciones, planteaban la más seria amenaza al orden público porque desafiaban los principios fundamentales de la constitución.

Sin duda debe permitirse a todos los ciudadanos reunirse, pero no debe permitirse a los ciudadanos de ciertas profesiones reunirse para sus supuestos intereses comunes. No hay ya corporaciones en el estado; no hay ya sino el interés particular de cada individuo y el interés general. No está permitido a nadie inspirar un interés intermedio en los ciudadanos, apartarlos del interés público (*la chose publique*) por un espíritu de corporación⁸⁰.

La abolición de los privilegios, como este pasaje pone de manifiesto, suponía algo más que la destrucción de los muchos y molestos derechos y exenciones particulares mantenidos por las corporaciones —o por alguno de los cuerpos que habían constituido la nación bajo el Antiguo Régimen—. Suponía no sólo la reducción de todos los ciudadanos a una sumisión igual al derecho común a todos los franceses, sino la aniquilación de cualquier sentido de interés común intermedio entre el individuo y la nación. Las lealtades a provincias, estamentos, órdenes, comunidades, corporaciones, tenían que desaparecer ante los intereses de los ciudadanos individuales y la lealtad suprema de cada ciudadano a la nación. Para impedir el resurgir de un «espíritu de corporación» contrarrevolucionario, tenía que negarse incluso la libertad de reunión a quienes pretendían reunirse «para sus supuestos intereses comunes». En una nación de individuos libres, los salarios y las condiciones de trabajo debían contratarse individualmente: «Debemos volver al principio de que los salarios diarios (*la journée*) deben fijarse para cada trabajador mediante acuerdos contraídos libremente (*conventions libres*) entre individuo e individuo; a partir de ahora cada trabajador debe mantener el acuerdo realizado con la persona que lo contrata»⁸¹. Realmente los salarios en una nación libre debían ser superiores a lo que eran en la actualidad, «de forma que quienes los reciban puedan situarse fuera de la dependencia absoluta que produce la privación de los bienes de primera necesidad, y que es casi

⁷⁹ *Ibid.*, pág. 194.

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ *Ibid.*, pág. 195.

condición de la esclavitud»⁸². Pero los incrementos en los salarios no debían buscarse mediante coaliciones que revivan el espíritu de la corporación.

La ley Le Chapelier fue aprobada de forma entusiasta con sólo un estudio sumario. Empezaba: «Constituyendo la aniquilación de todo tipo de corporaciones de ciudadanos del mismo oficio o profesión una de las bases fundamentales de la constitución francesa, queda prohibido restablecerlas de hecho, bajo cualquier pretexto o forma»⁸³. A los ciudadanos del mismo oficio o profesión se les prohibía, por tanto,

cuando se encuentran juntos, nombrar un presidente o un síndico-secretario, mantener archivos, concertar regulaciones sobre sus supuestos intereses comunes... Si, contra los principios de la libertad y la constitución, los ciudadanos vinculados a las mismas profesiones, artes y oficios, hicieran deliberaciones, acuerdos entre ellos tendientes a rechazar de concierto, o a acordar sólo a un precio determinado la ayuda de su industria o sus trabajos, las dichas deliberaciones y acuerdos... son declarados anticonstitucionales y un ataque contra la declaración de derechos del hombre, y de efecto nulo»⁸⁴.

Los ciudadanos culpables de estos delitos tendrían suspendidos sus derechos como ciudadanos durante un año y tendrían que pagar multas rigurosas. Así, la Asamblea Nacional había encontrado que la supresión de los privilegios de las corporaciones en la ley d'Allarde era una garantía insuficiente de la libertad de la industria, tan necesaria en su concepción de una nación libre, y se forzaba explícitamente a prohibir a los ciudadanos de la misma profesión actuar conjuntamente en el interés común de su profesión. Los ciudadanos, desde el punto de vista de la Asamblea, no sólo debían ser liberados de las trabas legales del privilegio corporativo. Habían de ser también obligados a evitar «el espíritu corporativo», para verse forzados a actuar como ciudadanos individuales libres.

La ley Le Chapelier adquirió muy mala reputación entre los partidarios del movimiento obrero en Francia en los siglos XIX y XX. Pues aunque sus penas y prohibiciones formales se aplicaban por igual a patronos y obreros, en la práctica se utilizó casi exclusivamente contra los obreros. En el siglo XIX se convirtió en una de las armas claves de un extenso arsenal legal dirigido contra los obreros y sus «coaliciones». Esta práctica del siglo XIX ha teñido intensamente las inter-

⁸² *Ibid.*

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*, pág. 196.

pretaciones de los historiadores de esa ley. Así, Philippe-Joseph Buchez, un teórico socialista y coautor de la imponente y meticulosa *Histoire parlementaire de la Révolution française*, comentaba la ley como sigue en 1834:

En la sesión del 14 (de junio de 1791), la cuestión de las coaliciones se desarrolló casi sin estudio. Veremos de acuerdo con qué doctrinas singulares se decretó una ley todavía en vigor. Lo que prueba, finalmente, hasta qué punto los verdaderos fundamentos de la revolución quedaban ocultos en esa época a los ojos de los más sinceros patriotas, es que ninguno de ellos intervino en esa ocasión⁸⁵.

Historiadores más recientes, aunque no más favorables a la ley, han visto su aprobación como un resultado no de la ceguera, sino de la astucia intencionada de la burguesía revolucionaria. Así Lefebvre comenta:

El proletariado recibió poca atención excepto en la ley Le Chapelier..., que confirmó la prohibición de las asociaciones de oficiales y las huelgas. La Constituyente negó así a los trabajadores los medios de proteger sus salarios al mismo tiempo que se negaba a regular los precios de las mercancías... Los asalariados... no obtuvieron beneficios de la Revolución⁸⁶.

Y Michel Vovelle concluye: «En el conflicto de dos libertades, la libertad de asociación frente a la libertad de trabajo, el arbitrio de la Asamblea Constituyente provocó que dominara la más favorable a la burguesía... Al final, «*laissez faire, laissez passer*» triunfó»⁸⁷.

Las valoraciones de Lefebvre y Vovelle son ciertamente correctas. La ley Le Chapelier prohibió las huelgas y fue un importante triunfo de los principios del «*laissez faire, laissez passer*». A largo plazo, esos fueron probablemente sus efectos más importantes. Pero esas valoraciones, aunque hacen justicia a los efectos a largo plazo de la ley, no captan los motivos dominantes de su aprobación. No hay duda que el propósito de la ley era represivo. En junio de 1791, Le Chapelier se había convertido en un especialista en legislación para mantener «el respeto debido a la ley»⁸⁸, y la ley del 14 de junio en-

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 193.

⁸⁶ Lefebvre, *The French Revolution*, I: 165-6.

⁸⁷ Vovelle, *Le Chute de la monarchie*, pág. 174.

⁸⁸ Le Chapelier propuso una ley con este propósito a fines de febrero de 1791, una ley que encontró considerable oposición en la asamblea y se aprobó definitivamente tras considerables modificaciones. Madival y Laurent, *Archives parlementaires*, 23: 558-66.

traba estrictamente en ese molde. Pero de juzgar a partir del propio discurso de Le Chapelier y de la escasa discusión que siguió, la intención de la Asamblea no era reprimir el movimiento obrero, sino el «espíritu de corporación» contrarrevolucionario allí donde apareciera. Le Chapelier no reprochaba a los obreros pedir salarios más elevados —en realidad sostuvo frente a cierta oposición que merecían mejores salarios—, sino negar voluntaria y perversamente su dignidad de ciudadanos al intentar reconstruir las corporaciones, contraviniendo el derecho natural y los derechos del hombre y el ciudadano. Si se hubiera visto la ley de Le Chapelier como una forma de proteger al rico contra el pobre o al propietario contra el carente de propiedad, se habría encontrado con una intensa oposición, aunque no necesariamente triunfante, de uno de los que se presentaba como defensores de los pobres —como cuando las intervenciones de Robespierre consiguieron dulcificar la dureza del decreto de la Asamblea de «respeto debido a la ley» en febrero de 1791, o cuando Robespierre y Pétion intervinieron para proteger el derecho de los ciudadanos pobres a presentar peticiones a la Asamblea el 9 de mayo de 1791⁸⁹. La ley Le Chapelier se aprobó sin oposición porque parecía evidente para la Asamblea Nacional que la reconstitución de las corporaciones en cualquier forma era una amenaza esencial a la nación y a su constitución libre. En cuanto a los efectos a largo plazo de la ley Le Chapelier, el propósito de la Asamblea al aprobarla no era proteger los derechos de la propiedad contra las exigencias del trabajo, sino proteger la Revolución contra el «espíritu de corporación» contrarrevolucionario.

De esa forma, sólo en la ley Le Chapelier la importancia de la abolición de las corporaciones se expresó de forma decisiva y total. Pasadas por alto en la noche del 4 de agosto, ilegalizadas en principio por la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, desmanteladas legalmente como complemento al establecimiento de un nuevo impuesto en la ley d'Allarde, las corporaciones se vieron atacadas definitivamente de manera frontal y sin ambigüedades en la ley Le Chapelier. La ley Le Chapelier exponía claramente que la existencia de corporaciones en cualquier forma, con o sin privilegios legales, estaba en profunda contradicción con los principios fundamentales del nuevo estado regenerado. No podía existir ningún cuerpo intermedio entre el individuo —ahora equipado de sus derechos naturales— y la nación —ahora depósito y garantía de los derechos naturales y único terreno para el ejercicio de la voluntad pública. Las corporaciones, al inspirar un interés intermedio, al dar origen a un espíritu corporativo

⁸⁹ *Ibid.*, y 25: 678-87.

que se situaba en medio y pervertía las relaciones entre individuo y nación, eran inherentemente contrarrevolucionarias. Así, cuando la redacción final de la constitución francesa se aprobó en 1791, se empezaba por abolir explícitamente «de forma irrevocable las instituciones que han dañado la libertad y la igualdad de derechos». Y en la lista de honor de la iniquidad, que seguía, las corporaciones se enumeraban codo con codo con la nobleza, la aristocracia, las distinciones hereditarias, las órdenes de caballería, la venta y herencia de cargos públicos, los votos religiosos y los privilegios de provincias y ciudades, como anticonstitucionales y «contrarios a los derechos naturales». Las corporaciones habían sido parte íntegra del Antiguo Régimen. Como tales, eran incompatibles con el nuevo.

5. De *gens de métier* a *sans-culottes*

Las *gens de métier* de París, maestros y oficiales, participaron en la Revolución desde el comienzo. Constituían la mayoría numérica del *peuple menu* (pueblo menudo o populacho) parisiense, y participaron en gran número en todos los grandes movimientos populares de la Revolución. Según las cifras de George Rudé, por ejemplo, trabajadores y maestros en las artes y oficios de París constituyeron entre el 75 al 80 por 100 de quienes tomaron parte en la toma de la Bastilla¹. Continuaron desempeñando un papel central en la revolución de París, participando de forma destacada en las insurrecciones que derribaron la monarquía en 1792 y purgaron de moderados la Convención Legislativa en 1793. Además, fueron los trabajadores y maestros de los oficios de París —zapateros y sastres, cerrajeros y canteros, sombrereros y tipógrafos, joyeros y carreteros, cerveceros y pasteleros— quienes constituyeron la masa del movimiento *sans-culotte* de 1792 a 1794 y dieron al Comité de Salud Pública el respaldo popular necesario para desarrollar su política resuelta y despiadada cuando la Revolución estaba en máximo peligro². La victoria de la Revolución sobre los monarcas coaligados de Europa y sobre las rebeliones internas de los federalistas y la Vendée se debió en buena parte a la energía sin límite y al patriotismo fanático de los *sans-culottes* de París.

El patriotismo de las *gens de métier* no significaba que hubieran abandonado sus corporaciones —al menos no al principio. Durante los dos primeros años de la Revolución, muchos obreros y maestros eminentemente revolucionarios sentían que las lealtades corporativas eran perfectamente compatibles con la nueva ideología revolucionaria y el nuevo estado. Sólo con la aprobación de las leyes d'Allarde y Le

¹ Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, págs. 246-8.

² *Ibid.*, y Soboul, *Les Sans-culottes*.

Chapelier y el ascenso del movimiento *sans-culotte* en 1791 y 1792 maestros y oficiales abandonaron las lealtades corporativas y abrazaron el ideal de «una República una e indivisible» —un ideal que excluía la lealtad a cualquier cuerpo intermedio entre el individuo y la república. Sin embargo, aunque adoptasen una ideología que se oponía a toda forma de corporación, los maestros y oficiales de París no podían escapar enteramente a la influencia de su pasado corporativo. El mundo moral de los *sans-culottes* contenía todavía, aunque en formas revolucionarias, algunos rasgos característicos del ethos corporativo.

CORPORACIONES REVOLUCIONARIAS

La combinación de sentimiento revolucionario y apoyo a las corporaciones puede verse en muchos de los *cahiers de doléances* de las corporaciones. Como se ha señalado, los *cahiers* eran prácticamente unánimes en pedir que se mantuvieran las corporaciones. En ocasiones el apoyo a las corporaciones se unía al apoyo a toda la estructura jerárquica del estado, como en el *cahier* de los fabricantes de porcelana, botelleros, sopladores de vidrio y vidrieros de Ruán, que concluía:

Finalmente, que el pueblo... respete los privilegios vinculados al rango y a las dignidades, que son adorno y seguridad del trono; que no intente limitar la munificencia del trono...; sobre todo, que se pida inmediata y unánimemente a Su Majestad que no sufra ni la más ligera pérdida de soberanía³.

Pero voces de este tipo eran sumamente raras. Mucho más representativo era el *cahier* de los restauradores y pasteleros de Bourges, cuya demanda de mejoras en sus estatutos se combinaba con el habitual conjunto de demandas políticas radicales de la primavera de 1789: doble del Tercer Estado y voto por cabeza, supresión de los privilegios del clero y la nobleza en cuestiones impositivas, conmutación de las obligaciones feudales, abolición del impuesto de la sal y otros impuestos opresivos⁴. Como la mayoría de las *gens de métier* en 1789, estaban a favor de la conservación de las corporaciones, pero también de una reforma radical del estado.

Incluso los *cahiers* más radicales, los que exigían la supresión de toda clase de privilegios, no estaban a favor de la abolición de las cor-

³ Bouloiseau, *Cahiers... de Rouen*, págs. 159-60.

⁴ Gandhilon, *Cahiers... de Bourges*, págs. 534-5.

poraciones. Los comerciantes y fabricantes de medias de Ruán, por ejemplo, escribieron un *cahier* extraordinariamente largo y complejo, que incluía no sólo las típicas exigencias del partido patriota, sino también propuestas de reforma de la justicia, la libertad de prensa, el «derecho natural» a llevar armas, acceso igual a todos los cargos públicos, abolición de las barreras aduaneras internas, unificación de pesos y medidas, etc.⁵. El primer artículo de su *cahier* demostraba sus sentimientos revolucionarios y su hostilidad a los privilegios del clero y la nobleza:

La nación reunida, para poner el gobierno sobre una base inquebrantable, determinará la forma de los Estados Generales que... deben reunirse sin distinción de *orden* y votar por cabeza, porque donde es cuestión de votos, es la sabiduría y la opinión, no el brillo del rango, lo que debe brillar, y porque no es bueno para los cuerpos siempre divididos en intereses, reunirse por separado⁶.

Esta exposición, con su hostilidad hacia los intereses particulares de los cuerpos, parece indicar que las corporaciones de oficio tampoco debían reunirse y deliberar por separado. Esta consecuencia parece estar reforzada por el artículo 28 del *cahier*, que pedía que «todos los privilegios exclusivos se aniquilen en toda Francia»⁷. Sin embargo, los comerciantes y fabricantes de medias de otras partes pedían que las «prerrogativas» de las corporaciones de maestros se mantengan y se transmitan a las viudas y a los hijos de los maestros⁸. No veían que esas «prerrogativas» constituyeran «privilegios exclusivos», ni sentían que sus observaciones sobre los cuerpos de nobleza y clero se aplicaran a las corporaciones de oficio.

La posición de las corporaciones en su visión del estado puede observarse mejor en el prólogo al *cahier*.

En la monarquía francesa, toda corporación es una parte de un pueblo libre y generoso que adora sus leyes, pero que no concibe ningún poder por encima del derecho constitucional del país, sancionado en la asamblea general de la nación. Por tanto, el deseo de cada comunidad debe tener igualmente como objeto el que tienda a hacer feliz al príncipe y a hacer respetar su autoridad suprema, y lo que pueda establecer la nación en sus derechos, que no pueden ser desbancados ni por la anarquía feudal ni por el despotismo ministerial, o el barbarismo de siglos de ignorancia⁹.

⁵ Bouloiseau, *Cahiers... de Rouen*, págs. 85-9.

⁶ *Ibid.*, pág. 85.

⁷ *Ibid.*, pág. 88.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, pág. 85.

Este prólogo está impregnado de ideas políticas revolucionarias. El pueblo que debe sancionar el derecho constitucional del país por medio de una «asamblea general de la nación», es la autoridad última del estado. Sus derechos deben estar garantizados por la constitución, y ni el rey ni los ministros ni los señores feudales están por encima de la ley. Pero el pueblo, tal como lo conciben los comerciantes y fabricantes de medias, no está compuesto de personas individuales aisladas. Las «partes individuales» son las «corporaciones», y es en tanto que *comunidades* como deben desear el bien público. Las *gens de métier*, indica este ejemplo, podían adoptar una postura política apenas diferenciable de la del abate Sieyès y seguir pensando que las corporaciones, y no las personas individuales, eran los componentes de la nación. El lenguaje revolucionario y los sentimientos revolucionarios eran perfectamente compatibles, desde su punto de vista, con una definición corporativa de su propia acción política.

Loa maestros debieron permanecer leales a sus corporaciones hasta que fueron disueltas, aunque el dudoso estatuto legal de las corporaciones entre agosto de 1789 y marzo de 1791 debe haber limitado sus actividades y forzado a replantearse sus ideas políticas. Pero si las corporaciones de maestros quedaron reducidas a una especie de semi-parálisis letárgica en este período, la Revolución debió actuar como estímulo para algunas asociaciones de oficiales. La Revolución, al dismantelar la maquinaria represiva del Antiguo Régimen, debilitar la autoridad de las corporaciones de maestros y forjar una alianza entre la población y la Asamblea Nacional, abrió nuevas posibilidades a los oficiales. El pueblo, como los oradores populares decían, había aniquilado el privilegio y conquistado la libertad, y el mismo gobierno se basaba ahora en la soberanía del pueblo. Aunque las consecuencias precisas de todo ello no estuvieran nada claras, resultaba evidente que el pueblo ordinario podía emprender toda clase de iniciativas impensables bajo el Antiguo Régimen. En esas circunstancias, los oficiales de numerosos oficios experimentaron nuevas formas de organización. Es muy difícil determinar qué alcance tuvieron. De hecho, la misma falta de represión que hizo posible tales experimentos significa también que los archivos judiciales y policiales —normalmente, nuestra mejor fuente de información— permanezcan mudos. Pero a pesar de la escasez de la documentación, hay testimonios de nuevos intentos de organización entre los sastres, los fabricantes de pelucas, zapateros, herreros, carpinteros y tipógrafos de París, en el período entre la toma de la Bastilla y la aprobación de la ley Le Chapelier¹⁰. Parece

¹⁰ Jaffé, Grace M., *Le Mouvement ouvrier à Paris pendant la Révolution française*

probable que se produjeran esfuerzos similares en otros oficios, pero es, por el momento, imposible de establecer. En cualquier caso, algunas de estas asociaciones han dejado documentación que permite vislumbrar algo de las ideas de al menos una minoría activa de oficiales en esos años.

Un documento particularmente curioso —y difícil de interpretar— es una petición presentada a la Asamblea Nacional por los oficiales carpinteros en mayo de 1790. Los solicitantes eran *renards* (zorros) —es decir, *compagnons* de la secta de Salomón— y el propósito de la petición era obtener la supresión de sus rivales, los *compagnons du devoir*, o *Enfants de Père Soubise*. En esta petición, que no fue considerada por la Asamblea, empleaban un lenguaje notablemente revolucionario.

Vuestros gloriosos trabajadores, nuestros señores (*nosseigneurs*), han asegurado la libertad a todos los individuos que tienen la felicidad de componer Francia; sin embargo, no todos son libres. Los suplicantes, que alcanzan gran número en este vasto imperio, son quizá los únicos que no disfrutan este título tan caro a todos los franceses; los *compagnons* carpinteros que se llaman *du devoir*, cometen atroz bandidaje contra los suplicantes, que no pueden trabajar ni en París ni en las grandes ciudades del reino... Los suplicantes solicitan un decreto que abola los absurdos privilegios que los *compagnons* llamados *du devoir*... se arrojan, prohibiéndoles en el futuro perturbar o detener a los suplicantes en los caminos o en sus trabajos... de forma que queden libres en el uno o en el otro de trabajar en cualquier lugar donde encuentren empleo¹¹.

Los *renards* hablaban de Francia como de algo compuesto de «individuos» y ensalzaban a la asamblea nacional por garantizar la libertad a todos los franceses. Denunciaban a los *compagnons du devoir* por robarles su libertad para trabajar donde les placiera y pedían que se abolieran sus privilegios. El uso de este lenguaje indica que habían comprendido algo de las intenciones de la Asamblea Nacional y de su programa legislativo.

Pero si los *renards* habían asimilado el lenguaje de la Asamblea Nacional de individualismo, libertad y hostilidad al privilegio, y lo empleaban correctamente, la petición en su conjunto era profundamente ambigua. Para empezar, la elección de los *renards* de palabras

(1789-1791), París, 1924, págs. 65-73, 101-58; Chauvet, Paul, *Les Ouvriers du livre en France de 1789 à la constitution de la Fédération du livre*, París, 1964, págs. 7-27; Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 224-39.

¹¹ Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 227-9.

de otro origen en la petición indica un dominio muy incompleto del nuevo léxico revolucionario. El empleo de la expresión «nuestros señores» para dirigirse a sus representantes y de «suplicantes» en lugar de «solicitantes» para referirse a sí mismos evocaba las ideas jerárquicas del Antiguo Régimen y era, por tanto, muy desafortunado. De forma similar, la aparente adopción del individualismo y la libertad de trabajo despierta dudas considerables. Una interpretación verosímil de la solicitud es que el uso por los *renards* del lenguaje de la libertad y el individualismo es puramente cínico, un intento algo ingenuo de engañar a la Asamblea Nacional para que aboliera los *compagnons du devoir* dejando intactos a los *renards*. Pero también parece posible que los *renards* estuvieran tanteando una especie de redefinición del *compagnonnage* que dejase las sectas intactas como hermandades solidarias pero que aceptase la contratación libre en los talleres. Eran la más débil de las dos sectas de *compagnons* carpinteros, y esto puede haberles hecho desear sacrificar los principios de los talleres exclusivos para liberarse de su agobio y aumentar sus oportunidades de trabajo. A este respecto, merece destacarse que no pidiesen a la Asamblea Nacional que aboliera a los *compagnons du devoir* como organización, sino que aboliera solamente sus «absurdos privilegios». Quizá los *renards* vieran la destrucción de los talleres exclusivos como un mero paso de una reforma más amplia del *compagnonnage* que lo pondría en armonía con el nuevo orden social y político revolucionario.

Retrospectivamente resulta claro que incluso las versiones modificadas del *compagnonnage* no podían haberse tolerado; el *compagnonnage* en cualquier forma habría sido un cuerpo intermedio entre la nación y el individuo y habría olido a «espíritu e corporación». Pero lo que resulta claro retrospectivamente no lo era seguramente para los oficiales en la primavera de 1790. En 1790 un gobierno que basaba sus exigencias en la soberanía del pueblo era todavía una novedad asombrosa y nadie sabía a qué se parecería finalmente el nuevo orden social y político. Los *renards*, como el resto de la gente, estaban explorando un terreno desconocido, tratando de interpretarlo para aprovecharse del orden revolucionario que emergía, pero todavía nebuloso. Nunca se sabrá con precisión por qué escribieron esta petición los *renards*, o qué esperaban de la Asamblea Nacional, o cómo veían el futuro de su secta. Pero la misma torpeza de su iniciativa testifica elocuentemente la forma —y la deformidad— de su mundo. En los dos años que siguieron a la toma de la Bastilla, los oficiales se enfrentaron a un mundo lleno de un potencial inmenso, pero incipiente. En

esas circunstancias, los *renards* parecen haber tratado más que nada de definir para sí las consecuencias prácticas de la Revolución, de buscar, inseguros pero confiados en el futuro de la victoria popular, nuevas formas de acción y asociación apropiadas al nuevo orden.

Otro grupo que emprendió esta búsqueda de nuevas formas de asociación fueron los oficiales impresores de París. En junio de 1790 habían formado una asociación que adoptó los nombres de *La Société typographique* (la sociedad tipográfica) y *Le Club typographique et philanthropique* (el club tipográfico y filantrópico). Buena parte de lo que se conoce sobre esta sociedad se debe a una copia de sus ordenanzas que de alguna manera llegó al Museo Británico. En ciertos aspectos esta sociedad debió ser una versión secularizada de una cofradía. Recaudaba cuotas de todos los miembros, que distribuía a los miembros de la sociedad enfermos, inválidos y mayores, e incluía entre sus cargos a los «visitantes de los enfermos». Como la mayoría de las hermandades de oficiales, sus funciones se extendían a lo que se denominaba *la police des imprimeries* («el mantenimiento del buen orden en las imprentas» sería quizá la mejor traducción). Se trataba de vigilar la conducta de los oficiales y regular el aprendizaje del oficio. Finalmente, cualquier «dificultad que tuviera relación directa con el bien de nuestro arte» había de tratarse en la asamblea semanal de la sociedad. Entre las decisiones que adoptaba estaban las huelgas, porque sus ordenanzas prohibían a los trabajadores «interrumpir su trabajo todos al mismo tiempo por cualquier razón sin haber sido autorizados por la asamblea». La conclusión evidente es que en ocasiones debían autorizarse esos paros. Las reglas de la sociedad eran precisamente lo que titulaban: «Regulación General para el Cuerpo de Tipógrafos»¹².

Evidentemente, esta sociedad difería poco en sus propósitos de cualquiera de las numerosas hermandades de oficiales del Antiguo Régimen, aunque estos propósitos se afirmaban abierta y explícitamente en el nuevo idioma revolucionario. Esta sociedad puede reconocerse como una hermandad de oficiales restaurada, todavía dentro del molde corporativo. Pero a ojos de los oficiales tipógrafos, la Sociedad Tipográfica no podía haber existido sin la Revolución. Como lo exponen en su «discurso preliminar»:

Liberados de las cadenas del despotismo y de la tiranía de los privilegiados, habéis establecido los cimientos de esta sociedad fraternal que siempre honrará vuestra fraternidad y vuestro conocimiento, y

¹² Este documento se publicó de nuevo en Chauvet, *Les Ouvriers du livre*, páginas 637-44.

mientras aseguráis el libre ejercicio de vuestro arte, procuráis ayuda para vosotros en vuestras enfermedades y vuestra ancianidad...

Veinte veces habéis intentado formar este generoso establecimiento y veinte veces la tiranía ministerial, guiada por quienes tenían el máximo interés en impedirlos la unidad, temerosos de que vuestra unión os iluminara sobre vuestros derechos, os ha prohibido hacerlo y os ha tratado como perturbadores de la paz pública.

Pero hoy vuestros derechos no ofrecen ya duda, nada puede impedir vuestros actos de benevolencia y vuestra asociación¹³.

Los tipógrafos veían su sociedad totalmente en armonía con el nuevo orden revolucionario. Eran, además, revolucionarios en su estructura interna. Como la nación francesa, la sociedad tipográfica tenía una forma de gobierno representativa, con una asamblea legislativa constituida por dos delegados de cada imprenta y cargos elegidos por votación en la asamblea. Finalmente, los mismos títulos de la asociación de impresores eran de tono revolucionario. «*Société*» y «*Club*» denotaban asociaciones voluntarias, a las que se unían individuos independientes, por gusto —como, en un nivel superior, los ciudadanos establecían un contrato entre sí para formar un estado— en lugar de los cuerpos espirituales indisolubles en los que la pertenencia era obligatoria.

Las regulaciones de la sociedad tipográfica no contenían ninguna reaparición inadvertida del lenguaje político del Antiguo Régimen que se encontraba en la solicitud de los carpinteros. Tras imprimir cientos de octavillas y tratados revolucionarios, no resulta sorprendente que los tipógrafos hubieran alcanzado pleno dominio del nuevo lenguaje revolucionario. Pero dada esta perfecta fluidez en el nuevo lenguaje, es interesante que se refirieran coherentemente a su sociedad como el «*corps typographique*» (cuerpo tipográfico), «*notre corps*» (nuestro cuerpo), y el «*corps des ouvriers*» (el cuerpo de los obreros) y a sí mismos como «*confrères*», término sólo traducible como «cofrades», pero que, a diferencia de los simples «*frères*», suponía una «*confrérie*» o cuerpo constituido de hermanos del que los «*confrères*» eran miembros¹⁴. En otras palabras, estos obreros francos y abiertamente revolucionarios, que basaban fielmente su sociedad en los derechos que les aseguraba la Revolución, consideraban su asociación no sólo como «sociedad» —es decir, una asociación construida voluntariamente por ciudadanos individuales—, sino como cuerpo, un cuerpo solidario del que todos eran miembros y que podía actuar en

¹³ *Ibid.*, pág. 637.

¹⁴ *Ibid.*, págs. 643-4.

favor de todos con una voluntad única y vinculante. Para los tipógrafos parisienses —y uno sospecha que para la mayoría del resto de los trabajadores— el nuevo esquema revolucionario era plenamente compatible —y quizá las suponía incluso— con las asociaciones solidarias de trabajadores, unidos por oficio para asegurar colectivamente «el bien de nuestro arte». Que la Asamblea Nacional pudiera haber visto las cosas de forma tan diferente debió resultar un golpe terrible.

Las acciones de esas asociaciones de oficiales provocaron finalmente que la Asamblea Nacional aprobara la ley Le Chapelier. La primavera de 1791 contempló una extensa agitación en favor de salarios más elevados entre los oficiales parisienses de numerosos oficios —carpinteros, herreros, sombrereros, tipógrafos, ebanistas, cerrajeros, zapateros remendones, y quizá otros¹⁵—, pero los carpinteros tomaron la delantera. A fines de abril de 1791 formaron una *Union fraternelle des ouvriers en l'art de charpente* (Unión fraternal de obreros del arte de carpintería), que pretendía representar a todos los oficiales carpinteros de París. Esta Unión fraternal tenía sus reuniones en el mismo local que el club radical de los *Cordeliers*, y se afilió al comité central establecido por el club en mayo de 1791¹⁶. Los oficiales carpinteros debieron sentir una afinidad entre su asociación y las sociedades populares expresamente políticas afiliadas al club de los *Cordeliers*. Desgraciadamente, no se sabe nada sobre la estructura interna de la Unión fraternal. No se sabe, por ejemplo, si los *renards* y los *compagnons du devoir* estaban incluidos en la Unión, aunque parece muy probable que lo estuvieran. Las dos sectas de *compagnons* habían sido desde hacía tiempo las dos asociaciones de oficiales más amplias y poderosas, y ninguna asociación de oficiales carpinteros de toda la ciudad habría tenido muchos miembros sin ellos. Además el título Unión fraternal alude con fuerza a la unión de asociaciones anteriormente separadas. En cualquier caso, la Unión fraternal tenía bastante confianza en su capacidad, al requerir a los maestros carpinteros a que se les unieran para elaborar un solo conjunto de reglas que gobernaran todo el oficio de carpintería en París. Cuando los maestros se negaron, los oficiales establecieron esa regulación por su cuenta y, en el subsiguiente conflicto, debieron lograr una reducción de horas y un incremento en los salarios¹⁷.

Cuando los maestros denunciaron a la Unión fraternal ante el gobierno municipal de París, los oficiales respondieron con el argu-

¹⁵ Jaffé, *Le Mouvement ouvrier*, págs. 123, 154.

¹⁶ Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, pág. 85.

¹⁷ Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 232-6.

mento de que su asociación era un intento de «suavizar la suerte de sus compañeros».

Hemos constituido un fondo de ayuda mutua para las enfermedades tan frecuentes en nuestro oficio... Esta institución nos resulta útil, y no estaría completa a menos que sea capaz de mantener a los miembros que están unidos a ella. Para conseguirlo hemos formado una escuela fraternal donde se muestra todo lo necesario para este arte tan útil a la patria y a los ciudadanos privados¹⁸.

La Unión fraternal tenía características de las asociaciones de oficiales del Antiguo Régimen. Estaban las omnipresentes *charités* —ahora apropiadamente rebautizadas como «ayuda mutua»— y una «escuela fraternal» que era indudablemente una versión adaptada de la enseñanza técnica tradicionalmente seguida en el *compagnonnage*. Sin embargo, a los ojos de los oficiales carpinteros, esta asociación era una institución oportuna y enteramente legal, una unidad legítima de la nueva sociedad creada por la Revolución. Los oficiales carpinteros habían sido difamados por sus maestros, pero confiaban en la legalidad de su asociación.

Tranquilos y protegidos de las acusaciones tiránicas, esperamos de las leyes la dulce satisfacción de ser reconocidos como amigos de la verdad y, convencidos de su protección, vigilarémos con todo el rigor exigido por la sabiduría de su ordenanza no apartarnos nunca de la senda de la virtud¹⁹.

Tampoco los oficiales carpinteros estaban solos en esta confianza de que sus asociaciones estuvieran en perfecta armonía con el nuevo sistema legal revolucionario. Los oficiales herreros de París, denunciados también por sus maestros a la municipalidad, respondían con indignación que estaban «animados por el más puro civismo» y que «no conocían sino los caminos legales y constitucionales»²⁰.

Estas protestas de legalidad revolucionaria son más llamativas porque fueron las mismas denuncias de los maestros carpinteros y de los maestros herreros las que llevaron a la Asamblea Nacional a aprobar la ley Le Chapelier. A juzgar por el caso de carpinteros y herreros, la ley Le Chapelier debe haber marcado una aguda discontinuidad en la Revolución, tal como la veían los oficiales. Hasta junio de 1791, comprendían el nuevo orden revolucionario como un orden que per-

¹⁸ *Ibid.*, págs. 235-36.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 236.

²⁰ *Ibid.*, pág. 234.

mitía, incluso sancionaba, las asociaciones que rehacían las preocupaciones seculares de los oficiales en favor de la ayuda mutua, los salarios, las condiciones de trabajo y la regulación general del oficio dentro de las nuevas formas revolucionarias. Pero con la aprobación de la ley Le Chapelier, las consecuencias de la Revolución para los oficiales adoptaron un giro brusco y difícil. Las asociaciones que los oficiales consideraban debían ser protegidas por la ley eran por el contrario reprimidas con vigor máximo. Desde el punto de vista de los oficiales carpinteros y herreros, la aprobación de la ley Le Chapelier clausuró parte del horizonte revolucionario. Dio al nuevo régimen un perfil más afilado y opresivo.

Las fuentes guardan silencio sobre la reacción de los oficiales a la ley Le Chapelier. Hasta donde puede descubrirse, no hubo protestas abiertas o alteraciones del orden público. Parece seguro que oficiales como los tipógrafos, los carpinteros y los herreros se sintieran heridos por el repudio de la Asamblea Nacional. Pero puesto que no se conoce cuántos oficios parisienses se habían organizado de esa forma, es difícil conjeturar lo extendidos que pudieron estar esos sentimientos. No cabe suponer que las asociaciones de oficiales se desbandaran; al menos resulta igual de probable que se retiraran a las formas prerrevolucionarias habituales, a vivir de nuevo a la media luz de la clandestinidad. Pero casi seguro el silencio de las fuentes corresponde a un descenso real en la importancia y el número de las asociaciones de oficiales. En parte era resultado de la dureza represiva de la nueva ley. Pero al mismo tiempo, la atención de los oficiales se apartó de la vida cotidiana de sus oficios por un brusco giro de la política revolucionaria.

EL ASCENSO DE LOS SANS-CULOTTES

El 20 de junio, menos de una semana después de la aprobación de la ley Le Chapelier, el rey y su familia huyeron de París. Apresados en Varennes, a unos kilómetros de la frontera, el rey fue arrastrado de vuelta a París y suspendido en su cargo. La fuga del rey provocó una crisis política fundamental. La agitación popular creció considerablemente y giró abruptamente hacia el republicanismo. Pero la Asamblea Nacional, manteniendo la ficción de que Luis había sido llevado contra su voluntad, decidió restablecerle como monarca constitucional si aceptaba la constitución. Mientras, la huida del rey incrementó considerablemente la posibilidad de una intervención armada de las monarquías europeas hostiles. Desde el verano de 1791 al de 1794, París es-

tuvo en estado de crisis política casi permanente. La declaración de guerra de la Asamblea en abril de 1792 lanzó definitivamente la fase radical de la Revolución. Pronto la guerra tomó un giro desfavorable a los franceses, y las disputas de facciones en París y en la Asamblea se intensificaron con acusaciones de traición y con el temor ante los ejércitos invasores. El populacho de París, no sin razón, consideraba al rey culpable de traición a la Revolución. El 10 de agosto de 1792, cuando las tropas prusianas y austriacas avanzaban sobre París, llevaron a cabo una segunda revolución, deponiendo al rey, estableciendo un nuevo gobierno municipal y forzando a la Asamblea a convocar una nueva asamblea constituyente, conocida como Convención. El 21 de septiembre de 1792, la Convención se reunió y declaró a Francia como república. A fines de 1792, los ejércitos franceses habían echado a los invasores de suelo francés, y a comienzos del año siguiente Luis XVI fue ejecutado. Pero la crisis de la Revolución estaba lejos de acabar. Durante el año y medio siguiente la guerra continuó sin pausa; amplias revueltas contrarrevolucionarias tenían lugar en la Vendée y Marsella, Lyon y Burdeos, y el populacho de París, en alianza con Robespierre y los jacobinos, intervino repetidamente en los asuntos de la Convención para empujar la Revolución a medidas cada vez más enérgicas y radicales. Fue el período del «reinado del terror», cuando las secciones de París y el Comité de Salud Pública horrorizaron a Europa por su intrépida crueldad y salvaron milagrosamente la Revolución de lo que parecía una derrota segura²¹.

Durante todo este período, maestros y oficiales por igual fueron arrastrados en el movimiento *sans-culotte*. Los *sans-culottes* eran literalmente los «sin calzones», es decir, ciudadanos que vestían los pantalones de la gente común en lugar de los calzones de la aristocracia y los ricos. Los *sans-culottes* fueron los que apoyaron la democracia radical y el terror político; sus actividades revolucionarias en las secciones y en las calles de París derribaron la monarquía y llevaron a Robespierre y al Comité de Salud Pública al poder. Gracias a los estudios clásicos de Albert Soboul y George Rudé, se sabe que el movimiento *sans-culotte* estaba compuesto principalmente en su núcleo de asalariados y pequeños propietarios, con pequeños maestros y oficiales de los oficios de París²². Durante su período de ascendiente, los

²¹ La interpretación clásica de esta fase de la Revolución es Mathiez, Albert, *La Révolution française*, París, 1922. Vid. también Lefebvre, *The French Revolution*; Sydenham, *The French Revolution*; Soboul, *Précis y Les Sans-culottes*, y Rudé, *The Crowd in the French Revolution*.

²² Soboul, *Les Sans-culottes*, especialmente págs. 439-51; Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, *passim*.

sans-culottes elaboraron su propia ideología y su visión de la vida, intentando crear una revolución más democrática y más vital que la revolución legalista de 1789-91. En ese objetivo estaban fundamentalmente de acuerdo con Robespierre, la sociedad jacobina, y la «Montaña» —el ala izquierda de la Convención—. Pero las ideas y aspiraciones de los *sans-culottes* no eran en absoluto idénticas a las de Robespierre o la Montaña. Aunque compartían buena parte del vocabulario y la retórica de la Montaña, lo conformaban a sus propios fines, con sus tonalidades, temas dominantes, expresiones clave, metáforas recurrentes y juicios característicos. El resultado fue una versión específicamente *sans-culotte* de la Revolución que oponía al individualismo de 1789 una fuerte tendencia a la unión fraternal en la «República una e indivisible», y que extraía su fuerza práctica y su justificación teórica de la acción directa y la incansable vigilancia del pueblo. Las ideas de los *sans-culottes* se expresaban rara vez de forma abstracta o sistemática. En su lugar se expresaban en un frenético flujo de acción —en los debates en las secciones y las sociedades populares; en peticiones, discursos y proclamas; y en los ritos de la insurrección y la celebración revolucionaria²³. Sólo en la década de 1950 los restos fragmentarios de esas acciones y expresiones se unieron y analizaron en el trabajo de Albert Soboul que abrió camino. Fueron los libros de Soboul —el magistral *Les Sans-culottes parisiens en l'an II*, publicado por primera vez en 1958, y la colección de documentos publicados por Soboul y Walter Markov en 1957²⁴— los que hicieron accesible con claridad y detalle el mundo de los *sans-culottes*.

Los *sans-culottes* no concebían la república como un estado gobernado por representantes elegidos y encarnada en leyes que hacían esos representantes —la concepción de, digamos, un Condorcet²⁵. Creían más bien en el ejercicio directo continuado de la soberanía popular, con legisladores como *mandataires* (mandatarios o delegados) enviados a la asamblea legislativa con mandatos específicos y sujetos a inmediata retirada o cese por iniciativa popular si traicionaban la voluntad del pueblo. Los *sans-culottes* escenificaron esta continua so-

²³ Sobre las celebraciones revolucionarias, vid. Ozouf, Mona, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, 1976.

²⁴ Markov, Walter, y Soboul, Albert (Eds.), *Die Sansculotten von Paris, Dokumente zur Geschichte der Volksbewegung, 1793-1794*, Berlín, 1957. Los documentos se publican en el original francés y en traducción alemana. Vid. también Soboul, Albert, «Problèmes du travail en l'an II», en *Annales historiques de la Révolution française*, 28 (julio-septiembre de 1956), págs. 236-54.

²⁵ Sobre la concepción de la república de Condorcet, vid. Baker, Condorcet, especialmente págs. 303-16.

beranía del pueblo en las secciones de París. Inicialmente concebidas como asambleas electorales primarias, las 48 secciones de París se declararon en sesión permanente durante la emergencia nacional en julio de 1792, cuando los prusianos avanzaban sobre París. Fueron las secciones las que organizaron y pusieron en marcha la revolución del 10 de agosto de 1792. Desde entonces, durante la larga crisis que siguió, se convirtieron gradualmente en gobiernos independientes de sus respectivos barrios de París.

Las asambleas de las secciones se reunían varias noches a la semana en sesión abierta para decidir sobre los asuntos del barrio y de la república. Las actas de esas asambleas, muchas de las cuales están reproducidas en la colección de Markov y Soboul, revelan una turbulenta y casi obsesiva democracia directa en acción. Se autorizaba a todos los varones adultos que vivían en la sección a participar en las asambleas, y en momentos de crisis el número presente —que podía incluir también a mujeres y visitantes fraternales de las secciones vecinas— podía ser muy grande. Las secciones se interesaban en todos los asuntos que pudieran afectar a la sección o a la república. Mantenían la vigilancia sobre los ciudadanos de la sección, discutían el curso de la guerra y procuraban que los ciudadanos de la sección hicieran las contribuciones necesarias al esfuerzo nacional, seguían la pista de sus «mandatarios» en la Convención, se aseguraban de que las secciones vecinas no se extraviaran de la senda de la virtud, y generalmente hacían todo lo que estaba en su mano para mantener la energía y el ardor de la Revolución. Las discusiones en las secciones frecuentemente se desbordaban en acciones: peticiones a la Convención, manifestaciones callejeras, visitas «fraternales» a otras secciones necesitadas de ánimo o guía en las maneras de la virtud revolucionaria, y, en última instancia, la insurrección²⁶.

La república como la entendían los *sans-culottes* implicaba no sólo el ejercicio directo de la soberanía popular, sino una única voluntad popular unificada. En la célebre expresión de la Convención, la república era «una e indivisible». Fue esta obsesión por la unidad lo que hizo las corporaciones absolutamente impensables. La idea de que los hombres que ejercían el mismo oficio debían tener un especial sentido de comunidad entre ellos y preocuparse por el bienestar de su oficio —se expresa en el lenguaje corporativo del Antiguo Régimen o en el nuevo lenguaje postrevolucionario de socorro y asociación filantrópicos— se oponía directamente al ideal de los *sans-culottes* de la perfecta unidad de todos los ciudadanos. Para los ciudadanos, orga-

²⁶ Soboul, *Les Sans-culottes*, págs. 599-614.

nizarse sobre la base de los oficios particulares sería constituir voluntades parciales que sólo podían entrar en conflicto con la voluntad general y por ello serían contrarrevolucionarias. Por tanto, patronos y obreros abandonaron su lealtad a los oficios particulares dirigiendo su ardor sólo a la república. Ya no eran *gens de métier*, divididas en oficios autónomos y solidarios; eran *sans-culottes*, unidos en la república una e indivisible. Pero es característico de las *gens de métier* que incluso al abandonar las lealtades corporativas, no abandonaran en absoluto su moral colectivista. Como *sans-culottes*, su lealtad colectiva se dirigía a una comunidad moral mucho más amplia que la del oficio. Pero la Revolución no consiguió hacerles individualistas.

La búsqueda de la unanimidad por los *sans-culottes* adoptó varias formas. Una fue una insistencia en que todos los actos políticos debían realizarse en público. La contrarrevolución actuaba mediante la conspiración, pero los verdaderos republicanos hablaban y actuaban constantemente a la vista de sus colegas ciudadanos. Así los *sans-culottes* insistían en que las votaciones en sus secciones y en la Convención misma debían hacerse en alta voz para que el pueblo pudiera distinguir a sus amigos de sus enemigos. En las propias secciones, los *sans-culottes* escogieron el procedimiento de votar «por aclamación» —mediante vítores o aplausos cuando se anunciaban los nombres de los candidatos propuestos—. Este procedimiento ponía de manifiesto inmediatamente la voluntad mayoritaria de todos y convertía las elecciones en una manifestación y una celebración de la unidad popular— y al mismo tiempo intimidaba a los opositores potenciales²⁷. La otra cara de la publicidad era la denuncia. Quienes se oponían a la voluntad del pueblo tenían que ser desenmascarados como traidores. Como decía un *sans-culotte* militante, «la denuncia política, lejos de ser un crimen moral, se ha convertido en una virtud y una obligación... La denuncia es la salvaguardia de la libertad en una república popular»²⁸. Animados a actuar de forma unánime mediante el procedimiento de votación de las secciones e intimidados por el miedo a la denuncia, los *sans-culottes* perseguían el objetivo de la unidad con ferviente perseverancia.

La unidad del pueblo, a los ojos de los *sans-culottes*, implicaba la igualdad. Uno de los principales actos de la forja de un poderoso movimiento *sans-culotte* fue la admisión de «ciudadanos pasivos» a las asambleas de las secciones a fines de julio de 1792. Según la constitu-

²⁷ *Ibid.*, págs. 549-58.

²⁸ *Ibid.*, pág. 559.

ción de 1791, a los ciudadanos que fueran tan pobres que pagaran menos del equivalente de tres días de salario de impuestos se les denominaba «ciudadanos pasivos»; recibían plena protección de la ley pero estaban privados del derecho a votar o a servir en la Guardia Nacional. La admisión de los ciudadanos pasivos en las asambleas de las secciones borraba, por tanto, las distinciones entre ciudadanos sobre la base de la riqueza, creando la plena igualdad política. Pero la eliminación de las distinciones entre ciudadanos activos y pasivos fue sólo la primera manifestación de la apasionada búsqueda de la igualdad por los *sans-culottes*. No era suficiente que no existieran distinciones formales entre los ciudadanos; se requería uniformidad de acción, riqueza, vestido y comportamiento. Uno de los temas más firmes de los *sans-culottes* era la hostilidad hacia los ricos. Un verdadero republicano era inflexible en su devoción hacia la república y sus compañeros ciudadanos. A quienes tenían riquezas mientras compañeros ciudadanos estaban en la miseria se les miraba con sospecha, y la posesión de riquezas solía destacar en las denuncias de los *sans-culottes*²⁹. Pero los *sans-culottes* eran tan hostiles a los signos externos de desigualdad como a la desigualdad de maneras. Así, durante su hegemonía, los ciudadanos que afectaban aires de superioridad eran sospechosos de sentimientos contrarrevolucionarios y podían ser denunciados por hablar «irónicamente» o por tener un talante «soberbio y orgulloso»³⁰. El extremo al que podía llegar esta voluntad de uniformidad entre los *sans-culottes* puede verse en la «definición del moderado» hecha por un supuesto «ángel de la guarda de la libertad y la igualdad de la República una e indivisible» en mayo de 1793. Su definición del moderado incluía lo siguiente: «uno que por mala voluntad no lleva *Cocarde* (escarapela tricolor) de tres pulgadas de circunferencia. Que ha comprado ropas distintas de las nacionales, y sobre todo que no se gloria del título y el peinado de los *sans-culottes*»³¹. Incluso signos exteriores aparentemente triviales —una *cocarde* de menos de tres pulgadas de circunferencia o el pelo no suficientemente corto— se tomaban como indicio de creencias y sentimientos políticos reaccionarios. La unidad interna de la voluntad se consideraba que se manifestaba en la unidad externa del comportamiento.

Otro ejemplo elocuente de la persecución de la unidad por los *sans-culottes* era la práctica de la «confraternización» entre secciones. Al oír que los «moderados» amenazaban hacerse con una sección vecina, una sección debía suspender su sesión y acudir a restablecer la

²⁹ *Ibid.*, págs. 413-21.

³⁰ *Ibid.*, pág. 409.

³¹ Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, pág. 4.

unidad en la sección amenazada. La llegada de los visitantes solía conducir a la expulsión de los «moderados», sólo en ocasiones, por la fuerza. Una vez restablecida la tranquilidad, los ciudadanos de ambas secciones se abrazarían e intercambiarían besos fraternales. Las dos secciones deliberarían entonces como una sola. Con frecuencia terminaban por prestar un juramento de unidad y acuerdo para «confraternizar» entre sí de esta forma dos veces a la semana. Por medio de la confraternización, los buenos *sans-culottes* podían acudir en ayuda mutua sección tras sección para contener a los moderados³². Pero la «confraternización» era algo más que un recurso político; era también expresión de la idea algo mística de los *sans-culottes* de la «república una e indivisible». Según los *sans-culottes*, el pueblo era único e indivisible y sólo podía tener una voluntad. Por tanto, una sección no era una unidad política única con sus intereses u opiniones particulares; por el contrario, cada sección del pueblo era idéntica a cualquier otra y cada una podía actuar por tanto en favor del pueblo en su conjunto. Cuando los moderados u otros enemigos del pueblo intentaban usurpar el poder en una sección, la obligación de los ciudadanos de otras secciones era intervenir para volver a poner la sección de acuerdo con la voluntad popular. Esto se hacía menos con amenazas o actos de violencia que por intercambio de abrazos, besos, palmadas en la espalda y juramentos de fraternidad, restableciendo ritualmente a los ciudadanos de una sección perturbada a la paz y armonía con la voluntad nacional y reabsorbiéndolos en el pueblo como conjunto. Si las dos secciones procedían entonces a deliberar como una sola, era porque, por medio de ese ritual, se habían convertido realmente en una sola.

El mismo concepto de la sección como microcosmos de la república una e indivisible subyace también a la idea y a la práctica *sans-culotte* de la insurrección. Los delegados del pueblo que se sentaban en la convención no eran, según los *sans-culottes*, representantes de un distrito o una circunscripción electoral concreta. Eran mandatarios de una sola voluntad popular sin divisiones. La obligación del pueblo era, por tanto, mantener la vigilancia sobre todos sus mandatarios, de cualquier distrito por el que hubieran sido elegidos, y revocar los mandatos de quienes contradecían la voluntad del pueblo. Y puesto que cada sección era idéntica a la república como conjunto, las secciones de París, únicas capaces de controlar estrechamente la Conven-

³² Soboul, *Les Sans-culottes*, págs. 570-6. Vid. también Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, págs. 140-54, para una exposición muy detallada de la confraternización entre la sección del Pont Neuf (rebautizada «*section Revolutionnaire*» como resultado de la confraternización) y la sección de la Cité.

ción, no tenían otra posibilidad que actuar en favor del conjunto. Los *sans-culottes* de París, cuando pidieron y obtuvieron una purga de la Convención en la primavera de 1793, actuaban no como habitantes de la capital, sino como secciones indivisibles del pueblo como conjunto. La insurrección era, por la lógica metonímica de los *sans-culottes*, un levantamiento del pueblo unido de todo el país contra los traidores a su voluntad singular.

Los *sans-culottes* eran, en otras palabras, profundamente colectivistas. Como los revolucionarios de 1789, detestaban cualquier interés parcial o los cuerpos intermedios entre los ciudadanos y la nación. Pero donde los revolucionarios de 1789 reconocían la legitimidad del interés general y de los intereses de los ciudadanos individuales, los *sans-culottes* consideraban los intereses individuales no menos reprensibles que los intereses de los cuerpos corporativos. Al igual que las voluntades de los maestros u oficiales individuales habían de armonizarse con la voluntad singular de la comunidad de oficio del Antiguo Régimen, las voluntades de los *sans-culottes* individuales habían de armonizarse con la voluntad general bajo la república una e indivisible. El bien de la colectividad superaba y abarcaba el bien de todas las personas de que se componía. Este colectivismo de los *sans-culottes* no significaba que las cuestiones prácticas sobre salarios, condiciones de trabajo y relaciones entre obreros y patronos se olvidaran simplemente en una ola desinteresada de sentimiento patriótico. Había una considerable discusión sobre tales asuntos en las secciones y un acuerdo general de que los salarios debían ser suficientes para mantener el modesto bienestar del asalariado. Así, el mismo «ángel de la guarda de la república» citado anteriormente enumeraba como una de sus definiciones del moderado «uno que no ha proporcionado trabajo a trabajadores y oficiales cuando tuvo oportunidad, a un precio que es progresivo en relación a los costes del alimento»³³. Las cuestiones de salarios y otras cuestiones de comercio e industria caían dentro de la competencia ilimitada de las secciones, y las secciones, como las corporaciones de oficio del Antiguo Régimen, intentaban regular la producción y el intercambio en interés público. Pero estas cuestiones eran ahora una competencia de la soberanía del pueblo como conjunto, no de un solo oficio, y habían de estar determinadas por la acción pública, no por la acción de una corporación cerrada de obreros o maestros.

A los *sans-culottes* les preocupaba apasionadamente garantizar a todos los ciudadanos un nivel de vida digno e igual. Sin embargo, sus

³³ Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, pág. 4.

esfuerzos se concentraban, no en el control de los salarios, sino de los precios, y sobre todo, de los precios de los alimentos. Los elementos claves de su política de control de los precios eran el «máximo» —una legislación que ponía un techo a los precios de diversos productos— y la acción punitiva contra los atesoradores. La importancia que los *sans-culottes* otorgaban a los controles del precio se manifiesta claramente en una petición redactada por el sacerdote *enragé* Jacques Roux en junio de 1793: «La libertad no es sino un vano fantasma cuando una clase de hombres puede matar de hambre a otra con impunidad. La libertad no es sino un vano fantasma cuando los ricos por medio del monopolio ejercen poder de vida y muerte sobre sus iguales»³⁴. Aquí Roux recurría a uno de los temas favoritos de los *sans-culottes*: la perfidia de los ricos. Los pobres eran de forma natural patriotas y virtuosos, mientras los ricos, que desde hacía mucho tiempo tenían el hábito de considerar sólo sus propios intereses, eran incapaces de la generosidad republicana. Este drama de pobreza virtuosa y riqueza egoísta se desarrollaba en todos los aspectos de la vida. Pero en ninguno era tan fuerte y claro como en la cuestión del suministro de alimentos —la cuestión de la «subsistencia», como lo expresaban los *sans-culottes*.

El alimento, proporcionado por la naturaleza, era la condición de la vida humana. Como lo expresaba Hébert en agosto de 1793, «la tierra estaba hecha para los seres vivos, y cada uno, desde la hormiga al orgulloso insecto que se llama hombre, debe encontrar su subsistencia en los productos de esa madre común»³⁵. Naturalmente los especuladores podían hacer escasear los alimentos abundantes, y por tanto baratos, atesorando los productos de la cosecha para hacer subir los precios y vender después con inmensos beneficios. La especulación con los alimentos era, por tanto, una perversión de la naturaleza, y la riqueza obtenida de esa especulación se hacía a expensas de la propia existencia del pueblo, de su subsistencia. Las expresiones utilizadas por los *sans-culottes* para señalar a los especuladores están llenas de interminables variaciones sobre este tema: «las especulaciones sobre la existencia humana», «hombres que especulan en la miseria pública... enriquecidos... con la sustancia de los pobres», «vampiros de la patria», etc.³⁶. Esa especulación era el no va más de la inmoralidad contrarrevolucionaria, una expresión suprema de la corrupta conjunción de egoísmo privado y villanía pública. Los especuladores merecían, por tanto, la pena de muerte. La guillotina debe «decapitar las

³⁴ Citado en Soboul, *Les Sans-culottes*, pág. 458.

³⁵ *Ibid.*, pág. 470.

³⁶ *Ibid.*, pág. 458; Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, págs. 176-218.

fortunas y las cabezas de quienes desean arrebatarse a la nación sus elementos vitales»³⁷. O, como decía un *sans-culotte* de la sección de l'Unité, las guillotinas debían construirse «en todas las esquinas de París, y a las puertas de todos los comerciantes, de forma que los productos puedan comprarse más baratos»³⁸.

El problema de los precios de los alimentos atraía a los *sans-culottes* como representación paradigmática del drama de la revolución tal como ellos la entendían. Pero el problema de los precios tenía también su lado práctico. Todos los *sans-culottes* eran desde luego consumidores, y la mayoría —asalariados o pequeños propietarios— estaban lejos de ser ricos. Los precios de los alimentos, y en particular el precio del pan, tenían un enorme impacto sobre su salud y felicidad. Mientras todo intento de controlar los salarios podía producir disensiones entre empresarios y asalariados, el mantenimiento de un precio bajo del pan beneficiaba por igual a empresarios y asalariados. El atractivo de los controles de precio para los *sans-culottes* casaba, por tanto, con la heterogénea composición del movimiento *sans-culotte*. Establecer un máximo de los precios de los alimentos ayudaría a todos los patriotas pobres y honestos; sólo perjudicaría a los ricos y contrarrevolucionarios. La agitación en favor de un estricto cumplimiento del máximo era al tiempo un ataque a los ricos y una defensa de los pobres, y como tal servía para soldar una variada colección de asalariados y pequeños propietarios que compartían una dependencia común del pan barato y abundante.

Soboul da mucha importancia a la base material de la obsesión de los *sans-culottes* por los precios. El que los *sans-culottes* estuvieran más preocupados por el abastecimiento que por los salarios, escribe, se debía a que «un aumento o caída en el precio de los principales productos de consumo popular, del grano, sobre todo del pan, que representaba al menos la mitad de los gastos familiares, constituía el factor decisivo que restringía o aliviaba el presupuesto de un asalariado»³⁹. Además, la aguda sensibilidad de los asalariados hacia los precios de los alimentos era compartida por el resto de la *sans-culotterie*.

El hambre, factor esencial de todos los movimientos populares, era el cemento que mantenía unidos al artesano, al tendero y al trabajador, así como un interés común los unía contra el comerciante rico, el contratista, el noble o el monopolista burgués. El término «*sans-culotte*»

³⁷ Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, pág. 425.

³⁸ Soboul, *Les Sans-culottes*, pág. 425.

³⁹ *Ibid.*, pág. 454.

rie» puede parecer vago desde el punto de vista de nuestro vocabulario sociológico actual, pero desde el punto de vista de las condiciones sociales de la época correspondía a una realidad⁴⁰.

Sin duda era cierto que las variaciones en los precios del pan afectaban a los asalariados tanto como las variaciones en los salarios. Sin embargo, en 1848, cuando el pan tenía prácticamente la misma importancia en el presupuesto de los obreros parisienses que en 1793⁴¹, los obreros ignoraron el problema de los precios y se centraron en los problemas de salarios y trabajo. Que los asalariados estuvieran obsesionados en 1793 por el problema de los precios en lugar del problema de los salarios no puede explicarse simplemente por el lugar del pan en el presupuesto popular. De forma similar, el hecho de que asalariados y pequeños propietarios protestaran contra los más ricos y que estuvieran sujetos al hambre en épocas de precios altos hacía posible una ideología común de control de precios, pero no podía generar esa ideología de forma automática. Probablemente sea tan cierto que la existencia de una ideología de controles de precios provocara que asalariados y pequeños propietarios formaran una alianza política como *sans-culottes* que el que su dependencia común del pan barato les hiciera desarrollar una ideología de controles de precio. La ideología creaba el tipo de división social tanto como la división social conformaba la ideología.

Además de atribuir importantes características de la ideología *sans-culotte* a las condiciones materiales de la época, Soboul sostiene también que la diversidad social del movimiento *sans-culotte* condenaba su ideología a contradicciones e incoherencias.

Coalición de elementos socialmente dispares, la *sans-culotterie* estaba minada por contradicciones internas que explican su incapacidad para establecer un programa coherente, y, en última instancia, su derrota política⁴².

La *sans-culotterie* no podía tener ni conciencia de clase ni un programa social coherente. Sus aspiraciones se mantenían nebulosas y contradictorias⁴³.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Los salarios reales eran sólo un 9 por 100 superiores en la década de 1840 que en la de 1790, y el pan seguía siendo el ingrediente básico de la dieta. Vid. Kuczynski, Jürgen, *A Short History of Labour Conditions in France, 1700 to the Present Day*, Londres, 1946, pág. 86.

⁴² Soboul, *Les Sans-culottes*, pág. 427.

⁴³ *Ibid.*, pág. 473.

Sin embargo, al leer la propia exposición de Soboul de las palabras y hechos de los *sans-culottes*, éstos impresionan no por la incoherencia y las contradicciones, sino por una coherencia casi impecable, aunque en ocasiones escalofriante y extraña. Juzgada como sistema de pensamiento y acción, la ideología de los *sans-culottes* puede haber sido brutal o falta de realismo o incapaz de éxito a largo plazo; pudo haber sido otras cosas, pero fue coherente. Si coherencia no era la de una ideología de clase, pero no está claro por qué cabría esperar una coherencia de ese tipo concreto. En realidad, la expectativa de que la «disparidad social» desde el punto de vista de los esquemas de clasificación marxistas u otros de los siglos XIX o XX debía derivar en contradicciones internas de pensamiento y acción puede resultar completamente fuera de lugar cuando se aplica a los *sans-culottes*. Después de todo, esos esquemas «científicos» de clasificación social que se aplican con tanta seguridad a los *sans-culottes* les habrían parecido a ellos no sólo extraños, sino también traidores. En las cuestiones que les importaban a ellos, los *sans-culottes* no estaban dispersos, sino unidos. Y su propia forma de unidad *sans-culotte* reforzaba y era reforzada por su propia ideología, coherente de forma peculiar.

TRABAJO Y PROPIEDAD EN LA IDEOLOGÍA *SANS-CULOTTE*

Una de las razones de Soboul para considerar incoherente la ideología de los *sans-culottes* es que, según él, no tenían una idea clara del trabajo.

Encontrando difícil definir su posición en la sociedad como obreros, los *sans-culottes* no tenían un concepto claro y diferenciado de trabajo. No pensaban que pudieran constituir una función social en sí misma; sólo podían concebirla en relación a la propiedad⁴⁴.

Su obsesión con la propiedad y su vaguedad sobre el trabajo, según Soboul, derivaban de su composición social. Pues aunque entre los *sans-culottes* había asalariados y pequeños propietarios, los asalariados estaban dominados por los propietarios y la *sans-culotterie* como conjunto tenía una mentalidad pequeño-burguesa.

Los oficiales de los pequeños oficios, formados en la escuela de los maestros, solían vivir bajo su techo y comían en su mesa, tenían

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 453.

las mismas concepciones de los grandes problemas de la época: la pequeña burguesía artesanal moldeó la mentalidad de los obreros⁴⁵.

El mundo del trabajo estuvo fuertemente marcado en su conjunto por la mentalidad de la pequeña burguesía artesanal, y como tal, participaba en la ideología de la burguesía⁴⁶.

Para Soboul, la ideología de los *sans-culottes*, a pesar de su violencia y radicalismo, siguió siendo un subtipo de la ideología burguesa dominante en la Revolución Francesa.

Los *sans-culottes* no definían su posición social de la misma manera que los socialistas de los siglos XIX o XX, pero tenían una concepción clara y coherente del trabajo y de su posición en la sociedad. Como el mismo Soboul observa, los *sans-culottes* se definían continuamente como hombres que trabajaban con sus manos. Un tema favorito del Père Duchesne era el contraste entre los virtuosos *sans-culottes*, «esos laboriosos artesanos que se agotan con el trabajo», y los ociosos ricos, «parásitos de la *sans-culotterie*»⁴⁷. La importancia del trabajo para definir un hombre como *sans-culotte* es muy notable en un documento de la primavera de 1793, que Markov y Soboul decidieron publicar al comienzo de su colección. Titulado «Respuesta a la pregunta impertinente: ¿Pero qué es un *Sans-culotte*?», merece citarse por extenso.

¿Un *sans culotte*, bribones? Es un ser que siempre va a pie, que no tiene millones, como los que vosotros deseáis tener, ni castillo, ni criados para servirle, y que vive simplemente con su mujer y sus hijos, si tiene alguno, en el cuarto o quinto piso.

Es útil, porque sabe cómo arar, forjar, serrar, limar, techar un edificio, hacer zapatos y derramar hasta la última gota de su sangre por la salvación de la República.

Y puesto que trabaja, no lo encontraréis en el *Café de Chartres*, ni en los garitos donde los hombres conspiran en una partida de dados, ni en el teatro de la Nación... ni en el teatro de *Vaudeville*... ni en los salones de lectura donde por dos *sous*, que son tan preciosos, se ofrece la basura de Gorsas [un periodista girondino] con la *Chronique* y el *Patriote française* [principales periódicos girondinos].

Por la noche acude a su sección, no empolvado, perfumado y calzado con la esperanza de atraer la atención de las ciudadanas de la tribuna, sino para respaldar las buenas mociones con toda su fuerza y pulverizar a los que proceden de la abominable facción de los hombres de estado.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 452.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 453.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 429.

Por lo demás, un *sans-culotte* siempre tiene el sable con el filo preparado: para cortar las orejas de todos los malvados. A veces marcha armado con su pica; pero al primer sonido del tambor, se le ve partir para la Vendée, para el ejército de los Alpes o para el ejército del Norte⁴⁸.

El que el *sans-culotte* trabaje con sus manos es absolutamente central en esta definición. El trabajo es un elemento integral en una red global de identidades morales y políticas que definen al *sans-culotte* y lo distinguen del moderado contrarrevolucionario. Los que trabajan son pobres —no tienen carruajes o criados y viven en el cuarto o quinto piso. Su trabajo los hace útiles a la república; y son precisamente quienes se hacen útiles mediante su trabajo —arar, forjar, serrar, techar edificios, hacer zapatos— quienes harán también el sacrificio último por la república —derramar la última gota de su sangre—. En este pasaje, nuestro autor *sans-culotte* configura una identidad entre trabajo y virtud política; quienes sirven a la república en sus actividades diarias la defenderán también en el peligro. Los dos párrafos siguientes oponen al trabajador *sans-culotte* al moderado rico y ocioso. Debido a que el *sans-culotte* trabaja no se encontrará en los lugares predilectos del ocioso. Y donde el trabajo se identifica con la virtud —vida sencilla, utilidad, patriotismo—, ociosidad se identifica con el vicio moral y político —conspiración en una partida de dados, despilfarro de dinero precioso para los pobres en periódicos girondinos. Un contraste similar se observa en las asambleas de la sección. El rico y ocioso acude con propósitos frívolos —componer una buena figura ante las damas— mientras los trabajadores *sans-culottes* acuden para apoyar la virtud política y pulverizar a los moderados. En suma, la distinción entre quienes trabajan y quienes no trabajan es fundamental; el trabajo manual es un elemento inseparable en la serie de características que definen al *sans-culotte*, y todos esos elementos —pobreza, trabajo, virtud moral, buenas opiniones políticas, patriotismo— se suponen unos a otros.

Lo opuesto al *sans-culotte* —el moderado o contrarrevolucionario— era un «aristócrata» en la mayoría de los casos con título. En el vocabulario de los *sans-culottes*, esta palabra experimentaba una deformación reveladora. Cuando lo utilizaban los *sans-culottes*, «aristócrata» se refería no sólo a la antigua nobleza, sino a todos los que se oponían a los *sans-culottes*: a los ricos y ociosos, a los grandes terratenientes y a los capitalistas, a los especuladores, a los girondinos, a

⁴⁸ Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, pág. 2.

quienes pagaban salarios insuficientes a los obreros, a quienes llevaban el pelo largo y empolvado, a los que frecuentaban a los curas que no habían jurado lealtad a la república, a los de opiniones políticas moderadas de cualquier clase, incluso a quienes eran simplemente indiferentes a la política⁴⁹. Pero sobre todo, los aristócratas llegaron a ser identificados con los ricos. Como lo expresaba un orador en la sección Mail en mayo de 1793, «Los aristócratas son todos los ricos, los grandes comerciantes, los monopolistas, los intermediarios [*saute-ruisseaux*], los banqueros, los corredores de comercio, los abogados quisquillosos, y todos los que poseen algo»⁵⁰.

Este uso del término «aristócrata» para designar a los ricos está estrechamente vinculado a la concepción *sans-culotte* del lugar del trabajo en la sociedad. El abate Sieyès, después de todo, había definido a la nobleza como enemigos de la nación porque eran ociosos que no participaban en los «trabajos que mantienen la sociedad»⁵¹. Los *sans-culottes*, al designar a todos los ricos como aristócratas, estaban haciendo una alteración relativamente menor de la definición de Sieyès del trabajo. Para Sieyès, todo el Tercer Estado se dedicaba a trabajos útiles. Pero para los *sans-culottes*, el trabajo útil era más restringido; lo realizaban sólo quienes trabajaban con las manos. El resto, los ociosos, eran —como los ociosos de Sieyès— enemigos de la nación y, por ello, «aristócratas». Un cambio paralelo de significado puede seguirse en el término «privilegio». En lugar de referirse a leyes privadas diferentes de la «ley común a todos los franceses», privilegio llegó a significar las ventajas de la riqueza —un significado que se ha conservado en el uso actual—. Una petición a la Convención en septiembre de 1793 declaraba: «Es una verdad evidente que la nación son los *sans-culottes* y el pequeño número de quienes tienen toda la riqueza en sus manos no son la nación; que no son nada sino las Personas Privilegiadas, que están alcanzando el final de su privilegio»⁵². Los términos son los de Sieyès: los aristócratas son ociosos que tienen privilegios, y el pueblo no privilegiado que se dedica al trabajo útil es la verdadera nación. Pero puesto que la definición de trabajo de los *sans-culottes* era más restringida que la de Sieyès, las consecuencias políticas de este lenguaje revolucionario común eran radicalmente diferentes.

Los *sans-culottes*, por tanto, tenían una noción perfectamente clara y distinta del trabajo. El trabajo era el fundamento de la socie-

⁴⁹ Soboul, *Les Sans-culottes*, págs. 411-3.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 413.

⁵¹ *Qu'est-ce que le Tiers État?*, pág. 121.

⁵² Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, pág. 176.

dad y del orden moral y político. Quienes no trabajaban eran proscritos y enemigos, aristócratas privilegiados que debían ser eliminados de la nación. Soboul concluía de su análisis de la ideología de los *sans-culottes* que carecían de una idea clara del trabajo y subordinaban el trabajo a la idea de propiedad. Estaría más cerca de lo correcto decir lo contrario: que carecían de una idea clara de la propiedad y la subordinaban a la idea de trabajo.

Como Soboul señala, los *sans-culottes* aceptaban la propiedad a pequeña escala del tipo poseído por los maestros artesanos y los tenderos⁵³. En realidad creían que un régimen de mayor igualdad incrementaría el número de propietarios. Pero a diferencia de la Asamblea Nacional de 1789 a 1791, no concebían la propiedad como un derecho natural ilimitado e inalienable. Más bien, deseaban limitar severamente los derechos de propiedad mediante, por ejemplo, el establecimiento de un techo a las fortunas y limitando a cada ciudadano a poseer una cantidad de tierra restringida o una sola tienda o taller⁵⁴. Además, incluso dentro de los confines de una propiedad limitada de ese tipo, los derechos del propietario estaban lejos de ser absolutos. Los *sans-culottes* no pensaban en la propiedad como una cuestión estrictamente privada; consideraban a un propietario un depositario (*dépositaire*) de bienes, que en último análisis pertenecían al pueblo en su conjunto. Soboul cita numerosas declaraciones a este respecto.

Las propiedades pertenecen a todos en general cuando producen existencia.

Las producciones de territorio francés pertenecen a Francia, sujetas a una indemnización debida al cultivador; el pueblo tiene, por tanto, un derecho garantizado a los productos que el cultivador ha hecho que se produjeran.

El hombre rico es menos el propietario que el feliz depositario de un exceso de fortuna que tiene el fin de la felicidad de sus co-ciudadanos.

¿Qué es un comerciante? Es el depositario y no, como se ha creído absurdamente hasta ahora, el propietario de objetos necesarios para la vida. Es el depositario de esos objetos, como otros ciudadanos [es decir, los cargos públicos] lo son de parte de la autoridad; es, por tanto, un encargado público y el más importante de todos, porque tiene en sus manos la existencia del pueblo⁵⁵.

⁵³ Soboul, *Les Sans-culottes*, págs. 413-3.

⁵⁴ Vid. la petición de la sección de *sans-culottes* a la Convención Nacional en Markov y Soboul, *Die Sansculotten*, págs. 136-40.

⁵⁵ Soboul, *Les Sans-culottes*, págs. 464-7.

Los derechos de la república o del pueblo en su conjunto iban por delante de los derechos de propiedad, y aunque la propiedad fuese poseída por ciudadanos individuales, la poseían sólo con la condición de que produjera para el bien común. La propiedad, para los *sans-culottes*, era individual en la forma pero colectiva en el principio. Además, el hecho de que algunos *sans-culottes* trabajadores fueran depositarios de propiedad y otros no, no los situaba en clases diferentes. Lo importante era si se trabajaba o no con las manos para el bien común, no si se era, momentáneamente, depositario de propiedad. Quienes trabajaban con sus manos para el bien común eran *sans-culottes*, poseyeran o no propiedad; quienes no, eran aristócratas y enemigos del pueblo. El trabajo, en el mundo de los *sans-culottes*, era un principio más fundamental que la propiedad.

Que los *sans-culottes* pudieran haber tenido una concepción de la propiedad tan absolutamente opuesta a la de la Asamblea Nacional, o a la de la Convención, o incluso a la de los jacobinos, sólo sorprende si se les considera pequeños burgueses en el sentido del siglo XIX —hombres cuyo lugar en la sociedad y cuya conciencia de sí estaban marcados por su condición de propietarios. Pero al considerar quiénes habían sido los *sans-culottes* antes de la Revolución, sus ideas sobre la propiedad no resultan tan problemáticas. De forma predominante, maestros y oficiales de los oficios parisienses, *sans-culottes* habían sido, sólo unos años antes, el núcleo del mundo corporativo parisiense. Si tenían una concepción de la propiedad como destinada al bien público en 1793, también sus corporaciones prerrevolucionarias se habían establecido para el bien público. Si deseaban prohibir la posesión de más de una tienda o taller, sus corporaciones lo habían hecho hasta 1789. Si deseaban restringir los derechos de los propietarios a disponer de su propiedad como les pareciera oportuno, sus corporaciones habían hecho lo mismo antes de la Revolución. Sobre la cuestión de la propiedad, como en todas las demás, los *sans-culottes* eran portadores del colectivismo moral de la mentalidad corporativa prerrevolucionaria. La comunidad moral de la república una e indivisible superaba los derechos de cualquier propietario individual, de la misma forma que la comunidad moral del oficio superaba los intereses de los maestros u oficiales individuales bajo el Antiguo Régimen. Naturalmente, esas ideas y sentimientos estaban completamente transformados en la ideología de los *sans-culottes*. Ahora era el pueblo soberano y no el rey quien determinaba el bien público; eran las secciones de la república en su conjunto, en lugar de las corporaciones de

oficio, las que debían limitar los excesos del propietario; y todas esas ideas estaban ahora vinculadas al lenguaje y la práctica de la política revolucionaria. Pero con todas las diferencias, se pueden percibir todavía algunos acentos característicos de las *gens de métier* prerrevolucionarias en el nuevo lenguaje político de los *sans-culottes*.

6. Una revolución de la propiedad

Las extrañas y sorprendentes ideas de los *sans-culottes* sobre la propiedad —diferentes al tiempo de las concepciones del Antiguo Régimen, de la Asamblea Nacional, de los jacobinos y de los pensadores socialistas posteriores— ponen de manifiesto la transformación de las concepciones de la propiedad durante la Revolución Francesa. El papel e importancia de la propiedad en el orden social no estaban nada claros a comienzos de la década de 1790. Los historiadores han reconocido desde hace mucho tiempo que la propiedad fue una cuestión crucial en la Revolución: al fin y al cabo, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano elevaba la propiedad a la dignidad de un «derecho del hombre, natural e imprescriptible». Tanto para los historiadores liberales como para los marxistas, uno de los grandes logros de la Revolución fue liberar a los ciudadanos de las complicaciones, molestias y restricciones que habían limitado el libre disfrute de la propiedad bajo el Antiguo Régimen. Liberales y marxistas han estado en desacuerdo sobre cómo interpretar esta liberación de la propiedad: triunfo de la libertad o acto crucial de una revolución burguesa que debía superarse mediante una revolución proletaria. Pero la mayoría de los historiadores se ha sentido satisfecha con la idea —que era también la de la Asamblea Nacional— de que la revolución liberara la propiedad de unas limitaciones arcaicas o «feudales». Pocos han advertido hasta qué punto esa «liberación» fue realmente una redefinición radical de la propia naturaleza de la propiedad, ni tampoco cuánto tiempo fue necesario para que los perfiles y consecuencias de este nuevo sistema de propiedad resultaran claros en la práctica.

De hecho, la propiedad «burguesa» no quedó tan liberada por la Revolución Francesa como se creía. Su creación supuso la destruc-

ción de todas las características de propiedad reconocidas como legítimas por el Antiguo Régimen y la transformación o redefinición del resto. El resultado final fue la propiedad privada absoluta tal como se definía en el Código Civil de 1804: «el derecho a disfrutar y disponer de bienes de la forma más absoluta»¹. Ese tipo de propiedad fue la base del orden social burgués que surgió en Francia en el siglo XIX y también el blanco principal del movimiento socialista que se desarrolló en los años treinta y cuarenta y estalló con particular fuerza en la Revolución de 1848. Entre otras cosas, el socialismo era una respuesta al régimen de propiedad absoluta establecido en la Revolución Francesa.

Pero el camino que llevó de la creación de la propiedad privada absoluta a su rechazo por las masas de obreros socialistas en 1848 no fue inmediato. La discusión sobre los derechos de propiedad en el siglo XIX tuvo lugar fundamentalmente en la industria urbana y sobre todo en los oficios urbanos organizados como corporaciones bajo el Antiguo Régimen. Sin embargo, la propiedad industrial urbana era completamente marginal en el discurso ilustrado sobre la propiedad y no era central en los actos e ideas de los dirigentes revolucionarios. Los pensadores de la Ilustración y los actores revolucionarios estaban interesados casi exclusivamente en la propiedad de la tierra. Sus esfuerzos fueron un intento —que resultó en lo esencial logrado— de resolver algunos problemas de la propiedad rústica, que percibían en la sociedad francesa del siglo XVIII. Pero aunque las iniciativas revolucionarias sobre la cuestión de la propiedad se emprendieron pensando en la propiedad de la tierra, tuvieron también importantes efectos —si bien de lenta evolución y en general imprevistos— sobre la propiedad urbana e industrial. La transformación de las relaciones de propiedad en la industria urbana —y especialmente en los trabajos especializados—, dio origen a las grandes luchas de clases del siglo XIX. Las transformaciones de la propiedad en la Revolución Francesa resultaron complicadas y paradójicas, pero merecen seguirse con cierto detalle, pues fueron cruciales para la historia posterior de la clase obrera francesa.

LA PROPIEDAD BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

La palabra propiedad (*propriété*) deriva de «*propre*», un adjetivo que significa «perteneciente a alguien con exclusión de todos los de-

¹ Sobre el derecho de propiedad en el Código Civil, *vid.* Arnaud, André-Jean, *Les Origines doctrinales du Code civil français*, París, 1969, págs. 179-95.

más». Tal como la definía la *Académie française* en el diccionario de 1694, la propiedad era «el derecho, el título por el que una cosa pertenece en *propre* [“como suyo” sería el equivalente más cercano] a alguien». La propiedad era entonces lo que era de uno y a lo que se tenía un claro título legal. A veces tener la propiedad de algo en el Antiguo Régimen significaba que se tenía dominio libre y absoluto sobre ello —como en principio iba a ser el caso para toda propiedad después de la Revolución. Pero esto no era siempre así. Para mayor claridad, pueden distinguirse tres tipos muy diferentes de propiedad bajo el Antiguo Régimen.

1.º El primer tipo era la propiedad privada absoluta: algo, citando una definición del siglo XX, sobre lo que «se es dueño absoluto, que se puede vender, empeñar o disponer de ello a su gusto»². La mayor parte de la propiedad personal y una cantidad importante de la propiedad comercial y de los bienes raíces eran de este tipo en la Francia del Antiguo Régimen. Pero había también otras muchas propiedades legítimas, poseídas por todas las clases y todos los órdenes de la población, que no se ajustaban a esta definición.

2.º Un segundo tipo de propiedad pertenecía indiscutiblemente a su poseedor, pero nunca como un dominio absoluto. Por el contrario, el poseedor estaba sometido a una regulación detallada de la comunidad en pro del bien público. Este segundo tipo de propiedad era muy común e incluía buena parte de la propiedad productiva utilizada en la agricultura, el comercio y la industria en la Francia del Antiguo Régimen. Por ejemplo, en las regiones de Francia donde se practicaba una agricultura de *open-field*, una parte de la tierra estaba sujeta a través de la comunidad de aldea a una rotación obligatoria de cultivos y a la práctica de *vaine pâture* —dejar que el ganado pastara libremente en el rastrojo después de la cosecha. Un propietario no tenía derecho a determinar el cultivo de sus campos o cuándo sembrar; y si sembraba después de la cosecha, el cultivo sería devorado —de forma completamente legal— por los animales de su vecino³. La mayor parte de la propiedad de los maestros en los oficios corporativos era también de ese tipo: el maestro, aunque propietario indiscutido de sus existencias, útiles y materias primas, podía usarlas solamente en las formas limitadas que especificaban los estatutos de su corporación.

3.º Había una tercera categoría importantísima de propiedad en el Antiguo Régimen, no sólo regulada en pro del bien público, sino que

² Furetière, Antonie, *Dictionnaire universel*, 2 vols., La Haya, 1691, 2: 476.

³ La exposición clásica es Bloch, Marc, *Les Caractères originaux*, en particular capítulos 2 y 6.

derivaba de la autoridad pública y carecía de existencia fuera de ella. Era la propiedad de los cargos públicos. El ejemplo más evidente y notable era la compra de cargos. Autoridades de todo tipo, desde los miembros del *Parlement* de París a los magistrados municipales de las pequeñas ciudades provinciales de tercera categoría, habían comprado su cargo al rey, cargo que llevaba aparejado el poder de realizar determinadas funciones públicas junto con una renta anual. Los cargos, como otras formas de propiedad, se transmitían de generación en generación; legalmente llegaron incluso a asimilarse a las formas que gobernaban la herencia de la propiedad de la tierra⁴. Otro ejemplo de propiedad en la función pública era la *seigneurie*. El *seigneur* era, literalmente, el señor; y la *seigneurie* era su derecho señorial sobre los campesinos de una determinada jurisdicción. Los orígenes del régimen señorial se remontan a la Alta Edad Media cuando el señor local era el gobernante *de facto* de sus campesinos; en el siglo XVII o XVIII la *seigneurie* se había convertido en un conjunto sumamente variado de rentas específicas y obligaciones que los campesinos debían al *seigneur* de la jurisdicción: laudemios, cantidades pagadas al heredar o transferir la tierra, servicios personales diversos, *banalités* —la obligación de prensar las uvas en la prensa del señor o cocer el pan en su horno—, etc. Derivadas de la capacidad semipública del señor de dispensar justicia, esas rentas y obligaciones se consideraban propiedad del señor; como tales, podían heredarse, arrendarse a recaudadores, y —en determinadas circunstancias— venderse abiertamente⁵.

Junto a estos tres tipos de propiedad, es útil anotar un cuarto tipo de derechos considerado semipropiedad o al menos análogo a la propiedad: privilegios, prerrogativas y distinciones hereditarias de diverso tipo. La similitud entre privilegio y propiedad se invocaba, por ejemplo, por parte del *Parlement* de París en su protesta contra la supresión de la *corvée* (servicio obligatorio en trabajo para la construcción y mantenimiento de caminos) por Turgot en 1776: «La primera regla de la justicia es preservar para todo hombre lo que le pertenece..., una regla que consiste no sólo en mantener los derechos de propiedad, sino también en preservar los derechos unidos a la persona y los que derivan de las prerrogativas de nacimiento y estado»⁶. Este

⁴ Vid. el breve pero ilustrativo análisis de Giesey, Ralph E., «Rules of Inheritance and Strategies of Mobility in Prerevolutionary France», en *American Historical Review*, 82 (abril de 1977), en especial págs. 281-5. La obra de referencia sobre los cargos venales es Mousnier, Roland, *La Vénalité des offices sous Henri IV et Louis XIII*, París, 1971 (2ª ed.).

⁵ Una vez más, la exposición clásica es Bloch, *Les Caractères originaux*, en especial capítulos 3 y 4.

⁶ Flammermont, *Remonstrances*, 3: 278.

paralelo entre propiedad y privilegios o prerrogativas no estaba en absoluto equivocado; aunque los privilegios y prerrogativas no podían venderse, pertenecían a una persona de forma tan firme como la tierra o los edificios. Además, muchos tenían también valor material, porque llevaban consigo exención de impuestos, acceso a oficios lucrativos, etc. En el caso que produjo la manifestación del *Parlement*, por ejemplo, Turgot había intentado reemplazar la *corvée* por un impuesto repartido por igual entre todos los propietarios sin considerar su condición; esto, se quejaba el *Parlement*, era privar a la nobleza de su justa exención de la *corvée*. En el sistema legal del Antiguo Régimen, la propiedad privada absoluta no era más que un miembro de una familia de derechos más amplia, designados propiedad, privilegio o prerrogativa, pertenecían legítimamente a las personas. Propiedad y privilegio, lejos de ser categorías opuestas o antitéticas, eran del mismo tipo; desembocaban la una en el otro y con frecuencia eran difíciles de distinguir en la práctica.

La propiedad en las *arts et métiers* era de hecho un ejemplo perfecto del sistema general de propiedad del Antiguo Régimen. Un maestro en un oficio corporativo era el poseedor de los tres tipos de propiedad enumerados, y una de sus propiedades era al mismo tiempo un privilegio. La propiedad personal de un maestro, su dinero, sus activos y su casa —si tenía la fortuna de poseer una— eran propiedades del primer tipo: propiedades personales, que era libre para usar y disponer de ellas como le pareciera. Su capital productivo, por otra parte, era propiedad del segundo tipo. Sus instrumentos y equipo, materias primas, existencias de productos acabados, etc.: éstos eran también su propiedad individual, pero no podía disponer de ellos como quisiera. Por el contrario, su uso estaba sometido a regulación y disciplina detallados por los estatutos y los *jurés* de su corporación. Un maestro poseía también propiedad del tercer tipo: su grado de maestro. El grado de maestro era una participación en la autoridad pública otorgada a la corporación por el rey; como una *seigneurie* o un cargo venal, le pertenecía por título legítimo y le facultaba para desarrollar algunas funciones autorizadas públicamente. Finalmente, como se señaló en el capítulo segundo, el grado de maestro era también un privilegio.

Que el privilegio implícito en un grado de maestro fuera también una propiedad era un argumento esencial del *Parlement* de París contra el decreto de Turgot que abolía las corporaciones en 1776. Privar a los maestros de sus grados, argumentaba el *Parlement*, era despojarlos de su propiedad.

¿Quién indemnizará... a los poseedores de estos privilegios que han adquirido exclusivamente mediante su trabajo, que compraron con los primeros fondos que su industria había acumulado? Formaban parte del patrimonio de su familia; los transmitían a sus hijos, los dejaban a sus viudas, que los ejercían en su provecho, o a través de otros, o que vivían de la renta que producían⁷.

Los privilegios que constituían un grado de maestro, indica este pasaje, eran propiedades en el más estricto sentido. Como otras propiedades, un grado de maestro tenía que ser comprado por su poseedor y la cuota de entrada exigida por una corporación representaba generalmente una inversión importante. En París antes de 1776, por ejemplo, el coste de un grado de maestro iba desde 175 libras para las costureras a 3.240 libras para los opulentos pañeros, con la mayoría de las corporaciones entre 500 y 1.500. Estas cuotas suponían mucho más que los salarios de un oficial de París durante un año entero⁸. A menos que heredara dinero o pudiera alcanzar una considerable dote de su mujer, a un oficial le resultaba sumamente difícil acumular esa suma. La cuota de entrada era así un coste esencial para establecerse en un negocio.

A cambio de la cuota de entrada, un maestro obtenía derechos de valor genuino. Como poseedor acreditado de un grado de maestro podía fabricar y/o vender productos que los extraños a la corporación no podían; tenía garantizada una posición protegida en el mercado, que, en tiempos normales, le proporcionaría un decente pasar. E incluso si le tocaban tiempos difíciles, podía recurrir a las *charités* de la cofradía del oficio. También la posesión de un grado de maestro, como señalaba el *Parlement*, significaba seguridad para la familia. Como se ha señalado, sus hijos solían entrar en el oficio por la mitad de la cuota habitual. Pero mucho más importante, se les aseguraba una plaza de maestros, mientras a los extraños se les negaba con frecuencia la admisión incluso teniendo la cualificación y el dinero requeridos. Por tanto, un maestro podía estar seguro de poder establecer a su hijo en el negocio. E incluso si moría prematuramente, su grado de

⁷ *Ibid.*, pág. 320.

⁸ Las cifras de las cuotas de entrada en París proceden de Saint-Léon, Martin, *Histoire des corporations*, págs. 590-3. Las costureras, habría que señalar, fueron las únicas corporaciones femeninas en París. La cuota más baja en una corporación masculina antes de 1776 fue de 350 libras para los zapateros. Las corporaciones restablecidas tras el decreto de suspensión de Turgot en 1776 tenían cuotas considerablemente más bajas, entre 100 y 1.000 libras, con la mayoría entre 300 y 800. Estas cuotas seguían equivaliendo a mucho más de la mitad de las ganancias anuales de la mayoría de los oficiales. Las cifras de salarios de los oficiales de París en este período pueden encontrarse en Levasseur, *Histoire des classes ouvrières*, 2: 836-43.

maestro y todos los privilegios consiguientes los heredaba su viuda, que podía ejercerlos hasta el momento en que volvía a casarse o cedía el negocio a su hijo.

En función de sus costes, un grado de maestro era probablemente menos valioso, en la mayoría de los casos, que el resto de sus propiedades: dinero, existencias, activos comerciales, herramientas, equipo, etc. Pero bajo el Antiguo Régimen el grado de maestro era realmente mucho más importante que esos otros tipos de propiedad para definir su posición en la sociedad y en el proceso de producción y cambio. Era la posesión de un grado de maestro —no la posesión de un capital— la que hacía de un hombre un maestro, invistiéndole de una autoridad semipública y permitiéndole invertir su capital para utilizarlo en un arte determinado. Al mismo tiempo, los términos del grado de maestro —los privilegios y estatutos particulares de su corporación— especificaban detalladamente las formas en que podía y no podía utilizarse el capital. El capital de un maestro estaba subordinado y recibía forma de su grado de maestro. La autoridad de un maestro sobre sus obreros derivaba también del grado de maestro, y de nuevo la naturaleza de esa autoridad estaba especificada en los estatutos y costumbres de su corporación. La autoridad del maestro, como señalaba el *Parlement* de París, era una extensión de la fuerza pública del estado. Parte de la función pública de un maestro era «observar [a los trabajadores] en los detalles de su vida doméstica» y «responder por ellos a la policía»⁹. El maestro mandaba sobre el trabajador no en razón de sus derechos como poseedor de los medios de producción, sino de la autoridad inherente a la posesión de un grado de maestro.

De esta forma, los privilegios que constituían un grado de maestro eran por sí mismos no sólo propiedad, sino que daban forma y significado social al resto de las propiedades del maestro. Eran la piedra angular de sus posesiones y marcaban su posición en el orden social. Pero no eran el único tipo de posesión que tenía este carácter dual de privilegio y propiedad. De hecho, toda propiedad de las funciones públicas —cargos y *seigneuries* al igual que el grado de maestro— confería a su poseedor una especie de privilegio. Incluso los cargos venales inferiores convertían en miembro de un cuerpo privilegiado de magistrados; las *seigneuries* llevaban consigo una presunción de nobleza y los cargos venales más altos otorgaban expresamente la nobleza hereditaria a sus compradores. Además, los privilegios estaban en todas partes en una situación de superioridad respecto a otras formas de propiedad. Era, al fin y al cabo, el privilegio el que daba a las

⁹ Flammermont, *Remonstrances*, 3: 309-10.

personas su rango, dignidad y posición en el orden social del Antiguo Régimen; la propiedad material o la riqueza podía dar comodidad o seguridad, pero no otorgaba por sí misma dignidad y posición. De aquí que existiera una notable tendencia en todos los niveles de la sociedad a que la propiedad material se convirtiera en privilegio —o en formas de propiedad que daban acceso al privilegio—. Todas las historias habituales de ascenso social en los siglos XVII o XVIII se adaptan a ese modelo. El oficial industrial que ahorra de su escaso salario para comprar un grado de maestro; el campesino acaparador que finalmente compra la casa de campo y la *seigneurie* de un noble empobrecido; o el comerciante rico, el abogado, o el banquero que compra tierra y una casa de campo donde puede vivir al estilo de un noble («*vivre noblement*», según la expresión en boga), quizá comprando también un cargo ennoblecedor para sí o su hijo o proporcionándole una inmensa dote a su hija para que pudiera casarse dentro de la nobleza.

Privilegio y propiedad se superponían y eran categorías que se respaldaban recíprocamente en el orden social del Antiguo Régimen. Al estar tan interrelacionados, el mantenimiento y defensa de la propiedad eran inseparables del mantenimiento y defensa del privilegio. La «primera regla de la justicia» «preservar para cada hombre lo que le pertenece», suponía una conservación de los privilegios, de la propiedad controlada individualmente, de la propiedad regulada colectivamente y de la propiedad en la función pública. Sólo cuando la Revolución Francesa simplificó drásticamente y estrechó la definición de propiedad, privilegio y propiedad se convirtieron en categorías antitéticas —la una un «derecho natural e imprescriptible del hombre», el otro una odiosa usurpación. La Revolución Francesa lo llevó a cabo al abolir o transformar toda propiedad que no estuviera bajo el dominio absoluto del propietario. Los privilegios y la propiedad de la función pública —la propiedad del tercer tipo— se abolieron rotundamente; las *seigneuries*, los cargos venales y los diversos privilegios de nobles y clérigos fueron aniquilados la noche del 4 de agosto de 1789, y los grados de maestro desaparecieron en 1791. Mientras tanto, toda propiedad del segundo tipo se liberó de la regulación de la comunidad y de esa forma se asimiló a la propiedad del primer tipo. Sólo la propiedad individual absoluta superó la Revolución, y esta forma reducida y purificada de propiedad se colocó en una posición nueva y central en el orden social. El resto de este capítulo tratará de resolver por qué los revolucionarios redefinieron la propiedad de esta forma, qué significaba cuando lo hicieron y cuáles fueron algunas de las consecuencias de esta redefinición.

El concepto de propiedad de los revolucionarios derivaba del discurso de la Ilustración. Como otros aspectos del pensamiento de la Ilustración, las nuevas ideas de propiedad fueron adoptadas rápidamente por muchos personajes poderosos —sobre todo en la administración real— mucho antes de la Revolución Francesa. El intento de Turgot de abolir las corporaciones y los ataques dirigidos por los administradores reales Bertin, Trudaine y d'Ormesson a las obligaciones colectivas en el campo fueron —entre otras cosas— intentos de imponer el ideal ilustrado de propiedad privada individual¹⁰. Pero hasta 1789 esos esfuerzos sólo tuvieron éxitos menores. Hasta la Revolución no se puso en práctica la concepción ilustrada de la propiedad privada absoluta.

El discurso de la Ilustración sobre la propiedad formaba parte de un esfuerzo más amplio para dar una explicación puramente naturalista del mundo. La propiedad, para la Ilustración, tenía sus orígenes en el trabajo del hombre en la naturaleza y constituía una esfera de actividad estrictamente privada anterior al estado. La exposición definitiva del concepto ilustrado —tan influyente en Francia como en su Inglaterra nativa— la realizó John Locke en su *Second Treatise of Government*.

Aunque la tierra y todas las criaturas inferiores sean comunes a todos los hombres, cada hombre tiene una propiedad de su persona; sobre ella no tiene derecho nadie más que uno mismo. El trabajo de su cuerpo y el trabajo de sus manos, podemos decir, son propiamente suyos. A todo lo obtenido del estado que la naturaleza le ha proporcionado y dejado, le ha añadido su trabajo, y lo ha unido en algo que es suyo, y lo ha convertido en su propiedad... Al ser este trabajo la indiscutible propiedad del trabajador, ningún otro hombre puede tener derecho a lo que él ha unido¹¹.

Esta propiedad abarcaba no sólo las cosas que el hombre se apropiaba para el consumo desde su estado natural —«las bellotas que re-

¹⁰ Sobre el ataque a las obligaciones colectivas, *vid.* Bloch, Marc, «La Lutte pour l'individualisme agraire dans la France du XVIII^e siècle», en *Annales d'histoire économique et sociale*, 2 (1930), 329-83, 511-56.

¹¹ Locke, John, *Two Treatises of Government*, con un suplemento, *Patriarcha*, de Robert Filmer (ed.), Thomas I. Cook, Nueva York, 1947, pág. 134. La edición crítica más actualizada es Laslett, Peter, *Two Treatises of Government*, Cambridge, 1967 (2ª edición).

cogía bajo un roble, o las manzanas que cogía en los árboles del bosque»¹²—, sino también la tierra que ponía en cultivo.

La tierra que un hombre ara, siembra, mejora, cultiva, y cuyo producto aprovecha, es su propiedad. Dios, cuando dio el mundo en común a toda la humanidad, mandó también al hombre trabajar, y la penuria de su condición se lo exigió. Dios y Su razón le mandaron someter la tierra, es decir, mejorarla en beneficio de la vida, y poner en ella algo suyo, el trabajo. El que en obediencia de este mandato divino sometió, aró y sembró una parte de ella, le anexionó algo que era propiedad suya, a lo que ningún otro tenía título, ni podía quitárselo sin daño¹³.

Por tanto, el hombre, mediante su trabajo, llega a adquirir la propiedad sobre «la tierra misma, como lo que hace suyo y ello acarrea todo lo demás»¹⁴.

En la exposición de Locke, la propiedad del hombre sobre las cosas deriva de su propiedad sobre su propia persona. El hombre es un ser natural, colocado en el mundo natural por orden de Dios. Al gastar el trabajo de su persona en algunas partes de la naturaleza las transforma en objetos de valor y anexiona esos objetos a su persona como propiedad suya. La propiedad, en esta concepción, es una extensión de la persona. Al trabajar la naturaleza, la persona extiende la esfera de su personalidad anexionándose muchos objetos útiles que incrementan su comodidad y su dominio. En realidad, propiedad y personalidad eran sinónimos tan próximos para Locke que utilizaba «propiedad» como un término que abarcaba a la personalidad. Así hablaba de las «vidas, libertades y propiedades [de los hombres], que denomino mediante el término general de "propiedad"»¹⁵. Dentro de esta esfera de su personalidad o su propiedad, el hombre era libre y todopoderoso: era «señor absoluto de su persona y posesiones, igual a los más grandes, y sujeto a nadie»¹⁶. Cuando Locke hablaba de los hombres que iniciaron la sociedad política, pensaba no en criaturas aisladas, desnudas, temblorosas, apenas diferenciadas de las bestias, sino de cultivadores diligentes y autosuficientes rodeados por su tierra y por los otros objetos materiales que habían extraído del estado de naturaleza mediante su trabajo.

Cuando los hombres entraban en la sociedad civil, conservaban

¹² Locke, *Two Treatises*, ed. Cook, 134.

¹³ *Ibid.*, págs. 136-7.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 136.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 184.

¹⁶ *Ibid.*

esta identidad con su propiedad. Después de todo, «el gran y esencial fin... de unir a los hombres en estados (*commonwealths*) y ponerse bajo un gobierno es la conservación de su propiedad»¹⁷. Por esta razón, la propiedad de los hombres —incluida su vida y su libertad— seguía siendo inviolable en la sociedad civil: «El poder de la sociedad, o del cuerpo legislativo constituido por ellos, nunca puede suponerse que se extienda más allá del bien común, pero es obligado asegurar la propiedad de cada uno tomando precauciones contra los... defectos... que hacen el estado de naturaleza tan inseguro y molesto»¹⁸. En el esquema de Locke, la propiedad no era un conjunto de derechos mantenidos condicionalmente bajo la disciplina y regulación de la autoridad pública. Por el contrario, la propiedad era anterior a la autoridad pública; una parte inseparable de las personas independientes que se unían voluntariamente para formar la comunidad. En el estado de sociedad, como en el estado de naturaleza, la propiedad continuaba siendo una esfera de la más estricta libertad y autonomía individuales.

Locke tenía dos intenciones al dar esta explicación de la propiedad. En primer lugar, deseaba realizar una exposición puramente naturalista de los orígenes y naturaleza del gobierno. Al escribir a fines del siglo XVII en Inglaterra, al final de un período de intensas guerras religiosas, deseaba situar los orígenes del gobierno enteramente fuera de la trama de cualquier doctrina religiosa, para hacer del gobierno un asunto puramente secular a salvo de los excesos de entusiasmo religioso. Locke trataba al hombre como a un ser puramente natural colocado en un entorno puramente natural y mostraba cómo su trabajo en la naturaleza daba origen primero a la propiedad para mantenerse de forma independiente y después a un estado (*commonwealth*) ordenado por leyes, un poder ejecutivo, un poder legislativo y un poder judicial —todos sin intervención directa de Dios. Dios, desde luego, aparece en la exposición de Locke. Pero es estrictamente un dios innominado, que creó el mundo, colocó en él al hombre, le mandó trabajar y después se recostó y dejó que la naturaleza siguiera su curso. Al expresar su teoría en este estilo naturalista, Locke separaba efectivamente la religión de los asuntos de la comunidad, haciendo de ella un asunto de fe privada más que de preocupación y regulación pública. Si la propiedad consistía para Locke en sustancias naturales transformadas mediante el trabajo, era porque su concepto de propiedad era parte de una explicación más amplia que derivaba el gobierno

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, pág. 186.

y el orden social de la naturaleza más que de la acción de la voluntad divina.

Sin embargo, una exposición naturalista de los orígenes del gobierno no necesitaba basarse en la propiedad. De hecho, el adversario de Locke en sus *Two Treatises*, Sir Robert Filmer, daba una explicación naturalista de los orígenes del gobierno en *Patriarcha, or the Natural Power of Kings*. Filmer derivaba el origen del gobierno y el poder de los reyes de la paternidad original de Adán, que le daba un «dominio natural y privado» sobre la tierra, y se esforzaba por demostrar que los reyes de su época habían heredado esos poderes por descendencia natural directa de Adán¹⁹. La exposición naturalista de Filmer sobre los orígenes del gobierno apoyaba las pretensiones de la monarquía absoluta. Para contraatacar Locke fundaba su contrato social en la propiedad preexistente de los individuos libres. Puesto que poseían ya propiedad, los hombres pre-sociales de Locke eran independientes y auto-suficientes, perfectamente capaces de vivir una vida plena sin reyes ni decretos reales para guiarlos. Establecían gobiernos sólo para disfrutar de su propiedad con mayor seguridad. Y puesto que los hombres poseían propiedad antes de que el gobierno existiera, los reyes que elegían para gobernarlos no podían reivindicar poder alguno sobre su propiedad a menos que los mismos ciudadanos dieran su expreso consentimiento. El poder real estaba así estrictamente limitado por los derechos de propiedad de los ciudadanos, y no podían establecerse impuestos sin el consentimiento de los contribuyentes o sus representantes. La propiedad, en el esquema de Locke, era por tanto un baluarte de la libertad, una garantía contra las pretensiones tiránicas de los aspirantes a reyes absolutos.

La explicación de Locke de los orígenes y la naturaleza de la propiedad era profundamente política en su intención. Al basar la propiedad en el trabajo del hombre en la naturaleza, y el gobierno en los preexistentes derechos de propiedad de los hombres adquiridos naturalmente, Locke construía una teoría del gobierno que al mismo tiempo separaba el estado de las cuestiones de doctrina religiosa y obligaba al rey a respetar las libertades de los ciudadanos. Frente a las teorías del estado católicas tradicionales y las protestantes radicales, la teoría de Locke convertía al estado en una institución secular que surgía sin mediaciones, de las interacciones de los hombres con la naturaleza. Y frente a los teóricos naturalistas de la monarquía absoluta,

¹⁹ La cita procede de Filmer, *Observations on Hobbes, Milton, etc.*, como se cita en Locke, *Two Treatises*, Cook (Ed.), pág. 56. El *Patriarcha* de Filmer está editado por entero en *ibid.*, págs. 251-308.

como Filmer, Locke hacía del rey un agente del estado (*commonwealth*), elegido, cuya obligación era honrar y preservar vidas, libertades y haciendas —en suma, la propiedad— de sus súbditos.

El discurso sobre la propiedad, de la Ilustración francesa, seguía a Locke tanto en sus definiciones formales como en sus intenciones políticas. Como Locke, los Filósofos deseaban liberar el gobierno de los embrollos y las pasiones del fanatismo religioso. Y como Locke, concebían la propiedad como un baluarte de la libertad contra la tiranía de los reyes. Para los franceses, como para Locke, el discurso sobre la propiedad era profundamente político. En ninguna parte está más claro que en el artículo sobre la propiedad en la *Encyclopédie*.

La *propiedad* es el derecho que tiene cada uno de los individuos que integran una sociedad a disfrutar la riqueza que ha adquirido legítimamente.

Uno de los principales objetivos de los hombres al formar las sociedades era asegurar la posesión indisputada de las ventajas que habían adquirido o podían adquirir... Por esta razón todos consentían en sacrificar una parte de [su riqueza] que denominaban *impuesto* para la conservación y mantenimiento de toda la sociedad. Querían proporcionar a las cabezas elegidas del estado los medios de dar seguridad a cada individuo privado en el disfrute de la porción de su riqueza reservada para sí.

Por fuertes que pudieran ser los afectos y el entusiasmo de los hombres por los soberanos a quienes se sometían, nunca llegarían a darles un poder absoluto e ilimitado sobre su riqueza... Los halagos de los cortesanos... pretendían convencer a algunos príncipes de que tenían derecho absoluto sobre la riqueza de sus súbditos. Sólo los déspotas y los tiranos han adoptado estas máximas absurdas... En los estados donde se siguen las reglas de la razón, las *propiedades* de los individuos privados están bajo protección de las leyes: al cabeza de familia [*père de famille*] se le asegura disfrutar y transmitir a su descendencia la riqueza amasada con su trabajo. Los buenos reyes han respetado siempre las posesiones de sus súbditos. Han considerado los fondos públicos que se les han confiado como un simple fideicomiso que no pueden apropiarse para satisfacer incorrectamente sus pasiones frívolas, la voracidad de sus favoritos, o la rapacidad de sus cortesanos²⁰.

Por diferentes que sean el tono y el énfasis, la concepción de la propiedad de este artículo es fundamentalmente la misma que la de Locke. La propiedad, se asume sin problemas, se crea mediante el trabajo en la naturaleza: la propiedad es la riqueza que el cabeza de familia «ha amasado mediante su trabajo». Y los hombres formaron so-

²⁰ *Encyclopédie*, 13:491, artículo «Propriété».

ciedades ante todo para asegurar la posesión indisputada de su propiedad. Finalmente, el gobierno derivado de ese contrato social fue un estado puramente secular en el que el rey estaba obligado a respetar las libertades y la propiedad de sus súbditos. En todo esto, la *Encyclopédie* y Locke estaban en perfecto acuerdo. Sin embargo, el artículo tenía su propia orientación política; era ante todo una protesta contra los impuestos injustos. Los impuestos, se señalaba, se conceden «para proporcionar a las cabezas elegidas del estado los medios de dar seguridad a cada individuo privado en el disfrute de la porción de la riqueza que reservaba para sí». El poder de los reyes de fijar impuestos a sus súbditos no va más allá de las necesidades de gobierno legítimas y limitadas; pretender ir más allá hace del rey un tirano o un déspota. La consecuencia clara es que los reyes franceses, que habían establecido impuestos por decreto sin consultar a su pueblo, y que —desde el punto de vista de los Filósofos— despilfarraban el dinero en los frívolos empeños de sus cortesanos en Versalles, habían cometido ataques injustos a la libertad y propiedad de sus súbditos.

Este artículo de la *Encyclopédie* ilustra claramente cómo las ideas de Locke iban a tener consecuencias y acentos muy diferentes al ser adoptadas por los Filósofos y elaborarse en un contexto francés. Locke y los Filósofos estaban en perfecto acuerdo sobre los límites de los poderes del rey sobre los impuestos, y el mismo Locke tenía importantes cosas que decir sobre el asunto. Pero puesto que el peso de los impuestos estaba distribuido de forma menos equitativa en Francia, y la corona había establecido repetidamente nuevos impuestos sin consultar a los Estados Generales, los franceses eran mucho más sensibles a la cuestión. En Francia, por tanto, una concepción lockeana de la propiedad conducía directamente al problema de los impuestos, porque los impuestos se veían como una seria amenaza a la integridad de la propiedad y a la libertad, que sólo la propiedad podía asegurar. A su vez, el destacado papel de los impuestos en Francia era una razón de por qué la concepción de Locke de la propiedad resultaba especialmente atractiva para los Filósofos, que luchaban por una disminución y redistribución de la carga impositiva.

Esta insistencia en los impuestos no era la única consecuencia nueva de aplicar una concepción lockeana de la propiedad a la situación francesa. Aun más fundamental, la concepción de Locke suponía una notable restricción de lo que podía considerarse propiedad legítima. La idea lockeana daba a los hombres un título firme e indiscutible a la propiedad absoluta sobre las sustancias naturales transformadas por su trabajo o que habían intercambiado por las sustancias que

habían transformado. Pero al mismo tiempo, parecía disolver los derechos de propiedad de lo que no fueran sustancias naturales transformadas y, en concreto, de las funciones semipúblicas, como *seigneuries*, cargos venales y grados de maestro. Si la propiedad se definía como una sustancia natural transformada mediante el trabajo humano, ¿cómo podían calificarse de propiedad las funciones o los poderes públicos? Además, si la propiedad es anterior a la sociedad y al gobierno, parte inseparable de las personas que formaban la sociedad, ¿cómo podían reivindicarse derechos de propiedad sobre funciones o poderes que por definición sólo podían haberse establecido tras la fundación del estado? En la Inglaterra de fines del siglo XVII, estas consecuencias de la teoría de Locke no planteaban ningún problema importante: allí las *seigneuries* habían desaparecido desde hacía largo tiempo, el sistema de propiedad en el cargo no se había afirmado nunca, y las corporaciones de oficio eran relativamente escasas, débiles y estaban en declive. Pero cuando sus teorías se adoptaron en Francia, donde la propiedad de la función pública era general, tenía gran valor y era clave en la misma constitución de la vida pública, el resultado debía ser corrosivo. La adopción de una concepción lockeana de la propiedad contribuyó mucho al profundo sentido de los Filósofos de que esas formas perfectamente legales de la propiedad habían de verse como usurpaciones y odiosos privilegios que no debían existir en una nación verdaderamente racional e ilustrada.

Una segunda consecuencia del concepto naturalista lockeano de la propiedad era que daba al discurso sobre la propiedad un tono sutilmente rural y agrario. La idea de que la agricultura es más natural que otras actividades es antiquísima; quizá sea inherente a la concepción occidental de la naturaleza. Puede encontrarse en la antigüedad clásica y en el Antiguo Testamento y estaba viva entre los teóricos católicos del orden corporativo bajo el Antiguo Régimen. Así, cuando Loyseau intentó clasificar en 1610 las diversas ocupaciones dentro del Tercer Estado, colocó a los labradores no sólo por encima de las *gens de métier*, sino también por encima de los niveles inferiores de los cargos municipales —alguaciles, tasadores, subastadores, pregoneros y similares—, porque «no hay vida más inocente, ni trabajo más de acuerdo con la naturaleza que el de cultivar la tierra»²¹. La idea de que la agricultura era la más natural de las actividades humanas se manifestaba en el pensamiento de la Ilustración de diversas maneras: por ejemplo, en la doctrina de los fisiócratas de que sólo la agricultura podía incrementar realmente la riqueza de la nación o en la enumeración de los

²¹ Loyseau, *Traité des ordres*, págs. 79-80.

agricultores por Sieyès como la primera clase de ciudadanos porque tenían el contacto más directo con los productos de la naturaleza.

Este sentido generalizado de que agricultura y naturaleza estaban íntimamente relacionadas daba lugar a un rasgo característico de la teoría lockeana, naturalista, de la propiedad. La explicación de Locke sobre los orígenes de la propiedad extraía sus ejemplos fundamentalmente de la agricultura, y hablaba de propiedad rústica como «la que abarca y sostiene a todas las demás». La imagen del cultivador transformando frondosos bosques y yermos brezales en campos parcelados, del trabajo humano grabando las formas ordenadas de la civilización en la misma superficie de la tierra, tenía también un hondo atractivo para los Filósofos franceses. La propiedad rústica, después de todo, tenía una especial permanencia y sustancialidad. En la agricultura la riqueza amasada en una vida de trabajo estaba materializada físicamente en tierra, instalaciones y edificios; en sustancias naturales transformadas que podían verse, tocarse y traspasarse intactas a los herederos. En comparación, la riqueza comercial o industrial —productos adquiridos para venderse, materias primas para ser transformadas y colocadas en el mercado, activos comerciales y depósitos bancarios, carteras de inversiones— estaba en constante circulación, era volátil, evanescente e insegura. Así, cuando los autores de la Ilustración hablaban de la propiedad en general tendían a pensar en la propiedad de la tierra.

Esta tendencia a identificar la propiedad con la tierra se acrecentaba por otra característica del discurso lockeano e ilustrado: el vínculo íntimo que se postulaba entre propiedad y representación. El gobierno estaba formado originalmente por propietarios independientes que deseaban proteger su propiedad. Por tanto, eran los propietarios quienes otorgaban los impuestos para el mantenimiento del gobierno, y estos impuestos sólo podían exigirse legítimamente con su consentimiento expreso. A menos que la propiedad estuviera representada en el estado, era vulnerable a la tiranía regia²². En la Francia del siglo XVIII, buena parte de la propiedad sometida a impuestos no tenía representación alguna en el estado. La representación a través de los Estados Generales había cesado enteramente desde 1617, y durante el

²² Como dice Locke, «todo el que disfruta su parte de protección debe pagar de sus propiedades la parte para su mantenimiento. Pero debe ser con su consentimiento —es decir, el consentimiento de la mayoría, por sí o a través de sus representantes elegidos—. Pues si alguien pretendiera un poder de establecer y exigir impuestos al pueblo, por su propia autoridad y sin consentimiento del pueblo, invadiría el derecho fundamental de la propiedad y subvertiría el fin del gobierno; ¿qué propiedad tengo yo en la que otro por derecho puede tomar, cuando le place, para sí?» (*Two Treatises*, pág. 193).

resto del siglo XVII y en el XVIII, sólo de los grupos reconocidos por la corona como órdenes corporativos o cuerpos permanentes podía decirse que tuvieran representación en algún sentido. Grupos como el clero, la nobleza, los magistrados, las profesiones liberales, las *gildes de métier*, las universidades, las ciudades o las provincias podían presentar sus intereses ante las autoridades municipales y reales y con frecuencia podían resistirse a acciones potencialmente perjudiciales —incluidos los intentos de imponer nuevos impuestos—. Pero los agricultores carecían por completo de esa representación corporativa, y estaban sin defensa frente a las crecientes exigencias fiscales del estado. Como resultado, tenían que soportar la parte principal del peso creciente de los impuestos establecidos por la corona en los siglos XVII y XVIII. El problema de la representación, tal como lo ven los filósofos franceses del siglo XVIII, era sobre todo un problema rural, y sus esfuerzos para resolverlo en términos lockeanos se concentraban en la propiedad de la tierra. Esto servía para reforzar la tendencia rural ya marcada en la concepción naturalista de la propiedad, y para fijar la atención de los filósofos en la propiedad de la tierra.

Quizá el más perfecto defensor de la representación sobre la base de la propiedad de la tierra fuera Turgot. Cuando llegó a *contrôleur général* en 1774, dio instrucciones a su discípulo Du Pont de Nemours para redactar una *Mémoire sur les municipalités* (Memoria sobre los municipios), que proponía al rey una reforma de la representación y la administración local. Aunque Turgot cayó antes de poder presentar la *Mémoire* a Luis XVI, la entendía como una propuesta práctica de reformas inmediatas²³. En la *Mémoire*, Turgot proponía basar la representación de los ciudadanos en la propiedad e ignorar su condición personal de nobles o gentes del común. Eso situaría la propiedad en el centro del orden social y político y transformaría una nación compuesta de órdenes o estados en una nación compuesta de propietarios individuales. En este sentido, la propuesta de Turgot parece un perfecto ejemplo de la tendencia bien conocida de la Ilustración a adoptar los intereses de la burguesía. Pero, de hecho, la concepción de Turgot de la propiedad era enteramente rural; caracterizaba la propiedad de los ciudadanos como «el lugar imborrable que ocupan en el suelo»²⁴, y a lo largo de toda la *Mémoire* al-

²³ La *Mémoire* está publicada íntegra en Schelle, Gustave (ed.), Ann-Robert Turgot, barón de l'Aulne, *Oeuvres de Turgot et documents le concernant* (4 vols), París, 1913-23, 4: 568-628. Un análisis iluminador de la *Mémoire*, Baker, Condot, págs. 202-14.

²⁴ Turgot, *Oeuvres*, 4: 619.

caba este concepto de propiedad y de propiedad de la tierra con el máximo rigor. Incluso en las ciudades, donde la tierra representaba una pequeña fracción de la riqueza total de sus habitantes, sólo los poseedores de suelo urbano tendrían derecho al voto. Tan completa era la identificación de propiedad de la tierra y propiedad en general que en este proyecto la mayor parte de la propiedad urbana habría quedado fuera del fisco y sin representación. Si se hubiera aprobado el sistema de representación de Turgot, habría dado al más mediocre de los propietarios campesinos un peso mayor en el estado que a un próspero burgués cuya riqueza fuera de carácter totalmente comercial o industrial.

En la *Mémoire*, Turgot proponía una jerarquía de asambleas parroquiales, regionales, provinciales y nacionales, que estarían encargadas de administrar y aportar los impuestos, la planificación de las obras públicas, y organizar la asistencia a los pobres. La participación en las asambleas parroquiales se basaría exclusivamente en la propiedad de la tierra. Según Turgot, los que no poseían tierra no estaban suficientemente unidos a sus parroquias para ser ciudadanos: «Esas gentes tienen una morada hoy y otra mañana. Están al servicio de la nación en general; deben disfrutar del auxilio de las leyes en cualquier lugar, de la protección de la autoridad [real] y de la seguridad que procura; pero no pertenecen a ningún lugar»²⁵. Los propietarios de tierra, por el contrario, formaban «realmente parte de una parroquia o un pueblo... Están unidos a la tierra a través de su propiedad; no pueden dejar de tener interés en el distrito donde se encuentra». Por esta razón, sólo ellos deben ser considerados auténticos ciudadanos: «Es la posesión de la tierra... lo que, vinculando al poseedor al estado, constituye la verdadera ciudadanía [*droit de cité*]... Sólo puede otorgarse legítimamente acuerdo al uso de este derecho o una voz en las asambleas parroquiales a quienes poseen tierras»²⁶.

La identificación de Turgot de la tierra con la ciudadanía era completa. No sólo se les negaba a quienes no tenían tierras el voto en la asamblea parroquial, sino que los votos de los propietarios se distribuían en estricta proporción al valor de su tierra. Turgot definía a un ciudadano pleno como el que poseía bastante tierra para mantener una familia, pues ese hombre era al tiempo totalmente independiente y un miembro asentado en la comunidad. El poseedor de esa tierra debía tener, por tanto, pleno derecho de voto en la asamblea. Aquellos cuya propiedad era más pequeña serían «ciudadanos parciales». Se unirían

²⁵ *Ibid.*, pág. 583.

²⁶ *Ibid.*, págs. 584-5.

con otros ciudadanos parciales hasta que su propiedad total alcanzara el nivel suficiente para sostener una familia, y elegirían a uno de ellos para representarlos a todos²⁷. Por el mismo razonamiento, aquellos cuyos ingresos fueran suficientes «para sostener a varias familias de ciudadanos y quienes, en consecuencia, ocupasen su puesto en el territorio» tendrían tantos votos «como porciones de ciudadanos reunirían en su mano»²⁸. Según Turgot, «este arreglo parece fundarse en la justicia, puesto que alguien que tiene el cuádruple de ingresos tiene cuatro veces más que perder si los asuntos de esa parroquia van mal, y cuatro veces más que ganar si todo marcha prósperamente»²⁹. Además, el voto múltiple tendría la ventaja de asegurar la racionalidad de las deliberaciones de las asambleas: «Al estar la mayoría de los votos, con mayor frecuencia, del lado de quienes han recibido más educación, las asambleas serán mucho más razonables que si dominase la gente poco instruida y mal educada»³⁰.

Este sistema de asignación de votos según el valor de la propiedad de la tierra aseguraría que las asambleas parroquiales representarían los intereses legítimos y el juicio racional del pueblo. Al mismo tiempo, simplificaría considerablemente la administración local al proporcionar un medio fácil de aportar impuestos.

Al atribuir los votos a cierta cantidad de ingresos, la reivindicación de un voto o de una fracción de voto o de determinado número de votos, será la confesión y declaración de determinados ingresos; de forma que conocidas las proporciones de las fortunas, la división de los impuestos se hará con la división de los votos, por los mismos habitantes, sin la menor dificultad³¹.

La distribución y recaudación de impuestos, una de las obligaciones más difíciles, costosas e impopulares de la administración real, se descentralizaría y resultaría casi automática a través de la institución de las asambleas parroquiales de Turgot. Por este medio, según la *Mémoire*, el rey quedaría liberado de la necesidad de adoptar miles de decisiones diferentes, de decretos sobre cada disputa particular; en su lugar ahora «gobernaría, como Dios, mediante leyes generales»³².

Para Turgot, la posesión de tierra era sinónimo de ciudadanía. En cierto sentido era una simple extensión de la teoría lockeana; si el es-

²⁷ *Ibid.*, págs. 587-8.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, pág. 588.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, pág. 589.

³² *Ibid.*, pág. 576.

tado se formaba para la protección de la propiedad de la tierra, la pertenencia al estado dependería de la propiedad de la tierra. En el proyecto de Turgot, los elementos constituyentes del estado no eran las personas, sino las tierras que contenían a las personas o las personas rodeadas por sus tierras. La reunión de estos territorios habitados constituía el territorio de la nación. Y el peso de estas unidades constituyentes era proporcional al valor de la tierra y, por tanto, al número de personas que la tierra podía mantener. Los dependientes de los cabezas de familia terratenientes —mujeres e hijos u otros parientes, o colonos, criados o trabajadores contratados— estaban incorporados en las parcelas de tierra que constituían la nación y representados por los propietarios titulares de la tierra. De esta forma, la ciudadanía estaba en la superficie de la tierra y se correspondía perfectamente con las parcelas de naturaleza transformada. El estado, como resultado, actuaría con la regularidad de la naturaleza misma, el rey —como el Dios relojero— configuraría los mecanismos sociales gobernando mediante leyes generales. De esta forma las obligaciones y privilegios de la ciudadanía —el pago de impuestos, así como la participación en la administración pública— se realizarían automáticamente, en armonía con la distribución de la propiedad, y por tanto de los intereses legítimos y la racionalidad, sobre la superficie del territorio nacional.

El proyecto de Turgot se aplicaba claramente —en realidad con una especie de precisión maniática— a la sociedad rural, donde la tierra era la principal fuente de riqueza. ¿Pero qué pasaba con las ciudades, donde la mayor parte de la riqueza era móvil y comercial en lugar de inmueble y agraria? Otra vez la lógica de Turgot era despiadada. La riqueza móvil —como la del comercio y la manufactura— no tenía permanencia.

La riqueza móvil es tan fugitiva como el talento; y desgraciadamente quienes no poseen tierra tienen una patria sólo en sus corazones, en sus ideas, en los felices prejuicios de la infancia. La necesidad no les da ninguna. Escapan de la obligación; eluden los impuestos... Si, para hacerles contribuir por sus ganancias, los impuestos crecen para privarles de su facultad de hacer beneficios... abandonan sus empresas y su patria³⁴.

La riqueza mueble no podía ser base adecuada de la ciudadanía, y todo intento de establecer impuestos sobre ella sólo podía tener el desgraciado efecto de expulsar del país al comercio y a la industria.

³⁴ *Ibid.*, pág. 584.

Sólo la riqueza inmueble de los habitantes de la ciudad —suelo y edificios— les daba un interés real en su ciudad.

Las únicas cosas que no pueden llevarse son las casas y el suelo en el que están construidas. Si la ciudad es próspera y populosa, las casas dan buenas rentas; si el comercio no florece... los hombres y el capital mobiliario se van a otro lugar; las rentas caen... de forma que son los propietarios los únicos en la ciudad que no pueden transportar sus riquezas, que se encuentran arruinados.

De aquí que sean «los propietarios de casas y suelo» quienes tengan un interés real en una ciudad, y que sean ellos quienes constituyan los municipios urbanos³⁵.

Por tanto, los votos en las asambleas urbanas deberían distribuirse según el valor del suelo y los edificios de los propietarios. Pero un examen más atento revela que esto sería inadecuado. De hecho, los votos se distribuían exclusivamente según el valor del suelo sobre el que las casas están construidas, puesto que ni siquiera las casas se adaptan a los criterios de permanencia de Turgot.

Una casa es un tipo de propiedad sin seguridad. Los arreglos se llevan cada año, y cada vez más, una parte del valor; y después de un siglo, más o menos, la casa tiene que reconstruirse enteramente. El capital utilizado en la primera construcción y el añadido para el mantenimiento quedan anulados... Un campo, que no exige el mismo mantenimiento ni está sujeto a los mismos accidentes, conserva su valor perpetuamente... Su dueño es un ciudadano mientras el campo subsiste... El propietario de un campo... puede... en la peor calamidad que le haga perder a sus campesinos, convertirse él mismo en campesino en su hacienda y ganar la subsistencia para su familia de ciudadanos mediante su trabajo. El propietario de casas, reducido a no tener rentistas, a vivir en su casa, moriría allí con su familia, a menos que tuviera ingresos de otro lugar. Una casa no es una propiedad productiva, es un bien costoso³⁶.

Por esta razón, Turgot concluía que una familia que sólo posee una casa «no es una familia *fundada* en el estado. Sólo tiene un *puesto*. Sólo puede aguantar los cien años que aguanta su casa». Por tanto, sólo el suelo en el que se construyen las casas es lo que constituye «el verdadero y sólido vínculo entre el propietario de casas y la patria, su auténtico medio de mantener a sus hijos, su verdadera ciudadanía [*droit de cité*]³⁶».

³⁵ *Ibid.*, pág. 600.

³⁶ *Ibid.*, pág. 601.

³⁶ *Ibid.*

Al proponer que la distribución de los votos urbanos se basara exclusivamente en el valor del suelo urbano, Turgot trataba de establecer una «paridad real», una «igualdad imparcial que Vuestra Majestad desea observar entre sus súbditos en las ciudades y en el campo»³⁷. Desde el punto de vista contemporáneo, aplicar este patrón común a las ciudades y al campo daría lugar a las desigualdades más obvias. Aunque cualquier pueblo francés tendría numerosos ciudadanos plenos y múltiples, poquísimos propietarios de suelo urbano poseerían lo bastante para obtener un solo voto: «Apenas se encontrarían cuarenta en París. De ello se deriva que casi todos los propietarios urbanos sólo serán ciudadanos parciales, y que las fracciones de ciudadanos serán mucho menores en las ciudades que en el campo»³⁸. El proyecto de Turgot no parece nada equitativo, porque coloca mayor poder del estado en manos de los propietarios rurales que urbanos —y los impuestos serían mucho más pesados sobre la riqueza rural que sobre la urbana—. Pero para Turgot, este plan reflejaba precisamente la distribución de los verdaderos intereses legítimos y permanentes del estado; la pertenencia al estado había de ser inseparable, idéntica en realidad, a la propiedad de la tierra. Otras formas de propiedad, con todo lo importantes o «burguesas» que pudieran resultarnos, le parecían demasiado evanescentes para estar representadas en el estado.

La incapacidad de Turgot para ver la propiedad comercial e industrial como algo similar a la propiedad de la tierra se hace también evidente en el decreto que abolía las corporaciones. Actualmente —o a mediados del siglo XIX— el paralelo industrial o comercial evidente de la propiedad del terrateniente en tierra sería la propiedad en capital del hombre de negocios. Pero Turgot no lo veía así. Hablaba de las *gens de métier* como «la clase de hombres... que carecen de propiedad fuera de su trabajo y su industria»³⁹. Si Turgot hubiera hablado exclusivamente de asalariados, sus palabras serían perfectamente comprensibles. Pero, de hecho, hablaba tanto de obreros como de sus patronos, de las *gens de métier* en general. Su concepción del trabajo como propiedad era estrictamente lockeana: «Dios, al dar al hombre necesidades, al hacer del trabajo su recurso necesario, hacía del derecho a trabajar la propiedad de cada hombre; y esta propiedad es la primera, la más sagrada y más imprescriptible de todas»⁴⁰. Cuando esta concepción del trabajo como la propiedad de los hombres se aplicaba al campo, generaba la propiedad de la tierra. En la agricultura, el trabajo

³⁷ *Ibid.*, págs. 600, 603.

³⁸ *Ibid.*, pág. 603.

³⁹ Isambert y otros, *Recueil général des anciennes lois*, 23: 371.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 375.

se fijaba a la tierra, y la tierra quedaba como su materialización sólida, inamovible y sustentadora. Pero en las *arts et métiers*, los productos del trabajo estaban en constante circulación. Los diversos objetos que creaba el trabajo del maestro a partir de las sustancias naturales y vendía después a otros, o los instrumentos, el equipo y los activos comerciales que acumulaba de los beneficios de sus ventas, eran propiedad en el sentido que pertenecían legítimamente al maestro artesano. Pero no eran como la propiedad de la tierra; no tenían permanencia ni fuerza para fijar la posición de un hombre en el estado. Cuando Turgot consideraba las artes mecánicas no concebía el capital o los productos almacenados como una forma de propiedad importante. A sus ojos lo único que un maestro podía llamar suyo de forma definitiva e indiscutible era su trabajo. Era, por tanto, en «el derecho al trabajo», más que en la posesión de propiedad material, en lo que Turgot basaba el derecho de los maestros a la libertad de las cadenas corporativas.

El propósito del decreto de Turgot que abolía las corporaciones era «liberar a nuestros súbditos de todas las usurpaciones de este inalienable derecho de la humanidad»⁴¹, y el «derecho al trabajo» había de aplicarse igualmente a patronos y obreros. Pero Turgot creía que la distinción entre patronos y obreros era natural e inevitable.

Quienes conocen el funcionamiento del comercio también saben que cualquier empresa importante en el comercio o la industria requiere la cooperación de dos tipos de hombres; de los empresarios que adelantan las materias primas, los instrumentos necesarios para cualquier comercio; y de los simples obreros que trabajan para los primeros, recibiendo un salario acordado. Ese es el verdadero origen de la distinción entre los empresarios o maestros y los obreros u oficiales, que se basa en la naturaleza de las cosas⁴².

La distinción no se hacía entre quienes poseían los medios de producción y quienes no los poseían, sino entre dos tipos diferentes de trabajo. El mismo término que empleaba Turgot para los maestros, «empresarios», ponía de manifiesto su concepción sobre su papel. Un empresario es alguien que emprende un proyecto, que pone en relación la financiación, los materiales, los instrumentos y el trabajo necesario para desarrollar una tarea y llevarla a cabo hasta su finalización. Un empresario podía ser también un propietario de medios

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*, pág. 376.

⁴³ *Ibid.*

de producción —y Turgot habla en un punto de los empresarios como «quienes emplean su capital en un comercio»⁴³—. Pero para Turgot, lo destacado era el trabajo del empresario, no su capital. Turgot deseaba otorgar a los empresarios autoridad para contratar a cuantos trabajadores desearan al salario que pudieran acordar y emplear a esos trabajadores en la forma que pudiera parecerles más ventajosa. Pero al realizar esta reforma totalmente «burguesa», basaba la autoridad de los maestros en su derecho a trabajar libremente, no en su propiedad.

Para Turgot, la posesión de propiedad rural era la fuente de una distinción fundamental entre las personas —la distinción entre ciudadanos y no-ciudadanos—. La tierra, al fijar el lugar de un hombre en el estado, le daba los derechos y obligaciones de la ciudadanía. Todas las otras formas de propiedad —trabajo, capital, casas o inversiones— eran pasajeras e insustanciales; todas eran «tan fugitivas como el talento». Desde el punto de vista actual, las diferencias entre estas diversas formas de propiedad no agrícola —y en particular la diferencia entre trabajo y capital— parecen fundamentales. Un observador actual vería el mundo de los oficios urbanos del siglo XVIII dividido en dos clases distintas y antagónicas; quienes poseían los medios de producción y quienes no poseían nada más que su trabajo. Pero para Turgot, patronos y obreros podían describirse como una clase de hombres «que no tienen otra propiedad que su trabajo y su industria». Si pudiera preguntarse a Turgot, sin duda admitiría que el capital de los maestros era también una forma de propiedad y, por tanto, que los maestros, estrictamente hablando, tenían propiedad aparte de su trabajo. Pero puesto que el capital carecía de la permanencia y solidez de la tierra, la distinción entre capital y trabajo —que nos parece fundamental a nosotros— a él le parecía insignificante. Aunque pudiera no ser técnicamente correcto decir que los maestros no tenían propiedad excepto su trabajo, no modificaría la argumentación de Turgot. Para él, todas las diferencias entre formas de propiedad no territorial se desvanecían ante la enorme y fundamental distinción entre la permanencia de la tierra y la inestabilidad de todo lo demás.

No todo el mundo veía la propiedad en los mismos términos que Turgot, incluso entre los partidarios de la Ilustración. Algunos estaban menos inclinados a favorecer el poder de los grandes terratenientes y otros más interesados en los problemas de la propiedad mobiliaria. Sin embargo, al centrar su discurso sobre la propiedad en la tierra, Turgot llevaba a su conclusión lógica una tendencia general del pensamiento de la Ilustración. Para los Filósofos en general y para los revolucionarios que intentaban llevar sus nociones a la práctica, la quin-

taesencia de la propiedad era la tierra; cuando pensaban en propiedad era la tierra lo que consideraban. Esto era tan cierto para quienes deseaban redistribuir la propiedad como para quienes querían hacerla inviolable. Cuando Saint-Just —miembro del Comité de Salud Pública y el abogado más elocuente del terror— redactó sus *Fragments on Republican Institutions* en el ápice del terror en 1794, concluía que una división más equitativa de la propiedad era una precondition necesaria para establecer el bien público. Pero, de forma característica, lo formulaba en términos de división de la tierra. «Para reformar las costumbres [*moeurs*], debemos empezar por satisfacer necesidad e interés; debemos dar tierra a todo el mundo»⁴⁴. Para Turgot, para Saint-Just, y para la concepción ilustrada en general, la propiedad era inseparable de la tierra. Sólo en el siglo XIX, tras las transformaciones en la propiedad impuestas por la Revolución, los problemas de la propiedad industrial y urbana llegaron a ocupar un puesto importante en el discurso público.

LA PROPIEDAD EN LA LEGISLACIÓN REVOLUCIONARIA

La Asamblea Nacional redefinió autoritariamente la naturaleza de los derechos de propiedad en Francia en la noche del 4 de agosto. Es interesante que la Asamblea se hubiera visto aguijoneada por una crisis de la propiedad rural. Los principales objetivos de las revueltas campesinas en el verano de 1789 fueron las rentas y obligaciones que debían a los señores. Sin duda, las *seigneuries* eran propiedades legítimas bajo el Antiguo Régimen, de forma que los levantamientos campesinos constituían un asalto contra la propiedad. Sin embargo, la forma particular de la propiedad que los campesinos atacaban era la que la opinión ilustrada había considerado durante años contraria a los derechos naturales. El fin de los organizadores de la noche del 4 de agosto había sido abolir la propiedad de los derechos señoriales, pero exigir a los campesinos indemnizar a los señores. Como afirmaba el duque de Aiguillon, que promovió su abolición: «Estos derechos son propiedad suya. Son el único recurso de algunos individuos; y la equidad prohíbe que exijamos el abandono de una propiedad sin otorgar una justa indemnización al propietario, que cede el disfrute de sus ventajas en beneficio público»⁴⁵. Esta fórmula, se esperaba, acor-

⁴⁴ Vellay, C. (ed.), *Oeuvres complètes de Saint-Just* (2 vols.), París, 1908, 2: 513.

⁴⁵ Mavidal y Laurent, *Archives parlementaires*, 8: 344.

daría la ley a la naturaleza y la razón y establecería el principio de que ninguna propiedad legítimamente poseída podía quitarse sin compensación. De hecho, la Asamblea, con el entusiasmo de la ocasión, determinó que los derechos y obligaciones relativos a la servidumbre se abolieran completamente sin compensación; no obstante, todos los otros derechos y obligaciones debían redimirse mediante compra. Un tipo de propiedad —la propiedad sobre las personas— se consideraba tan repugnante al derecho natural que sus poseedores no merecían compensación aunque esos derechos estuvieran legalmente reconocidos en el pasado. La Asamblea fue también más allá de las recomendaciones de Aiguillon al ampliar la abolición a otras formas de propiedad: suprimió formalmente la venta de cargos municipales y judiciales. Además, abolió todos los privilegios pecuniarios y declaró que las distinciones de nacimiento no podían ya excluir a una persona de ninguna posición u honor eclesiástico, civil o militar. De aquí que se despojara a los títulos, privilegios y distinciones hereditarias que el *Parlement* de París había asimilado a la propiedad de todo valor material y quedaran reducidos a una condición puramente honorífica.

La noche del 4 de agosto fue el holocausto de la propiedad del viejo estilo. Sin duda ciertos restos sobrevivieron a las llamas: los privilegios de las corporaciones de oficio quedaron intactos hasta 1791, los cargos venales continuarían en sus funciones hasta que la Asamblea completara una reforma del sistema administrativo y judicial, y las obligaciones señoriales se recaudaría hasta que se redimieran mediante compra —aunque finalmente se suprimieron sin compensación en 1793—. Pero la noche del 4 de agosto marcó definitivamente el curso de la Revolución en la cuestión de la propiedad. Con la destrucción de las *seigneuries* y los cargos venales quedaba abierto el camino a una redefinición que limitaba estrictamente la propiedad a trozos de naturaleza transformada o a símbolos —como el dinero o las acciones— que por convención representaban derechos sobre la propiedad física. No sólo se eliminaron ciertos tipos de posesión —el derecho a realizar funciones públicas o las obligaciones señoriales derivadas de esos derechos— de la esfera de la propiedad legítima, sino que las propiedades que quedaron intactas adoptaron nuevas características. Por ejemplo, la tierra sujeta a diversas formas de tenencia con derechos diversos e interrelacionados, tanto de los ocupantes campesinos como de los señores, se convirtió en propiedad absoluta de unos o de otros; los siervos se convirtieron en propietarios absolutos de sus tierras, y se consideró a los aparceros arrendatarios que tomaban tierra del propietario. El complejo embrollo de derechos sobre la tierra se

resolvió en propiedades alodiales individuales⁴⁶. Y lo ocurrido en el campo se generalizó: tras la noche del 4 de agosto, la propiedad en Francia quedó limitada a la posesión de cosas por individuos.

Todo esto se formalizó en las semanas que siguieron a la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. En el artículo 2º, la propiedad privada individual quedaba establecida como derecho natural y fundamento de la sociedad civil: «El propósito de cualquier asociación política es la preservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad, y la resistencia a la opresión.» Esta relación de la propiedad con la libertad, la seguridad y la resistencia a la opresión es una señal inconfundible de la intención de la declaración. La propiedad se concibe en un sentido característicamente lockeano: como los medios acumulados mediante el trabajo que permiten a una persona libre mantener su independencia y libertad frente a la opresión real o potencial. La propiedad es, por tanto, una extensión de la persona, y debe garantizarse la misma libertad que a los demás aspectos de la persona. La naturaleza de esta libertad se especifica en los artículos 4º y 5º.

Artículo 4º. La libertad consiste en la capacidad de hacer todo lo que no perjudique a otro. Por tanto, el ejercicio de los derechos naturales de cada hombre no tiene más límites que los que aseguran a otros miembros de la sociedad el disfrute de los mismos derechos. Esos límites sólo pueden determinarse mediante la ley.

Artículo 5º. La ley sólo tiene derecho a prohibir las acciones que sean perjudiciales para la sociedad. No puede impedirse nada que no esté prohibido por ley, y nadie puede ser obligado a hacer lo que aquélla no exija.

Un ciudadano quedaba libre de injerencia pública o privada en el disfrute o disposición de su propiedad excepto donde una ley declarara que su acción era perjudicial para los derechos de otros. La propiedad no estaba ya, como bajo el Antiguo Régimen, sujeta a diversas regulaciones públicas armonizando su uso con un orden público preestablecido. En su lugar, el bien público había de maximizarse incrementando la libertad y el bienestar privado de todos los ciudadanos, liberando a los ciudadanos para desarrollar y mantener sus personas y propiedades privadas como su soberana razón individual juzgara mejor. Había, sin duda, algunas limitaciones públicas a los derechos de

⁴⁶ Sobre estas cuestiones, vid. Sagnac, Ph., y Caron, P., *Les Comités des droits féodaux et de législation et l'abolition du régime seigneurial (1789-1793)*, París, 1907, y Sagnac, Ph., *La Législation civile de la Révolution française (1789-1804)*, París, 1898.

propiedad en los casos en que el uso ilimitado de la propiedad pudiera poner en peligro la libertad de otros. Pero esas limitaciones eran mínimas y marginales en comparación con el Antiguo Régimen.

Una limitación más importante a los derechos de propiedad privada era que la propiedad quedaba sujeta a impuestos. Pero el establecimiento de impuestos estaba lejos de ser el asunto arbitrario que había sido en el Antiguo Régimen. Esto se exponía claramente en los artículos 13º y 14º.

Artículo 13º. Para el mantenimiento de las fuerzas públicas y los gastos de la administración es indispensable una contribución común; debe ser distribuida por igual entre todos los ciudadanos según sus medios.

Artículo 14º. Los ciudadanos tienen el derecho a determinar, por sí o a través de sus representantes, la necesidad de la contribución pública, a observar el uso que se hace de los ingresos, y a determinar la proporción que debe pagarse, los medios de valorar y recaudar, y la duración.

Los impuestos ya no eran una exacción arbitraria, sino una «contribución pública» determinada por los mismos ciudadanos. Esta contribución había de distribuirse además de forma equitativa; no habían de existir exenciones privilegiadas para ninguna clase y los pagos debían distribuirse según los medios de los ciudadanos. En esas circunstancias, los impuestos dejaban de ser una amenaza para la propiedad y, por tanto, para la libertad de los ciudadanos, y se convertían en una de las condiciones del mantenimiento de una sociedad civil fundada para la protección de la libertad y la propiedad.

Finalmente, la propiedad, como un derecho natural, sólo podía quitarse a los ciudadanos en circunstancias totalmente excepcionales.

Artículo 17º. De la propiedad, que es un derecho sagrado e inviolable, nadie puede ser privado excepto cuando una necesidad pública legalmente establecida lo requiera de forma evidente, y con la condición de una indemnización justa y previa.

Este artículo probablemente se incluyera para justificar la decisión de la Asamblea de que los campesinos indemnizaran a los señores por la pérdida de sus rentas. Pero establecía también un principio general. Debía estar vinculado a circunstancias en que el bien común exigiera que los ciudadanos fueran privados de su propiedad —como cuando había de construirse un nuevo camino o nuevas fortificaciones en terreno privado—. En esos casos, el bien común había de prevale-

cer sobre los derechos del ciudadano. Pero la privación de la propiedad tenía que llevarse a cabo por una necesidad pública expresamente establecida, y el propietario había de ser compensado adecuadamente por anticipado. De esa forma no se le privaba de su propiedad, sino que se transformaba su propiedad en tierra o edificios en propiedad en dinero de valor equivalente, para hacer posible el bien común de todos los ciudadanos. Incluso en la expropiación la propiedad se reconocía como un derecho natural.

En la cuestión de la propiedad, como en la cuestión del privilegio, la noche del 4 de agosto y la codificación de sus principios en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano fueron el gran punto de inflexión de la Revolución. La Asamblea Nacional, al abolir los privilegios, cambió la nación francesa de una comunidad jerárquica compuesta por cuerpos corporativos unidos por la reverencia común y el sometimiento a la voluntad del rey en una asociación de ciudadanos individuales libres que vivían juntos bajo la ley común a todos los franceses. Al mismo tiempo transformaba la propiedad de un derecho públicamente definido y regulado que marcaba a su poseedor como miembro de una comunidad determinada, en un conjunto de posesiones tangibles que una persona se había ligado mediante su trabajo y era libre de usar en cualquier sentido que no perjudicara la libertad de los otros ciudadanos. La abolición del privilegio creaba ciudadanos libres e iguales; la transformación de la propiedad les facultaba para actuar como individuos genuinamente independientes.

Propiedad y ciudadanía estaban íntimamente unidas en el nuevo orden social construido por la Revolución. No resulta sorprendente que algún tipo de requisito en propiedad para el sufragio o para la elegibilidad para ocupar cargos fuera un rasgo recurrente de las constituciones postrevolucionarias. En la constitución de 1791 había dos grupos de exigencias: uno para la ciudadanía «activa», otro para servir como elector. Los ciudadanos «activos», que tenían derecho a votar y servir en la Guardia Nacional, se definían como los ciudadanos varones adultos que pagaban un impuesto directo al menos igual al valor de tres días de trabajo; los varones adultos cuyos impuestos anuales fueran menores se denominaban ciudadanos «pasivos» y se les negaba el sufragio y la pertenencia a la Guardia Nacional. A esta distinción se opuso encarnizadamente Robespierre en la Asamblea y fue criticada por los radicales y *sans-culottes* de París como discriminatoria para los pobres⁴⁷. Sin embargo, las exigencias para la ciudadanía

⁴⁷ La alocución de Robespierre, expuesta en enero de 1790, puede encontrarse en Mavidal y Laurent, *Archives parlementaires*, 11: 319-25.

activa no eran exactamente requisitos de propiedad. En primer lugar, los impuestos en que se basaba esta exigencia se cobraban a los usufructuarios o rentistas al igual que a los propietarios de tierra o edificios. Segundo, incluso a quienes no tenían propiedad móvil o rústica se les exigía pagar un impuesto por valor de tres días de trabajo si sus ganancias estaban por encima del nivel establecido por las autoridades locales como salario medio de un trabajador no cualificado⁴⁸. En la práctica, poca gente pagaba menos que la cantidad de impuesto exigida. Aunque esta exigencia llevara a la exclusión de algunos trabajadores no cualificados y algunos obreros textiles de las ciudades, es probable que la mayoría de los varones adultos a los que se negaba la ciudadanía activa fueran excluidos por el requisito de la residencia de un año o por ser domésticos⁴⁹. Las mujeres estaban excluidas por las mismas razones que los domésticos: se consideraban dependientes del cabeza de familia masculino y carentes por ello de voluntad propia. De hecho, no eran los ciudadanos individuales, sino las familias independientes, encarnadas en el padre y marido —el *père de famille*— las unidades políticas de la nación francesa⁵⁰.

En conjunto, unos dos tercios de la población masculina adulta tenía derecho de voto en 1791 —una proporción menor que en las elecciones a los Estados Generales en 1789⁵¹. Los ciudadanos activos se reunían en las «asambleas primarias», donde elegían a los electores; los electores, a su vez, se reunían y elegían a los diputados a la Asamblea Legislativa. Pero si los requisitos para la ciudadanía activa eran relativamente suaves, los requisitos para los electores eran muy restrictivos: no servía nadie que no fuera propietario, rentista o usufructuario de una propiedad muy importante. En el conjunto de Francia no había probablemente más de cincuenta mil hombres cualificados para servir como electores⁵².

⁴⁸ *Ibid.*, 22: 119.

⁴⁹ Los domésticos adultos varones eran relativamente raros en las ciudades pero muy comunes en el campo. Por lo que conozco, el único estudio detallado de los efectos prácticos de la distinción ciudadano activo/pasivo es Bois, Paul, *Paysans de l'Ouest: structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe*, Le Mans, 1960, págs. 222-45.

⁵⁰ A las mujeres se les negaba el sufragio incluso en los casos en que eran propietarias y cabezas de familia.

⁵¹ Bois, *Paysans de l'Ouest*, págs. 224-6; y Godechot, Jacques, *Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire*, París, 1951, pág. 74.

⁵² Godechot, *Les Institutions de la France*, pág. 74. La Asamblea decidió sobre esta elevada exigencia de propiedad para los electores sólo unos pocos días antes de que se aprobara la constitución. Originalmente la exigencia iba a ser solamente el pago de un impuesto directo igual a diez días de trabajo, mientras la elegibilidad para diputado se iba a restringir a quienes poseían propiedad rústica y pagaban un *marc d'argent* (cin-

El sistema electoral establecido por la constitución de 1791 estaba ligado a la propiedad, pero no tan estrechamente como en la *Mémoire sur les municipalités* de Turgot. A diferencia de Turgot, la Asamblea Nacional no insistía en la tenencia real de propiedad; de cualquier persona encargada del gobierno o gestión de una propiedad, como poseedor, usufructuario o arrendatario, se suponía que tendría suficiente interés en la sociedad para actuar como ciudadano. Tampoco los requisitos de propiedad se restringían a la propiedad de la tierra. Un hombre podía convertirse en ciudadano activo sin gestionar propiedad alguna si sus ingresos estaban por encima de un mínimo reducido. Pero si los hombres sin propiedad podían votar, la Asamblea compartía la preocupación de Turgot de que los ciudadanos estuvieran establecidos de forma permanente en su pueblo o ciudad; por esta razón, las personas que habían vivido en su domicilio menos de un año estaban excluidas de la ciudadanía activa. Además, el pleno ejercicio de la ciudadanía estaba estrictamente restringido por los requisitos de propiedad, porque nadie podía servir como elector a menos que poseyera o gestionara una propiedad valiosa. Propiedad y ciudadanía no eran idénticas, como lo habían sido en el esquema de Turgot, pero la constitución de 1791 ponía de manifiesto que la plena capacidad ciudadana dependía de la propiedad.

La constitución de 1791 sólo continuó en vigor hasta septiembre de 1792, cuando se abolió la monarquía y fue sustituida por una nueva constitución en 1793. Desde entonces hasta la Revolución de 1848, la sucesión fue rápida y frecuente: hubo nuevas constituciones en 1795, 1799, 1802, 1804, 1814, 1815 y 1830. De todas, sólo la constitución *montagnard* de 1793 y la primera constitución napoleónica de 1799 omitieron enteramente los requisitos de propiedad⁵³. Las constituciones de 1795, 1802, 1804 y 1815 imponían elevados requisitos de propiedad a los electores; las cartas constitucionales de 1815 y 1830 restringían todo sufragio a los poseedores de propieda-

cuenta francos) en impuestos. Los requisitos de propiedad para los diputados se rebajaron como una concesión a los demócratas, pero esta concesión se compensó agudamente incrementando la exigencia de propiedad para los electores.

⁵³ La constitución de 1793 no sólo abolió toda exigencia de propiedad, sino que estableció la elección directa de los diputados y abolió incluso la domesticidad como categoría legal, con lo cual garantizaba el voto de los criados varones. Sin embargo, las mujeres no recibieron el voto ni siquiera en la constitución de 1793. Aunque la constitución de 1799 no tenía requisitos de propiedad, imponía un sistema de elecciones indirectas en cuatro grados, con un senado designado que realizaba la elección final de los legisladores. La posibilidad de que hombres sin propiedad superaran ese proceso era despreciable. Para los textos de esta y otras constituciones, *vid.* Godechot, Jacques (ed.), *Les Constitutions de la France depuis 1789*, París, 1970.

des muy importantes en tierra o edificios y establecían requisitos aún superiores para los diputados. Así, los poseedores de propiedad tuvieron mayores derechos políticos que sus colegas ciudadanos sin propiedad, excepto en cinco de los cincuenta y siete años entre 1791 y 1848. De esta forma, la propiedad se convirtió, en lugar del privilegio, en el eje simbólico y práctico del nuevo orden político.

LA PROPIEDAD Y LAS ARTES MECÁNICAS

Estas transformaciones en la naturaleza y el significado de la propiedad tuvieron escaso efecto inmediato sobre los oficios urbanos. La abolición de la propiedad del privilegio de los maestros debió causar cierto temor y desorden inicial, pero en conjunto, la vida cotidiana en el taller continuó más o menos como antes. Las sonoras declaraciones de la Asamblea pudieron cambiar oficialmente la definición de propiedad y su posición en la vida pública, pero las consecuencias prácticas de esos cambios legales y simbólicos sólo iban a resolverse de forma gradual y a lo largo de décadas. Como se señaló anteriormente, maestros y oficiales continuaron actuando dentro de una trama de instituciones y supuestos corporativos hasta la aprobación de las leyes d'Allarde y Le Chapelier en 1791, y los *sans-culottes* de 1792 a 1794 mantuvieron puntos de vista sobre la propiedad completamente diferentes de las concepciones encarnadas en la legislación revolucionaria. A pesar de las implicaciones revolucionarias de los puntos de vista de los *sans-culottes* sobre la propiedad, su idea de que comerciantes, tenderos y agricultores eran sólo administradores de sus tierras y bienes, y no propietarios absolutos, tenía una mayor afinidad con la propiedad semicolectiva y públicamente regulada del Antiguo Régimen que con la propiedad privada, individual y absoluta definida en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Los *sans-culottes*, como las *gens de métier* del Antiguo Régimen, asumían sin disputa que la propiedad debía estar sometida a múltiples controles en favor del bien común; y este supuesto debían compartirlo patronos y obreros por igual. Fue sólo después de que el movimiento *sans-culotte* fracasara, y de que maestros y obreros hubieran vivido y trabajado bajo el nuevo sistema legal, social y político durante muchos años, cuando llegaron a pensar y actuar en términos de las nuevas concepciones de propiedad. Y sólo entonces los derechos de propiedad se convirtieron en un punto esencial de disputa interna.

No debería sorprender que las relaciones de propiedad en los oficios urbanos se transformaran lentamente al nuevo patrón indivi-

dualista. Al fin y al cabo, las redefiniciones revolucionarias de la propiedad se emprendieron sobre todo para resolver problemas que eran exclusivamente rurales o mucho más agudos en el campo que en las ciudades: la opresión señorial, los impuestos desiguales y abrumadores, la ausencia de representación adecuada. Fue, por tanto, en el campo donde la legislación revolucionaria tuvo el impacto más inmediato. Se eliminaron las rentas señoriales; los derechos de terratenientes y campesinos se separaron y simplificaron en contratos de arrendamiento o propiedad en alodio; grandes cantidades de tierra pertenecientes a la iglesia y a los nobles *émigrés* fueron apropiadas por el estado, divididas, y vendidas. En 1792 o 1793 el régimen rural de la propiedad era ya sensiblemente diferente del de 1788. Además, la solución revolucionaria de la cuestión de la propiedad rural tuvo notable éxito y duración. Tras los conflictos agrarios de 1793 que condujeron a la abolición de las obligaciones señoriales sin indemnización, los campesinos se convirtieron de forma general en partidarios leales del régimen⁵⁴. Y aunque posteriormente continuaron existiendo luchas ocasionales sobre la propiedad, la solución básica no se puso nunca en cuestión y dejó su marca indeleble en la Francia rural hasta la Segunda Guerra Mundial. La transformación de la propiedad rural fue un cambio decidido impuesto con éxito por la acción revolucionaria. Pero si la Revolución Francesa solucionó el problema de la propiedad en la Francia rural, acabó creando nuevos y diferentes problemas de propiedad en las ciudades.

Para los oficios urbanos, el efecto más importante de la redefinición de la propiedad en la Revolución Francesa fue la descomposición del cuerpo colectivo de la corporación —teóricamente en individuos, pero con frecuencia, en la práctica, en clases antagónicas de poseedores de propiedad y carentes de propiedad o, como acabaron apodándose, «burgueses» y «proletarios»—. Como se señaló anteriormente, la propiedad en las *arts et métiers* del Antiguo Régimen era colectiva en importantes aspectos. El capital productivo de un maestro, aunque poseído individualmente, no le pertenecía para usarlo como le pareciera, sino que estaba sujeto a una disciplina detallada y limitado por la corporación. Además, su grado de maestro no era, estrictamente hablando, una propiedad individual en absoluto, sino una participación en privilegios que eran propiedad colectiva de toda la

⁵⁴ Vid. Sagnac, *La Législation civile*; Sagnac y Caron, *Les Comités des droits féodaux*; Lefebvre, Georges, *Questions agraires au temps de la Terreur*, La Roche-sur-Yon, 1954 (2ª ed.), y «La Révolution Française et les paysans» y «La Vente des biens nationaux», ambas en *Études sur la Révolution française*, París, 1963 (2ª ed.), págs. 307-67.

corporación —una persona imaginaria que incluía a maestros, oficiales y aprendices—. La Revolución, al abolir las corporaciones y redefinir la propiedad, disolvió esta persona imaginaria jerárquicamente ordenada en un colectivo de ciudadanos individuales libres e iguales, que carecían de vínculos entre sí —excepto como conciudadanos de la nación francesa— fuera de los dictados por sus intereses individuales. Estos ciudadanos, como todos los ciudadanos franceses, estaban facultados con el «derecho natural, inalienable y sagrado» a disponer de su propiedad como desearan. Esto era verdad tanto de quienes no tenían otra propiedad que su trabajo y unos pocos efectos personales como de quienes poseían tierra, edificios, dinero o capital. Y todos eran libres, si lo deseaban, para acordar entre sí para utilizar sus diversos propiedad y talentos en beneficio mutuo.

Con la destrucción de las corporaciones, las relaciones entre empresarios y empleados se pusieron sobre una nueva base. En el Antiguo Régimen, la autoridad del empresario derivaba de su grado de maestro, de su participación en la autoridad privilegiada semipública de la corporación. Sus oficiales le debían obediencia no porque poseyera los medios de producción, sino porque era un maestro y, por tanto, su superior. Como maestro, la autoridad del empresario se extendía fuera del lugar de trabajo hasta la vida personal y doméstica del oficial. Al mismo tiempo, los maestros estaban limitados en su elección de oficiales a aquellos que habían completado su aprendizaje legítimo y eran, por tanto, miembros genuinos de la corporación, aunque en un escalón inferior. Después de la Revolución, las relaciones entre empresarios y empleados se convirtieron —en palabras de Le Chapelier— en «convenios libres entre individuo e individuo»⁵⁵, y ninguna de las partes estaban limitadas, en su elección de colaboradores o en los términos del contrato resultante, mediante las regulaciones de cualquier cuerpo corporativo supra-individual. Además, la autoridad del empresario quedaba restringida a los elementos especificados en la convención entre él y el empleado y no se extendía a la conducta de éste fuera del trabajo. Por esta razón, los revolucionarios dudaban en denominar a los empresarios con el término «maestro» —Le Chapelier, por ejemplo, les llamaba «empresarios de trabajos, los antiguos maestros» (*entrepreneurs de travaux, les ci-devant maîtres*), de la misma forma que a los hasta entonces nobles se les llamaba los *ci-devant nobles*⁵⁶—. Las diferencias entre empresarios y empleados ya no se basaban en su condición jurídica en la corporación, sino en las

⁵⁵ Buchez y Roux, *Histoire parlementaire*, 10: 195.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 193.

diversas facultades —habilidades, propiedades, talentos— que llevaban a su colaboración. Aquellos cuyas facultades eran más valiosas o más solicitadas podían negociar contratos muy favorables, mientras que quienes tenían menos que ofrecer obtendrían condiciones menos favorables.

Desde luego, resultaba que la posesión de capital era normalmente mucho más importante que cualquier otra facultad para determinar el perfil de los contratos industriales. Quienes no tenían nada que ofrecer salvo su trabajo se encontraban en seria desventaja frente a los poseedores de capital —a menos que poseyeran habilidades muy raras—. Los individuos teóricamente iguales que se encontraban en el mercado se diferenciaban inmediatamente en dos grupos: los poseedores de capital que ofrecían trabajo y aquellos cuya carencia de capital les obligaba a contratarse como obreros. Esos dos grupos se correspondían, básicamente, con los maestros y oficiales del Antiguo Régimen. Pero ello no significa que nada hubiera cambiado. Ahora no había barreras legales que impidieran a un oficial convertirse en maestro; podía dedicarse a los negocios propios tan pronto como sus ahorros le permitieran hacerlo, en lugar de tener que obtener de las corporaciones una *maîtrise* cara y celosamente guardada. Por la misma razón, un empresario cuyo negocio fuera mal se enfrentaba ahora a un mayor riesgo de caer en las filas de los asalariados, porque no había una corporación privilegiada para asegurarle un nicho en el mercado o aliviar su infortunio por medio de las *charités*. En ese sentido, la igualdad ante la ley de empresarios y empleados era genuina. La distinción entre ellos se basaba ahora sólo en sus facultades y recursos privados, en lugar de ser un privilegio jurídico permanente; si un asalariado acumulaba suficiente propiedad privada para convertirse en empresario, se convertía en empresario con los mismos derechos que cualquiera. Los empresarios no eran ya un cuerpo permanente de maestros privilegiados, sino simplemente competidores con mayor éxito en un mercado libre y abierto en un momento determinado.

La lógica del nuevo orden social convertía a la propiedad, en lugar del privilegio, en el rasgo definidor de la condición de una persona en los oficios urbanos. Los antiguos símbolos y formas de la autoridad y personalidad de los maestros desaparecieron completamente —como la asamblea anual de los maestros o las procesiones religiosas— o dejaron de tener una base legal, aunque se observaran a veces en la práctica, como la idea de que el maestro debía ejercer el poder y la solicitud paternales sobre sus obreros. La propiedad, que había sido sólo un elemento subordinado de un complejo de distinciones entre

oficiales y maestros bajo el Antiguo Régimen, se convirtió en la diferencia esencial bajo el nuevo. Aquí la estructura política del nuevo régimen complementó y reforzó el mensaje de la estructura legal: en una larga sucesión de constituciones, los plenos poderes de la ciudadanía se otorgaban sólo a quienes tenían propiedad. En suma, la importancia de la línea divisoria entre los poseedores de propiedad y los carentes de ella se hizo mucho mayor en el nuevo régimen. Y particularmente grande en los oficios artesanales, donde tendía a dividir en dos un cuerpo cuyos miembros habían participado anteriormente —aunque en grados diferentes— en un privilegio colectivo. Empleados y asalariados ya no eran miembros superiores y subordinados de un cuerpo moral común; eran propietarios individuales o proletarios sin propiedad, cuyo único vínculo legalmente reconocido era el mercado libre.

Si la redefinición revolucionaria de la propiedad aportó a los propietarios ventajas prácticas concretas, contenía también una ambigüedad teórica que hacía posible un nuevo tipo de ataque a la propiedad. Al situar el origen de la propiedad en el trabajo humano en la naturaleza, los legisladores revolucionarios creían darle un fundamento firme y permanente. Pero había una disparidad chocante en la vida cotidiana entre el ejercicio del trabajo y la posesión de propiedad: algunos trabajaban toda una vida sin acumular propiedad, mientras otros poseían grandes propiedades sin realizar ningún trabajo. Mientras la discusión ilustrada sobre la propiedad había sido un discurso de oposición política, una forma de demostrar la desigualdad, la opresión, o la irracionalidad de las instituciones del Antiguo Régimen, no se advertía esa ambigüedad. Sólo se hizo visible tras la Revolución Francesa, cuando el discurso de la Ilustración se convirtió en el lenguaje dominante del orden social. Aun entonces, la concepción de la propiedad impuesta por la Revolución Francesa no era necesariamente contradictoria; que lo fuera o no dependía precisamente de lo que se entendiera por trabajo y propiedad y de cómo de concibieran los vínculos entre ellos. Pero al colocar un concepto de propiedad basado en el trabajo como fundamento de la sociedad y el estado, la Revolución Francesa aseguró que la naturaleza, las funciones, la importancia y las relaciones de propiedad y trabajo fueran apasionadamente discutidas —tanto por los intelectuales especulativos como por los obreros de mente más práctica—. Aunque la Revolución armó a los propietarios con una nueva batería de ventajas legales, armó finalmente a los obreros sin propiedad con una nueva y convincente manera de justificar los ataques a estas mismas ventajas.

La redefinición de la Revolución de la propiedad tuvo efectos profundos y múltiples en las relaciones entre empresarios y obreros en los oficios urbanos, efectos que sólo salieron a la luz de forma lenta en las décadas siguientes. Los obreros solían ser hostiles al individualismo competitivo que se encarnaba en el nuevo sistema legal de la Revolución y tendían a formar asociaciones que les dieran colectivamente la fuerza y la importancia de que carecían como individuos. Al construir estas asociaciones colectivas, los obreros recurrieron sobre todo a las formas de expresión y organización corporativas —sin duda, considerablemente alteradas, en el nuevo contexto cultural y político— que afirmaban la prolongación del oficio como comunidad moral. Con el tiempo, combinaron esas ideas corporativas de solidaridad con reivindicaciones revolucionarias a la soberanía del trabajo sobre la tiranía de la propiedad. Los empresarios de los oficios urbanos no eran en absoluto uniformemente hostiles a las ideas corporativas. Después de todo, habían sido miembros de las corporaciones antes de la Revolución, e incluso en el siglo XIX muchos de ellos pasaron parte de su juventud como miembros de organizaciones corporativas de oficiales. Pero los empresarios se veían animados por el simbolismo político y el sistema legal del estado postrevolucionario a verse como propietarios individuales, y en los inevitables conflictos entre empresarios y obreros, los maestros no tenían otra elección que defender sus derechos de propiedad. Una oposición entre asalariados sin propiedad y empresarios con propiedad llegó a dominar cada vez más la vida de los oficios urbanos, y a veces dominó la vida pública de la nación en su conjunto. El resto de este libro trazará la historia de esa oposición: los efectos del crecimiento económico y el desarrollo industrial, las cambiantes formas de expresión de asalariados, empresarios y estado, los giros y bandazos de las luchas económicas y políticas, y finalmente el intento decisivo —aunque al final fracasado— de acabar con la propiedad privada en la Revolución de 1848.

7. La sociedad industrial

Hablar de Francia en la primera mitad del siglo XIX como sociedad industrial puede parecer una exageración. Después de todo, la mayoría de la población seguía viviendo en el campo en 1850, e incluso en las ciudades sólo una minoría de la mano de obra trabajaba en fábricas. Aunque la industria textil y la máquina de vapor realizaron avances importantes, los desarrollos de esos años fueron sólo los primeros pasos de la industrialización. Pero desde el punto de vista de fines del siglo XVIII, el término «sociedad industrial» es completamente apropiado. Lo que hoy parecen inicios titubeantes de un desarrollo lento y largo, resultaba un cambio capital para los contemporáneos: unas poquísimas máquinas de vapor o unos rarísimos altos hornos o unas escasísimas hilaturas podían hacer una fuerte impresión en personas que nunca antes los habían visto. Desde su punto de vista, la industria moderna era un rasgo característico de la época; la suya era una sociedad industrial como no había visto ninguna sociedad anterior.

Además, cuando se toma como punto de referencia el final del siglo XVIII, el término «sociedad industrial» resulta apropiado en otro sentido, pues entonces tenía un significado muy diferente. «Industria» en el siglo XVIII significaba diligencia o constancia; se refería a una cualidad del trabajo humano. Este significado se conserva en la actualidad, pero industria se refiere principalmente a un conjunto de instituciones y operaciones cuya función es la producción de bienes y, sobre todo, su manufactura. (Es posible hablar de la agricultura como industria, o de «las industrias de servicio», pero cuando aparece sin calificativos, «industria» se refiere a la manufactura). El sustantivo «industria» y el adjetivo «industrial» se han reificado en el uso común desde el siglo XVIII. No se refieren ya a cualidades de las personas,

sino a instituciones suprapersonales o «estructuras» dentro de las que están obligadas a vivir y actuar las personas. En realidad, fue justamente en los primeros años del siglo XIX cuando este significado reificado del término adquirió amplio uso.

Un cambio similar ha tenido lugar en el significado del término «sociedad». En el uso de la Ilustración, los términos «social» y «sociedad» suponían un acto voluntario y consciente de asociación entre individuos independientes. Este significado era obvio, desde luego, en la expresión «contrato social» y en el discurso de los teóricos del contrato. Fuera de los límites de la filosofía política, el principal significado de «sociedad» era el de «intercambio social», que era también la unión voluntaria de personas con cierto propósito —en este caso los placeres de la compañía y la conversación—. El término «sociedad» podía significar muchas cosas: intercambio social, o la comunidad política creada por un contrato social, o lo que podríamos llamar una «asociación voluntaria». Pero no significaba un conjunto interrelacionado de instituciones unidas por sus propias leyes algo misteriosas, pero en última instancia detectables, e impulsado por «fuerzas sociales» fuera del control voluntario de las personas que lo componían. Sólo a fines del siglo XVIII, y sobre todo en las primeras décadas del XIX, «sociedad» y «social» llegaron a tomar esta connotación reificada, supra-voluntaria. La «sociedad», de ser una *relación* voluntaria entre personas, se convirtió en una *cosa* que trascendía a las personas, una especie de objeto natural que podía estudiarse con los métodos de la ciencia natural. Sólo a comienzos del siglo XIX el término «ciencia social» se convirtió en una expresión normal en el discurso intelectual¹. También, los términos «estructura social», «fuerzas sociales» y «leyes sociales» —que son normales en el dis-

¹ Keith M. Baker ha estudiado con mucha precisión el uso primitivo del término «ciencia social», *vid.* especialmente «The Early History of the Term "Social Science"», en *Annals of Science*, 20 (1964): 211-226, y Condorcet, págs. 391-95. Fueron Condorcet y sus sucesores —en particular los «ideólogos» Garat y Destutt de Tracy— quienes utilizaron primero el término en el discurso público en la década de 1790. Las obras de Saint-Simon y Comte, desde luego, lo llevaron al uso general. Es revelador que cuando Condorcet y su círculo empezaron a hacer unos pocos usos raros y dubitativos del término «ciencia social» empleasen también habitualmente otra locución análoga: «arte social». (*Vid.* Baker, *Condorcet*, págs. 272-85.) Debido a que «social» suponía acción voluntaria, acción sujeta a cambios mentales o de voluntad entre las personas que entraban en relación, era sobre todo cuestión de *arte* —de realizar algo bien— más que cuestión de *ciencia*. Los términos «ciencias morales» e incluso «ciencias morales y políticas» fueron de uso común en el siglo XVIII. Pero «ciencia social» parecía paradójico hasta que —a comienzos del siglo XIX— los términos «social» y «sociedad» empezaron a utilizarse en su actual sentido reificado.

curso de los siglos XIX y XX— habrían carecido de sentido o habrían sido hondamente paradójicos para los lectores del siglo XVIII.

El significado dieciochesco de «sociedad industrial» podría ser «relaciones voluntarias constituidas entre las personas sobre la base de su diligencia para llevar a cabo las tareas de la vida diaria». Desde este punto de vista, no es absurdo en absoluto hablar de la Francia del siglo XIX como sociedad industrial; después de todo, uno de los principales objetivos y logros de la Revolución Francesa había sido crear una «sociedad industrial» en este sentido. En el Antiguo Régimen, la nación francesa se construyó como una jerarquía de cuerpos y comunidades unidas en la sujeción y reverencia común a la voluntad del rey. La Revolución Francesa había destruido todos estos cuerpos y comunidades y reformado la nación como una sociedad (en el sentido del siglo XVIII) formada por las voluntades combinadas (o «voluntad general») de sus ciudadanos. Bajo el Antiguo Régimen, el orden derivaba del espíritu, y la soberanía residía en los ciudadanos cuyo trabajo en la naturaleza —su «industria»— daba origen a la propiedad, y que constituían un contrato social para preservar sus derechos naturales, incluidos los derechos de propiedad. Este contrato social se redactó realmente en la Revolución en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. En este esquema, el trabajo o la «industria» ya no eran una actividad inferior relegada a los grupos de la población considerados incapaces de servicio superior; por el contrario, era la misma materia de la vida humana y estaba en la base de todo orden social. La conservación de la propiedad privada —que era la encarnación material de la industria— se convertía en una obligación central del estado, y la posesión de propiedad se convertía en criterio para el pleno ejercicio de la ciudadanía. La Revolución transformó Francia desde un cuerpo espiritual jerárquico con el rey a la cabeza en una asociación voluntaria de ciudadanos productivos. Como tal, se convertía en su sentido más preciso en una «sociedad industrial».

Esta revalorización de la industria humana supuso que la producción y distribución de riqueza se convirtieran en actividad central de la nación, y el mantenimiento del buen funcionamiento económico, en tarea central del gobierno. Desde luego, el estado se había interesado en la economía también en el Antiguo Régimen —no hay más que pensar en Colbert—. Pero las preocupaciones de los gobiernos postrevolucionarios y de los del Antiguo Régimen eran diferentes en una cuestión crucial. En el Antiguo Régimen —y aquí Colbert es un ejemplo perfecto— las cuestiones fiscales eran siempre las primeras. El estado estimulaba el crecimiento económico, pero lo hacía para incre-

mentar el rendimiento del impuesto, pues eran los ingresos impositivos los que permitían al rey perseguir la gloria —sobre todo mediante la guerra, pero también mediante el esplendor de la corte²—. Los motivos fiscales estaban presentes también en los regímenes postrevolucionarios, pero entonces el crecimiento económico se buscaba por sí mismo, no era ya un simple medio de perseguir la gloria. Las cuestiones económicas estaban más en el centro de las preocupaciones en unos regímenes postrevolucionarios que en otros. La defensa de la propiedad y el estímulo al crecimiento económico y al enriquecimiento privado fueron una preocupación dominante de los «thermidorianos» —es decir, de los gobiernos entre la caída de Robespierre en 1794 y el *coup d'état* de Napoleón en 1799— y de la Monarquía de Julio de 1830 a 1848 —en la que el juicio de Marx de que la Monarquía de Julio «no era más que una sociedad anónima para la explotación de la riqueza nacional de Francia» era sólo una pequeña exageración de la opinión habitual³. En otros gobiernos las cuestiones económicas estaban subordinadas a otros asuntos: la guerra y la búsqueda de la virtud pública con Robespierre, la conquista de Europa y el establecimiento de una administración ordenada con Napoleón, la represión de los sentimientos revolucionarios y el estímulo del respeto y la piedad bajo la Restauración. Pero incluso esos regímenes reconocían el carácter central de la propiedad privada en el orden social, y todos veían el estímulo a la agricultura y la industria como una de sus obligaciones esenciales. Podían imaginar la nación como un teatro de la virtud, una máquina administrativa o una congregación piadosa en torno al monarca, pero también la veían como una asociación de ciudadanos productivos.

La Francia del siglo XIX era, por tanto, una sociedad industrial en dos sentidos distintos pero relacionados. Era una sociedad en la que la producción industrial se expandía rápidamente y las técnicas de producción experimentaban cambios esenciales. Y era también una sociedad en la que el ejercicio de la industria humana se valoraba como fundamento del orden social y en la que la prosperidad económica era un objetivo esencial de la vida pública. Este capítulo tratará funda-

² Vid. Goubert, Pierre, *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen*, Nueva York, 1970, pág. 124. Este libro es una traducción inglesa de *Louis XIV et vingt millions de français*, París, 1966. Como señala Goubert, «el objetivo esencial de lo que anacrónicamente se ha denominado "política económica" de Colbert era poner al pueblo en posición de financiar la gloria de la nación».

³ Marx, Karl, *The Class Struggles in France (1848-1850)*, Nueva York (s. a.); versión española: *Las luchas de clases en Francia (1848-1850)*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.

mentalmente sobre la «sociedad industrial» en el primer sentido: de los patrones del crecimiento económico y sus consecuencias para la clase obrera urbana. Pero hay que observar de entrada que ninguno de los dos aspectos de la «sociedad industrial» puede separarse claramente del otro. El crecimiento sostenido de la economía francesa en el siglo XX fue tanto consecuencia como confirmación de la nueva valoración de la industria humana; y los resultados del crecimiento económico para la acción social y política dependían tanto de la trama conceptual, legal y axiológica establecida por la Revolución Francesa como de la mera fuerza de las circunstancias materiales. La producción e intercambio de bienes y servicios —en la Francia del siglo XIX y en todas las demás sociedades— participa e influye sobre los modelos conceptuales, los valores, las estructuras institucionales y las relaciones legales de la sociedad en la que se mueven. A veces, como en este capítulo, es útil con fines analíticos separar los factores económicos para un examen particular. Pero el fin último de ese ejercicio debe ser iluminar la totalidad de la vida —social, cultural y política tanto como económica—, no convertir la economía en un mecanismo autónomo y cerrado sobre sí, o reducir el resto de la vida a un reflejo de las fuerzas económicas.

EL DESARROLLO INDUSTRIAL FRANCÉS

Francia, como Inglaterra y la mayoría de las naciones europeas, experimentó grandes cambios en su economía durante el siglo XIX. Que esos cambios supusieran una «revolución industrial» es tema de controversia académica. J. H. Clapham, en su clásico *Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, fue el primero en plantear la cuestión. «Podría decirse», escribía Clapham, «que Francia nunca pasó por una revolución industrial... La transformación realizada en un siglo fue en muchos aspectos menos completa que la que Alemania experimentó en los cuarenta años posteriores a 1871»⁴. El contraste con Inglaterra —el hogar de la revolución industrial— era quizá más chocante. Entre 1780 y 1830, aproximadamente, el aspecto de Inglaterra se transformó con la aplicación de nuevas técnicas industriales. A fines de la década de 1820, grandes áreas en el norte y las Midlands se habían convertido en activas regiones industriales con grandes fábricas productoras de tejido de lana y algodón o de hierro y

⁴ 4ª ed., Londres, 1936, pág. 53. La primera edición se publicó en 1921.

máquinas de vapor⁵. Francia no experimentó un gran estallido de crecimiento industrial comparable al de Alemania después de 1871 o al de Inglaterra a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Como resultado, los historiadores económicos han tendido a tratar su economía como «atrasada» o «estancada» en el siglo XIX. Explicar el «estancamiento» o el «atraso» se ha convertido en un problema dominante en la historia económica de Francia, especialmente en los trabajos de los investigadores ingleses y norteamericanos⁶.

En años recientes, no obstante, los historiadores de la economía han empezado a considerar de forma más crítica el concepto de «atraso», y el resultado ha sido un cambio drástico en la consideración de la economía francesa del siglo XIX. Estudios cuantitativos detallados, sobre todo los desarrollados por el Institut de science économique appliqué, han puesto de relieve que la economía francesa creció de forma constante y notabilísima durante el siglo XIX —el producto físico per cápita, por ejemplo, creció más del triple de 1803-12 a 1905-13— y el crecimiento del siglo XIX fue una expansión económica continuada que se remonta al menos a mediados del siglo XVIII⁷.

⁵ La exposición clásica sobre la revolución industrial inglesa es Mantoux, Paul, *La Révolution industrielle au XVIII^e siècle: Essai sur les commencements de la grande industrie moderne en Angleterre*, París, 1906. Vid. también Hammond, J. L., y Barbara, *The Rise of Modern Industry*, Londres, 1925, y Ashton, T. S., *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Londres, 1928. Para una exposición particularmente lúcida de los cambios tecnológicos de la revolución industrial, vid. Landes, David S., *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Londres, 1969, especialmente el capítulo I.

⁶ Vid., v. gr., Clough, S. B., «Retardative Factors in French Economic Development in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en *Journal of Economic History*, 6 (1946), suplemento, 91-210, y «Retardative Factors in French Economic Growth at the End of the Ancien Régime and during the French Revolutionary and Napoleonic Periods», en Kooy, M. (ed.), *Studies in Economics and Economic History: Essays in Honor of Harold F. Williamson*, Durham, Carolina del Norte, 1972; Landes, David S., «French Entrepreneurship and Industrial Growth in the Nineteenth Century», en *Journal of Economic History*, 9 (1949), 45-61; «French Business and the Businessman: A Social and Cultural Analysis», en Earle, E. M. (ed.), *Modern France: Problems of the Third and Fourth Republics*, Princeton, Nueva Jersey, 1951, y «New Model Entrepreneurship in France and Problems of Historical Explanation», en *Explorations in Entrepreneurial History*, I (1963), 56-75; Cameron, R. E., «Profit, croissance et stagnation en France au XIX^e siècle», en *Economie appliquée*, 10 (1975): 409-44, y «Economic Growth and Stagnation in Modern France, 1815-1914», *Journal of Modern History*, 20 (1958), 1-13; Kemp, Tom, «Structural Factors in the Retardation of French Economic Growth», *Kyklos*, 15 (1962): 325-50, y Kindleberger, C. P., *The Economic Growth of France and Britain, 1851-1950*, Cambridge, Massachusetts, 1964.

⁷ Los resultados de este proyecto de colaboración se han publicado como volúmenes de los *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, series AF. Vid.,

Aunque es cierto que la economía francesa nunca experimentó un «estallido» de crecimiento industrial y que ninguna región francesa experimentó el tipo de transformación visible y espectacular, de zona rural pacífica a región industrial en expansión llena de humo, como ocurrió en las Midlands y Lancashire en Gran Bretaña o en el valle del Ruhr en Alemania, la tasa global de incremento en el producto real per cápita durante el siglo XIX apenas se diferenciaba de la británica. Parece que la experiencia francesa debe verse como uno de los primeros y más afortunados casos de crecimiento industrial y económico moderno y no como el esfuerzo anémico y emulador de un «seguidor» de Gran Bretaña que había empezado tarde⁸.

Una de las razones de este cambio en la valoración de la economía francesa del siglo XIX es una más cuidadosa determinación del significado de «crecimiento económico». Clapham y sus sucesores estaban fundamentalmente interesados en los signos tangibles de la transformación económica —el aumento de las fábricas, el crecimiento rápido de las ciudades, la adopción de nuevas técnicas en la agricultura, etc.—. Sus críticos han definido el crecimiento económico con mayor precisión —y de forma más técnica— como un incremento continuo del producto per cápita. La introducción del sistema fabril fue, sin duda, un importante medio de elevar el producto per cápita: incrementó la productividad del trabajo al utilizar nuevas fuentes de energía y nueva tecnología mecánica a gran escala. Pero

v. gr., Marczewski, J., «Le Produit physique de l'économie française de 1789 à 1913 (Comparison avec la Grande Bretagne)», 4 (1965); Toutain, J.-C., «Le Produit de l'agri-culture française de 1700 à 1958», 2 (1961), y «La Population de la France de 1700 à 1959», 3 (1963); Markovitch, T. J., «L'Industrie française de 1789 à 1964», 4, 6 y 7 (1965-6). La mejor valoración global es Marczewski, J., «The Take-off and French Experience», en Rostow, W. W. (ed.), *The Economics of Take-off into Sustained Growth*, Nueva York, 1963. Vid. también Perroux, François, «Prise de vues sur la croissance de l'économie française, 1780-1950», en Kuznets, Simon (ed.), *Income and Wealth*, serie 5, Londres, 1955. Otros cálculos que confirman este mismo cuadro general proceden de Lévy-Leboyer, M., «La Croissance économique en France au XIX^e siècle: Résultats préliminaires», en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 23 (1968): 788-807. Las cifras sobre el producto físico per cápita proceden de Marczewski, «The Take-off and French Experience», pág. 135. Estas y otras cifras están, sin duda, sujetas a considerables márgenes de error. Deben tomarse sólo como aproximaciones.

⁸ Las más precisas y amplias valoraciones de esta posición son O'Brien, Patrick, y Keydar, Caglar, *Economic Growth in Britain and France 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century*, Londres, 1978; Roehl, Richard, «French Industrialization: A Reconsideration», en *Explorations in Economic History*, 13 (1976): 233-81, y Lévy-Leboyer, M., «Le Processus d'industrialisation: le cas de l'Angleterre et de la France», *Revue historique*, 239 (1968): 281-98. Vid. también Lett, Don R., y Shaw, John A., «French Economic Stagnation, 1700-1960: Old Economic History Revisited», en *Journal of Interdisciplinary History*, 8 (invierno de 1978): 530-44.

había otras muchas formas en que podía incrementarse la producción: mediante otras mejoras, menos espectaculares, de la tecnología, reduciendo los costes de transporte, mejorando las dimensiones y el rendimiento de los mercados, utilizando determinados factores de producción de forma más eficaz mediante una mayor especialización, una superior división del trabajo, o mejoras en la organización de las empresas, etc. Finalmente, puesto que la renta per cápita es una fracción, la producción nacional en el numerador y la población nacional en el denominador, el ritmo de incremento de la población tiene también un efecto directo sobre la tasa de crecimiento económico. En Inglaterra y Francia la introducción de la producción fabril, en el tejido y la metalurgia en particular, fue una fuente importante de crecimiento económico. Pero las fábricas tuvieron una posición mucho menos destacada en el modelo francés que en el británico.

Una importante característica de la economía francesa que permitió un incremento sostenido en la producción per cápita sin un crecimiento general de la industria fabril fue un ritmo relativamente lento de crecimiento de la población. La población de Europa en su conjunto creció más del doble en el siglo XIX, mientras la población británica crecía en un 350 por 100 en el conjunto del siglo y la población alemana en un 250 por 100 de 1816 a 1900. La población francesa, en contraste, creció menos del 45 por 100 en todo el siglo XIX.⁹ (Para una comparación del crecimiento de la población francesa con el de otros países europeos, *vid.* fig. 1.) Este lento crecimiento de la población —derivado de una reducción voluntaria de las tasas de natalidad, no de tasas de mortalidad elevadas— supuso que la presión de la población sobre los recursos fuera menos severa en Francia en el siglo XIX que en la mayoría de los otros países europeos.

Un resultado de este bajo nivel de la presión demográfica fue que una importante proporción del crecimiento pudo absorberse en las áreas rurales. Entre 1801 y 1851, la cantidad absoluta de población que vivía en centros rurales creció probablemente tanto como la de los centros urbanos, aunque el ritmo de crecimiento en los centros ur-

⁹ La población de Francia creció desde unos 23,8 millones en 1801 a unos 38,5 millones en 1901, un incremento de un 36 por 100 solamente. Este ritmo se vio perjudicado por la pérdida de Alsacia y Lorena en 1871. Pero incluso sin esa pérdida, el incremento de la población francesa en el siglo XIX habría sido menor del 45 por 100. Sobre la población de diversos países europeos, *vid.* Mitchell, B. R., *European Historical Statistics, 1750-1970*, Nueva York, 1975, págs. 19-26. Sobre Francia en 1801 he utilizado las cifras corregidas de Bourgeois-Pichat, J., «Evolution de la population française depuis le XVIII^e siècle», *Population*, 6 (1951): 661-2.

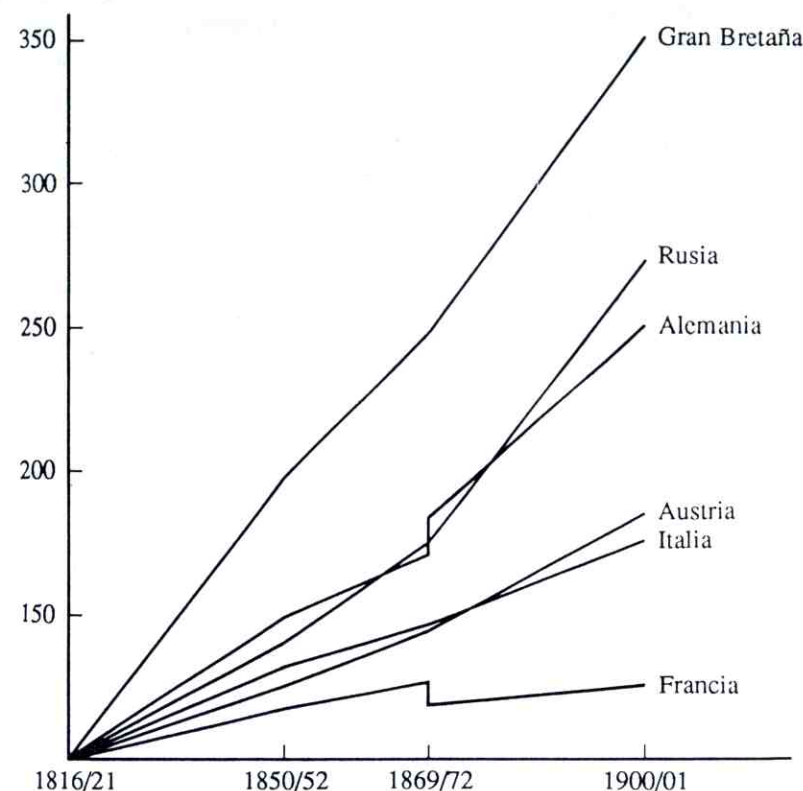


FIGURA 1.—Incremento de población en los principales países europeos. 1816/21 = 100. Procedente de Mitchell (págs. 19-26).

banos fue sin duda superior¹⁰. Este incremento en la población rural tuvo lugar sin provocar una aguda sobrepoblación del tipo que podía poner en peligro la productividad agrícola. Por el contrario, la producción de la agricultura francesa creció en torno al 29 por 100 per cápita de 1806 a 1851, y la producción por persona que trabajaba en la agri-

¹⁰ Los cálculos de J.-C. Toutain sitúan el incremento de la población rural durante ese período entre 2,8 y 5,4 millones y el incremento de la población urbana entre 2,7 y 4,7 millones. Calculado a partir de la tabla 15 en «La Population de la France», páginas 54-5. Aunque el arco de esos cálculos es muy amplio, la cuestión general se mantiene: una parte importantísima del crecimiento total de la población francesa en la primera mitad del siglo tuvo lugar en el campo.

cultura creció en torno a un 38 por 100¹¹. En parte, esta combinación de población rural en ascenso e incremento de la productividad agrícola fue posible por un incremento en la proporción de residentes rurales dedicados a actividades no-agrícolas¹². Algunos de estos trabajadores no-agrícolas del medio rural trabajaban en las ciudades vecinas, mientras otros se ganaban la vida —o complementaban su sustento— en la industria doméstica o el abastecimiento de bienes o en el transporte y otros servicios a las poblaciones rurales.

Con la población total creciendo lentamente y la población rural manteniendo su incremento, no sorprende que las ciudades francesas crecieran de forma moderada en la primera mitad del siglo XIX. Los cálculos de la población que vivía en centros urbanos antes de mediados del siglo XIX no son en absoluto exactos, pero hay acuerdo general en que la población urbana (habitualmente definida por los estadísticos franceses como quienes viven en centros de más de 2.000 habitantes) creció con más rapidez que la población rural, al menos después de 1831¹³. Una comparación entre las cifras relativamente buenas de Marcel Reinhard de la población de las ciudades en 1806 con las cifras del censo de 1851 indica que la población que vivía en centros de más de 10.000 habitantes creció desde unos 2,6 millones en 1806 a unos 5 millones en 1851¹⁴. Pero esto sólo suponía el 14

¹¹ Calculado a partir de Toutain, «Le Produit de l'agriculture française», págs. 64, 207.

¹² Según las cifras reunidas por Toutain, J.-C. («La Population de la France», páginas 54-5), la cantidad de población rural dedicada a la agricultura creció con mucha lentitud de 1801 a 1851, mientras la población rural no-agrícola se multiplicó por más de dos, de 3 a 7 millones aproximadamente. Esas cifras no pueden tomarse de forma excesivamente literal. La cifra de 1801 se extrapola de una sola estimación, de validez discutible; además, puesto que muchos habitantes del campo se dedicaban tanto a tareas agrícolas como industriales, en proporciones muy diversas, cualquier intento de asignación definitiva a unas u otras ha de ser por fuerza engañoso. Finalmente, el cálculo de Toutain es en sí mismo inverosímil, porque supone que la población no-agrícola creció con mayor rapidez que la población urbana. Si, como sospecho, las cifras de Toutain sobrestiman el incremento de la población rural no-agrícola, significaría que la población agrícola creció más de lo que sus cifras indican. Esto supondría a su vez que el cálculo de un incremento del 38 por 100 en la productividad agrícola de 1801 a 1851 es demasiado elevado. Sería más probable un incremento quizá de un 30 por 100.

¹³ Pouthas, Charles, en *La Population française pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, 1965, pág. 79, concluía que no había testimonios definitivos de un crecimiento más rápido en la población urbana que en la rural hasta después de 1831. Toutain, en «La Population de la France», pág. 53, duda sobre el período de 1801 a 1831. Ambos, no obstante, están de acuerdo en que la población urbana creció más deprisa que la población rural durante el período de 1801 a 1851 en su conjunto.

¹⁴ La cifra para 1806 está calculada a partir de Reinhard, «La Population des villes», pág. 287. La cifra para 1851 deriva de Toutain, «La Population de la France», páginas 54-55.

por 100 de toda la población de 1851, e incluso utilizando la definición de centro urbano como de más de 2.000 habitantes, la población urbana sólo suponía una cuarta parte del total, frente a quizá una quinta parte en 1801¹⁵.

Como puede verse en la tabla 1, la mayoría de las grandes ciudades francesas crecieron de forma importantísima en la primera mitad

TABLA 1

Crecimiento de las veinticinco mayores ciudades de Francia (1801-1851)

	Población en 1801	Población en 1851	Incremento de población
París	547.736	1.053.262	92
Marsella	111.130	195.292	76
Lyon	109.500	177.190	62
Burdeos	90.992	130.927	44
Ruán	87.000	101.265	16
Nantes	73.879	96.262	30
Toulouse	50.171	93.379	86
Lille	54.756	75.795	38
Estrasburgo	49.056	75.565	54
Toulon	20.500	69.404	238
Brest	27.000	61.160	126
Metz	32.099	57.713	80
Saint-Étienne	16.259	56.001	224
Nîmes	38.800	53.619	38
Amiens	40.289	52.149	29
Orleans	36.165	47.393	31
Angers	33.000	46.779	42
Montpellier	33.913	45.811	35
Reims	20.295	45.754	129
Caen	30.900	45.290	52
Nancy	29.740	45.129	52
Limoges	20.550	41.630	102
Besançon	30.000	41.295	38
Rennes	25.904	39.505	53
Aviñón	19.889	35.890	80

Fuente: Basada en Pouthas, *Population française*, pág. 98.

¹⁵ Estas cifras —desde luego muy poco exactas para 1801— derivan de Toutain, «La Population de la France», págs. 54-55.

de siglo. Con la única excepción de Ruán, todas las ciudades que estaban entre las veinticinco primeras de Francia en 1851 habían crecido más que el conjunto de la población desde 1801 —a saber, más del 26 por 100¹⁶—. París, sin duda, creció de la forma más espectacular. En 1801 era una de las mayores ciudades del mundo, con más de 500.000 habitantes; en 1851 los había casi doblado, superando justamente el millón. Marsella y Lyon, las mayores ciudades provinciales, crecieron también muy rápidamente y se aproximaban a 200.000 habitantes a mediados de siglo. Hubo, además, varias ciudades menores —Toulon, Brest, Saint-Étienne, Reims, Limoges— que crecieron más del doble en este período. Pero había también gran número de ciudades cuyo crecimiento fue lentísimo. Once de las veinticinco, por ejemplo, crecieron menos del 50 por 100 en cincuenta años. Francia era un país más urbano en 1851 que a comienzos de siglo, pero los habitantes de ciudades comprendían solamente una minoría de la población y eran ampliamente superados por los campesinos.

Aquí el contraste con Gran Bretaña es llamativo. Mientras sólo una de las diez mayores ciudades francesas había doblado su población en la primera mitad del siglo XIX, *ninguna* de las diez mayores ciudades británicas había crecido *menos* del doble. Leeds y Birmingham, de hecho, habían crecido más del triple; Manchester, Liverpool y Glasgow, más del cuádruple, y Bradford se había multiplicado por ocho. En 1801 Londres era la única ciudad británica de más de 100.000 habitantes, mientras Marsella y Lyon —además de París— tenían más de 100.000 habitantes; en 1851 sólo se habían sumado a la lista francesa Burdeos y Ruán, mientras en Gran Bretaña diez ciudades habían superado los 100.000 habitantes. Y aunque ni Marsella ni Lyon habían alcanzado todavía los 200.000 habitantes en 1851, Glasgow, Liverpool y Manchester habían llegado a 300.000 y Birmingham había superado los 200.000¹⁷. Finalmente, sólo un 14 por 100 de la población francesa vivía en ciudades de más de 10.000 habitantes¹⁸ en 1851; la cifra comparable para Gran Bretaña era el 39

¹⁶ Había, no obstante, cinco ciudades más —Versalles, Clermont-Ferrand, Troyes, Aix-en-Provence y Grenoble—, situadas de la vigésimoprimera a la vigésimoquinta en 1801, que crecieron menos del 26 por 100 y habían sido desplazadas de la lista en 1851. Pouthas, *La Population française*, pág. 98.

¹⁷ Las cifras de población de las ciudades británicas se han tomado de Mitchell, B. R., y Deane, Phyllis, *Abstract of British Historical Statistics*, Londres, 1962, págs. 24-27.

¹⁸ La cifra francesa procede de Toutain, «La Population de la France», págs. 54-55. La cifra británica, de Weber, Adna Ferrin, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century: A Study in Statistics*, Nueva York, 1899; reedición, Ithaca, Nueva York, 1963, página 43.

por 100. El mismo contraste puede observarse en la proporción de la población que vivía de la agricultura: poco más de la mitad en Francia, pero un poco más de la cuarta parte en Gran Bretaña¹⁹. En comparación con Gran Bretaña, el ritmo de la urbanización en Francia en el siglo XIX no era destacado.

El lento ritmo del crecimiento de población y el pausado ritmo de urbanización en Francia son de importancia fundamental para comprender el modelo francés de crecimiento económico en el siglo XIX. Esto puede verse más claramente en contraste con Gran Bretaña, donde el desarrollo de la industria mecanizada, a gran escala, estaba íntimamente relacionado con el rápido crecimiento de la población. Las fábricas, con todas sus ventajas sobre los métodos artesanales, tenían también ciertas limitaciones, en particular en las primeras décadas de la tecnología fabril. Eran superiores para producir grandes cantidades de productos normalizados de calidad modesta, pero para ser lucrativas exigían también un mercado muy grande para sus productos. En otro caso, la demanda sería insuficiente para justificar la fuerte y rígida inversión de capital que representaba una fábrica. El mercado francés de tejido de lana y algodón producido en masa era considerable, y los empresarios franceses respondieron a esa demanda con la construcción de gran número de fábricas textiles, en las ciudades del norte en particular: Ruán, Elbeuf, Lille, Roubaix, Tourcoing, Mulhouse, Reims y Saint-Quentin. Pero la expansión de la demanda en Francia fue mucho más lenta que en Inglaterra, y ello limitó el desarrollo del sector fabril francés. Parte de la ventaja británica a este respecto era su dominio de los mercados de ultramar y en particular de los trópicos, un dominio asegurado por sus victorias navales en las guerras de la Revolución Francesa. Sin embargo, el mercado interior británico se expandió mucho más rápidamente que el francés²⁰. En parte estuvo en función del superior ritmo global de crecimiento demográfico. Pero el mercado para el tipo de bienes que podían producirse de forma lucrativa mediante fábricas creció de forma todavía más rápida que la población en su conjunto.

La urbanización rápida fue una de las razones. Mientras muchas de las necesidades de los campesinos se satisfacían fuera del mercado —lo típico es que cultivaran la mayor parte del alimento que comían y fabricaran muchos de sus productos manufacturados durante la «es-

¹⁹ La cifra para Francia procede de Toutain, «La Population de la France», págs. 54-5. La cifra británica es de Mitchell y Deane, *British Historical Statistics*, pág. 60.

²⁰ La importancia crucial del mercado interior en la industrialización británica se defiende con vigor en Deane, Phyllis, y Cole, W. A., *British Economic Growth, 1688-1959*, Londres, 1964, págs. 82-97.

tación improductiva» del invierno—, las necesidades de la población urbana se satisfacían casi exclusivamente a través del mercado. Por tanto, la urbanización suponía que una proporción creciente de todos los productos consumidos se comprara en el mercado. Además, los residentes urbanos tendían a estar mucho más atentos a las nuevas modas y eran más receptivos a los nuevos productos —tejidos ligeros de algodón en vez de los tradicionales de lino y lana o botones y hebillas del tipo que se convirtió en especialidad de Birmingham²¹. Los habitantes urbanos no sólo gastaban una proporción superior de sus ingresos en el mercado, sino que resultaba más probable que lo gastaran en objetos producidos en fábricas. Un incremento en la proporción de la población que vivía en las ciudades condujo, por tanto, a una expansión *desproporcionada* del mercado de productos fabricados en masa.

Al mismo tiempo, una población en rápido crecimiento —y en particular una población urbana en rápido crecimiento— conducía a una comercialización generalizada de la agricultura inglesa. Una demanda urbana de alimentos en ascenso daba un fuerte incentivo para que los cultivadores ingleses adoptaran nuevos métodos de cultivo con el fin de maximizar su producción y sus beneficios. Entre 1760 y 1830 aproximadamente —es decir, el período clásico de la revolución industrial— se extendió por el campo inglés una oleada final de *enclosures*, tragándose las últimas áreas de producción agrícola a pequeña escala e ineficaz²². A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la dinámica del crecimiento urbano arrastró definitivamente a la población agrícola a la esfera del mercado. Los campesinos independientes, ya raros en el siglo XVIII, desaparecieron prácticamente a comienzos del XIX, y la tierra acabó siendo cultivada exclusivamente por trabajadores asalariados, quienes, como los trabajadores de la ciudad, compraban la mayor parte de lo que consumían en el mercado. Este avance inexorable de un mercado nacional unificado fue importante no sólo desde el punto de vista de la demanda de productos fabriles, sino desde el de la propia oferta de trabajo. El desarrollo de una agricultura comercial a gran escala, con el trabajo realizado por asalariados sin tierra, eliminó toda posibilidad de una solución «irlandesa» al problema de la población —es decir, la fragmentación de las explotaciones campesinas en diminutas mini-explotaciones, marginalmente

²¹ David S. Landes da mucha importancia a la tendencia urbana a la «emulación» en el estímulo de la demanda de objetos producidos en serie. Vid. *The Unbound Prometheus*, págs. 50-1.

²² Para los datos de las *enclosures*, vid. Deane y Cole, *British Economic Growth*, pág. 94.

autosuficientes e improductivas— y garantizó que el crecimiento de la población diera lugar a una abundante oferta de trabajo para las manufacturas urbanas²³.

Todo esto no significa que el rápido crecimiento de la población o cualquier otro factor individual por sí mismo pueda «explicar» el crecimiento económico británico en la revolución industrial. La economía británica creció como resultado de la interacción mutua de gran número de factores: crecimiento de la población, organización agrícola, comercio exterior, favorable dotación de recursos, innovación tecnológica, urbanización, unificación del mercado, junto a otros muchos. Pero sin duda es cierto que la economía británica no habría adoptado su forma *concreta* —con su gigantesco desarrollo de la producción fabril en grandes distritos industriales— si no hubiera sido por el rápido crecimiento y la rápida urbanización de la población británica. Y, por la misma razón, la forma muy diferente del crecimiento económico francés fue posible por el lento crecimiento de la población francesa. En Gran Bretaña, el rápido incremento de población y la gigantesca urbanización unificaron el mercado, destruyeron la agricultura campesina y espolearon la demanda de bienes producidos en masa. En Francia, el lento incremento de la población y la urbanización gradual dejaron intactos muchos mercados regionales, permitieron a la agricultura campesina ajustarse poco a poco a la demanda en lento crecimiento y pusieron límites al mercado de bienes producidos en masa. El resultado fue un modelo mucho menos revolucionario de crecimiento económico —pero a largo plazo no menos afortunado—. O para expresar lo mismo en términos más favorables al modelo francés: sólo una transformación revolucionaria de los medios de producción permitió a Gran Bretaña mantener un producto per cápita en ascenso frente a un crecimiento desordenado de la población, mientras el modelo francés, con un lento crecimiento de población, pudo permitirse ser mucho más gradual.

El modelo de crecimiento económico francés, que combinaba una importante industrialización con la continua expansión de la artesanía y la agricultura campesina, no debe considerarse un esfuerzo fallido por imitar los logros británicos, sino una respuesta enteramente apropiada a la situación francesa. Con una población que crecía con lentitud, con la mayor parte de la población agrícola sólo en parte implicada en el vínculo del dinero, y con el territorio nacional dividido en

²³ Esto no significa que las *enclosures* expulsaran realmente de la tierra a una gran cantidad de gente, como se sostuvo en un tiempo. Sobre los efectos de las *enclosures* en Inglaterra, vid. Chambers, J. C., «Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution», en *Economic History Review*, 2ª serie, 5 (1953): 319-43.

mercados regionales sólo parcialmente integrados —tanto de mercancías como de trabajo—, había límites intrínsecos a las posibilidades de la producción fabril. En esas circunstancias, era económicamente racional que una buena parte del capital nacional se invirtiera en la producción artesanal en pequeña escala²⁴. Esto resultaba de la notable ventaja competitiva que tenía ya en el siglo XVIII Francia sobre otras naciones en muchas industrias de alta calidad, fuertemente especializadas. Aquí la opinión del *Parlement* de París, citada en un contexto diferente en el capítulo 4º, puede representar la de la mayoría de los contemporáneos:

Nuestras mercancías se han impuesto siempre en los mercados exteriores... Se buscan en toda Europa por su gusto, belleza, finura, solidez, corrección del diseño, perfección de la ejecución, calidad de sus materias primas... Nuestras artes, llevadas a supremo grado de perfección, enriquecen vuestra capital, de la que el mundo entero ha llegado a ser tributario²⁵.

Pese a toda su hipérbole, era básicamente una valoración precisa, y siguió siéndolo durante el siglo XIX. Los buenos muebles, joyas, tapices y otros innumerables productos de lujo de París, los tejidos de seda de Lyon y las cintas y adornos de seda de Saint-Étienne, las porcelanas de Limoges, continuaron siendo admirados y buscados por todo el mundo, y todos ellos fueron núcleos básicos del crecimiento en la economía francesa del siglo XIX. El éxito del crecimiento industrial francés en el siglo XIX consistió en buena parte en el mantenimiento y desarrollo de la superioridad de Francia en manufacturas de alta calidad y gran especialización. En realidad, incluso la industria fabril en Francia tendía a alcanzar mejores resultados en las ramas de más calidad y especialización más intensa. Tanto la industria de algodón de Mulhouse como la industria lanera de Roubaix-Tourcoing —los centros de crecimiento más rápido de la producción textil fabril francesa en los dos primeros tercios del siglo XIX— se especializaron en los tipos de tejido de mayor calidad²⁶.

Una de las consecuencias importantes de este modelo de crecimiento económico fue que el obrero francés del siglo XIX típico viviese en una vieja ciudad con antiguas tradiciones artesanales, no en una ciudad fabril moderna. De las veinticinco ciudades mayores de

²⁴ Maurice Lévy-Leboyer argumenta de forma similar en «Le Processus d'industrialisation».

²⁵ Flammermont, *Remonstrances*, 3: 347.

²⁶ Lévy-Leboyer, «Les Processus d'industrialisation», págs. 290-1.

Francia en 1851, todas, excepto Saint-Étienne, habían tenido título de ciudad y habían sido principales centros de comercio, administración y artesanía durante siglos. Saint-Étienne era la excepción que confirmaba la regla. Aunque era una ciudad nueva desarrollada a partir de una mera aldea industrial en el siglo XVIII y comienzos del XIX hasta convertirse en principal centro minero y metalúrgico, la proporción de la mano de obra de Saint-Étienne que trabajaba en la industria a pequeña escala y altamente especializada de cintas y adornos de seda era mayor que en la minería y la metalurgia. Incluso la nueva ciudad industrial de Saint-Étienne estaba dominada más por los artesanos altamente especializados que por los obreros fabriles. De nuevo es chocante el contraste con Gran Bretaña. De las diez mayores ciudades de 1851, seis —Manchester, Birmingham, Glasgow, Leeds, Sheffield y Bradford— eran esencialmente ciudades fabriles, y el tráfico en el puerto de Liverpool estaba dominado por el comercio de algodón de Lancashire. Sólo tres de las diez mayores ciudades británicas —Londres, Edimburgo y Bristol— habían sido importantes centros urbanos antes del siglo XVIII, y en términos legales, Manchester y Birmingham fueron villas sin status corporativo hasta la década de 1830.

¿EL ARTESANO EN DECADENCIA?

Dada la naturaleza de las ciudades y las manufacturas francesas, es perfectamente comprensible que la industria artesanal a pequeña escala conservara un claro predominio numérico bien superada la mitad del siglo XIX. Markovitch estima que la población industrial dedicada a la industria artesanal en Francia era dos veces superior a la población dedicada a la industria a gran escala en 1876²⁷. Y el predominio numérico de los artesanos sobre los obreros fabriles era aún mayor en la primera mitad del siglo. Una parte importante de esos artesanos trabajaba en industrias que producían para el mercado nacional e internacional. Pero, con mucho, el mayor número de artesanos franceses realizaba productos que se consumían localmente —alimentos, edificios, tejidos, zapatos, muebles, aperos y útiles de todas clases, etc.—. Y esos oficios crecieron prácticamente en todas las ciudades, en los centros fabriles tanto como en los centros de comercio, administración o producción de lujo.

²⁷ Markovitch, Timor J., «Le Revenu industriel et artisanal sous la Monarchie de Juillet et le Second Empire», en *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, serie AF, 4 (1967): 87.

El hecho de que los artesanos fueran sustituidos finalmente por las fábricas en casi todas las ramas de la manufactura ha llevado a los historiadores a considerar la industria fabril y la artesanal como antagonistas directos. De esa forma, «el artesano en decadencia» se ha convertido en un personaje de repertorio de la historia del movimiento obrero en el siglo XIX, con los tejedores británicos de telar manual, reducidos de soberbia opulencia a patética miseria por la competencia del telar mecánico, como ejemplo clásico. Pero el tejedor del telar manual fue realmente un caso muy inhabitual; generalmente, el crecimiento de las fábricas no tendía a reducir, sino a multiplicar el número de artesanos, al menos en los dos primeros tercios del siglo XIX. Hasta las últimas décadas del siglo, la industria textil era prácticamente la única en la que las fábricas compitían directamente con los productores artesanos²⁸. En otros casos, la producción fabril se desarrolló en industrias atendidas por obreros no cualificados —por ejemplo, la metalurgia pesada o las industrias alimenticias, como la del azúcar, la harina o el aceite— o bien creó industrias enteramente nuevas que no habían existido antes de la revolución industrial, como la química o la construcción de máquinas de vapor o maquinaria textil. Así, la llegada de las fábricas incrementó el número de obreros no especializados o semiespecializados entre la mano de obra, pero no suplantó a los artesanos. Y en el caso de la construcción de maquinaria, el resultado de la industrialización fue crear una nueva demanda de metalúrgicos especializados que, aunque trabajasen en fábricas, estaban entre los obreros más especializados y mejor pagados del sistema económico. Estos orgullosos artesanos no tenían prácticamente ninguna semejanza con los trabajadores manuales fabriles mal pagados y desorganizados en las fábricas textiles, químicas o de alimentación. En la época anterior a las cadenas de montaje y las piezas intercambiables, la construcción de máquinas exigía gran inteligencia, juicio, destreza y habilidad —lo que en el siglo XVIII se habría denominado «arte»— por parte de los obreros. Además, al menos en Francia, muchos obreros en la construcción de máquinas continuaron realizando su aprendizaje en los talleres metalúrgicos tradicionales y continuaron llamándose por títulos como *serrurier* (cerrajero) o *chaudronnier* (calderero), en lugar del reciente *mécanicien* (mecánico). Tendían también a formar el mismo tipo de organizaciones obreras como metalúrgicos que las utilizadas en los pequeños talleres; mu-

²⁸ Para una lúcida exposición de la transformación de una mano de obra de artesano en operarios fabriles semiespecializados en las décadas de 1880 y 1890, *vid.* Scott, *Glassworkers of Carmaux*.

chos, por ejemplo, eran miembros del *compagnonnage*. El desarrollo de fábricas de construcción de máquinas, en suma, no suplantó a los artesanos, sino que creó un nuevo y numeroso grupo de artesanos particularmente prósperos que trabajaban en fábricas²⁹.

Mientras, el desarrollo de fábricas de todo tipo multiplicó la demanda de bienes de producción artesanal. Había que construir las fábricas, y había que albergar, vestir y abastecer de alimentos de toda clase a la mano de obra de las fábricas —junto a los obreros que transportaban las materias primas y los productos elaborados hasta las fábricas y desde ellas y a los negociantes que los compraban y vendían—. Dada la tecnología de la primera mitad del siglo XIX, prácticamente todas esas necesidades sólo podían cubrirse por los artesanos: albañiles, carpinteros y ebanistas; carniceros, panaderos y confiteros; constructores de muebles, de baterías de cocina, carros, coches, cuchillería y un sinnúmero de otros productos. Las fábricas contribuyeron también a la multiplicación de algunas categorías de artesanos al reducir el costo de sus materias primas e incrementar así la demanda de sus productos. Esto fue cierto sobre todo en los oficios textiles, donde la nueva producción a bajo precio de las fábricas de lana y algodón hizo posible una mayor cantidad y variedad de vestidos, y en los oficios metalúrgicos, donde el hierro más barato suponía una mayor demanda de diversos productos. En el siglo XIX, las condiciones de expansión de la industria fabril y la expansión de la industria artesanal fueron de la mano.

La única excepción importante a esta relación de apoyo mutuo entre industria fabril y artesanal fue la industria textil, donde las nuevas fábricas sustituyeron el hilado y el tejido a mano. El principal efecto de las fábricas de hilar fue privar a miles de mujeres del campo de un beneficioso trabajo suplementario, pero la pérdida de trabajo en el hilado quedó probablemente contrarrestada por un gran incremento en la industria doméstica del tejido, en la que las mujeres podían tejer o ayudar a sus maridos a preparar los telares, enrollando la lanzadera y en otras tareas auxiliares. Más tarde, cuando se introdujeron los telares mecánicos, desplazaron a muchos tejedores manuales que trabajaban a tiempo completo, de los cuales la mayoría eran probablemente hombres. Aunque no existe ningún estudio detallado de los tejedores manuales franceses, parece claro que su decadencia fue mucho menos traumática que en Gran Bretaña. Desde luego, el crecimiento de la in-

²⁹ Para un estudio más detallado de los obreros en la industria de construcción de maquinaria de Marsella, *vid.* Sewell, «The Structure of the Working Class», páginas 205-209.

dustria algodonera francesa no resiste la comparación con el auge de la británica de fines del siglo XVIII, y al haber crecido de forma mucho menos brusca el tejido en telares manuales en Francia, la caída fue menos brusca³⁰. La caída fue también más lenta porque el moderado ritmo de crecimiento de la industria textil sólo permitía una introducción gradual de los telares mecánicos y porque los telares mecánicos eran mucho más difíciles de adaptar a la producción de tejidos de calidad en la que estaban especializados los franceses. En la industria de la seda de Lyon, por ejemplo, los telares mecánicos sólo se introdujeron en el último cuarto del siglo XIX³¹. Parece también que muchos tejedores manuales franceses realizaron una transición afortunada al trabajo en las industrias textiles y que la organización familiar del trabajo que caracterizaba la producción textil doméstica les siguió a la fábrica³². Pero a pesar de todas estas circunstancias atenuantes, el incremento de las fábricas textiles planteaba una amenaza directa a la producción a mano. El impacto fue más tardío y más gradual que en Gran Bretaña, pero finalmente los tejedores manuales fueron eliminados en todas las ramas de la industria.

Hay que observar, sin embargo, que los trabajadores cualificados de la industria textil que fueron desplazados por las máquinas eran fundamentalmente tejedores domésticos del medio rural. Sin duda, esto no hizo su desplazamiento menos doloroso, pero significó que el grupo de trabajadores cualificados que experimentó un conflicto directo con la tecnología fabril en la primera mitad del siglo XIX estaba aislado, física y culturalmente, de los artesanos urbanos. Los tejedores rurales vivían en un mundo diferente, tenían más en común con los campesinos que con los artesanos urbanos. Y continuaban radical-

³⁰ Como ha observado E. P. Thompson, la historia del telar manual en Gran Bretaña fue mucho más complicada que la destrucción de un oficio tradicional por la competencia de la tecnología fabril. El primer efecto de la revolución industrial sobre los tejedores de telares a mano fue una gran multiplicación de su número —resultado del crecimiento de la producción y la reducción del coste del hilo de algodón que siguieron a la introducción de la nueva maquinaria de hilado. Fue este número considerablemente inflado de tejedores de telares manuales el que iba a desaparecer a causa del telar mecánico. Además, la rápida expansión les hizo más vulnerables cuando llegó la decadencia. El ascenso y la caída del tejido con telar manual fue consecuencia de la nueva tecnología industrial (Thompson, *Making of the English Working Class*, págs. 260-261, 269-277).

³¹ Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 195.

³² William M. Reddy ha encontrado esto tanto en la industria del lino de Armentières como en la industria algodonera de Ruán. Vid. «Family and Factory: French Linen Weavers in the Belle Époque», en *Journal of Social History*, 8 (invierno de 1975): 102-112, y «The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen, 1752-1871», en *Past and Present*, 74 (febrero de 1977): 78-79.

mente diferenciados de los artesanos cuando iban a trabajar a las nuevas fábricas de tejido e hilado. Carecían de tradición corporativa y, a diferencia de los artesanos urbanos, rara vez formaban organizaciones laborales estructuradas, incluso en la ciudad. Hasta sus huelgas de la primera mitad del siglo XIX se parecían más a los motines rurales del grano o a las procesiones que a los paros laborales disciplinados de los oficios artesanales urbanos³³. Y todavía en 1848, los obreros de las fábricas textiles seguían al margen de los movimientos políticos de la clase obrera que atraían a montones de artesanos. Las esperanzas, los temores, los rencores y los padecimientos de los obreros textiles —en el campo y en las fábricas rurales— estaban lejos de la experiencia de la mayoría de los artesanos.

En suma, el desarrollo de la industria fabril en Francia en la primera mitad del siglo XIX no produjo la decadencia general de los artesanos urbanos. Aunque el telar mecánico eliminara lentamente a los tejedores rurales, los oficios urbanos organizados como corporaciones en el Antiguo Régimen experimentaron en general una vigorosa expansión durante la primera mitad del siglo XIX. En términos numéricos, al menos, para los artesanos urbanos fue una era de auge, más que de decadencia. Durante la mayor parte del siglo XIX los artesanos siguieron siendo el sector dominante de la clase obrera urbana, numérica, política y culturalmente.

El que los artesanos pudieran coexistir con el sistema fabril no significa que la vida en los oficios artesanales transcurriera inalterada; por el contrario, fueron años de cambios, tensiones y conflictos generalizados. En particular, un rápido incremento en el número de oficiales que trabajaban en un oficio hacía difícil para los trabajadores mantener el control del mercado laboral —garantizar que sólo se contratara a personas con el aprendizaje adecuado, mantener la vigilancia de las condiciones de trabajo en cientos de talleres, mantener salarios adecuados y uniformes, etc. De esta forma, un rápido incremento numérico podía tener un impacto decisivo en las relaciones entre patronos y trabajadores. Hubo también cambios en la tecnología —completamente distintos de la aparición de las fábricas— que tuvieron importantes efectos sobre los oficios artesanales. Por ejemplo, se introdujeron sierras mecánicas en la producción de madera, prensas mecánicas en la imprenta, y los clavos y remaches fueron sustituidos por el cosido en la fabricación de zapatos. Pero probablemente de ma-

³³ Vid. Reddy, «The Textile Trade», y «Skeins, Scales, Discounts, Steam and other Objects of Crowd Justice in Early French Textile Mills», en *Comparative Studies in Society and History*, 21 (abril de 1979): 204-13.

yor alcance que esos cambios técnicos fueron las innovaciones en la organización de la producción y venta que se produjeron con total independencia de cualquier cambio en la tecnología. A medida que las ciudades crecieron y los mercados se expandieron, algunos empresarios de los oficios urbanos respondieron a la demanda en ascenso apartándose de la antigua práctica de fabricar artículos por encargo de sus clientes y en su lugar llegaron a especializarse en artículos de inferior calidad, normalizados, *prêt à porter* que podían producirse de forma más eficiente y venderse a un precio inferior. Este sistema se conocía como *confection*. Los empresarios que adoptaron el sistema de *confection* explotaban, en lenguaje de los economistas, las «economías de escala» posibles por la demanda en ascenso.

El trabajo en los talleres dedicados a la confección podía organizarse de forma muy diferente al de los talleres tradicionales. Sobre todo, la división del trabajo se incrementó considerablemente. Un par de zapatos hechos según las indicaciones de un cliente determinado podían producirse de forma tan eficiente por un solo trabajador como por más de uno, porque cada par tenía que hacerse a medida. Pero cuando un taller producía docenas de pares de zapatos fabricados en el mismo estilo y en tamaños normalizados, era mucho más ventajoso asignar a un trabajador diferente cada paso del proceso de manufactura. La posibilidad de un trabajo dividido de forma más precisa significaba que el número óptimo de empleados por empresario era más elevado y que los trabajadores necesitaban una gama de capacidades más reducida —a un hombre o mujer carente de cualificación podía enseñárseles a cortar cuero con un tamaño y una forma preestablecidos, pero sólo a un trabajador bien preparado podía confiársele hacer un par de zapatos a medida. Así, si el proceso de manufactura se dividía en pasos suficientemente simples y normalizados, ni siquiera requeriría la supervisión del empresario y podría llevarse a cabo por hombres, mujeres y niños trabajando en sus propios pisos o buhardillas. Todos estos fenómenos —disolución de la cualificación, incremento de la escala y la división del trabajo, producción doméstica sobre una base industrial— son abundantes en París y en las mayores ciudades provinciales en la década de 1840 y probablemente se remontan también a los años veinte y treinta. Aunque la investigación sobre la *confection* se encuentra demasiado en esbozo para determinar la extensión precisa de esas prácticas, debieron ser más habituales en la fabricación de zapatos, vestidos y muebles³⁴.

³⁴ Vid. Johnson, Christopher H., «Economic Change and Artisan Discontent: The Tailors' History, 1800-48», en Price, Roger (ed.), *Revolution and Reaction: 1848 and*

Un conjunto de cambios organizativos relacionados tuvo lugar en la industria de la construcción, en París en particular. Allí un gran contratista se encargaba de construir muchas casas y después subcontractaba la obra real a *marchandeurs* (negociantes o regateadores), que a su vez contrataban a sus propios obreros al mínimo. Este sistema de *marchandage* tendía a exprimir los salarios y hacía prácticamente imposible el mantenimiento de condiciones de trabajo y de pago uniformes. Los obreros lo consideraban explotador. La abolición del *marchandage* fue una de las primeras concesiones que los obreros arrancaron del gobierno provisional tras la revolución de 1848, en razón de que era «injusto, vejatorio, y contrario al principio de fraternidad»³⁵. Como la *confection*, el *marchandage* debió estar relacionado con un incremento en el tamaño de la empresa. Pero en el caso del *marchandage*, el ahorro parece derivar menos de una mayor división del trabajo que de una explotación intensificada, tanto de los trabajadores como de los *marchandeurs*, por los contratistas capitalistas³⁶.

Dado el estado de la investigación, es imposible saber lo extendidos que estaban *confection* y *marchandage*. Sin embargo, sería raro que estos o similares cambios de la organización de la producción no se produjeran en la mayoría de las más grandes ciudades francesas en la primera mitad del siglo XIX. Después de todo, esos cambios en la organización de las empresas son justamente aquellos que cabría esperar del estímulo de mercados más amplios y una demanda en ascenso. En realidad, como ya se observó, los *chambrelans* —es decir, los productores domésticos que fabricaban productos inferiores y escapaban a las regulaciones de las corporaciones— eran ya en el

the Second French Republic, Londres, 1975, págs. 87-114; Johnson, *Utopian Communism in France*, especialmente págs. 177-82, y «Communism and the Working Class before Marx: The Icarian Experience», en *American Historical Review*, 76 (junio de 1971): 657-67, y Moss, *French Labor Movement*, especialmente capítulo 1. Vid. también el análisis de Thompson de los artesanos de Londres en *Making of the English Working Class*, capítulo 8.

³⁵ La cita es del decreto del gobierno provisional del 2 de marzo de 1848, como se publica en *Les Murailles révolutionnaires de 1848* (17ª ed.), 2 vols., prefacio de Alfred Delvau, París, 1868, I: 241. Por lo que yo conozco, no existe un estudio adecuado del *marchandage*. Nuestro conocimiento del sistema procede casi exclusivamente de los intentos para abolirlo en 1848. Sobre esta cuestión, vid. Duveau, 1848, págs. 73-4, y Gossez, *Les Ouvriers*, págs. 24-6, 100-9.

³⁶ Los *marchandeurs*, contra quienes se dirigían la mayoría de las reclamaciones en 1848, tenían sus propias quejas contra los contratistas capitalistas y a veces hacían causa común con los obreros. Esto ocurrió con los ebanistas parisienses, donde la comisión de *marchandeurs* ebanistas se unió con la asociación fraternal y democrática de obreros ebanistas en marzo de 1848 en oposición a los «contratistas generales» (*entrepreneurs généraux*). Gossez, *Les Ouvriers*, págs. 140-1.

siglo XVIII un importante problema en algunos oficios. Desde el punto de vista económico, el amplio desarrollo de *confection* y *marchandage* puede verse como una extensión de procesos ya en marcha durante el crecimiento económico de la segunda mitad del siglo XVIII.

Aunque sin duda hay continuidades entre la evolución en el Antiguo Régimen y en el siglo XIX, las transformaciones legales impuestas por la Revolución estimularon los cambios en la organización de la producción y alteraron su sentido. Bajo el Antiguo Régimen, los intentos de emplear subcontratistas, o utilizar a trabajadores domésticos, o fabricar productos normalizados de baja calidad, o multiplicar la división del trabajo o introducir trabajadores sin preparación en el oficio eran contrarios a los estatutos de las corporaciones y, por tanto, ilegales. Ello no significaba que estas prácticas no ocurrieran nunca, pero significaba que tendían a ocurrir a pequeña escala, fuera de la vista de los *jurés* de las corporaciones, o fuera de la jurisdicción de las corporaciones. Como se ha indicado, el hecho de que el tejido llegara a ser una industria predominantemente rural en los siglos XVII y XVIII se debió a que los empresarios querían eludir las regulaciones estrictas y los altos costes laborales de las corporaciones urbanas. Pero en el siglo XIX, gracias a la abolición de las corporaciones por la Revolución y a la redefinición de los derechos de propiedad, todas esas prácticas se convirtieron en ejercicio de derechos legítimos de propietarios individuales. Si un empresario deseaba contratar trabajadores sin cualificar que cortaran palas normalizadas para producir zapatos en serie, no había limitación legal que le impidiera contratarlos al nivel salarial que pudiera negociar. O si un fabricante de muebles deseaba vender imitaciones baratas y normalizadas de muebles de estilo, era libre de producir y vender cualquier cantidad que el mercado encajara. Si esas prácticas habían de limitarse, sólo podían limitarse por la acción concertada de los trabajadores, que podían ser respaldados de diversas formas por pequeños maestros temerosos de la competencia de rivales más innovadores. Pero esa acción concertada era ilegal y, por tanto, difícil de organizar y mantener. En suma, las tornas se habían vuelto en el siglo XIX: lo que habían sido prácticas fraudulentas se convirtieron en ejercicio legítimo de la industria, y lo que habían sido restricciones legítimas a la codicia y al fraude de los maestros deshonestos se convirtieron en conspiraciones ilegales contra los derechos de propiedad. El desarrollo de la *confection*, el *marchandage* y otros cambios en la organización de la producción en los oficios artesanales procedía de cambios en la trama legal de la industria durante la Revolución Francesa, tanto como de un crecimiento del mercado.

Los artesanos franceses en la primera del siglo XIX veían su status, sus ingresos y sus condiciones de trabajo continuamente amenazados por los cambios desfavorables en la organización de la producción. Fue también, para la mayoría de los artesanos, un período de estancamiento o incluso de retroceso de los salarios reales. Aunque se ha realizado mucha menos investigación sobre este problema para Francia que para Inglaterra en el siglo XIX, la mayoría parece apuntar las mismas conclusiones. Si se consideran conjuntamente los cálculos de Kuczynski o Lhomme, o las observaciones de Jacques Rougerie sobre París, o mi propia obra sobre precios, salarios y consumo en Marsella, parece que los salarios reales y el consumo per cápita crecieron un poco desde 1810 hasta un máximo a comienzos de la década de 1820, cayeron continua pero gradualmente a algo menos de su nivel inicial en la década de 1840, y no volvieron a alcanzar el nivel de los primeros años de la década de 1820 hasta un punto de la década de 1870³⁷. El descenso entre la década de 1820 y la de 1840 no fue muy abrupto —quizá del orden del 10 al 15 por 100— y hubo bastante variación de oficio a oficio y de ciudad a ciudad. Pero globalmente, el estado de los salarios no reales fue bueno, en particular en un período de ascenso continuado de la renta per cápita. En una era de prosperidad manifiesta, en que comercio e industria estaban en visible expansión, el poder de compra de la mayoría de los artesanos —así como de los trabajadores menos cualificados— estuvo en retroceso real hasta mediados de siglo y creció sólo de forma lenta después. Esta experiencia de privación continuada en medio de la abundancia debió agravar el sentido de deterioro entre los artesanos por el avance de prácticas como la *confection* y el *marchandage*.

Los salarios bajos y en retroceso han de derivar en miseria material en cualquier período histórico. Pero cuando la prosperidad material y la industria se veían como fundamento y fin de la vida pública —como en Francia, después que la Revolución transformara la nación en una «sociedad industrial»— los salarios bajos se experimentaban como una injusticia pública, una especie de punzante reproche al buen orden del estado. La cuestión de los salarios inadecuados llegó a ser un tema esencial de debate público, en particular durante la Monarquía de Julio, cuando los salarios bajos y en retroceso constituían un fuerte contraste con la beata adhesión del gobierno a la expansión

³⁷ Kuczynski, *A Short History of Labour Conditions*, pág. 77; Lhomme, Jean, *Economie et histoire*, París, 1967, págs. 147-67; Rougerie, Jacques, «Remarques sur l'histoire des salaires à Paris au XIX^e siècle», en *Le Mouvement social*, 63 (1968): 71-108; Sewell, «The Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseille», páginas 85-88.

económica y al enriquecimiento privado. Al menos en las décadas de 1830 y 1840, los malestares materiales de la vieja época por los bajos salarios se combinaron con un malestar moral muy siglo XIX —la idea de que a los artesanos se les negaba su justa recompensa y el justo reconocimiento en la nueva sociedad industrial y que había algo torcido en el sistema económico y social.

Así, pese a la buena salud de la industria artesanal y a la expansión de su número, los artesanos franceses se veían asediados por luchas, crisis e inseguridades constantes. Sus conocimientos no fueron aniquilados por el maquinismo en avance, sino que con frecuencia quedaban diluidos por inferiores niveles de calidad y una mayor división del trabajo. Los artesanos no fueron rebajados de respetables artífices a proletariado fabril oprimido, pero con frecuencia su nivel de vida experimentó una considerable erosión. El moderado ritmo de la urbanización francesa y el continuo predominio de los centros tradicionales urbanos permitió cierta continuidad en las tradiciones y las costumbres artesanales, pero las reformas legales de la Revolución Francesa supusieron que las organizaciones corporativas que mantenían esas tradiciones y costumbres fueran ahora ilegales. La industria ya no era despreciada como marca de vileza —por el contrario, se exaltaba como fundamento del orden social—. Sin embargo, la propiedad se ensalzaba y protegía por los poderes gobernantes, mientras el trabajo, fuente indiscutida de la propiedad, estaba sujeto a los rigores inmisericordes del mercado. Los artesanos, en suma, eran todavía orgullosos, numerosos y esenciales para el funcionamiento de la economía, pero se veían exprimidos desde el punto de vista financiero, amenazados con pérdida de status y cualificación y prácticamente carentes de forma legal de defensa colectiva contra las fuerzas desordenadas del mercado libre. En esas circunstancias luchaban para formar organizaciones colectivas ilegales para promover y mantener lo que consideraban el buen orden y los intereses legítimos de sus oficios. Y al hacerlo recurrían al flexible y venerable lenguaje del ahora difunto régimen corporativo. La respuesta de los artesanos a su condición en la nueva sociedad industrial era construir *corporations ouvrières*.

8. Corporaciones obreras

Cuando los obreros adoptaron un vocabulario corporativo y formas corporativas de organización a comienzos del siglo XIX, no pretendían restablecer el sistema corporativo tal como había existido en el Antiguo Régimen. Les atraía el estilo corporativo por su intrínseca oposición al individualismo competitivo, no porque quisieran unas corporaciones jerárquicas gobernadas por maestros. En el Antiguo Régimen, las corporaciones eran cuerpos legalmente sancionados, y su lenguaje y sus instituciones resumían las premisas jerárquicas de la monarquía tradicional. Pero después de la Revolución, el individualismo posesivo se convirtió en el lenguaje dominante del estado, y el estilo corporativo en un lenguaje de oposición. Las corporaciones obreras del siglo XIX se organizaron al margen de la ley y no habrían podido subsistir sin el esfuerzo sostenido de sus miembros. El gran problema al que se enfrentaban era mantener una comunidad de oficio solidaria y ordenada frente a las poderosas tendencias individualistas de la sociedad contemporánea. El resultado fueron corporaciones, a pesar de la aparente continuidad en lenguaje y forma, muy distintas de las del Antiguo Régimen, corporaciones que, dada la dinámica de la sociedad y la política del siglo XIX, se convirtieron finalmente en células de un movimiento democrático revolucionario y socialista en 1848.

No se conoce bien la historia de las organizaciones obreras en la primera mitad del siglo XIX, y los aspectos corporativos de esas organizaciones no se han tratado en la bibliografía. Pueden entresacarse buena parte de los datos pertinentes de las obras existentes, y esos datos se utilizan aquí ampliamente. Pero este capítulo difiere de los demás en que se recurre ampliamente a mi investigación de archivo en Marsella. Los detalles locales de Marsella permiten construir una ex-

posición mucho más completa sobre las corporaciones obreras del siglo XIX de la que podría haberse conseguido sólo de fuentes publicadas. Tanto los datos precisos de Marsella como los más fragmentarios de otros lugares de Francia indican claramente que las corporaciones obreras estaban generalizadas en los oficios urbanos en la primera mitad del siglo XIX. Pero también indican que las corporaciones obreras diferían de forma importante tanto de las corporaciones de maestros como de las corporaciones de oficiales del Antiguo Régimen.

FORMAS INSTITUCIONALES

Las dos principales formas institucionales adoptadas por las corporaciones obreras del siglo XIX fueron el *compagnonnage* y las sociedades de ayuda mutua. El desarrollo de estas dos instituciones estuvo estrechamente vinculado a la historia política de Francia en la época napoleónica y la Restauración. Napoleón, que llegó al poder en 1799, dedicó su gobierno a establecer un compromiso entre la Revolución y el Antiguo Régimen. Consolidó las reformas legales de la Revolución en el famoso código napoleónico, pero restableció también versiones modificadas de algunas instituciones del Antiguo Régimen: la monarquía imperial, una nobleza imperial y —muy corregida tras el concordato de 1802— una iglesia católica reconocida por el estado. La caída de Napoleón y la restauración de la monarquía borbónica en 1815 supusieron el establecimiento de un estado abiertamente favorable al Antiguo Régimen. Aunque la monarquía restaurada no pudo desmontar las reformas legales de los períodos revolucionario y napoleónico, hizo todo lo posible para promover el respeto a la jerarquía y la lealtad al trono y a la iglesia católica. El Imperio y la Restauración fueron intentos de casar principios de la Revolución con principios del Antiguo Régimen, y el resultado inevitable fue una cultura política híbrida llena de tensiones contradictorias. La ambivalencia de las autoridades políticas del período imperial y de la Restauración —es decir, de 1800 a 1830— contribuyó a establecer las sociedades de ayuda mutua y el *compagnonnage* como las formas institucionales que los obreros podían utilizar para construir corporaciones capaces de enfrentarse a los patronos y al estado.

Las sociedades de ayuda mutua (*sociétés de secours mutuel*), conocidas como sociedades de previsión (*sociétés de prévoyance*) o sociedades de beneficencia (*sociétés de bienfaisance*), eran asociaciones

voluntarias creadas para proporcionar subsidios de seguro mutuo. Sus miembros pagaban cuotas mensuales regulares a la caja de la sociedad, y los subsidios se recibían por enfermedad, jubilación o muerte. Para obtener reconocimiento legal, estas sociedades habían de someter sus estatutos a las autoridades, que imponían condiciones de naturaleza administrativa y financiera¹. Durante la época napoleónica, las autoridades veían las sociedades de ayuda mutua como instituciones de gran utilidad, que podían aliviar los sufrimientos de los pobres y enseñarles la virtud de la previsión. Sin embargo, solían poner condiciones muy estrictas para la autorización, asegurándose de que las sociedades solicitantes fueran solventes y se formaran con propósitos legítimos de ayuda mutua, y no con otros fines ocultos. Las autoridades sospechaban sobre todo de las sociedades que conseguían sus miembros en un solo oficio, porque podían promover fácilmente «coaliciones» para limitar la libertad industrial. Ello no impidió que durante el Imperio se formaran sociedades de un solo oficio. A veces, los funcionarios locales autorizaban esas sociedades a pesar del peligro de coaliciones: en ocasiones sociedades de un solo oficio obtenían autorización incluyendo un pequeño número de personas de otros oficios, y a veces se constituían de modo informal e ignoraban la exigencia de autorización formal². Pero bajo el Imperio, y los regímenes posteriores, muchas sociedades conseguían miembros de una amplia variedad de sectores obreros, incluyendo en ocasiones unos pocos maestros artesanos, tenderos y empleados.

Legalmente, las sociedades de ayuda mutua eran asociaciones voluntarias constituidas bajo la supervisión del estado. Pero si se mira más allá de los formalismos legales, es claro que eran también versiones posrevolucionarias de las cofradías del Antiguo Régimen —con el apropiado cambio de nomenclatura—. Los subsidios que proporcionaban eran exactamente los mismos que las *charités* del Antiguo Régimen, pero rebautizadas con el título más secular de «ayuda mutua». Como las cofradías, proporcionaban entierro a los difuntos, al que todos los miembros debían acudir. Además, las sociedades de ayuda mutua formadas durante el Imperio y la Restauración se denominaban casi siempre según los santos patronos, cuyas fiestas eran celebradas por los *sociétaires* de la misma forma que por los *confrères* en el An-

¹ Laurent, Émile, *Le Pauperisme de les associations de prévoyance: Nouvelles études sur les sociétés de secours mutuels, histoire-économie-politique, administration* (2 vols.), París, 1865 (2ª ed.), 1: 388. En 1819 la exigencia de una autorización previa se formalizó en el artículo 291 del Código Penal.

² Laurent, *Les Associations de prévoyance*, 1: 270-3.

tigo Régimen³. Como las cofradías del Antiguo Régimen, las sociedades de ayuda mutua del siglo XIX variaban mucho en carácter y podían atender fines muy diferentes⁴. Algunas eran básicamente organizaciones de oficio, otras meras mutualidades, otras básicamente grupos de devoción y otras incluso clubes sociales con gran variedad de actividades. Una sociedad existente en Marsella en la década de 1820, compuesta por obreros de diversas ramas, incluía no sólo ayuda mutua, devociones comunes y entierro corporativo, sino frecuentes excursiones de domingo para los obreros y sus familias e invitados, con baile, bebida, representaciones teatrales y diversión general; el consumo de vino en esas ocasiones era «fabuloso», según un participante⁵. La sociedad de ayuda mutua, como antes la cofradía, era el signo de una asociación humana que deseaba regularizar y ensalzar su solidaridad. Cuando los obreros convertían una asociación en sociedad de ayuda mutua estaban extendiendo formal y simbólicamente la solidaridad a toda la persona, al cuerpo y al alma, con las previsiones para momentos de enfermedad, las devociones compartidas, el patronazgo espiritual común y los cortejos fúnebres para llevar al camarada difunto a su recompensa en el cielo. Una comunidad de oficio era la base de una asociación solidaria de ese tipo, pero no era en absoluto única⁶.

Como las autoridades del Imperio, las autoridades de la Restauración consideraban a las sociedades de ayuda mutua instituciones útiles. Pero bajo la Restauración, las sociedades de ayuda mutua se convirtieron también en un importante instrumento de la campaña para devolver las clases populares a la verdadera fe. Fueron activamente fomentadas por el estado y la iglesia, y las autoridades fueron mucho más propicias a autorizar sociedades cuyos miembros eran todos de un solo oficio. Las sociedades de ayuda mutua se convirtieron por tanto en una trama institucional muy apropiada para las corpora-

³ Estas generalizaciones se basan fundamentalmente en mi investigación sobre las sociedades de ayuda mutua en Marsella. Pueden encontrarse estatutos de muchas sociedades, junto con registros de los miembros, en los *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, M6/1045-50.

⁴ Para una descripción de las cofradías del Antiguo Régimen, vid. Agulhon, *Pénitents et Francs-Maçons*, págs. 21-160.

⁵ Gelu, Victor, *Marseille au XIX^e siècle*, Gaillard, Lucien, y Reboul, Jorgi (eds.), París, 1971, págs. 156-8.

⁶ En Marsella, la única ciudad donde he examinado la cuestión sistemáticamente, una mayoría de las sociedades de ayuda mutua en la primera mitad del siglo XIX tenía miembros de diversos oficios. Esto ocurría también en París en 1850 (Gossez, *Les Ouvriers*, pág. 41). Sin embargo, en otras ciudades las sociedades de un solo oficio pudieron ser habituales.

ciones obreras. Al registrar una corporación obrera como sociedad de ayuda mutua, ésta podía actuar legal y públicamente, con un grupo de directivos, una caja y un local. Podía representar también a la comunidad moral del oficio mediante actos de caridad mutua y la veneración común del santo patrón tradicional del oficio. Pero la sociedad podía servir también como centro de una asociación más amplia que atendiera a las condiciones de trabajo, marcara los niveles salariales, llamara a huelgas y boicoteos, castigara a los obreros desleales y mantuviera el buen orden en el oficio. Estas actividades tenían que llevarse a cabo en secreto y habitualmente quedan ocultas para los historiadores, como quedaron ocultas a las autoridades del siglo XIX. Pero los datos existentes indican que las sociedades de ayuda mutua oficialmente reconocidas solían ser sólo el rostro público de corporaciones obreras mucho más amplias, que luchaban por imponer regulaciones detalladas en sus oficios.

En su forma oficial y pública, las sociedades de ayuda mutua rara vez eran lo bastante grandes para incluir a todos los obreros de un oficio. A mediados del siglo XIX en Marsella, por ejemplo, pocas tenían más de cien miembros oficialmente registrados. Con frecuencia esto era otro elemento engañoso, y la sociedad nominalmente restringida abarcaba en realidad a todos los trabajadores de un oficio⁷. Pero incluso cuando una sociedad de ayuda mutua incluía sólo a una minoría de los trabajadores, podía servir todavía como centro moral y organizativo del oficio, actuando en favor de todos los trabajadores, representándolos en las negociaciones, y conduciéndolos en las luchas contra los patronos. Podía encarnar y expresar la comunidad moral y práctica del oficio aunque formalmente no incluyera a toda la fuerza de trabajo⁸.

⁷ Esto fue verdad, como se tratará en este capítulo, de la sociedad formada en Marsella por los curtidores.

⁸ De hecho, este modelo —un pequeño núcleo fuertemente organizado que actúa en favor de una masa mucho mayor de trabajadores sólo intermitentemente activos— ha sido característico de la historia del movimiento obrero francés hasta la actualidad. Lo característico es que menos de la mitad de los obreros hayan mantenido una pertenencia formal a las organizaciones obreras de sus sectores —fueran *compagnonnages*, sociedades de ayuda mutua o, más recientemente, *syndicats*—. Aquí resulta elocuente que a fines de la década de 1860, cuando se permitió a los obreros que formaran sindicatos legalmente, los denominaran *syndicats* o *chambres syndicales*. *Syndic*, bajo el Antiguo Régimen, significaba (en palabras de *Le Grand Vocabulaire français*) «cargo establecido para atender a una comunidad, a un cuerpo del que es miembro». Un *syndicat* o *chambre syndicale* significaba, por tanto, «un cuerpo compuesto por tales cargos». El uso de esos términos probablemente supone que los obreros en la década de 1860 concebían sus organizaciones como cuerpos que actuaban en favor de los trabajadores del ramo, no como cuerpos que abarcaran a toda la fuerza de trabajo.

Cuando las autoridades de la Restauración fomentaban las sociedades de ayuda mutua, no pretendían obviamente animar a los obreros a subvertir la estructura competitiva del sistema económico y legal. Fomentaban las sociedades de ayuda mutua porque deseaban promover la piedad católica y porque compartían las formas sociales y los valores del Antiguo Régimen. Su patrocinio pudo tener a veces el efecto deseado, de acrecentar la lealtad obrera hacia la monarquía y la iglesia católica, pero hasta a los obreros más piadosos y más monárquicos no podía impedírseles utilizar las sociedades de ayuda mutua para sus propios fines. Al respaldar las sociedades de ayuda mutua, las autoridades sin proponérselo hicieron posible que los obreros construyeran corporaciones de mucho mayor alcance —las corporaciones que impusieron regulaciones y limitaciones ilegales en sus oficios en las ciudades de todo el país—. Relativamente raras bajo el Imperio, el número de sociedades de ayuda mutua creció constantemente durante la Restauración y continuó incrementándose hasta mediados de siglo y posteriormente. Menos habituales que el *compagnonnage* en 1815 o 1820, las sociedades de ayuda mutua se convirtieron en la forma dominante de las corporaciones obreras en la década de 1840.

El *compagnonnage* fue la forma más importante de corporación obrera durante la Restauración, y aunque finalmente fuera superada por las sociedades de ayuda mutua, conservó buena parte de su vigor hasta 1848. La política del gobierno de la Restauración hacia el *compagnonnage* estuvo marcada por el mismo tipo de contradicciones que su política respecto a las sociedades de ayuda mutua. Aunque inicialmente el *compagnonnage* había quedado debilitado por los trastornos de la Revolución Francesa y la sangría de jóvenes obreros en los ejércitos revolucionarios e imperiales, recuperó buena parte de su fortaleza a fines del período napoleónico y estuvo en disposición de absorber a los miles de jóvenes que volvían del servicio militar. Los primeros años de la Restauración vieron un notable florecimiento del *compagnonnage*, superando probablemente los efectivos y la fuerza lograda en el siglo XVIII. Las autoridades de la Restauración asistieron a este renacimiento con sentimientos diversos. El *compagnonnage* era todavía ilegal, y a las autoridades les molestaban las frecuentes *rixes*, sangrientas batallas entre sectas rivales. Después de una de esas batallas, en Burdeos, en 1820, el prefecto local remitió una acusación típica al ministro del interior.

He tenido frecuentes ocasiones de tratar con usted de los *compagnons* y los excesos a que se abandonan. Creo que esas gentes merecen la atención del gobierno. Unidos en corporaciones a las que se vincu-

lan con un sentimiento de absurdo fanatismo, podrían convertirse en instrumentos terribles en manos de los facciosos [los revolucionarios]. Su audacia se incrementa día a día, pues su número crece rápidamente, al no verse ya diezmados por la conscripción..., y si cometen delitos, la unión que reina entre ellos priva a los tribunales de su testimonio, de la misma forma que el temor que inspiran elimina el testimonio de otros⁹.

Los *compagnons*, en suma, no sólo se dedicaban a acciones violentas; hacían caso omiso de la autoridad del estado y los tribunales. Pero a pesar de esto, el prefecto no creía que debiera exterminarse el *compagnonnage*. Por el contrario, concluía: «Hay razones para examinar seriamente las medidas que han de tomarse, no para disolver una asociación que se opuso a la Revolución, sino para regularla y moderar a quienes la forman»¹⁰. Como la mayoría de las autoridades de la Restauración, estaba preocupado con la violencia y la anarquía del *compagnonnage*, y le estremecía pensar en las consecuencias de que fuera atraído por «los facciosos». Pero pese a todos los peligros que presentaba para el orden público, había un argumento irrefutable para tolerar el *compagnonnage* a pesar de su ilegalidad formal: había sobrevivido a la Revolución Francesa y parecía haber resistido la infección de las ideas revolucionarias. Al final el *compagnonnage* parecía una garantía frente a la difusión de los sentimientos revolucionarios en la clase trabajadora.

De aquí que en lugar de reprimirlo sistemáticamente, el gobierno de la Restauración castigara simplemente sus excesos —enviando a prisión a algunos individuos por los asaltos realizados en los enfrentamientos o por asociación ilegal en las huelgas o boicoteos— y permitiera a los *compagnons* desarrollar sus actividades cotidianas sin ocultarse. La ambivalencia de las autoridades dio a los obreros el espacio que necesitaban para crear —o recrear— corporaciones autónomas y resistentes capaces de enfrentarse a los patronos y al estado.

La característica más destacada del *compagnonnage* en el siglo XIX fue su notable continuidad con el pasado. La exposición sobre el *compagnonnage* en el siglo XVIII, presentada en el capítulo 3º, sirve, con pocas modificaciones, para la primera mitad del siglo XIX. El *tour de France*, la *mère*, el *rôleur* y *premier compagnon*, las iniciaciones, las asambleas, las procesiones y banquetes, el entierro especial, las ceremonias de bienvenida y despedida, las «condenas» de talleres, los

⁹ Bourgin, Georges, y Bourgin, Hubert (eds.), *Les Patrons, les ouvriers et l'état: Le régime de l'industrie en France de 1814 à 1830* (3 vols.), París, 1912-41, 1: 285-6.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 286.

nomis compagnonniques, los mitos de origen, la división en sectas rivales y las batallas sangrientas entre ellas, todas esas características persistieron hasta la Revolución de 1848 y posteriormente. En el *compagnonnage*, la continuidad con las formas corporativas del Antiguo Régimen fue palpable. Y como el *compagnonnage* floreció en la Restauración, miles de oficiales —sobre todo en oficios relacionados con la construcción, como carpinteros, ebanistas, techadores, cerrajeros y canteros, pero también cuchilleros, fabricantes de clavos, herreros, sombrereros, torneros, toneleros, zurradores, carreteros, guarnicioneros, panaderos, zapateros y otros— fueron iniciados en su mundo particular profundamente corporativo¹¹.

Esto no significa que el *compagnonnage* superara la era revolucionaria sin ningún cambio. Pero la mayoría de los cambios iban en dirección opuesta a los que tenían lugar en el resto de la sociedad francesa. En lugar de hacerse más abierto e igualitario, el *compagnonnage* se hizo más cerrado y jerárquico. Aunque ilegal bajo el Antiguo Régimen, el *compagnonnage* estaba en armonía con los principios de la sociedad que lo rodeaba. Pero cuando la Revolución destruyó el orden corporativo de la monarquía tradicional y lo sustituyó por una sociedad basada en ciudadanos individuales, contratos y propiedad privada, el *compagnonnage* se encontró profundamente enfrentado a su entorno. Sobrevivió aferrándose con más firmeza que nunca a sus formas tradicionales —en realidad, elaborando las mismas características que lo separaban del conjunto de la sociedad—. De esta forma se consiguió preservar y revigorizar el *compagnonnage* durante el Imperio y la Restauración. Sólo cuando la Revolución de 1830 llevó al poder un régimen político liberal y espoleó el crecimiento de un movimiento democrático y republicano popular el arcaísmo del *compagnonnage* se convirtió en un inconveniente.

Durante las tres primeras décadas del siglo XIX, el *compagnonnage* estuvo marcado por la exclusividad, una intensa preocupación por la jerarquía y la estricta observancia de las reglas y las prácticas rituales. Por ejemplo, en el siglo XVIII, los diversos oficios incluidos en un *devoir de compagnonnage* parecen haber tratado entre sí más o menos en pie de igualdad. Pero desde comienzos del siglo XIX hubo una serie de disputas sobre precedencia entre oficios, disputas que condujeron frecuentemente a violentas *rixes*. Los *compagnons* hicieron también mucho más difícil a los nuevos oficios unirse a sus hermandades. Ni los *Enfants de Salomon* ni los *Enfants de Père Soubise*

¹¹ Para una presentación fascinante de la vida de un *compagnon* ebanista en su *tour de France* en la década de 1820, vid. Perdiguier, *Mémoires d'un compagnon*.

habían mostrado mucho deseo de aceptar nuevos oficios, pero los *Enfants de Maître Jacques* habían admitido más de once en el curso del siglo XVIII —a juzgar por una lista que redactaron en una asamblea en 1807—¹². Sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX no aceptaron ninguno. Los obreros de dos grandes e importantes oficios, panaderos y zapateros, se organizaron como *compagnonnage* en esos años e hicieron todos los esfuerzos para conseguir la aceptación oficial. Pero sólo fueron aceptados por los otros oficios a mediados de siglo, cuando el *compagnonnage* estaba en rápida decadencia. Este afán puntilloso y la insistencia en la jerarquía se manifestaba también en los asuntos internos de los oficios que componían el *compagnonnage*. La autoridad del *premier compagnon* aumentó, hubo un mayor énfasis en una conservación más precisa de los documentos, se introdujeron nuevos rangos internos y las unidades de *compagnonnage* en diferentes ciudades se controlaban más estrechamente que en el pasado para garantizar que los ritos se realizaran exactamente y que el *devoir* se observara hasta el último detalle. Fue también a comienzos del siglo XIX cuando los mitos de origen de los *compagnons* se establecieron en su forma definitiva¹³.

La insistencia tenaz de los *compagnons* en mantener e incrementar las distinciones fue una fuente continua de violentas disputas. No sólo había disputas entre sectas rivales, que continuaron sin atenuarse en el siglo XIX, sino entre oficios dentro de una secta que disputaban por la precedencia y entre los oficios reconocidos por una secta y los no reconocidos. Una comparación directa entre los siglos XVIII y XIX resulta imposible, dada la escasez de testimonios del siglo XVIII, pero parece probable que las batallas fueron más habituales en la Restauración de lo que lo habían sido en el Antiguo Régimen. Pero a pesar de todas esas rivalidades, el *compagnonnage* continuó siendo un medio efectivo de defender los intereses de los trabajadores contra la tiranía de los maestros y el individualismo legal del estado —gracias a la intensidad de sus lealtades, su estrecha organización y los vínculos que mantenía entre oficiales de diferentes oficios y ciudades—. Desde luego, los miembros activos del *compagnonnage* eran muchos menos que los trabajadores mayores casados y sedentarios. Pero debido a que muchos de los obreros mayores habían pasado por el *compagnonnage* en su juventud y mantenían contactos y lealtades, el *compag-*

¹² La lista se reproduce en Perdiguier, Agricol, *Le Livre du compagnonnage*, París, 1857 (3ª ed.), págs. 258-9.

¹³ Un excelente análisis de todas estas tendencias en Truant, «Compagnonnage», págs. 218-52.

nonnage podía servir todavía como centro de acción colectiva del conjunto del oficio.

La rivalidad entre sectas podía ser en ocasiones un serio impedimento a la acción concertada contra los maestros, porque éstos podían a veces oponer una secta a otra para mantener bajos salarios. Pero estos casos eran raros. Había sólo cuatro oficios que tenían miembros en más de una secta del *compagnonnage*: canteros, ebanistas y cerrajeros que se dividían entre los *Enfants de Maître Jacques* y los *Enfants de Salomon*, y los carpinteros, que se dividían entre los *Enfants de Salomon* y los *Enfants de Père Soubise*. Canteros, ebanistas, cerrajeros y carpinteros eran los únicos oficios en los *Enfants de Salomon*. Pero los *Enfants de Père Soubise* restantes (techadores y yeseros) y los *Enfants de Maître Jacques* restantes (unos veinte oficios, entre otros, toneleros, herreros, cuchilleros, sombrereros, cerrajeros, guarnicioneros, torneros, cristaleros, etc.) no se enfrentaban a grupos rivales de *compagnons* que pudieran quebrar su dominio del oficio realizando un acuerdo perjudicial con los maestros. Los hombres de esos oficios podían entablar batallas con las sectas rivales, pero la enemistad entre sectas no socavaba su poder frente a los maestros.

Incluso entre canteros, ebanistas, cerrajeros y carpinteros, la rivalidad entre sectas no siempre debilitaba los esfuerzos para negociar con los maestros. En primer lugar, era común que algunas ciudades pertenecieran a una secta y otras a su rival; en esos casos, los *compagnons* de una secta dada sólo buscarían trabajo en las ciudades que dominaban. Segundo, los *compagnons* disponían a veces una división de los talleres de una ciudad, y las dos sectas vivían entonces en agitada tregua. Esto ocurría en el oficio de carpintería en París, donde los *Enfants de Père Soubise*, el grupo más poderoso, trabajaban sólo en la orilla derecha del Sena y los *Enfants de Salomon* en la izquierda¹⁴. Finalmente, las sectas cooperaban con frecuencia para organizar huelgas a pesar de sus rivalidades. Agricol Perdiguier describía una de esas huelgas en Nîmes en 1827. Según Perdiguier, no eran raras: cuando entraron en disputa con los maestros, «los *gavots* [*Enfants de Salomon*] y los *dévoirants* [*Enfants de Maître Jacques*] son uno solo». Los dirigentes de las sectas rivales compartían con frecuencia la responsabilidad de elaborar y presentar las demandas de los trabajadores y «si los maestros no escuchan o se muestran intransigentes, los *compagnons* dan la orden, y *gavots* y *dévoirants* paran el trabajo al punto»¹⁵. Las rivalidades entre sectas

¹⁴ *Ibid.*, págs. 31-2.

¹⁵ Perdiguier, *Mémoires d'un compagnon*, págs. 237-8.

no solían perjudicar la efectividad del *compagnonnage* como corporación obrera.

Además, los *compagnons* no estaban limitados necesariamente en sus acciones a un conjunto de prácticas estricto y canónico fijado por las venerables tradiciones del *compagnonnage*. Aunque los historiadores de la clase obrera francesa han considerado muy diferentes el *compagnonnage* y las sociedades de ayuda mutua, sus fronteras eran con frecuencia borrosas en la práctica, y las corporaciones obreras utilizaban ambas formas de organización de modo más o menos intercambiable¹⁶. Esta fluidez de formas puede ilustrarse con los panaderos de Marsella. Constituyeron una sociedad de ayuda mutua en 1823 y se pusieron en huelga poco después; como consecuencia, su sociedad fue disuelta por las autoridades. Dos años más tarde, sin embargo, el *compagnonnage* empezó a admitir a trabajadores casados y sedentarios. Este *compagnonnage* heterodoxo debió absorber prácticamente a todos los trabajadores de la industria y empezó a organizar huelgas en 1826 y 1835. En 1845, sin embargo, se transformó de nuevo en sociedad de ayuda mutua¹⁷. Así, la forma externa de la organización de panaderos cambió de sociedad de ayuda mutua a *compagnonnage* y de nuevo a sociedad de ayuda mutua en el curso de veinticinco años; sin embargo, hubo una evidente continuidad de organización y propósito bajo sus formas cambiantes. Para los panaderos de Marsella, el *compagnonnage* y la sociedad de ayuda mutua no eran en absoluto formas de organización mutuamente excluyentes. Su corporación podía asumir una forma u otra simultáneamente, según requiriesen las circunstancias.

Los panaderos eran unos relativos recién llegados al *compagnonnage*, hasta entonces no reconocidos por los *compagnons* establecidos; quizá cupiera esperar que fueran especialmente flexibles. Pero no fueron un caso aislado. Había tres sociedades de ayuda mutua registradas oficialmente en Marsella en la década de 1840 cuyas regulaciones expresan claramente que funcionaban como *compagnonnages*: una de cerrajeros, otra de sombrereros y otra de ebanistas y carpinteros¹⁸. Todos ellos eran oficios de *compagnonnage* antiguo. Para los sombrereros al menos, esa combinación de sociedad de ayuda mutua y *compag-*

¹⁶ Un historiador que ha reconocido esto es Agulhon, Maurice, «Aperçus sur le mouvement ouvrier à Toulon sous la Monarchie de Juillet», en *Provence historique*, 7 (1957): 147.

¹⁷ Bourgin y Bourgin, *Le Régime de l'industrie*, 2: 201, y 3: 160-171; *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, M6/1049 y M6/1635.

¹⁸ Los estatutos de estas sociedades pueden encontrarse en los *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, M6/1049 y M6/1635.

nonnage no estaba limitada a Marsella. Jean Vial, en su estudio detallado de las organizaciones obreras de sombrereros en el siglo XIX, demuestra que sus sociedades de ayuda mutua conservaron muchos rasgos del *compagnonnage* —*mères*, pagos durante el viaje para los que no encontraban trabajo, búsqueda de empleo por un *rôleur*, y empleo de términos correspondientes al *compagnonnage*¹⁹. Cita también un ejemplo de *compagnonnage* de sombrereros que se transformó en sociedad de ayuda mutua en Lyon en 1811 y cita a una autoridad de Lyon en 1821 que se quejaba de que las sociedades de ayuda mutua de sombrereros «han degenerado en asociaciones de *compagnonnage*»²⁰. Como en el caso de los panaderos de Marsella, las corporaciones de sombrereros de Lyon debieron oscilar entre el *compagnonnage* y las sociedades de ayuda mutua —o probablemente fueran al tiempo tanto un *compagnonnage* como una sociedad de ayuda mutua.

El *compagnonnage* era entonces una forma flexible de organización que podía combinarse en ocasiones con sociedades de ayuda mutua o, como en el caso de los panaderos de Marsella, adaptarse a las necesidades de una mano de obra predominantemente sedentaria. Y si el *compagnonnage* era flexible, las sociedades de ayuda mutua eran todavía más flexibles: de hecho, eran sólo una forma pública que podía cubrir amplia variedad de corporaciones obreras organizadas de forma muy diferente. Así, decir que una corporación obrera era un *compagnonnage* o una sociedad de ayuda mutua no revela necesariamente demasiado sobre cómo estaba organizada, los objetivos que perseguía o la forma en que los perseguía. Ello no significa que la forma institucional externa de las corporaciones careciera de importancia; como se ha sostenido a lo largo de todo el libro, las formas institucionales encarnan principios fundamentales de organización y acción social. Pero para comprender lo que significaban las corporaciones obreras del siglo XIX y cómo funcionaban en la práctica, es necesario ir más allá de un acercamiento puramente institucional y examinar unas pocas corporaciones representativas con mayor detalle.

VARIETADES DE CORPORACIONES OBRERAS

Los curtidores de Marsella son un ejemplo de cómo podía lograrse una corporación obrera bien organizada. El curtido se conside-

¹⁹ Vial, Jean, *La Coutume chapelière: histoire du mouvement ouvrier dans la chapellerie*, París, 1941, págs. 30-4.

²⁰ *Ibid.*, págs. 26, 70.

raba habitualmente un oficio sucio y maloliente que no requería mucha técnica. Rémi Gossez, por ejemplo, observa que los curtidores de París eran «obreros ignorantes... cuyo trabajo embrutecedor detenía todo desarrollo», y señala que, a diferencia de la mayoría de los oficios de París, se mantuvieron completamente desorganizados hasta 1848²¹. Sin embargo, en Marsella los curtidores formaron una corporación que alcanzó un imponente grado de dominio sobre su oficio. El primer testimonio de organización del oficio fue una sociedad de ayuda mutua registrada legalmente, formada en 1821, sobre la que no se sabe prácticamente nada. En 1833, cuando esa sociedad fue absorbida por una nueva organización más agresiva llamada la *Société de Saint-Claude*, los obreros curtidores empezaron a tener una fuerza digna de consideración. En 1834 la nueva sociedad convocó una huelga contra las curtidurías de la ciudad. La huelga, que duró tres meses, tuvo una efectividad casi del cien por cien y terminó en una clara victoria de los obreros. No sólo se elevaron los salarios de 2,75 a 3 francos al día, sino que, más importante, los fabricantes acordaron no contratar trabajadores que no fueran miembros de la sociedad²². Aunque ese acuerdo no tenía legalmente fuerza vinculante, se observó estrictamente en la práctica, y de 1834 a mediados de la década de 1860, nadie pudo trabajar en la industria curtidora de Marsella sin afiliarse a esa sociedad obrera.

Los estatutos legalmente registrados de la sociedad de curtidores no resultan en absoluto diferenciados de los de otras sociedades de ayuda mutua, regulando sólo asuntos tales como las condiciones de pertenencia, cuotas, elección de cargos, celebración de la fiesta del patrón, administración de subsidios, etc.²³. Además, aunque todas las referencias están de acuerdo en que ningún curtidor podía ser contratado sin unirse a la sociedad, ésta sólo tenía cien miembros oficiales en 1854²⁴, en una época en que había casi seguro más de seiscientos curtidores en Marsella²⁵. En este caso la sociedad oficialmente registrada era la cara pública de una asociación clandestina mucho más ambiciosa, con ordenanzas más específicas y muchos más miembros.

²¹ Gossez, *Les Ouvriers*, pág. 177.

²² *Associations professionnelles ouvrières*, publicado por el Office du Travail del gobierno francés, 4 vols., París, 1894-1904, 2: 177.

²³ *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, M6/1049.

²⁴ *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, M6/1635.

²⁵ *La Enquête sur le travail industriel et agricole* de la Asamblea Nacional de 1848-1849 da una cifra de 650 miembros. *Archives nationales*, C947. Mi análisis de las listas del censo de 1851 arroja una cifra similar, de 630 miembros. Las listas del censo están en los *Archives de la ville de Marseille*, serie 2F.

Durante un conflicto laboral en 1855, un policía consiguió hacerse con los estatutos secretos de la asociación, que prohibían la contratación de quienes no eran miembros, limitaban las horas de trabajo, restringían el número de aprendices y proporcionaban pagos en caso de huelgas. La sociedad, concluía, «se oculta tras un velo de ayuda mutua»; en realidad constituía una «coalición permanente»²⁶.

La sociedad de curtidores también supervisaba los niveles de calidad de la industria. A comienzos de la década de 1850, al menos, mantuvo un tribunal de ocho miembros, «investidos con la misión de realizar un juicio soberano sobre el mérito del trabajo realizado, en caso de desacuerdo con el propietario de una curtiduría»²⁷. Aquí la sociedad obrera consiguió establecer una comisión que ejercía muchas de las funciones de los *jurés* o síndicos de las corporaciones del Antiguo Régimen. Otro logro fue la capacidad de la sociedad para asegurar el aprendizaje a los hijos de sus miembros. A comienzos de la década de 1820, antes de la fundación de la *Société de Saint-Claude*, sólo un 9 por 100 de los jóvenes curtidores que se casaron en Marsella eran hijos de curtidores. A mediados de siglo esta cifra había ascendido al 45 por 100, mientras la tasa de herencia del trabajo de toda la ciudad caía del 34 al 23 por 100. De hecho, en 1846-51 sólo había cuatro oficios en Marsella, de la clase obrera o de la burguesía, con tasas de herencia del trabajo más altas que la de los curtidores²⁸. Una vez más la *Société de Saint-Claude* había conseguido ejercer una función típica de las corporaciones del Antiguo Régimen, un logro muy difícil en el siglo XIX.

No hubo muchas corporaciones obreras del siglo XIX que alcanzan tanto poder sobre su ramo como los curtidores de Marsella, pero hubo otras bien organizadas. Una corporación muy bien organizada, cuyas actividades internas pueden conocerse con cierto detalle, es la corporación de sombrereros de París y Lyon. Sus papeles secretos se han conservado en el archivo del *syndicat* de sombrereros del siglo XX, y Jean Vial²⁹ ha utilizado esos papeles para proporcionar un cuadro singularmente vivo de su organización. Aunque eran un oficio de

²⁶ *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, XIV, M25/1.

²⁷ Audiganne, Armand, *Les Populations ouvrières et les industries de la France* (2 vols.), París, 1860 (2ª ed.), 2: 270.

²⁸ Estas cifras se basan en la ocupación de los novios y los padres de los novios que procede de un análisis de los registros de matrimonio de Marsella para 1821-2 y 1846-51. Los registros de *actes de mariage* para Marsella se conservan en los *Archives départementales des Bouches-du-Rhône*, serie 201E. La investigación sobre la que se basan estas cifras se ha apoyado en una beca de la National Science Foundation, SOC 72-05249 A01.

²⁹ Vial, *La Coutume chapelière*.

compagnonnage antiguo, los sombrereros formaron también sociedades de ayuda mutua, con las habituales subvenciones por muerte y enfermedad —en Lyon en 1804 y 1811, y en París en 1808—. En París, al menos, la sociedad regular estaba complementada en 1820 por una sociedad de ayuda mutua auxiliar, también registrada legalmente, que ayudaba en caso de paro³⁰. Además de los estatutos de estas dos sociedades registradas legalmente, los sombrereros parisienses redactaron un «reglamento interno» que trataba de, en palabras de un viejo sombrerero que escribía en 1870, «cuestiones de solidaridad y resistencia»³¹. Bajo este reglamento interior, una comisión de sombrereros podía establecer tarifas salariales para ser impuestas a los patronos y podía llevar a los trabajadores a iniciar huelgas (*faire sauter*) en todo taller donde esos tipos salariales no se observaran³². También concedía subvenciones de desempleo a los trabajadores que iban a la huelga o eran despedidos por oponerse legítimamente a sus maestros³³. Además, como ya se observó, las sociedades de sombrereros mantenían muchas actividades de *compagnonnage*. Como en el caso de los curtidores de Marsella, las sociedades de ayuda mutua de sombrereros eran sólo la cara pública de una organización mucho más compleja y de muchas facetas, que se interesaba no sólo en la búsqueda de empleo y las subvenciones de seguro mutuo, sino también en el buen orden y bienestar del oficio en general.

Una de las preocupaciones de los sombrereros era el mantenimiento de niveles estrictos de calidad. Se exigía a los miembros pasar pruebas de aptitud para poder ser contratados en un taller³⁴ y podían ser castigados por falta de destreza. A cierto «*sieur Rivol*», despedido de su taller por desgarrar un sombrero y arrojarlo al horno, no sólo se le negó el subsidio de paro, sino que fue expulsado de París durante seis meses y se le exigió repetir su «noviciado» antes de aceptarle de nuevo como miembro pleno de la sociedad³⁵. La corporación exigía también buen comportamiento en otros aspectos: multaba a sus miembros por ebriedad y negaba el subsidio de paro a los trabajadores despedidos por «faltas graves» de cualquier clase o que se dedicaran a la mendicidad³⁶. Exigía también que los trabajadores participaran en ritos comunes de solidaridad: banquetes, entierro de los miembros, mi-

³⁰ *Ibid.*, págs. 40, 74.

³¹ *Ibid.*, pág. 61.

³² *Ibid.*, pág. 78.

³³ *Ibid.*, pág. 61.

³⁴ *Ibid.*, págs. 41-2.

³⁵ *Ibid.*, pág. 76.

³⁶ *Ibid.*, págs. 38, 42, 78.

sas y procesiones en honor del patrón³⁷. La fiesta del patrón era una ocasión gozosa. Según un informe de la policía sobre la fiesta de los sombrereros en París en 1819, se reunían primero en la iglesia, donde oían misa. «Después marchaban por varios barrios de la ciudad acompañados por una banda de música. El desfile era bastante ruidoso, pero no provocaba desórdenes»³⁸. Estas manifestaciones rituales de hermandad se complementaban con medidas para nivelar los ingresos de los trabajadores. En París en 1828, a los obreros que ganaban más de cuarenta francos a la semana se les exigía que pusieran el exceso en una caja común para distribuirlo entre los trabajadores menos afortunados³⁹. Además de los salarios y la ayuda mutua, la corporación de sombrereros debió abarcar casi todos los aspectos de la vida del oficio de sombrereros.

Pero a pesar de la compleja organización y las grandes ambiciones de la corporación de sombrereros, sus luchas para mantener el buen orden en el oficio rara vez tuvieron pleno éxito. Los sombrereros se enfrentaban a uno de los problemas analizados en el capítulo 7.º: la competencia de los productores de inferior calidad. Este problema está mejor documentado en Lyon que en París, aunque debió ser común a ambas ciudades. Según detallados informes redactados por las autoridades locales en 1817 y 1819, había dos clases de establecimientos de fabricación de sombreros en Lyon, que los obreros designaban talleres «en regla» y «no en regla» (*fabriques en règle* y *fabriques non en règle*). Los talleres en regla eran de los fabricantes más ricos, disponían de más fuerza de trabajo y producían sombreros de superior calidad. En esos talleres, en que la cualificación estaba muy solicitada, la corporación de trabajadores había conseguido establecer un control minucioso de la producción. Eran los trabajadores, no los maestros, quienes determinaban las *règles*. Según los informes de la policía, la sociedad de trabajadores

coloca al oficial, fija el número de sombreros que puede fabricar al día cada trabajador; los trabajadores extranjeros en la ciudad no pueden ser admitidos sin pagar una cuota; se obliga al aprendiz a pagar lo que llaman el «béjaune» [término de la jerga obrera derivado de *jaune*, amarillo; su equivalente sería «novato»]... los obreros imponen multas de las que son árbitros, y hasta que un obrero no ha pagado la multa que se le inflige, queda excluido del trabajo⁴⁰.

³⁷ *Ibid.*, págs. 36-9.

³⁸ En Bourgin y Bourgin, *Le Régime de l'industrie*, I: 263.

³⁹ Vial, *La Coutume chapelière*, pág. 46.

⁴⁰ Bourgin y Bourgin, *Le Régime de l'industrie*, I: 270.

Los talleres «no en regla» eran menores, producían sombreros de inferior calidad y solían localizarse en habitaciones en los pisos superiores del edificio y no al nivel de la calle. Era allí donde «a los trabajadores desleales les resulta fácil vender materias primas que han hurtado» y donde los obreros expulsados de los talleres «regulados» podían encontrar trabajo —con un salario inferior—⁴¹. Además de esos dos tipos de talleres urbanos, algunos fabricantes habían «sacado su industria de la ciudad», estableciendo talleres en los suburbios y en las pequeñas villas y aldeas vecinas, fuera del alcance de la corporación de trabajadores urbanos. Allí, según el informe de la policía, podían fabricar sombreros «con un ahorro medio de más de una tercera parte»⁴².

En esta situación, los conflictos entre fabricantes y trabajadores eran endémicos. En 1817 el alcalde de Lyon, preocupado por la constante tensión entre trabajadores y fabricantes y también por la desertión de la industria de la ciudad, intentó detener los «abusos culpables» de los trabajadores. Con este fin emitió una ordenanza municipal con una nueva tarifa obligatoria que reducía los pagos para todo tipo de sombreros. La ordenanza prohibía también a los trabajadores limitar el número de sombreros que podía producir un hombre al día, exigir cuotas a los obreros o aprendices, establecer multas, pronunciar «condenas» o «prohibiciones» sobre talleres o tener obreros colocados en un taller por un *rôleur* —«cada trabajador debe presentarse solo... al maestro fabricante»⁴³. A pesar de las advertencias de que las infracciones a la ordenanza del alcalde serían castigadas «de conformidad con los artículos del código penal»⁴⁴, la respuesta de los obreros fue inmediata —abandonaron los talleres en masa—. Tres semanas más tarde, el alcalde emitió una tarifa revisada con tasas superiores, y a los pocos días terminó la huelga⁴⁵. Pero aunque se aceptara la tarifa modificada del alcalde, los obreros continuaron con sus «abusos culpables», como muestran los informes de la policía escritos dos años más tarde.

En 1819 la tarifa del alcalde fue de nuevo fuente de conflicto. La competencia de los fabricantes rurales y de las pequeñas ciudades había reducido el precio de un tipo de sombrero, y cuando los fabricantes urbanos intentaron compensarlo bajando sus tasas por pieza de este tipo, los obreros iniciaron una huelga, exigiendo una vuelta a la

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*, pág. 271.

⁴³ *Ibid.*, págs. 94-5.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 95.

⁴⁵ *Ibid.*, págs. 99-110.

tarifa de 1817, una demanda que alcanzaron cuando el alcalde reafirmó oficialmente su ordenanza anterior⁴⁶. Pero pronto el ministro del interior puso en duda la condición legal de la tarifa, en razón de que no estaba «de acuerdo ni con los verdaderos principios de la economía política ni con los de nuestra legislación»⁴⁷. Sin embargo, la ordenanza del alcalde no fue revocada oficialmente y probablemente continuara más o menos en vigor, aunque el estallido de una breve huelga dos meses más tarde indica que algunas cuestiones quedaron irresueltas⁴⁸. La situación de la industria sombrerera de Lyon era enmarañada y paradójica. La ordenanza del alcalde se había establecido para reducir los salarios y destruir la corporación de trabajadores; sin embargo, dos años después la tarifa se había convertido en una ayuda para la corporación en su lucha por impedir nuevas bajadas de salarios por parte de los fabricantes. Al mismo tiempo, el alcalde, que había introducido la tarifa para restablecer la competencia en la industria sombrerera, se vio reprendido por su superior por ignorar «los verdaderos principios de la economía política», según los cuales los salarios sólo podían establecerse mediante competencia en el mercado libre. La tarifa del alcalde, en lugar de resolver problemas, se convirtió simplemente en arma en las disputas endémicas e interminables que asolaron la industria sombrerera de Lyon.

La corporación de sombrereros de Lyon tuvo que luchar en varios frentes al tiempo: contra los obreros renegados, contra los patronos de los talleres «en regla», contra los talleres de tarifa baja en la ciudad y fuera de ella, y contra las autoridades locales y nacionales hostiles. Los sombrereros de París debieron enfrentarse a una lucha de complejidad similar: como sus hermanos de Lyon, tenían que disputar con productores de tipos reducidos y obreros renegados, así como con los patronos y el estado. Así, en 1830 grupos de sombrereros parisienses intentaron entrar en los talleres donde se fabricaban sombreros a bajo precio, para detener la producción destruyendo las herramientas y el equipo⁴⁹. El dominio de las corporaciones de maestros sobre su oficio nunca fue tan completo como el alcanzado por los curtidores de Marsella. Las sociedades admirablemente organizadas y fuertemente disciplinadas de sombrereros de París y Lyon se formaron para el combate, y fueron puestas a prueba por sus luchas en diversos frentes. Además, había siempre un sector de la industria, a bajo coste y cali-

⁴⁶ *Ibid.*, págs. 265-66.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 267.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 272.

⁴⁹ Aguet, J.-P., *Les Grèves sous la Monarchie de Juillet (1830-1847)*, Ginebra, 1954, págs. 24-5.

dad inferior, que escapaba a su dominio. Pero en la medida en que la demanda de sombreros de alta calidad se mantuvo y las corporaciones de sombrereros pudieron mantener la disciplina sobre los obreros más cualificados, conservaron un importante nivel de autoridad, al menos sobre la rama superior del sector.

Había algunos oficios donde incluso esa autoridad fue muy difícil de lograr. Los ejemplos clásicos fueron los zapateros y los sastres, entre quienes, como se mencionó en el capítulo 7, la quiebra de la formación, la subcontratación, la división del trabajo y la fabricación de productos *prêt-à-porter* amenazaba con deteriorar considerablemente el nivel de vida de la mano de obra. A medida que crecía la división del trabajo y disminuían las exigencias de cualificación, esos oficios se vieron inundados con hombres pobres y relativamente mal preparados —así como con un gran número de mujeres—. A los altos niveles de paro estacional que siempre habían infestado los sectores del vestido se unieron en las décadas de 1830 y 1840 un importante desempleo crónico y a veces también bajos salarios. Según los cálculos de la cámara de comercio de Marsella, los zapateros sólo trabajaban unos 200 días al año a fines de la década de 1840 y los sastres unos 150, frente a 300 días en los demás oficios. Ello reducía sus ingresos anuales a niveles lastimosos, a pesar de los respetables salarios que conseguían cuando trabajaban todo el tiempo⁵⁰. En Marsella y en otros lugares, sastres y zapateros hicieron lo que pudieron para mantener las corporaciones y defenderse contra el deterioro. Pero aunque ganaron huelgas contra los maestros, su posición se vio pronto socavada por los cambios que transformaban sus oficios de forma inexorable.

Los zapateros de Marsella habían estado organizados desde comienzos del siglo XIX —inicialmente como *compagnonnage* y desde 1816 como sociedad de ayuda mutua⁵¹. En 1833 los zapateros ganaron una huelga en favor de superiores salarios; no se sabe si estuvieron organizados por el *compagnonnage* o por la sociedad de ayuda mutua⁵². Las ganancias obtenidas en esta huelga se vieron pronto erosionadas, y en 1845 los zapateros organizaron otra, particularmente efectiva. En este caso la mala fortuna de los zapateros es la buena for-

⁵⁰ Estos cálculos pueden encontrarse en la *Enquête sur le travail industriel et agricole* de 1848-9. Archives nationales, C947.

⁵¹ Los zapateros destacan en los numerosos conflictos entre *compagnons* que tuvieron lugar en Marsella durante la Restauración. Vid. Bourgin y Bourgin, *Le Régime de l'industrie*, I: 292-3, 315; 2: 95, 245-6; 3: 223. Sobre su sociedad de ayuda mutua, vid. *Associations professionnelles ouvrières*, 2: 56.

⁵² Festy, Octave, *Le Mouvement ouvrier au début de la Monarchie de Juillet (1830-1834)*, París, 1908, pág. 258.

tuna de los historiadores: la policía rompió la huelga, deteniendo a los dirigentes de la sociedad de zapateros por asociación ilegal, y los documentos del juicio contienen valiosa información sobre la organización de su corporación y las condiciones del oficio⁵³.

De esos documentos se desprende que los zapateros de Marsella trabajaban en regímenes de producción muy variables. El testimonio del juicio apunta a «talleres donde trabajaban hasta ochenta obreros», pero también que durante la huelga algunos obreros «sin peligro para ellos no podían, excepto a escondidas, recibir y fabricar la *ouvrage* que les daban sus patronos». El documento del juicio se refiere también a *directeurs d'ateliers* (directores de talleres) y *entrepreneurs d'ouvrage*, términos que significan trabajo en condiciones de industria doméstica. Algunos zapatos debían fabricarse en pequeños talleres, otros en talleres muy grandes donde la división del trabajo estaba probablemente muy avanzada y otros incluso en la propia vivienda de los trabajadores o en sus buhardillas —diversidad de condiciones de trabajo características de los zapateros en la década de 1840. El documento del juicio se refiere también a la producción para el consumo local y a «la fabricación de *pacotilles* [productos de mala calidad] para exportar al extranjero o a las colonias». Cabe sospechar que los talleres muy grandes y la rama doméstica de la industria se correspondían básicamente con el sector de *pacotille*, pero desgraciadamente los documentos guardan silencio sobre esta cuestión.

La huelga de los zapateros de 1845 se organizó muy bien. Aunque debieron participar *compagnons* y miembros de la sociedad de ayuda mutua de los zapateros, la huelga se organizó a través de una nueva sociedad mucho más amplia que incluía prácticamente a todos los zapateros de la ciudad. Estaba compuesta por treinta y seis secciones y tenía un comité ejecutivo de doce miembros. Tenía un lugar de reunión y una oficina, así como presidente permanente, secretario y tesorero. La sociedad estableció una sola escala de salario para todas las ramas del oficio y la presentó a los maestros. Además, exigió un control sobre la contratación, lo que habría hecho obligatoria la pertenencia a la sociedad. La mayoría de los empresarios rechazó estas exigencias, y se llevó a cabo una huelga contra los empresarios que no aceptaron, con casi un cien por cien de efectividad. La sociedad estableció también una cooperativa de productores para dar trabajo y quitar negocio a los patronos durante la huelga. La sociedad obrera organizó la huelga con inusual cuidado y rigor y consiguió garantizar

⁵³ Archives départementales des Bouches-du-Rhône, 403 U 53, Judgment du tribunal correctionnel, 19 de diciembre de 1845.

la adhesión de los trabajadores de todas las ramas de este oficio sumamente heterogéneo. Los huelguistas intentaron crear una corporación obrera poderosa y organizada, comparable a las de los curtidores de Marsella o a la de los sombrereros de Lyon y París, y si la huelga hubiera triunfado, habría sido así. Pero terminó en fracaso cuando las autoridades detuvieron a los dirigentes y los sentenciaron a entre uno y tres meses de prisión. La corporación unificada no sobrevivió a la derrota, pero el *compagnonnage* de los zapateros y la sociedad de ayuda mutua continuaron intactos, y las luchas contra los patronos siguieron. En 1855, el *compagnonnage* y la sociedad de ayuda mutua intentaron volver a formar una sociedad unificada, a la que el gobierno negó autorización; no se sabe si se produjo la fusión a pesar del rechazo⁵⁴. Y cuando los sindicatos fueron legalizados en 1849, los zapateros estuvieron entre los primeros en establecer una *chambre syndicale*⁵⁵. Así, a pesar de la pobreza, superpoblación y deterioro de su oficio, los zapateros de Marsella continuaron manteniendo viva una forma de corporación obrera.

Se han elegido estos ejemplos de corporaciones obreras en parte porque la documentación sobre ellas es singularmente abundante. Sería erróneo pretender que eran representativas de las corporaciones obreras del siglo XIX en general. Al fin y al cabo, las corporaciones agresivas y bien organizadas dejan más testimonios que las frágiles y efímeras. Algunas debieron tener una organización sumamente rudimentaria, y otras debieron contentarse con poco más que las funciones de mutualidad especificadas en sus estatutos registrados legalmente, aunque sobre esto vale la pena escuchar la opinión del comisario de policía de Marsella. Era, como señala en 1855, «público y notorio que casi todas las denominadas sociedades de beneficencia no son otra cosa que sociedades de oficio, en cada una de las cuales se crean regulaciones que con frecuencia son contrarias al interés general»⁵⁶. Sin embargo, en el presente estado de la investigación existen poquísimos datos de la mayoría de los oficios de la mayoría de las ciudades, y con frecuencia la información existente sólo indica si existía o no alguna organización —e incluso esto es a veces inseguro—. A pesar de la debilidad de la documentación, los datos existentes apuntan a algún tipo de corporación en la mayoría de los oficios especializados de las ciudades. Mi investigación en Marsella, por

⁵⁴ Archives départementales des Bouches-du-Rhône, M6/1635.

⁵⁵ Masson, Paul (ed.), *Les Bouches-du-Rhône: Encyclopédie départementale*, vol. 10, *Le Mouvement social*, París y Marsella, 1923, pág. 92.

⁵⁶ Archives départementales des Bouches-du-Rhône, XIV M 25/1.

ejemplo, ha descubierto datos de organización en más de cuarenta y tres ramos en la década de 1840, comprendidos todos los oficios especializados que tenían cien trabajadores o más, excepto cuatro, y también algunos de los oficios menores⁵⁷. Aunque algunas ciudades pudieron tener menos sectores organizados, no hay razón para creer que Marsella fuera única en ningún sentido. Estas corporaciones, en Marsella y en otros lugares, no eran siempre fuertes ni estaban unificadas ni resultaban efectivas en todos los casos. Pero corporaciones obreras de alguna clase fueron una característica omnipresente de las ciudades francesas del siglo XIX.

Estos pocos ejemplos sólo pueden empezar a mostrar la gran variedad de corporaciones obreras en la Francia del siglo XIX. Esas variantes seguían a veces, pero no siempre, pautas definidas —por ramo, región o circunstancias económicas—. Así, era más probable que los sectores de la construcción se organizaran en *compagnonnages*; los sastres estaban especialmente influidos por formas de organización republicanas y seculares; el *compagnonnage* era fuerte en la mayor parte del país, pero no muy al norte; las celebraciones y procesiones religiosas desempeñaron un papel más destacado en las corporaciones obreras de Provenza que en el resto del país; era menos probable que las corporaciones obreras alcanzaran una posición dominante en sectores en decadencia, como sastrería y zapatería, que en sectores más estables y prósperos, como imprenta, panadería o incluso sombrerería. Pero había también variaciones que desafiaban cualquier intento de clasificación.

Un caso completamente desconcertante es el contraste entre los albañiles de Marsella y París. En París los albañiles eran conocidos como el oficio más migratorio de la ciudad. Cada primavera miles de rústicos albañiles emigraban desde granjas en los distantes Limousin y Auvernia para trabajar en la próspera industria de la construcción, volviendo a sus hogares sólo al inicio de la estéril estación de invierno⁵⁸. Pero en Marsella, no más lejana que París de Auvernia y Limousin, y con una población en incremento igualmente rápido y, por tanto, su industria de la construcción, los albañiles procedían abrumadoramente de los nacidos en la ciudad y no llegaba prácticamente ninguno de Auvernia o Limousin. Cuando los oficios de la construcción de Marsella se expandieron rapidísimamente entre 1820 y mediados de siglo, los albañiles incrementaron su número considerablemente

⁵⁷ Sewell, «The Working Class of Marseille», pág. 84.

⁵⁸ Vid. Nadaud, Martin, *Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon*, París, 1912.

entre los hijos de los campesinos de las áreas rurales dentro de los límites de Marsella, en lugar de abrir el oficio a los emigrantes⁵⁹. A pesar de la similitud de las circunstancias económicas, las corporaciones de albañiles de París y Marsella eran completamente diferentes. Las diferencias de este tipo, muy habituales en la Francia del siglo XIX, indican que, a pesar de las pautas generales y las limitaciones impuestas por las condiciones económicas, las comunidades de oficio locales tenían su personalidad autónoma.

TEMAS PERSISTENTES - RELACIONES ALTERADAS

Las corporaciones obreras del siglo XIX estaban sujetas, por tanto, a una amplia serie de variaciones —resultantes de antiguas diferencias entre oficios o regiones, diversas condiciones económicas e innumerables tradiciones particulares, idiosincrasias diferentes y distintas políticas de las colectividades de oficio locales—. Sin embargo, había también temas recurrentes, temas que marcaban a todo el conjunto de organizaciones obreras como herederas de una tradición corporativa. Uno de ellos era el mutualismo. Prácticamente todas las organizaciones obreras —las sociedades de ayuda mutua registradas oficialmente o el *compagnonnage* u otros tipos de asociaciones— incluían algún tipo de previsión para los miembros enfermos y el entierro para los muertos. Muchas tenían previsiones para pequeños subsidios de jubilación o pensiones de viudedad, y algunas incluían subsidios de paro. Estas previsiones eran continuación de las *charités* generales de las corporaciones y cofradías del Antiguo Régimen; en el siglo XIX, como en el XVI, XVII o XVIII, estas prácticas manifestaban y reforzaban la solidaridad mutua de la corporación.

Bajo la Restauración casi todas las corporaciones obreras veneraban también al patrono del oficio y celebraban la fiesta del santo con pompa y júbilo variables. En Marsella, y probablemente en otros puntos del Midi, la práctica de bautizar a las sociedades por el patrono continuó hasta bastante después de mediados de siglo; en el norte parece decaer en las décadas de 1830 y 1840. Pero si este vínculo con las prácticas de devoción de las corporaciones del Antiguo Régimen de-

⁵⁹ Un 80 por 100 de los albañiles de Marsella que se casaron en 1821-2 habían nacido en Marsella, y a pesar de un incremento de más del 100 por 100 en el número de albañiles de la ciudad, esta cifra sólo había caído al 68 por 100 en 1846-51. Sin embargo, en esta época un tercio de los albañiles eran hijos de cultivadores, fundamentalmente del municipio de Marsella. Todas estas cifras proceden de mi análisis de los registros matrimoniales de Marsella.

cayó con el tiempo, otro continuó intacto: el entierro corporativo. Incluso las asociaciones seculares y revolucionarias formadas en 1848 incluían la previsión del entierro⁶⁰. De esta forma la comunidad moral del oficio, expresada en el entierro y otras prácticas de ayuda mutua, no quedaba borrada por la desaparición de un estilo religioso.

Las organizaciones obreras del siglo XIX mantenían también el objetivo corporativo tradicional de una regulación detallada de sus oficios, aunque resulta más difícil que en el caso de la ayuda mutua demostrar la universalidad de este interés. Aunque los diversos regímenes políticos de la primera mitad del siglo XIX permitieron e incluso estimularon las prácticas de ayuda mutua, todos prohibieron las regulaciones colectivas que limitaran la libertad del empresario para disponer de su propiedad y a emplear a sus trabajadores como le pareciera oportuno. Debido a que las regulaciones impuestas colectivamente eran ilegales, su conocimiento depende fundamentalmente de los conflictos entre patronos y trabajadores que llevaron las reclamaciones de los obreros a la atención de las autoridades. La documentación creada por tales conflictos demuestra claramente que los obreros del siglo XIX intentaron alcanzar el dominio de muchos aspectos de su oficio: contratación, ritmo y procesos de trabajo, arbitraje de las disputas, calidad de los bienes producidos, ingreso en el oficio, nivel de salarios o pago por piezas a los trabajadores, etc. Se han presentado ya ejemplos de la mayoría de estas reivindicaciones en el análisis de los curtidores, sombreros y zapateros, y los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente a partir de los relatos sobre los conflictos obreros del siglo XIX⁶¹. Aunque la documentación no es ni sistemática ni completa, y es imposible decir de forma precisa hasta qué punto eran comunes los diversos tipos de reivindicaciones realizadas por los trabajadores, es evidente que las corporaciones obreras de toda Francia lucharon constantemente por imponer regulaciones detalladas en sus oficios.

Los conflictos entre maestros y obreros podían estallar en torno a todo tipo de cuestiones. Pero las disputas salariales eran con mucho las más habituales. Aunque a los obreros de algunos oficios y ciudades se les pagaba a jornal, a la mayoría en la primera mitad del siglo XIX se les pagaba por el trabajo hecho —a destajo⁶². El pago a los

⁶⁰ Vid., v. gr., Gossez, *Les Ouvriers*, págs. 169, 176, 194, 213.

⁶¹ Vid., v. gr., Aguet, *Les Grèves*; Bourgin, *Le Régime de l'industrie* y la colección en cuatro volúmenes titulada *Associations professionnelles ouvrières*, publicada por la Office du Travail del gobierno francés.

⁶² La principal excepción debieron ser los oficios de la construcción, donde era habitual el pago a jornal. Faure, Alain, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier à Paris», en *Le Mouvement social*, 88 (julio-septiembre de 1974): 59.

obreros se graduaba según el artículo concreto que producían: los artículos de superior calidad, mayor dificultad o precio superior se pagaban más que los de precio inferior, calidad inferior, *prêt-à-porter*. Los conflictos entre obreros y maestros habitualmente adoptaban la forma de disputas sobre la tarifa que especificaba estos destajos⁶³. Agricol Perdiguier, al describir las huelgas de los ebanistas, presenta un argumento típico que —excepto por lo que toca a las referencias a *compagnons*, *gavots* y *dévoirants*— podía servir con pocas modificaciones para las huelgas en casi todos los sectores urbanos de la época.

Los obreros más inteligentes, los más activos, los más entregados, los de mayor coraje, generalmente los dirigentes de las diversas Sociedades de la corporación... establecen una tarifa, calibran el valor de cada tipo de trabajo en el oficio y se reúnen con los patronos.

Si éstos quieren escuchar sus quejas, sus reivindicaciones, las dos partes negocian, analizan sus intereses respectivos, fijan en común el precio de un día de trabajo, o de la pieza de trabajo, y todo se salda de forma amistosa, como en una familia. Si los patronos no quieren escuchar o son demasiado intransigentes, los *compagnons* dan una orden, y *gavots* y *dévoirants* detienen el trabajo inmediatamente. Los talleres se vacían. Los patronos no tienen ya obreros. Todo el trabajo se suspende.

Sucede a veces que, en busca de paz y tranquilidad, los patronos aceptan las reivindicaciones de los obreros, firman la nueva tarifa y el buen orden vuelve inmediatamente. En otras ocasiones, llaman a la magistratura en su ayuda, tienden trampas a los dirigentes de la huelga, les hacen caer en manos de la ley, son condenados y encarcelados como líderes de una coalición⁶⁴.

Algunos rasgos del argumento de Perdiguier reciben particular énfasis. Primero, la tarifa es un documento formal, cuidadosamente redactado por los dirigentes de la huelga, presentado formalmente a los patronos para su aprobación, y si se acepta, firmado formalmente por éstos. Aunque las costumbres y los estilos podían variar de un lugar a otro y de un oficio a otro, este deseo de basar los acuerdos colectivos con los patronos en documentos escritos, así como de rodear estos tratos de cierta solemnidad, eran completamente habituales. Por ejemplo, en 1843 los techadores de Rennes presentaron a sus patronos

⁶³ Para un ejemplo de tarifa, véase la ordenanza del alcalde de Lyon, de 1817, regulando los destajos en la industria de fabricación de sombreros. Esta tarifa, que se ha analizado brevemente en este capítulo, especificaba sesenta niveles distintos para diferentes tipos y tamaños de sombreros. Bourgin y Bourgin, *Le Régime de l'industrie*, I: 96-9.

⁶⁴ Perdiguier, *Mémoires d'un compagnon*, págs. 237-8.

un documento que titulaban «El decreto de los obreros techadores» (*«L'Arrêté des ouvriers couvreurs»*), reclamando una elevación de los salarios; fue firmado pronto por dos de los principales empresarios de la ciudad⁶⁵. Es también notable que el argumento de Perdiguier se refiera a «la nueva tarifa» de una forma que parece implicar la existencia de una vieja tarifa. A juzgar por ello, era normal que algún tipo de tarifa —formal o informalmente, bien como resultado de un compromiso o de imposición por un partido u otro— rigiera sobre el conjunto del oficio.

La tradición de una tarifa unificada para todos los talleres de una ciudad estaba perfectamente establecida. Esas tarifas eran rasgos normales de las corporaciones de oficio del Antiguo Régimen, donde formaban parte del sistema de regulaciones que gobernaba todos los aspectos del oficio. Después de la Revolución las tarifas perdieron toda fuerza legal vinculante. Sin embargo, durante el siglo XIX era habitual que existiera una tarifa consuetudinaria o incluso formal y escrita y que fuera respetada por todo el oficio a pesar de su falta de carácter legal. Pero en el siglo XIX las tarifas eran frágiles. Como bajo el Antiguo Régimen, los patronos podían decidir siempre de concierto bajar los niveles salariales. Pero había ahora el peligro añadido de que un patrono o unos pocos, por cualquier razón, se negaran simplemente a respetar la tarifa. Bajo el Antiguo Régimen a ese maestro no sólo se le habrían opuesto los obreros, sino que habría sido condenado por las autoridades de la corporación de maestros. En el siglo XIX un patrono que pagara menos sólo podía ser frenado mediante la acción colectiva de los obreros. Una razón, para el formalismo de redactar, presentar y firmar la tarifa era darle toda la fuerza moral posible a un acuerdo que carecía de estatuto legal.

Las disputas sobre tarifas podían adoptar muchas formas. Un tipo común era una huelga para elevar los niveles salariales, reducidos por los maestros en un período previo de débil demanda y bajos precios. Ésta era la situación, en la que los obreros actuaban «para restablecer los salarios rebajados», que presentaba Perdiguier como fuente típica de huelgas⁶⁶. A veces reclamarían una vuelta a una tarifa anterior; en otras ocasiones aprovecharían la oportunidad para realizar una revisión general. Las disputas podían surgir también cuando los obreros intentaban elevar los niveles salariales para compensar el crecimiento de los precios de los bienes de consumo o cuando los obreros pensaban que una demanda y unos beneficios en auge autorizaban unos in-

⁶⁵ Aguet, *Les Grèves*, pág. 250.

⁶⁶ *Mémoires d'un compagnon*, pág. 237.

gresos reales superiores a los que disfrutaban —aunque en la primera mitad del siglo XIX las huelgas agresivas de este tipo debieron estar menos extendidas que las que pretendían restablecer las condiciones tradicionales—. Había también muchos casos en que las corporaciones obreras actuaban para hacer valer las tarifas existentes a patronos particulares o a grupos de patronos, prohibiendo a los obreros realizar trabajo en los talleres que no respetaban la tarifa. Estas huelgas parciales se llamaban todavía con frecuencia «condenas» o «exclusiones», como las denominaban los *compagnons* bajo el Antiguo Régimen. Había también ejemplos, como la huelga de zapateros de Marsella de 1845, en que algunos maestros aceptaban las exigencias de los obreros y otros las rechazaban. Entonces sólo los talleres de los patronos intransigentes se veían afectados, y los maestros que cooperaban se veían recompensados con pedidos que en otro caso habrían ido a sus competidores afectados por la huelga. Finalmente, había otros casos —de nuevo la huelga de zapateros de Marsella de 1845 es un ejemplo— en que las tarifas anteriores habían caído en desuso como resultado de la superpoblación, la competencia destructiva o los cambios en la organización de la producción, y los obreros intentaban imponer una nueva tarifa unificada para detener la desintegración de su oficio.

En muchos de estos casos, una importante proporción de los patronos de un oficio, a veces la mayoría, se encontraba haciendo causa común con los obreros. Los pequeños maestros que continuaban practicando su oficio de forma tradicional tenían pocos medios de combatir a los empresarios más innovadores o menos escrupulosos que introducían nueva maquinaria o nuevas técnicas reductoras de costes, que reorganizaban la producción y venta, que empleaban mano de obra doméstica barata y que hacían una competencia «sucía». Privados de sus corporaciones por las reformas de la Revolución Francesa, estos maestros solían simpatizar con las corporaciones ilegales establecidas por sus obreros y a veces apoyaban sus intentos de imponer tarifas y condiciones de trabajo uniformes en el oficio. Desde luego, combatían las corporaciones obreras cuando trataban de usurpar los poderes del patrono en el taller o de elevar tanto los salarios que hicieran peligrar sus beneficios. Pero firmaban también tarifas que les parecían justificadas y a veces apoyaban huelgas obreras cuando se dirigían contra peligrosos competidores que rompían los precios. Aunque es verdad que el estilo corporativo del siglo XIX fue sobre todo la forma de expresión de los obreros, ello no significa que los patronos fueran implacablemente hostiles a las corporaciones obreras. Aquí hay que observar que cuando las corporaciones obreras intenta-

ron establecer tarifas unificadas, ratificadas públicamente en las semanas que siguieron a la Revolución de 1848, muchos maestros cooperaron voluntariamente en sus proyectos. Aunque las iniciativas de las corporaciones obreras se dirigieran normalmente contra los patronos, las líneas divisorias y los modelos de lucha eran mucho más complicados de lo que cualquier fórmula sencilla puede transmitir.

Por tanto, las corporaciones del siglo XIX continuaban en muchos aspectos los temas, las formas organizativas, los valores y las prácticas de las corporaciones del Antiguo Régimen. Pero estos elementos familiares de las corporaciones del Antiguo Régimen estaban ahora en una relación diferente entre sí y con el mundo exterior. Una transformación fundamental se dio en la relación del estilo corporativo con el estado. Bajo el Antiguo Régimen, las corporaciones de oficio estaban oficialmente reconocidas, eran cuerpos privilegiados que ejercían la autoridad pública, y su lenguaje, ceremonias, costumbres y valores estaban en armonía con un orden social jerárquico, católico, organizado corporativamente. El estilo de las corporaciones de oficio participaba y sintetizaba el estilo político y social que impregnaba toda la monarquía francesa. Después de la Revolución, las corporaciones eran ilegales y derivaban su existencia de la adhesión voluntaria y el sentido de solidaridad de sus miembros; además, el lenguaje corporativo estaba ahora aislado, localizado y separado del lenguaje constitutivo del estado y la sociedad. Una segunda transformación emparentada fue un cambio del centro activo de la corporación de los maestros a los obreros. En el Antiguo Régimen, la corporación privilegiada de los maestros era el principal terreno de poder e iniciativa, mientras las cofradías o *compagnonnages* formados por los trabajadores eran secundarios, estaban en oposición y reaccionaban en contra suya. En el siglo XIX, la corporación ahora ilegal y voluntaria se centraba en los obreros, y los maestros se oponían a las corporaciones obreras o cooperaban con ellas de forma selectiva contra algunos de sus competidores.

Los problemas a los que se enfrentaban las corporaciones obreras del siglo XIX eran diferentes de los de las corporaciones de maestros y de trabajadores del Antiguo Régimen. Bajo el Antiguo Régimen, el principal problema al que se enfrentaban las corporaciones de trabajadores era establecer cierto control obrero sobre las regulaciones de una colectividad de oficio ya existente, evitar que los oficiales y sus intereses quedaran absorbidos en la poderosa y egoísta colectividad de maestros. El *compagnonnage* resolvía mejor este problema. Al establecer un dominio efectivo sobre la contratación, los *compagnonna-*

ges garantizaban que las regulaciones de la colectividad de oficio tuvieran en cuenta los intereses de los oficiales. Al mismo tiempo, el *compagnonnage* centraba la lealtad de los oficiales en una hermandad mucho más amplia y de principios más elevados que las estrechas corporaciones de maestros —una vasta hermandad tan antigua como Salomón, que abarcaba a oficiales de oficios y ciudades de toda Francia—. Desde luego, las corporaciones obreras del siglo XIX tenían también que mantener la lealtad de los trabajadores y presionar a los patronos. Pero, abolidas las corporaciones de maestros reguladas y privilegiadas, el mayor problema al que se enfrentaban los obreros era muy diferente. La tendencia del nuevo sistema legal y económico creado por la Revolución Francesa era la división del oficio en una serie de talleres desconectados, organizado cada uno según las preferencias de su propietario, que contrataba obreros en los términos que pudiera hacerles aceptar. Las corporaciones obreras intentaban imponer orden en una industria potencialmente anárquica, crear comunidades de oficio mediante la acción concertada que en caso contrario no existirían, y mantenerlas a pesar de la hostilidad del sistema legal y del estado.

Como se ha indicado, las corporaciones que los obreros formaron en la primera mitad del siglo XIX variaron considerablemente en su forma y objetivos. Durante largo tiempo el tipo de corporación obrera fue el mismo que el del Antiguo Régimen: el *compagnonnage*. Pero, pese a la fuerza tenaz del *compagnonnage*, la principal tendencia de la primera mitad del siglo XIX iba hacia otras formas de corporación, sobre todo corporaciones que adoptaban la forma externa de sociedad de ayuda mutua. Claramente superadas por el *compagnonnage* en 1810, o incluso en 1820, las sociedades de ayuda mutua habían alcanzado una paridad aproximada hacia 1830 y en 1848 tenían un predominio indiscutible. Sociedades de ayuda mutua y *compagnonnages* eran formas flexibles de organización, intercambiables a veces en la práctica. Pero las sociedades de ayuda mutua tenían algunas ventajas que supusieron una diferencia a largo plazo.

Primero, tenían una base más local y más amplia, puesto que incluían a trabajadores casados y/o sedentarios, además de a jóvenes itinerantes. Es casi seguro que el tamaño medio de las empresas artesanales creciera con las ciudades y la expansión de los mercados en la primera mitad del siglo XIX, aunque el estado actual de la investigación no autoriza una conclusión firme sobre el tamaño o el ritmo de esa tendencia. Si esto es así, significaría que una proporción creciente de los oficiales estaba destinada al asalariado de por vida. Esto, a su vez, supondría que los trabajadores jóvenes itinerantes, el núcleo del

compagnonnage, constituían una proporción de la mano de obra en disminución y que las sociedades de ayuda mutua, que se basaban principalmente en los trabajadores sedentarios, resultarían cada vez más atractivas como forma de corporación obrera. Los propios *compagnonnages* parecen haber respondido a este problema implicando más plenamente a los *anciens* —los *compagnons* establecidos que habían abandonado la militancia activa después del *tour de France*— en sus asuntos. Otra ventaja de las sociedades de ayuda mutua a los ojos de los obreros establecidos era su orientación fuertemente localista. Bajo el Antiguo Régimen, los obreros contaban con las corporaciones de maestros, sumamente aldeanas, para mantener una perspectiva local, mientras sus organizaciones les mantenían en contacto con los obreros de otras ciudades. Pero con la desaparición de las corporaciones de maestros, la definición del oficio como comunidad local dependía enteramente de las corporaciones obreras. En esto también las sociedades de ayuda mutua eran una forma institucional más apropiada que el *compagnonnage*.

Pero la principal ventaja de las sociedades de ayuda mutua era que estaban más en sintonía con la sociedad que las rodeaba. No tenían misterios arcanos, podía pertenecerse a ellas sin un largo noviciado, sus rituales eran escasos y sencillos, carecían de grados y rangos internos, no exigían juramentos espeluznantes, no llevaban consigo odios sectarios. Donde los *compagnons* se diferenciaban sistemáticamente de la sociedad —viviendo y comiendo en su propia casa, llevando insignias especiales, utilizando lenguaje, nombres y gestos diferentes— las sociedades de ayuda mutua no exigían marcas de distinción especiales; sólo había que pagar las cuotas, celebrar la fiesta del patrono y obedecer las regulaciones que la sociedad imponía al oficio. En la sociedad corporativa del Antiguo Régimen, los rasgos especiales del *compagnonnage* lo habían marcado como otro de los innumerables órganos corporativos que integraban la monarquía francesa; pero en la sociedad contractual, individualista y secular del siglo XIX esos rasgos hacían que el *compagnonnage* pareciera superstitioso, extravagante y fanático. Obviamente, esto no era un inconveniente para el *compagnonnage*; su apartamiento era también una fuente de la particular lealtad que le permitió sobrevivir a través de tantas pruebas hasta el presente (aunque considerablemente disminuido en su número). Pero sobre todo tras la Revolución de 1830, los obreros empezaron a preferir las sociedades de ayuda mutua, con su estructura más simple, su mayor apertura y su estilo de asociación voluntaria, sobre la hermandad jerárquica y esotérica del *compagnonnage*.

Este paso del *compagnonnage* a las sociedades de ayuda mutua fue paralelo a un cambio de la importancia relativa de los dos medios utilizados por las corporaciones obreras para imponer su voluntad a los patronos: el control de la contratación y la imposición de tarifas uniformes. Lo más llamativo de las disputas entre obreros y patronos en el siglo XVIII fueron los conflictos sobre la contratación⁶⁷. Se trataba en parte de una cuestión económica; si los oficiales podían negar obreros cualificados a un empresario, podían impedirle reducir los salarios. Pero era también cuestión de lealtad: el *compagnonnage*, al mantener un monopolio sobre la contratación, se garantizaba la hegemonía sobre las lealtades de los oficiales; y si la misma corporación de maestros podía alcanzar un monopolio sobre la contratación, podía desafiar también el dominio moral del *compagnonnage* sobre la mano de obra. Las disputas sobre la contratación siguieron en el siglo XIX, pero se vieron desplazadas a lo marginal por una creciente obsesión por las tarifas. En la época de la gran ola de huelgas nacionales de 1833, el establecimiento de tarifas uniformes se había convertido en la cuestión dominante entre patronos y obreros en los oficios urbanos especializados⁶⁸.

Una razón de la creciente importancia de las tarifas era la mayor diversidad de la organización de la producción. Bajo el Antiguo Régimen, cuando los talleres eran de tamaño relativamente pequeño y uniforme, todos los talleres de un oficio requerían trabajadores de aproximadamente el mismo tipo y nivel de especialización. Una corporación obrera podía ejercer, por tanto, un importante dominio sobre los niveles salariales y las condiciones de trabajo amenazando con cortar el suministro de trabajadores apropiadamente cualificados a un maestro. Pero cuando la organización de la producción se diversificó, negarle a un patrono trabajo muy cualificado no siempre era efectivo. Los patronos podían burlar una «condena» o «exclusión» recurriendo a la producción doméstica o a una mayor división del trabajo y a la simplificación de las tareas que les permitieran utilizar trabajadores más baratos y menos cualificados. En esas circunstancias, la imposición de tarifas por una sociedad de ayuda mutua amplia era más efectiva que el control sobre la contratación por los *compagnonnages*, más elitistas y reducidos. Así, las corporaciones obreras tendieron a desplazar el acento del control del trabajo en el momento de su provisión, al mo-

⁶⁷ Vid., v. gr., Martin, *Les Associations ouvrières*, págs. 149-62.

⁶⁸ Sobre las huelgas de 1833, vid. Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 53-71; Aguet, *Les Grèves*, págs. 66-125, y Shorter y Tilly, *Strikes in France*, págs. 107-8.

mento de su utilización, y a reducir la diversidad caótica de la producción y los modos de pago, imponiendo una tarifa vinculante⁶⁹. La tarifa uniforme era de hecho una especie de estatuto en miniatura. Daba nombre y marcaba el coste relativo a todas las operaciones o productos de un oficio, por lo que no sólo regulaba los salarios, sino que especificaba la serie de operaciones y productos permitidos a los patrones. La tarifa, en forma muy abreviada y sin fuerza vinculante, servía al mismo propósito que los estatutos oficialmente ratificados de las corporaciones de oficio del Antiguo Régimen. Ahora que los maestros no podían contar ya con mantener una colectividad de oficio ordenada y unificada, las corporaciones obreras tenían que centrar sus esfuerzos en la organización de la producción. Las tarifas se convirtieron así en instrumentos cruciales en el intento de dominar la anarquía que amenazaba sepultar sus oficios en el siglo XIX.

El que no existieran ya corporaciones de maestros legalmente sancionadas suponía que las corporaciones obreras del siglo XIX fueran notablemente diferentes de las corporaciones de oficiales del Antiguo Régimen. Los obreros ya no estaban interesados en evitar que los oficiales fueran absorbidos por la colectividad de maestros, sino en mantener algún tipo de colectividad de oficio frente a la estructura competitiva del sistema legal y económico y el omnipresente individualismo de la cultura del siglo XIX. Las formas, las costumbres, el lenguaje y las técnicas del Antiguo Régimen proporcionaron una trama para las corporaciones de trabajadores formadas en el siglo XIX. Pero en el marco del siglo XIX las corporaciones obreras evolucionaron inevitablemente en nuevas direcciones. Las sociedades de ayuda mutua desplazaron gradualmente al *compagnonnage* —en parte porque su estilo organizativo estaba más en sintonía con la sociedad y en parte porque su mayor apertura y orientación localista las hacía más capaces de formar colectividades que pudieran trabajar en favor de todo el oficio—. Al mismo tiempo, los esfuerzos de los trabajadores se centraron cada vez más en el establecimiento de tarifas uniformes que aseguraran una unidad de condiciones en todos los talleres que constituían un oficio.

Finalmente, las corporaciones obreras del siglo XIX destacaban por su apertura a la innovación. Esta apertura derivaba fundamentalmente de su precaria situación. Para operar fuera de la ley, con sus representantes expuestos constantemente a arresto por «coalición» y

⁶⁹ Alain Faure ha demostrado que el establecimiento de una uniformidad de los niveles salariales en todos los talleres fue uno de los principales objetivos de los obreros de París en las huelgas de comienzos de la década de 1830. «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», pág. 60.

las tarifas sólo imponibles con la vigilancia más constante, las corporaciones tenían que estar decididas a sobrevivir. Una respuesta, y a corto plazo afortunada, fue el *compagnonnage*: estrechar la organización, desarrollar las mismas características que la diferenciaban de la sociedad, buscar en la esotérica tradición del *compagnonnage* la fuerza para enfrentarse a un mundo hostil. Pero ésta no fue la única respuesta, incluso dentro del *compagnonnage*. Tanto los sombrereros de Lyon y París como los panaderos de Marsella combinaron con desenvoltura rasgos del *compagnonnage* con rasgos de las sociedades de ayuda mutua, mostrando más interés por encontrar formas efectivas de organizar sus oficios que en la observancia estricta de la tradición. Los zapateros de Marsella mantuvieron un *compagnonnage* y una sociedad de ayuda mutua y formaron una tercera corporación, aun más amplia, para organizar la huelga de 1845. Esta continua experimentación con nuevas formas organizativas fue quizá inevitable en el entorno hostil del siglo XIX, donde todas las formas de corporación obrera eran inestables y se enfrentaban al orden legal existente. En los años que siguieron a la Revolución de 1830, que se tratarán en el próximo capítulo, esta experimentación empezó a incluir intentos más ambiciosos de hacer compatibles las corporaciones obreras con los supuestos políticos de la sociedad —y, al mismo tiempo, intentos de hacer la sociedad más compatible con los supuestos morales colectivistas de las corporaciones obreras.

EL LENGUAJE CORPORATIVO

Si la historia institucional de las corporaciones obreras del siglo XIX puede describirse como una combinación de continuidad y cambio que las vinculaba y las diferenciaba de las corporaciones del Antiguo Régimen, un conjunto análogo de continuidades y transformaciones puede percibirse en el lenguaje corporativo del siglo XIX. Algunos términos comunes en el discurso corporativo de los siglos XVII y XVIII desaparecieron por completo del uso de los obreros del siglo XIX; se añadieron nuevos términos; prácticamente todos sufrieron cambios de significado mayores o menores. Sin embargo, a pesar de todos los cambios, el lenguaje que los obreros utilizaban para tratar de sus oficios y su trabajo mantenía una continuidad palpable con el discurso corporativo del Antiguo Régimen.

Seguir los cambios del lenguaje corporativo durante toda la primera mitad del siglo sería una tarea sumamente complicada. Que tér-

minos como «*corps*», «*état*», «*corps d'état*» «*corporation*» y «*corps de métier*» fueran de uso cotidiano se desprende de los fragmentos de documentación de la vida de la clase obrera de la época. Pero dada la escasez de materiales escritos por los trabajadores, reunir suficientes ejemplos para precisar el significado y el uso de estos términos resultaría muy difícil. No existe documentación abundante hasta la primavera de 1848, cuando la euforia de una nueva revolución, la abolición de las restricciones a la prensa, la aparente simpatía del gobierno provisional por los obreros y una explosión de asociaciones de todo tipo produjo una efusión de materiales escritos por y para los obreros. Es en esas obras —discursos, estatutos de asociaciones, peticiones, manifestos, cartas a los periódicos, etc.— donde puede observarse en detalle el empleo de la terminología corporativa.

Algunos términos comunes del vocabulario corporativo del Antiguo Régimen habían desaparecido entera o prácticamente del lenguaje de los artesanos de mediados del siglo XIX. Entre éstos estaban dos términos de las corporaciones privilegiadas del Antiguo Régimen: «*maîtrise*» y «*jurande*». El abandono de «*maîtrise*» no es sorprendente: designaba específicamente a la corporación como cuerpo de maestros y era, por tanto, difícilmente aplicable en el siglo XIX. «*Jurande*» no presentaba esos problemas etimológicos, puesto que acentuaba el carácter jurado («*juré*») de la corporación; pero bajo el Antiguo Régimen se había utilizado sobre todo para designar al cuerpo de «*jurés*», los representantes de la corporación, y ese uso probablemente lo hiciera desagradable para los obreros. «*Juré*» como denominación de un encargado de la corporación también desapareció prácticamente tras la Revolución, aunque se utilizaran todavía ocasionalmente «*prieur*» y sobre todo «*syndic*». La desaparición de esos términos específicamente asociados al poder de los maestros no resulta sorprendente en corporaciones formadas exclusivamente por obreros. Más difícil de explicar es la práctica desaparición de términos como «*communauté*» y «*corps et communauté*» para denominar o describir la corporación. Estos términos eran sobre todo comunes en el lenguaje judicial del Antiguo Régimen; quizá nunca formaron parte del discurso de los artesanos ordinarios, o quizá su asociación al discurso legal les hiciera parecer inapropiados para las corporaciones obreras ilegales del siglo XIX. En cualquier caso, prácticamente desaparecieron del léxico corporativo en el siglo XIX.

Otros términos que se habían usado rara vez, si es que se usaron, en el discurso de las corporaciones de oficio de los siglos XVII y XVIII se convirtieron en lugares comunes en el siglo XIX. Entre los más des-

tacados de éstos estaba «*société*», utilizado para designar a las corporaciones obreras de todo tipo en el siglo XIX —no sólo las sociedades de ayuda mutua y las organizaciones análogas, sino también el *compagnonnage*. Este uso de «*société*» para designar a un grupo de personas unidas en una empresa común no era desconocido en el Antiguo Régimen —lo demuestra, por ejemplo, la organización abolicionista bien conocida denominada *Société des Amis des Noirs* (sociedad de amigos de los negros). Sin embargo, hasta la Revolución este uso parece haber estado restringido a las clases cultas. Pero cuando la nación francesa fue refundida como una «*société*», formada por adhesión voluntaria a un contrato social, todo tipo de organización formada con diversos propósitos por gentes de todas las clases de la sociedad pasó a denominarse «*société*». De forma que cuando las corporaciones obreras se denominaban «*sociétés*», se adaptaban simplemente al uso general en la Francia postrevolucionaria. El término análogo «*association*» fue mucho más raro que «*société*» hasta la Revolución de Julio, después de la cual, como se tratará en el próximo capítulo, se hizo muy habitual. «*Association*» desde el principio estuvo cargada con connotaciones políticas; a diferencia del vulgar «*société*», «*association*» era una palabra evocadora. Junto a «*société*» y «*association*» aparecían «*sociétaire*» y «*associé*» para las personas que constituían una sociedad o una asociación. Estos términos tendían a desplazar a «*membre*» (miembro), teñido de fuertes connotaciones de subordinación a una cabeza. De forma similar, los términos «*président*» y «*secrétaire*» tendieron a reemplazar a «*juré*», «*prieur*», «*syndic*» y «*capitaine*».

Junto a estas adiciones y eliminaciones había un conjunto de términos corporativos —«*état*», «*corps*», «*corps d'état*», «*corporation*», «*corps de métier*»— que continuaron usándose bajo el nuevo régimen al igual que en el viejo. La mayoría de esos términos se utilizó aproximadamente con los mismos significados que en los siglos XVII y XVIII, aunque la decadencia del lenguaje corporativo en la sociedad en general tendía a reducir su resonancia. «*Corporation*», sin embargo, sufrió cambios mucho más fundamentales. «*Corporation*» era un relativo recién llegado al vocabulario corporativo del Antiguo Régimen. Un primer ejemplo de *franglais* se tomó del inglés a comienzos del siglo XVIII como término general para los cuerpos dotados de personalidad legal singular. No aparece en diccionarios como el *Grand vocabulaire françois* de 1762-1774, y el artículo «*corporation*» de la *Encyclopédie* dice lo siguiente:

Cuerpo político [*corps politique*] que se llama así en Inglaterra, porque los miembros de que se compone forman un solo cuerpo... porque están cualificados para tomar, adquirir, acordar, atacar o ser atacados en justicia en nombre de todos. No tenemos un término que corresponda directamente; *communauté* se aproxima, pero no es lo mismo: no tiene un significado tan amplio⁷⁰.

Sin embargo, este término inglés se adoptó rápidamente en el uso francés. «*Corporation*» se empleaba al principio fundamentalmente por los enemigos del régimen corporativo, como los enciclopedistas, pero fue pronto adoptado por sus defensores. Tanto Turgot como el *Parlement* de París, en sus argumentaciones sobre el intento del primero de abolir *maîtrises* y *jurandes* en 1776, utilizaban el término «*corporation*» para designar las comunidades de oficio privilegiadas y otros cuerpos privilegiados análogos. Pero bajo el Antiguo Régimen, «*corporation*» siguió siendo sobre todo un término del discurso filosófico y jurídico.

Sólo durante la Revolución «*corporation*» entró en el discurso ordinario y llegó a referirse en particular a las comunidades de oficio. En realidad, fue sobre todo como resultado de los esfuerzos revolucionarios para abolir las comunidades de oficio —como la ley Le Chapelier— como «*corporation*» entró en el habla común con este significado. Así, el término que los obreros utilizaban constantemente para referirse a sus queridas organizaciones de oficio en el siglo XIX entró en su léxico no desde el habla ordinaria de los artesanos del Antiguo Régimen, sino desde el discurso político de la Revolución —y de un intento concertado para aniquilar las colectividades de oficio, no de preservarlas o defenderlas—. El hecho de que los obreros del siglo XIX denominaran a sus organizaciones «*corporations*», en lugar de, por ejemplo, «*communautés*» indica hasta qué punto esas organizaciones se formaron en respuesta al nuevo orden creado por la Revolución Francesa. La transformación del término «*corporation*» del siglo XVII al siglo XIX es por tanto emblemático de la transformación global del vocabulario corporativo y de las instituciones del siglo XVIII en las del XIX. El uso de «*corporation*» en el siglo XIX marca tanto la continuidad con el Antiguo Régimen como un nuevo comienzo a partir de la Revolución Francesa.

La terminología corporativa de mediados del siglo XIX no era, por tanto, idéntica a la del Antiguo Régimen. Pero el uso por parte de los trabajadores de esa terminología indica que todavía vivían en un mundo percibido como corporativo. Esto puede verse, por ejemplo, en

⁷⁰ *Encyclopédie*, 4: 260-1.

el uso de la palabra «*état*», término clave en el vocabulario social del Antiguo Régimen. «*État*» había perdido sin duda muchos de sus referentes políticos y sociales durante la Revolución Francesa. Aunque «*état*» se usaba todavía para referirse al estado, ya no había tres *états* del reino, y los *états* provinciales y los *États Généraux* habían sido disueltos. Además, el uso de «*état*» para expresar rangos, órdenes, honores, pompa y posición se borró con la desaparición de un orden social corporativo y jerárquico. Carente de esas resonancias, «*état*» había seguido en uso como sinónimo de «*profession*» o «*métier*». En el siglo XIX designaba todo tipo de trabajos, dentro o fuera de los oficios urbanos. El principal uso de «*état*» entre los obreros urbanos era para designar su trabajo. Sin embargo, el término no había sido vaciado enteramente de sus antiguos contenidos. Lo muestra la siguiente carta amenazante de la correspondencia general de la Asamblea Constituyente de finales de la primavera de 1848: «Que todos los trabajadores obtengan al menos tres francos al día, principalmente los *hommes de peine*, y a quienes tienen la felicidad de tener *états* se les dará más. Caso contrario, tiros»⁷¹. Si se le preguntara por su *état* al hombre que escribió esta carta, sin duda respondería «*homme de peine*». Sin embargo, en esta cita caracteriza a los *hommes de peine* como carentes de *état*. ¿Qué quiere decir esto?

El autor de la carta estaba recurriendo a un uso común de «*état*» bajo el Antiguo Régimen. «*État*», como se señaló antes, significaba una condición fija o estable que determinaba la posición de alguien en el orden social. Como tal, se aplicaba al *état de l'Église* (el estado de la iglesia), al *état de la Noblesse* (el estado de la nobleza) y al *Tiers État* (Tercer Estado), y también a las diversas profesiones o *métiers* que componían el *Tiers État*. Pero no se aplicaba a los *journaliers*, *manoeuvres* u *hommes de peine*, que pasaban de un empleo a otro, cuyo trabajo no estaba disciplinado por el arte y que no se integraban en ninguna corporación. Estos obreros carecían del lugar fijo en el orden social que implicaba «*état*» y se les denominaba habitualmente «*sans état*»⁷². La ausencia de una posición específica en el mundo del trabajo estaba también marcada por la misma vaguedad de sus denominaciones: «*journalier*» significaba «el que trabaja a jornada»; «*manoeuvre*», «el que trabaja con las manos», y «*homme de peine*», «aquel cuyo trabajo es difícil o penoso». En contraste, los términos

⁷¹ Gossez, *Les Ouvriers*, pág. 72. Sobre una similar distinción véase «*Pensées d'un ouvrier*», en *Les Murailles*, 1: 153, donde los «*hommes de peine*» se distinguen de los «*ouvriers majeurs, travaillant comme ouvriers*». A los primeros, según el autor, debía garantizárseles un salario mínimo de tres francos al día, a los últimos, de cuatro francos.

⁷² Vid. el análisis en el capítulo 2, y en Sewell, «*État, Corps and Ordre*», págs. 52-4.

para los trabajadores que tenían *états* designaban una especialización determinada: *tailleur de pierre* (cantero), *menuisier* (ebanista), *bou langer* (panadero), etc. Por tanto, el trabajo realizado por los *journaliers* u *hommes de peine* carecía literalmente de nombre; era trabajo sin características, indiferenciado, en un mundo donde el trabajo estaba caracterizado verbalmente y organizado prácticamente por la ocupación específica.

El *homme de peine* que escribió a la Asamblea Constituyente en 1848 veía al parecer el mundo en esos mismos términos; sentía un abismo entre los hombres como él y los trabajadores más felices que tenían *états*. Esto indica que todavía en 1848 había una distinción cultural fundamental entre obreros que tenían *états* —trabajadores cualificados con antiguas tradiciones corporativas y algún tipo de organización de oficio— y los obreros *sans état* —no cualificados, desorganizados y sin tradiciones corporativas—. Ésta es también la conclusión alcanzada por Rémi Gossez, que observa sobre los *journaliers*, *hommes de peine* y *manoeuvres* que eran «hombres sin *état* [*gens sans état*], en principio sin corporaciones, sin pertenencia a una colectividad profesional, sin una organización que les proteja»⁷³. El principal significado de «*état*» a mediados del siglo XIX era entonces simplemente «trabajo». Pero podía usarse también para designar un conjunto específico de trabajos: los que presuponían cualificación y cierta disciplina y compromiso, cuyos obreros estaban organizados en corporaciones —los mismos oficios que se habían denominado «*arts mécaniques*» en el Antiguo Régimen.

«*Corps*», otro término clave en el vocabulario social del Antiguo Régimen, continuó también en uso entre la clase obrera del siglo XIX. Como en el caso de «*état*», las resonancias de «*corps*» habían disminuido considerablemente cuando la Revolución destruyó el orden social corporativo del Antiguo Régimen, pero el significado de la palabra continuó básicamente idéntico. Como bajo el Antiguo Régimen, «*corps*» subrayaba la unidad de las diversas personas asociadas en una sola organización. Si «*état*» significaba los hombres cuyo trabajo les daba una única y duradera condición común, «*corps*» significaba el cuerpo formado cuando sus voluntades se unían en una sola comunidad de oficio unificada y activa. Este concepto de *corps*, como formado por la acción unificada de quienes lo constituían, era típica de las expresiones que utilizaban el término en 1848, por ejemplo, «los

⁷³ Gossez, *Les Ouvriers*, pág. 72. El comportamiento colectivo diverso de esos dos tipos de obreros se ha convertido en un lugar común de la historia social reciente, aunque la diferencia se ha atribuido habitualmente a diversos niveles de cualificación más que a una diferencia en las tradiciones culturales. Vid. nota 1, capítulo 1.

obreros ebanistas de la Ciudad de París habiendo reconocido la necesidad de unirse en un sólo *corps* para iluminarnos e instruirnos sobre nuestros derechos»⁷⁴. «*État*» y «*corps*», en el siglo XIX como bajo el Antiguo Régimen, designaban dos aspectos distintos pero complementarios de las colectividades de oficio.

El término más común para la colectividad de los hombres que ejercían un oficio combinaba realmente «*état*» y «*corps*» para formar la expresión «*corps d'état*». Al unir esos dos términos claves del vocabulario social del Antiguo Régimen, «*corps d'état*» decía muchas cosas. «*Corps*» significaba unidad, organización, actividad y solidaridad, y «*état*», estabilidad y distinción. Un *corps d'état*, por tanto, era un cuerpo solidario, organizado y capaz de actuar como unidad, compuesto de miembros permanentes de un oficio diferenciado. «*Corps d'état*» podía utilizarse al menos de tres formas diferentes. Primero, podía designar simplemente una categoría pasiva, el oficio en el que trabajaban, como en «Formemos una sociedad de trabajadores para todos los obreros de los *corps d'état*»⁷⁵. Segundo, podía designar a la colectividad activa constituida por todos los obreros del oficio. Con esta acepción solía ser objeto de una construcción verbal activa: «Es necesario que cada *corps d'état* se organice por sí mismo», o «que el estado estimule a los *corps d'état* a organizarse como empresas»⁷⁶. Sin embargo, estos usos son ambiguos, puesto que consideran a los *corps d'état* como agentes, pero acentúan también la necesidad de organizarse. Así, cierto sentido de pasividad desestructurada, que viene del lado *état* de este término doble, caracterizaba incluso muchos de sus usos formalmente activos. Sin embargo, de forma excepcional, *corps d'état* podía designar también a un agente indiscutiblemente activo. Por ejemplo: «Que cada *corps d'état* sea entonces una especie de verdadero tribunal disciplinario fraternal»⁷⁷. Pero con mayor frecuen-

⁷⁴ «Les ouvriers menuisiers de la Ville de Paris ayant reconnu la nécessité de se réunir en un seul corps pour s'éclairer et s'instruire sur nos droits...» Estatutos de una asociación de ebanistas formada en marzo de 1848, citada en Gossez, *Les Ouvriers*, página 142.

⁷⁵ «Formons une société de travailleurs pour tous les ouvriers du corps d'état.» Declaración de la Société Nationale des Ouvriers Fondateurs Réunis en 1848, citada en *ibid.*, pág. 205.

⁷⁶ «Il faudrait que chaque corps d'état s'organisât par lui-même», y «que l'État encourage les corps d'état à s'organiser en entreprises». De un manifiesto de los delegados de las corporaciones establecidas en Luxemburgo, y una afirmación de Vierz, obrero de la porcelana de Limoges, citado en *ibid.*, págs. 292-3 y 382.

⁷⁷ «Que chaque corps d'état soit donc une sorte de tribunal disciplinaire vraiment fraternel», de un panfleto de F. V. Coinze titulado *Question de l'organisation du travail, de la représentation industrielle et de la représentation ouvrière pour le travail*, citado en *ibid.*, pág. 86.

cia, «*corps d'état*» conservaba un sentido de categoría pasiva incluso en sus usos activos. Era sobre todo un cuerpo *en el que* había que formar comités o *del que* había que elegir delegados; era, para usar una analogía apropiada para 1848, una fuerza activa paralela al pueblo soberano, que elige legislaturas o presidentes y ratifica o derriba constituciones, a diferencia del gobierno bien organizado, atareado y frenético, que el pueblo constituye. Todas estas observaciones sobre «*corps d'état*» son igualmente aplicables a «*corps de métier*», que se empleó con menos frecuencia en 1848 pero era esencialmente sinónimo de «*corps d'état*»⁷⁸.

El aspecto estructurado, activo, organizado del *corps d'état* se designaba habitualmente con el término «*corporation*». Quizá la construcción más común que empleaba «*corporation*» en el discurso de los revolucionarios parisienses en la Revolución de 1848 fue «constituir corporaciones» (*constituer les corporations*). Como una comisión de obreros pintores lo expresa en 1848, «los obreros deben establecer una justicia distributiva... constituyendo primero corporaciones en cada profesión»⁷⁹. Estas corporaciones, una vez constituidas, eran cuerpos que se reunían, hacían marchas, adoptaban resoluciones y tomaban otras clases de acciones. Un uso típico es, «cada corporación, con su bandera al frente, desfilará con orden»⁸⁰. «*Corporation*», como «*corps d'état*», podía en ocasiones referirse simplemente a la colectividad de trabajadores de un oficio. Pero normalmente implicaba un cuerpo constituido buscando de concierto un fin común. Tanto la organización de esas corporaciones como los fines que pretendían alcanzar eran más amplios y ambiciosos en 1848 que lo habían sido bajo los regímenes más represivos que precedieron a la Revolución de Febrero. Pero las implicaciones de actividad y organización que se adhirieron al término en 1848 estaban lejos de ser nuevas.

El mundo que emerge de este breve examen del vocabulario de los obreros en 1848 tiene una continuidad perceptible con el mundo de los oficios corporativos del Antiguo Régimen. Estaba compuesto por obreros que tenían *états* estables y disciplinados, que se unían en *corps* conocidos generalmente como *corps d'état* o *corps de métier*.

⁷⁸ Dos ejemplos típicos son: «Il devait y avoir pour chaque corps de métier une caisse commune» (debería existir una caja común para cada *corps de métier*) y «en établissant des chambres syndicales... pour chaque corps de métier» (estableciendo cámaras sindicales para cada *corps de métier*). Ambas citas proceden de *ibid.*, págs. 9, 82.

⁷⁹ «Aux ouvriers à établir une justice distributive... en constituant tout d'abord les corporations en chaque profession.» Citado en *ibid.*, pág. 129.

⁸⁰ «Chaque corporation, bannière e tête, défilera avec ordre...» Afirmación de los delegados de los tipógrafos en abril de 1848, citado en *ibid.*, pág. 257.

Y estos *corps d'état* se organizaban en cuerpos constituidos, estructurados, llamados corporaciones, que actuaban como unidades solidarias en la sociedad. Sin embargo, las corporaciones obreras del siglo XIX formaban parte de un nuevo mundo moral y social. Estas corporaciones no eran ya *jurandes* o *maîtrises* jerárquicamente organizadas controladas por maestros, sino *sociétés* o *associations* con puestas exclusivamente por obreros. Y donde las corporaciones del Antiguo Régimen habían existido para imponer disciplina espiritual en el mundo intrínsecamente desordenado del trabajo manual, las corporaciones en 1848 iban a convertirse en unidades constituyentes de un estado basado en el trabajo como fuente predominante del orden social. Este capítulo ha tratado cómo las corporaciones del siglo XIX fueron construidas por los trabajadores para defender sus intereses colectivos e imponer el orden en sus oficios. Cómo iban a percibirse a las corporaciones como vehículos de la transformación revolucionaria de toda la sociedad es el objeto de los capítulos que siguen.

9. La Revolución de Julio y la emergencia de la conciencia de clase

En 1830 las corporaciones obreras estaban bien atrincheradas en las ciudades de toda Francia con un conjunto propio de convenciones, costumbres, ritos y fórmulas para la conducción cotidiana de sus asuntos —lo que he denominado «lenguaje corporativo»—. Procede de los usos de las corporaciones del Antiguo Régimen y elaborado en oposición a las exigencias de los maestros y al individualismo posesivo impuesto por el estado, este lenguaje corporativo expresaba e informaba las aspiraciones obreras de una comunidad moral del oficio. Además, mientras los patronos solían rechazar las reivindicaciones corporativas e insistían en sus derechos como propietarios, la mayoría de ellos comprendía el lenguaje obrero y podía moverse dentro de sus supuestos si era preciso. Como se ha señalado, con mucha frecuencia negociaban acuerdos con los trabajadores que establecían limitaciones colectivas sobre los oficios. Dentro de los oficios urbanos, por tanto, el lenguaje corporativo no sólo enmarcaba los conflictos, sino también los acuerdos que los resolvían.

Pero si el lenguaje corporativo podía unir a los obreros de un oficio y a veces también a los maestros, resultaba impotente fuera del dominio de los oficios urbanos, las antiguas «artes mecánicas». Fue justamente en el desarrollo de un vocabulario corporativo donde los obreros encontraron su propia voz en los primeros años del siglo XIX, y aunque el lenguaje de los obreros se adaptaba admirablemente a las cuestiones internas de sus oficios, les negaba todo acceso al dominio del discurso público. Lo que para los obreros era una regulación en bien del oficio era una violación de la libertad de la industria a los ojos de la ley; lo que los obreros veían como una hermandad de ayuda mutua era una asociación ilegal a los ojos del estado. En el nuevo sistema establecido por la Revolución Francesa, la confesión

pública de fines corporativos era una invitación a la represión del estado. Así, resulta perfectamente comprensible que hasta 1830 las corporaciones obreras se contentaran con existir en la semipenumbra de la clandestinidad, como *compagnonnages* ilegales o como sociedades de ayuda mutua cuya forma y propósitos reales sólo se reflejaban vagamente en sus estatutos oficiales. Hasta las semanas que siguieron a la Revolución de 1830, cuando los trabajadores intentaron formular sus demandas públicamente, no fueron plenamente conscientes de las limitaciones de su lenguaje. Cuando esas demandas se presentaron ante el gobierno, éste despachó sumariamente a los obreros como si expresaran absurdos. Como los obreros descubrieron rápidamente, el lenguaje corporativo, tal como era en 1830, carecía de fuerza moral o incluso cognoscitiva en la esfera pública; si los obreros habían de presentar reivindicaciones públicas, habrían de hacerlo con un nuevo vocabulario.

LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Los esfuerzos de los obreros para expresarse en público de forma clara y decidida derivaban de su importante participación en la insurrección de Julio de 1830. Las masas que llenaron las calles de París, construyeron las barricadas y lucharon contra las tropas monárquicas al grito de «*Vive la Liberté!*» se componían fundamentalmente de obreros, sobre todo de los oficios urbanos¹. El éxito de la insurrección forzó al rey Borbón, Carlos X, a huir a Inglaterra; fue sustituido por Luis Felipe, cabeza de la dinastía orleanista rival, que inmediatamente inició diversas reformas liberales —limitando los poderes arbitrarios del monarca, rebajando un poco la exigencia de propiedad para el sufragio, incrementando los poderes del legislativo elegido y garantizando las libertades individuales y la libertad de prensa²—. En los días que siguieron a la insurrección, la prensa y los líderes políticos

¹ Según las cifras de David H. Pinkney sobre los casi mil quinientos hombres que murieron o fueron heridos durante la insurrección, más del 80 por 100 eran trabajadores manuales, y la mayoría de ellos trabajaba en los oficios urbanos. «The Crowd in the French Revolution of 1830», en *American Historical Review*, 70 (octubre de 1964): 3-4. Los cálculos de Edgar Leon Newman confirman el cuadro. «What the Crowd Wanted in the French Revolution of 1830», en Merriman, John M. (ed.), *1830 in France*, Nueva York, 1975, págs. 33-4.

² La mejor historia reciente de la Revolución de Julio es Pinkney, David H., *The French Revolution of 1830*, Princeton, 1972. Vid. también Blanc, Louis, *Histoire de dix ans, 1830-1840* (4.ª ed.), 5 vols., Bruselas, 1845. Para una espléndida colección de trabajos recientes sobre la revolución, vid. Merriman, *1830 in France*.

del nuevo régimen estaban llenos de elogios a la valentía y el patriotismo de los obreros de París. Animados por este reconocimiento público de su papel esencial en la revolución, los obreros de París sentían que podían exponer legítima y públicamente las demandas que hasta entonces habían perseguido silenciosamente dentro de los límites de sus oficios. En agosto y septiembre de 1830 muchos oficios se manifestaron en la calle o enviaron representantes al gobierno, reclamando la prohibición de las máquinas, la elevación de salarios, el establecimiento de tarifas uniformes, el acortamiento de la jornada, etc.³. Aunque los obreros de París se habían unido al grito de «*Vive la Liberté!*» durante la insurrección, pronto resultó claro que su concepción de la libertad estaba enfrentada a la del gobierno.

La respuesta del nuevo gobierno liberal a esas reivindicaciones fue una mezcla de sobresalto, incompreensión y duros reproches paternalistas. Cuando, por ejemplo, los albañiles parisienses apelaron al prefecto del Sena (el *département* administrativo en el que se encontraba París), pidiéndole que prohibiera el trabajo a destajo y limitara las horas en su industria, respondió con una proclama reprendiéndoles por su propósito *irréléché*, que caracterizaba como impropio «de su conducta pasada y su lealtad inveterada». Continuaba, «habían olvidado por un momento todos los principios por los que habían luchado y que algunos de ellos habían sellado con su sangre... Habían perdido de vista que la libertad de trabajo (*liberté du travail*) no es menos sagrada que todas nuestras otras libertades»⁴. Otra proclama, ésta del prefecto de policía (el liberal bien conocido Girod de l'Ain), advertía a los obreros que sus manifestaciones se considerarían en adelante como delitos contra el orden público y que los obreros se arriesgaban a ser procesados por un delito penal de asociación ilegal.

Si, fieles a los sentimientos que animan a la heroica población de París, no cometen actos de violencia, sus asambleas, relativamente tumultuosas, son ellas mismas un grave desorden... Si los obreros de París tienen reivindicaciones bien fundadas que presentar, deben presentarse de manera individual y en forma regular a las autoridades competentes... Toda demanda que se nos dirija pidiéndonos que interpongamos entre patrono y obrero sobre la fijación de los salarios, o la duración de la jornada de trabajo, o la elección de los obreros, no puede admitirse, puesto que está en oposición a las leyes que han consagrado el principio de la libertad de industria⁵.

³ Newman, «What the Crowd Wanted», págs. 23-71; Festy, *Le Mouvement ouvrier*, págs. 27-46.

⁴ Citado en Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 61.

⁵ Ordenanza de 25 de agosto de 1830, citada en *ibid.*, pág. 44.

Estas dos proclamas oficiales afirmaban inequívocamente la interpretación gubernamental de la libertad. La libertad era un atributo de los individuos y las asambleas de masas o las manifestaciones, incluso pacíficas, eran un «grave desorden». Esas manifestaciones hacían peticiones en favor del conjunto de los obreros de un oficio, cuando el estado reconocía sólo a ciudadanos individuales. Sólo si las reivindicaciones se presentaban *individualmente* a las autoridades competentes podrían considerarse. E incluso entonces, el tipo de exigencias que se hacían eran totalmente inaceptables, porque la imposición de regulaciones colectivas negaría a los individuos su libertad sagrada para ejercer su industria como les pareciera. «Libertad de trabajo» o «libertad de industria» eran inseparables de todas las otras libertades consagradas por la Revolución de Julio; infringirlas sería traicionar los mismos principios que los obreros de París habían «sellado con su sangre» hacía tan poco tiempo.

Para las autoridades liberales del nuevo régimen, las acciones y las demandas de los obreros no sólo eran inaceptables, sino totalmente irracionales e incoherentes. Esto ayuda a explicar el tono condescendiente de esas proclamas. Si los «sentimientos» de los obreros eran «heroicos» y su «lealtad» «inveterada», sus actos eran «*irréfléchies*» —irreflexivos, literalmente «sin reflexión». Más como niños que como adultos racionales, «olvidaban» o «perdían de vista» sus principios y perpetraban «graves desórdenes» a pesar de sus buenas intenciones. De aquí que sus superiores más racionales tuvieran que recordarles sus obligaciones. Y si las reprimendas paternas resultaban insuficientes, los obreros se verían sometidos por el palo —procesamiento penal—. Así, cuando los obreros impresores rompían las prensas mecánicas que quitaban trabajo, gritando «*Vive la Liberté!*», o cuando sostenían que las prensas mecánicas «sólo [sirven] a los intereses de unos pocos individuos y son contrarias a la verdadera libertad», a esas demostraciones de irracionalidad patente sólo podía responderse con la fuerza; por tanto, los dirigentes de los impresores fueron detenidos y llevados a juicio por coalición ilegal⁶.

La respuesta inflexible de las autoridades logró pronto el resultado deseado. La gran corriente de manifestaciones de agosto y septiembre se redujo a un hilillo en octubre y noviembre y cesó completamente en diciembre. En parte se debía a que el paro, ya elevado antes de la Revolución de Julio, había crecido todavía más como resultado de la incertidumbre política. En un período de fuerte paro y floja demanda, la única esperanza de los trabajadores estaba en la in-

⁶ Newman, «What the Crowd Wanted», pág. 20.

tervención gubernamental; una vez que esa posibilidad se desvaneció, las huelgas contra los patronos tenían pocas posibilidades de éxito. La agitación obrera que siguió a la Revolución de Julio fue intensa, pero muy breve⁷. Sin embargo, la actitud represiva y la incompreensión de las autoridades del nuevo régimen tuvieron también otro resultado que no habían previsto: el intento de unos pocos obreros militantes y organizados de reformular y expresar de modo más enérgico el punto de vista de los obreros. Esto puede verse mejor en la fundación de tres periódicos escritos y editados exclusivamente por trabajadores, todos los cuales aparecieron a fines de septiembre de 1830: *L'Artisan, journal de la classe ouvrière* (El Artesano, diario de la clase obrera), *Le Journal des ouvriers* (El diario de los obreros) y *Le Peuple, journal général des ouvriers, rédigé par eux-mêmes* (El pueblo, diario general de los obreros, redactado por ellos mismos)⁸.

Como los obreros impresores que fundaron *L'Artisan* exponían claramente en su presentación, los acontecimientos desde la Revolución de Julio habían demostrado la necesidad de una voz independiente, de la clase obrera.

Sin una tribuna donde puedan exponer sus quejas y reivindicaciones, ¿cómo pueden los obreros hacerse comprender por el gobierno? Y para que no se diga que es una razón de poca entidad, la experiencia viene a respaldarlo. No se habría visto a la sexta cámara del tribunal de policía, reunida el 14 de septiembre, juzgar lo que se llamaba pomposamente la *coalición* de los obreros [es una referencia al juicio de los impresores], si la publicidad hubiera sido real, imparcial; y es culpa del periodismo que el ministerio público se equivocara en este asunto, que se privara a dieciocho obreros de su libertad.

¿Quién puede levantar esta tribuna para la clase obrera, si no hombres salidos de su propio medio? Hemos tenido diarios para uso de los obreros; pero nos han hablado en un lenguaje extraño, porque estaban hechos por hombres que no sabían nada de nuestras necesidades⁹.

Obreros y periodistas burgueses, indican esas últimas líneas, habían venido hablando lenguajes diferentes y viviendo en mundos diferentes. Sólo estableciendo un periódico escrito y editado por obreros

⁷ Sobre la crisis económica de 1830, vid. Labrousse, «1848, 1830, 1789: Comment naissent les révolutions?», en *Actes du congrès historique du centenaire de la révolution de 1848*, París, 1948. Sobre la cronología de la agitación obrera y su relación con el desempleo, vid. Faure, «Mouvement populaire et mouvement ouvrier», págs. 52-7.

⁸ Estos periódicos se fundaron el 22 de septiembre, el 19 de septiembre y el 30 de septiembre, respectivamente. Vid. Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 65.

⁹ *L'Artisan*, 22 de septiembre de 1830. La mayor parte de la presentación está publicada en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 214-8.

podía presentarse al gobierno y al público un punto de vista auténtico de la clase obrera.

Pero *L'Artisan* no se dedicaba a presentar y explicar las demandas y necesidades de los obreros parisienses —de hecho, hablaba en contra de la demanda de los impresores de que no se permitieran las prensas mecánicas debido a que era equivocado «impedir algo a una industria»¹⁰. Se interesaba en un problema previo: cómo establecer a los obreros como actores y hablantes legítimos en la escena pública. El lenguaje que utilizaban para ese fin nos dice mucho de los problemas teóricos y prácticos a que se enfrentaron los obreros después de la Revolución de Julio.

La clase más numerosa y más útil de la sociedad es, sin duda, la clase de los obreros. Sin ella el capital no tiene valor, sin ella no hay máquinas ni industria ni comercio... Algunos periodistas encerrados en su aristocracia pequeño-burguesa insisten en no ver en la clase obrera otra cosa que máquinas que producen sólo para sus necesidades... Pero no estamos ya en la época en que los obreros eran siervos, en que un patrono podía vender o matar a su gusto; no estamos ya en esa época no demasiado distante en que nuestra clase sólo contaba en la sociedad como el brazo del cuerpo social. Tres días han bastado para cambiar nuestra función en la economía de la sociedad, y somos ahora la parte principal de esa sociedad, el estómago, que difunde la vida entre las clases superiores, devueltas ahora a su verdadera función de sirvientes.

Cesa entonces, oh noble burgués, de echarnos de tu corazón, porque somos hombres y no máquinas. Nuestra industria, que has explotado tanto tiempo, nos pertenece tanto como a ti, y la iluminación de la instrucción, la sangre que hemos vertido por la libertad nos ha dado los medios y el derecho para liberarnos para siempre de la servidumbre en que nos mantienes¹¹.

Éste es un texto apasionado, complejo y en ocasiones enigmático. Es, por un lado, una súplica conmovedora a la burguesía en favor del reconocimiento de los obreros como «hombres y no máquinas». Pero esta súplica está teñida con una cólera y un resentimiento encendidos y cubierta por una amenaza implícita de violencia. La burguesía, entendiendo el folleto, prefiere concebir a los obreros como siervos a quienes puede vender o matar a su gusto o como simples máquinas «que producen sólo para sus necesidades». Y aun implorando por el reconocimiento, los autores recuerdan al lector que los obreros ya han de-

¹⁰ *L'Artisan*, 22 de septiembre de 1830.

¹¹ *Ibid.*

ramado su sangre en favor de la libertad y advierten que «tres días» —referencia a la insurrección de tres días de Julio— «han bastado para cambiar nuestra función en la economía de la sociedad». Si la burguesía no es capaz de reconocer esta nueva función, ¿no tendrían los obreros justificación para tomar las calles de nuevo «para liberarnos para siempre de la servidumbre en que nos mantienes»? *L'Artisan* parece oscilar entre un respeto deferente por los burgueses como líderes naturales de los obreros y el odio como implacables enemigos de clase, entre una llamada a su sentido de la justicia y una amenaza de guerra civil. Esta tensión está presente casi en cada línea; incluso la súplica «Cesa entonces... de echarnos de vuestro corazón» está puntuada por la gota sarcástica de «oh noble burgués».

Un sentido similar de tensión y equilibrio inestable lo da el ambiguo y más bien desafortunado uso que hace *L'Artisan* de la metáfora del cuerpo. Normalmente las metáforas del cuerpo implican jerarquía y los editores de *L'Artisan* provocan ese resultado cuando hablan de los obreros como «la parte principal» del cuerpo social. Pero inmediatamente se pone en duda esta reivindicación cuando los obreros se identifican con el estómago, puesto que convencionalmente es la cabeza más que el estómago la considerada parte principal del cuerpo. Y cuando se refiere a los alimentados por el estómago como «las clases superiores», es difícil resistirse a concebirlos en su habitual papel de cabeza. El lector está ya completamente confundido, y la frase siguiente, afirmando que las clases superiores han vuelto a sus verdaderas funciones como sirvientes, sólo incrementa la confusión —complica la metáfora—. La impresión final es que los autores son incapaces de articular una visión plenamente coherente de las adecuadas relaciones entre obreros y las (primitivas) «clases superiores». Aquí, la ambivalencia del texto refleja de forma exacta la posición en que se encontraban los autores en septiembre de 1830. Situados de forma repentina y sin preparación en la escena pública, inexplicablemente traicionados por los liberales que habían parecido ser sus aliados durante la Revolución de Julio, hasta los obreros más organizados y evolucionados encontraron difícil orientarse inicialmente.

Pero no debe permitirse que un reconocimiento de esas tensiones y confusiones oscurezca el rasgo más fuerte y en última instancia más elocuente del texto: su adaptación creativa de la retórica de la Revolución Francesa. Incluso la metáfora del cuerpo sólo se introduce como un elemento accesorio de la argumentación principal, que se proyecta en una forma revolucionaria conocida. Al igual que el abate Sieyès empezaba *¿Qué es el Tercer Estado?* demostrando que el Tercer Es-

tado realizaba todos los trabajos útiles de la sociedad, *L'Artisan* empieza estableciendo la primacía de la clase obrera: los obreros son «la clase más útil de la sociedad», la fuente de toda industria y comercio —en suma, de toda riqueza—. La consecuencia es que los obreros, como productores de toda riqueza, son de hecho el pueblo soberano, mientras la burguesía es una nueva aristocracia separada de la nación por sus privilegios. De hecho, esta conclusión no se extrae explícitamente de la introducción, aunque la pretensión de que los trabajadores son mantenidos en la servidumbre y las acusaciones irónicas a la burguesía de aristocracia —«aristocracia pequeño-burguesa», «oh noble burgués»— indican que no está lejos del pensamiento de los autores. Y en el apartado inmediato, *L'Artisan* declaraba: «Creemos que el pueblo no es otra cosa que la clase obrera»¹². Esta fuerte dependencia de la retórica revolucionaria no era en absoluto exclusiva de *L'Artisan*. El argumento de que el trabajo era la fuente de toda riqueza y que los trabajadores eran, por tanto, «el pueblo», las atribuciones incesantes de «aristocracia» y «tiranía» a la burguesía y al gobierno, la omnipresente reivindicación de que los obreros eran mantenidos en situación de servidumbre, con la secuela de una futura emancipación, todos estos artefactos político-literarios revolucionarios se convirtieron en tópicos del discurso obrero en la década de 1830¹³.

La relación de los obreros con el lenguaje revolucionario es en cierto aspecto paradójica. Al fin y al cabo, se habían visto empujados a desarrollar su voz pública propia por sus desafortunados encuentros con las autoridades del nuevo régimen. En esos encuentros, la falta de voluntad y la incapacidad de las autoridades para escuchar a los obreros se habían basado en la firme adhesión a un principio central de la Revolución, el de que creían que los obreros ignoraban la libertad individual. Sin embargo, en vez de intentar construir una retórica alternativa, corporativa o colectivista, los obreros preferían basar sus reivindicaciones en la retórica de la Revolución. Lo hacían pese a que esa retórica, tal como era en 1830, hacía prácticamente imposible presentar su acariciada reivindicación de la regulación colectiva de sus oficios. Pero la retórica revolucionaria ofrecía a los obreros algo mucho más importante: les avalaba como actores legítimos en la escena pública y les dotaba del poder de una lengua omnicomprensiva. Sólo como pueblo soberano, cuya utilidad suprema como productores de toda riqueza subyacía al patriotismo supremo que habían demostrado

¹² *L'Artisan*, 26 de septiembre de 1830.

¹³ Vid., v. gr., las selecciones en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 48-104, 155-67.

en la insurrección de Julio, podían reclamar la atención del gobierno y las clases gobernantes. Los editores de *L'Artisan*, y legiones de obreros tras ellos, lo comprendían perfectamente.

El empleo por los obreros del lenguaje revolucionario no era simple cuestión de repetir frases de un repertorio familiar. Utilizada en un nuevo contexto, la retórica revolucionaria transformaba su significado de forma sutil pero elocuente. Un ejemplo expresivo era la aplicación, por parte de *L'Artisan* y de otros muchísimos trabajadores, del lenguaje de aristocracia y servidumbre a las relaciones entre obreros y burgueses. Se utilizaba una venerable oposición de la retórica revolucionaria para situar las relaciones burgués-obrero en una nueva trama formal y presentar como tiranos privilegiados precisamente a quienes habían exaltado como propietarios-ciudadanos las reformas legales y políticas de la Revolución. Otro ejemplo de esa transformación era la reivindicación de *L'Artisan* de que «nuestra industria, que habéis explotado durante tanto tiempo, nos pertenece sólo a nosotros». Al reclamar la propiedad del trabajo, los obreros recurrían a un tema revolucionario habitual: en el discurso revolucionario, la propiedad de los hombres sobre su propio trabajo era la fuente de toda propiedad. Pero *L'Artisan* da la vuelta al discurso revolucionario, invocando la propiedad de los hombres sobre el trabajo como argumento *contra* las pretensiones de quienes tienen propiedad, que se presenta como trabajo «explotado».

Este uso peyorativo de «explotación», que era todavía nuevo en 1830, refuerza las transformaciones de *L'Artisan* de la retórica revolucionaria. El uso normal de «explotación» a comienzos del siglo XIX era totalmente neutro en el aspecto moral; significaba la utilización productiva de un recurso, como la explotación de una mina o una parcela de tierra. Hablar de la «explotación» del trabajo era, por tanto, hablar irónicamente, suponer que el trabajo de un ser humano se trataba como si fuera un recurso no-humano. En vez del oprobio moral generalizado que el término tiene ahora —el de egoísmo, injusticia o dureza—, «explotación» tenía un significado muy específico en 1830: tratar a los trabajadores como «factores de producción» deshumanizados. Como lo expresa *L'Artisan* en un apartado posterior, el trabajo del obrero «se convierte en manos del patrono en una tierra que cultiva, una máquina que explota»¹⁴. De esta forma, acusar al «noble burgués» de explotar el trabajo tiene el mismo sentido que la declaración indignada de que «somos también hombres y no máquinas». Ambas acusaciones reprochan a la burguesía no ser capaz de recono-

¹⁴ *L'Artisan*, 26 de septiembre de 1830.

cer la humanidad de los obreros. De la misma forma que el Tercer Estado tenía que arrebatarse sus «derechos como hombres y ciudadanos» a la aristocracia, los obreros tenían que obtener su humanidad de una nueva aristocracia burguesa, que les mantenía en una forma de servidumbre propia del siglo XIX. Para hacer esto, los obreros debían reivindicar su trabajo como su propiedad. De otra forma, se verían reducidos a meros factores de la producción, convirtiéndose en propiedad de sus patronos. Al combinar el concepto de explotación con la reivindicación de la propiedad del trabajo y la acusación de comportamiento aristocrático de la burguesía, *L'Artisan* conseguía refundir la retórica de la Revolución en una forma específica de la clase obrera. El lenguaje y la retórica revolucionarios no sólo dotaban a los obreros del poder de una lengua pública. Les proporcionaban también el poder para redefinir el mundo moral y social.

EL LENGUAJE DE LA ASOCIACIÓN

La retórica revolucionaria del tipo representado por *L'Artisan* se imitó una y otra vez en los escritos obreros de comienzos de la década de 1830 y acabó elaborándose mucho más y de forma mucho más explícita. Pero la evolución más importante del lenguaje revolucionario en esos años se centró en el término «asociación». Si el atractivo de la jerga revolucionaria para los obreros era su legitimación rotunda del trabajo como fundamento de la sociedad, su gran deficiencia era un individualismo persistente que casaba mal con el universo moral colectivo y corporativo de los oficios urbanos. La sociedad, según el esquema revolucionario, estaba compuesta de ciudadanos individuales libres, no de cuerpos supra-personales corporativos, y los intentos de imponer obligaciones colectivas a un oficio se convertían en infracción a la libertad de los ciudadanos individuales. Era la idea de asociación la que ofrecía a los obreros una salida de ese vínculo. La libertad de asociarse con otros era un componente clásico de la libertad, junto con la libertad de conciencia, de expresión, de industria, de creencias religiosas, de prensa, etc. La libertad de asociación nunca se había destacado en la Revolución Francesa —algo nada sorprendente, dado el gran esfuerzo de la Revolución para suprimir los innumerables cuerpos entre el individuo y la nación bajo el Antiguo Régimen—. Pero el principio de libertad de asociación era, sin embargo, una parte inseparable de la *liberté* proclamada en 1789 y revivida de forma tan destacada en la Revolución de 1830. Fue al desa-

rollar la idea de asociación —es decir, la unión voluntaria de los individuos en una «sociedad»— como los trabajadores acabaron de poner en consonancia con la tradición revolucionaria sus organizaciones corporativas y sus proyectos de regulación colectiva.

A comienzos de la década de 1830, el lenguaje asociativo se elaboraba en dos direcciones diferentes. Una de ellas la anticipó *L'Artisan*. Ya el 17 de octubre de 1830 *L'Artisan* proponía un nuevo tipo de organización a los obreros impresores parisienses que luchaban contra la introducción de prensas mecánicas en los talleres de impresión. Era inútil, sostenía *L'Artisan*, construir «una especie de asociación para mantener los precios e impedir la formación de aprendices». En su lugar,

puesto que habéis sido expulsados de vuestros talleres por las máquinas, dejad de ser trabajadores y convertíos en maestros por derecho propio... Actuando de forma individual al obrero le resulta imposible ejercer la industria que profesa. ¿Pero quién puede impedir que nos unamos a un centenar de obreros, y apartando de nuestro sueldo cotidiano una pequeña cantidad que no pueda afectar a nuestras necesidades, formemos un capital suficiente para explotar nuestra industria nosotros mismos?

Si un gran número de obreros se asociara y contribuyera con unos pocos francos a la semana, podría amasar rápidamente el capital suficiente para convertirse en copropietarios de su propio taller de impresión¹⁵. Al utilizar el principio de asociación, los obreros podían vencer la tiranía de la propiedad privada y convertirse en poseedores asociados de empresas industriales.

No está claro cómo llegaron exactamente los editores de *L'Artisan* a esta idea de asociación de productores ni hasta qué punto estaba extendida la propuesta. Pero resulta claro que se propusieron gran variedad de proyectos de producción cooperativa a comienzos de la década de 1830. Una fuente de esta idea de asociación eran los escritos de Saint-Simon y Fourier y de sus discípulos. Saint-Simon y en especial Fourier defendían la «asociación» como un antídoto al gran azote de la época —la competencia—. Pero para ambos, la organización cooperativa de la producción era un mero aspecto de un vasto proyecto utópico de reorganización total de la sociedad humana. Para Saint-Simon, la organización de la producción no podía separarse de una reestructuración de la actividad científica y artística ni, en sus últimas obras, de la creación de una nueva base religiosa para el orden social.

¹⁵ *Ibid.*, 14 de octubre de 1830.

Y para Fourier, el «falansterio», que introduciría una nueva organización de la producción, era también una comunidad totalmente reestructurada y omnicomprensiva cuyo propósito guía era armonizar y realzar las pasiones¹⁶.

Los discípulos de estos brillantes pero proteicos pensadores tendían a hacer girar sus proyectos en una dirección más práctica, y algunos de ellos insistían en la necesidad de reorganizar la producción para superar los efectos anárquicos de la competencia. Pero incluso entonces, su propaganda tenía un aire utópico y grandioso, y de manera invariable incluía un gusto por la jerarquía que no estaba pensado para atraer a los lectores de la clase obrera. Así, el periódico saint-simoniano, *Le Globe*, declaraba en octubre de 1830:

Que todos los instrumentos de trabajo, tierra y capital, que hoy forman los fondos divididos de las propiedades particulares, se unan en un fondo social, que este fondo se explote mediante asociación y de forma jerárquica, de manera que la tarea de cada uno sea expresión de su capacidad, y su riqueza la medida de su trabajo¹⁷.

La propaganda de este tipo pudo atraer la atención de los obreros hacia la idea de asociaciones de productores. Pero la forma saint-simoniana o fourierista de asociación era demasiado poco práctica y demasiado jerárquica para ser adoptada sin modificaciones importantes.

La elaboración de una concepción más práctica e igualitaria de la asociación fue obra sobre todo de Philippe Buchez. Antiguo saint-simonista, Buchez dio una serie de conferencias en el otoño de 1830 que atrajeron una considerable audiencia obrera. Las discusiones posteriores con algunos de esos obreros debieron tener una influencia importante en el pensamiento de Buchez, y en el otoño de 1831 sus proyectos de asociación obrera se habían transformado radicalmente —de un plan inicial de sociedades de seguro mutuo a un plan de cooperativas de productores¹⁸—. Cuando publicó su primer opúsculo sobre las asociaciones en su periódico, *L'Européan*, en diciembre de 1831, rendía tributo a sus colaboradores de la clase obrera. «Este

¹⁶ Los escritos sobre Saint-Simon y Fourier son interminables. Para una guía perspicaz y un buen análisis de su pensamiento, vid. Manuel, *The Prophets of Paris*. Hay selecciones adecuadas en inglés de su obra en Markhan, Felix (ed.), Henri de Saint-Simon, *Social Organization, the Science of Man and Other Writings*, Oxford, 1952, y Poster, Mark (ed.), *Harmonian Man. Selected Writings of Charles Fourier*, Garden City, Nueva York, 1971.

¹⁷ Citado en Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 85.

¹⁸ Un análisis excelente de los cambios en las ideas de Buchez durante este período en Cuvillier, *Buchez et les origines du socialisme*, págs. 41-2.

modo de asociación se ha presentado a los obreros», observaba, y muchos «han dado la bienvenida con entusiasmo al proyecto».

Hemos charlado con esos hombres con sus delantales y calzados pesados, con su expresión ruda, su lenguaje sencillo, sobre cosas que sin duda habrían resultado ininteligibles para muchos hombres de los salones. Más aún, hemos recibido memorias de algunos, escritas en mal francés, para decir la verdad, pero llenas de ideas que harían la fortuna de un economista¹⁹.

La característica esencial de la doctrina de Buchez era el concepto de «capital social común». Este capital habría de formarse con las cuotas de los obreros asociados y había de ser «inalienable e insoluble». Había de pertenecer no a las personas que constituían la asociación, sino a la asociación misma; los miembros que se marcharan no tendrían derecho a su parte de capital, y los que muriesen no podrían traspasar su participación a sus herederos. La organización interna de la asociación habría de ser estrictamente democrática, y todos los asociados debían estar remunerados por igual. Esas asociaciones, en suma, serían colectivas y democráticas en espíritu y de duración ilimitada. Admitiendo nuevos miembros de forma continua y acumulando capital de los beneficios y de las cuotas regulares, sustituirían finalmente al sistema de producción individualista y competitivo. Las asociaciones de este tipo, sostenía Buchez, eran viables sobre todo en sectores «que necesitaban pocos instrumentos» y en los que la habilidad era el capital principal —en otras palabras, los oficios urbanos—. Sin embargo, no podía aplicarse fácilmente a los obreros fabriles; por el momento, la mejor solución para éstos era una tarifa obligatoria y una mejor organización de la producción²⁰. Desarrolladas inicialmente en contacto con los obreros parisienses, las propuestas de Buchez para la producción asociada pueden verse como una versión más formal, elaborada y plenamente meditada del esquema propuesto por *L'Artisan* un año antes. En Buchez, la idea de asociación de productores encontró un publicista de talento, y sus artículos sobre la asociación en *L'Européan* hicieron mucho por extender su popularidad, tanto entre los obreros como entre la oposición republicana a la Monarquía de Julio.

La idea de producción asociada se afirmaba sobre la ambigüedad del discurso liberal. Si los ciudadanos tenían derecho a asociarse libremente, podían utilizar ese derecho para crear organizaciones vo-

¹⁹ *Ibid.*, págs. 42-3.

²⁰ *Ibid.*, págs. 43-5.

luntarias destinadas a superar el individualismo egoísta y la anarquía del sistema liberal. De la misma forma que el código mercantil permitía la reunión de capital en *sociétés anonymes*, no podía impedir que los obreros unieran en un fondo su modesto capital en asociaciones de productores. Como lo expresa un tipógrafo en una carta a la *Tribune*, defendiendo una cooperativa de productores fundada por los sastres en 1833: «Los códigos legales... y el derecho consuetudinario ofrecen un campo a la asociación de todos los ciudadanos. Nosotros, asociados, deseamos utilizar la fuerza concedida por la ley a todos los ciudadanos para asegurarse mutuamente contra los desastres y a fundar empresas industriales»²¹. A través de medios puramente pacíficos y legales, los obreros podían sustituir la producción privada por la producción asociativa y de esa forma transformar la sociedad.

Los obreros explotaban también esa ambigüedad del discurso liberal elaborando el estilo de la asociación en otra dirección más inmediatamente práctica. Desde 1831 aproximadamente, los obreros de diversos oficios empezaron a refundir sus corporaciones como «asociaciones», con lo que las basaban retóricamente en los principios de libertad tan repetidamente proclamados como fundamento del nuevo régimen. En junio de 1831, por ejemplo, los sastres de París formaron una *Société philanthropique des ouvriers tailleurs* (Sociedad filantrópica de obreros sastres). Esta sociedad, que tenía los subsidios habituales de muerte y enfermedad, era similar en muchos aspectos a docenas de sociedades de ayuda mutua formadas bajo la Restauración. Pero había también diferencias importantes. En primer lugar, no estaba consagrada a un santo patrón. Como indicaba la expresión «sociedad filantrópica», sus vínculos de solidaridad eran seculares en vez de religiosos. Segundo, no buscaba la autorización de los representantes del estado. Bajo la libertad de asociación, tal como la entendían los obreros sastres, la tutela del estado no era ni necesaria ni deseable. Tercero, aunque muchas sociedades de ayuda mutua perseguían objetivos muy alejados de sus funciones oficiales, solían hacerlo en secreto; la Sociedad filantrópica de los obreros sastres, en contraste, declaraba abiertamente su intención de suministrar ayuda para los parados y «otros casos imprevistos», y establecía públicamente un «comité de vigilancia» para vigilar la contratación y arbitrar en caso de disputas entre patronos y obreros²².

La asociación de sastres de París no fue un ejemplo aislado. Los obreros de docenas de oficios formaron sociedades según este modelo

²¹ Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 89.

²² Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 78.

filantrópico, en París y en provincias en 1832 y 1833²³. Algunas se llamaban también sociedades filantrópicas, y otras adoptaban nombres análogos: sociedad del acuerdo perfecto, sociedad de la unión fraternal y filantrópica, hermanos unidos, sociedad de la amistad fraternal, asociación de hermanos de la concordia, etc.²⁴. El modelo filantrópico fue popular sobre todo en los oficios de sastrería y zapatería, donde se formaron sociedades en varias ciudades diferentes que establecieron una red de correspondencia²⁵. Como se observó en el capítulo 7, sastres y zapateros sufrían agudamente en esos años desde el violento ataque del sistema de confección —con todos los problemas aparejados de masificación, decadencia de la especialización y de las relaciones tradicionales de producción—. Esta experiencia inicial e intensa de deterioro de los niveles del sector fue seguramente un factor esencial de su impaciencia por adoptar nuevas formas de organización del trabajo a comienzos de la década de 1830.

Un rasgo característico del estilo «filantrópico» de las corporaciones obreras era su uso constante del término «fraternidad» y los derivados «fraternal» y «hermano». Como parte del famoso lema revolucionario «Libertad, Igualdad, Fraternidad», la palabra fraternidad tenía obvias resonancias revolucionarias. Pero era también parte del vocabulario corporativo tradicional. Servía así perfectamente para unir el lenguaje corporativo y revolucionario. Daba una respetabilidad revolucionaria al sentido tradicional de los oficios corporativos de solidaridad moral, y al mismo tiempo daba un contenido más específico al término revolucionario abstracto «Fraternidad». «Fraternidad», el término nunca acentuado de la trinidad revolucionaria en la versión liberal del lenguaje revolucionario, se convirtió en el dominante en la versión obrera. Fundamentalmente fue a través del vocabulario de la fraternidad como la solidaridad moral del lenguaje corporativo se trasladó al nuevo lenguaje obrero revolucionario de la asociación.

Aunque estas asociaciones obreras de comienzos de la década de 1830 diferían considerablemente de las sociedades de ayuda mutua de la Restauración, tenían una casi misteriosa semejanza con las sociedades obreras establecidas en París en los años que siguieron a 1789, como el Club tipográfico y filantrópico de impresores o la Unión fraternal de obreros del arte de carpintería, tratados en el capítulo 5. Esas sociedades fueron suprimidas tras la aprobación de la ley Le Chapelier en 1791. La repentina aparición en la década de 1830 de asocia-

²³ *Ibid.*, págs. 263-4.

²⁴ *Ibid.*, págs. 138, 254-6, 294.

²⁵ *Ibid.*, págs. 237, 248, 252-8, 399.

ciones obreras tan similares en su nomenclatura y en sus prácticas a las de comienzos de la década de 1790 podía sugerir la existencia de una tradición subterránea de ideas «filantrópicas» o «asociativas» de la clase obrera que en cierta medida se mantuvieron vivas en los años intermedios. Pero la reaparición de esas organizaciones no requiere una tradición subterránea continuada. Después de todo, la jerga de asociación filantrópica y unión fraternal estaba implícita en el lenguaje de la Revolución Francesa en su conjunto. Si el estado mismo se concebía como una *société*, una asociación formada por ciudadanos libres e iguales de la nación y unidos por vínculos de fraternidad, cabía esperar que cuando menos los ciudadanos intentaran formar asociaciones menores, más limitadas siguiendo las mismas líneas. Así, si los obreros formaron el mismo tipo de organizaciones en 1832 o 1833 que en 1790 o 1791, es porque la Revolución de 1830 devolvió un clima moral, político, constitucional y retórico similar al de 1789. En 1830, como en 1789, los obreros estaban ya organizados en corporaciones solidarias, luchando por imponer orden en sus oficios; con la vuelta del clima de 1789, los obreros intentaron de nuevo reconstruir sus corporaciones de forma coherente con una revolución liberal. De aquí que la corporación se convirtiera en una asociación libremente formada por quienes trabajaban en un oficio, y las reglas que proponía se convirtieran no en un asalto a la libertad de industria, sino en una expresión de las libres voluntades asociadas de los productores, exactamente como las leyes de una nación eran una expresión de la voluntad general. De esta forma, las reivindicaciones de regulaciones colectivas resultaban compatibles con cierta interpretación de la libertad.

EL MOVIMIENTO OBRERO

En los meses que siguieron a la Revolución de Julio, el lenguaje revolucionario se extendió y se reformuló para superar su tendencia individualista. A fines de 1831 se habían hecho ya las innovaciones conceptuales y lingüísticas cruciales. Pero sólo cuando estas nuevas formas de pensar y hablar sobre la asociación se convirtieron en una trama común para la acción de la clase obrera, el estilo de la asociación se consolidó, se unificó y se fijó definitivamente en el lenguaje y la conciencia de los obreros. La historia del lenguaje de la asociación es así inseparable de la historia de las luchas de las corporaciones obreras.

Como se observó anteriormente, la intensa agitación de la clase obrera parisiense en las semanas que siguieron a la Revolución de Julio fue brevísima. Los periódicos obreros que se fundaron con tanta confianza en septiembre de 1830 dejaron de publicarse antes de final del año, y el paro generalizado que siguió a la Revolución desanimó a los obreros para intentar huelgas contra los patronos. El año 1831 fue un punto bajo del movimiento obrero de París, y aunque hubo cierto incremento en 1832, sólo en 1833 la mejora económica provocó una importante reanimación de la actividad huelguística²⁶. Las acciones de los obreros del resto de Francia siguieron en general el mismo ritmo²⁷. La principal excepción a la tregua de 1831 y 1832 fue Lyon, donde una disputa de larga fermentación en la industria de la seda condujo a una revuelta a gran escala en noviembre de 1831, y los tejedores de la seda —o *canuts*, como se denominaban a sí mismos— alcanzaron el control total sobre la ciudad durante unos pocos días²⁸. Aunque los *canuts* victoriosos no tenían programa político y cedieron en seguida el poder de forma pacífica a las autoridades, su revuelta afectó y asombró a toda Europa y sirvió de inspiración a los obreros descontentos. Su lema, «*Vivre en travaillant ou mourir en combattant!*» («¡Vivir trabajando o morir combatiendo!»), parecía anunciar una nueva era de terribles conflictos sociales. Como señaló Louis Blanc, «Nunca se escribió en un estandarte un lema más desgarrado y aterrador en vísperas de un combate; mostraba que la insurrección de los infortunados obreros... era una auténtica rebelión de esclavos». Para Blanc, la causa de esta insurrección era evidente.

Fue la manifestación sangrienta de los vicios económicos del régimen industrial inaugurado en 1789; fue la revelación de toda la cobardía e hipocresía contenidas en la denominada libertad de transacción que deja a los pobres a merced de los ricos, y promete una fácil victoria a la codicia²⁹.

El primer ministro, Guizot, no compartía la valoración de Louis Blanc de las causas del levantamiento de Lyon, pero coincidía en su importancia ominosa.

²⁶ Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 52-8.

²⁷ Shorter y Tilly, *Strikes in France*, pág. 360.

²⁸ La historia de la insurrección se ha contado muchas veces. El trabajo definitivo es Rude, Fernand, *Le Mouvement ouvrier à Lyon de 1827 à 1832*, París, 1944; nueva edición, París, 1969. Para una excelente exposición breve en inglés, vid. Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, págs. 60-6.

²⁹ Blanc, *Histoire de dix ans*, 3: 60.

La Revolución de Julio sólo planteaba cuestiones políticas, sólo cuestiones de gobierno. La sociedad no estaba en absoluto amenazada por esas cuestiones. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? Se han planteado las cuestiones sociales. Los disturbios de Lyon las han suscitado... La disputa sobre la sociedad se ha unido a las cuestiones políticas, y hoy tenemos dificultad para construir un gobierno y defender una sociedad³⁰.

En la escena francesa y europea, el levantamiento de Lyon de 1831 vino a simbolizar y tipificar la angustia creciente y el problema desconcertante de la clase obrera en la sociedad moderna.

Del levantamiento de 1831 a las insurrecciones de abril de 1834 que marcaron el final de este período de agitación obrera, los *canuts* de Lyon fueron los mejor organizados, los más seguros de sí mismos y —a los ojos del gobierno— los obreros más peligrosos de Francia. Los *canuts* se organizaban en numerosas asociaciones, de las cuales con mucho, la más importante era la Sociedad de vigilancia e indicación mutua, conocida de forma habitual como Mutualismo³¹. Se mantuvieron activos durante los años de depresión general de 1831 y 1832, trabajando sin cesar para mantener el vigor de sus organizaciones y presionar a los comerciantes para que aceptaran una tarifa general. Un signo de esta intensa actividad fue una prensa obrera floreciente. Mientras los periódicos de los obreros parisienses fundados en el otoño de 1830 dejaron de publicarse a las pocas semanas, *L'Echo*

³⁰ Procedente del *Moniteur universel*, 22 de diciembre de 1831, citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 66.

³¹ El mutualismo, fundado en 1827, fue una organización no de oficiales, sino de pequeños maestros dependientes que eran la parte más importante de la mano de obra en la industria sedera del Lyonnais, y que, a comienzos de la década de 1830, se identificaron como *travailleurs*. Para una descripción de la industria de la seda, vid. Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, págs. 13-47. La asociación de oficiales, la *Société des Ferrandiers*, se formó en 1831. Generalmente cooperó con el mutualismo como una especie de miembro juvenil en la lucha común contra los grandes comerciantes capitalistas de la seda. La sociedad de maestros podía caracterizarse como una sociedad de ayuda mutua singularmente amplia y compleja —e ilegal—, con resonancias masónicas. En su ápice a comienzos de 1834 tenía unos tres mil miembros. La sociedad se dividía en logias de veinte miembros, con nombres como «Perseverancia» o «Inquebrantable» que enviaban sus representantes a un cuerpo de gobierno central. Como en la mayoría de las sociedades de ayuda mutua, había una especial preocupación por el entierro de los hermanos fallecidos. A los miembros que no acudían a los servicios fúnebres se les imponía una multa por cometer «un acto de ingratitud». La sociedad se interesaba por todos los aspectos de la industria de la seda; no sólo intentaba imponer una tarifa uniforme a los comerciantes, sino que establecía una competición anual para recompensar con un galón al hermano que daba el mejor consejo para mejorar la calidad del trabajo en la industria (págs. 101-4). Vid. también «Reglement du Mutuellisme», publicado como documento en Blanc, *Histoire de dix ans*, 4: 345-52.

de la *fabrique*, fundado por los mutualistas en vísperas del levantamiento de 1831, continuó publicándose semanalmente hasta que fue suprimido tras la insurrección de abril de 1834. Y en 1833 se le unió un segundo periódico, *L'Echo des travailleurs*³².

Pero si Lyon fue el indiscutible centro de la agitación obrera en 1831 y 1832, la mejora económica general de 1833 llevó consigo una gran oleada de huelgas y un incremento en la actividad organizativa en todo el país. El detallado estudio de Jean-Pierre Aguet de las huelgas bajo la Monarquía de Julio ha establecido un total de setenta y dos en 1833, más del cuádruple de las que había encontrado sumando las de 1831 y 1832. Sólo de septiembre a diciembre se produjeron al menos cincuenta y cuatro huelgas. Todas, excepto unas pocas, se dieron en los oficios urbanos, y aunque París y Lyon suponían más de la mitad del total, hubo también huelgas en la mayoría de las principales ciudades —Marsella, Ruán, Nantes, El Havre, Toulon, Dijon, Montpellier, Metz, Orléans, Le Mans, etc—. La serie de oficios afectados fue también amplísima —tejedores de la seda, carpinteros, fabricantes de tijeras, guarnicioneros³³—. Muchas de esas huelgas fueron emprendidas por organizaciones anteriores a la Revolución de Julio, aunque las sociedades filantrópicas de nuevo estilo estuvieron también activas, en particular en zapatería y sastrería. En esos dos oficios, las sociedades obreras habían establecido una red interurbana estrechamente unida. Sus organizaciones, habitualmente denominadas sociedades filantrópicas en el caso de los sastres y unión del perfecto acuerdo en el caso de los zapateros, tenían prácticamente idéntico estatus en diferentes ciudades y presentaban también el mismo tipo de reivindicaciones a sus maestros. Las huelgas en esas industrias, al menos, debieron planearse y coordinarse³⁴. La aparición de vínculos interurbanos entre huelguistas amplió la consternación de las autoridades ante esta oleada de huelgas, y el gobierno intervino frecuentemente para romper las huelgas deteniendo a los dirigentes por coalición³⁵.

Además de este gran estallido de agitación laboral, el gobierno tenía otro motivo de preocupación en el otoño de 1833: el republica-

³² Para una exposición fascinante del movimiento de obreros lioneses en esos años, vid. Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*. Sobre la prensa obrera, vid. sobre todo págs. 61, 112-8.

³³ Aguet, *Les Grèves*, págs. 1-125. Las cifras oficiales de procesamientos por coalición muestran un pico menos pronunciado en 1833, aunque 1833 sigue siendo con mucho el año más activo de toda la década de 1830 (pág. XXII). Vid. también Shorter y Tilly, *Strikes in France*, pág. 360.

³⁴ Aguet, *Les Grèves*, págs. 123-5; Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 237.

³⁵ Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 269.

nismo hacía importantes progresos entre los obreros, en particular en París. El principal agente de este avance republicano era la Sociedad de los derechos del hombre. Originalmente una pequeña pero activa secta republicana, la sociedad empezó a reclutar miembros de la clase obrera en 1832; en el otoño de 1833, los obreros constituían probablemente una mayoría del total de sus miembros, al menos en París³⁶. Esta afluencia de obreros a la sociedad indica tanto una creciente conciencia política de parte de los obreros como un cambio en el pensamiento y propaganda de algunos republicanos, que pasaron de las preocupaciones puramente políticas en los primeros meses que siguieron a la Revolución de Julio a una conciencia creciente de las cuestiones sociales y económicas. Los republicanos encontraban también un terreno común con los trabajadores en la cuestión de la asociación. Al fin y al cabo, la existencia de las sociedades republicanas dependía de la buena voluntad del gobierno para aceptar su derecho de asociación. El resultado era una confluencia de intereses, ideas y actividades que unían a los republicanos parisienses más radicales con los obreros parisienses más militantes, creando lo que Alain Faure ha llamado la «república obrera de 1833»³⁷.

A medida que la Sociedad de los derechos del hombre llegó a estar constituida fundamentalmente por obreros, sus actividades empezaron a reflejar las preocupaciones obreras con mayor claridad. En el otoño de 1833, varias de las «secciones» que constituían el grupo parisiense se convirtieron simplemente en corporaciones de obreros republicanzados. Los obreros formaban secciones propias organizadas por oficio, instituían ayudas mutuas para los *sectionnaires* enfermos y parados y trataban cuestiones como la contratación y el establecimiento de tarifas en sus oficios. Se sabe que obreros de la sociedad desempeñaron papeles dirigentes en varias huelgas en el otoño de 1833 —las de los sastres, ebanistas, zapateros, guanteros, panaderos y tipógrafos de París— y pudieron estar implicados en algunas más. El comité central de la sociedad, lejos de oponerse a esta evolución, adoptó oficialmente el principio de secciones homogéneas por oficio en enero de 1834 e incluso intentó establecerlas allí donde no se habían formado espontáneamente. La sociedad publicó también dos panfletos escritos por militantes obreros que urgían la necesidad de las asociaciones obreras y la reforma política: *De la asociación de obreros de*

³⁶ Alain Faure ha analizado una lista de unos 685 miembros, que representan entre un quinto y dos quintos del total de los miembros de París. Se elaboró en enero de 1834 y fue cogida por la policía. Tres cuartas partes de los miembros de esta lista eran obreros. Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 79-81.

³⁷ *Ibid.*, pág. 85.

todos los oficios, por el zapatero Efrahem, y *Reflexiones de un obrero sastre sobre el nivel de salarios, las relaciones ahora establecidas entre patronos y obreros, y la necesidad de las asociaciones obreras como medio de mejorar su condición*, por Grignon³⁸. Aunque el comité central estaba todavía dominado por burgueses radicales, la Sociedad de los derechos del hombre se había convertido, en el otoño de 1833, en asociación de trabajadores casi tanto como asociación republicana³⁹.

En esta confluencia de agitación corporativa y republicana en el otoño de 1833 los obreros parisienses transformaron el lenguaje de asociación en una trama coherente para la acción colectiva. La importancia de la Sociedad de derechos del hombre en esta evolución no puede subestimarse. El respaldo organizativo y la cooperación intelectual de los jóvenes radicales que dirigían la sociedad fue muy beneficiosa no sólo para militantes de la clase obrera tan destacados como Efrahem y Grignon, sino para otros muchos que trabajaban de forma más anónima para organizar sus oficios, presionar a los patronos y extender el evangelio combinado de la asociación y la república. Sin embargo, eso no significa que el discurso de los obreros derivara o «goteara» del discurso de los republicanos burgueses. Por el contrario, los temas esenciales del discurso obrero en el otoño de 1833 se habían establecido mucho antes de que empezara una fuerte afluencia de obreros a la Sociedad. Sería tan exacto decir que las ideas clave y los temas del discurso obrero —el mal de la competencia, el derecho de los obreros a la propiedad de su trabajo, la identificación de los burgueses como explotadores aristocráticos, la necesidad de la asociación— rezumaban hacia arriba, hacia algún burgués radical cuyos contactos con los obreros le hacían repensar y modificar su primitivo republicanismo puramente político. Esta autonomía del discurso de los obreros resulta especialmente clara en el caso de Lyon. Allí los republicanos eran débiles y estaban divididos y la Sociedad de los derechos del hombre, establecida sólo en octubre de 1833, nunca tuvo un gran número de seguidores de la clase obrera⁴⁰. Sin embargo, el discurso obrero en Lyon, en sus periódicos y en los manifiestos de sus asociaciones, destacaba los mismos temas que los de los obreros abiertamente republicanos de la Sociedad de derechos del hombre de París —y en general lo hacía de forma anticipada respecto a los parisienses.

³⁸ Ambos reeditados en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 74-81, 159-68.

³⁹ Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 85-7.

⁴⁰ Para un excelente análisis del republicanismo en Lyon, vid. Bezucha, *Lyon Upri-sing of 1834*, págs. 73-95.

El término central en el discurso —y en la práctica— de los obreros en 1833 era la «asociación». Tal como lo usaban los obreros en 1833, podía referirse a tres cosas muy diferentes. Primero, y más importante, se refería a las corporaciones obreras: asociaciones formadas para superar el aislamiento y la competencia instituyendo prácticas de solidaridad y estableciendo controles sobre el oficio. Para construir una «asociación», nos dice el zapatero republicano Efrahem: «Los obreros de un *état* deben formar un cuerpo entre ellos; deben elegir de esa sociedad una comisión encargada de representarlos en los debates con los patronos, para fijar los salarios según tarifas discutidas y decretadas por sus miembros»⁴¹. Como indica esta breve cita, los objetivos de esas asociaciones tenían mucho en común con los objetivos de las corporaciones obreras del Imperio o la Restauración, pero se hablaba ahora de ellas y se justificaban en un lenguaje que mezclaba términos corporativos y asociativos. La «asociación» descrita por Efrahem en esta cita se concibe como un «cuerpo», formado por los obreros de un *état*, y se refiere después a ella como una «sociedad». Tampoco el uso de Efrahem es en absoluto inhabitual. «Corporación» se utilizaba de forma regular para referirse a las organizaciones conocidas, como la Sociedad filantrópica, la Sociedad de amistad fraternal, etc.⁴². «Corporación», «sociedad», y «asociación» se habían convertido en términos equivalentes o, para expresarlo de otra forma, las corporaciones llegaron a concebirse como asociaciones libres unidas por amistad fraternal y filantrópica. Cuando miles de obreros empezaron a hablar de esa forma en 1833, la tradición corporativa se había asimilado definitivamente a la retórica republicana, y la tradición republicana recibía un nuevo giro corporativo. Sólo en 1833 podía hablarse de forma inteligible de un obrero como de un «ciudadano de la corporación»⁴³.

El segundo significado de «asociación» en el discurso obrero de 1833 era el de «cooperativas de productores». En varias huelgas del otoño de 1833, los obreros establecieron talleres cooperativos que daban trabajo a los obreros parados e incrementaban la presión sobre los patronos para llegar a un acuerdo. Esas asociaciones de productores fueron adoptadas, por ejemplo, por sastres, fabricantes de marcos, zapateros y ebanistas de París, por zapateros y sastres de Marsella y por los zapateros de Lyon⁴⁴. La mayoría de esas asociaciones no se conce-

⁴¹ En Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 160.

⁴² Vid., v. gr., Festy, *Le Mouvement ouvrier*, págs. 77, 254.

⁴³ La cita procede de un pronunciamiento de una asociación de zapateros en París en el otoño de 1833. *Ibid.*, pág. 254.

⁴⁴ *Ibid.*, págs. 240-8, 256, 258; Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 87-9.

bían para continuar después de la huelga. Incluso las más ambiciosas —como el «taller nacional» que formaron en París los sastres durante su larga huelga de octubre y noviembre, concebido como algo que había de convertirse en elemento permanente de la corporación de sastres— se entendían como un miembro subordinado de la corporación obrera global⁴⁵. Esta subordinación puede verse, por ejemplo, en el panfleto de Efrahem, *Sobre la asociación de obreros de todos los oficios*. Efrahem no designa a las cooperativas obreras como una especie diferenciada de asociación, sino como un aspecto de la asociación o cuerpo general que se ha de establecer en cada oficio. «Cada oficio», dice, debe nombrar una comisión

que analice los intereses del oficio con los patronos o que reciba trabajo de los consumidores y lo distribuya a los asociados. De esta forma, cuando los obreros se quejen de la inadecuación de sus salarios... su comisión emprenderá la defensa de sus derechos e intereses; un día, a una hora dada, a una señal dada por ella, todos los obreros abandonarán sus talleres y dejarán de trabajar para obtener el precio que piden a los maestros⁴⁶.

La construcción de este pasaje supone que las actividades de la asociación como cooperativa de productores —recibiendo trabajo de los consumidores y distribuyéndoselo a los asociados— se dirigen a un objetivo específico —las huelgas en que los obreros han de «obtener el precio que piden a los patronos»—. Poca duda puede haber de que las ideas de Buchez sobre las asociaciones fueron un importante modelo para los obreros que establecieron talleres cooperativos en 1833: el «taller nacional» formado por los sastres indica que el proyecto utópico de Buchez de sustituir la producción privada por la producción asociada no estaba totalmente ausente de las intenciones de los obreros. Pero por el momento, al menos, las asociaciones de productores estaban subordinadas al fin práctico más inmediato de ganar las huelgas⁴⁷.

«LA HERMANDAD DE PROLETARIOS»

El uso del término «asociación» para designar las corporaciones de obreros y las cooperativas de productores era anterior al movi-

⁴⁵ Sobre las asociaciones de sastres, vid. Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 88, y Aguet, *Les Grèves*, págs. 75-87.

⁴⁶ Citado en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 161.

⁴⁷ Aquí mi interpretación está de acuerdo con la de Faure, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier», págs. 88-9.

miento obrero de 1833; lo que hizo la agitación de ese otoño fue unir las en una acción unificada. Pero el tercer significado de «asociación» no parece inventarse hasta 1833. Las asociaciones del tipo de las corporaciones o las cooperativas de productores se concebían normalmente para un solo oficio. En 1833 los obreros empezaron a hablar de una asociación mayor que uniría a todas esas sociedades de un solo oficio en una asociación de todos los obreros. Sólo el desarrollo de este tercer significado de asociación nos autoriza a hablar de «conciencia de clase» en la década de 1830, pues fue como «asociación» de obreros de diferentes oficios como los obreros franceses se concibieron por primera vez como clase unida. Esta nueva concepción de asociación surgió en parte de los contactos prácticos y el intercambio de ayuda moral y material entre obreros de diferentes oficios envueltos en luchas paralelas con sus patronos. Como de costumbre, los obreros de Lyon debieron ser los iniciadores del esfuerzo. Ya en abril de 1833, por ejemplo, los canteros de Lyon enviaron una petición «a los obreros de la seda», aparecida en *L'Echo de la fabrique*. Reclamando ayuda en una disputa con sus patronos, declaraban: «No estamos ya en una época en que nuestras industrias se dediquen a los insultos y la violencia mutua; hemos reconocido al final que nuestros intereses son los mismos, que, lejos de odiarnos, debemos ayudarnos». Una respuesta de los obreros de la seda observaba que *L'Echo* se había fundado «para hacer nacer los vínculos de la hermandad de los proletarios», y, concluía, «la sagrada alianza de los pueblos nacerá de la no menos sagrada alianza de los trabajadores»⁴⁸. El mismo tema se repetía en noviembre de 1833 en una carta a *L'Echo de la fabrique* de los obreros del trenzado y arreglo de la seda: «Pensamos que si todas las fraternidades extendieran y unieran sus manos para apoyarse entre sí frente a la opresión serían bastante fuertes para detener el devastador torrente que se opone al progreso del siglo»⁴⁹.

Sin embargo, fue el zapatero parisiense Efrahem quien desarrolló ese tema de forma más sistemática. En su panfleto *Sobre la asociación de los obreros de todos los oficios* asimilaba la situación de las corporaciones individuales de obreros a la de los obreros individuales no asociados. Sin asociación, las «corporaciones se dispersarían y se disolverían..., se aniquilarían en el individualismo y el egoísmo del aislamiento». En lugar de vivir en aislamiento, las diversas corporaciones debían «crear vínculos de amistad» mediante la elección de delegados que constituyan un comité central que represente a todos los

⁴⁸ Citado en Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 181.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 294.

oficios. Mediante el «acuerdo entre ellos» y «viviendo en buena armonía», esos delegados establecerían «relaciones de fraternidad» entre oficios. Los delegados, a ojos de Efrahem, defenderían o representarían al oficio en su conjunto y, al fraternizar entre sí, llevarían simbólicamente a todos sus oficios a relaciones de solidaridad fraternal. En palabras de Efrahem, los delegados serían «el símbolo de la amistad que debe unimos». El comité central formado por los delegados actuaría también como gobierno común de los oficios unidos: «una cabeza que piensa, una voluntad firme e inteligente que informa nuestras acciones y dirige nuestros movimientos». Una de las principales funciones del comité central sería llevar los fondos de todas sus corporaciones constitutivas, que se distribuirían por el comité central «para apoyar a los obreros que están en huelga»⁵⁰. Por este medio las corporaciones que componían la gran asociación de todos los oficios quedarían unidas por la «ayuda mutua y la asistencia fraternal»⁵¹ —al igual que los obreros individuales de un oficio estaban unidos por la ayuda mutua en sus corporaciones filantrópicas—. Efrahem, en otras palabras, veía la asociación de todos los oficios como una recapitulación de las asociaciones corporativas de las que se componía. O para expresarlo de otra manera, los sentimientos de solidaridad de clase, cuando aparecieron inicialmente a comienzos de la década de 1830, eran una generalización, una proyección en un nivel superior, de los sentimientos de solidaridad corporativa. Para recurrir a la imagen maravillosamente apropiada de los obreros de Lyon, «si todas las hermandades... unieran las manos para apoyarse entre sí» podrían «hacer nacer los vínculos de la hermandad de los proletarios»⁵².

Vista retrospectivamente, la idea de una asociación fraternal de todos los oficios parece obvia, pero ello es sólo un síntoma de la distancia del mundo de hoy al de 1830. Para los obreros que la desarrollaron en la época, la idea era una revelación. El estilo corporativo, tal como existió en el Antiguo Régimen o en el Imperio y la Restauración, era capaz de crear vínculos duraderos entre los obreros de un oficio dado o entre miembros de una secta de *compagnonnage*. Pero, lejos de destacar la comunidad de todos los obreros, destacaba la cohesión interna de la corporación o secta, diferenciándola de otros oficios u otras sectas. A veces conducía a iniciar rivalidades u odios, como entre las corporaciones de maestros vecinas bajo el Antiguo Régimen o entre las sectas rivales del *compagnonnage* o entre oficios dentro

⁵⁰ Citado en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 166-7.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 163.

⁵² De *L'Echo de la fabrique*, citado en Festy, *Le Mouvement ouvrier*, págs. 181-294.

del *compagnonnage*. Otras corporaciones, como las numerosas sociedades de ayuda mutua de la Restauración, llevaban habitualmente a los trabajadores a crear sus organizaciones sin interés especial por los obreros de otros oficios. Sólo a comienzos de la década de 1830, y sobre todo en 1833, se desarrolló un sentido activo de la hermandad de todos los obreros. Como se ha señalado, este sentido se desarrolló a partir de la gran oleada de huelgas del otoño de 1833. Pero la simple simultaneidad de un gran número de huelgas no fue por sí misma condición suficiente; después de todo, se habían producido oleadas de huelgas antes de la Revolución Francesa sin ese resultado. Sólo cuando las corporaciones obreras se vieron a sí mismas como asociaciones libres de ciudadanos que trabajaban productivamente, en vez de como cuerpos diferentes, dedicados a la perfección de un arte particular, resultó concebible la hermandad de todos los obreros. En otras palabras, esta característica esencial de la «conciencia de clase» se basó en el desarrollo, durante los años que siguieron a la Revolución de Julio, del lenguaje y la retórica revolucionarios que reformulaban los conceptos corporativos de solidaridad en un nuevo lenguaje de asociación. Una vez que esto ocurrió, la oleada de huelgas simultáneas en 1833 pudo conducir no sólo a la cooperación práctica entre obreros de diferentes oficios, sino a un profundo sentido de fraternidad moral e identidad común por parte de «la hermandad de los proletarios».

El convencimiento de los obreros de la necesidad y las ventajas de la asociación se basaba en su análisis de los defectos de la sociedad. Este análisis conservaba todavía la mayor parte de los temas y categorías encontrados en la presentación de *L'Artisan* de 1830: las dicotomías trabajo/ocio y obrero/aristócrata y las ideas interrelacionadas de servidumbre, explotación, propiedad del trabajo y emancipación. Pero todos esos temas se elaboraron mucho más y de forma más explícita en el otoño de 1833 de lo que lo habían sido en el otoño de 1830. Además, donde el análisis de *L'Artisan* de los fallos de la sociedad no llevaba a ningún programa de acción claro, los obreros en 1833 veían su análisis apuntando sin ambigüedades a la asociación como el medio único y necesario de vencer su opresión. Fue a través de la forja de este fuerte vínculo entre análisis y acción como los obreros crearon un movimiento obrero unificado y con conciencia de clase en 1833.

Como en la presentación de *L'Artisan*, el discurso obrero de 1833 afirmaba la realización por los obreros del trabajo útil de la sociedad. Como lo habían expresado los mutualistas lioneses al comienzo de

sus regulaciones de 1831, «El trabajo es un tesoro; el trabajo, que en apariencia es sólo sufrimiento (*peine*), es, por el contrario, una fuente inagotable de prosperidad y felicidad»⁵³. El trabajo útil de los obreros se oponía sin cesar a la ociosidad de los ricos. Los obreros, en palabras del sastre Grignon, eran «la mayoría laboriosa», «la víctima de una minoría ociosa y codiciosa», o también, «la clase más numerosa y útil de la sociedad»⁵⁴. Esta última fórmula se tomaba prestada, pero con una característica transformación, de la famosa de Saint-Simon, «la clase más numerosa y más pobre». En la versión de Saint-Simon, las reivindicaciones de los obreros se basaban en su sufrimiento y dependían de la piedad filantrópica de sus superiores; en la de Grignon se basaban en la utilidad de los obreros. Al cambiar una sola palabra, Grignon transforma las reivindicaciones de los obreros de una cuestión de caridad en una cuestión de derechos y transforma a la clase obrera de una masa que sufre pasivamente, en el pueblo soberano activo. El mismo tema está bien establecido en «*La prolétarienne*», una canción escrita en 1833 por el obrero tapicero Mathon.

*Aux armes, Prolétaire.
Prends pour ton cri de guerre:
Moralité pour tous, pour tous égalité.
La victoire au travail! Mort à l'oisiveté!
...Faible est le bras de l'hereux de la terre
Qui s'énerva dans un lâche repos.
Mais il est fort le bras du prolétaire.
Qui s'endurcit dans les travaux.
[A las armas, proletario.
Toma por grito de guerra:
Moralidad para todos, para todos igualdad,
¡Victoria al trabajo! ¡Muerte a la ociosidad!
...Débil es el brazo del feliz de la tierra
Que se enerva en un cobarde reposo.
Pero es fuerte el brazo del proletario,
Que se endurece en el trabajo.]»⁵⁵*

Pero si el «fecundo sudor»⁵⁶ del obrero es la fuente de toda prosperidad, la actual organización de la sociedad no reconoce ese hecho.

⁵³ Reeditado en Blanc, *Histoire de dix ans*, 4: 354.

⁵⁴ La cita procede de «*Réflexions d'un ouvrier tailleur*», en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 74, 81.

⁵⁵ Citado en Faure, «*Mouvements populaires et mouvement ouvrier*», pág. 90.

⁵⁶ El término procede de una carta pública del tipógrafo saint-simoniano Jules Leroux a sus compañeros tipógrafos, publicada en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 92.

Los obreros, en lugar de tener su justo lugar como «pueblo soberano», son mantenidos en la servidumbre por «estos nuevos señores feudales», como los denominaba el tipógrafo Bannet⁵⁷. O como indica *L'Echo de la fabrique*, los obreros están «sujetos a las humillaciones de un ilota o de un siervo de Moscovia»⁵⁸. La forma de servidumbre es diferente, desde luego, de la de los siervos o esclavos. La explotación, no la privación de la libertad legal, era la servidumbre del siglo XIX. Pero, como todas las formas de servidumbre, privaba a los hombres de sus derechos fundamentales. El gobierno, se lamenta Grignon, «nos considera sólo como un instrumento de los placeres de los ricos ociosos». Al permitir y perpetuar la explotación de los obreros, al cederlos a los ricos para ser utilizados como factores de producción en lugar de garantizarles sus derechos como hombres, el gobierno les priva, en efecto, de su humanidad. El gobierno, dice Grignon, «pretende que no somos hombres como otros»⁵⁹. Desde el punto de vista de los obreros, su lucha contra la explotación era una lucha en favor de la emancipación: «es nuestra dignidad como hombres, son nuestras vidas lo que demandamos a los ricos»⁶⁰.

Esta nueva servidumbre de la explotación surgía en buena parte del corrupto y egoísta sistema de propiedad. El trabajo, la fuente de toda riqueza, era también la fuente de toda propiedad. Sin embargo, el trabajo mismo no se reconocía como propiedad. Como decía el tipógrafo Jules Leroux: «Los salarios son nuestro patrimonio, nuestra propiedad... ¿Cómo no se reconoce esta propiedad? ¿Cómo no se protege contra los violentos abusos... de la clase de los patronos? ¿No es privar a un trabajador de su trabajo lo mismo que expropiar a un propietario?»⁶¹. El trabajo, en palabras de *L'Echo de la fabrique*, era «el CAPITAL del proletario»⁶². Pero lejos de reconocer la propiedad del trabajador sobre su trabajo y su salario, el actual sistema daba todos los poderes a los ricos, los «poseedores exclusivos y privilegiados... de los instrumentos del trabajo»⁶³. Esta forma privilegiada de posesión les permitía «reivindicar un derecho de propiedad sobre nosotros»⁶⁴, tratar a los hombres y a su trabajo como si fueran simplemente má-

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 87.

⁵⁸ Citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 112.

⁵⁹ Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 74.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 80.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 96.

⁶² Citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 112.

⁶³ De una carta del tipógrafo Bannet, reeditada en *ibid.*, pág. 87.

⁶⁴ Procedente de Grignon, «Réponse au manifeste des maîtres tailleurs», 7 de noviembre de 1833, reeditado en *ibid.*, pág. 87.

quinas o materias primas que pudieran comprarse y explotarse. El sistema de propiedad, la explotación y la servidumbre estaban así íntimamente vinculados en el discurso de los obreros. El sistema de propiedad establecido por la Revolución Francesa había creado una nueva forma de privilegio que daba a los ricos el poder para explotar a los trabajadores y reducirlos a servidumbre. Esto suponía que la burguesía se había convertido en una nueva aristocracia y que el pueblo soberano, que sostenía a toda la sociedad con su trabajo, debía destruir los privilegios de los ricos y emanciparse a sí mismo con una nueva revolución.

En la organización de la sociedad existente, el camino de la emancipación estaba bloqueado por el egoísmo, la competencia desatada, la codicia y el aislamiento. Esas características de la sociedad eran producto del privilegio y la explotación y garantizaban también su reproducción. Sólo la asociación podía superar el aislamiento y poner la emancipación al alcance de los obreros. El escrito de presentación del Círculo industrial, una asociación de trabajadores lioneses en torno a una caja de ahorros mutua, exponía el problema de forma elocuente:

En el estado presente de la civilización, donde el Egotismo... conduce a los hombres poco a poco al extremo del aislamiento y la crueldad..., acercándose al estado de salvajes y amenazando con la disolución de la sociedad, los que sufren más... son los hombres que se ganan la subsistencia mediante el trabajo diario de sus manos y se les llama «proletarios»⁶⁵.

La alabada «libertad» de la burguesía y la Monarquía de Julio era de hecho una anarquía destructiva: «No profanéis así este mundo. Eso no es libertad, es aislamiento, completo aislamiento. La naturaleza humana mejor organizada se deteriora bajo su influencia; la soledad absoluta corrompe al hombre; vuelve amargas todas las pasiones generosas y las transforma en veneno»⁶⁶. El reino del egoísmo conduce inevitablemente a la miseria, la barbarie, la inmoralidad y el delito. Sin embargo, los ricos, cegados por su codicia y egoísmo, se afanan para mantener a los obreros aislados unos de otros para elevar al máximo sus beneficios y placeres. «Desean..., para hacer nuestra explotación eterna, que permanezcamos desunidos, aislados. Así... pueden tenernos de forma más barata»⁶⁷.

⁶⁵ Citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 105.

⁶⁶ Jules Leroux, en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 94.

⁶⁷ Bannet, en *ibid.*, pág. 87.

La solución estaba «en el espíritu de asociación, que permite a los hombres unirse para la defensa de sus derechos e intereses comunes»⁶⁸. Los obreros tenían que superar su egoísmo y crear «vínculos que me hagan sufrir cuando mi prójimo sufre»⁶⁹.

Si permanecemos aislados, dispersos, somos débiles, seremos derrotados fácilmente y sometidos a la ley de los patronos; si permanecemos divididos, separados unos de otros, si no nos ponemos de acuerdo, se nos obligará a rendirnos a la discreción de nuestros burgueses. Debe existir un vínculo que nos una, una inteligencia que nos gobierne, debe existir una *asociación*⁷⁰.

Al unir sus fuerzas en asociaciones —primero en las asociaciones corporativas de oficio y después en una asociación de todos los oficios—, los obreros podrían obtener sus derechos y la sociedad podría elevarse por encima del desorden, la pobreza, la inmoralidad y la anarquía hasta la armonía, el bienestar, la justicia y la verdadera libertad. En palabras de *L'Echo de la fabrique*, «la pobreza da nacimiento a los delitos, la asociación mata la pobreza. Avancemos hacia la asociación; el pueblo será moral, el pueblo será feliz»⁷¹.

Dada la idea de los obreros de la función e importancia de la asociación, el tono religioso exaltado, casi mesiánico de su discurso es comprensible. En el mundo descrito por los obreros militantes de 1833, la asociación era la fuente de todo orden social. Sin ella, la industria era derrotada por la ociosidad, la riqueza daba nacimiento a la pobreza, el egoísmo era recompensado y el sacrificio castigado. Sólo la asociación podía salvar la sociedad de la aniquilación en el egoísmo del aislamiento, de la regresión al estado de barbarie, de la corrupción y el deterioro de la naturaleza humana misma. El establecimiento de corporaciones obreras resultaba así no sólo permisible, sino una suprema obligación moral. Y esas corporaciones, basadas ahora en la utilidad de los obreros y su hermandad como ciudadanos trabajadores, estaban ligadas por la obligación para formar una asociación mayor de las corporaciones de todos los oficios, que haría real la hermandad de todos los trabajadores, dándoles la fuerza para detener el «devastador torrente» de la competencia y hacer fructífero el

⁶⁸ Presentación del Círculo industrial, citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 105.

⁶⁹ Jules Leroux en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 94.

⁷⁰ Efrahem, «De l'association des ouvriers de tous les corps d'état», reeditado en *ibid.*, pág. 160.

⁷¹ Citado en Festy, *Le Mouvement ouvrier*, pág. 298.

trabajo que estaba ahora pervertido en delito, pobreza y desesperación.

El entusiasmo de los obreros por la asociación explica también los acontecimientos que dieron fin a este período de intenso discurso y acción. Alarmado por la gran oleada de huelgas del otoño de 1833 por una larga y amenazadora huelga general de los *canuts* de Lyon el febrero de 1834 y por el vigor sostenido de la Sociedad de derechos del hombre, el gobierno desencadenó una política de franca represión. En marzo de 1834 presentó a la Cámara de Diputados una nueva ley restringiendo el derecho de asociación de forma tan severa que todas las principales asociaciones obreras y las asociaciones políticas formadas a partir de la Revolución de Julio quedarían fuera de la ley. El 9 de abril, cuando la ley de asociaciones había superado la Cámara de Diputados y se discutía en la Cámara de los Pares, los obreros de Lyon se levantaron en una revuelta. El 13, en el momento que se aplastaba finalmente el levantamiento de Lyon, tuvo lugar también una revuelta menor en París. La revuelta parisienne fue reducida a facilidad al día siguiente⁷². Los motivos de la insurrección se afirmaban claramente en un manifiesto de los mutualistas de Lyon pocos días antes de la insurrección.

Considerando como tesis general que la asociación es un derecho natural de todos los hombres, que es la fuente de todo progreso...

Considerando, en particular, que la asociación de trabajadores es una necesidad de nuestra época, que es una condición de existencia...

En consecuencia, los mutualistas protestan contra la ley liberticida de asociaciones y declaran que nunca inclinarán la cabeza bajo el yugo arbitrario y que sus reuniones no se suspenderán nunca. Basándose en el derecho más inviolable, es decir, a vivir trabajando [*vie en travaillant*], resistirán con toda la energía que caracteriza a los hombres libres⁷³.

La nueva ley gubernamental sobre asociaciones era una violación de los derechos naturales, un liberticidio, un asalto al principio fundamental del orden social, una disolución del contrato social. Desde el punto de vista de los obreros de Lyon y París, la insurrección era única respuesta legítima.

La nueva ley de asociaciones y las insurrecciones derrotadas el abril de 1834 dieron fin a la era de protesta que había abierto la Revolución de Julio en 1830. La aplastante derrota de los insurgentes y

⁷² Para el relato de estas revueltas, vid. Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*; Dollés, *Histoire du mouvement ouvrier*, 1: 98-107, y Blanc, *Histoire de dix ans*, 4: 172-20.

⁷³ Citado en Bezucha, *Lyon Uprising of 1834*, pág. 143.

neses y parisienses demostraba la fuerza superior del gobierno, y la represión de los meses siguientes destruyó la Sociedad de derechos del hombre y muchas de las asociaciones obreras. Además, numerosos periódicos de oposición fueron cerrados o acosados —no sólo *L'Echo de la fabrique* y *L'Echo des travailleurs*, sino también muchos periódicos republicanos—. El vigoroso movimiento obrero de 1833 y 1834 se vio obstaculizado y empujado a la clandestinidad, para no emerger con esa fuerza hasta 1840 y sobre todo 1848. Pero si muchas de las organizaciones obreras fueron o destruidas o empujadas a la clandestinidad, su nuevo lenguaje asociativo sobrevivió intacto. En todo caso, la represión de 1834 hizo más evidente que nunca la necesidad de asociación e hizo aparecer como imposible el logro de la asociación sin la llegada de una república. Después de 1834, la mayoría de las corporaciones obreras volvieron a las formas externas y al nivel de actividad de los años de la Restauración. Pero a pesar de las apariencias, su mundo se había transformado definitivamente por el discurso y las acciones de comienzos de la década de 1830.

10. Las paradojas del trabajo

Los años que siguieron a 1834 fueron asombrosamente tranquilos. Sólo en 1839 y 1840 reapareció la agitación de comienzos de la década en la vida pública francesa. En el período intermedio, la política represiva del gobierno estimuló formas clandestinas de organización laboral y de actividad política. Las corporaciones obreras continuaron existiendo, y algunas mantuvieron incluso las formas «filantrópicas» que habían adoptado en 1832 o 1833; sin embargo, las huelgas fueron raras¹. El frenesí de innovaciones intelectuales y organizativas de la clase obrera a comienzos de los años treinta se vio interrumpido por la represión. Sin embargo, en todo el país los obreros siguieron rumiando las ideas de explotación, asociación y fecundidad del trabajo, en la segunda mitad de la década, y reaparecieron públicamente con fuerza renovada en 1839 y 1840, cuando varios acontecimientos simultáneos situaron el problema laboral en el centro de la atención pública. El año 1839 presenció el primer intento serio de insurrección obrera desde 1834, un levantamiento abortado en París conducido por Auguste Blanqui y la Sociedad de las Estaciones². Al año siguiente se produjo una oleada de huelgas en los oficios de París, la primera oleada importante desde 1833³. Estos hechos formaban parte de un resurgir más general, engendrado e intensificado por el renacimiento de una prensa obrera parisiense. *La Ruche populaire* (La colmena del

¹ Sobre un sector cuya organización superó intacta este período, *vid.* Festy, Octave, «Dix années de l'histoire des ouvriers tailleurs d'habits (1830-1840)», en *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales*, 5 (1912): 166-99. Sobre la actividad huelguística, *vid.* Aguet, *Les Grèves*, págs. 125-65.

² Sobre el levantamiento de 1839, *vid.* Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier*, I: 175-9, y Dommanget, Maurice, «Blanqui et l'insurrection du 12 mai 1839», en *La Critique sociale* (marzo de 1934).

³ Aguet, *Les Grèves*, págs. 166-228.

pueblo), fundada por un grupo de obreros saint-simonianos, publicó su primer número en 1839; en 1840 se le unió *L'Atelier, organe des intérêts moraux et matériels des ouvriers* (El taller, órgano de los intereses morales y materiales de los obreros). Ambos periódicos resultaron muy resistentes, *La Ruche populaire* duró hasta mediados de los años cuarenta y *L'Atelier* hasta 1850⁴. Desde 1840 hasta la Revolución de 1848, los obreros parisienses tuvieron su propia tribuna periodística de expresión política.

Los años 1839 y 1840 fueron cruciales en el desarrollo del socialismo, pues fue entonces cuando se publicaron las tres obras socialistas más importantes de la época: *Voyage en Icarie*, de Étienne Cabet, y *Organisation du travail*, de Louis Blanc, en 1839, y *Qu'est-ce que la propriété?*, de Joseph Proudhon, en 1840. A partir de 1840, las ideas socialistas se discutían con regularidad y de forma pública, en talleres y tabernas obreras, en la prensa burguesa y obrera, y en escritos periodísticos y literarios de todo tipo. Desde el principio, los trabajadores manuales desempeñaron un importante papel en ese discurso, escribiendo artículos para los periódicos obreros, publicando panfletos y manifiestos e interviniendo a través de cartas en la prensa burguesa⁵. Algunos trabajadores se hicieron discípulos de una u otra escuela socialista, de las que los seguidores de Cabet eran con mucho la más numerosa y mejor organizada⁶. Pero la mayoría eran mucho más eclécticos, considerando las especulaciones de los diversos teóricos más como exploraciones abiertas que como doctrina establecida. En el curso de los años cuarenta, miles de obreros franceses analizaban, debatían y asimilaban las ideas sobre la cooperación, la reorganización del trabajo, la propiedad colectiva de los medios de producción. Inventadas en las luchas de los años treinta, esas ideas se convirtieron en parte habitual del mundo obrero en los años cuarenta y quedaron disponibles como bases para la acción cuando se produjo una nueva crisis revolucionaria en 1848.

El gran resurgimiento de los años cuarenta lo experimentó con mayor intensidad una élite de militantes instruidos, sobre todo en París. Pero en formas menos intensas lo experimentaron también las grandes masas de obreros ordinarios de las ciudades de toda Francia. Lo puede ilustrar muy bien el caso del *compagnonnage*, seguramente el segmento más inflexible y arcaico desde el punto de vista cultural,

⁴ Sobre la prensa obrera, vid. Cuvillier, Armand, «Les Journaux ouvriers en France avant 1840», en *Hommes et idéologies*, págs. 87-94, y *Un journal d'ouvriers: «L'Atelier», 1840-50*, París, 1954.

⁵ Ejemplos de esos trabajos se reúnen en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*.

⁶ Vid. Johnson, *Utopian Communism in France*.

de la clase obrera francesa. Los comienzos de los años treinta habían sido un período de agitación tanto para los *compagnons* como para los demás trabajadores. Durante esos años hubo numerosos cismas entre los *compagnons* establecidos y los disidentes de mentalidad más liberal —entre éstos había un importante número de aspirantes no iniciados—. En 1832 estos grupos cismáticos se unieron para constituir una versión reformada del *compagnonnage*, que denominaron *Société de l'union des travailleurs du tour de France* (Sociedad de la unión de los trabajadores de la vuelta a Francia). Esta nueva sociedad, impregnada del lenguaje asociativo de la época, conservó la estructura del *compagnonnage* de diversos oficios y ciudades federadas, pero eliminó los mitos y ritos tradicionales, abrevió drásticamente el período de noviciado y abolió todos los rangos y distinciones entre obreros y entre oficios. La *Société de l'union* pretendía absorber y superar el *compagnonnage* y convertirse en una asociación libre e igual de obreros de todos los oficios, pero padeció la implacable hostilidad de parte de los antiguos *compagnonnages*. En la práctica se convirtió en una mera secta de *compagnonnage*, más liberal y reducidísima; el cuerpo principal de *compagnons* continuó más o menos inalterado⁷. Muchos obreros debían compartir algunos de los sentimientos de la *Société de l'union* sobre el *compagnonnage*, pero esto se manifestó más en un descenso general de los miembros del *compagnonnage* y una vuelta hacia las sociedades de ayuda mutua que en un crecimiento de la *Société de l'union*.

Sin embargo, en los años cuarenta el *compagnonnage* mismo se hizo mucho menos resistente a la reforma. En 1839 Agricol Perdiguier publicó su *Livre du compagnonnage*. En esta obra, que revelaba al público por primera vez los mitos y costumbres de los *compagnons*, Perdiguier defendía apasionadamente el final de la hostilidad entre sectas. A diferencia de los fundadores de la *Société de l'union*, Perdiguier creía que las instituciones tradicionales del *compagnonnage* eran útiles y moralmente edificantes y que sus mitos, ritos y tradiciones, entendidos de forma adecuada, eran ennoblecedores y sugerentes. En lugar de reestructurar las instituciones, Perdiguier pretendía convencer a la masa de *compagnons* individuales de que fueran todos hermanos sin atender a la secta o al oficio y que unieran sus esfuerzos en beneficio de todos en lugar de dedicarse a un combate mutuamente destructivo. El éxito literario del libro de Perdiguier fue enorme y totalmente inesperado: se comentó ampliamente en la prensa contempo-

⁷ Vid. el excelente análisis de la *Société de l'union* en Truant, «Compagnonnage», págs. 299-307, y Agulhon, *Une ville ouvrière*, págs. 131-6.

ránea y fue elogiado por figuras como Chateaubriand, Béranger, Lamennais, George Sand, Louis Blanc y Lamartine⁸. La primera edición se agotó rápidamente y se publicó una segunda edición en 1841.

La recepción de las ideas de Perdiguier entre los *compagnons* fue más diversa. Aunque algunos lo atacaron por publicar los secretos del *compagnonnage*, otros elogiaron sus esfuerzos por promover la paz y la unidad entre sectas rivales y se animaron a publicar sus propias ideas de reforma. En cualquier caso, la publicación del *Livre du compagnonnage* estimuló mucho la discusión y también cierto conflicto sobre la situación y el futuro de la hermandad⁹. Esas discusiones no provocaron reformas inmediatas, pero el estilo de vida del *compagnonnage* cambió de forma importante en la década de 1840. La incidencia de las violentas batallas entre sectas descendió bruscamente y destacó más la plena cooperación —que culminó en la muy divulgada huelga de carpinteros de París en 1845, que unió a los *Enfants de Père Soubise* y a los *Enfants de Salomon* en una larga lucha contra los patronos¹⁰. Es imposible decir hasta qué punto la atenuación de las rivalidades se debió a los esfuerzos de los reformadores o a cambios culturales más generales provocados por «el progreso de nuestro siglo». Pero en 1848 el *compagnonnage* parecía al borde de una reconciliación histórica, que habría convertido la antigua hermandad en una asociación fraternal y paritaria de todos los oficios. Así, incluso en el *compagnonnage*, donde la resistencia al nuevo estilo asociativo fue permanente y tenaz, las nuevas ideas hicieron un enorme progreso entre comienzos de los años treinta y 1848.

Si los años cuarenta fueron un período de valores cambiantes y mayor conciencia obrera, fueron también un período de extraordinario interés en el problema del trabajo por parte de la burguesía. La agitación obrera de los primeros años treinta había perturbado a la burguesía tanto como había atraído a los obreros, y los dos grandes levantamientos de los trabajadores de la seda del Lyonnais siguieron obsesionando la conciencia pública. El famoso lema de los trabajadores de la seda, «¡Vivir trabajando o morir luchando!», amenazaba los fundamentos morales del orden social y planteaba un riesgo de guerra civil. ¿Cómo podía esperarse que aceptaran un régimen que alardeaba de prosperidad y progreso industrial hombres que no podían vivir decentemente de su trabajo? La existencia de una miseria general no era

⁸ Briquet, *Agricol Perdiguier*, págs. 172-7.

⁹ En la segunda edición de *Le Livre du compagnonnage*, París, 1841, Perdiguier publicó una gran cantidad de cartas de *compagnons*, alabando y criticando su trabajo.

¹⁰ Aguet, *Les Grèves*, págs. 300-9.

sólo un mal en sí misma; amenazaba también con provocar levantamientos obreros que podían destruir las bases de la vida civilizada. Esos temores y ansiedades empujaban a pensadores de todos los estilos a tantear el problema del trabajo —no sólo a socialistas, como Blanc, Cabet y Proudhon, sino a moralistas burgueses, como Villermé, Buret y Frégier, que escribieron extensos volúmenes describiendo la espantosa miseria y la degradación moral de las clases trabajadoras¹¹, a novelistas sociales, como George Sand y Eugène Sue¹², y a legiones de poetas obreros, que brotaban en las ciudades de todo el país, publicando sus versos tanto en la nueva prensa obrera como en cientos de libros y panfletos¹³. Fue esta fascinación general por el trabajo —fascinación que surgía del temor tanto como de la simpatía— lo que explica el sorprendente éxito literario de un libro como el *Livre du compagnonnage* de Perdiguier. No es un accidente que los manuscritos de Marx de 1844, que ofrecen su exposición más desarrollada de la creatividad y la fuerza moral del trabajo, se escribieran precisamente en esos años y en París.

Un indicio de la nueva fascinación pública por el trabajo fue un cambio importante en el significado de la palabra «social». Como se indicó, al significado del siglo XVIII —que se refería a un acto voluntario de asociación entre individuos independientes, como en «contrato social» o «relación social»— se le superpuso en los primeros años del siglo XIX un nuevo significado —que se refería a un conjunto interrelacionado de instituciones suprapersonales fuera del control de los individuos que las integraban, como en «leyes sociales», «fuerzas

¹¹ Villermé, Louis René, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*, 2 vols., París, 1840; Buret, Eugène, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France avec l'indication des moyens propres à en franchir les sociétés*, 2 vols., París, 1840; Frégier, Honoré Antoine, *Des classes dangereuses dans la population des grandes villes et des moyens de les rendre meilleures*, 2 vols., París, 1840. Sobre la obra de Villermé y Buret, vid. Rigaudias-Weiss, Hilde, *Les Enquêtes ouvrières en France entre 1830 et 1848*, París, 1936, reedición, Nueva York, 1975, págs. 25-157. Un estudio fascinante de los problemas de la degradación moral y el delito en el período es Chevalier, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, 1958. Chevalier, sin embargo, tiende a aceptar de forma acrítica los escritos de la época como pueba de cómo era realmente la vida de la clase obrera. Para una excelente valoración de la argumentación de Chevalier, vid. la recensión de Robert J. Bezucha de la edición inglesa en *Journal of Social History*, otoño de 1974, págs. 119-24.

¹² Sand, *Le Compagnon du tour de France*; Sue, Eugène, *Les Mystères de Paris*, París, 1842-3, y *Le juif errant*, Bruselas, 1844-5.

¹³ Sobre los poetas obreros, vid. Newman, Edgar Leon, «Sounds in the Desert: The Socialist Worker Poets of the Bourgeois Monarchy, 1830-1848», en *Proceedings of the Third Annual Meeting of the Western Society for French History*, 3 (1975): 269-99.

social» y «ciencia social»—. En los años treinta y cuarenta, «social» sufrió una nueva transformación y empezó a referirse específicamente a los problemas del trabajo y la propiedad. Tras la Revolución de 1830, las instituciones y fuerzas suprapersonales que podían ser investigadas por la «ciencia social» pasaron a verse como especialmente relacionadas con el problema del trabajo y su organización; los términos «cuestión social» y «socialismo» pasaron al uso común, y el adjetivo «social» pasó a aludir a simpatía por los pobres. El cambio de significado de ese término —una de las palabras cruciales del vocabulario público del siglo XIX— es un signo del carácter central del problema del trabajo en el pensamiento y la vida pública de los años treinta y cuarenta.

En los años cuarenta el enigma del trabajo se atacaba desde todos los frentes al mismo tiempo. Se elogiaba el trabajo como nunca, se le saludaba como fuente de todo orden humano; sin embargo, al mismo tiempo, los hombres que vivían del trabajo se presentaban cada vez más como debilitados física y moralmente, amenazados por la degradación y la completa animalidad. El significado y la organización del trabajo se escrutaban, se analizaban, se meditaba sobre ellos y se discutían con el máximo detalle y desde diversos puntos de vista. Aunque un examen de este discurso sobre el trabajo revela una convergencia en algunos temas, revela también grandes fracturas a lo largo de las líneas políticas y de clase. Las ideas desarrolladas en los años cuarenta prefiguran la guerra de clases que siguió a la Revolución de 1848. Los perfiles de esa discusión discordante se examinarán en los escritos de tres autores con puntos de vista radicalmente diferentes: el moralista burgués Louis Villermé, el teórico socialista Louis Blanc y el poeta obrero Charles Poncey.

LOUIS VILLERMÉ Y EL PROBLEMA DE LA DESMORALIZACIÓN

Louis Villermé era doctor en medicina y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 1835, la academia le encargó una investigación detallada para «establecer, lo más exactamente posible, las condiciones físicas y morales de las clases trabajadoras»¹⁴. Villermé era un hombre de orden, que apoyaba firmemente al régimen monárquico y a los principios de la sociedad contemporánea, y ello hacía tan convincentes sus aterradoras revelaciones sobre la miseria y la degradación moral de la clase obrera. Como el puñado de in-

¹⁴ Rigaudias-Weiss, *Les Enquêtes ouvrières*, pág. 26.

trépidos observadores que emprendieron investigaciones similares en aquellos años, Villermé se dedicó sobre todo a los obreros de la industria textil. El imponente y muy leído informe de Villermé en dos volúmenes de investigaciones trata de salarios, condiciones de trabajo, impacto de la maquinaria, salud, mortalidad infantil, vivienda, trabajo femenino e infantil, vida familiar y vicios y virtudes característicos de los obreros de los distritos textiles, desde Lille en el norte hasta Lodève en el Midi. El sector textil constituía la industria fabril más importante de Francia, y las fábricas crecieron rápidamente en número y tamaño en los primeros años de la década de 1830. Aunque los obreros de las fábricas textiles eran mucho menos numerosos que los de los oficios urbanos, producían una especial fascinación por la novedad de la industria fabril y por sus bajos niveles de vida —vivían generalmente en una miseria que sólo era igualada por oficios urbanos muy deprimidos, como los de sastrería y zapatería—. En realidad, Villermé otorgaba especial atención en sus investigaciones a los más pobres de los pobres, a los habitantes de los suburbios más sucios y poblados de las ciudades textiles más empobrecidas. Los obreros fabriles y los habitantes de los suburbios miserables, a los ojos de Villermé y a los de la mayoría de sus lectores, revelaban «las condiciones físicas y morales de las clases trabajadoras» de forma más desnuda y, por tanto, más exacta que los obreros más prósperos de los oficios urbanos tradicionales. Los singularizaba porque parecían ser la personificación del nuevo problema laboral del siglo XIX y porque, temía, podían representar el futuro de la clase obrera en su conjunto.

Muchas de las páginas de Villermé pintaban a los obreros en condiciones miserables, pero los residentes del «barrio espantoso» de la rue d'Etaques —el suburbio más característico de la ciudad algodonera de Lille— captaron completamente su fascinación horrorizada. Aquí la miseria se acercaba a sus límites humanos.

Los más pobres viven en sótanos y desvanes. Estos sótanos... se abren a las calles o patios, y se entra en ellos por una escalera que suele ser al tiempo la puerta y la ventana... Generalmente el techo está a seis o seis pies y medio en el punto más alto, y tienen sólo catorce o quince pies de ancho.

En estas viviendas tristes y sombrías comen, duermen e incluso trabajan muchos obreros. La luz del día llega para ellos una hora más tarde que para los demás, y la noche una hora antes.

Su mobiliario consiste normalmente, además de los útiles de su trabajo, en una especie de alacena o una tabla en la que ponen los alimentos, una cocina... unos pocos pucheros, una mesa pequeña, dos o

tres malas sillas y un sucio jergón cuyas únicas piezas son un colchón de paja y restos de una manta¹⁵.

Para demostrar que su relato no era exagerado, sino «totalmente fiel», citaba otra descripción, todavía más espantosa, contenida en un informe del gobierno municipal de Lille en 1832.

En sus oscuros sótanos, en sus viviendas, que cabría tomar por bodegas, el aire no se renueva nunca, está infectado; las paredes están cubiertas de basura... Si puede hablarse de cama, consiste en unas tablas sucias, mugrientas, paja húmeda y podrida, una tela basta cuyo color y tejido están ocultos por una capa de mugre, una manta que recuerda un cedazo... El mobiliario está roto, carcomido, cubierto de porquería. Los utensilios están tirados en desorden por toda la vivienda. Las ventanas, siempre cerradas, están cubiertas por papel y cristal, pero tan negro, tan cubierto de humo, que la luz no puede penetrar... por todas partes montones de basura, ceniza, restos de verduras recogidas de las calles, de paja podrida, de nidos: el aire es irrespirable. Uno se ahoga en estos cuchitriles con olor a establo, nauseabundo, algo picante, olor de suciedad, olor de basura... ¿Y los pobres, cuál es su aspecto en medio de ese tugurio? Su ropa está en harapos, sin materia, consumida, cubierta, no menos que su pelo, que no conoce el peine, de polvo de los talleres. ¿Y su piel?... Está pintada, oculta, si queréis, por los depósitos indiferenciables de diversas exudaciones¹⁶.

Sin embargo, más horrible que esa degradación material era la degradación moral a la que se asociaba inevitablemente. Así, Villermé concluía su descripción de los sótanos de la rue d'Etaques:

No añadiría nada a esta descripción de las atroces cosas que revela, de una sola mirada, la profunda miseria de estos desgraciados habitantes; pero debo decir que en varias de las camas de que acabo de hablar he visto a individuos de ambos sexos y de muy diferentes edades yaciendo juntos, la mayoría sin camisón y repulsivamente sucios. Padre, madre, ancianos, niños, adultos, todos apretados, amontonados. Me detengo. El lector completará el cuadro, pero le advierto que si quiere acertar, su imaginación no debe retroceder ante ninguno de los repugnantes misterios realizados en esas camas impuras, en medio de la oscuridad y la embriaguez¹⁷.

Según Villermé, la vida de los obreros más pobres de los suburbios de Lille era difícilmente identificable como propia de seres hu-

¹⁵ Villermé, *Tableau*, I: 82-3.

¹⁶ *Ibid.*, págs. 86-8.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 83.

manos. En esos sótanos oscuros, húmedos, fétidos, mugrientos, todas las restricciones de la civilización habían sido corroídas por la miseria —una corrosión resumida en la imagen de Villermé de incesto promiscuo realizado en «camas impuras», ahogado en la «oscuridad y la embriaguez». Pero justamente en ese punto el relato de Villermé parece sujeto a serias dudas. El salto de la pobreza, oscuridad y desorden de la vivienda obrera a una imputación de incesto —«repugnantes misterios», como indica con delicadeza— no es una descripción objetiva. El incesto le parecía a Villermé una culminación lógica del desorden que había visto en las vidas de los pobres —algo que *tenía que* ser cierto, dado lo que había observado. Esta deducción aventurada, presentada con ese aire de seguridad, nos advierte claramente que el relato de Villermé es tanto una interpretación de la pobreza como una descripción, una interpretación que debe estar sujeta a interpretación y crítica.

Diversos testimonios demuestran que la suma pobreza fue común en las ciudades textiles visitadas por Villermé y que estaba especialmente extendida en Lille¹⁸. Villermé describía seguramente lo que había visto. Sin embargo, la similitud entre su descripción de los sótanos de Lille y la descripción contenida en el informe del municipio de 1832 —que cita como prueba de que describía esas viviendas como realmente eran— puede verse también como prueba de que sus propias observaciones de los suburbios de Lille estaban estructuradas por las convenciones descriptivas preexistentes, convenciones que le hacían ver las condiciones de vida de los pobres en función de la brutalidad y el desorden moral¹⁹. Así, ambos relatos —y muchos otros de ese género floreciente— destacan la oscuridad, falta de ventilación y desorden del mobiliario, con una especial atención por las camas. Y aunque ambas descripciones empiezan por aclarar que sólo algunos

¹⁸ Para un estudio admirablemente preciso sobre los obreros de Lille, *vid.* Pierrard, Pierre, *La Vie ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, 1965. Aunque este libro se concentra en los años cincuenta y sesenta, el terrible cuadro de la vida obrera que presenta es también seguramente válido en lo esencial para los años treinta y cuarenta.

¹⁹ Mi propia percepción del grado de impregnación y la resistencia de esas convenciones procede de un artículo de Reddy, William M., «What Jaurès Saw» (presentado al seminario sobre antropología simbólica en el Institute for Advanced Study, Princeton, Nueva Jersey, 1976). Reddy demuestra cómo diversos observadores de derecha y de izquierda, desde Villermé y Víctor Hugo a Engels, Émile Zola, Jean Jaurès, describen las condiciones de los pobres en términos notablemente parecidos, términos que suponen que la pobreza reduce a los seres humanos al nivel de las bestias. Mi interés por ello y por la interpretación de Villermé se ha visto influido por otro artículo de Reddy: «Carnival's Other Mask: Reformers' Images of Factory Laborers in Nineteenth-Century France» (presentado al seminario de ciencias sociales en el Institute for Advanced Study, Princeton, Nueva Jersey, 1975).

de los más pobres vivían en sótanos, ambos terminan por centrarse en los sótanos —viviendas hundidas en la tierra, cuya oscuridad, humedad y similitud a las madrigueras los convertían en símbolos irresistibles de la degradación de los humanos al nivel de los animales—. Sin embargo, los áticos, fríos, con corrientes y objetivamente insanos, estaban demasiado por encima de la tierra y demasiado próximos a los cielos para servir a ese propósito retórico.

La interpretación de Villermé de la pobreza era una interpretación moral. El problema crucial, para él, no era que los obreros recibieran una remuneración inadecuada, sino que tenían una constitución moral inadecuada. Villermé señala casos de obreros muy mal pagados que vivían, sin embargo, con decencia, y de obreros bien pagados que gastaban todo su dinero en «placeres costosos» en lugar de mejorar sus condiciones reales²⁰. En un punto afirma incluso que «los que ganan los mejores salarios son habitualmente los más disolutos. Poniendo igual ardor en el placer y en el trabajo, suelen pasar media vida dedicados a un trabajo sumamente difícil y la otra media en orgías repugnantes»²¹. La privación material, en suma, era más producto de la degradación moral que su causa.

La naturaleza de la degradación moral de los obreros se analiza sobre todo en un capítulo titulado «Costumbres y principios morales» (*Moeurs et principes moraux*). Dado su título, cabría esperar un análisis de los principios morales que guían —o quizá de los principios que debían guiar— las vidas de los obreros. Pero en lugar de tratar de «principios morales», el capítulo es un catálogo de los vicios de los obreros, bajo los encabezamientos «Alcoholismo de los obreros», «Imprevisión», «Falta de administración», «Libertinaje», «Malos ejemplos», etc.²². El concepto clave en el análisis de Villermé sobre la moralidad resulta ser no los principios morales, sino la «desmoralización» —incapacidad de los obreros para alcanzar los niveles de vida civilizados, burgueses—, y el principal propósito del capítulo, analizar las influencias corrosivas que hacían caer en la depravación a los obreros. La teoría moral de Villermé era totalmente ambientalista.

Como las cualidades y los defectos, como las virtudes y los vicios de otros hombres, las cualidades y los defectos, las virtudes y vicios de los obreros son principalmente, yo diría casi únicamente, el resultado de su entorno, en una palabra, de las circunstancias en que viven, y sobre todo de aquellas en que se educan²³.

²⁰ Villermé, *Tableau*, 1: 47, 90.

²¹ *Ibid.*, 2: 67.

²² *Ibid.*, págs. 34 y sigs.

²³ *Ibid.*, pág. 50.

Así, los hijos de los pobres en Lille

no ven nada más que desórdenes, no oyen más que cosas obscenas, impregnados sólo de vicios: educados en una atmósfera de impureza, formados por malos ejemplos, e incapaces de conocer otra cosa, imitan lo que ven, y se convierten necesariamente, como sus padres, en borrachos, corrompidos, brutalizados.

Así, las malas inclinaciones, la privación y la miseria se transmiten de generación en generación por la fuerza o el contagio del ejemplo y se perpetúan por la fuerza del hábito, como la buena moral y las buenas cualidades se perpetúan y transmiten a otras clases o entre otros obreros, o incluso entre obreros de las mismas clases que viven en otros lugares²⁴.

De aquí que los obreros no fueran realmente responsables de su inmoralidad.

¿Es permisible, me pregunto, cuando se miran las cosas desde este punto de vista, reprochar a todos los obreros de las fábricas su mala conducta y su indigencia? ¿Se ha hecho todo lo posible en esos establecimientos... para desarraigarla? A quienes me respondan sí, tengo que decir que no.

La responsabilidad del vicio no corresponde a los obreros, que son constitucionalmente incapaces de resistir las tentaciones, sino a los propietarios de la fábrica que no siempre les apartan de las tentaciones. Como ejemplo, Villermé elige la cuestión de la mezcla de obreros y obreras en las fábricas.

¡Cómo! ¿Mezcláis los sexos en vuestros talleres cuando... podía ser tan fácil separarlos? ¿Ignoráis los discursos licenciosos que provoca esa mezcla, las lecciones de malas costumbres que resultan... y las pasiones torrenciales que desatáis tan pronto como empieza a hacerse oír su voz?... ¿En los talleres donde hay chicas, imponéis decencia? ¿El cinismo del lenguaje, la envidia que la inocencia inspira en quienes ya la han perdido, no son causas de corrupción que veis y no impedís? Incluso entre los niños, ¿no conduce la mezcla de sexos a una licencia en las relaciones e, incluso en los actos más vulgares de la vida, a un desprecio de la decencia que debe dar más tarde frutos? Todos los esfuerzos que emprendáis después para corregir el mal debíais haberlos hecho antes para impedirlo. Nunca podréis escapar al reproche de haber permitido que se pierdan chicas cuyas costumbres podríais haber salvado con precauciones sabias y honestas²⁵.

²⁴ *Ibid.*, pág. 49.

²⁵ *Ibid.*, págs. 51-2.

Como la cita revela, Villermé consideraba a los obreros trágicamente vulnerables a las tentaciones del mal. Los buenos obreros se corromperán por asociación con los malos; la mezcla de sexos conduce inevitablemente al libertinaje sexual; los malos ejemplos en la juventud son más fuertes que los buenos ejemplos más tarde, etc. En parte, Villermé parece adoptar una concepción cristiana de la depravación del hombre, de la propensión innata del hombre al pecado. Pero sólo en parte. En primer lugar, nunca utiliza la palabra «pecado». Desmoralización, libertinaje, licenciosidad, sinrazón, desorden, mala conducta, depravación, derroche, indecencia, pero nunca pecado. Tampoco la argumentación de Villermé seguía una trama religiosa. La única mención a la religión es puramente utilitaria.

Debe confesarse que el mayor consuelo para el pueblo, su principal traba, es la fe en una vida futura, con sus penas y recompensas. La mera sospecha de que no hay nada después de la muerte les hace inmorales, excusa a sus ojos las pasiones más egoístas, las más materialistas, si lo puedo expresar así, y las más perjudiciales para el orden social²⁶.

La religión, en el mundo moral de Villermé, figuraba sólo como una útil traba a las pasiones peligrosas.

Además, aunque Villermé consideraba a los *obreros* predispuestos a la inmoralidad —empleando con frecuencia frases como «caída peligrosa, casi inevitable» o «cede de forma casi inevitable a»²⁷—, no parece considerar esa predisposición inherente a la condición de todos los humanos. La triste predisposición de los obreros a la mala conducta derivaba de las condiciones en que se habían formado, condiciones que inflamaban sus pasiones, estimulaban la imprevisión, y no les enseñaban restricción alguna. Pero los seres humanos formados en otras condiciones no compartían esa predisposición al vicio. Los propietarios de fábricas, por ejemplo, parecen predispuestos a la virtud. Villermé los criticaba a veces por no disponer sus talleres para maximizar la incitación a la virtud, pero no les acusaba de abrazar en la práctica el mal. Villermé parece suponer que la burguesía era virtuosa casi por definición —un concepto nada absurdo, quizá, dada la identificación de virtud moral con el control del apetito, en lugar de cualidades tan «aristocráticas» como, por ejemplo, la generosidad o la elevación de espíritu—. El defecto de la burguesía era sólo una

²⁶ *Ibid.*, pág. 69.

²⁷ *Ibid.*, págs. 52-67.

incapacidad para imponer sus propias restricciones virtuosas a los obreros.

En muchos aspectos el análisis de Villermé sobre los obreros recuerda la idea del Antiguo Régimen de que los trabajadores eran inherentemente desordenados y una nulidad moral. Villermé parece reafirmar con un vocabulario del siglo XIX el juicio del *Parlement* de París de que los trabajadores manuales son «seres nacidos para preocupación de las sociedades, cuyas pasiones, menos atenuadas por la educación, unen a la energía bruta de la naturaleza la actividad que desarrollan en medio de la licencia de las ciudades»²⁸. Villermé comparte también la idea del Antiguo Régimen de que el trabajo debe estar sujeto a disciplina moral para impedir el desorden social. Bajo el Antiguo Régimen, los desordenados obreros eran amansados y disciplinados por las corporaciones, que educaban el trabajo para el arte estableciendo reglas y ordenaciones detalladas. Aunque la batalla del orden contra el desorden o del bien contra el mal es el tema central del libro de Villermé, él ve esa batalla en un entramado decimonónico, determinista y «científico», en lugar del entramado cristiano del Antiguo Régimen. La oposición cristiana tradicional entre las exigencias del alma inmortal del hombre y las exigencias de sus apetitos corporales, una oposición resuelta por la unión en las corporaciones de arte y trabajo, se transforma en la exposición de Villermé en una oposición sociológica entre el tipo de gente capaz de acción moral —es decir, quienes han sido educados para limitar sus apetitos— y el que debe ser salvado de la ausencia de moral. La batalla del bien y el mal se lleva a cabo no tanto en el alma de cada hombre como en las relaciones entre clases morales determinadas por el entorno. La represión de pecado y desorden, para Villermé, se convierte en la disciplina de la burguesía sobre los pobres. Así, para suprimir el vicio y ensalzar la virtud, los propietarios de las fábricas deben procurar que sus obreros estén rodeados de buenos ejemplos y preservados de las tentaciones del mal. Así lo habían hecho unos pocos propietarios de fábricas, pero deberían hacerlo todos. ¿No hay fábricas, pregunta Villermé,

donde los sexos estén separados rigurosamente, y donde se procure que las mujeres salgan un poco antes que los hombres? [¡Esto para asegurar que no vayan a casa juntos!] Donde en cada taller los vigilantes matengan continuamente sus ojos y oídos abiertos a todo lo que se diga o a todo lo que se haga que pueda afectar a la moral. Donde nunca se ofenda a [las costumbres]. Donde se persiga sin piedad la

²⁸ Flammermont, *Remonstrances*, 3: 310.

embriaguez. Donde se exija a los obreros que hagan depósitos en una cartilla de ahorros. Donde el patrono mantenga una escuela a su costa, y exija que los niños acudan todos los días. Donde se informe sobre el destino de los obreros, los cuide cuando estén enfermos, les adelante dinero, incluso se imponga sacrificios para impedir el paro, e intente acudir en su ayuda en toda ocasión²⁹.

Si había de superarse la degradación moral de los obreros, las fábricas debían convertirse en reformatorios, en prisiones industriales caritativas donde la organización del proceso de trabajo, la presencia paternal del fabricante y el ojo sin descanso del vigilante expulsara el desorden y la inmoralidad de la larga jornada del obrero³⁰. E incluso fuera de la fábrica, los obreros deben recibir guía moral y verse protegidos de las tentaciones, sobre todo de la tentación del alcohol, que Villermé denomina «principal azote de las clases trabajadoras»³¹. Aunque Villermé piensa que la jornada obrera era demasiado larga en la mayoría de las fábricas textiles, no pensaba que el ocio debiera ampliarse mucho. Era importante que el domingo, día de descanso, «no lo extiendan los obreros al día siguiente, y no lo pasen en la taberna»³². Sería útil ocupar a los obreros «en domingo con entretenimientos útiles para su salud y con estudios atractivos dirigidos de una forma que les perfeccione en sus oficios, que les dé, con las ideas de orden y ahorro, y con el sentimiento religioso, instrucción moral e intelectual». Pero Villermé no estaba convencido de que ofrecer entretenimientos útiles fuese suficiente; demasiados obreros preferirían pasar el domingo en ocupaciones menos serias. Pero incluso aquí, la burguesía benevolente desempeñaba un papel indispensable.

Personas de reputación, conocidas por los obreros, estimadas y respetadas por ellos, que acudieran a sus juegos, a sus entretenimientos, que los presidieran, los dirigieran con habilidad, harían mucho bien y les resultarían mucho más útiles. Desgraciadamente, esto es algo que no se ve nunca o casi nunca³³.

²⁹ *Ibid.*, pág. 61.

³⁰ Para los paralelos entre la concepción de Villermé de una fábrica bien ordenada y las ideas contemporáneas sobre las cárceles, vid. Foucault, Michel, *Surveiller et punir: naissance de la prison*, París, 1975 (versión española: *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1988, 6ª ed.). Villermé empezó realmente su carrera en ciencias morales con un estudio de las cárceles: Villermé, Louis René, *Des prisons telles qu'elles sont et telle, qu'elles devraient être, ouvrage dans lequel on les considère par rapport à l'hygiène, à la morale et à l'économie politique*, París, 1820. Vid. Rigaudias-Weiss, *Les Enquêtes ouvrières*, págs. 26-7.

³¹ Villermé, *Tableau*, 2: 37.

³² *Ibid.*, pág. 67.

³³ *Ibid.*, pág. 68.

Incluso durante su día de descanso, en sus juegos y entretenimientos los obreros debían estar dirigidos y protegidos del vicio por los guardianes morales siempre vigilantes de la burguesía.

Estos esfuerzos moralizadores de la burguesía los exigía urgentemente la condición de la sociedad contemporánea y sobre todo las poderosas tendencias sociales que auguraban un incremento de la inmoralidad al alejar a la gente de las fuentes tradicionales de represión moral. Había ya miles de obreros cuyas vidas se habían animalizado literalmente, reducidos al nivel de los animales, por la pobreza, el desenfreno y la adicción al alcohol —esos hombres y mujeres eran sobre todo habituales en los suburbios de Lille—. A menos que la burguesía hiciera suya la gran tarea de moralización, las condiciones empeorarían de forma inevitable a medida que la industria moderna se desarrollara. «Con respecto a la moral —afirmaba Villermé— los obreros de las ciudades tienen menos que los del campo, y los de las fábricas menos que los que trabajan en familia»³⁴. Puesto que el progreso industrial hacía crecer las ciudades a expensas del campo, y el trabajo fabril desplazaba continuamente al trabajo en pequeños talleres y en familia, el número, así como la proporción, de obreros sujetos a condiciones desmoralizadoras crecía constantemente³⁵. De aquí que, a menos que los propietarios fabriles convirtieran sus lugares de trabajo en escuelas de moral y represión, el progreso de la industria arrojaría de forma inevitable cada vez a más obreros a un estado de depravación moral y física.

Algunos propietarios de fábricas habían adoptado reformas del tipo defendido por Villermé, y con resultados muy estimulantes; pero la adopción universal de esas reformas no iba a ser fácil. Muchos fabricantes no consideraban dignos de interés los esfuerzos para moralizar a sus obreros, y el sistema de competencia libre desanimaba cualquier innovación que pudiera incrementar los costes y amenazar así la existencia de las empresas reformistas. Aunque Villermé era optimista sobre las posibilidades de reforma moral, el resultado final no estaba claro. Si los fabricantes cooperaban en la obra de moralización, la condición de los obreros podría mejorarse considerablemente, pero si sus esfuerzos eran demasiado limitados y dispersos, el resultado podía ser el deterioro moral generalizado. Pese a todo el optimismo de Villermé sobre las posibilidades de mejora, en su libro aparece la obsesión terrorífica de un crecimiento desordenado de la industria fabril que arrastraría a los obreros de una ciudad tras otra al oscuro sub-

³⁴ *Ibid.*, págs. 49-50.

³⁵ *Ibid.*, págs. 301-26.

mundo de la miseria y el desorden bestial que había visto en los suburbios de Lille. Era la amenaza de que para una proporción siempre creciente de la población el progreso industrial se viera acompañado en un futuro de pobreza y vicio infrahumanos —y el pensamiento todavía más aterrador de que esas bestias humanas se levantara finalmente en una revuelta—, lo que hacía de la obra de Villermé algo tan alarmante y apremiante para sus lectores.

Para el lector moderno, este cuadro de un proletariado brutalizado, revolcándose en la inmundicia, entontecido por el alcohol, carente de toda traba civilizada, ha de parecer menos una valoración precisa de la existencia obrera que una pesadilla de la conciencia burguesa, una proyección negativa en los obreros de la preocupación burguesa por la limpieza, la represión sexual, la previsión y la templanza. De hecho, una lectura atenta del texto de Villermé permite una visión de un mundo obrero moralmente estructurado, cuyos signos de humanidad se vieron oscurecidos por el esquema interpretativo de Villermé. Al tratar sobre los obreros empobrecidos del algodón en Alsacia, por ejemplo, les criticaba por vestir lujosas telas los domingos y dejar que sus ropas de otros días fueran «tan malas, tan insuficientes como sus viviendas»³⁶. Desde el punto de vista de los obreros, sospecha uno, este «lujo» servía para mantener el respeto y el honor a pesar de la pobreza, para ennoblecer el único día que podían llamar suyo. Pero para Villermé, siempre alerta a los signos de «desmoralización», la actitud de los obreros era sólo otro indicio de su sinrazón y despilfarro.

Un ejemplo análogo es el análisis de Villermé de la embriaguez en Lille, que creía la fuente más importante de las inconfesables miserias de los obreros de esa ciudad. Sus observaciones, que pretendían mostrar cómo toda la vida estaba contaminada por el alcohol, revelan de forma involuntaria un mundo vivo de sociabilidad obrera en la taberna. Así, observa que las sociedades de ayuda mutua de Lille, aunque «instituidas con un propósito enteramente moral», estaban arruinadas por el alcohol. «El lugar en que se reúnen una vez al mes para tratar sus asuntos es siempre una taberna». Pero celebraban el final del año gastando parte de las cuotas acumuladas «en desenfreno» —es decir, bebiendo en la taberna—. Para Villermé, esto no sólo era inmoral, sino una perfecta inversión de toda moralidad. Convertir los ahorros acumulados en alcohol era convertir la restricción en su opuesto, convertir la previsión en despilfarro, hacer de las sociedades de ayuda mutua máquinas de desenfreno en lugar de escuelas de virtud. Así,

³⁶ *Ibid.*, 1: 130.

aunque Lille tenía más sociedades de ayuda mutua por cabeza que cualquier otra ciudad de Francia, su «mala organización... no les permite hacer nada bueno»³⁷.

Como se observó en el capítulo octavo, los obreros crearon las sociedades de ayuda mutua no solamente como medio de disponer de fondos en caso de enfermedad, sino también como comunidades de amistad, solidaridad y compañerismo, en las cuales compartir una jarra de cerveza o unos vasos de vino en la taberna de la sociedad fuera tan importante como la ayuda mutua para aliviar la enfermedad o la desgracia. Para los obreros, la taberna era un centro esencial de vida social e incluso moral. A pesar de sí mismo, Villermé advirtió este aspecto de la taberna cuando observó con horror: «Es en la taberna donde contrae deudas, donde las paga cuando puede, donde concluye sus tratos, donde entabla amistades, etc., y donde incluso otorga a su hija en matrimonio»³⁸. La taberna, en la vida de la mayoría de los obreros, era un núcleo de la comunidad, de las obligaciones sociales y de la solidaridad humana; pero Villermé sólo podía verla como un elemento destructor de los lazos de la civilización, un abismo sin fondo de mugre y brutalidad. Sus preocupaciones morales le ocultaban la existencia palpable de una moral alternativa de la clase obrera.

Estas revelaciones inadvertidas de comunidad humana, estos indicios suprimidos de una moralidad alternativa, se perdían en el cuadro vasto y sombrío de Villermé de miseria y vicio, visibles, quizá, para el ojo perspicaz del lector moderno, pero inadvertidos para los contemporáneos de Villermé. El mensaje de este libro, y de otros de ese género floreciente, era claro y descorazonador: el progreso industrial amenazaba con intensificar el sufrimiento y el desenfreno de la clase obrera. Esto, en una época de continuos estallidos revolucionarios de masas, significaba que la existencia de la libertad y la comodidad burguesa no estaba segura. Esa amenaza pendía sobre todos los análisis del problema laboral en Francia a mediados del siglo XIX, oscureciendo los horizontes pero animando también a la busca de soluciones.

LOUIS BLANC Y LA ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

En buena parte, la terrible visión de Villermé sobre el deterioro físico y moral de la clase obrera era compartida por Louis Blanc, aunque su análisis y sus conclusiones fueran enteramente diferentes.

³⁷ *Ibid.*, págs. 103-5.

³⁸ *Ibid.*, 2: 37.

Blanc era un periodista radical, un republicano ardiente, admirador de los jacobinos; su opúsculo *Organisation du travail* fue una de las exposiciones más populares e influyentes de las ideas socialistas³⁹. *Organisation du travail* apareció originalmente como una serie de artículos en la revista mensual de Louis Blanc, *Revue du progrès*, en 1839 y se publicó como folleto al año siguiente. Se reeditó, considerablemente ampliado y revisado, en 1841, 1845, 1847, 1848 y 1850⁴⁰. En ese opúsculo, la condena moral de la sociedad contemporánea se apoyaba sobre todo en la atroz miseria de la clase obrera que, pretendía, era resultado inevitable del sistema económico y social competitivo. Para documentar esta miseria citaba ampliamente un estudio sobre los pobres de Nantes del doctor Guépin⁴¹. El pasaje podía haberlo escrito Villermé.

Entrad en una de esas calles donde vive [el obrero] acorralado por la miseria... inclinaos cuando entréis en una de esas cloacas que dan a la calle y están por debajo de su nivel: el aire es frío y húmedo como en una bodega; vuestros pies se apoyan en el suelo sucio, y teméis caer en el cieno. Al otro lado de la entrada inclinada... hay un gran espacio oscuro, helado, cuyas paredes chorrean agua sucia, reciben aire sólo de una ventana demasiado pequeña para dejar pasar la luz y demasiado mal construida para cerrar adecuadamente. Empujad la puerta y entrad, si el aire fétido no os hace retroceder, pero cuidado, pues el suelo desigual no está ni cubierto de piedra ni de baldosas, o las baldosas están cubiertas por un espesor de suciedad tal que no pueden verse. Hay dos o tres camas, carcomidas, vacilantes, unidas por trozos de cuerda; un colchón de paja, una manta hecha de harapos raídos... En cuanto a armarios, no son necesarios en estas casas.

... Los hijos de esta clase pasan sus vidas en el lodo de los arroyos, hasta el momento en que pueden incrementar la riqueza de sus familias con unos céntimos por medio de un trabajo penoso y embrutecedor. Están pálidos, hinchados, marchitos, sus ojos enrojecidos y lacrimosos sufren infecciones escrofulosas que apenas les dejan ver; se diría que son de naturaleza completamente diferente de los hijos de los ricos⁴².

³⁹ Sobre Louis Blanc, vid. Loubère, *Louis Blanc*.

⁴⁰ En cada uno de esos años aparecieron en París nuevas ediciones en francés, en Bruselas en 1845 y en Londres en 1848. Se publicó también una edición inglesa en Londres en 1848, titulada *The Organization of Labor*.

⁴¹ El doctor Ange Guépin escribió varios libros sobre medicina, así como estudios de la ciudad de Nantes, incluido *Nantes au XIX^e siècle: statistique topographique, industrielle et morale, faisant suite à l'histoire des progrès de Nantes*, Nantes, 1832.

⁴² Blanc, *Organisation du travail*, edición de 1841, págs. 19-21.

Esos eran los «excesos de miseria» a los que «había llevado al pueblo el principio cobarde y brutal de la competencia»⁴³.

Un resultado inevitable de esta espantosa miseria era el desorden moral —en particular el delito y la disolución de la vida familiar—. En condiciones de miseria, «la familia da paso a la unión ilegítima», y por consiguiente al infanticidio, tres veces más habitual en los distritos industriales que en el conjunto del campo⁴⁴. La miseria conduce también al delito. Los distritos industriales, señala Blanc, tienen índices de delincuencia dos veces superiores a los distritos agrícolas: «los galeotes se reclutan en los talleres». En ediciones posteriores de *Organisation du travail*, Blanc citaba el estudio de Frégier de las «clases peligrosas», que había aparecido en 1840, como prueba de la perversión moral que derivaba de la miseria⁴⁵. Según Blanc, Frégier había mostrado cómo, en algunos barrios de París,

¡los leprosos del mundo moral se amontonan en una abominable confusión y, perdidas en su atroz multitud, algunas pobres criaturas se adentran más por miseria que por vicio! ¡Se producen escenas que dan escalofríos! Los rostros están llenos de ferocidad y brutalidad. La lengua que hablan es una lengua funesta, inventada para esconder el pensamiento. Sus excesos se convierten en orgías, todos los días los *habitués* mezclan la sangre de sus disputas con el alcohol que reanima y consume su brutalidad⁴⁶.

Aquí la miseria, animada como de costumbre por el alcohol, creaba un mundo de delito que era una negación de la moralidad burguesa, un mundo donde reinaban las orgías, la violencia, la ferocidad, el engaño. Incluso su lengua era una inversión del habla burguesa, una «lengua funesta» que escondía el pensamiento en lugar de expresarlo. Así, el resultado final de una organización competitiva del trabajo era una negación e inversión de toda moral en el delito.

Pero si Louis Blanc estaba de acuerdo con Villermé en su valoración de las condiciones de la clase obrera, su diagnóstico de las causas era muy diferente. Para Blanc, la causa crucial de la degradación moral era la competencia y la organización individualista del trabajo. Blanc partía del sistema de propiedad privada, que privaba a los pobres de cualquier lugar en la sociedad.

¿Es el pobre un miembro de la sociedad o su enemigo?... En todas partes encuentra el suelo ocupado.

⁴³ *Ibid.*, pág. 22.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 25.

⁴⁵ Frégier, *Des classes dangereuses*.

⁴⁶ Blanc, *Organisation du travail*, París, 1845 (4ª ed.), pág. 25.

¿Puede cultivar la tierra para sí? No, porque el derecho del primer ocupante se ha convertido en derecho de propiedad.

¿Puede recoger los frutos que la mano de Dios ha hecho madurar a lo largo del camino del hombre? No, pues si el suelo ha sido apropiado, también los frutos.

...¿Qué hará entonces ese desgraciado? Te dirá: «Tengo brazos, tengo inteligencia, tengo fuerza, tengo juventud; tomadlos, y a cambio dame una pizca de pan.» Esto es lo que dicen y hacen hoy los proletarios. Pero incluso entonces podéis responder a los pobres: «No tengo trabajo que darte»⁴⁷.

El trabajador sin propiedad está así a merced de los propietarios. Bajo el sistema individualista de la sociedad contemporánea, el trabajo, única fuente de vida de los pobres, se da a través de la competencia al peor postor. De aquí que los salarios, en lugar de fijarse a un nivel adecuado para evitar la necesidad al proletario, se rebajen siempre. «Bajo el imperio de la competencia ilimitada, el descenso continuo de los salarios es un hecho necesariamente general, y en absoluto excepcional»⁴⁸. Mientras la sociedad está gobernada por la competencia, la miseria será el resultado inevitable y el «trabajo legará al futuro una generación decrepita, deformada, gangrenada, corrompida»⁴⁹.

Así, a pesar de la similitud de las valoraciones de Blanc y Villermé de la condición moral y física de la clase obrera, sus propuestas eran radicalmente distintas. Aunque Villermé reconocía que el sistema económico competitivo hacía más difícil de alcanzar la reforma de las fábricas, no ponía en cuestión la estructura básica del orden económico y social. La cuestión crucial no era para Villermé incrementar la remuneración material de los obreros —porque sin mejora moral esos incrementos derivarían simplemente en mayor alcoholismo y derroche—, sino en proporcionar un entorno que estimulase la virtud e impidiese el desorden. Esta reforma era inconcebible sin el capitalista ilustrado, que pudiese hacer de su fábrica una escuela de moralidad y autodominio. Aunque Blanc coincidiese con Villermé en el pernicioso efecto de los malos ejemplos morales, veía la causa última de la degradación moral y física de los obreros en un «orden social corrupto»⁵⁰, en especial en la competencia. Para Villermé, la de-

⁴⁷ Blanc, *Organisation du travail*, edición 1841, págs. 9-10.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 12.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 33.

⁵⁰ Blanc, *Organisation du travail*, edición 1845, pág. 27. Blanc está de acuerdo incluso con Villermé sobre la naturaleza de esos «malos ejemplos». Así, observaba: «Desde el punto de vista moral, ¿podemos pensar en algo más desastroso que esta mezcla de sexos en las fábricas? Supone inocular el vicio a los niños» (*Organisation du travail*, edición 1841, pág. 31).

gradación moral conducía a la miseria y la perpetuaba; para Blanc, la miseria derivaba de la competencia, era la causa de la degradación moral. Blanc creía por tanto que el problema podía resolverse mediante la supresión radical de la competencia y transformando el sistema de propiedad que daba origen por igual a los capitalistas ricos y a los proletarios empobrecidos.

Lo que se requería era una nueva «organización del trabajo». El proyecto de Blanc para organizar el trabajo era similar en muchos aspectos a los elaborados a comienzos de los años treinta por los obreros radicales o por Buchez. Se produciría en asociaciones organizadas democráticamente, que competirían con las empresas privadas y las acabarían venciendo. Estas asociaciones, que Blanc apodaba «talleres sociales» (*ateliers sociaux*), cooperarían entre sí y se convertirían en las unidades fundamentales de la sociedad cuando se suprimiera finalmente el sistema competitivo. La principal innovación del plan de Blanc era el importante papel que asignaba al estado. El estado había de establecer los «talleres sociales», proporcionándoles el crédito y estableciendo estatutos que dirigieran su funcionamiento. Vigilaría y coordinaría sus actividades y les ayudaría en su justa competencia con las empresas privadas. El gobierno, en opinión de Blanc, se convertiría en «el regulador supremo de la producción», encargado de la tarea de «hacer desaparecer la competencia»⁵¹.

El énfasis de Blanc en la acción del estado responde a su valoración pesimista de la condición de la clase obrera. Si el sistema competitivo había reducido a los obreros a la miseria y la descomposición moral, difícilmente podía contarse con que los obreros mismos tomaran la iniciativa de crear una nueva organización del trabajo. Bajo el régimen de competencia existente, según Blanc, los trabajadores no eran hombres libres, sino «esclavos de la ignorancia, esclavos de la suerte»⁵². Sólo la intervención del estado podía darles el poder para ser auténticamente libres. «Queremos un gobierno fuerte porque, en el régimen de desigualdad en el que todavía vegetamos, hay hombres débiles que necesitan una fuerza social que les proteja»⁵³. Como los presentaba Blanc, los obreros eran básicamente pasivos; aunque el objetivo final era establecer una sociedad en la que el obrero fuera el igual de cualquier hombre, la clase obrera era más un objeto de cuidados que un agente activo de la transformación social. Así, la llamada de Blanc en la *Organisation du travail* se dirigía más al público edu-

⁵¹ *Ibid.*, pág. 76.

⁵² Blanc, *Organisation du travail*, edición 1845, pág. XXIV.

⁵³ *Ibid.*, pág. XXV.

cado y formado e incluso a los ricos que a los trabajadores. La introducción a la edición de 1845 empieza: «Es a vosotros, los ricos, a quienes se dirige este libro, porque es una cuestión de los pobres. Pues su causa es la vuestra»⁵⁴.

Esta característica de la teoría de Blanc atrajo la ira de algunos obreros políticamente avanzados. Los editores del periódico *L'Atelier*, por ejemplo, se indignaron de que hablara de obreros «que eran emancipados», en lugar de llamarles a «emanciparse ellos mismos»: «Esperan ser emancipados! Éste es un sentimiento que se origina en una falta de coraje; es un sentimiento casi análogo al del esclavo que no tiene la energía para romper su cadena y que espera con resignación una fuerza superior para ponerse en pie»⁵⁵. Sin embargo, en conjunto, Blanc consiguió una respuesta más entusiasta de los obreros que de los ricos. Según una breve nota al comienzo de la edición de 1841, fueron los «obreros» quienes le pidieron a Blanc que publicara una nueva edición⁵⁶, y muchas de las ideas de Blanc y los términos «*organisation du travail*» y «*ateliers sociaux*» fueron adoptadas por muchos obreros radicales. Es una paradoja característica de los años cuarenta que muchos obreros activos y organizados, en su mayoría procedentes de oficios respetables, fueran partidarios entusiastas de un libro que presentaba a los trabajadores como ignorantes, desvalidos, moralmente degradados y pasivos. Lo que importaba para esos obreros no era la precisión literal de las afirmaciones de Blanc, sino su fuerza moral y las conclusiones prácticas que sacaba. Los escritos de Blanc, al fin y al cabo, compartían su propia animosidad contra el individualismo y la competencia, y su retrato de la degradación moral y la pasividad de los obreros podía leerse de forma que reforzara su propia afirmación de que los obreros se habían visto reducidos a esclavitud por los capitalistas explotadores. Además, los planes de Blanc para la organización del trabajo, tomados fundamentalmente de los proyectos asociacionistas desarrollados por los obreros a comienzos de los años treinta, anunciaban una radical revalorización moral y práctica del trabajo, que se convertiría finalmente en fundamento de un orden social justo. A pesar de las evidentes diferencias en su visión de la sociedad, Blanc y los obreros radicales encontraron abundante terreno común en sus luchas contra el sistema individualista.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. V.

⁵⁵ Cuvillier, *Hommes et idéologies*, pág. 120.

⁵⁶ Blanc, *Organisation du travail*, edición 1841, pág. 1.

Al mismo tiempo que Louis Villermé, Louis Blanc y otros descubrían y analizaban la degradación moral y física derivadas de la condición moderna del trabajo, el trabajo se alababa como cumbre de la creatividad humana y fuente de todo orden social. Esta elevada concepción del trabajo estaba ya implícita en los escritos de los militantes obreros en los años treinta, y se elaboró y amplió como parte de la exploración general del movimiento obrero en los años cuarenta. Una concepción de la creatividad del trabajo subyace a todos los escritos socialistas de esta época, incluso cuando —como en el caso de Louis Blanc— destacaban los efectos paralizantes de la organización existente del trabajo más que la abundancia y perfección moral que se obtendrían cuando el trabajo se organizara correctamente⁵⁷.

Una manifestación fascinante de esta visión de la creatividad del trabajo fue el gesto del poeta obrero. Los poetas obreros comenzaron a aparecer en gran número a fines de los años treinta, y se multiplicaron en el clima favorable de los años cuarenta. Escribían poesía de diversos géneros, poemas líricos y canciones como formas dominantes. El juicio sobre los poetas obreros ha sido más bien duro —se les despacha como poetas mediocres, que escriben malas imitaciones de Lamartine, en elevado estilo romántico y llenas de sentimientos blandos, en lugar de centrarse en su experiencia auténtica como trabajadores—. Por otro lado, se les critica por su ingenuidad e ineficacia política⁵⁸. Pero a esas críticas se les escapa la cuestión más importante sobre el movimiento. La existencia de poetas obreros, el emparejamiento de los términos *poète* y *ouvrier* era una nueva y enérgica declaración sobre el trabajo. Que los trabajadores manuales fueran capaces de hacer poesía, la más estimada de las artes en esa época de elevado romanticismo, que el arte mecánica y el arte poética pudieran ser dominadas por la misma persona, significaba que la oposición tanto tiempo supuesta entre el trabajo vil y la creatividad elevada era falsa, que trabajo y poesía no eran algo opuesto, sino básicamente lo mismo. Los poetas obreros, fueran cuales fueren los temas de su poesía, revelaban la alta misión del trabajo con su misma existencia. Eran representa-

⁵⁷ Un escritor socialista que adoptó la línea justamente opuesta a la de Blanc fue Étienne Cabet, cuya obra más famosa fue su *Voyage en Icarie*, publicada en 1839. A la manera clásica de las utopías, el libro describe una tierra imaginaria llamada Icaria en la que los principios socialistas de Cabet se han establecido plenamente. Sobre Cabet y sus seguidores, vid. Johnson, *Utopian Communism in France*.

⁵⁸ El mejor estudio reciente de los poetas obreros es Newman, «Sounds in the Desert».

ciones vivas de una nueva gran verdad: que el trabajo era sinónimo de creatividad y una emanación de lo sublime.

A veces, aunque no siempre, esta identificación de poesía y trabajo se hacía en los poemas mismos. Uno de los ejemplos más afortunados fue una colección titulada *La Chanson de chaque métier* (la canción de cada oficio), de Charles Poncy, un albañil de Toulon. George Sand le promocionó activamente, como a otros muchos poetas obreros. En 1846 había completado su segundo volumen de poemas, titulado *Le Chantier* (la obra), que, a pesar de su título, presentaba muchos versos románticos, como «Aurora boreal», «El ruiseñor», «Dos almas en el cielo», «Un ramillete de violetas», «Byron en Albano» y «El ángel y el poeta»⁵⁹. Encontrándose «momentáneamente con la inspiración seca» tras completar este volumen, escribió a George Sand en busca de consejo⁶⁰. Fue ella quien le sugirió que escribiera *La Chanson de chaque métier*, «una colección de canciones populares al tiempo alegre, ingenua, seria y grande, sobre todo sencilla», que «poetizaría y ennoblecería cada tipo de trabajo, protestando al mismo tiempo de la mala dirección social de este trabajo como se entiende hoy día»⁶¹. Esta sugerencia llenó a Poncy de «nuevo ardor», y se puso a trabajar inmediatamente⁶². Había completado casi el volumen cuando la Revolución de febrero «se emprendió en nombre de las ideas que habían inspirado estas canciones», haciendo que su libro pareciera «un martillo en manos de un obrero que no tiene ya nada que destruir». Pero con el fracaso de la Revolución social, decidió publicar finalmente su libro en 1850, «porque servirá más tarde para dar a conocer, mejor que muchos, el espíritu y la situación de los obreros de esa época»⁶³.

Poncy retrataba un mundo de trabajo totalmente distinto del de Villermé o Louis Blanc. Era, en primer lugar, un mundo integrado principalmente por los oficios tradicionales, ebanistas, relojeros, sastres, cerrajeros, panaderos, cordeleros, canteros, zapateros, etc.; y aunque hay una «Canción de los mineros», no hay nada sobre los operarios de las fábricas textiles que monopolizaron la atención de Villermé. Como se observó en el capítulo 7, los oficios del tipo retratado por Poncy continuaban dominando la mayoría de las ciudades francesas, la capital en particular, donde el sector textil era práctica-

⁵⁹ Poncy, Charles, *Le Chantier*, París, 1846.

⁶⁰ Poncy, Charles, *Le Chanson de chaque métier*, París, 1850, pág. V.

⁶¹ Poncy incluye una copia de la carta de George Sand en el prefacio a *La Chanson de chaque métier*, págs. VI-IX.

⁶² *Ibid.*, pág. IX.

⁶³ *Ibid.*, págs. XVI-XVII.

mente inexistente. Fueron también los obreros de esos oficios los más activos en los movimientos revolucionarios, a comienzos de la década de 1830, en 1848 o en 1871. En este sentido, el libro de Poncy «da a conocer, mejor que muchos, el espíritu y la situación de los obreros» en la Revolución de 1848.

Segundo, aunque algunas de las canciones de Poncy se extienden en lamentos por la miseria y el sufrimiento, su forma de entender la miseria era completamente diferente de la de Villermé o Louis Blanc. Como se indicó, los salarios reales en los oficios bajaron ligeramente en los años treinta y cuarenta, y el descenso en los niveles de vida pudo ser catastrófico en los oficios mal pagados, como zapatería y sastrería. Poncy era plenamente consciente de estos problemas, y las canciones de los sastres y zapateros subrayaban su pobreza. El sastre es tan pobre que no puede permitirse siquiera vestir las ropas que hace, y el zapatero, que vive constantemente hambriento, recuerda realmente uno de los temas de Villermé, quejándose:

*Mes fils, sur un lit usé,
Couchés pêle-mêle.
De leur mère ont épuisé
La maigre mamelle...*

[Mis hijos, sobre un lecho usado,
echados juntos,
de su madre han agotado
el pecho seco...] ⁶⁴

Como en Villermé, la miseria está representada por una cama carcomida donde niños y adultos de ambos sexos duermen juntos. Poncy, cabe sospechar, pudo leer a Villermé y al menos debió conocer la convención literaria de simbolizar la miseria de esa forma. Sin embargo, las implicaciones morales de Poncy son justamente opuestas a las de Villermé: los misterios que se realizan en la cama del zapatero no son incesto, sino amamantamiento; «la cama impura» de Villermé se transforma en la imagen de Poncy en una escena de la mayor pureza moral. En lugar de degradar a los pobres, la pobreza proporciona un campo para el heroísmo moral, cuando el zapatero y su mujer mantienen los vínculos familiares incluso bajo las circunstancias más difíciles.

La pobreza, para Poncy, no era una aflicción que consumiera todo, sino una cruz que los obreros debían llevar en su búsqueda de

⁶⁴ *Ibid.*, págs. 80-5.

objetivos superiores. El trabajo, en las canciones de Poncy, trae alegría tanto como dolor; lejos de ser una nulidad moral, el trabajo era un acto sublime de creación, que daba forma y valor a la naturaleza bruta. Como cantaban los mecánicos:

*Armons nos bras des sonores marteaux
Et, pour la gloire et le bonheur du monde,
Donnons la vie aux rebelles métaux.*

[Armémonos con sonoros martillos
y, para gloria y felicidad del mundo,
demostramos vida a los rebeldes metales.]⁶⁵

De forma similar, el trabajo del cantero era una forma de poesía que «da alma a un tosco bloque». Así, el joven cantero que viaja por el país,

*Le cœur plein d'avenir,
Partout, sur son passage,
Salue un souvenir.
Il lève la paupière,
Et lit, d'un oeil joyeux,
Ces poèmes de pierre,
Qu'ont écrits ses aïeux.*

[El corazón lleno de futuro,
a cada paso,
saluda un recuerdo,
eleva los párpados,
y lee, con los ojos alegres,
los poemas de piedra,
que han escrito sus mayores.]⁶⁶

En realidad, el trabajo era la fuente de todo orden en el mundo. Como dice Poncy en el poema inicial del volumen, «A los proletarios», si los obreros dejaran su trabajo y se preocuparan, por el contrario, de sus problemas y peligros,

*Nous n'aurions ni maisons, ni moissons, ni navires;
Le monde échapperait à la céleste loi,*

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 72.

⁶⁶ *Ibid.*, págs. 20-5.

*Et couvert des débris de ses riches empires,
L'homme s'abdiquerait: le néant serait roi!*

[Ni tendríamos casas ni cosechas ni barcos;
el mundo escaparía a la celeste ley,
y cubierto de las ruinas de sus ricos imperios,
el hombre abdicaría: ¡la nada sería reina!]⁶⁷

El trabajo, en esta visión, no era una maldición del hombre pecador, sino una «ley celestial». No es un accidente que Cristo mismo fuera un trabajador —el «divino proletario»⁶⁸— y mediante el perfeccionamiento del don de Dios del trabajo «el hombre se hace más caro a Dios cada día»⁶⁹. De aquí el estribillo de la «Canción del herrero»:

*Que ta voix de fer, mon marteau, résonne
Pour glorifier le Travail et Dieu,
Le Travail et Dieu.*

[Que tu voz de hierro, martillo mío, resuene
para glorificar al trabajo y a Dios,
al trabajo y a Dios.]⁷⁰

Como en las artes mecánicas del Antiguo Régimen, el trabajo como lo presentaba Poncy estaba impregnado de significado espiritual. Pero la cristiandad romántica y humanista de Poncy —y de la mayoría de los poetas obreros de esta época⁷¹— daba al trabajo un significado espiritual muy diferente del que le otorgaba el cristianismo jerárquico del Antiguo Régimen. El trabajo en las artes mecánicas del Antiguo Régimen se veía como una intersección de los mundos material y espiritual drásticamente opuestos, una combinación del trabajo humillante con el arte ennoblecedor. La imposición de reglas espirituales y la disciplina del arte sobre el dominio desordenado del trabajo daban a las artes mecánicas una situación diferente, aunque inferior, en la sociedad jerárquica del Antiguo Régimen. En la visión de Poncy, en contraste, mundo del trabajo y mundo del arte, trabajo y poesía, no eran categorías opuestas, sino uno y lo mismo. Poncy comprendía el arte en el sentido romántico del siglo XIX, no como la aplicación disciplinada de reglas, sino como crea-

⁶⁷ *Ibid.*, págs. 3-8.

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 148.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 75.

⁷⁰ *Ibid.*, págs. 36-40.

⁷¹ Vid. Newman, «Sounds in the Desert», págs. 272-4.

tividad, como el descubrimiento y revelación de lo sublime inmanente a todas las obras de Dios. Todo trabajo, manual o no manual, refinado o duro, era por igual una realización del plan divino. Así, la espiritualidad de Poncy suponía no la jerarquía, sino la completa igualdad, una igualdad bien simbolizada en el «divino proletario» con su mensaje de hermandad universal.

Igualdad, sin embargo, no significaba uniformidad. Al igual que todo arte mecánico del Antiguo Régimen tenía sus reglas y disciplina propias, los diferentes oficios del siglo XIX entendían de forma propia sus santos trabajos. El mundo del trabajo, como había observado George Sand, tenía «una infinita variedad»⁷². Cada oficio tenía no sólo sus técnicas y condiciones de trabajo, sino también su propia personalidad. El zapatero está siempre pronto a unirse a insurrecciones, el panadero bebe demasiado vino y persigue a las mujeres, el cantero es un desarraigado, el carretero es despreocupado y ama su libertad, el pescador es beato, el tapicero es refinado y generoso, el impresor es ilustrado, el barbero y el tejedor de la seda están politizados⁷³. Cada oficio vive y trabaja a su manera, cada uno crea el orden en su propio dominio. Pero esos diferentes tipos de trabajo se unen en un todo interdependiente e igualitario. Como señala Poncy en el prólogo:

He tratado sobre todo de demostrar la solidaridad que existe entre todos los oficios, que la industria y el éxito han elevado al nivel de un arte, hasta el más bajo y oscuro. He tratado de mostrar que ningún artesano tiene derecho a creerse más noble o útil que otro: el impresor, por ejemplo, no más que el labrador a quien instruye, pero que le da pan a cambio; el herrero, no más que el albañil a quien proporciona herramientas, pero que le construye una forja para su subsistencia y un tejado para protegerse; el relojero, tan sabio y distinguido en apariencia, no más que el pobre minero que va, entre miles de peligros, a sacar de los costados de la tierra los metales indispensables para la fabricación de todo tipo de relojes, etc. Es una cadena tan admirablemente forjada que ningún eslabón puede separarse sin romperla en cada punto⁷⁴.

En otras palabras, el trabajo genera un orden social armonioso y completo compuesto de oficios distintos pero interdependientes. O más bien, sería así si sus esfuerzos no estuvieran distorsionados y rebajados por la viciosa organización social. Mineros, zapateros, sastres,

⁷² *Ibid.*, pág. VII.

⁷³ *Ibid.*, págs. 11-16, 20-30, 75-85, 115-20, 174-8, 227-30.

⁷⁴ *Ibid.*, págs. XI-XII.

ebanistas, afiladores y otros sufrían una pobreza aplastante⁷⁵; los domésticos se veían humillados por la sujeción al dueño de la casa⁷⁶; los soldados se veían forzados a reprimir las revueltas de sus compañeros obreros⁷⁷; y el tapicero con talento lamenta su «oficio encantador» porque debe «vender sus tesoros para vanidad de los ricos»⁷⁸. El trabajo debe organizarse adecuadamente para que se realice la auténtica armonía de la humanidad. Así, la «Canción de los sastres», que lamenta su pobreza y opresión, termina con una nota positiva:

*Mais pour l'oeuvre des temps maudits
S'ouvre la tombe noire.
Frondon d'un gai De profundis
Sa cendre et sa mémoire;
Car des jours heureux
L'éclat généreux,
Déjà sur nos fronts brille.
Au bruit des chansons.
Enfilez votre aiguille.
Oui, que pour le bonheur de tous
Le travail s'organise,
Et que du Seigneur, parmi nous
Le regne s'éternise.
Enfants, pour bénir
Ce bel avenir,
Qu'on chante et s'égosille.
Courage, etc.*

[Pero para la obra de los tiempos malditos
se abre la tumba negra.
Arrojad con un alegre *De profundis*
su ceniza y su memoria;
pues de días felices
el brillo generoso,
ya en nuestras frentes brilla.
Valor, muchachos,
Al ruido de las canciones,
enhebrad vuestra aguja.
Sí, que para felicidad de todos

⁷⁵ *Ibid.*, págs. 55-9, 62-9, 80-5, 98-102, 414-6.

⁷⁶ *Ibid.*, págs. 120-3.

⁷⁷ *Ibid.*, págs. 127-9.

⁷⁸ *Ibid.*, págs. 211-4.

el trabajo se organice,
y que del Señor, entre nosotros
el reino se eternice.
Muchachos, para bendecir
este bello porvenir,
que se cante y desgañite.
Valor, etc.]⁷⁹

La justicia de Dios, supone Poncy, es inmanente al trabajo, pero para pasar de condiciones de pobreza y sufrimiento a la eterna alegría del «reino del Señor», el trabajo debe organizarse. La organización del trabajo era la gran tarea del siglo, el programa esencial de la Revolución venidera. Su consecución sólo esperaba una unanimidad de voluntades en el pueblo. Así, Poncy concluía su llamamiento «¡A los proletarios!»:

*Et le regne de Dieu descendra sur la terre
Lorsque toutes vos voix l'appelleront en chœur.*

[Y el reino de Dios descenderá a la tierra
cuando todas vuestras voces lo llamen a coro.]⁸⁰

Para armonizar las voces de este coro de la clase obrera Poncy escribió sus canciones.

En el complejo y abigarrado discurso de los años cuarenta, el trabajo se rebajaba a lo infrahumano y se elevaba hasta lo sublime. Atormentado por un coro de lúgubres observadores «científicos», como Villermé, el público no podía descartar la posibilidad de que las condiciones del trabajo modernas redujeran a la clase obrera a la condición de animales, que vivían en sus madrigueras oscuras y sin ventilación, esclavizados por las pasiones más bajas y desordenadas. Sin embargo, al mismo tiempo, los poetas obreros, como Charles Poncy, lo elevaban a las alturas líricas, cantando el elogio de la misión espiritual del trabajo y sus poderes ordenadores. Donde Villermé e incluso Louis Blanc sólo veían un trabajo pesado monótono y uniforme, Poncy veía infinita variedad y encanto interminable. Esas diferencias de percepción eran presagios del conflicto político y la guerra de clases que había de seguir a la Revolución de 1848. Los obreros, en 1848, creían que el estado basado en adelante en la creatividad del trabajo y los diversos oficios organizados de forma corporativa traba-

⁷⁹ *Ibid.*, págs. 141-6.

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 8.

jarían unidos para reconstruir la sociedad como un coro armonioso de trabajadores fraternales. Louis Blanc, elevado a la presidencia de la Comisión Luxembourg, establecida para elaborar planes para la organización del trabajo, hacía causa común con los trabajadores, pero veía el nuevo orden social como la imposición de un estado benevolente más que como una emanación del orden ya implícito en los oficios corporativos. Pero para los hombres de orden que habían venido controlando los destinos políticos de la nación, el clamor en favor de la organización del trabajo aparecía de forma muy diferente: era la ilusión criminal de una clase obrera degenerada, una emanación, no de un orden inherente al trabajo, sino del desorden derivado del alcohol, la animalidad, el rencor y la inmoralidad. En esas circunstancias, es perfectamente comprensible que la insurrección parisiense de febrero de 1848 desencadenara la discusión y la experimentación más intensa y explosiva sobre la organización del trabajo hasta entonces vista, y que el intento de los obreros de establecer una fraternidad universal terminara en una sangrienta guerra civil.

11. La Revolución de 1848

La nación se constituye desde este momento como república;
Todos los ciudadanos deben estar armados y defender las barricadas hasta que hayan alcanzado el disfrute de sus derechos como ciudadanos y trabajadores;
Todo ciudadano adulto es guardia nacional;
Todo ciudadano es elector;
Libertad absoluta de pensamiento y prensa;
Derecho de asociación política e industrial para todos...
Hermanos, permanezcamos serenos y dignificados como el derecho, como fuerza, en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad humanas¹.

Fijado en las calles de París como declaración de «El Pueblo Soberano» el 24 de febrero, pocas horas antes de que el gobierno provisional proclamara oficialmente la Segunda República, este cartel declaraba la continuidad de la Revolución de 1848 con la tradición revolucionaria francesa. El «Pueblo Soberano» empezaba proclamando la república y terminaba con una invocación a la libertad, igualdad y fraternidad; en medio exigía sus «derechos como ciudadanos». Los derechos exigidos eran lugares comunes del republicanismo —sufragio universal, participación universal en la Guardia Nacional y libertad de pensamiento, prensa y asociación. Hasta qué punto eran lugares comunes lo demostró pronto el gobierno provisional. Aunque total desconocedor del efímero cartel, proclamaría en su primer día de existencia todos los derechos que el cartel especificaba. Cuando el pueblo soberano exigía sus derechos como ciudadanos, mediante declaraciones explícitas o, simplemente, apoderándose de las calles de la capital, todos sabían a qué se refería.

¹ *Les Murailles*, 1: 26.

Pero a la inevitable exigencia de derechos como ciudadanos, el cartel añadía una exigencia más novedosa y peor definida: los derechos como trabajadores. A diferencia de los derechos civiles, los derechos de los trabajadores no de especificaban en el cartel, excepto una referencia de pasada al «derecho de asociación política e industrial». El gobierno provisional reconoció de forma más vacilante los derechos laborales. Improvisados en el momento y otorgados bajo presión, los nuevos derechos del trabajo se convirtieron pronto en la cuestión central de la Revolución. El 25 de febrero, el día después de la proclamación de la república, una inmensa multitud de obreros se manifestó ante el *Hôtel de Ville*, obligando al gobierno provisional a reconocer formalmente «el derecho al trabajo» (*le droit au travail*). Esta manifestación y la respuesta favorable del gobierno iniciaron un proceso de exigencias de la clase obrera y de respuestas gubernamentales que contribuyeron a promover una revolución social genuina. Fue una revolución social que se quedó más en promesa y proyecto que en la transferencia efectiva del poder del estado. Para los obreros de París, el mensaje era claro: el trabajo había triunfado finalmente y alcanzado su lugar auténtico como base esencial del estado. Desde el decreto sobre el derecho al trabajo del 25 de febrero a los terribles días anteriores a la insurrección sangrienta de los obreros del 22 al 24 de junio, hubo un fantástico despliegue de energía y acción frenética. En esos cuatro meses los obreros de París se esforzaron por construir un nuevo orden social completo basado en el trabajo —desde la constitución de las nuevas corporaciones obreras a la elección de obreros para la Asamblea Nacional, desde la negociación de tarifas a la elaboración de proyectos generales para la organización del trabajo, desde el establecimiento de asociaciones de productores a la configuración del poder obrero en la guardia nacional—, la acción confusa, agotadora, alegre, contradictoria, generosa, desesperada que es el signo inconfundible de una auténtica revolución.

La revolución obrera de 1848 tuvo lugar sobre todo en París en cuatro meses, de fines de febrero a fines de junio. Al tratar esta breve e intensa primavera revolucionaria parisiense, iré contra la corriente de las principales tendencias de la historiografía reciente. Las mejores historias recientes de la Revolución Francesa de 1848 han tratado de corregir lo que sus autores han visto —con buenas razones— como un énfasis inadecuado en París y en los espectaculares acontecimientos políticos de la primavera de 1848. Esos estudios han demostrado que lejos de ser un fenómeno esencialmente parisiense que terminó con la represión de la insurrección obrera de junio, la Revolución de

1848 creó un amplio movimiento político de toda la nación en favor de una «República democrática y social» —movimiento que, a pesar de los continuos esfuerzos represivos de las autoridades conservadoras, sólo se eliminó con el violento segundo corte del *coup d'état* de Luis Napoleón en 1851—². Acepto toda esta historiografía revisionista: realmente, inicié mi actividad investigadora con un estudio de la Revolución de 1848 en la ciudad de Marsella, estudio que destacaba la importancia crucial de la revolución en la etapa posterior a junio³. Pero si los efectos de la Revolución se desplegaron a escala nacional y en varios años, las transformaciones más importantes de la conciencia obrera tuvieron lugar en las calles, en los mítines y en los talleres de París entre febrero y junio de 1848. Aunque París no era toda Francia, sigue siendo la clave de la Revolución obrera de 1848.

LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

La insurrección de febrero de 1848 empezó cuando funcionarios de la Monarquía de Julio prohibieron un banquete reformista planeado para el 22 de febrero. La protesta popular contra la prohibición condujo pronto a brotes de violencia, y el 23 y 24 de febrero se levantaron barricadas en los barrios populares de París. Tras inútiles intentos de reprimir la insurrección, Luis Felipe abdicó y huyó a Inglaterra el 24; esa misma tarde se proclamó la república y el gobierno provisional se instaló en el *Hôtel de Ville*. El gobierno provisional estaba constituido por una mayoría republicana moderada y una minoría republicana radical, que incluía al socialista Louis Blanc y a un militante obrero llamado Albert⁴. En sus primeros días, el gobierno provisional actuó sometido a una continua presión de una inmensa multitud de obreros que se reunía en torno al *Hôtel de Ville*. En realidad, fue la

² Vid., sobre todo, Agulhon, *1848 ou l'apprentissage de la république*, París, 1973, *La République au village* y *Les Quarante-huitards*, París, 1975; De Luna, Frederick, *The French Republic under Cavaignac, 1848*, Princeton, Nueva Jersey, 1969; Merriam, John M., *The Agony of the Republic: The Repression of the Left in Revolutionary France, 1848-1851*, New Haven, 1978; Price, Roger, *The French Second Republic: A Social History*, Londres, 1972; *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*, Londres, 1975; *1848 in France*, Ithaca, Nueva York, 1975; Vigier, Philippe, *La Seconde République dans la région alpine* (2 vols.), París, 1963; Margadant, Ted W., *French Peasants in Revolt: The Insurrection of 1851*, Princeton, Nueva Jersey, 1979.

³ Sewell, «Structure of the Working Class», especialmente págs. 368-91.

⁴ La mejor síntesis breve sobre la Revolución de Febrero sigue siendo Duveau, 1848.

presión de la multitud la que convenció al gobierno provisional de proclamar inmediatamente la república en lugar de esperar a que una Asamblea Constituyente elegida decidiera sobre la forma de gobierno.

En la mañana del 25 de febrero, el gobierno provisional empezó a organizar la administración y emitió un cúmulo de decretos, proclamando la libertad de prensa, reunión y asociación, anunciando la convocatoria inminente de una Asamblea Nacional elegida por sufragio universal de los varones adultos, aboliendo la pena de muerte para los delitos políticos, etc. Pero la multitud en el exterior del *Hôtel de Ville* quería también que el gobierno provisional adoptara iniciativas específicas en favor de los obreros. Un grupo de manifestantes consiguió forzar la entrada en la sala ocupada por el gobierno y exigió «la organización del trabajo» y una garantía de «derecho al trabajo». El gobierno provisional se mantuvo al principio dubitativo, pero al final se encargó a Louis Blanc la redacción de un decreto garantizando el *droit au travail* (derecho al trabajo)⁵. La redacción elegida por Blanc tenía repercusiones de amplio alcance.

El gobierno de la República Francesa se compromete a garantizar la existencia del obrero mediante el trabajo.

Se compromete a garantizar el trabajo para todos los ciudadanos.

Reconoce que los obreros deben asociarse para disfrutar de los beneficios legítimos de su trabajo⁶.

Al publicar este decreto, el gobierno asumía la responsabilidad de dar trabajo a los parados. Pocos días más tarde el gobierno anunciaba que se abrirían pronto los talleres nacionales para dar trabajo a los parados y que en las semanas siguientes se abrirían establecimientos similares en las provincias. El paro era ya elevado antes de la Revolución de Febrero, y lo elevó aun más la crisis económica que inevitablemente siguió a la crisis política. Durante la primavera de 1848, los talleres nacionales fueron un recurso esencial para decenas de miles de obreros a quienes había dejado sin trabajo la depresión económica. La mayor parte del trabajo de los talleres nacionales era labor rudimentaria de pico y pala en obras públicas de dudosa utilidad; a este respecto los talleres nacionales no eran muy diferentes de los *ateliers de charité* (talleres de caridad), recurso tradicional de los gobiernos franceses en épocas de paro generalizado⁷.

⁵ Gossez, *Les Ouvriers*, págs. 10-14.

⁶ *Les Murailles*, I: 36.

⁷ Vid. McKay, Donald C., *The National Workshops*, Cambridge, Massachusetts, 1933.

Parece probable que la mayoría del gobierno provisional no entendiera los talleres nacionales más que como «talleres de caridad» rebautizados, como expediente temporal para salvar a los obreros de la miseria en una época de gran pobreza. Pero el decreto que establecía los talleres no los basaba en la caridad; los basaba en un derecho de todos los ciudadanos proclamado solemnemente, el derecho al trabajo. En consecuencia, los obreros tendían a ver los talleres nacionales como un rasgo potencialmente permanente de la nueva república. Esta idea de permanencia e importancia se reforzaba con el título de talleres nacionales. Designar a los talleres como «nacionales» suponía que eran una institución fundamental de la república, como la Asamblea Nacional o la guardia nacional. El término «talleres nacionales» tenía también otro significado. Lo habían utilizado por primera vez los sastres en la huelga de 1833 para designar su asociación de productores⁸, y recordaba los «talleres sociales» de Louis Blanc. De aquí que en general se viera a los talleres nacionales, tanto por sus partidarios como por sus detractores, como primer paso en la dirección de un sistema de asociaciones de productores apoyado por el estado.

De esa forma las implicaciones del decreto que proclamaba el derecho al trabajo iban mucho más allá de un alivio al paro. Como lo interpretaban los obreros de París y otras ciudades de Francia, establecía el derecho al trabajo como derecho humano fundamental. Además, el reconocimiento de ese derecho parecía implicar una reestructuración radical de todo el orden social. La afirmación de que «los obreros deben asociarse para disfrutar de los beneficios legítimos de su trabajo» suponía que estaban privados de ellos y que era necesaria la asociación —en otras palabras, una forma de control colectivo sobre la producción— para resolver los problemas. Con su decreto, el gobierno provisional parecía adoptar la idea de que la correcta organización del trabajo era tarea fundamental de la nación. El *Journal des travailleurs* tomaba la voz de los obreros revolucionarios cuando, tres meses y medio después, recordaba al gobierno de la república «el decreto del 25 de febrero, que afirma: *se garantiza el trabajo al obrero*, este decreto es el programa de la Revolución de 1848. ¡Sí, gobernantes, en eso está la revolución!»⁹. Reconocer el trabajo como derecho fundamental, como fundamento de la república, suponía un vasto y radical programa revolucionario¹⁰.

⁸ Vid. capítulo 10.

⁹ De la edición de 4/8 de junio de 1848, citado en Gossez, *Les Ouvriers*, pág. 286.

¹⁰ Esta interpretación del decreto sobre el derecho a trabajar es muy próxima a la de Gossez en *Ibid.*, págs. 10-14.

El decreto sobre el derecho al trabajo condujo, lógica e históricamente, a la organización del trabajo. El 28 de febrero, otra inmensa manifestación obrera se dirigió al *Hôtel de Ville*, exigiendo un ministerio que se dedicara a la organización del trabajo. Tras fuertes desacuerdos en el gobierno provisional, se estableció un compromiso; en lugar de un ministerio, el gobierno establecería una *Commission de gouvernement pour les travailleurs* (Comisión del gobierno para los trabajadores) para analizar el problema del trabajo y proponer soluciones a la próxima Asamblea Nacional. Desde el punto de vista de la mayoría reticente del gobierno provisional, una comisión de estudio, que no suponía iniciativas inmediatas, era una forma de ganar tiempo. Pero desde el punto de vista de los obreros de París, el establecimiento de la comisión era otro compromiso solemne de parte del gobierno. Esa interpretación se veía animada por la redacción del decreto que anunciaba la comisión.

Considerando que la Revolución, hecha por el pueblo, debe hacerse para él;

Que es tiempo de poner fin a los largos e inicuos sufrimientos de los trabajadores;

Que la cuestión del trabajo es de importancia suprema;

Que no hay preocupaciones más elevadas y más dignas de un gobierno republicano;

Que resulta particularmente adecuado para Francia estudiar arduamente para resolver un problema planteado hoy en todas las naciones industriales de Europa;

Que los modos de garantizar al pueblo los frutos legítimos de su trabajo deben tratarse sin demora;

El gobierno provisional de la República decreta:

Se designará una comisión permanente, que se denominará Comisión del gobierno para los trabajadores, con la misión específica y expresa de considerar su destino¹¹.

Esta comisión, que había de incluir representantes de todos los oficios de París, estaría encabezada por dos miembros del gobierno provisional, Louis Blanc y el obrero Albert. Además, celebraría sus reuniones en el *Palais de Luxembourg*, la antigua sede de la Cámara de los Pares. Aquí había una profunda inversión simbólica; en el nuevo régimen el trabajo sustituía a los pares como elemento más noble del estado!

Por tanto, el 1 de marzo la Revolución de 1848 se había convertido ya en una revolución «social» —es decir, una revolución dedicada

¹¹ *Les Murailles*, I: 26.

a resolver el problema del trabajo. Contra los deseos de la mayoría, el gobierno provisional se había visto forzado a declarar el «derecho al trabajo», a abrir los talleres nacionales y a constituir la *Comisión de Luxembourg*. Además, hizo otro gesto simbólico —convertir el palacio de las Tullerías, antigua residencia del rey, en «hogar para los abajadores inválidos» (*Asile aux invalides du travail*)¹². El gobierno provisional, cediendo al estilo romántico que caracterizaba la primera de 1848, evitó los compromisos concretos cuando pudo, pero copensó ese conservadurismo esencial con gestos grandiosos y un lenguaje elocuente. Los obreros, al oír que ocuparían el palacio real y la Cámara de los Pares y que en adelante se les garantizarían «los frutos legítimos de su trabajo», no sin razón, concluían que habían ganado la revolución y se les había reconocido como pueblo soberano. Iminadas todas las restricciones a la libertad de prensa, expresión y asociación, se dedicaron con entusiasmo a consolidar su victoria formando clubes políticos, revitalizando sus corporaciones, fundando periódicos y dedicándose a todas las formas de propaganda hablada y escrita. Así, la experiencia de los obreros en 1848 presenta el contraste más agudo posible con su experiencia de 1830. En 1830 los obreros descubrieron su unidad y su voz política como respuesta a un cierre de las posibilidades revolucionarias. En 1848 los obreros utilizaban la voz política adquirida a comienzos de los años treinta, para forzar la apertura del problema del trabajo desde el inicio de la revolución.

La gran profusión de escritos y discursos obreros en la primavera de 1848 se basó en las innovaciones conceptuales y retóricas de comienzos de los años treinta. La idea de que los obreros eran pueblo soberano porque realizaban todo el trabajo útil de la sociedad que los trabajadores son explotados y mantenidos en servidumbre por una nueva aristocracia burguesa, que la propiedad privada de los medios de producción constituye una nueva forma de privilegio, que el único medio de emancipar a los obreros del egoísmo dominante es la asociación: este complejo de ideas, formulado originalmente por obreros y republicanos entre 1830 y 1834, se convirtió en la justificación común de la acción revolucionaria de la clase obrera en 1848; se convirtió en propiedad de las masas de obreros, que lo utilizaban como cimiento de su proyecto de república de trabajadores. Pero aunque el discurso obrero en 1848 seguía generalmente los mismos temas que en la década de 1830, había importantes diferencias en el énfasis. Una de ellas era el diferente peso otorgado a las ideas de «trabajo» «asociación».

¹² Decreto del gobierno provisional, 25 de febrero de 1848, publicado *Les Murailles*, I: 31.

ciación». La asociación, término clave en el discurso obrero en los años treinta, siguió siendo un principio fundamental en 1848. Pero las agitaciones de los años treinta habían convertido el derecho de asociación en un rasgo normal del programa republicano, y toda restricción al derecho de asociación se eliminó inmediatamente después de la Revolución de Febrero. Aunque la asociación siguiera siendo un valor central en la Revolución de 1848, ya no era el término clave de la controversia política.

Ese lugar lo ocupó en la primavera de 1848 el «trabajo». Si el discurso sobre la «asociación» se había codificado y asimilado en el programa republicano básico entre 1834 y 1848, el discurso sobre el trabajo no había producido ninguna solución estable y aceptada. Aunque la nueva república proclamaba el «derecho al trabajo», se hacía de forma reticente y bajo una fuerte presión popular, y su significado y consecuencias se siguieron discutiendo. En un extremo estaba el punto de vista adoptado por el ministro de obras públicas, encargado de los talleres nacionales, de que el derecho a trabajar sólo significaba un derecho a un alivio para los parados. Una interpretación más extendida entre los obreros era que a todos los ciudadanos debía garantizárseles un trabajo regular en el oficio para el que estuvieran preparados¹³. El *Journal des travailleurs* hacía una interpretación aun más radical. Para que el «DERECHO AL TRABAJO inscrito en las proclamas se convirtiera en una realidad», el *Journal* afirmaba, era necesario que «no se nos quite nada de lo que producimos»¹⁴. Aquí el derecho al trabajo se entendía que incluía el derecho a apropiarse del *producto* del trabajo; significaba un régimen de propiedad enteramente nuevo. Aunque el derecho de asociación era un hecho en la nueva república de 1848, el derecho al trabajo era el centro de la controversia política. No sorprende que el trabajo adoptara un papel tan preponderante en el discurso de los obreros.

La premisa fundamental del discurso obrero en 1848 era que el trabajo era fuente de toda riqueza y felicidad, la actividad humana esencial que hacía fructificar la naturaleza volviéndola útil para el hombre. Éste era el fundamento del «derecho al trabajo». «El paro —declaraba el *Journal des travailleurs*— es la úlcera más horrible de la organización social»¹⁵. No se debía simplemente a que el paro provocara dificultades y sufrimientos. Iba mucho más allá: Si el trabajo

¹³ Según Corbon, un impresor elegido para la Asamblea Nacional en 1848, el derecho al trabajo «recibía generalmente la interpretación... de que el estado debe trabajar en su profesión a cada trabajador que lo pide». Citado en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 57.

¹⁴ Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 299.

¹⁵ Citado en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 286.

era la actividad humana esencial, negar a un hombre el derecho al trabajo era negarle su misma humanidad. La misma premisa, que el trabajo era la fuente de toda riqueza y felicidad, subyace también a la teoría de los obreros sobre la soberanía popular. Esta idea fue parte importante de la retórica obrera revolucionaria en los años treinta. Pero en 1848 se expresaba de forma más plena, elaborada y convincente. Quizá el mejor ejemplo sea el «Manifiesto a los delegados de las Corporaciones (que son miembros de la Comisión Luxembourg)», escrito sólo dos semanas antes de la insurrección de junio.

El pueblo, esa multitud de productores cuya herencia es la miseria, el pueblo sólo ha existido hasta hoy para procurar a sus explotadores los disfrutes que ellos, los parias de la sociedad, nunca han conocido.

Sí, es con su trabajo como el pueblo hace a los burgueses, los propietarios, los capitalistas; sí, es el pueblo el que hace a todos los felices de la tierra.

El Estado, es decir, los hombres que gobiernan al pueblo, sólo existe a costa de los impuestos pagados por todos, impuestos cuya fuente es evidentemente el productor.

Suprimid al productor, y aniquilaréis de un solo golpe a los burgueses, los propietarios, los capitalistas, y llevaréis al Estado a la bancarrota.

Por ello, el pueblo es el Estado, ¿no es el productor... soberano, productor de todas las riquezas?»¹⁶.

Siguiendo una forma de argumentación conocida desde el abate Sieyès, el manifiesto fundamenta firmemente su conclusión: «*L'état c'est... le producteur*». A partir de la premisa básica de que el trabajo es la fuente de toda riqueza, los obreros deducían el doble fundamento de la república que proyectaban en la primavera de 1848: el derecho al trabajo y la soberanía del trabajo.

Con el fin de llevar a la práctica la soberanía del trabajo y asegurar el derecho al trabajo, era necesario establecer una organización del trabajo adecuada. Ésta era, sin duda, la misión específica de la Comisión Luxembourg. Pero los obreros elaboraron también sus propios proyectos teóricos para la organización del trabajo. Los escritos teóricos adoptaron varias formas, desde los manifiestos enviados al gobierno provisional a artículos en los periódicos, tratados breves, discursos en los clubes políticos, más tarde publicados como folletos o panfletos, manifiestos electorales y peticiones presentadas a la Comisión Luxembourg. A veces se quedaban muy pegados a las cuestiones

¹⁶ Reeditado en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 305-6.

que afectaban a un oficio determinado¹⁷. En ocasiones podían ser maravillosamente incoherentes. Un breve manifiesto sobre la organización del trabajo, enviado al gobierno provisional por un mecánico, llamaba a imprimir ocho millones de francos en papel moneda, construir cien barcos de guerra, establecer «talleres nacionales por todas partes, incluso en los bosques, hoy o mañana si es posible», a convocar las quintas para 1848 («por ese medio pronto tendremos a Inglaterra en nuestras manos») y, finalmente, a legalizar la piratería («si se permitiera la piratería encontraríamos cincuenta y cien asociaciones que armarían y equiparían barcos a su costa, y darían grandes beneficios a la nación»)¹⁸.

Pero la mayoría de los tratados de los obreros eran intentos sobrios y razonados de encontrar principios para la organización del trabajo, que se aplicasen a todos los oficios. Pocos eran genuinamente originales —solían sintetizar o combinar argumentos y propuestas ya presentados por docenas de escritores en los años cuarenta—. Casi sin excepción, proponían el establecimiento de asociaciones de productores de uno u otro tipo. Así, uno proponía «la constitución de propiedad para todos por medio del trabajo asociado»; otro concluía que «debemos, bajo el título de Asociación Fraternal del Bienestar, fundar talleres en todas las profesiones más conocidas». Sin embargo, otro proclamaba: «De aquí en adelante todas las empresas industriales, todos LOS TRABAJADORES DE AMBOS SEXOS, jornaleros, obreros, capataces, ingenieros, empleados, directores, estarán ASOCIADOS.» Todavía otro afirmaba como objetivo «la abolición de la explotación del hombre por el hombre mediante la inmediata asociación de productores, mediante la creación de talleres de obreros asociados»¹⁹. Pensando, hablando y escribiendo dentro de la trama general establecida a comienzos de los años treinta, los obreros se concentraban sobre todo en el tema del trabajo como se había elaborado en los años cuarenta. La ideología de los obreros en 1848, en otras palabras, era de carácter marcadamente socialista.

El movimiento obrero de la primavera de 1848 adoptó muchas formas. Junto a los demócratas burgueses, los obreros participaban en cientos de clubes políticos que brotaron en París y en provincias después de la Revolución de Febrero —clubes que representaban ideas republicanas de todos los matices concebibles²⁰—. Los obreros funda-

¹⁷ Esto ocurrió, por ejemplo, con una petición a la Comisión Luxembourg redactada por los cocineros y pasteleros, reproducida en *Les Murailles*, 2: 410-2.

¹⁸ *Ibid.*, I: 357.

¹⁹ *Ibid.*, 2: 8, 259; 1: 462; Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 314.

²⁰ Sobre los clubes, *vid.* Amann, Peter H., *Revolution and Mass Democracy: The Paris Club Movement in 1848*, Princeton, Nueva Jersey, 1975.

ban periódicos propios o, con más frecuencia, colaboraban activamente en publicaciones radicales²¹. Sobre todo, reformaron y revitalizaron sus propias organizaciones de oficio. Los miembros de sectas rivales de *compagnonnage*, por ejemplo, establecieron un *Club des compagnons*, que elaboró una constitución que unificaba a los *compagnons* en una sola organización. El 20 de marzo promovió una manifestación amplísima en la *Place de la République*, donde se reunieron, fraternizaron y desfilaron, sin consideración a rango, secta u oficio, unos diez mil *compagnons* de todas las sectas hasta el *Hôtel de Ville*, para ofrecer su apoyo al gobierno provisional. Allí los *compagnons* declararon que si la república se ponía en peligro, «todas nuestras pequeñas repúblicas formarán una sola para servir como escudo a nuestra Madre común, y la Tiranía no podrá tocarla sin aplastar nuestros cuerpos ensangrentados»²². La Revolución de Febrero parecía capaz de realizar lo que los infatigables esfuerzos de Agricol Perdiguier y otros reformadores habían sido incapaces: unir a las sectas hostiles en una sola hermandad. De hecho, los esfuerzos de unidad se vieron detenidos por las dudas de los *compagnons* tradicionalistas, y una vez que la situación política se volvió contra los obreros en mayo y junio, las sectas del *compagnonnage* volvieron a sus divisiones tradicionales. Pero para entonces los *compagnons* habían quedado relegados por el desarrollo de un movimiento mucho más vasto y más global de corporaciones de obreros organizados.

LA COMISIÓN LUXEMBOURG

El logro más importante de los obreros en la primavera de 1848, el movimiento de las corporaciones, estuvo estrechamente vinculado a la Comisión Luxembourg. El establecimiento de la Comisión Luxembourg fue importante no sólo porque comprometió a la república en la búsqueda de solución al problema del trabajo, sino también por invitar a los obreros de París a colaborar en la tarea. Desde los inicios de la Revolución de Febrero, las comunidades de oficio habían actuado como unidades de la política revolucionaria. Los obreros que se manifestaron ante el *Hôtel de Ville* el 25 de febrero se agrupaban tras las banderas de sus oficios, y en el resto del mes de febrero y en los primeros días de marzo, un oficio tras otro desfilaron en gigantescas ma-

²¹ Gossez, Rémi, «Presse parisienne à destination des ouvriers (1848-1851)», en Godechot, Jacques (ed.), *La Presse ouvrière, 1819-1850*, vol. 23, *Bibliothèque de la Révolution de 1848*, La Roche-sur-Yon, 1966, págs. 123-90.

²² Citado por Truant, «Compagnonnage», pág. 37. *Vid.* también págs. 38-41 y 307-10.

nifestaciones ante el *Hôtel de Ville* para jurar lealtad a la república y dar a conocer sus demandas y deseos al gobierno provisional. Al reconocer formalmente a los oficios como circunscripciones electorales de la Comisión Luxembourg, el gobierno reforzaba el sentido de las corporaciones como actores públicos legitimados. Esto, junto con la abrogación de toda restricción a la libertad de asociación, animó a los obreros a organizar sus corporaciones a mayor escala y de forma más ambiciosa. En los oficios sin organización antes de febrero, la elección de delegados a la Comisión Luxembourg fue la ocasión para formar por primera vez una corporación. Era probable que donde existía algún tipo de organización de ramo —como en la mayoría de los oficios— sólo participara en ella una minoría de toda la fuerza de trabajo; de aquí que a la asamblea general donde se elegía a los delegados para la Comisión Luxembourg le siguiera habitualmente la elección de una comisión encargada de reconstruir la corporación sobre una base más amplia y más democrática²³. De esta forma el nuevo gobierno republicano no sólo toleró las corporaciones obreras; al formar la Comisión Luxembourg, prácticamente exigió la constitución oficial de las corporaciones. Sus delegados elegidos se convertían en autoridades, y cuando se reunían en el Luxembourg no eran sólo una comisión de estudio promovida por el gobierno, sino un cuerpo representativo, capaz de movilizar y coordinar a la clase obrera de París. La Comisión Luxembourg constituyó de hecho a la clase obrera como fuerza pública.

La importancia revolucionaria de la Comisión Luxembourg se demostró de forma espectacular el 17 de marzo, en la primera de una serie de imponentes manifestaciones que marcaron la vida política de la capital en la primavera de 1848. La manifestación de aquel día había sido convocada inicialmente por una coalición de clubes y corporaciones obreras para exigir un retraso de las elecciones a la Asamblea Nacional y a los oficiales de la nueva guardia nacional parisiense ampliada —demora que los demócratas consideraban necesaria para organizar adecuadamente la campaña electoral—. La marcha adquirió una importancia añadida cuando los miembros de las compañías de élite de la guardia nacional se manifestaron el 16 de marzo, protestando contra su asimilación en compañías constituidas democráticamente. Intentando superar a los manifestantes reaccionarios del dieciséis con una asistencia imponente el diecisiete, los delegados del Luxembourg trabajaron desesperadamente para movilizar a los talleres de la ciudad. El resultado fue la mayor manifestación de un año de

²³ Vid. Gossez, *Les ouvriers*, págs. 36-7.

desfiles populares gigantescos. Según los cálculos contemporáneos, entre 150.000 y 200.000 manifestantes desfilaron ante el *Hôtel de Ville*, expresando su apoyo al gobierno provisional contra los manifestantes reaccionarios del día anterior y exigiendo un retraso de las elecciones. Casi todos los manifestantes marcharon por oficio, precedidos por la bandera de su corporación²⁴.

La *journée* del 17 de marzo fue un gran triunfo de los obreros parisienses. El mismo gobierno provisional se inclinó ante su poder; el diecinueve convocó una sesión especial de la Comisión Luxembourg, a la que acudieron en persona varios de sus miembros, para agradecer a «los representantes de estas poderosas corporaciones la espléndida e imponente manifestación» del diecisiete. En esa misma sesión, el gobierno anunció el retraso de las elecciones a la guardia nacional hasta el 5 de abril, lo que suponía también la postergación de las elecciones a la Asamblea Nacional²⁵. La visita del gobierno y su anuncio suponían un reconocimiento oficial de la victoria de la Comisión Luxembourg y un reconocimiento de la clase obrera organizada como fuerza principal de la república. El 17 de marzo elevó a su cenit el prestigio y poder de la Comisión Luxembourg, y en las semanas siguientes la comisión, los delegados y las corporaciones a las que representaban trabajaron eufóricamente en la creencia de que podían crear una genuina república obrera.

A los ojos de los obreros, la Comisión Luxembourg se convirtió en algo mucho más grandioso que una comisión consultiva; se convirtió en una especie de modelo de la república futura. Hasta las elecciones a la Asamblea Nacional del 23 de abril, los delegados obreros en la Comisión Luxembourg fueron los únicos representantes elegidos del pueblo en la república francesa. En esas circunstancias, los obreros veían la comisión como el grandioso espectáculo del pueblo gobernándose a sí mismo, como los «Estados Generales del Trabajo»²⁶. Un periódico radical lo expresó de esta forma: «La revolución es social, se encuentra en su totalidad en la sesión del uno de marzo en el Luxembourg, donde acudieron de 150 a 200 obreros para resolver con el gobierno el gran problema de su destino»²⁷. Tampoco Louis Blanc estaba dispuesto a desalentar esas interpretaciones. Como dijo en un discurso a la comisión el 28 de marzo:

²⁴ El mejor relato de la *journée* del 17 de marzo es el de Amann, *Revolution and Mass Democracy*, págs. 78-110. Sobre el papel de las corporaciones y sus delegados, vid. Gossez, *Les ouvriers*, págs. 244-7. Vid. también Blanc, Louis, *Pages d'histoire de la révolution de février 1848*, París, 1850, págs. 89-94.

²⁵ Blanc, Louis, *La Révolution de février au Luxembourg*, París, 1849, págs. 37-42.

²⁶ Vid. figura 2.

²⁷ *Le Semeur*, 17 de marzo, citado en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 23.

Es algo admirable que hayamos conseguido establecer los *États Généraux du Peuple*. Estáis aquí en una asamblea de diputados, una asamblea de Diputados del Pueblo. ¡Se establezca o no la Asamblea Nacional, confío en que ésta no perezca!²⁸.

En suma, la Comisión Luxembourg se veía como una especie de paralelo de la Asamblea Nacional, compuesta por representantes del trabajo nacional, cuya tarea era legislar la organización del trabajo, o, como lo expresaban los delegados de los ebanistas, elaborar «la constitución del trabajo»²⁹.

Esta idea de la Comisión Luxembourg era indudablemente exagerada. La autoridad de la comisión era en el mejor de los casos ambigua, y aunque Louis Blanc acentuaba la grandiosidad y en sus discursos daba por supuesto el carácter soberano de la Comisión Luxembourg, en la práctica hizo todo lo posible para limitarla a una comisión de estudio. Sus discursos tenían un tono firmemente patriarcal; subrayaba la gran dificultad intelectual del problema del trabajo, y advertía frente a la «precipitación» y daba por supuesto que los delegados obreros le confiarían que interviniera con su sabiduría en su favor³⁰. Fiel a sus escritos prerrevolucionarios, Blanc interpretaba el papel de los obreros como esencialmente pasivo. De los tres delegados enviados por cada corporación, sólo uno debía participar en el «trabajo interno» de la comisión; los otros habían de acudir simplemente a las asambleas periódicas generales. Además, las deliberaciones cotidianas de la comisión se llevarían a cabo en un comité permanente compuesto solamente por diez obreros junto con Louis Blanc, Albert y un grupo variado de «expertos» en el problema del trabajo, que incluía a los economistas Pecqueur, Vidal, Dupont-White, Wolowski y otros³¹. A juzgar por las actas de los debates de este comité, los delegados obreros desempeñaron un papel muy reducido en sus discusiones³². La iniciativa proviene del estado y sus expertos ilustrados; la asamblea de delegados obreros en la Comisión Luxembourg había de dar opinión e información cuando se le pidiera y ratificar los planes una vez elaborados.

Por tanto, la Comisión Luxembourg no era los Estados Generales del Trabajo que imaginaban los obreros parisienses. Sin embargo, a pesar de sus deficiencias, en 1848, la Comisión Luxembourg se con-

²⁸ Citado en *Ibid.*, pág. 225.

²⁹ *Les Murailles*, I: 286.

³⁰ Blanc, *La Révolution de février*, págs. 21-2, 38.

³¹ *Ibid.*, págs. 4-5, 22-4; Gossez, *Les ouvriers*, págs. 234-7.

³² Blanc, *La Révolution de février*, págs. 9-14, 43-59.

virtió en el principal escenario de lo que Trotsky llamó «doble poder»³³. Trotsky sostiene que para hacer avanzar las revoluciones más allá de su fase inicial, una clase revolucionaria debe encontrar instituciones autónomas donde pueda elaborar una alternativa a las estructuras de gobierno. En la fase radical de la Revolución Francesa, de 1792 a 1794, el doble poder estuvo encarnado en el ayuntamiento y las secciones de París; en la Revolución Rusa lo encarnaron los soviets. La Revolución de 1848 tuvo mucho menos éxito y fue mucho menos radical que las revoluciones francesa o rusa, de forma que no puede sorprender que sus instituciones de doble poder se desarrollaran mucho menos. Pero la breve primavera revolucionaria de 1848 vio el nacimiento de dos complejos de instituciones revolucionarias que intentaron empujar la revolución más allá de los logros de febrero: los clubes y el movimiento obrero que rodeó a la Comisión Luxembourg.

Los clubes fueron una importante fuerza política en la frenética primavera de 1848, llegando a abarcar, en su cenit, a unos cien mil parisienses³⁴. Además, su vocación de doble poder era completamente explícita. En palabras del Club Republicano de Trabajadores Libres: «Los clubes son las barricadas vivas de la democracia... Por medio de los clubes, por medio de esta segunda Asamblea Nacional, en sesión permanente, siempre activa, se ha de erigir el nuevo orden social»³⁵. Sin embargo, como ha observado su historiador más reciente, su creatividad ideológica e institucional fue relativamente estéril. Activos en la organización de manifestaciones y en la campaña electoral, analizando incesantemente las cuestiones políticas del momento, hicieron poquísimos por erigir un «nuevo orden social», en la práctica o en la teoría³⁶.

Los resultados del movimiento obrero que se desarrolló en torno a la Comisión Luxembourg fueron mucho más notables. Mientras las actividades de los clubes eran caóticas y sin coordinación, las del movimiento obrero estaban mucho más unificadas, constituyendo, al final, un proyecto sorprendentemente coherente de transformación revolucionaria. La iniciativa revolucionaria en el movimiento obrero procedió no de la Comisión Luxembourg, limitada en su capacidad oficial a la legislación para la organización del trabajo, sino de las corporaciones democráticas, que eran sus circunscripciones electorales. Sin embargo, fue la comisión la que dio al movimiento obrero un foco y un

³³ Trotsky, Leon, *History of the Russian Revolution* (3 vols.), Nueva York, 1932 (versión española: *Historia de la revolución rusa*, Madrid, Sarpe, 1985).

³⁴ Amann, *Revolution and Mass Democracy*, pág. 325.

³⁵ *Les Murailles*, I: 281.

³⁶ Amann, *Revolution and Mass Democracy*, págs. 24-31.

centro de coordinación común, de los que carecían los clubes. Como lugar de reunión de los delegados de los oficios parisienses, la Comisión Luxembourg fue una especie de realización del plan de «asociación de todos los oficios» esbozado por el zapatero Efrahem en 1833³⁷, patrocinado por el gobierno. Lo que la Comisión Luxembourg le proporcionó al movimiento obrero en la primavera de 1848 no fue el liderazgo revolucionario, sino un aura de elevada utilidad pública y una trama institucional —las corporaciones democráticas, los delegados y un cuerpo deliberativo central— que permitió a los obreros construir un embrionario orden social y político alternativo.

Además de la coordinación de esfuerzos posibilitada por la Comisión Luxembourg, el movimiento obrero difería del movimiento de clubes por la naturaleza y fines de sus componentes fundamentales. Mientras los clubes eran organizaciones puramente voluntarias sin un electorado definido y sin poder sobre la vida diaria de sus miembros, las corporaciones se veían como la encarnación institucional de las comunidades de oficios y consideraban su obligación primordial el gobierno democrático de sus oficios. Esto significa que sus energías se concentraban en el problema central de la Revolución de 1848 —la organización del trabajo— y que las ideologías y los planteamientos políticos generales de los obreros podían ponerse inmediatamente en práctica en el gobierno de sus oficios. Mientras los clubes tendían a disipar sus energías en debatir todo tipo de cuestiones en abstracto, las acciones y especulaciones de las corporaciones estaban disciplinadas por las trabas inherentes a la creación y mantenimiento de instituciones. Esto daba a sus proyectos una solidez, una coherencia y un poder de permanencia que contrasta abruptamente con el ruido y la furia efímeros de los clubes. Aunque se organizaban sobre la base del trabajo y carecían de base territorial, las corporaciones obreras eran el equivalente más próximo, en 1848, de las secciones de 1792-4. Eran al tiempo centros de iniciativa en las mayores batallas de la revolución y unidades de gobierno por derecho propio. De aquí que para saber lo que significaba para los obreros la República Social y democrática en 1848 debamos examinar atentamente las corporaciones, que eran su encarnación institucional.

LAS CORPORACIONES REPUBLICANAS

Las corporaciones constituidas por los obreros en la primavera de 1848 eran democráticas y republicanas en su estructura. Abarcaban a

³⁷ Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 159-67.

todos los obreros del ramo y estaban gobernadas por procedimientos democráticos. Todos los cargos o los delegados se elegían mediante sufragio universal dentro del ramo³⁸ y los asuntos importantes solían debatirse y votarse en las asambleas de toda la corporación. Los hojalateros parisienses, por ejemplo, tuvieron no menos de doce asambleas generales entre febrero y junio de 1848³⁹. En los oficios demasiado grandes para tener asambleas generales frecuentes —ebanistas, pintores, cerrajeros y mecánicos, por ejemplo— las corporaciones se organizaban por distritos urbanos, y cada distrito enviaba delegados para formar un comité central del oficio⁴⁰. Unidades de un orden social republicano, las corporaciones obreras se configuraron en forma de pequeñas repúblicas con sufragio universal y gobierno representativo como modo de actuación.

Sin embargo, eran todavía reconocibles como corporaciones y se denominaban así en el discurso contemporáneo. Su continuidad con las antiguas formas de corporación era sobre todo evidente en sus prácticas de ayuda mutua, prácticas que las distinguían como comunidades morales. Esto era lo que entendían los obreros cuando denominaban «filantrópicas» o «fraternales» a sus sociedades. Los estatutos de la Sociedad general política y filantrópica de mecánicos y cerrajeros explicaban que la asociación

es filantrópica porque la Sociedad se crea como madre de todos sus miembros, y porque en todo tiempo y en cualquier circunstancia debe trabajar por sus hijos, para asegurarles en todos los casos de falta de trabajo, enfermedad o ancianidad un bienestar suficiente para permitirles resistir la opresión de quienes son sus enemigos⁴¹.

El uso de las evidentes licencias imaginarias habituales no ofrece duda: las prácticas de ayuda mutua debían considerarse creadoras de una comunidad moral entre los obreros o, en palabras de la corporación de hojalateros, de «propagar el buen espíritu de cordialidad que debía existir entre hombres de la misma profesión»⁴².

Las corporaciones obreras de 1848 tenían todas las formas de auxilio habitual que proporcionaban las sociedades de ayuda mutua autorizadas de la Restauración y la Monarquía de Julio o las cofradías del Antiguo Régimen: ayuda a los obreros enfermos y accidentados, y pen-

³⁸ Gossez, *Les ouvriers*, pág. 370.

³⁹ *Ibid.*, pág. 156.

⁴⁰ *Ibid.*, págs. 129, 141, 207.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 209.

⁴² *Ibid.*, pág. 156.

siones para los demasiado mayores para trabajar y para viudas y huérfanos. Muchas de las sociedades formadas en 1848 incluían también subsidios para los miembros en paro⁴³. Los habían incluido algunas sociedades de ayuda mutua autorizadas de la Restauración y la Monarquía de Julio, pero las autoridades no solían permitirlo porque podían utilizarse para apoyar a los huelguistas tanto como a los obreros en paro. Finalmente, aunque las sociedades habían perdido la práctica de denominarse según el patrono, solían mantener el rito del entierro corporativo. El cortejo fúnebre debió seguir siendo una fuerte afirmación de solidaridad para la Asociación comercial, laboral y fraternal de zapateros o para la Sociedad filantrópica de obreros de sastrería o para la Sociedad general de obreros del papel pintado de la república francesa⁴⁴, tanto como para las sociedades de Saint Crispin o de Saint Honoré o de la Ascensión de la Virgen María durante la Restauración y la Monarquía de Julio. Tal como declaraban mecánicos y cerrajeros, la corporación había de «acudir en ayuda de todos sus miembros por todos los medios a nuestro alcance desde su admisión hasta su entierro»⁴⁵. El entierro corporativo significaba que la corporación seguía percibiéndose como un cuerpo moral permanente interesado en la totalidad de la vida de sus miembros.

La continuidad con las formas anteriores de las corporaciones obreras fue también evidente en los intentos obreros de regular sus oficios. Las condiciones favorables creadas por la Revolución de Febrero permitían realizar en pocas semanas lo que los obreros no habían conseguido en tres décadas de lucha bajo la Restauración y la Monarquía de Julio. Tan pronto como se formaron las nuevas corporaciones obreras, empezaron a presionar a los maestros en favor de acuerdos públicos que garantizaran horarios más cortos, el control sobre la contratación, regulaciones de las condiciones de trabajo y sobre todo salarios más elevados y más uniformes —a veces en forma de un salario diario fijo, pero con más frecuencia en forma de tarifas⁴⁶—. El especial énfasis de los obreros en las tarifas, en 1848, casaba con sus reivindicaciones en los conflictos laborales de las dos décadas anteriores y en especial de las grandes olas huelguísticas de 1833 y 1840. Los obreros querían tarifas fijas uniformes, como se ha señalado, no sólo porque les garantizasen un salario digno, sino porque imponían orden en el oficio al especificar y fijar precios para todas las operaciones que podían realizar legítimamente. Las tarifas se concebían

⁴³ Vid., v. gr., *Ibid.*, págs. 176, 194, 199, 273-4.

⁴⁴ *Ibid.*, págs. 169, 176, 194.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 213.

⁴⁶ *Ibid.*, págs. 74, 81, 194.

como un remedio contra las fuerzas disolventes del sistema económico competitivo: la explotación, la degradación de las técnicas, la subcontratación, la creciente división del trabajo, la producción de artículos *prêt-à-porter* y otras prácticas que tendían a quebrar el oficio en un montón de talleres separados. Las tarifas, podía decirse, eran la solución de la clase obrera al problema de «la organización del trabajo». Como lo expresaba un carpintero parisiense: «La dificultad de la organización del trabajo es grande, sin duda. Sin embargo, hay un medio de salir del laberinto; se conoce, tanto como sus resultados. Hablo de la tarifa.» Esta opinión era ampliamente compartida. «El único medio de hacer felices a los obreros», pretendía un panfleto contemporáneo, es «una sola tarifa en cada profesión... establecida con el acuerdo de obreros y empresarios». Otro declaraba que «todo trabajo debe estar *tarifié* (sujeto a tarifa) por el empresario y el trabajador, para abolir la explotación del hombre por el hombre». Al establecer una tarifa, los obreros podían «impedir la competencia desleal que degrada el oficio, arruina al fabricante y reduce a la miseria a los trabajadores»⁴⁷.

En particular en los días y semanas que siguieron al 17 de marzo, los obreros de docenas de oficios redactaron regulaciones y las presentaron a sus empresarios. El paro muy extendido en la primavera de 1848 limitaba las presiones económicas que los obreros podían ejercer sobre sus patronos. Pero se veía más que compensado por su fuerza política. Rara vez tuvieron que ponerse realmente en huelga, y cuando lo hicieron, recurrieron a la Comisión Luxembourg para conseguir la conciliación. Habitualmente, las iniciativas obreras conducían directamente a negociaciones, generalmente emprendidas por los delegados oficiales del sector en la Comisión Luxembourg —los delegados obreros elegidos en la semana posterior al 1 de marzo y los delegados de los empresarios, a quienes se invitaba a acudir a la comisión a título consultivo; tuvieron su primera sesión el 17 de marzo, el mismo día de la gran manifestación obrera⁴⁸—. La atmósfera de esas negociaciones era generalmente cordial, y los acuerdos alcanzados solían ser muy favorables a los obreros. Redactados como «convenios» formales, muchos de esos acuerdos se firmaban en una ceremonia pública ante las autoridades de la Comisión Luxembourg, lo que les daba simbólicamente el respaldo de la autoridad del estado⁴⁹.

⁴⁷ *Ibid.*, págs. 74, 81, 194.

⁴⁸ Blanc, *La Révolution de février*, págs. 26-37.

⁴⁹ Ejemplos de convenios se reproducen en Blanc, Louis, *Pages d'histoire*, páginas 325-52, y *Révélation historiques en réponse au livre de Lord Normanby* (2 vols.), Bruselas, 1859, 2: 314-24. Vid. también Gossez, *Les ouvriers*, págs. 268-74.

El procedimiento fue tan efectivo que muchos obreros lo veían como rasgo permanente de la nueva república francesa. Ése era, por ejemplo, el propósito de un candidato de la clase obrera a la Asamblea Nacional.

¿Cómo pueden garantizarse los salarios? Mediante el establecimiento de *chambres syndicales* para cada *corps de métier*... compuestas por patronos y obreros... El salario de cada tarea se establecerá mediante convenio entre ellos..., se redactará una tarifa general, y esa tarifa habrá de aplicarse a todas las localidades donde se acepte, porque el estado se encargará de garantizar su ejecución⁵⁰.

Pero si la Comisión Luxembourg era la garante de los convenios negociados entre obreros y empresarios, su realización cotidiana se dejaba a los oficios. «Cada *corps d'état*», como decía un panfleto contemporáneo, se convertirá en «una especie de verdadero tribunal fraternal disciplinario»⁵¹. Así, el convenio de los fontaneros con los patronos especificaba que todas las infracciones o quejas de patronos u obreros habrían de denunciarse en la taberna donde se mantiene el registro de trabajo —para ser resuelto, probablemente, por algún tipo de comisión bipartita⁵²—. Según los convenios ratificados públicamente en marzo y abril de 1848, los oficios de París se transformaban en unidades de gobierno y arbitraje, que operaban bajo la égida de un estado benevolente.

Las acciones militantes de las corporaciones obreras forzaron a la Comisión Luxembourg a intervenir en las disputas laborales y actuar como garante de los convenios entre obreros y empresarios. Como la propia comisión declaraba:

El carácter esencialmente social de la Revolución de 1848, la necesidad urgente de reformas económicas son tales que una Comisión instituida para elaborar proposiciones legislativas, para buscar la solución del problema de la organización del trabajo, se transforma de forma imparable, por la fuerza de las cosas, en un tribunal superior de arbitraje y ejerce una especie de gobierno moral por la libre voluntad y la expresa llamada de los trabajadores y los dirigentes de los negocios.

La comisión se encuentra así llamada a la teoría y a la práctica. Acepta ese doble papel... como una obligación⁵³.

⁵⁰ Declaración electoral del obrero fundidor Hallier, citada en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 82.

⁵¹ Coinze, F. V., *Question de l'organisation du travail, de la représentation industrielle et de la représentation ouvrière pour le travail*, citado en *Ibid.*, pág. 86.

⁵² Blanc, *Révélations*, 2: 322-3.

⁵³ *Le Moniteur universel*, 28 de marzo de 1848.

Concebida como instrumento para buscar una organización del trabajo al estilo de Louis Blanc —formular proyectos que un estado benefactor impondría a la industria—, la Comisión se vio impulsada a buscar una organización del trabajo al estilo de los obreros parisenses —regulaciones detalladas e importante control obrero sobre los oficios de la ciudad—. «La fuerza de las cosas» convirtió a la Comisión Luxembourg en garante de una nueva organización corporativa de la industria parisense. En los meses de marzo y abril, en otras palabras, la comisión fue no sólo una comisión de estudio, sino un Ministerio de Trabajo de hecho, un ministerio manejado por los obreros en lugar del gobierno.

Aunque la iniciativa de este sistema de regulación corporativa provino casi exclusivamente de los obreros, es notable que encontrara poca resistencia de los empresarios. En parte se debió a que ambos bandos creían que los obreros habían ganado la revolución. Pero la buena disposición de los patronos para alcanzar acuerdos revela al menos una aceptación parcial de una organización corporativa de la producción. Al fin y al cabo, los patronos estaban plenamente familiarizados con las ideas obreras, y muchas de las regulaciones impuestas formalmente en los convenios de 1848 se observaban ya de modo informal en la mayoría de los talleres. Muchos patronos simpatizaban con el objetivo de reducir la competencia e imponer condiciones más uniformes en el oficio. Como decían los fontaneros sobre sus empresarios en marzo de 1848: «Algunos de ellos han firmado rápidamente las tarifas que hemos preparado. Las han encontrado razonables, nos hemos comprendido: pronto se reconocerá que sólo deseamos lo que es justo, que también nosotros deseamos curar esa herida social llamada competencia»⁵⁴. En casos extremos, como la sastrería, los pequeños patronos se unieron realmente a los obreros en una lucha común contra los *confectionneurs* (fabricantes de tejidos de confección), a quienes obreros y patronos veían como «extranjeros a nuestro estado [*état*]»⁵⁵. Pero incluso en los oficios donde la confección no estaba tan difundida, los patronos aceptaban las propuestas obreras de regulación corporativa con una resistencia sorprendentemente pequeña. Había sin duda diferencias entre patronos y obreros. Los convenios que gobernaban el trabajo en los talleres eran menos estatutos consensuados que tratados entre dos bandos opuestos. Obreros y patronos estaban deseosos de aceptar por el momento una trama de re-

⁵⁴ Citado en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 156.

⁵⁵ Sobre los sastres, *vid. Ibid.*, págs. 160-6. La cita procede de un delegado obrero a una «asamblea corporativa mixta» el 13 de marzo de 1848 (*Ibid.*, pág. 164).

gulación corporativa dentro de un régimen de propiedad privada. Pero ningún bando estaba indiscutiblemente comprometido con la nueva organización industrial corporativa que tomó forma en marzo y abril de 1848. Algunos patronos continuaban prefiriendo la «libertad industrial» de la etapa anterior a 1848, y una vez que la balanza política se volvió contra los obreros en mayo y junio, muchos ignoraron simplemente los convenios solemnes de marzo y abril y volvieron a sus prácticas anteriores.

Tampoco los obreros confiaban plenamente en el sistema que se desarrolló en marzo y abril de 1848. En muchos oficios el intento de alcanzar convenios con los patronos se complementaba con los intentos de establecer asociaciones de productores. El caso mejor conocido fue el de los sastres parisienses, que establecieron un inmenso «taller nacional» corporativo que obtuvo una concesión del estado para fabricar los uniformes de la guardia nacional⁵⁶. Incluso en los oficios que no hicieron intentos de fundar realmente asociaciones de productores en la primavera de 1848, los estatutos de las sociedades obreras solían incluir «la organización del trabajo en talleres nacionales de la corporación» —o alguna declaración equivalente— como uno de sus objetivos⁵⁷. La idea de establecer asociaciones de productores estaba generalizada en el movimiento obrero de 1848; se incluía en los estatutos y manifiestos de las corporaciones obreras, en panfletos escritos por cientos de autores de la clase obrera y en la Comisión Luxembourg misma. Pero en lugar de ver la producción cooperativa como un don de un estado benefactor, los obreros la veían como una ampliación del control práctico sobre sus oficios. Al inducir a la Comisión Luxembourg a ratificar los convenios que permitían a sus corporaciones regular el trabajo en los talleres, los obreros se aseguraban que los planes teóricos de la comisión se basaran en una sólida fundamentación del poder de los obreros. Alcanzar convenios con los patronos y gobernar el oficio con ellos era un primer paso decisivo en la organización del trabajo. Pero el objetivo final seguía siendo el establecimiento de asociaciones que abolieran la distinción entre patrono y obrero y convirtieran a todos los que trabajaban en el oficio en propietarios colectivos de los medios de producción.

Así, aunque las corporaciones organizadas por los obreros en 1848 mantenían evidentes continuidades con las corporaciones obreras de la Restauración y la Monarquía de Julio, o incluso con las corporaciones

⁵⁶ *Ibid.*, págs. 164-6. Sobre otros intentos, *vid.* págs. 131-3, 146, 149, 185, 312-3.

⁵⁷ La cita procede de la Sociedad general de la corporación de zapateros (*ibid.*, página 174).

de maestros del Antiguo Régimen, eran también nuevas en importantes aspectos. Una novedad crucial era el destacado papel que asumían en la vida política de la república. Los obreros veían sus corporaciones no sólo como comunidades morales y medios de regular el oficio, sino como actores de la política revolucionaria. Los estatutos de la Asociación fraternal y democrática de obreros ebanistas, por ejemplo, afirmaba que la asociación se había formado no sólo «para discutir y acelerar la organización del trabajo» y «proteger sus intereses morales y materiales», sino «para ilustrarse e instruirse sobre sus derechos políticos y sociales». Los estatutos enuncian como uno de los principales objetivos de la asociación el mantenimiento de un «gobierno popular y democrático» que «hiciera imposible la contrarrevolución»⁵⁸. Los estatutos de la Sociedad general, política y filantrópica de mecánicos y cerrajeros expresaba la misma cuestión de forma más elaborada.

El gran principio de Fraternidad para todos es la unión, la igualdad de derechos para todos sin distinciones y la libertad de pensar y decir lo que uno piensa.

¡Ciudadanos, hemos conquistado esos derechos! Debemos hacer uso de ellos... Debemos formar la unión fraternal más perfecta..., mediante esa unión echaremos abajo todo lo que pretenda defraudarnos o violar nuestros derechos... Esta unión, finalmente, es tanto política como filantrópica.

Es política, porque cada uno de nosotros debe conocer y seguir los pasos del gobierno que hemos creado, en orden a poder discutir sus acciones y protestar contra quienes podían tender a aniquilar nuestros derechos...

¡Ciudadanos! Hemos abolido la monarquía; con tiempo, perseverancia y con nuestra buena constitución, haremos que los déspotas griten con nosotros con todo el corazón:

¡VIVA LA REPÚBLICA!⁵⁹.

De esta forma, las corporaciones servían como clubes políticos; mantenían una atenta vigilancia sobre las acciones del gobierno y estaban dispuestas a actuar cuando fuera necesario.

La vocación política de las corporaciones se reveló de forma elocuente durante la campaña electoral de abril de 1848. Cuando se acercaban las elecciones a la Asamblea Constituyente, cada corporación se constituyó en comité electoral, y como los clubes políticos, escuchaban a una serie de candidatos que iban de club en club y de corpo-

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 141.

⁵⁹ Los estatutos se reproducen en facsímil en *Ibid.*, págs. 208-11.

ración en corporación en busca de votos. Pero las corporaciones estaban muy deseosas de elegir representantes del propio oficio. La tendencia de cada corporación a proponer como candidato a uno de sus miembros pronto resultó alarmante para los delegados de la Comisión Luxembourg y para Louis Blanc, que advirtió que era necesario establecer una sola lista acordada. Caso contrario, aconsejaba Blanc,

— cada corporación se aferrará al candidato que haya nombrado, cada candidato querrá convertirse en candidato definitivo. Como resultado, dispersión de votos, desunión en la elección, y si se va por este camino el pueblo será sacrificado una vez más... Debéis partir del principio de que no estáis aquí como cerrajeros, ebanistas, mecánicos; estáis aquí como hombres del pueblo, que sois hermanos, y que deseáis llevar a cabo la liberación del pueblo⁶⁰.

Los delegados de la Comisión Luxembourg formaron un comité central de los obreros del departamento del Sena que examinaría los candidatos nombrados por cada oficio y establecería una sola lista definitiva. Tras larga deliberación, el comité central publicó finalmente su lista el día antes de la elección y encargó a cada delegado que difundiera los nombres dentro de su oficio⁶¹.

En las pocas horas que quedaban, los delegados organizaron la distribución de un millón de copias de su lista por los talleres y convocaron a los obreros a una asamblea en los *Champs-Élysées* en la mañana del 23 de abril. Desde allí, en palabras de los delegados de los tipógrafos, «cada corporación, bandera al frente, desfilará con orden y todos irán a sus respectivos lugares de votación a depositar la papeleta»⁶². Pero a pesar de los esfuerzos de los delegados, los resultados fueron decepcionantes. Sólo uno de los candidatos obreros de la Comisión Luxembourg fue elegido, Agricol Perdiguier, cuyo renombre como escritor y reformista del *compagnonnage* le había proporcionado el apoyo de muchos otros clubes y comités electorales. La campaña para elegir obreros para la Asamblea fue un fracaso. Pero una de las causas del fracaso fue el deseo de cada corporación de tener un diputado propio en la Asamblea y actuar como unidad política autónoma durante la campaña. «Los obreros», como indica Gossez, «concebían su representación política por categorías profesionales»⁶³.

El papel público que los obreros otorgaban a sus oficios puede percibirse también en la gran sucesión de desfiles y manifestaciones

⁶⁰ Citado en *Ibid.*, pág. 254.

⁶¹ Blanc, *Pages d'histoire*, págs. 133-9.

⁶² Gossez, *Les ouvriers*, pág. 257.

⁶³ *Ibid.*, pág. 253.

de la primavera de 1848. En esos acontecimientos, los oficios participaban invariablemente como unidades que marchaban tras su bandera. Desde las manifestaciones del 25 y 28 de febrero al *Hôtel de Ville*, pasando por el desfile triunfal del 17 de marzo, el tenso y descorazonador enfrentamiento del 16 de abril y el desastroso intento de insurrección del 15 de mayo, París se vio expuesto al espectáculo periódico de grandes procesiones populares en las que el pueblo soberano se presentaba como un agregado de corporaciones obreras. Además, hubo otros innumerables desfiles y manifestaciones de corporaciones individuales, en los que los obreros iban a presentar peticiones a la Comisión Luxembourg, a manifestar su lealtad al gobierno provisional o a manifestar simplemente su solidaridad y entusiasmo republicano tras salir de una de las innumerables asambleas de oficio que puntuaron la primavera de 1848⁶⁴. En 1848 las corporaciones obreras tomaron posesión simbólicamente de las calles de la capital, ocupando el espacio público tradicional de la revolución, anunciándose solemnemente como actores públicos revolucionarios.

Este protagonismo de los agrupamientos corporativos en los cortejos callejeros revela la originalidad de la Revolución de 1848 en relación al Antiguo Régimen y a la Revolución Francesa de 1789-94. Las corporaciones de oficio, con sus banderas e insignias, habían participado en muchas ceremonias públicas del Antiguo Régimen —por ejemplo, entradas reales, coronaciones y ceremonias religiosas—. Como en 1848, se presentaban como componentes diferentes o unidades distintas del orden social. Pero había una enorme diferencia. Las procesiones del Antiguo Régimen incluían a otros muchos cuerpos: eclesiásticos, nobles, diversos cuerpos de magistrados y autoridades, profesiones liberales, etc. Esos diversos cuerpos se disponían siempre en la jerarquía más estricta, con los eclesiásticos en un extremo y en el otro, inevitablemente, las corporaciones de oficio. Así, cuando las *gens de métier* participaban en una procesión en el Antiguo Régimen, estaban reconociendo su posición subordinada en una jerarquía política y social que culminaba en la iglesia y el rey. En 1848 las corporaciones de oficio, junto con los clubes políticos, democráticamente constituidos, eran los únicos cuerpos constitucionales que iban en procesiones, y no observaban un orden de marcha determinado. Lejos de reconocer jerarquía social o política alguna o la autoridad de la iglesia o el rey, las corporaciones de oficio se presentaban como constituyentes iguales del pueblo soberano, fuente última de toda autoridad política.

A este respecto, estaban precisamente en la tradición de las gran-

⁶⁴ *Ibid.*, págs. 19-20, 37-9, 174, 244-7, 265.

des procesiones, ceremonias e insurrecciones de la Revolución Francesa. Pero también aquí había un contraste acusado. Durante la Revolución, y en particular bajo la república radical de 1792 a 1794, el pueblo soberano ocupó las calles no como una suma de oficios diferentes, sino como «pueblo» indiferenciado. Agruparse tras la bandera de una corporación habría sido declararse enemigo de la «República Una e Indivisible», como un «federalista» contrarrevolucionario. Esto había cambiado totalmente en 1848. Para los obreros revolucionarios de 1848, el trabajo era la fuente de soberanía, y la organización del trabajo a través de la asociación era el principio del orden social. Por tanto, tomaban las calles como trabajadores asociados, agrupados en sociedades por oficio, pero participando igualmente con todos los otros oficios en la gran asociación de la nación. Para ellos, las comunidades de oficio eran las unidades constituyentes del pueblo soberano y de la república. Así, la forma de sus procesiones revela espectacularmente la diferencia entre la República Una e Indivisible de los *sans-culottes* y la República Social y Democrática de los obreros revolucionarios de 1848.

La vocación pública de las corporaciones iba más allá de la idea de que debían actuar políticamente para apoyar la revolución. Las corporaciones en la primavera de 1848 eran vistas por los obreros como unidades fundamentales de la república. Desde ese punto de vista, el trabajo era no sólo el respaldo esencial de toda la sociedad y fuente de la soberanía popular; era también una actividad intrínsecamente pública. Esta idea puede verse, por ejemplo, en la tendencia de las sociedades obreras a llamar a sus representantes *fonctionnaires*, término utilizado normalmente sólo para los empleados del estado que realizan lo que los franceses denominan «función pública»⁶⁵. Esa denominación podía incluso extenderse a todos los obreros de un oficio. Un ejemplo es un manifiesto electoral, escrito en verso por un obrero parisiense. Este aspirante a candidato a la Asamblea Nacional había empezado su carrera como maestro de escuela, pero se convirtió en cuchillero cuando su vista empezó a fallar. Contaba que cuando se hizo cuchillero:

*Un instant ce métier fit blessure à mon cœur;
Mais qu'importe aujourd'hui dans notre République,
Si le plus humble état est fonction publique.*

⁶⁵ Para un ejemplo de este empleo, *vid.* el panfleto titulado *Organisation du travail*, por Contais, pintor de brocha gorda, reeditado en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 332.

[Por un instante este oficio hirió mi corazón;
pero qué importa hoy en nuestra República,
si el oficio más humilde es una función pública.]⁶⁶.

De penitencia y signo de vileza bajo el Antiguo Régimen actividad útil y fuente de propiedad privada en la Revolución Francesa; el trabajo se convertía aquí en noble servicio público, no sólo fundamento de la riqueza privada, sino en la misma materia de vida pública. A los ojos de los obreros, las corporaciones republicanas que organizaban y realizaban el trabajo de la nación se convertían en instituciones públicas, unidades constituyentes y unidades de gobierno de la futura República Democrática y Social.

El movimiento corporativo de los obreros que creció en torno a la Comisión Luxembourg desarrolló una versión propia y coherente, aunque fragmentaria e incompleta, de la república francesa. Esta república obrera no era sólo o fundamentalmente una creación teórica, aunque desde luego tuvo una vertiente teórica. Estaba encajada en las corporaciones creadas por los obreros, de la misma forma que la «República Una e Indivisible» de los *sans-culottes* se encajaba en sus secciones. Si las secciones —con su activismo público y su vigilancia continua de los cargos públicos y su infatigable búsqueda de la igualdad— fueron microcosmos de la república que pretendían los *sans-culottes*, las corporaciones obreras de 1848 eran microcosmos de la República Social y Democrática. Tomemos, por ejemplo, la Sociedad general de obreros del papel pintado de la república francesa. No sólo estaba organizada sobre principios democráticos republicanos, y todas las decisiones se adoptaban por medio del sufragio universal del oficio, sino que sus estatutos incluían una declaración en miniatura de los derechos del hombre y el ciudadano.

El principio de asociación es un derecho natural sagrado desde la fundación de nuestra gloriosa República...

Para el trabajador, su única propiedad es su salario y su tiempo...

Las personas ociosas [son] malos ciudadanos e indignos del nombre de camaradas. La Sociedad considera el trabajo del hombre como el producto más bello de su inteligencia; no quiere, no pide nada que trabajo. Considera también sagrado el derecho a fijar tarifas de acuerdo con los fabricantes.

Los fines de la sociedad eran la ayuda mutua, el mantenimiento de una tarifa, que harían respetar «los representantes de la industria

⁶⁶ *Les Murailles*, 2: 111.

demostración del dominio obrero sobre la capital, la manifestación del 16 de abril reveló, por el contrario, su debilidad⁸². Esa debilidad se demostró de forma mucho más decisiva en las elecciones del 23 de abril. Los candidatos de la Comisión Luxembourg no consiguieron ganar en París, y además conservadores y moderados ganaron en provincias de forma general. Desde el 23 de abril estaba claro que el movimiento obrero parisiense sólo representaba a una pequeña minoría del pueblo soberano. Sus proyectos políticos y sociales resultaban, por tanto, terriblemente vulnerables.

Si el 16 y el 23 de abril pusieron el movimiento obrero a la defensiva, los acontecimientos del 15 de mayo lo iban a derrotar. La insurrección abortada del 15 de mayo empezó como una manifestación en favor de la independencia de Polonia, organizada principalmente por los clubes; cuando degeneró en un débil golpe revolucionario, la asamblea nacional se aprovechó del desastre para disolver la Comisión Luxembourg y procesar a Louis Blanc⁸³. Desde entonces hasta la insurrección de los obreros en los «Días de junio», los obreros se esforzaron en vano por salvar algunos restos de la república social. Los delegados de la Comisión Luxembourg intentaron mantener la dirección central del movimiento obrero fundando una Sociedad de corporaciones unidas y un periódico, el *Journal des travailleurs*⁸⁴. Pero éstos nunca alcanzaron nada parecido a la autoridad de la Comisión Luxembourg. Con un gobierno hostil a los obreros, los convenios solemnes establecidos en tantos oficios parisienses ya no podían mantenerse y los patronos los violaban normalmente. No es sorprendente que el humor del movimiento obrero se volviera torvo y amenazador a medida que los notables logros de febrero y marzo se evaporaban en mayo y junio.

El sentimiento de traición de los obreros llegó al límite el 21 de junio, cuando el gobierno emitió un decreto aboliendo los talleres nacionales. Los talleres nacionales, con todos sus defectos prácticos, eran la materialización simbólica del «derecho al trabajo» establecido por el gobierno provisional al día siguiente de la Revolución de Fe-

⁸² Para los relatos del 16 de abril, *vid.* Duveau, 1848, págs. 87-92, y Gossez, *Les ouvriers*, págs. 260-4.

⁸³ Las acusaciones contra Blanc tuvieron que ser desestimadas en seguida por falta de pruebas. Sobre el 15 de mayo, *vid.* Amann, Peter, «A Journée in the Making: May 15, 1848», en *Journal of Modern History*, 42 (marzo de 1970), 42-69, y *Revolution and Mass Democracy*, págs. 205-47; Duveau, 1848, págs. 113-25; Gossez, *Les ouvriers*, págs. 264-6.

⁸⁴ En Gossez, *Les ouvriers*, págs. 292-3, se publica un facsímil del manifiesto de la Sociedad de las corporaciones unidas. Varios largos fragmentos del *Journal des travailleurs* se reeditan en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 298-323.

brero. Su disolución significaba, por tanto, el definitivo abandono por la Asamblea Nacional de la república social. Disolver los talleres nacionales era anular el «derecho al trabajo», el derecho fundamental sobre el que se construía la versión obrera de la república. Para los obreros, el decreto del gobierno del 21 de junio era una violación del contrato solemne forjado entre el gobierno y el pueblo el 25 de febrero. Violado ese contrato, el pueblo no tenía otro curso que la insurrección. Así, de la misma forma que la gran agitación obrera de comienzos de los años treinta terminó en un levantamiento armado cuando el gobierno restringió el sagrado derecho de asociación, la agitación obrera de la primavera de 1848 encendió las llamas de la insurrección cuando el gobierno anuló el derecho sagrado al trabajo. Pero donde la rebelión obrera de 1834 fue breve y fácilmente sofocada, el levantamiento de junio de 1848 fue largo y sangriento. Duró cuatro días, alcanzando en su ápice el control de casi toda la mitad oriental de París, y sólo fue sofocado con un despliegue gigantesco de fuerza armada. Unos mil quinientos insurgentes murieron, y otros doce mil fueron detenidos y encarcelados⁸⁵. Nada podía demostrar de forma más contundente la fuerza y la hondura del movimiento obrero de la primavera de 1848 que el terrible sacrificio de vidas y libertades que le dieron fin.

DESPUÉS DE JUNIO

Los Días de Junio y su represión redujeron a ruinas el movimiento obrero parisiense. Miles de militantes murieron o fueron detenidos, se puso a París en estado de sitio, se cerraron los clubes políticos, dejaron de publicarse muchos periódicos radicales, las corporaciones obreras se retiraron en desbandada, y la Asamblea Nacional aceptó la dictadura de Eugène de Cavaignac, el general que había sofocado la rebelión de junio. Durante varios meses, todo lo conseguido en la primavera de 1848 pareció perdido. Pero cuando volvió a la capital cierto aire de vida política normal en el otoño de 1848, el movimiento obrero resurgió gradualmente. Aunque no recuperó ni la magnitud ni el entusiasmo desbordante de la primavera de 1848, el movimiento obrero volvió a ser una fuerza con la que había que contar. En las nuevas circunstancias políticas, sus formas y actividades se vieron

⁸⁵ Sobre los Días de Junio, *vid.* Duveau, 1848, págs. 132-56; Tilly y Lees, «Le peuple de Juin 1848»; Caspard, Pierre, «Aspects de la lutte des classes en 1848: le recrutement de la Garde Nationale mobile», en *Revue historique*, 511 (julio-septiembre de 1974): 81-106.

inevitablemente modificadas. Aunque las corporaciones fundadas en la primavera de 1848 perdieron parte de su aura pública y de su participación de masas, la mayoría continuó funcionando hasta el *coup d'état* de Luis Napoleón en diciembre de 1851, proporcionando ayuda mutua, tratando de hacer cumplir las tarifas y las condiciones uniformes en los talleres y realizando negociaciones con los maestros y organizando huelgas y boicoteos. Pero buena parte del esfuerzo dedicado a la política y a obtener el respaldo de la Comisión Luxembourg y el estado en la primavera de 1848 se dedicó ahora al establecimiento de asociaciones de productores. Sin poder contar ya con el apoyo del estado para realizar sus proyectos, y sin esperanzas inmediatas de victoria por la fuerza armada, los obreros trataron de construir una república social y democrática organizando «la república en el taller»⁸⁶. Como lo expresaba un sastre: «La lucha armada queda suspendida, resulta incluso imposible, ¡bien!, no nos desanimemos; empleemos otros medios... Juremos en su nombre vengar a los muertos dedicando todas nuestras fuerzas en favor del *socialismo práctico*»⁸⁷.

Lejos de abandonar la lucha, los obreros intentaron levantar su república de forma independiente, fuera de las instituciones del estado burgués. Continuaron concibiendo sus corporaciones como instituciones públicas y el trabajo realizado por sus asociaciones como una función pública. Así, el término «funcionario» continuó apareciendo en sus escritos. El *Almanaque de las nuevas corporaciones*, redactado en 1851, afirmaba:

A la idea de pura resistencia a la baja de los salarios [los obreros] han añadido la idea de asociación con una perspectiva de posesión de los instrumentos de trabajo, asociaciones que tienden a elevarles a la condición de funcionarios de las corporaciones⁸⁸.

O, en palabras de otro obrero, los miembros de las asociaciones «se hacen, como trabajadores, funcionarios de todos»⁸⁹. Aunque la disolución de la Comisión Luxembourg quebró todos los vínculos institucionales entre las corporaciones obreras y el estado, los obreros veían todavía sus asociaciones como cuerpos públicos. Las corporaciones obreras y las asociaciones de productores que patrocinaban continua-

⁸⁶ Citado en Gossez, *Les ouvriers*, págs. 155-6. Sobre los estatutos de una de esas asociaciones, la Unión de estivadores y descargadores del puerto de Le Havre, vid. Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, págs. 427-34.

⁸⁷ Citado en Gossez, *Les ouvriers*, pág. 316.

⁸⁸ Citado en *Ibid.*, pág. 355.

⁸⁹ «Des différentes formes de l'association ouvrière», por el obrero de sastrería Pierre Wahry, reeditado en Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 441.

ron manteniendo vínculos fraternales entre sí. Esta voluntad de solidaridad entre oficios se manifestaba en toda una serie de instituciones constituidas para unificar y coordinar las actividades de diversas corporaciones: el banco del pueblo, el sindicato general de asociaciones, la cámara del trabajo, la mutualidad de obreros, la solidaridad y la unión fraternal de asociaciones⁹⁰. Como puede deducirse de la rápida sucesión de estas organizaciones, ninguna de ellas logró la autoridad de la Comisión Luxembourg como centro del movimiento obrero. Pero su misma proliferación indica también cuán general era el deseo de acción unificada.

De aquí que, aunque los medios y el tono del movimiento obrero cambiaran después de junio de 1848, la visión esencial siguiera siendo notablemente constante. Los obreros continuaron luchando en favor de una sociedad y un estado compuestos de corporaciones de obreros fraternales, democráticamente organizadas, trabajando armoniosamente en la gran tarea nacional del trabajo productivo. Los proyectos creados por los obreros en los últimos años de la Segunda República tienen en conjunto un aspecto familiar. Así, el Banco del pueblo, un proyecto de cooperativa financiera fundada en 1849 para unir los esfuerzos de las asociaciones de productores, iba a incluir un «Sindicato general de producción, compuesto por delegados elegidos en cada industria», que «constituiría la corporación libre y democrática como un régimen absoluto y definitivo para todos los trabajadores»⁹¹. El mismo año un «Ensayo práctico sobre la organización del trabajo aplicable a la industria del bronce» declaraba que cada oficio debe reunirse

para regular sus intereses, defender sus derechos, darse un poder basado en elecciones, cubriendo jerárquicamente todo el camino hasta el poder central que será el organizador y director del trabajo... [este poder] dependerá de una comisión de delegados de diferentes industrias⁹².

En 1850, el periódico *Le Socialiste* expresaba una visión similar de un gobierno del trabajo.

Que la Asamblea Nacional se convierta mediante el sufragio universal organizado y el voto por sectores en un vasto congreso de trabajadores de todos los sectores, en una representación directa y universal del trabajo nacional, siempre responsable y revocable, cuyos mandatos

⁹⁰ Gossez, *Les ouvriers*, págs. 334-51.

⁹¹ *Ibid.*, pág. 336.

⁹² *Ibid.*, pág. 154.

sean imperativos; de esa forma ministerios y administraciones serían sólo ministerios y administraciones de las diversas funciones del trabajo, libremente centralizado⁹³.

Y en septiembre de 1851, el socialista Pierre Leroux se dirigía a un banquete general de la corporación de tipógrafos. Se sintió impresionado, decía, por

el progreso de la idea de corporación..., de corporaciones organizadas a la vista de la República sobre un modelo republicano... ¿No habéis oído a los delegados de los tipógrafos de Bruselas, Ginebra, Turín decir que adoptan vuestra esperanza y vuestro objetivo de formar un día un solo cuerpo con vosotros?... Pronto se conocerá en toda Europa que es en ASOCIACIÓN en torno a los instrumentos del trabajo, según las diversas funciones de la ciencia, del arte y de la industria, como se encuentra la verdadera sociedad humana, la que hace solidarios a todos los hombres, liberándolos así. Sois vosotros, ciudadanos, el germen de la corporación de tipógrafos, anunciáis al mundo la formación de esa función social... La profesión, así comprendida, es una religión... Sí, habéis hecho una gran invención que se considerará en los siglos por venir como el mismo invento de Gutenberg... ¡deseáis proclamar la REPÚBLICA TIPOGRÁFICA! [estruendosos aplausos]. Entonces, dueños colectivos de los instrumentos de trabajo, no habrá ya un monarca entre vosotros y seréis socios⁹⁴.

Por tanto, la futura república del trabajo se fundaría en corporaciones democráticas y republicanas, organizadas como asociaciones de productores y vinculadas mediante representantes elegidos en un estado solidario de obreros. En la visión de Pierre Leroux, al menos, la república del trabajo superaría incluso las fronteras nacionales, convirtiéndose a todos los trabajadores del mundo en una familia armoniosa y productiva. La idea de una república obrera, que surgió inicialmente en el movimiento en torno a la Comisión Luxembourg, siguió siendo el *leitmotiv* del socialismo de la clase obrera hasta el mismo fin de la Segunda República.

Sin embargo, la continuidad del movimiento obrero quedó definitivamente rota por el *coup d'état* de Luis Napoleón en diciembre de 1851. La represión que siguió al *coup d'état* fue mucho más desastrosa para los obreros que la que siguió a los Días de Junio. A los gobiernos conservadores que gobernaron en Francia después de junio de 1848 les estorbaron en sus intentos de reprimir el movimiento obrero

las exigencias de la legalidad republicana. Pero Luis Napoleón ignoró todas esas ataduras. Disolvió la Asamblea Nacional, hizo una purga de todas las autoridades que no le servían con lealtad, clausuró los clubes y los periódicos radicales, ilegalizó las corporaciones obreras, excepto las sociedades de ayuda mutua autorizadas, y encarceló, desterró o puso bajo vigilancia a miles de militantes republicanos y socialistas. El aparato represivo del Segundo Imperio fue mucho más eficaz y más duro que el de la Restauración o el de la Monarquía de Julio, y durante toda una década después del *coup d'état*, las corporaciones obreras tuvieron que observar la clandestinidad más estricta simplemente para sobrevivir. Los logros institucionales del movimiento obrero de la Segunda República no fueron mucho más duraderos. Las corporaciones obreras democráticas fundadas en 1848 fueron destruidas en 1851, y aunque unas pocas asociaciones de productores sobrevivieron al golpe, quedaron aisladas, reducidas y a la defensiva.

Pero aunque pocas de las creaciones institucionales de los obreros pudieron sobrevivir a la represión de los años cincuenta, las pautas establecidas y las ideas elaboradas de 1848 a 1851 tuvieron un efecto duradero. Entre 1848 y 1851 el socialismo tomó forma por primera vez como movimiento de masas, y los movimientos obrero y socialista francés de los años siguientes continuaron llevando la marca de sus orígenes. Como ha demostrado Bernard Moss, la visión de la futura sociedad socialista como una federación de sectores gobernados democráticamente que poseían colectivamente los medios de producción dominó el movimiento socialista y el movimiento obrero francés hasta la Primera Guerra Mundial⁹⁵. Este «socialismo federalista sectorial», como lo denomina Moss, pasó por muchas transformaciones en el siglo XIX, desde el proudhonismo moderado y pacífico de la sección francesa de la Internacional en los años sesenta, a los efímeros proyectos socialistas de la Comuna de París, hasta el colectivismo revolucionario de los años posteriores a 1880. Esta visión es sobre todo evidente en el anarcosindicalismo de la *Confédération Générale du Travail*, pero subyace también a los programas de todas las otras facciones del socialismo francés de fines del siglo XIX y comienzos del XX —los *Broussists*, *Guesdists* y *Allemanists*, las *Bourses du Travail* y el *Parti Ouvrier*—. Sólo con el estallido de la Guerra Mundial, la Revolución Bolchevique y la fundación del partido comunista, el socialismo francés abandonó definitivamente la visión socialista corporativa asumida en 1848.

⁹³ *Ibid.*, pág. 370.

⁹⁴ *Ibid.*, págs. 360, 389.

⁹⁵ Moss, *French Labor Movement*.

12. Conclusión: la dialéctica de la revolución

Planteemos dos cuestiones finales. ¿Existió una lógica subyacente en el desarrollo del socialismo y la conciencia de clase? ¿De que tipo fueron el conflicto de clases y la conciencia de clase surgidos en Francia en 1848?

UNA LÓGICA DIALÉCTICA

La visión socialista del trabajo como actividad constitutiva del orden social y político puede considerarse un desarrollo lógico de ciertos conceptos fundamentales de la Ilustración, conceptos sintetizados en la idea de Diderot del hombre como un ser natural sensible que aporta mayor orden y utilidad al mundo mediante la combinación o la transformación de las sustancias que pone a su disposición la naturaleza. Esta idea, podría decirse, la aplicó posteriormente a la vida política el abate Sieyès, que hizo de la realización de un trabajo útil el criterio de pertenencia al estado y redefinió la nación como asociación de ciudadanos productivos que viven bajo un cuerpo de leyes comunes. Los revolucionarios franceses también la inscribieron en sus constituciones cuando establecieron la tenencia de propiedad, que veían como fruto legítimo del trabajo, como requisito para el pleno ejercicio de la ciudadanía. El socialismo era, desde este punto de vista, una prolongación lógica de lo que la Revolución Francesa había establecido ya; en lugar de representar el trabajo humano indirectamente, a través de la propiedad, el socialismo insistía en la representación directa del trabajo mismo.

Esta consideración del socialismo como un desarrollo de las ideas ilustradas contiene un importante componente de verdad, pero oculta

mucho más de lo que revela. El socialismo es un desarrollo lógico de la idea de Diderot sólo en un sentido muy restringido. No puede derivarse de los supuestos y proposiciones de Diderot mediante la aplicación de la lógica formal. Por el contrario, el socialismo es, o puede entenderse, como una *elaboración* o *extensión* de algunas ideas presentes en el artículo de Diderot «Art», defendidas por muchos de sus contemporáneos. No es en absoluto la única posible elaboración y extensión de esas ideas, ni fue la única que se hizo: la visión capitalista de la aplicación progresiva de la tecnología científica por la empresa privada es un desarrollo lógico de Diderot en el mismo sentido que el socialismo. Para comprender por qué surgió el socialismo es necesario saber por qué se hicieron determinadas ampliaciones y elaboraciones en lugar de otras y por qué ocurrieron en el orden que lo hicieron.

La aparición del socialismo a partir de las ideas de la Ilustración fue un desarrollo social y político tanto como lógico. Las innovaciones intelectuales que culminaron en el socialismo se formularon como respuesta a experiencias sociales cambiantes en general y a las luchas y vicisitudes de la vida política en particular. El establecimiento de un nuevo régimen o un cambio decisivo en la política suponía cambios en el discurso político, tanto de parte de la élite dominante, que tenía que justificar el nuevo régimen o la nueva política, como de parte de los grupos dominados o de oposición, que tenían que modificar su propio discurso en respuesta —bien para acomodarse al nuevo orden de las cosas o para oponerse de forma más efectiva—. La elaboración de las nuevas ideas a partir de los conceptos de la Ilustración que llevó al poder la Revolución Francesa se produjo no en una progresión lenta y lineal, sino de forma dialéctica y en explosiones concentradas. La ecuación Ciudadanía igual a Trabajo Útil igual a Propiedad, por ejemplo, se desarrolló entre 1788 y 1791, y la aparición de la visión socialista de una identidad entre trabajo y vida pública tuvo lugar en tres explosiones: 1830-4, 1839-40 y 1848-51. Esta cronología, no necesita subrayarse, estuvo gobernada no por una cadencia igual de evolución lógica, sino por los ritmos sincopados de la lucha política.

La lógica que conecta el socialismo con la Ilustración es dialéctica; operó en un movimiento de oposiciones, no en un proceso de deducción. Las propias ideas de Diderot se originaron en un movimiento consciente de oposición; formaban parte de un intento más amplio de dar una explicación del mundo, puramente natural, elaborada en oposición a la metafísica tradicional de la monarquía francesa —una explicación que serviría como base racional para la crítica de las institu-

ciones contemporáneas. Mientras el discurso de la Ilustración se mantuvo como discurso de oposición, sus ambigüedades y contradicciones internas estuvieron acalladas; de lo que se trataba era de su contraste con las ideas e instituciones tradicionales. Pero cuando, con la Revolución Francesa, el discurso de la Ilustración llegó a ser un componente del orden social y político, sus ambigüedades y contradicciones resultaron mucho más destacadas. Contradicciones que parecían insignificantes antes de la Revolución empezaron a desarrollarse intensamente una vez que se produjo la Revolución, y algunas se convirtieron rápidamente en importantes nudos de conflicto social y político.

La lógica dialéctica a través de la que el socialismo se desarrolló desde las ideas de la Ilustración puede caracterizarse en primer lugar como un desarrollo de contradicciones intrínsecas a las ideas de la Ilustración. Este proceso es particularmente claro en lo relativo a la concepción de la propiedad de la Ilustración, que surgió inicialmente como medio de criticar las instituciones del Antiguo Régimen —la tiranía de los reyes, la opresión y desigualdad de la hacienda—. Hacía surgir la figura del agricultor emprendedor cuya propiedad era fruto de su trabajo personal, una figura atractiva, que ejemplificaba claramente el núcleo moral y político de la argumentación. Pero cuando ese mismo concepto de propiedad se convirtió en la base de los derechos legales y políticos, empezaron a surgir problemas importantes. Si el trabajo era la fuente de toda propiedad, ¿por qué unos tienen que trabajar sin acumular propiedad, mientras otros poseen vastas cantidades de propiedad pero no se dedican al trabajo? ¿Por qué el pleno derecho a la ciudadanía debía limitarse a la clase de los hombres que poseían importantes cantidades de propiedad y no al grupo muy diferente de quienes se dedicaban al trabajo productivo? La concepción de la Revolución Francesa no era necesariamente contradictoria; que lo fuera o no dependía de cómo se aplicara e interpretara. Pero al convertir este concepto de propiedad en fundamento de la sociedad y del estado, la Revolución Francesa hacía que la naturaleza y las relaciones entre propiedad y trabajo fueran objeto de amplia especulación, una especulación que, aun dentro de los términos heredados de la Ilustración y la Revolución, amenazaba los supuestos del nuevo orden social liberal.

Un proceso similar puede advertirse con los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Este lema de la Revolución Francesa sirvió para diferenciar al nuevo orden del viejo. Frente a un orden social corporativo donde las personas se distinguían por su rango y sus privilegios, donde los inferiores estaban sometidos a la disciplina de los

superiores y todos sujetos a la disciplina del monarca, el lema revolucionario apuntaba a un orden social compuesto de ciudadanos individuales libres para ordenar sus vidas como les pareciera apropiado (Libertad), viviendo bajo leyes que se aplicaban a todos por igual (Igualdad) y se mantenían unidos por su común pertenencia a la nación (Fraternidad) y no por lazos de subordinación o por un montón de lealtades excluyentes. Mientras se opusieron al Antiguo Régimen, Libertad, Igualdad y Fraternidad parecían estar en perfecta armonía entre sí. Pero bajo el nuevo régimen esos ideales parecían con frecuencia contradictorios entre sí. La Libertad del individuo, tal como la interpretaron los regímenes postrevolucionarios, incluía la libertad para buscar libremente el propio interés. Esa búsqueda podía considerarse fácilmente «egoísmo», que era lo opuesto a la fraternidad. Además, la acumulación de riqueza sin trabas por algunos suponía una disparidad creciente en las condiciones materiales de vida, y de esa forma una desigualdad esencial creciente. Estas ambigüedades fueron objeto de acres controversias ya en la década de 1790. En los años treinta o cuarenta, los tratados sobre el significado de Libertad, Igualdad y Fraternidad se habían convertido en un tópico habitual de la retórica política francesa, y la idea de que Igualdad y Fraternidad se habían sacrificado a una búsqueda de Libertad mal comprendida y desordenada se había convertido en un argumento común de los republicanos más radicales. Una vez más, las ideas disidentes se elaboraron dentro del vocabulario y la trama intelectual de la Revolución Francesa. Sobre la cuestión de Libertad, Igualdad y Fraternidad, como sobre la cuestión de la propiedad, puede percibirse fácilmente una fibra más o menos coherente de oposición republicana radical que se extendían desde los jacobinos y los *sans-culottes*, pasando por Babeuf, Buonarroti y los *Carbonari*, hasta la oposición republicana bajo la Restauración y la Monarquía de Julio.

Esta fibra disidente se desarrolló en buena medida a partir de las contradicciones lógicas de las ideas institucionalizadas en la Revolución Francesa. Pero la oposición no era sólo una respuesta a incoherencias puramente formales; era también una respuesta a los efectos prácticos de aplicar las ideas de la Ilustración a los detalles de la vida social y política. En otras palabras, la dialéctica de las contradicciones internas se combinaba con una dialéctica de las consecuencias prácticas. Los efectos de los nuevos derechos de propiedad y de la «libertad de industria» eran particularmente chocantes en los oficios urbanos. El nuevo régimen trataba las relaciones entre obreros y empresarios en términos de libertad individual e igualdad ante la ley. Obreros y

empresarios habían de encontrarse como individuos libres en el mercado, donde debían alcanzar un contrato por mutuo acuerdo; el empresario era libre de definir las obligaciones de los obreros según le conviniera, y el obrero era libre de aceptar o rechazar esos términos. Aunque las dos partes eran legalmente iguales, el propietario de los medios de producción tenía realmente una inmensa ventaja en esos encuentros, y la ley prohibía a los obreros formar una asociación que pudiera darles colectivamente la fuerza para equilibrar la balanza. Los empresarios, además, eran libres para disponer de su propiedad como les conviniera, y ello significaba que cada empresario podía organizar la producción a su manera, sólo limitado por los imperativos del mercado. Dada la expansión de la economía nacional, europea y mundial en la primera mitad del siglo XIX, las oportunidades de los empresarios innovadores o carentes de escrúpulos eran particularmente seductoras. Los productos normalizados, la intensificación de la división del trabajo, la desintegración de la cualificación, la introducción de nuevas técnicas, la reorganización de la producción por medio de una superior escala o los acuerdos de subcontratación eran todos fáciles caminos hacia una situación mucho más lucrativa en los oficios artesanales urbanos en esos años. Un importante resultado de esas prácticas organizativas y comerciales pequeño-capitalistas fue una tendencia a que los oficios se desligaran cada vez más, a medida que diferentes talleres quedaban sujetos a regímenes de producción diferentes. Una vez más, no se permitía a los obreros unirse para imponer normas uniformes. El derecho de propiedad absoluta y el principio de la libertad de la industria tropezaban palpablemente con la organización de la producción en el taller. A los ojos de los obreros, y de sus simpatizantes dentro de la *intelligentsia* burguesa, el resultado era un caos de egoísmo y opresión. Esas consecuencias prácticas del nuevo sistema estimularon los esfuerzos prácticos de la resistencia organizada y el desarrollo de argumentos que se oponían a derechos de propiedad individual ilimitada y promovían la igualdad y la fraternidad.

La forma en que los obreros respondieron a estos problemas no estuvo determinada solamente por las características del nuevo sistema. Sus respuestas estuvieron también conformadas por valores, supuestos, prácticas, expectativas y sentimientos preexistentes. Y dado que los oficios urbanos habían estado organizados corporativamente durante el medio milenio anterior a la Revolución Francesa, la mayoría de esos valores, supuestos, prácticas, expectativas y sentimientos preexistentes eran, de algún modo, corporativos. El sentido de los obreros de que el nuevo régimen había de derivar en el egoísmo y el caos,

por ejemplo, sólo tiene sentido considerando el sentimiento corporativo tradicional de que cada oficio debía ser una comunidad unificada. El individualismo de la Ilustración se había desarrollado originalmente en oposición al orden social corporativo del Antiguo Régimen; tras la Revolución, cuando los conceptos de la Ilustración resultaron dominantes, el lenguaje corporativo y el lenguaje individualista siguieron siendo fundamentalmente opuestos. Por tanto, los obreros encontraban el lenguaje corporativo, que era ya un componente familiar de la vida de sus oficios, enteramente apropiado como trama para organizar la resistencia práctica a las tendencias atomistas del nuevo sistema. Junto a una oposición republicana que se formulaba en los términos del lenguaje revolucionario, las primeras décadas del siglo XIX vieron también el desarrollo de una oposición corporativa de los obreros basada en un lenguaje prerrevolucionario. A diferencia de la oposición republicana, que era teóricamente consciente y que se expresaba en formas intelectuales, la oposición corporativa era in-consciente y pragmática. Las corporaciones obreras no se oponían necesariamente al régimen político existente —República, Imperio o Monarquía Constitucional— y hasta 1830 no tuvieron especial afinidad con los republicanos radicales. Las corporaciones obreras se originaron en un intento políticamente in-consciente de oponerse a las tendencias individualistas legales y económicas del nuevo orden.

CONCIENCIA DE CLASE

La conciencia de clase surgió en Francia por primera vez durante la agitación que siguió a la Revolución de 1830. Con el fin de hacer comprensibles sus demandas, esencialmente corporativas, en el clima liberal establecido por la Revolución de Julio, los obreros adoptaron el lenguaje de la Revolución y lo reelaboraron para adaptarlo a sus fines. Las dos innovaciones cruciales fueron la identificación de los obreros manuales como «el pueblo» adjudicándose el papel de siervos industriales que debían ser emancipados de su explotación por los propietarios privilegiados y la elaboración de un lenguaje de asociación fraternal. Este lenguaje de asociación redefinió las corporaciones obreras como sociedades libres y voluntarias basadas en la voluntad común de los productores del oficio, y proyectó el desarrollo de la propiedad asociativa de los medios de producción. Muchos obreros formaron realmente asociaciones de oficio fraternales estructuradas según estas líneas, y en 1833 muchos de ellos se unieron en una gran

oleada de huelgas que intentaba recuperar cierto control colectivo sobre sus oficios. Al combinar los lenguajes corporativo y revolucionario y al lanzarse a la acción colectiva basada en estas premisas reconstruidas, los obreros crearon un nuevo tipo de oposición al estado y a la sociedad dominantes, una oposición que proclamaba la identidad específica de los obreros como trabajadores, que se oponían al individualismo con un ideal de solidaridad fraternal, prometían un fin a la tiranía de la propiedad privada y daban por supuesta la legitimidad de una revolución para lograr esos fines. En otras palabras, crearon lo que hoy se llamaría un movimiento obrero con conciencia de clase. Las agitaciones e innovaciones conceptuales que tuvieron lugar entre 1830 y 1834 constituyeron el primer estadio en la formación de la clase obrera francesa.

La agitación sin precedentes de los obreros a comienzos de los años treinta y en especial los espectaculares levantamientos de los obreros de Lyon en 1831 y 1834 inauguraron una nueva dialéctica política de la lucha de clases. En la segunda parte de los años treinta y en los años cuarenta, en 1848 en particular, todas las oposiciones aquí perfiladas tendían a fundirse en una oposición básica entre la clase obrera y la burguesía, una oposición entre una visión individualista, propietaria, liberal, del orden social identificado con una clase acomodada de propietarios, y una visión solidaria, colectivista, socialista identificada con una clase de «proletarios» sin propiedades. Esta oposición alcanzó su culmen en la Revolución de 1848, cuando el intento de los obreros de crear un nuevo orden político basado en las corporaciones socialistas fue aplastado en la sangrienta insurrección de los Días de Junio. Aunque los Días de Junio marcaron la derrota de la clase obrera, confirmaron también la profundidad de la oposición entre las clases, convirtiendo la lucha de clases y la conciencia de clase inauguradas a comienzos de los años treinta en un hecho irreversible de la vida política y social francesa.

Sin embargo, la forma que adoptó la conciencia de clase y la lucha de clases en 1848 era todavía muy diferente de la conciencia de clase encarnada en los partidos proletarios de fines del siglo XIX y del siglo XX. Una diferencia evidente estaba en el significado del propio término «clase». Se ha señalado cómo el abate Sieyès utilizaba el término en *¿Qué es el Tercer Estado?* para designar las cuatro categorías de trabajo útil —la agricultura, la industria, el comercio y los servicios—. Lo hacía así en razón de su acentuación de la objetividad y precisión científica; «clase» en 1789 no significaba nada más que «grupo», en contraste con «orden» y «estado», que tenían connotacio-

nes de jerarquía y solidaridad. Durante el siglo XIX, clase se usó cada vez más para designar a grupos en relaciones de superioridad e inferioridad, como en «clase dominante», «clase burguesa» o «clase obrera». Pero se continuó usando también para grupos sociales de cualquier tipo, y los obreros lo utilizaban frecuentemente como sinónimo de «oficio» o «profesión». Así, en 1833 un tipógrafo revolucionario que escribía en favor del establecimiento de una cooperativa de productores hablaba de «nuestra clase, la clase de los tipógrafos e impresores»¹, en 1848 un panfleto obrero sobre «La organización de los trabajadores» decía «la más numerosa, más fuerte y más inteligente clase de los obreros es la de los que trabajan el hierro»².

Todavía en 1848 el término «clase», e incluso el término «clase obrera», seguía siendo simplemente una denominación descriptiva; «proletario» o «aristócrata» o «asociación» tenían fuerte carga política y emocional, pero «clase» no. Sólo avanzado el siglo XIX, especialmente con la difusión del marxismo, «clase» llegó a referirse fundamentalmente a grupos sociales en una relación de superioridad y subordinación —y de lucha— y esa clase empezó a adoptar connotaciones de solidaridad moral. «Lealtad de clase» les habría sonado censurable a los obreros en 1848; habría significado lealtad a algún interés egoísta frente al interés común. En 1900, la «lealtad de clase» había pasado a implicar una devoción desprendida a la causa de todos los obreros. Para entonces, «clase» se había convertido en una palabra clave, como «orden» y «estado» bajo el Antiguo Régimen.

No fue accidental que la conciencia de los obreros en 1848 estuviera más en sintonía con palabras que subrayaban la unidad —como «asociación»— que con palabras que subrayaban las distinciones —como «clase»—. La conciencia de la clase obrera en 1848 era universalista y envolvente en el tono moral, y el conflicto de clases no era asunto de puro enfrentamiento entre obreros y empresarios. De hecho, los principales adversarios de los obreros en 1848 no eran los propietarios de los medios de producción en sus oficios. Los empresarios de los oficios artesanales compartían todavía en parte la sensibilidad corporativa de los obreros, y las relaciones entre obreros y empresarios en 1848 no eran en absoluto hostiles. Durante marzo y abril de 1848, maestros y obreros de muchos oficios se unieron para establecer «convenios» que gobernasen sus oficios y cooperaron en la vigilancia de su aplicación. Durante el período de creciente acritud en mayo y junio, la plena cooperación entre obreros y empresarios fue

¹ Faure y Rancière, *La Parole ouvrière*, pág. 91.

² Gossez, *Les ouvriers*, pág. 203.

mucho más rara, pero incluso entonces la ira de los obreros no se dirigía fundamentalmente contra sus empresarios. Este mismo modelo ambivalente de relaciones puede verse en los proyectos socialistas de los obreros, que preveían no una expropiación de los patronos, sino la creación de asociaciones fraternales que absorbieran a los empresarios y abolieran la distinción entre patronos y obreros al hacerles a todos poseedores asociados de los medios de producción. En otras palabras, los patronos se consideraban miembros potenciales de estas comunidades de oficio perfeccionadas en el futuro.

Esta falta de hostilidad cerrada contra los maestros no indica una ilusión utópica de parte de los obreros. Su hostilidad se dirigía no contra sus empresarios inmediatos, que a lo peor no eran sino explotadores de poca monta, sino contra el sistema social, político y legal que garantizaba la continuación de la explotación. «El conflicto de clases», en 1848, no era tanto una confrontación entre dos clases violentamente enfrentadas de propietarios y asalariados, como un intento por parte de los obreros de erigir un contrasistema completo, donde el trabajo y no la propiedad fuera el rasgo dominante y omnicompreensivo del orden social, en donde todo trabajo útil manual o intelectual se organizara y se recompensara de la misma manera, en donde la asociación fraternal sustituyera a la competencia egoísta como principio ordenador de la vida social y donde las unidades de producción fueran también unidades de organización política. Los obreros revolucionarios de 1848 se definían inevitablemente a sí mismos dentro de la tradición de la Revolución Francesa. Aunque su ideología se elaboró desde su perspectiva de clase particular, se expresaba, como las ideologías de la Revolución de 1789-94, en términos universales. Tal como la comprendían, la suya era la conciencia de la humanidad ilustrada, no la conciencia de una clase. Y su socialismo no era una venganza de sus explotadores, sino un medio de superar la explotación y crear una sociedad justa.

Bibliografía

- AGUET, J. P., *Les Grèves sous la monarchie de juillet (1830-1847): Contribution à l'étude du mouvement ouvrier française*, Ginebra, 1954.
- AGULHON, Maurice, «Aperçus sur le mouvement ouvrier à Toulon sous la Monarchie de Juillet», en *Provence historique*, 7 (1957): 131-54.
- *Pénitents et Francs-Maçons de l'ancienne Provence*, París, 1968.
- *La République au village*, París, 1970.
- *La Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution*, París, 1970.
- *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique: Toulon de 1815 à 1851*, París y La Haya, 1970.
- *1848 ou l'apprentissage de la république*, París, 1973.
- *Les Quarante-huitards*, París, 1975.
- AMANN, Peter, «A Journée in the Making: May 15, 1848», en *Journal of Modern History*, 42 (marzo de 1970): 42-69.
- *Revolution and Mass Democracy: The Paris Club Movement in 1848*, Princeton, Nueva Jersey, 1975.
- ANDERSON, Michael, *Family Structure in Nineteenth-Century Lancashire*, Cambridge, 1971.
- ARNAUD, André-Jean, *Les Origines doctrinales du Code civil français*, París, 1969.
- ASHTON, T. S., *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Londres, 1928.
- Associations professionnelles ouvrières*. Publicado por el Office du travail del gobierno francés (4 vols.), París, 1894-1904.
- AUDIGANNE, Armand, *Les Populations ouvrières et les industries de la France*, París, 1860 (2ª ed.) (2 vols.).
- Aux origines de la révolution industrielle: Industrie rurale et fabriques*, en *Revue du Nord*, 61 (enero-marzo de 1979), número especial.
- BAKER, Keith Michael, «The Early History of the Term 'Social Science'», en *Annals of Science*, 20 (1964): 211-26.
- *Condorcet: From natural Philosophy to Social Mathematics*, Chicago, 1975.

- «French Political Thought at the Accession of Louis XVI», en *Journal of Modern History*, 50 (junio de 1978): 279-303.
- BEENOIST, Luc, *Le Compagnonnage et les métiers*, París, 1966.
- BEZUCHA, Robert J., *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974.
- BLANC, Louis, *Organisation du travail*, París, 1845 (4.^a ed.).
- *Histoire de dix ans, 1830-1840* (5 vols.), Bruselas, 1845 (4.^a ed.).
- *La Révolution de février au Luxembourg*, París, 1849.
- *Pages d'histoire de la révolution de février 1848*, París, 1850.
- *Révélation historiques en réponse au livre de Lord Normanby* (2 vols.), Bruselas, 1859.
- BLOCH, Marc, «La Lutte pour l'individualisme agraire dans la France du XVIII^e siècle», en *Annales d'histoire économique et sociale*, 2 (1930): 329-83, 511-56.
- *Les Caractères originaux de l'histoire rural française*, Oslo, 1931 (versión española: *La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978).
- BOILEAU, Étienne, *Règlements sur les arts et métiers de Paris régies au XIII^e siècle, et connus sous le nom de livre des métiers d'Étienne Boileau*, notas e introducción por G.-B. Depping, París, 1837.
- BOIS, Paul, *Paysans de l'Ouest: Des structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe*, Le Mans, 1960.
- BOON, James, *The Anthropological Romance of Bali, 1597-1972*, Cambridge, 1977.
- BOSSY, John, «Blood and Baptism: Kinship, Community and Christianity in Western Europe from the Fourteenth to the Seventeenth Centuries», en *Sanctity: The Church and the World*; BAKER, Derek (ed.), *Studies in Church History*, vol. 10, Oxford, 1973.
- Bouches-du-Rhône, Les: Encyclopédie départementale*; MASSON, Paul (ed.), *Le Mouvement social*, vol. 10, París y Marsella, 1923.
- BOUGLÉ, C., *Socialismes français*, París, 1932.
- BOULOISEAU, Marc, *Cahiers de doléances du tiers état du baillage de Rouen pour les États Généraux de 1789* (2 vols.), París, 1957.
- BOURGEOIS-PICHAT, J., «Evolution de la population française depuis le XVIII^e siècle», en *Population*, 6 (1951): 661-2.
- BOURGIN, Georges, y BOURGIN, Hubert (eds.), *Les Patrons, les ouvriers et l'état. Le Régime de l'industrie en France de 1814 à 1830* (3 vols.), París, 1912-41.
- BOURGIN, Hubert, *Fourier*, París, 1905.
- BRAESCH, F., «Essai de statistique de la population ouvrière de París vers 1791», en *La Révolution française*, 63 (1912-13): 289-321.
- BRIQUET, Jean, *Agricol Perdiguier, compagnon du tour de France et représentant du peuple, 1805-1875*, París, 1955.
- BUCHÉZ, P.-J.-B., y ROUX, P.-C., *Histoire parlementaire de la Révolution française* (40 vols.), París, 1834-8.

- BURET, Eugène, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France avec l'indication des moyens propres à en franchir les sociétés* (2 vols.), París, 1840.
- CABET, Étienne, *Voyage en Icarie*, París, 1839.
- CAMERON, R. E., «Profit, croissance et stagnation en France au XIX^e siècle», en *Economie appliquée*, 10 (1957): 409-44.
- «Economic Growth and Stagnation in Modern France, 1815-1914», en *Journal of Modern History*, 20 (1958): 1-13.
- CASPARD, Pierre, «Aspects de la lutte des classes en 1848: le recrutement de la Garde Nationale mobile», en *Revue historique*, 511 (julio-septiembre de 1794): 81-106.
- CASTAN, Yves, *Honnêteté et relations sociales en Languedoc (1715-80)*, París, 1974.
- CHAMBERS, J. D., «Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution», en *Economic History Review*, 2^a, serie 5 (1953): 319-43.
- CHARLÉTY, Sébastien, *Histoire du Saint-Simonisme*, París, 1931.
- CHARTIER, Roger, «La "Monarchie d'argot" entre le mythe et l'histoire», en *Les Marginaux et les exclus dans l'histoire*; VINCENT, Bernard (ed.), *Cahiers Jussieu*, 5, Universidad de París 7, París, 1979.
- CHAUVEY, Paul, *Les ouvriers du livre en France de 1789 à la constitution de la Fédération du livre*, París, 1964.
- CHEVALIER, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, 1958.
- CHRISTIAN, William A., Jr., *Person and God in a Spanish Valley*, Nueva York, 1972.
- CLAPHAM, J. H., *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, Cambridge, 1936 (4.^a ed.).
- CLICQUOT DE BLERVACHE, Simon, *Mémoire sur les corps de métiers*, La Haya, 1758.
- CLOUGH, S. B., «Retardative Factors in French Economic Development in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en *Journal of Economic History*, 6 (1946): suplemento, 91-120.
- «Retardative Factors in French Economic Growth at the End of the Ancien Régime and during the French Revolutionary and Napoleonic Periods», en *Studies in Economics and Economic History: Essays in Honor of Harold F. Williamson*, KOOY, M. (ed.), Durham, Carolina del Norte, 1972.
- COBB, Richard, *Les Armées révolutionnaires: Instrument de la Terreur dans les départements*, 2 vols., París, 1961-3.
- COLE, G. D. H., *A History of Socialist Thought. Vol. 1, The Forerunners, 1789-1850*, Londres, 1955 (versión española: *Historia del pensamiento socialista. Vol. 1, Los precursores*, México FCE, 1957).
- COLE, John W., y WOLF, Eric R., *The Hidden Frontier: Ecology and Ethnicity in an Alpine Valley*, Nueva York, 1974.
- COONAERT, Émile, *Les Corporations en France avant 1789*, París, 1941.

- CUVILLIER, Armand, P.-J.-B., *Buchez et les origines du socialisme chrétien*, París, 1948.
- *Un journal d'ouvriers: «L'Atelier, 1840-1850»*, París, 1954.
- *Hommes et idéologies de 1840*, París, 1956.
- DAKIN, Douglas, *Turgot and the Ancien Régime in France*, Londres, 1939.
- DAVIS, Natalie Zemon, «Les Femmes dans les arts mécaniques à Lyon au XVI^e siècle», en *Mélanges en hommage de Richard Gascon*, GUTTON, Jean-Pierre (ed.), Lyon, 1979.
- «Strikes and Salvation at Lyon», en *Archiv für Reformationsgeschichte*, 56 (1965): 48-64.
- «A Trade Union in Sixteenth-Century France», en *Economic History Review*, 2^a serie, 19 (abril de 1966): 48-69.
- «The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France», en *Past and Present*, 50 (febrero de 1971): 41-75.
- *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, 1975.
- DAWLEY, Alan, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lyon*, Cambridge, Massachusetts, 1976.
- DEANE, Phyllis, y COLE, W. A., *British Economic Growth, 1688-1959*, Londres, 1964.
- DE LUNA, Frederick, *The French under Cavaignac, 1848*, Princeton, Nueva Jersey, 1969.
- DELVAU, Alfred (ed.), *Les Murailles révolutionnaire de 1848* (2 vols.), París, 1868 (17^a ed.).
- DEYON, Pierre, *Amiens, capitale provinciale. Étude sur la société urbaine au XVII^e siècle*, París, La Haya, 1967.
- Dictionnaire de l'Académie françoise*, Le (2 vols.), París, 1694.
- DOLLÉANS, Edouard, *Histoire du mouvement ouvrier* (3 vols.), París, 1936-53.
- DOLLÉANS, Edouard, y DEHOVE, Gérard, *Histoire du travail en France: mouvement ouvrier et législation sociale* (2 vols.), París, 1953-5.
- DOMMANGET, Maurice, *Babeuf et la conjuration des Egaux*, París, 1922 (versión española: *Babeuf y la conspiración de los iguales*, Madrid, Tecnos, 1972).
- *Victor Considérant, sa vie et son oeuvre*, París, 1929.
- «Blanqui et l'insurrection du 12 mai 1839», en *La critique sociale* (marzo de 1934).
- *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957.
- DUVEAU, Georges, 1848, París, 1965.
- *1848: The Making of a Revolution*, Nueva York, 1967.
- EGRET, Jean, *La Pré-révolution française, 1787-1788*, París, 1962.
- Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (17 vols.), París, 1751-65.
- FAURE, Alain, «Mouvements populaires et mouvement ouvrier à Paris», en *Le Mouvement Social*, 88 (julio-septiembre de 1974): 51-92.
- FAURE, Alain, y RANCIÈRE, Jacques, *La Parole ouvrière, 1830-1851*, París, 1976.

- FAURE, Edgar, *La Disgrâce de Turgot*, París, 1961.
- FEIERMAN, Steven, *The Shambaa Kingdom: A History*, Madison, Wisconsin, 1974.
- FESTY, Octave, *Le Mouvement ouvrier au début de la Monarchie de Juillet (1830-1834)*, París, 1908.
- «Dix années de l'histoire des ouvriers tailleurs d'habits (1830-1840)», en *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales*, 5 (1912): 166-99.
- FLAMMERMONT, Jules (ed.), *Remontrances du Parlement de Paris au XVIII^e siècle* (3 vols.), París, 1888-98.
- FOSTER, John, *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*, Nueva York, 1975.
- FOUCAULT, Michel, *Surveiller et punir: naissance de la prison*, París, 1975 (versión española: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1986, 6^a ed.).
- «What is an Author?», en *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, Ithaca, Nueva York, 1977.
- FOURNIER, Joseph, *Cahiers de doléances de la sénéchaussée de Marseille pour les États Généraux*, Marsella, 1908.
- FOX-GENOVESE, Elizabeth, *The Origins of Physiocracy: Economic Revolution and Social Order in Eighteenth-century France*, Ithaca, Nueva York, 1976.
- FOX-GENOVESE, Elizabeth, y GENOVESE, Eugene D., «The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective», en *Journal of Social History*, 10 (invierno de 1976), 205-20.
- FRANKLIN, Alfred, *Dictionnaire historique des arts, métiers et professions exercés dans Paris depuis le treizième siècle*, París, 1906.
- FRÉGIER, Honoré Antoine, *Des classes dangereuses dans la population des grandes villes et des moyens de les rendre meilleures* (2 vols.), París, 1840.
- FURET, François, y RICHET, Dennis, *La Révolution française* (2 vols.), París, 1965.
- FURETIÈRE, Antoine, *Dictionnaire universel* (2 vols.), La Haya, 1691.
- GANDILHON, Alfred (ed.), *Cahiers de doléances du baillage de Bourges et des baillages secondaires de Vierzon et d'Henrichemont pour les États Généraux de 1789*, Bourges, 1910.
- GEERTZ, Clifford, *The Social History of an Indonesian Town*, Cambridge, Massachusetts, 1965.
- *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973 (versión española: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990).
- «On the Nature of Anthropological Understanding», en *American Scientist*, 63 (enero-febrero 1975), 47-53.
- GELU, Victor, *Marseille au XIX^e siècle*, Lucien GAILLARD y Jorgi REBOUL (eds.), París, 1971.
- GIESEY, Ralph E., «Rules of Inheritance and Strategies of Mobility in Prerevolutionary France», en *American Historical Review*, 82 (abril de 1977), 271-89.

- GLUCKMAN, Max, *Rituals of Rebellion in South-east Africa*, Manchester, 1954.
- GODECHOT, Jacques, *Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire*, París, 1951.
- (ed.), *Les Constitutions de la France depuis 1789*, París, 1970.
- GOSSEZ, Rémi, «Presse parisienne à destination des ouvriers (1848-1851)», en *La Presse ouvrière, 1819-1850*, GODECHOT, Jacques (ed.), págs. 123-90. *Bibliothèque de la Révolution de 1848*, vol. 23, La Roche-sur-Yon, 1966.
- *Les Ouvriers de Paris. Book One, L'Organisation, 1848-1851*, Bibliothèque de la Révolution de 1848, vol. 24, La Roche-sur-Yon, 1966.
- GOUBERT, Pierre, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730, contribution à l'histoire sociale de la France du XVII^e siècle*, París, 1960.
- *Louis XIV et vingt millions de français*, París, 1966.
- *The Ancien Régime, French Society, 1600-1750*, Nueva York, Londres, 1973 (versión española: *El Antiguo Régimen*, Madrid, Siglo XXI, 1976).
- Grand Vocabulaire français, Le* (30 vols.), París, 1762-74 (2^a ed.).
- GUDEMAN, Stephen, *The Demise of a Rural Economy: From Subsistence to Capitalism in a Latin American Village*, Londres, 1978.
- GUÉPIN, Ange, *Nantes au XIX^e siècle: statistique topographique, industrielle et morale, faisant suite à l'histoire des progrès de Nantes*, Nantes, 1832.
- GUTMAN, Herbert, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, 1976.
- HAMEROW, Theodore S., *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany 1815-1871*, Princeton, Nueva Jersey, 1958.
- HAMMOND J. L., y HAMMOND, Barbara, *The Rise of Modern Industry*, Londres, 1925.
- HAUSER, Henri, *Ouvriers du temps passé (XV^e-XVI^e siècles)*, París, 1899.
- *Les Compagnonnages d'arts et métiers à Dijon aux XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1907.
- HILL, Christopher, *The world Turned Upside Down: Radical Ideas During The English Revolution*, Nueva York, 1972 (versión española: *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983).
- INDEN, Ronald B., *Marriage and Rank in Bengali Culture: A History of Caste and Clan in Middle Period Bengal*, Berkeley, California, 1976.
- «Cultural-Symbolic Constitutions in Ancient India», trabajo presentado en el *Social Science Seminar at the Institute for Advanced Study*, Princeton, Nueva Jersey, 1978.
- ISAMBERT, F.-A.; JOURDAN, A.-J.-L., y DECRUSY (eds.), *Recueil général des anciennes lois françaises depuis l'an 420 jusqu'à la Révolution de 1789* (29 vols.), París, 1822-33.
- JAFFÉ, Grace M., *Le Mouvement ouvrier à Paris pendant la Révolution française (1789-1791)*, París, 1924.
- JOHNSON, Christopher H., «Communism and the Working Class before Marx: The Icarian Experience», en *American Historical Review*, 76 (junio de 1971): 642-89.

- *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851*, Ithaca, Nueva York, 1974.
- JONES, Gareth Stedman, *Outcast London: A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Oxford, 1971.
- KAPLAN, Steven, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV* (2 vols.), La Haya, 1976.
- «Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1815», en *Revue historique*, 261 (enero-marzo de 1979): 17-77.
- KATZ, Michael B., *The People of Hamilton, Canada West: Family and Class in a Mid-Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1975.
- KEMP, Tom, «Structural Factor in the Retardation of French Economic Growth», en *Kyklos*, 15 (1962): 325-50.
- KINDLEBERGER, C. P., *The Economic Growth of France and Britain, 1851-1950*, Cambridge, Massachusetts, 1964.
- KUCZYNSKI, Jürgen, *A Short History of Labour Conditions in France, 1700 to the Present Day*, Londres, 1946.
- LABAL, Paul, «Notes sur les compagnons migrants et les sociétés de compagnons à Dijon à la fin du XV^e au début du XVI^e siècles», en *Annales de Bourgogne*, 22 (1950).
- LABROUSSE, Ernest, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle* (2 vols.), París, 1932.
- *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944.
- «1848, 1830, 1789: Comment naissent les révolutions?», en *Actes du congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848*, París, 1948.
- LABROUSSE, Ernest; LÉON, Pierre; GOUBERT, Pierre; BOUVIER, Jean; CARRIÈRE, Charles, y HARSIN, Paul, *Histoire économique et sociale de la France*, vol. 2. *Des derniers temps de l'âge seigneurial aux préludes de l'âge industriel (1660-1789)*, París, 1970.
- LANDES, David S., «French entrepreneurship and Industrial Growth in the Nineteenth Century», en *Journal of Economic History*, 9 (1949): 45-61.
- «French business and the Businessman: A Social and Cultural Analysis», en *Modern France: Problems of the Third and Fourth Republics*, E. M. Earle (ed.), Princeton, Nueva Jersey, 1951.
- «New Model Entrepreneurship in France and Problems of Historical explanation», en *Explorations in Entrepreneurial History*, 1 (1963): 56-75.
- *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Londres, 1969.
- LAURENT, Émile, *Le Paupérisme de les associations de prévoyance: Nouvelles études sur les sociétés de secours mutuels, histoire-économie politique-administration* (2 vols.), París, 1865 (2^a ed.).
- LEET, Don R., y SHAW, John A., «French Economic Stagnation, 1700-1960: Old Economic History Revisited», en *Journal of Interdisciplinary History*, 8 (invierno de 1978): 530-44.
- LEFEBVRE, Georges, *La Grande Peur de 1789*, París, 1932.

- 1789, París, 1939 (versión española: *1789. Revolución francesa*, Barcelona, Laia, 1973).
- *Questions agraires au temps de la Terreur*, La Roche-sur-Yon, 1954 (2ª ed.).
- *Études sur la Révolution française*, París, 1963 (2ª ed.).
- LEFRANC, Georges, *Histoire du mouvement ouvrier en France des origines à nos jours*, París, 1947.
- LEQUIN, Yves, *Les ouvriers de la région lyonnaise (1848-1914)* (2 vols.), Lyon, 1977.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel, *Les Paysans de Languedoc*, París, 1966.
- *Montaillou: Village occitan de 1294 à 1324*, París, 1975 (versión española: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981).
- LEVASSEUR, E., *Histoire des classes ouvrières en France depuis la conquête de Jules César jusqu'à la Révolution* (2 vols.), París, 1859.
- *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789* (2 vols.), París, 1900.
- LEVINE, David, *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Nueva York, 1977.
- LEVY-LEBOYER, M., «La Croissance économique en France au XIX^e siècle: Résultats préliminaires», en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 23 (1968): 788-807.
- «Le Processus d'industrialisation: le cas de l'Angleterre et de la France», en *Revue historique*, 239 (1968): 281-98.
- LHOMME, Jean, *Economic et histoire*, París, 1967.
- LICHTHEIM, George, *The Origins of Socialism*, Nueva York, 1969 (versión española: *Los orígenes del socialismo*, Barcelona, Anagrama, 1970).
- LOCKE, John, *Two Treatises of Government*. Con un suplemento, *Patriarcha*, por Robert Filmer. Thomas I. Cook (ed.), Nueva York, 1947.
- *Two Treatises of Government*, Peter LASLETT (ed.), Cambridge, 1967 (2ª ed.).
- LOUBÈRE, Leo A., *Louis Blanc: His Life and His Contribution to the Rise of French Jacobin Socialism*, Evanston, Illinois, 1961.
- LOUIS, Paul, *Histoire du mouvement syndical en France* (2 vols.), París, 1947.
- LOYSEAU, Charles, *Traité des ordres et simples dignitez*, en *Les oeuvres*, París, 1666.
- LUCAS, Colin, «Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution», en *Past and Present*, 60 (agosto de 1973): 84-126.
- MANTOUX, Paul, *La Révolution industrielle au XVIII^e siècle: Essai sur les commencements de la grande industrie moderne en Angleterre*, París, 1906.
- MANUEL, Frank E., *The New Moral World of Henri de Saint-Simon*, Cambridge, Massachusetts, 1956.
- *The Prophets of Paris: Turgot, Condorcet, Saint-Simon, Fourier and Comte*, Cambridge, Massachusetts, 1956.
- MARCZEWSKI, J., «The Take-off and French Experience», en *The Economics*

- of Take-off into Sustained Growth*, W. W. Rostow (ed.), Nueva York, 1963.
- «Le Produit physique de l'économie française de 1789 à 1913 (Comparaison avec la Grande Bretagne)», en *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, serie AF, 4 (1965).
- MARKOV, Walter, y SOBOUL, Albert (eds.), *Die Sansculotten von Paris. Dokumente zur Geschichte der Volksbewegung, 1793-1794*, Berlín, 1957.
- MARKOVITCH, T. J., «L'Industrie française de 1789 à 1964», en *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, serie AF, 4, 6 y 7 (1965-6).
- «Le Revenu industriel et artisanal sous la Monarchie de Juillet et le Second Empire», en *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, serie AF, 4 (1967): 87.
- MARTIN, Germain, *Les Associations ouvrières au XVIII^e siècle (1700-1792)*, París, 1900.
- MARTIN SAINT-LÉON, Étienne, *Le compagnonnage*, París, 1901.
- *Histoire des corporations de métiers, depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791*, París, 1909.
- MARX, Karl, *The Class Struggles in France (1848-1850)*, Nueva York, s. f. (versión española: *Las luchas de clases en Francia: 1848 a 1850*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968).
- MASSON, Paul (ed.), *Les Bouches-du-Rhône: Encyclopédie départementale. Le Mouvement social*, vol. 10, París y Marsella, 1923.
- MATHIEZ, Albert, *La Révolution française*, París, 1922.
- MAVIDAL, M. J., y LAURENT, M. E. (eds.), *Archives parlementaires de 1787 à 1860*, primera serie (1787-9), 82 vols., París, 1879-1913.
- MCKAY, Donald C., *The National Workshops*, Cambridge, Massachusetts, 1933.
- MENDELS, Franklin F., «Proto-industrialization: The First Phase of the Process of Industrialization», en *Journal of Economic History*, 32 (1972): 241-61.
- MERRIMAN, John M., *The Agony of the Republic: The Repression of the Left in Revolutionary France, 1848-1851*, New Haven, 1978.
- (ed.), *1830 in France*, Nueva York, 1975.
- MITCHELL, B. R., *European Historical Statistics, 1750-1970*, Nueva York, 1975.
- MITCHELL, B. R., y DEANE, Phyllis, *Abstract of British Historical Statistics*, Londres, 1962.
- MOSS, Bernard H., *The Origins of the French Labor Movement: The Socialism of Skilled Workers, 1830-1914*, Berkeley y Los Ángeles, 1976.
- MOUSNIER, Roland, *La Venalité des offices sous Henri IV et Louis XIII*, París, 1971 (2ª ed.).
- «Les Concepts d'ordres, d'états, de fidélité et de monarchie absolue en France de la fin du XV^e siècle à la fin du XVIII^e siècle», en *Revue historique*, 502 (abril-junio de 1972): 289-312.
- NADAUD, Martin, *Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon*, París, 1912.
- NEWMAN, Edgar Leon, «Sounds in the Desert: The Socialist Worker Poets of

- the Bourgeois Monarchy, 1830-1848», en *Proceedings of the Third Annual Meeting of the Western Society for French History*, 3 (1975): 269-99.
- «What the Crowd Wanted in the French Revolution of 1830», en *1830 in France*, John M. MERRIMAN (ed.), Nueva York, 1975.
- NGUYEN, Victor, «Les Portefaix marseillais. Crise et déclin, survivance», en *Provence historique*, 12 (1962): 363-97.
- O'BRIEN, Patrick, y KEYDAR, Caglar, *Economic Growth in Britain and France 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century*, Londres, 1978.
- OLIVIER MARTIN, François, *L'Organisation corporative de la France d'ancien régime*, París, 1938.
- QUIN-LACROIX, Ch., *Histoire des anciennes corporations d'arts et métiers et des confréries religieuses de la capitale de la Normandie*, Ruán, 1850.
- OZOUF, Mona, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, 1976.
- PAULTRE, Christian, *De la répression de la mendicité et du vagabondage en France sous l'ancien régime*, París, 1906; reeditado en Ginebra, 1975.
- PERDIGUIER, Agricol, *Le Livre du compagnonnage*, París, 1839.
- *Memoires d'un compagnon*, Ginebra, 1854-55; reedición, París, 1964.
- *Correspondance inédite avec George Sand et ses amis, Lettres choisies et commentées avec une introduction par Jean Briquet*, París, 1966.
- PERROT, Jean-Claude, *Genèse d'une ville moderne: Caen au XVIII^e siècle* (2 vols.), París, 1975.
- PERROT, Michelle, *Les Ouvriers en grève: France, 1871-1890*, 2 vols., París, 1974.
- PERROUX, François, «Prise de vues sur la croissance de l'économie française, 1780-1950», en *Income and Wealth*, serie 5, Simon KUZNETS (ed.), Londres, 1955.
- PEUCH, J. L., *La vie et l'oeuvre de Flora Tristan*, París, 1925.
- PIERRARD, Pierre, *La Vie Ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, 1965.
- PINKNEY, David, «The Crowd in the French Revolution of 1830», en *American Historical Review*, 70 (octubre de 1964): 1-17.
- *The French Revolution of 1830*, Princeton, 1972.
- PONCY, Charles, *Le Chantier*, París, 1846.
- *La Chanson de chaque métier*, París, 1850.
- POSTER, Mark (ed.), *Harmonian Man, Selected Writings of Charles Fourier*, Garden City, Nueva York, 1971.
- POUTHAS, Charles, *La Population française pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, 1965.
- PRICE, Roger, *The French Second Republic: A Social History*, Londres, 1972.
- *1848 in France*, Ithaca, Nueva York, 1975.
- *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*, Londres, 1975.
- PROUST, Jacques, *Diderot et l'Encyclopédie*, París, 1963.
- *L'Encyclopédie*, París, 1965.
- REDDY, William M., «Carnival's Other Mask: Reformers' Images of Factory

- Laborers in Nineteenth-Century France», trabajo presentado al Social Science Seminar en el Institute for Advanced Study, Princeton, Nueva Jersey, 1975.
- «Family and Factory: French Linen Weavers in the Belle Epoque», en *The Journal of Social History*, 8 (invierno, 1975): 102-12.
- «What Jaurès Saw», trabajo presentado al Seminar on Symbolic Anthropology en el Institute for Advanced Study, Princeton, Nueva Jersey, 1976.
- «The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen, 1752-1871», en *Past and Present*, 74 (febrero de 1977): 62-89.
- «Skeins, Scales, Discounts, Steam and Other Objects of Crowd Justice in Early French Textiles Mills», en *Comparative Studies in Society and History*, 21 (abril de 1979): 204-13.
- REINHARD, Marcel, «La Population des villes: sa mesure sous la Révolution et l'Empire», en *Population*, 9 (1954): 279-88.
- RIGAUDIAS-WEISS, Hilde, *Les Enquêtes ouvrières en France entre 1830 et 1848*, París, 1936; reeditado, Nueva York, 1975.
- ROEHL, Richard, «French Industrialization: A Reconsideration», en *Explorations in Economic History*, 13 (1976): 233-81.
- ROSALDO, Renato I. (Jr.), *Ilongot Headhunting, 1833-1974: A Study in History and Society*, Stanford, California, 1980.
- ROUGERIE, Jacques, «Composition d'une population insurgée: l'exemple de la Commune», en *Le Mouvement social*, 48 (julio-septiembre de 1964): 31-48.
- *Procès des Communards*, París, 1964.
- «Remarques sur l'histoire des salaires à Paris au XIX^e siècle», en *Le Mouvement social*, 63 (1968): 71-108.
- RUDE, Fernand, *Le Mouvement ouvrier à Lyon de 1827 à 1832*, París, 1944; nueva edición, París, 1969.
- RUDÉ, George, «La Taxation populaire de mai 1775 à Paris et dans la région parisienne», en *Annales historiques de la Révolution française*, 143 (abril-junio de 1956): 139-79.
- *The Crowd in the French Revolution*, Londres, 1959.
- *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York, 1964 (versión española: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra. 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1978).
- «La Taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie et dans le Beauvaisis», en *Annales historiques de la Révolution française*, 165 (julio-septiembre de 1961): 305-26.
- SAGNAC, Ph., *La Législation civile de la Révolution française (1789-1804)*, París, 1898.
- SAGNAC, Ph., y CARON, P., *Les Comités des droits féodaux et de législation et l'abolition du régime seigneurial (1789-1793)*, París, 1907.
- SAHLINS, Marshall, *Culture and Practical Reason*, Chicago, 1978.
- SAINT-SIMON, Henri de, *Social Organization, the Science of Man and Other Writings*, MARKHAM, Felix (ed.), Oxford, 1952.

- SALMON, J. M. H., «Venality of Office and Popular Sedition in Seventeenth-Century France: A Review of a Controversy», en *Past and Present*, 37 (julio de 1967): 21-43.
- SAND, George, *Le Compagnon du tour de France*, París, 1841.
- SCHNEIDER, David M., *American Kinship: A Cultural Account*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1968.
- SCHNEIDER, Jane, y SCHNEIDER, Peter, *Culture and Political Economy in Western Sicily*, Nueva York, 1976.
- SCOTT, Joan Wallach, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974.
- SEWELL, William H., Jr., «La Classe ouvrière de Marseille sous la Seconde République: structure sociale et comportement politique», en *Le Mouvement social*, 76 (julio-septiembre de 1971): 27-65.
- «The Structure of the Working Class of Marseille in the Middle of the Nineteenth Century», tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1971.
- «État, Corps, and Ordre: Some Notes on the Social Vocabulary of the French Old Regime», en *Sozialgeschichte Heute, Festschrift für Hans Rosenberg zum, 70. Geburtstag*, Hans-Ulrich WEHLER (ed.), Göttingen, 1974.
- «Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseille», en *Past and Present*, 65 (noviembre de 1974): 75-109.
- «The Working Class of Marseille under the Second Republic: Social Structure and Political Behavior», en *Workers in the Industrial Revolution*, Peter N. STEARNS y Daniel J. WALKOWITZ (eds.), págs. 75-116, New Brunswick, Nueva Jersey, 1974.
- SHORTER, Edward, y TILLY, Charles, *Strikes in France, 1830-1968*, Cambridge, 1974.
- SIEYÈS, Emmanuel Joseph, *Qu'est-ce que le Tiers État?*, Introducción y notas de Roberto Zapperi, Ginebra, 1970.
- SOBOUL, Albert, «Problèmes du travail en l'an II», en *Annales historiques de la Révolution française*, 28 (julio-septiembre de 1956): 236-54.
- *Les Sans-culottes parisiens et l'an II: Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire, 2 juin 1793-9 thermidor an II*, París, 1958.
- *Précis d'histoire de la Révolution française*, París, 1963 (versión española: *Compendio de historia de la Revolución Francesa*, Madrid, Tecnos, 1975).
- *The Parisian Sans-culottes and the French Revolution, 1793-4*, Londres, 1964.
- SPITZER, Alan B., *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957.
- STADELMANN, R., «Soziale Ursachen der Revolution von 1848», en *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, H. U. WEHLER (ed.), Berlín, 1970.

- STEARNS, Peter N., «Patterns of Industrial Strike Activity in France during the July Monarchy», en *American Historical Review*, 70 (enero de 1965): 371-94.
- SUE, Eugène, *Le Juif errant*, Bruselas, 1844-5.
- *Les Mystères de Paris*, París, 1842-3.
- SYDENHAM, M. J., *The French Revolution*, Nueva York, 1965.
- THERNSTROM, Stephan, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1964.
- *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970*, Cambridge, Massachusetts, 1973.
- THOMAS, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Nueva York, 1971.
- THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963 (versión española: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977).
- «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle Without Class?», *Social History*, 3 (mayo de 1978): 133-65.
- TILLY, Charles, *The Vendée*, Cambridge, Massachusetts, 1964.
- TILLY, Charles, y LEES, Lynn, «Le peuple de juin 1848», en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 29 (septiembre-octubre de 1974): 1061-91.
- TILLY, Louise A., y SCOTT, Joan W., *Women, Work and the Family*, Nueva York, 1978.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *Recollections*, J. P. MAYER y A. P. KERR (eds.), Garden City, Nueva York, 1970.
- TOUTAIN, J. C., «Le Produit de l'agriculture française de 1700 à 1958», en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, serie AF, 2 (1961).
- «La Population de la France de 1700 à 1959», en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, serie AF, 3 (1963).
- TREMPÉ, Rolande, *Les Mineurs de Carmaux, 1848-1914* (2 vols.), París, 1971.
- TROTSKY, Leon, *History of the Russian Revolution* (3 vols.), Nueva York, 1932 (versión española: *Historia de la revolución rusa*, 2 vols., Madrid, Sarpe, 1985).
- TRUANT, Cynthia, «Compagnonnage: Symbolic Action and the Defense of Workers' Rights in France, 1700-1848», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1978.
- «Solidarity and Symbolism among Journeymen Artisans: The Case of Compagnonnage», en *Comparative Studies in Society and History*, 21 (abril de 1979): 214-26.
- TURGOT, Ann-Robert-Jacques, barón de l'Aulne, *Oeuvres de Turgot et documents le concernant* (5 vols.), Gustave SCHELLE (ed.), París, 1913-23.
- TURNER, Victor W., *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*, Ithaca, Nueva York, 1967 (versión española: *La selva de símbolos*, Madrid, Siglo XXI, 1980).
- VIAL, Jean, *La Coutume chapelière: histoire du mouvement ouvrier dans la chapellerie*, París, 1941.

- VIGIER, Philippe, *La Seconde République dans la région alpine* (2 vols.), París, 1963.
- VILLERMÉ, Louis René, *Des prisons telles qu'elles sont et telles qu'elles devraient être, ouvrage dans lequel on les considère par rapport à l'hygiène, à la morale et à l'économie politique*, París, 1820.
- *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie* (2 vols.), París, 1840.
- VOVELLE, Michel, *La Chute de la monarchie, 1787-1792*, París, 1972.
- *Piété baroque et déchristianisation. Les attitudes devant la mort au XVIII^e siècle d'après les clauses des testaments*, París, 1973.
- WALKOWITZ, Daniel J., *Worker City, Company Town: Iron and Cotton Worker Protest in Troy and Cohoes, New York, 1855-84*, Urbana, Illinois, 1978.
- WEBER, Adna Ferrin, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century: A Study in Statistics*, Nueva York, 1899. Reeditado: Ithaca, Nueva York, 1963.
- WEIL, Georges, *Histoire du mouvement social en France, 1852-1902*, París, 1904.
- WEULERSSE, Georges, *Le Mouvement physiocratique en France (de 1756 à 1770)* (2 vols.), París, 1910.
- WILSON, Arthur M., *Diderot: The Testing Years*, Nueva York, 1957.
- *Diderot*, Nueva York, 1972.

Índice de materias

- Academia de Ciencias Morales y Políticas, 308.
- Académie Française, 167.
- agricultura, 109.
- obreros (manufacturas) y, 364-6.
- población, 37-9, 203.
- precios, n. 39, 154-7.
- productividad, 211-2.
- propiedad y, 167-8, 179-81, 186-7, 196-7.
- véase también campesinos; re-vueltas campesinas.
- alcohol, consumo de, 318, 321.
- Alemania, 207-10.
- Allarde, d' (ley), 137, 196.
- Amiens (Francia), 40, 53.
- anarco-sindicalismo, 375.
- Annales, escuela de, 50, n. 50, 51.
- Antiguo Régimen.
- arte/trabajo en el, 46-7.
- comparado con la Revolución de 1848, 359.
- continuidad del, 264.
- corporaciones y, 45, 66-8, 229, 256.
- lenguaje del, 142, 144, 261-3, 266-7.
- orden social, 40-1, 44, 172, 205.
- prácticas laborales, 69-70, 226.
- propiedad, 166-72.
- antropología, 28-30, n. 30, 31-4.
- antropología cultural, 28-30, n. 30, 31-4.
- aparceros, 190.
- aprendizaje, 56-7, 62, 220, 242.
- aristocracia, 160-1.
- véase también orden social.
- arte, 44-50, 56.
- artes liberales, 47, 49, 101-4.
- artes mecánicas.
- definidas, 44-5.
- ilustración y, 100-109.
- lugar en el orden social, 46-50.
- propiedad y, 196-201.
- artesanos.
- estructura social y, 41-3, 46-7, 63.
- ilustración y, 101-3, 105-6.
- perspectiva antropológica, 33.
- predominio de los, 15-6, 219-28.
- rurales, 39.
- véase también oficiales; trabajo.
- Artisan, L'*, 275-81, 283, 296.
- Asamblea Constituyente, 265-6, 357-8.
- Asamblea Legislativa, 194.
- Asamblea Nacional, 124, 162-3, 196.
- disolución de la, 375.
- impuestos, 128-9.
- Luis XVI y la, 147-8.
- oficiales y, 130, 140-2.
- privilegios, 125-7.
- propiedad, 165, 189-90, 192-5.

propiedad, 165, 189-90, 192-5.
retenciones laborales, 145-7.
Revolución de 1848, 336, 338, 346-8, 354.
sufragio, 193-5.
Asociación fraternal y democrática de obreros ebanistas, 357.
Atelier, L', organe des intérêts moraux et matériels des ouvriers, 304, 324.
Austria, 148.

Banco del pueblo, 373.
Beauvais (Francia), 40, 53.
Birmingham (Reino Unido), 214, 219.
Bourges (Francia), 138.
Bradford (Reino Unido), 214, 219.
Brest (Francia), 214.
Bristol (Reino Unido), 219.
Burdeos (Francia).
 compagnonnage, 234.
 contrarrevolución, 148.
 población, 38, 214.

Caen (Francia), 53.
campesinos.
 autosuficiencia, 215.
 Francia, 217.
 obreros y, 364-6.
 Reino Unido, 216-7.
 véase también agricultura.
capital.
 lenguaje asociativo, 282-3.
 propiedad, 186-8, 197-9.
capitalismo, 98, 378.
Carbonari, 380.
cargos públicos, como propiedad, 168, 179, 190.
cargos venales, 190.
centralismo, 93-4.
 véase también monarquía.
Centro, 66.
centros urbanos.

abandono de los talleres, 245.
campo y, 40.
corporaciones, 66-7.
crecimiento de los, 212-9.
derechos de propiedad, 184-6, 196-7.
estructura social, 40-4.
población, 37-8.
chambrelans, 98, 225.
ciencia, 104-5, 108, 122, n. 204, 378.
ciencias sociales, n. 204.
Círculo Industrial (Lyon), 299.
ciudadanía, 181-4, 192-5, 377-80.
ciudadanos pasivos, 151-2.
clase.
 término de, 121, 383-4.
 véase también orden social.
Club de los Cordeliers, 145.
Club typographique et philanthropique, Le, 143-4.
clubes en la Revolución de 1848, 349-50.
Código Civil (1804), 166.
cofradías, 66, 68, 71-2.
 compagnonnage y, 94.
 comparadas con sociedades de ayuda mutua, 231-2.
Revolución Francesa y, 143.
 véase también *compagnonnage*:
 corporaciones; corporaciones obreras; hermandades de oficiales; sociedades de ayuda mutua.
colectivismo, 154, 163.
comerciantes (*gens de métier*), 43-5, 49, 54, 137, 186.
comercio, 42-4, 69.
Comisión Luxembourg, 333, 341, 343, 345-50, 361-2, 364, 367, 372-4.
asociaciones de productores y, 356.
disolución de la, 370.
organizaciones laborales y, 353-5, 358.
versiones provinciales de la, 363.

Comité de Salud Pública, 137, 148, 189.
Compagnie des Griffarins, 72-8, 82, 88.
 contrastada con *compagnonnage*, 83-4.
 corporaciones de oficiales y, 88-90.
 maleabilidad de la, 94.
compagnonnage, 18, 230, 176, 295-6.
 cofradías y, 94.
 comunidad moral y, 62, 88.
 contrastado con Griffarins, 83-4.
 éxito del, 256.
 formas institucionales del, 80-1, 84-5, 234-40.
 funciones del, 79-81.
 jerarquía, 236-7.
 ley d'Allarde, 129-30.
 orígenes del, 47-8, 59, 71-2, 78, 85-6.
 Revolución de 1848 y, 345.
 Revolución Francesa y, 142.
 rituales del, 64, 81-3.
 rivalidades entre, 85-7, 89-91, 236-8, 305-6.
 sector de la construcción y, 250.
 sociedades de ayuda mutua y, 239-40, 248-9, 257-61.
 véase también cofradías; corporaciones obreras; hermandades de oficiales; sociedades de ayuda mutua.
competencia, 246, 255.
competencia sucia, 255.
Comuna de París, 375.
comunidad; *véase* comunidad moral.
comunidad moral, 67.
 compagnonnage, 88.
 corporaciones, 59-66.
 derechos de propiedad, 167.
 lenguaje y, 263-4.
 organizaciones de oficiales, 77, 92.
 revolución, 150-1, 154, 163, 351-2.
 sociedades de ayuda mutua, 233, 251-2, 318-9.
conciencia de clase, 382-5.
 antropología cultural y, 31.
 lenguaje asociativo, 293-302.
 prensa y, 275-6.
 véase también orden social.
Concordato de 1802, 230.
Confédération Générale du Travail, 375.
confraternización, 152-3.
conservación de documentos, 237.
constituciones, 135, 195.
Contrarreforma, 61, 72, 84.
contratación, 259, 290, 352-3.
contrato social, 204-5.
Convención, 148-9, 153-4, 161, 163.
convención Legislativa, 137.
cooperativas de productores, 281-2, 384.
Blanc, 323.
 lenguaje asociativo, 292-4.
 Revolución de 1848, 339, 356, 372.
 véase también lenguaje asociativo.
corporaciones.
 abolición de las, 127-35.
 Antiguo Régimen, 45, 229, 256.
 artesanos, 41-2.
 centros urbanos, 37.
 comercio, 43.
 como comunidad moral, 59-66.
 compagnonnage y, 59.
 conflictos entre, 53-5.
 continuidad entre, 68.
 cuotas de entrada, 170.
 derechos de propiedad y, 167, 187, 197-201.
 dicotomía arte/trabajo, 48-50.
 Ilustración y, 109-17.
 industria rural, 40.
 organización interna de las, 50-9.
 Revolución Francesa, 16, 97-8, 125, 138-47, 151, 190, 256-7.
 sistema fabril, 221.
 variedades de, 66-8.

véase también cofradías; *compagnonnage*, corporaciones; corporaciones de maestros; corporaciones obreras; hermandades de oficiales; sociedades de ayuda mutua.

corporaciones de maestros, 295.
 cuotas de entrada, 170.
 desaparición de las, 262.
 hermandades de oficiales y, 88-93.
 ley d'Allarde, 129-30.
 Revolución Francesa y, 139-40, 256-7.

corporaciones obreras.
 actividad política, 357-9.
 conciencia de clase, 382-5.
 continuidad de las, 351-2, 373.
 contrastadas con las corporaciones de oficiales, 260.
 cuotas de entrada, n. 170.
 extensión de las, 229.
 ideología, 363.
 individualismo, 381-2.
 lenguaje, 261-9.
 lenguaje asociativo, 285-93.
 maestros y, 352.
 niveles de asociación, n. 233.
 reformas de los «talleres sociales», 323.
 revolución, 333.
 Revolución de 1830, 272-80, 286-93.
 Revolución de 1848, 268-9, 340-1, 345-50, 361-4, 370-5.
 similitudes entre, 251-61.
 tipos de, 240-51.
 véase también cofradías; *compagnonnage*, corporaciones; hermandades de oficiales; sociedades de ayuda mutua.

corps, 266-7.
corps d'état, 267-8.
corvée, 168-9.
 costes de transporte, 210.
 criados, 43, 194.

cuantificación, 22-3, 26.
 cuotas de entrada, 170, n. 170.

Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, 127-8, 134, 361.
 como contrato social, 205.
 propiedad y, 165, 191-3, 196.
démoc-soc (movimiento), 364.
 véase también República, Democrática y Social.

desempleo, 247, 274, 287, 338-9, 342, 353.
 destajo, 273.
dévorants, 85.
 dialéctica, 377-82.
 Dijon (Francia), 78, 85.
 disputas laborales, 352.
 Comisión Luxembourg, 353-5.
 Compagnie des Griffarins, 73, 76-7.
compagnonnage, 80, 235, 238.
 conciencia de clase, 296, 300-1, 382.
 corporaciones obreras, 245, 252-3.
 ley Le Chapelier, 132-3.
 Lyon, 287-8, 301-2, 306, 383.
 Marsella, 241, 247-9.
 nacionales (1833), 259.
 oficiales, 70.
 París, 306.
 Revolución de 1830, 287-90.
 Revolución Francesa, 143-4, 147.
 rurales, 223.
 salarios, 252, 254-5.

división del trabajo.
 corporaciones obreras, 247-8, 259.
 economías de escala, 224-5.
 véase también sistema de *confection*.

Echo de la fabrique, L', 288-9, 294, 298, 300, 302.
Echo des travailleurs, L', 289, 302.

economías de escala, 224-6.
 véase también sistema de *confection*.

Edad Media, 40, 49, 168.
 Edimburgo (Reino Unido), 219.
 elecciones, 65.
 véase también representación; sufragio.

empresarios.
 economías de escala, 224.
 propiedad y, 187-8, 198.
 véase también maestros.

enclosures, 216.

Enfants de Maître Jacques, 85-6, 237-8.

Enfants de Père Soubise, 85-6, 141, 236, 238, 306.

Enfants de Salomon, 85-6, 141, 236, 238, 306.

entierros, 64, 79, 352.

Era Napoleónica.
 corporaciones obreras, 230.
 sociedades de ayuda mutua, 230-2.
 sufragio, 195.

Estados Generales.
 impuestos, 117, 178, 180.
 Sieyès y los, 124.
 sufragio, 194.

Estrasburgo (Francia), 38.

etat, 265-7.

European, L', 282-3.

exclusividad; véase monopolio.

explotación, 279-80, 298-9, 324, 353.

fabricantes, 69, 245, 252.

festividades, 61-3.

Filósofos, 47, 99-100, 109, 179-81, 188.
 véase también Fisiócratas; Ilustración.

Fisiócratas, 109-17, 128, 179.
 véase también Filósofos; Ilustración.

Flandes, 66.

Forfants, 76-7, 88, 90.

Francmasonería, 86, 94.
 «fraternidad», 285, 380-1.
 «funcionarios», 372.

gavots, 85.
gens de bras, 45, 48-9.
gens de métier (comerciantes), 43-5, 49, 54, 137, 186.
 Glasgow (Reino Unido), 214, 219.
Globe, Le, 282.

gobierno.
 derechos de propiedad y, 175-80.
 representación y, 180-3.
 talleres sociales, 323, 338-9, 341-2, 356, 371.
 Gobierno Provisional, 341, 369.

gremios; véase corporaciones.

Grignon, 291, 297-8, n. 298.

Guardia Nacional, 152, 335.
 Revolución de 1848, 339, 346-7, 369.
 servicio en la, 193.
 uniformes para la, 356.
 véase también milicia.

guerra de clases, 363-71.

guillotina, 155-6.

herencia, 170-1, 180, 242, 283.
 herencia ocupacional, 242.

hermandades de oficiales, 69-72.
 Compagnie des Griffarins y las, 72-8.
compagnonnage, 78-88.
 comunidad moral, 62.
 contrastadas con las corporaciones obreras, 260.
 cooperación entre las, 88-9.
 corporaciones de maestros y, 88-93.
 lenguaje corporativo y, 88-95.
 ley d'Allarde, 129.
 Revolución Francesa, 140-7.
 véase también corporaciones; corporaciones obreras; sociedades de ayuda mutua.

historia intelectual, 26-8.
 historia laboral, 26-7, 31.
 historia local, 24.
 historia social, 21-4, n. 24, 25-9.
 historiadores liberales, 165,
homme de peine, 265-6.
 horas de trabajo, 273, 316, 352.
 huelgas; véase disputas laborales.

ideología.
 corporaciones obreras, 363.
 perspectiva intelectual sobre la,
 21-9, 31.
sans-culottes, 157-64.

Iglesia católica; véase religión.
 «igualdad», 380.

Ilustración, 94.
 aplicación de la, 380.
 artes mecánicas y, 100-109.
 corporaciones y, 99-100.
 gobierno representativo, 117-8.
 propiedad e, 166, 173-89, 200,
 378-9.
 Socialismo y, 377-9.
 véase también Filósofos; Fisiócratas.

Imperio; véase Era Napoleónica;
 Luis Napoleón; Napoleón.

impresores, 72-7.

impuestos.
 Asamblea Nacional, 128-9.
 corporaciones, 65, 67, 97-8.
 estado, 205-6.
 Estados Generales, 117, 178, 180.
 Locke, sobre los, n. 180.
 propiedad, 169, 178, 180-1, 183,
 186, 192-4.
 Revolución Francesa, 138.

incesto, 311, 327.

individualismo.
 Blanc, 324.
 corporaciones e, 381-3.
 lenguaje revolucionario, 229, 280,
 286.

industria.
 centros rurales de, 39.
 expansión de la, 206-19.
 término de, 203-4.
 industria de la seda, 222.
 industria del algodón, 40.
 véase también industria textil.
 industria doméstica, 224, 248.
 industria textil.
 centros rurales, 39-40.
 condiciones en la, 309-19.
 corporaciones y, 98.
 oficios de lujo, 218.
 sistema fabril y, 215-6, 220-3.
 Inglaterra; véase Reino Unido.
 iniciación, 73-6, 81-3.
 véase también rituales.
 Institut de science économique appli-
 quée, 208.
 Internacional, la, 375.

Jacobinos, 148-9, 163, 165, 320,
 380.
Journal des travailleurs, 339, 342,
 370.
 juramentos, 62-3, 73-4, 82-3, 258.
jurande, 262.
jurés, 55-6.
 justicia, 168, 172, 183.
 Le Chapelier (ley, 1791), 130-5, 138,
 140, 145, 146-7, 196, 264, 285.
 Leeds (Reino Unido), 214, 219.

lenguaje.
 Antiguo Régimen, 142, 144, 261-
 3, 266-7.
 conciencia de clase, 382.
 corporaciones obreras, 142, 256,
 261-9.
 estudio del, n. 28, 30-2, n. 34.
 lenguaje asociativo, 292.
 pobreza, 311-2.
 propiedad, 200.
 Revolución de 1830, 276-8.
 Revolución de 1848, 262, 351,
 372.
 Revolución Francesa, 144, 276-8.

revolucionario, 278-80, 286, 296,
 366-7, 382-3.

lenguaje asociativo, 325.
 conciencia de clase y, 293-302,
 382, 384.
 corporaciones obreras y, 286-93.
 Revolución de 1830 y, 280-6.
 Revolución de 1848 y, 341-5.
 véase también lenguaje; lenguaje
 corporativo.

lenguaje corporativo, 18-21, 88-95,
 261-4, 271-2.
 véase también lenguaje.

ley.
 asociaciones de oficiales, 70-1.
compagnonnage, 234-5.
 corporaciones obreras, 249, 260,
 346.
 corporaciones, 51-3, 57-8, 63.
 lenguaje asociativo, 284, 301.
 lenguaje corporativo, 67, 271.
 relaciones maestros/oficiales, 70.
 Revolución de 1830, 273.
 rompe huelgas, 289.
 sindicatos, 249.
 sociedades de ayuda mutua, 231.

libertad, 380-1.
 Ilustración, 112-5.
 propiedad, 176.
 Revolución de 1830, 272-4, 280,
 299.

Lille (Francia), 38, 40, 309-11, 313.
 Limoges (Francia), 214.
 Liverpool (Reino Unido), 214, 219.
 Londres (Reino Unido), 214, 219.
 Lyon (Francia), 53, 84, 88, 222.
 Compagnie des Griffarins, 72-3.
 contrarrevolución, 148.
 corporaciones obreras, n. 25.
 huelgas, 287-8, 301-2, 306, 383.
 lenguaje asociativo, 294-5, 299.
 población, 38, 214.
 republicanismo, 291.
 sombrereros, 240, 242-6, 249,
 261.

maestría.
 acceso a la, n. 57, 58, 59.
 privilegios de la, 57.

maestros.
 abolición de privilegios, 196.
 corporaciones obreras y, 352.
 derechos de propiedad y, 169-72,
 187-8, 197.
 lenguaje corporativo y, 271.
 relaciones obreras (véase relacio-
 nes laborales).

maîtrise, 262.
 Manchester (Reino Unido), 214, 219.
 manifestaciones, 369-70.
 manufactura rural, 245.
 manufacturación, 44.
 máquina de vapor, 203.
marchandage, 225-6.
 Marsella (Francia), 337.
 albañiles en, 250.
 contrarrevolución, 148.
 corporaciones obreras en, 229-30,
 250.
 curtidores en, 240-3, 246, 249.
 panaderos en, 239-40, 261.
 población de, 38, 214.
 Revolución de 1848, 24-5, 363.
 salarios en, 227.
 sociedades de ayuda mutua, 232-3.
 zapateros en, 247-9, 255, 261.

Marxismo, 21, 26, 28, 158, 165, 384.
 véase también Socialismo.

mercados.
 crecimiento de los, 210.
 forma corporativa y, 94.
 Francia, 218.
 Ilustración, 109.
 sistema fabril, 215, 224.
 urbanos, 216.

mercados de ultramar, 215.
 metáfora del cuerpo, 277.
 véase también lenguaje.
métier juré, 66-8, 73-4, 93.
 véase también corporaciones; cor-
 poraciones de maestros.
 migraciones (de obreros), 250-1.

véase también tour de France.
 milicia, 65, 72.
véase también Guardia Nacional.
 monarquía.
 abolida, 195.
 propiedad, 176-7, 183.
 Monarquía de Julio; *véase* Revolución de 1830 y Monarquía de Julio.
 monopolio, 53-4, 109, 122.
 moralidad, 311-19, 321-3.
 movilidad social, 172, 199.
 movimiento de poetas obreros, 325.
 movimiento obrero, 24, 337-45.
 mujeres, 58, 194, 221, 313-5.
 Mulhouse (Francia), 218.
 Museo Británico, 143.
 Mutualismo (Sociedad de vigilancia e indicación mutua), 288, n. 288, 296-7.

Nantes (Francia), 38.
 Nîmes (Francia), 238.

obreros.
 miedo a los, 368-9.
 migraciones de los, 250-1.
 obreros fabriles, 15-6, 283.
 oficiales, 56, 64.
 derechos de propiedad, 187-8.
 oficios de la construcción, 78.
 oficios de lujo, 218-9.
 orden social.
 centros urbanos, 39-44.
 corporaciones, 49-50, 65.
 Ilustración, concepciones del, 99-100, 107-8, 116.
 industria y, 205-7.
 movilidad en el, 172, 199.
 propiedad, 179, 181, 193, 321-3.
 Revolución Francesa y, 199, 379-80.
 Sieyès, 117-27.
 trabajo y, 43-8, 329-31, 385.

véase también propiedad.
 París (Francia), 60, 66-8, 84, 88, 267, 364.
 albañiles, 250.
compagnonnage, 238.
 conciencia de clase, 303-5.
confection, 224.
 corporación de carniceros, 74.
 corporación de carpinteros, 145-7.
 corporaciones, 43.
 curtidores, 241.
 herreros, 146-7.
 huelgas, 290, 301-2, 306.
 ideología, 25-6.
 impresores, 143.
 lenguaje asociativo, 281.
 población, 38, 214.
 Republicanismo, 290.
 Revolución de 1830, 272-6, 287.
 Revolución de 1848, 336-7, 351, 354, 366-7, 370-1.
 Revolución Francesa, 150.
 salarios, 227.
 sastres, 284, 356.
 sombrereros, 242-4, 249, 261.
véase también Parlement de París.
 Parlement de París, 110-4, 116, 168-70, 190, 218, 264.
 Partido Comunista (Francia), 375.
 paternalismo, 57-8, 69.
 pena de muerte, 367.
 periódicos; *véase* prensa; *entradas bajo el nombre de los periódicos*.
 población, 37-9, 203, 210, n. 210, 211-5, n. 215, 216-9.
 pobreza, 308-23, 327-8.
 poesía, 325-33.
 precios, n. 39, 154-7.
 precios de los alimentos, n. 39, 154-7.
 prensa, 275, 287-8, 341, 371.
véanse también las entradas bajo el nombre de los periódicos.
 prensa mecánica, 274, 276, 281.
 prerrogativas; *véase* privilegios.
 Primera Guerra Mundial, 375.

privilegios.
 abolición de los, 189-90, 193.
 como propiedad, 168-9.
 corporaciones, 52-3, 139.
 maestría, 169-72, 196.
 Revolución Francesa, 172, 299.
 Sieyès, 117-27.
 profesión, 62.
 propiedad.
 Antiguo Régimen, 166-72.
 artes mecánicas, 196-201.
 cargos públicos, 168, 179, 190.
 corporaciones obreras, 252.
 Ilustración, 173-89, 378-9.
 lenguaje, 200.
 lenguaje asociativo, 281.
 relaciones empresarios/empleados, 198-201.
 revolución y, 165-6, 173, 189-96, 279-80, 368.
sans-culottes, 158-64.
 sufragio, 193-4, n. 194, 195, n. 195.
 trabajo y, 173-80, 187-8, 199-200, 205-6, 228, 298-9, 321-3, 378-9.
véase también orden social.
 propiedad absoluta, 166-7.
véase también orden social; propiedad.
 propiedad burguesa, 165-6, 181-2.
véase también orden social; propiedad.
 propiedad comercial, 186.
véase también orden social; propiedad.
 propiedad industrial, 186-7.
véase también propiedad.
 propiedad mobiliaria, 184, 188, 194.
véase también propiedad.
 propiedad privada, 166-7.
véase también propiedad.
 propietarios de fábricas, 314-5, 317.
 Protestantes, 77.
véase también religión.
 Proudhonismo, 375.

Provenza, 66, 250.
 Prusia, 148, 150.

Reforma, 72.
 Reims (Francia), 40, 214.
 Reinado del Terror, 148, 189, 367.
 Reino Unido.
 agricultura, 216.
 contrastado con Francia, 207-10, 214-5, 217, 219.
 tejedor de telar manual, 220.
 relaciones laborales.
 Antiguo Régimen, 70-2, 254-5.
compagnonnage, 80.
 conciencia de clase, 384-5.
 Griffarins, 76-7.
 oficiales, 145, 223.
 propiedad, 198-201.
 Restauración, 251-2.
 revolución, 380-1.
 tarifas (*véase la misma entrada*).
 religión.
 cofradías, 71.
 Compagnie des Griffarins, 77.
compagnonnage, 82, 85.
 corporaciones, 61-5.
 corporaciones obreras, 251.
 hermandades de oficiales, 94.
 Ilustración, 99.
 lenguaje asociativo, 284-300.
 pobreza, 314-5.
 propiedad, 175-6.
 rituales de iniciación, 74-6.
 sociedades de ayuda mutua, 232-3.
 trabajo, 45, n. 45-6, 329-33.
 Rennes (Francia), 253.
 rentas señoriales, 197.
 representación.
 Ilustración, 117-8.
 propiedad, 181-3, 185-6.
véase también sufragio.
 República.
 Democrática y Social, 337, 350, 360-2, 364, 367, 369-70, 372.
 Una e Indivisible, 152-3, 360-1.

- Republicanismo.
 Lyon, 291.
 Monarquía de Julio, 289-90.
 Revolución de 1848, 335, 350-63, 374.
 Restauración, 206.
 compagnonnage, 234.
 corporaciones obreras, 230, 251.
 sociedades de ayuda mutua, 231-4.
 revolución.
 corporaciones obreras, 333.
 dialéctica de la, 377-85.
 lenguaje, 278-80, 286, 296, 366-7, 382-3.
 véase también Revolución de 1830; Revolución de 1848; Revolución Francesa.
 Revolución de 1830 y Monarquía de Julio, 17.
 compagnonnage, 236.
 conciencia de clase, 296, 382.
 corporaciones obreras, 258, 261, 272-80, 286-93.
 huelgas, 289.
 lenguaje, 262, 299, 308.
 lenguaje asociativo, 280-6.
 lenguaje corporativo, 271-2.
 Revolución de 1848 y, 337, 341.
 Revolución Francesa y, 278-9, 286.
 salarios, 227.
 Revolución de 1848, 17-20, 195, 201, 327, 332.
 abolición del *marchandage*, 225.
 Comisión Luxembourg, 345-50 (véase también *la misma entrada*).
 compagnonnage, 84, 236.
 comparada con la Revolución Francesa, 359-60, 367, 385.
 conciencia de clase, 383.
 contrastada con la Revolución de 1830, 337, 341.
 corporaciones obreras, 256, 337-45, 350-63.
 corporaciones, 268-9.
 estructura social, 268-9, 340-5.
 guerra de clases, 363-71.
 lenguaje, 262, 351, 372.
 Marsella, 24-5.
 París, 336-7, 351, 354, 366-7, 370-1.
 procesiones callejeras, 358-60.
 propiedad, 166.
 represión de la, 369-75.
 Revolución de Febrero; véase Revolución de 1848.
 Revolución Francesa, 34.
 agricultura, 197.
 asociación, 281, 286.
 compagnonnage y, 83, 234-6.
 comparada con la Revolución de 1830, 278-9, 286.
 comparada con la Revolución de 1848, 359-60, 367, 385.
 contradicciones, 379-80.
 corporaciones y, 97-8, 138-47, 256-7.
 corporaciones de maestros, 262.
 hermandades de oficiales, 95.
 Ilustración, 173-89, 378-9.
 individualismo, 229.
 industria, 205.
 lenguaje, 276-8.
 lenguaje corporativo y, 264-5, 271.
 movilidad social y, 199.
 París, 364.
 propiedad, 165-6, 173, 189-96, 200-1, 299.
 Segunda República y, 335.
 Sieyès y, 124-5.
 trabajo, 16-7, 137, 226, 377, 383.
 Trotsky, sobre la, 349.
 véase también revolución; Revolución de 1830 y Monarquía de Julio; Revolución de 1848.
 Revolución Industrial, 207.
 Revolución Rusa, 349, 375.
Revue du progrès, 320.
 revueltas campesinas (1789), 189.
 rituales, 79, 85, 243-4, 258, 352.
 véase también iniciación.
 rixes; véase violencia.
 Roubaix-Tourcoing (Francia), 218.
 Ruán (Francia), 40, 53-5, 138.
 población, 38, 214.
Ruche populaire, La, 303.
 Saint-Étienne (Francia), 214, 219.
 Saint-Simonianos, 304.
 salarios, 157, 225-6.
 como propiedad, 298.
 competencia por los, 322.
 corporaciones obreras, 241, 243-4, 246-8, 254.
 descenso de los, n. 157, 227-8, 327.
 huelgas, 252, 254.
 Revolución Francesa, 154-5.
sans-culottes, 137-8, 361, 367, 380.
 ascenso de los, 147-58.
 composición de los, 148, 158.
 propiedad y, 158-65, 193, 196.
 santos patronos, 61-3, 77.
 cofradías, 71.
 compagnonnage, 79.
 lenguaje asociativo, 284.
 organizaciones obreras, 244, 251.
 sociedades de ayuda mutua, 231-3.
 secreto.
 Compagnie des Griffarins, 74.
 Ilustración, 108.
 sociedades de ayuda mutua, 233, 258.
 Segunda Guerra Mundial, 50, 197.
 Segunda República, 335.
 seguros, 231.
seigneuries, 168-9, 171, 179, 189-90, 192.
 servidumbre, 190.
 Sheffield (Reino Unido), 219.
 sindicatos, 249.
 sirvientes, 43, 194.
 sistema de *confection*, 224-6.
 lenguaje asociativo y, 285.
 relaciones patrón/obrero, 355.
 véase también división del trabajo.
 sistema fabril, 209-10.
 artesanos y, 219-23.
 Francia, 217-9.
 industria textil, 221-2.
 mercados y, 215.
 moralidad, 313-7.
 población en el, 203.
six-corps (París), 43.
 Soberanía, 205, 360-2.
 «social», 204, 307-8.
 Socialismo, 304.
 propiedad, 166.
 república obrera, 362.
 Revolución de 1848, 344, 372-5.
 trabajo y, 377-9.
 véase también marxismo.
Socialiste, Le, 373.
 «sociedad», 204.
 Sociedad de corporaciones unidas, 370.
 Sociedad de las Estaciones, 303.
 Sociedad de los derechos del hombre, 290-1, 301.
 Sociedad de vigilancia e indicación mutua, 288.
 Sociedad filantrópica de los obreros sastres, 284.
 Sociedad general de obreros del papel pintado, 361.
 Sociedad general política y filantrópica de mecánicos y cerrajeros, 357.
 sociedad industrial, 203, 205-7.
 sociedades anónimas, 284.
 sociedades de ayuda mutua, 247, 296, 375.
 compagnonnage y, 239-40, 248-9, 257-61.
 comunidad, 318-9.
 corporaciones obreras, 251-2.
 curtidores de Marsella, 241.
 formas institucionales de las, 230-34.
 lenguaje asociativo y, 284-5.
 Revolución de 1848, 351-2.

sombrereros, 240.
 tarifas, 259-60.
 ventajas de las, 257-9.
véase también cofradías; *compagnonnage*; corporaciones; corporaciones obreras; hermandades de oficiales.

sociedades filantrópicas, 284-5, 289.
 Société de Saint-Claude, 241-2.
 Société philanthropique des ouvriers tailleurs, 284.
 Société typographique, La, 143-4.
 subvenciones de desempleo, 243, 252.
 sufragio, 152.
 propiedad, 182-3, 185, 193-4, n. 194, 195, n. 195.
 Revolución de 1848, 338, 351, 363-4.
 véase también representación.

talleres.
 diferencias cualitativas entre, 243-5.
 organización de los, 259.
 Talleres Nacionales (talleres sociales), 323, 338-9, 341-2, 356, 371.
 talleres sociales; *véase* Talleres Nacionales.
 tarifas.
 lenguaje asociativo, 290.
 obreros fabriles, 283.
 Revolución de 1848, 353.
 sociedades de ayuda mutua, 259-60.
 tipos de, 245-6, 254-5.
 tasa por pieza, 245-6, 252.
 tecnología, 209-10, 378.
 tejedor de telar manual, 220.
 tejido, 226.
 «Thermidorianos», 206.
 Toulon (Francia), 214, 326.
 Toulouse (Francia), 94.
tour de France, 78-9, 84.
 trabajo.
 conciencia de clase (*véase la misma entrada*).
 derecho al, 338-43, 369-70.
 derechos de propiedad y, 173-80, 187-8, 199-200, 205-6, 228, 298-9, 321-3, 379.
 estructura social, 329-32, 384-5.
 Ilustración, concepciones de, 100-9.
 poesía del, 325-33.
 religión y, n. 45-6.
 Revolución de 1848, 327, 364-6.
 Revolución de 1830, 276-8, 279-80.
 Revolución Francesa, 158-64, 383.
 Sieyès, 118-9, 121-2.
 significado en el Antiguo Régimen, 45-7.
 soberanía y, 360-2.
 Socialismo, 377-8.
Tribune, 284.

Union fraternelle des ouvriers en l'art de charpente, 145-7.
 universidades, 49.

Vendée, 137, 148.
 Vichy, 50.
 violencia.
 compagnonnage, 234-7.
 Revolución de 1830, 276, 287.

Índice de autores

Aguet, J. P., n. 15, n. 246, n. 252, n. 254, 289, n. 289, n. 303, n. 306.
 Agulhon, M., 17, n. 17, n. 23, n. 25, n. 51, n. 61, n. 67, n. 72, n. 90, n. 232, n. 239, n. 337.
 Aiguillon, A., 189-90.
 Albert (líder obrero), 337, 340, 348.
 Allarde, P. G., 128-32, 134.
 Amann, P. H., n. 344, n. 347, n. 349, n. 370.
 Anderson, M., n. 23.
 Arnaud, A.-J., n. 166.
 Ashton, T. S., n. 208.
 Audiganne, A., n. 242.

Babeuf, F. N., 380.
 Baker, K., n. 99, n. 112, n. 149, n. 181, n. 204.
 Bannet, 298, n. 298-9.
 Béranger, P. J. de, 306.
 Bertin, H. L., 173.
 Bezucha, R. J., n. 15, n. 23, n. 25, n. 222, n. 287-9, n. 291, n. 298-301, n. 307.
 Blanc, L., 88, n. 272, 287, n. 287-8, n. 297, n. 301, 304, 306-8, 321-5, n. 320-5, 326-7, 332-3, 337-40, 347-8, n. 347-8, n. 353-4, 355, 358, n. 358, 364, 369-70, n. 370.
 Blanqui, A., 303.
 Bloch, M., 21, n. 21, n. 50, n. 167-8, n. 173.

Boileau, É., 66, n. 66, 68.
 Bois, P., n. 194.
 Boon, J. A., n. 33.
 Bossy, J., n. 75.
 Bouglé, C., n. 27.
 Bouloiseau, M., n. 42, n. 98, n. 138-9.
 Bourgeois-Pichat, J., n. 210.
 Bourgin, G., n. 235, n. 239, n. 244, n. 247, n. 252-3.
 Bourgin, H., n. 27, n. 235, n. 239, n. 244, n. 247, n. 252-3.
 Bouvier, J., n. 38.
 Braesch, F., n. 42.
 Briquet, J., n. 87, n. 306.
 Brissot, 97.
 Buchez, P.-J., n. 130, n. 198, 282, n. 282, 283, 293, 323.
 Buonarroti, F. M., 380.
 Buret, E., 307, n. 307.

Cabet, É., 304, 307, n. 325.
 Cameron, R. E., n. 208.
 Carlos X (rey de Francia), 272.
 Caron, P., n. 190, n. 197.
 Carrière, Ch., n. 38.
 Caspard, P., n. 371.
 Castan, Y., n. 51.
 Cavaignac, E., 371.
 Chambers, J. C., n. 217.
 Charléty, S., n. 27.
 Chartier, R., n. 44.
 Chateaubriand, F. R., 306.

Chauvet, P., n. 141, n. 143.
 Chevalier, L., n. 307.
 Christian, W. A., Jr., n. 33.
 Clapham, J. H., 207, 209.
 Clicquot de Blervache, S., n. 109.
 Clough, S. B., n. 208.
 Cobb, R., 22, n. 22.
 Coinze, F. V., n. 267, n. 354.
 Colbert, J. B., 205, n. 206.
 Cole, G. D. H., n. 26.
 Cole, J. W., n. 33.
 Cole, W. A., n. 215-6.
 Comte, n. 204.
 Condorcet, M. J., 97, 149, n. 149, n. 204.
 Confais, n. 360.
 Coornaert, É., n. 48-9, 50, n. 50, n. 52, n. 55-7, 57, n. 58, n. 61-4, n. 66, n. 71, 78, n. 79, n. 81-3, n. 91.
 Corbon, n. 342.
 Cuvillier, A., n. 27, n. 282, n. 304, n. 324.

 Dankin, D., n. 99.
 Danton, 97.
 David, S., n. 208, n. 216.
 Davis, N. Z., n. 28, n. 58, 72, n. 72-3, 74, n. 74-7, n. 84, n. 88.
 Dawley, A., n. 23.
 De Luna, F., n. 337.
 Deane, Ph., n. 214-6.
 Dehove, G., n. 17.
 Destutt de Tracy, n. 204.
 Deyon, P., n. 51, n. 54, n. 57, n. 66.
 Diderot, D., 30, 100-1, n. 101, 102-9, 221, 377-8.
 Dolléans, E., n. 17, n. 27, n. 301, n. 303.
 Domat, J., 52.
 Dommange, M., n. 27, n. 303.
 Du Pont de Nemours, 181.
 Duchesne, P., 159.
 Dupont-White, Ch. B., 348.
 Duveau, G., n. 15, n. 225, n. 337, n. 370-1.
 Efrahem (líder obrero), 291-5, n. 300, 350.
 Egret, J., n. 117.
 Engels, n. 311.
 Englewood, C., n. 30.
 Enrique III (rey de Francia), 51, 60, 62-3, 66.
 Enrique IV (rey de Francia), 66.
 Faure, A., n. 15, n. 34, n. 259-60, n. 275, n. 278, n. 284, n. 287, 290, n. 290-3, n. 295, n. 297-8, n. 300, n. 304, n. 342-4, n. 350, n. 360, n. 370, n. 372, n. 384.
 Faure, E., n. 99.
 Febvre, L., n. 50.
 Feierman, S., n. 33.
 Festy, O., n. 247, n. 273, n. 275, n. 282, n. 284, n. 289, n. 292, n. 294-5, n. 300, n. 303.
 Filmer, R., n. 173, n. 176, 299.
 Flammermont, J., n. 112-3, n. 168, n. 171, n. 218, n. 315.
 Foster, J., n. 23.
 Foucault, M., n. 28, n. 316.
 Fourier, Ch., 281-2, n. 282.
 Fournier, J., n. 98.
 Fox-Genovese, E., n. 24, n. 109.
 Franklin, A., n. 43, n. 64-5, n. 73.
 Frégier, H. A., 307, n. 307, 321 n. 321.
 Furet, F., n. 117.
 Furetière, A., n. 167.
 Gandilhon, A., n. 98, n. 138.
 Garat, n. 204.
 Garden, M., n. 51, n. 57, n. 62.
 Geertz, C., 30, n. 30, n. 32-3.
 Gelu, V., n. 232.
 Genovese, E. D., n. 24.
 Giesey, R. E., n. 168.
 Girod de l'Ain, 273.
 Gluckman, M., n. 32.
 Godechot, J., n. 194-5.

Gossez, R., 19, n. 19, n. 225, n. 232, 241, n. 241, n. 252, n. 265, 266, n. 266-7, n. 338-9, n. 342, n. 345-8, n. 351, n. 353-5, 358, n. 358, n. 362-3, n. 369-70, n. 372-3, n. 384.
 Goubert, P., n. 22, 37, n. 37-9, n. 43, n. 50-1, n. 206.
 Gudeman, S., n. 33.
 Guépin, A., 320, n. 320.
 Guizot, F., 287.
 Gutman, H., n. 16, n. 23.

 Hallier, n. 354.
 Hamerow, S., n. 16.
 Hammond, B., n. 208.
 Hammond, J. L., n. 208.
 Harsin, P., n. 38.
 Hauser, H., 50, n. 50, n. 62, n. 64, n. 70-1, n. 73.
 Hébert, J. R., 155.
 Hill, Ch., 28, n. 28.
 Hugo, Víctor, n. 311.

 Inden, R. B., n. 33.
 Isambert, F. A., n. 110, n. 186.

 Jaffé, G., n. 140, n. 145.
 Jaurès, J., n. 311.
 Jhonson, C. H., n. 16, n. 224-5, n. 304.
 Jones, G. S., n. 23.
 Jourdan, A. J. L., n. 110.

 Kaplan, S., n. 43, n. 48, n. 51, n. 71, n. 113.
 Katz, M. B., n. 23.
 Kemp, T., n. 208.
 Keydar, C., n. 209.
 Klindeberger, C. P., n. 208.
 Kuczynski, J., n. 157, 227, n. 227.
 Labal, P., n. 78.
 Labrousse, E., n. 37-8, 39, n. 39, n. 275.
 Lamartine, A. de, 306, 325.
 Lamennais, J. M. de, 306.
 Laslett, P., n. 173.
 Laurente, É., n. 231.
 Laurent, M. E., n. 126, n. 128, n. 133, n. 189, n. 193.
 Le Chapelier, I. R., n. 133, 198.
 Le Roy Ladurie, E., n. 22, n. 28, n. 51.
 Lebre, C., 52.
 Lees, L., n. 15, n. 371.
 Lefebvre, G., n. 117, n. 126-7, 133, n. 133, n. 148, n. 197.
 Lefranc, G., n. 17.
 Léon, P., n. 38.
 Lequin, Y., n. 15, n. 23, n. 25.
 Leroux, J., n. 297, 298, n. 299-300.
 Leroux, P., 374.
 Lett, D. R., n. 209.
 Levaseur, E., n. 50, n. 170.
 Levine, D., n. 23.
 Lévy-Leboyer, M., n. 209, n. 218.
 Lhomme, J., 227, n. 227.
 Lichtheim, G., n. 26.
 Locke, J., 100, 103, 107, 173-4, n. 173-4, 175-6, n. 176, 177-80, n. 180, 181, 183, 191.
 Loubère, L., n. 27, n. 320.
 Louis, P., n. 17.
 Loyseau, Ch., n. 44, 47, 48, n. 62, 63, n. 63, n. 74, 100, n. 100, 179, n. 179.
 Lucas, C., n. 21.
 Luis Felipe (rey de Francia), 272, 337.
 Luis Napoleón, 337, 372, 374-5.
 Luis XVI (rey de Francia), 109-10.

 Madival, M. J., n. 126, n. 128, n. 133, n. 189, n. 193.
 Mantoux, P., n. 208.
 Manuel, F. E., n. 27, 282.

- Marat, 97.
 Marczewski, J., n. 38, n. 209.
 Margadant, T. W., n. 337.
 Markov, W., 149, n. 149, 150, n. 152-6, 159, n. 160-2.
 Markovitch, T. J., n. 209, 219, n. 219.
 Martin, Saint-Léon, É., n. 48, 50, n. 50, n. 71, n. 86, n. 116, n. 170.
 Martin, G., n. 70-1, n. 80-1, n. 92, n. 130, n. 141, n. 145, n. 259.
 Marx, K., 206, n. 206, 307.
 Masson, P., n. 249.
 Mathiez, A., n. 148.
 Mathon, 297.
 McKay, D. C., n. 338.
 Mendels, F. F., n. 39.
 Merriman, J. M., n. 272, n. 337.
 Mirabeau, 97.
 Mitchel, B. R., n. 210, n. 214-5.
 Moss, B. H., n. 15, n. 225, n. 362, 375, n. 375.
 Mousnier, R., n. 64, n. 168.
 Nadaud, M., n. 250.
 Napoleón, 206, 230.
 Newman, E. L., n. 272-4, n. 307, n. 325, n. 329.
 Nguyen, V., n. 19.
 O'Brien, P., n. 209.
 Olivier-Martin, F., 49-50, n. 50-2, n. 60, n. 62, n. 67, n. 74.
 Ormesson, H. F., 173.
 Quin-Lacroix, Ch., n. 43, n. 53-5, n. 61-2, n. 66.
 Ozuf, M., n. 149.
 Pascal, B., 84.
 Paultre, Ch., n. 44.
 Pecqueur, C., 348.
 Perdiguer, A., 87, n. 87-8, 91, n. 236-8, 239, 253, n. 253, 254, 305-6, n. 306, 307, 345, 358.
 Perrot, J.-C., n. 51, 53, n. 53, n. 57, n. 89.
 Perrot, M., n. 23.
 Perroux, F., n. 209.
 Pétiou, J., 134.
 Peuch, J. L., n. 27.
 Pierrand, P., n. 311.
 Pinkney, D. H., n. 272.
 Poncy, Ch., 308, 325-6, n. 326, 327-33.
 Poster, M., n. 282.
 Pouthas, Ch., n. 212, n. 214.
 Price, R., n. 224, n. 337.
 Proudhon, P. J., 304, 307.
 Proust, J., n. 101.
 Rabelais, F., 84.
 Racine, J., 84.
 Rancière, J., n. 34, n. 275, n. 278, n. 284, n. 291-3, n. 295, n. 297-8, n. 300, n. 304, n. 342-4, n. 350, n. 360, n. 370, n. 372, n. 384.
 Reddy, W. M., n. 223, n. 311.
 Reinhard, M., n. 38, 212, n. 212.
 Richet, D., n. 117.
 Rigaudias-Weiss, H., n. 307-8, n. 316.
 Ropespierre, 84, 97, 134, 148-9, 193, n. 193, 206, 367.
 Rohel, R., n. 209.
 Rosaldo, R., Jr., n. 33.
 Rougerie, J., n. 15, 227, n. 227.
 Rousseau, J.-J., 84, 107.
 Roux, J., 155.
 Roux, P. C., n. 130, n. 198.
 Rude, F., n. 287.
 Rudé, G., 22, n. 22, n. 110, 137, n. 137, n. 145, 148, n. 148.
 Sagnac, Ph., n. 190, 197.
 Sahlins, M., n. 30.
 Saint-Just, L. A. de, 97, 189.
 Saint-Simon, C. H. de, n. 204, 281-2, n. 282, 297.
 Salmon, J. H. M., n. 21.
 Sand, G., 87, n. 88, 306-7, n. 307, 326, n. 326, 330.
 Schneider, J., n. 33.
 Schneider, M., n. 30.
 Schneider, P., n. 33.
 Scott, J. W., n. 16, n. 23, n. 25, n. 220.
 Sewell, W. H., Jr., n. 18, n. 49, n. 64, n. 221, n. 250, n. 265, n. 337, n. 363.
 Shaw, J. A., n. 209.
 Shorter, E., n. 15, n. 287, n. 289.
 Sieyès, E., 34, 97, 117-8, n. 118, 119-27, 140, 161, 179, 277, 343, 377, 383.
 Soboul, A., 22, n. 22, 28, n. 28, n. 117, n. 137, 148-50, n. 148-50, n. 152-5, 156, n. 156, 157, n. 157, 158, 159, n. 160-1, 162, n. 162.
 Spitzer, A. B., n. 27.
 Stadelmann, R., n. 16.
 Stearns, P. N., n. 15.
 Sue, E., n. 307.
 Sydenham, M. J., n. 117.
 Thernstrom, S., n. 22-3.
 Thomas, K., n. 28.
 Thompson, E. P., n. 16-7, 22, n. 22, 28, n. 28, 31, n. 33, n. 222, n. 225.
 Tilly, Ch., n. 15, n. 22, n. 287, n. 289, n. 371.
 Tilly, L. A., n. 23.
 Tocqueville, A. de, 368, n. 368, 369.
 Toutain, J. C., n. 209, n. 211-5.
 Trotsky, L., 349, n. 349.
 Truant, C., n. 48, n. 71, n. 82-3, n. 85, 86, n. 86, n. 90, n. 94, n. 237, n. 305, n. 345.
 Trudaine de Montigny, D. Ch., 173.
 Turgot, A. R., 34, 99, n. 99, 107-17, 128-9, 168-9, n. 170, 173, 181, n. 181, 182-9, 195, 264.
 Turner, V., n. 30.
 Vial, J., 240, n. 240, 242, n. 244.
 Vidal, 348.
 Vigier, Ph., n. 337.
 Villermé, L. R., 307, n. 307, 308-19, n. 310-2, n. 316, 321-2, n. 322, 325-7, 332, 368.
 Voltaire, 100.
 Vovelle, M., n. 51, n. 117, 133, n. 133.
 Wahry, P., n. 372.
 Walkowitz, D., n. 23.
 Weber, A. F., n. 214.
 Wehler, H. U., n. 49.
 Weill, G., n. 17.
 Weulersse, G., n. 109.
 William, M. R., n. 222.
 Wilson, A. M., n. 101.
 Wolf, E. R., n. 33.
 Wolowski, L. F., 348.
 Zola, É., n. 311.

TAURUS HUMANIDADES

HISTORIA

- Hannah Arendt: CRISIS DE LA REPÚBLICA
Hannah Arendt: LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO
Philippe Ariès: EL HOMBRE ANTE LA MUERTE
Philippe Ariès: EL NIÑO Y LA VIDA FAMILIAR EN EL ANTIGUO RÉGIMEN
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, I.
Del imperio romano al año mil
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, II.
De la Europa feudal al Renacimiento
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, III.
Del Renacimiento a la Ilustración
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, IV.
De la Revolución Francesa a la Primera Guerra mundial
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, V.
De la Primera Guerra mundial a nuestros días
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 1.
Imperio romano y antigüedad tardía
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 2.
La Alta Edad Media
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 3.
Poder privado y poder político en la Europa feudal
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 4.
El individuo en la Europa feudal
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 5.
El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 6.
La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI-XVIII
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 7.
La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 8.
Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 9.
La vida privada en el siglo XX
Philippe Ariès y Georges Duby (Coords.): HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA, 10.
El siglo XX: diversidades culturales
Henri Arvon: EL ANARQUISMO EN EL SIGLO XX
Peter Brown: EL MUNDO EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA. De Marco Aurelio a Mahoma

John Chadwick: EL ENIGMA MICÉNICO. El desciframiento de la escritura lineal B
 Jean Delumeau: EL MIEDO EN OCCIDENTE
 Georges Duby: EL CABALLERO, LA MUJER Y EL CURA
 Georges Duby: SAN BERNARDO Y EL ARTE CISTERCIENSE. El nacimiento del gótico
 Georges Duby, Michelle Perrot y Reyna Pastor (eds.): HISTORIA DE LAS MUJERES, I. La Antigüedad
 Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.): FRAGMENTOS PARA UNA HISTORIA DEL CUERPO HUMANO, I
 Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.): FRAGMENTOS PARA UNA HISTORIA DEL CUERPO HUMANO, II
 Eugenio Garin: CIENCIA Y VIDA CIVIL EN EL RENACIMIENTO ITALIANO
 Eugenio Garin: MEDIOEVO Y RENACIMIENTO
 Jean Gimpel: LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL EN LA EDAD MEDIA
 Arón Guriévich: LAS CATEGORÍAS DE LA CULTURA MEDIEVAL
 Antonio M. Hespanha: VÍSPERAS DEL LEVIATHÁN. Instituciones y poder político (Portugal, siglo xvi)
 Ana Iriarte: LAS REDES DEL ENIGMA. Voces femeninas en el pensamiento griego
 Leszek Kolakowski: CRISTIANOS SIN IGLESIA
 Malcolm J. Lambert: LA HEREJÍA MEDIEVAL
 Jacques Le Goff: EL NACIMIENTO DEL PURGATORIO
 Jacques Le Goff: TIEMPO, TRABAJO Y CULTURA EN EL OCCIDENTE MEDIEVAL
 Emmanuel Le Roy Ladurie: MONTAILLOU, ALDEA OCCITANA
 Lester K. Little: POBREZA VOLUNTARIA Y ECONOMÍA DE BENEFICIO EN LA EUROPA MEDIEVAL
 Marta Madero: MANOS VIOLENTAS, PALABRAS VEDADAS. La injuria en Castilla y León (siglos XIII-XIV)
 Jean Markale: DRUIDAS
 Colleen McDannell y Bernard Lang: HISTORIA DEL CIELO
 Roland Mousnier: LA MONARQUÍA ABSOLUTA EN EUROPA, DEL SIGLO V A NUESTROS DÍAS
 Alexander Murray: RAZÓN Y SOCIEDAD EN LA EDAD MEDIA
 Jesús Pardo: CONVERSACIONES CON TRANSILVANIA
 F. Secret: LA KABBALA CRISTINA DEL RENACIMIENTO
 Ronald Syme: LA REVOLUCIÓN ROMANA

HISTORIA DE ESPAÑA

José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, I. La emigración española de 1939. Vicente Llorens
 José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, II. Guerra y política. M. Tuñón de Lara, J. Marichal y otros

José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, III. Revistas, pensamiento y educación. J. L. Abellán, M. Andújar y otros
 José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, IV. Cultura y literatura. Aurora de Albornoz, S. Sanz Villanueva y otros
 José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, V. El arte y la ciencia. José M.ª Ballester, R. Gubern, y otros
 José Luis Abellán (Dir.): EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939, VI. Cataluña, Euzkac Galicia. V. Riera Llorca, A. Manent, y otros
 Juan Aranzadi: MILENARISMO VASCO. Edad de Oro, etnia y nativismo
 Javier Arce: ESPAÑA ENTRE EL MUNDO ANTIGUO Y EL MUNDO MEDIEVAL
 Jean Bécarud: DE LA REGENTA AL «OPUS DEI»
 Antonio Miguel Bernal: LA LUCHA POR LA TIERRA EN LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN
 María Dolores Gómez Molleda: LA MASONERÍA EN LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX
 Jon Juaristi: EL LINAJE DE AITOR. La invención de la tradición vasca
 José Antonio Maravall: LA LITERATURA PICARESCA DESDE LA HISTORIA SOCIAL
 Virgilio Pinto Crespo: INQUISICIÓN Y CONTROL IDEOLÓGICO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI
 Ben Rekens: ARIAS MONTANO
 María Helena Sánchez Ortega: LA INQUISICIÓN Y LOS GITANOS
 Albert A. Sicroft: LOS ESTATUTOS DE LIMPIEZA DE SANGRE. Controversia entre los siglos XV y XVII

MEMORIAS Y BIOGRAFÍAS

Jesús Aguirre, Duque de Alba: ALTAS OPORTUNIDADES
 Elías Canetti: LA PROVINCIA DEL HOMBRE. Carnet de notas, 1942-1954
 Julio Caro Baroja: LOS BAROJA
 Julio Caro Baroja: SEMBLANZAS IDEALES. Maestros y amigos
 Herbert R. Lottman: ALBERT CAMUS
 Siegfried Unseld: EL AUTOR Y SU EDITOR

SERIE UNIVERSITARIA

Bartolomé Bennassar: LÉXICO HISTÓRICO DE LA ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA
 Gonzalo Bravo: PODER POLÍTICO Y DESARROLLO SOCIAL EN LA ROMA ANTIGUA
 René Fedou: LÉXICO HISTÓRICO DE LA EDAD MEDIA
 Claude Vial: LÉXICO DE LA ANTIGÜEDAD GRIEGA

HISTORIA DEL MUNDO ANTIGUO

Michael Crawford: FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA ROMA ANTIGUA

Michael Crawford: LA REPÚBLICA ROMANA

J. K. Davies: LA DEMOCRACIA EN LA GRACIA ANTIGUA

Oswyn Murray: GRECIA ARCAICA

Robert M. Ogilvie: ROMA ANTIGUA Y LOS ETRUSCOS

F. W. Walbank: EL MUNDO HELENÍSTICO

Collin Wells: EL IMPERIO ROMANO



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DE UNIGRAF, S. A., EN
MÓSTOLES (MADRID), EN EL MES DE
FEBRERO DE 1992

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

0007971



BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

0007971